3 1761 08166212 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 13. NUM. 145.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ENERO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 13
no.145-47

EN VANO

NOVELA

PRIMERA PARTE

RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE

I

—¡Ya estoy en Kieff!

Así exclamó José Schwarz cuando, despertado á las puertas de la ciudad para las formalidades de costumbre, se vió de improviso entre casas y calles. Y su corazón palpitó de alegría: Schwarz era joven, sentía que la vida se desbordaba por sus venas, y aspirando con embriaguez el aire fresco y vivificante, no se saciaba de repetir con regocijada sonrisa:

—¡Ya estoy en Kieff!

La *budka* (1) del hebreo avanzaba poco á poco, tropezando en los baches del camino. El viajero, deseoso de salir cuanto antes del carricoche, ordenó al hebreo que se dirigiese á una posada próxima y bajó del vehículo dispuesto á seguirlo á pie.

Una gran muchedumbre circulaba en todas direcciones, como sucede siempre en las grandes ciudades; lucían las tiendas al través de los escaparates; carruajes de toda especie rodaban á lo largo de las calles, corriendo y cediéndose el paso; comerciantes, soldados, oficiales, vagabundos, frailes, desfilaban apresuradamente ante el recien llegado. Era día de mer-

(1) Especie de carricoche de dos ruedas con toldo de lona.

cado, y Kieff ofrecía el aspecto particular y propio de los lugares de contratación. Todo tenía su objeto; no se decía ninguna palabra ociosa; no se realizaba ningún acto en balde; el comerciante se encaminaba en derechura á su negocio; el empleado concentraba su atención en los deberes de su cargo; el timador en el éxito de sus timos; cada cual tenía ante sus ojos un fin perfectamente determinado; cada cual marchaba hacia adelante con el pensamiento puesto en el mañana, con una aspiración preconcebida... Y arriba, sobre toda aquella inmensa baraunda de negocios y preocupaciones, de trabajos y desvelos, difundíase un ambiente tibio y penetrante, mientras el sol posaba los resplandores de sus rayos lo mismo sobre los soberbios balcones de los palacios, que sobre las más humildes ventanas.

—¡Esto es un verdadero torbellino!—se decía Schwarz, el cual no había estado jamás en Kieff ni en ninguna otra gran ciudad. —¡Esta es la verdadera vida!

Y reflexionaba en el enorme contraste que existía entre lo reducido de la existencia hasta entonces llevada en la mezquina ciudad de provincia, y el amplio campo de acción que la gran ciudad le presentaba. Sacóle bruscamente de sus meditaciones una voz que le era bien conocida:

—¡Tú por aquí, José!

Schwarz miró en rededor para ver quién le había llamado por su nombre; después abrió los brazos mientras exclamaba:

—¡Gustavo, tú!

Bajo de estatura, flaco, Gustavo podría tener unos veintitrés años; pero sus largos cabellos castaños, que casi le llegaban hasta los hombros, y los bigotes rojos recortados á la altura del labio superior, hacían que representase más edad de la que realmente tuviera.

—¿Cómo te va?—dijo Gustavo.—¿Tú también en Kieff? ¿Á qué has venido? Á la Universidad, ¿no es cierto?

—Precisamente.

—¡Muy bien! —exclamó Gustavo respirando con fuerza.—

La vida es siempre triste sin el aliciente de la ciencia. ¿Y á qué Facultad piensas dedicarte?

—No lo sé todavía. Necesito orientarme. Cuando lo haga me decidiré por una determinada.

—¡Medítalo bien! Yo estoy aquí hace un año, he tenido tiempo de orientarme, y estoy descontento por haberme precipitado demasiado. ¿Pero qué he de hacer ya? Es harto tarde para retroceder, y comprendo que me faltan las fuerzas para seguir adelante... Más fácil es cometer una torpeza que remediarla... Pero, en fin, dejemos esto. Mañana te llevaré conmigo á la Universidad, y por lo pronto, como sin duda no tendrás casa todavía, haz que lleven á la mía tu equipaje. Vivo á poca distancia de aquí... Por ahora viviremos juntos; después, cuando te hayas hastiado de mí podrás buscar otro compañero.

Schwarz aceptó gustoso la proposición de su amigo, y pocos momentos después hallábanse los dos en un cuarto de estudiante.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos hemos visto—decía Gustavo, mientras acomodaba el modesto baúl de su amigo;—hace ya un año que terminamos nuestros estudios del gimnasio. ¡Y un año es mucho! ¿Qué es lo que has hecho en todo este tiempo?

—He permanecido al lado de mi padre, el cual no quería en manera alguna darme permiso para estudiar en la Universidad.

—¿Y qué es lo que á él podía importarle?

—Sabes era un buen hombre, pero de naturaleza ruda... un herrero.

—¿Y cómo te lo ha permitido ahora?

—Se ha muerto.

—¡Ah!—dijo Gustavo tosiendo. ¡Maldita tos! Me atormenta hace ya cerca de seis meses... Te asombrarás al verme soplar como un fuelle... También tú aprenderás á resoplar cuando te toque estar inclinado sobre los libros como yo... ¡Piensa en lo que representa un día tras otro, sin un momento de des-

canso... y correr, cuando la necesidad te acosa, de un lado para otro como un perro! ¿Tienes dinero?

—Ciertamente. He convertido en dinero toda la herencia de mi padre... cerca de dos mil rublos.

—Veinte billetes de ciento; no está mal. Yo soy un pobre desgraciado. ¡Maldito asma! ¡En verdad que hace falta trabajar!... De día las lecciones, de noche el estudio; apenas si me queda por las tardes un momento de respiro... y jamás se duerme lo bastante. ¿Y qué hacer?... ¡esa es nuestra suerte! Preciso es conocer vida semejante para comprender lo que significa la Universidad. Hoy mismo te llevo á nuestro círculo, ó por mejor decir, á nuestro cenáculo... necesitas empezar á conocer á tus futuros compañeros.

Mientras hablaba, tosía y jadeaba, Gustavo ponía un poco de orden en la estancia. Visto así, con la espalda encorvada, desencajado el rostro y los cabellos largos y encrespados, se le hubiera tomado por un joven libertino gastado por una vida dedicada por completo á los placeres, más bien que por un exceso de trabajo. Pero los muchos libros y numerosos apuntes amontonados en la mesa y la misma mezquindad de aquel cuarto de estudiante, demostraban de manera harto visible que Gustavo pertenecía á esa clase de aves nocturnas, cuya juventud languidece sobre los libros, y que mueren pensando en el bálsamo de un acento consolador.

Sin embargo, Schwarz se encontraba bastante bien en aquella modesta habitación. Respiraba á gusto, comprendía que se encontraba en un mundo completamente nuevo, completamente aparte de los otros.

—¿Qué ideas—pensaba él—germinarán en estos cerebros que viven tan en alto, en el piso superior?

—Hoy mismo entablarás relaciones con muchos de tus futuros compañeros—seguía diciendo Gustavo.

Entretanto, había sacado de debajo de la cama un *samovar* (tetera rusa) con una sola pata, y que se mantenía en equilibrio con ayuda de algún soporte improvisado; después,

mientras ponía carbones en el depósito del *samovar*, añadió:

—Y conste que no debe repugnarte nuestro círculo... Estoy haciendo una taza de té... Ni tampoco han de extrañarte demasiado ciertos cerebros alocados... Más adelante, cuando hayas conocido toda la ciudad y te hayas orientado, comprenderás que no faltan entre nosotros los cerebros huecos; pero en compensación, tenemos también aquí ingenios poderosos. Y tú mismo has de verlo con tus ojos. Nuestra vida es algo artificial, algo tonta, si se quiere, y, sin embargo, se vive muy deprisa. No faltan inteligencias que se apartan de lo vulgar; pero tenemos otras insulsas, insípidas, verdaderas cabezas huecas, ó, por mejor decir, rellenas solamente de ridiculeces, de idiotismo. Hay cerebros en los que luce un vivísimo resplandor de ideas; otros en los que reinan las más densas tinieblas, como á esta hora en la ciudad.

Siguió en la estancia un momento de silencio, interrumpido solamente en intervalos regulares por la respiración de Gustavo, que soplaba en la tetera. Era ya noche cerrada; en las paredes, en la mesa, en todo el cuarto, se condensaban las sombras cada vez más negras, y el círculo de luz rojiza que se dibujaba en la mesilla en torno de la tetera se ensanchaba unas veces y se reducía otras, al compás de los soplidos de Gustavo. Después el agua comenzó á burbujear, á silbar, á saltar.

Gustavo encendió una vela.

—Aquí tienes té—dijo.—Voy á salir un momento. Tengo aún que dar una lección. Espérame, y mientras tanto puedes descabezar un sueñecillo en mi cama... Cuando tu dinero se haya evaporado, será cosa de que también pienses tú en procurarte algunas lecciones. Es un fastidio; ¿pero qué otra cosa se ha de hacer? También la vida del estudiante tiene su reverso como las medallas, y ¡qué reverso! Pero es inútil que la conozcas antes de tiempo. Nuestra vida se desliza en un ambiente completamente distinto del resto de la sociedad. Aquí no estamos bien mirados, ni mucho menos; no somos recibidos en las reuniones mundanas; nos peleamos con todos, y á menudo

también, por desgracia, entre nosotros mismos... Es una vida difícil. Si sucede que caes enfermo y no tienes al lado algún colega que te asista, puedes estar seguro de que nadie te tenderá la mano... ¡nadie! ¡Tal es nuestra vida!... ¡Bah! Las gentes se incomodan porque llamamos á todas las cosas por su verdadero nombre.

—Todo lo ves negro—observó Schwarz.

—Tú mismo lo verás si es negro ó blanco—replicó Gustavo con un dejo de amargura en el acento.—De seguro que no has de reposar en un lecho de rosas... La juventud tiene sus exigencias, sus derechos; pues bien, prueba á hacerlos valer... se reirán en tu cara, dirán que eres medio imbécil, te llamarán un exaltado... Y que le llamen á uno con el nombre que quieran; pero cuando se siente el dolor en el alma, cuando se experimenta cierto fuego interno... Pero es inútil hablar; lo verás tú mismo. Ponte, pues, un poco de té y échate á dormir; dentro de una hora estoy de vuelta. Y ahora dame aquella gorra y hasta luego.

Schwarz oyó en la escalera el ruido de los pasos de Gustavo y su respiración fatigosa; después se quedó completamente solo. Las palabras de su amigo habíanle causado una impresión profunda. Era un Gustavo muy diferente del que había conocido, de aquel cuyo recuerdo conservaba: notábase en su acento una nota de amargura y de disgusto; asomábase en sus palabras medio irónicas y medio tristes la expresión de un alma tétrica. Habíale conocido sano de cuerpo y de espíritu; ahora, en cambio, respiraba con trabajo, y en sus movimientos y en sus frases se reflejaba un calor extraño, febril, como de quien tiene las fuerzas agotadas.

—¿Es posible que la vida le haya cambiado hasta tal punto?—pensaba Schwarz.—Aquí se nos presenta la lucha, hay que avanzar contra la corriente, superar los obstáculos, vencer, y á él, pobrecillo, le han faltado las fuerzas... Cierto que el mundo tiene sus asperezas ¡qué diablo! no se trata de un juego de niños... Gustavo es demasiado misántropo, se ha

abatido con exceso. Y sin embargo, no se entrega á la pereza y sigue hacia adelante. Tal vez esa misantropía será una máscara que haga el camino menos difícil y más seguro... ¿Y si, en efecto, es preciso corromperse para llegar á la meta?... Pero ¡cómo corre mi imaginación!—exclamó por fin con un arranque de energía. Y en esta exclamación palpitaba más la firmeza de una conciencia que un momentáneo transporte juvenil.

Una hora después se oyeron en la escalera los pasos y la respiración fatigosa de Gustavo, y casi al mismo tiempo entró aquél, ó por mejor decir, se deslizó en la estancia.

—Vamos, pronto—gritó—ven conmigo. Ya estás en el atrio del torbellino, que se llama la vida estudiantil. Pero hoy no verás más que el lado tranquilo. Andando, pues; no perdamos el tiempo.

Mientras hablaba, Gustavo daba vueltas á la gorra entre sus manos, y echaba miradas en torno de la estancia. Después se acercó á una mesita, abrió un cajón, sacó un peine, y se puso á arreglarse los largos cabellos castaños que comenzaban ya á perder su primitivo color obscuro. Terminada la operación, los dos salieron á la calle.

En aquel tiempo había en Kieff verdaderos cenáculos en donde se reunían los estudiantes de la Universidad, los cuales no frecuentaban entonces los círculos de la ciudad; en esos círculos no recibían sino de mala gana á los estudiantes, quienes, abandonados á sí mismos, debían crearse por sí solos una posición para el porvenir: así que, á causa, por una parte, de esa cierta rudeza, de esa ligereza de palabra, de todas esas cualidades, en fin, que los impulsan á no doblegarse á las fórmulas de las conveniencias sociales, y á causa, por otra parte, del carácter especial de la provincia de Kieff, la cual no ofrece los elementos de la vida de familia sino durante el invierno ó en tiempos de los *contraktí* (1), los estudiantes de la Univer-

(1) Así se llaman las ferias que se celebran todos los años en Kieff, á las cuales acuden los comerciantes de todos los distritos de Polonia: en ellas se realizan los contratos, y de aquí el nombre de las dichas ferias.

sidad venían á formar como una clase aparte de las otras, que vivía de día sobre los libros, y de noche en los diversos cenáculos, donde se reunía y se agitaba. Y sin embargo, por una serie de razones, el hecho era una fuente de bienes más que de males. Los jóvenes entraban en la sociedad algo rústicos todavía, pero en cambio tenían mayor viveza, mayor rapidez en la acción, y no parecían un montón de pedantes enojosos.

Nuestros dos amigos se dirigían con paso ligero al Círculo, del que podía verse la ventana brillantemente iluminada; y á la luz de luna se destacaba la figura erguida y varonil de José, al lado de la encorvada espalda y gruesa cabeza de Gustavo. Este, que precedía algunos pasos al primero, cambiaba de cuando en cuando algunas palabras con su amigo, pero por lo general murmuraba frases entre dientes. Al llegar al cenáculo, se paró bajo la ventana, apoyó las manos en el alféizar, y suspendiéndose, dirigió una mirada escrutadora por toda la sala; en seguida se dejó caer al suelo, limpióse el polvo que se había adherido á sus rodillas y exclamó:

—¡No está!

—¿Quién?

—O ha estado ya, ó es que no viene.

—¿Pero de quién hablas?

—¿Qué hora es?

—Son más de las diez. ¿Pero á quién buscas con tanto empeño?

—A una viuda.

—¿Y quién es esa viuda?

—Me temo que esté enferma.

—¿Es una conocida tuya?

—Naturalmente. ¿Cómo había de interesarme por ella s no la conociese?

—Es claro,—replicó Schwarz.—Entremos, pues.

—Y, haciendo girar el picaporte de la puerta, se encontraron en la sala.

Les rodeó una atmósfera caldeada, llena de humo, y aparecieron como velados por la niebla varios rostros, nuevos casi todos para Schwarz. Entre la nube de humo, que obscurecía la luz de la lámpara, resonaban los acordes de un piano, de notas claras y vibrantes, pero débiles como los sones de un eco lejano; y al piano acompañaba, de cuando en cuando, el rasguear de una guitarra, que tocaba un joven alto, delgado, con los cabellos cortos y el rostro surcado por una cicatriz: sus dedos largos, movíanse indolentemente entre las cuerdas, y sus ojos grandes y azules fijábanse en el vacío, transportado en alas del pensamiento. En cambio, el que tocaba el piano tenía más bien el aspecto de una jovencilla. De estatura elevada, pero de complexión débil, el colorido de su piel era de una exquisita delicadeza, sus cabellos estaban cuidadosamente peinados hacia atrás, sus labios rojos tenían una gracia infantil, y se vislumbraba en su mirada una expresión de tristeza; sin duda llevaba tocando mucho tiempo, pues las chapetas de sus mejillas acusaban el cansancio. Otros jóvenes, erguidos como robles y amantes sin duda de la música, de espaldas á la luz, formaban círculo en torno de los ejecutantes, y con las cabezas inclinadas escuchaban suspirando ó con expresión alegre, según que la música pareciese llorar ó entonar un himno de alegría. Había otros sentados en los bancos y en las sillas, y entre ellos algunas jóvenes, semejantes á las libélulas que en verano giran de un lado á otro.

Se fumaba en todas partes; y aquí y allí resonaba el chocar de los vasos con las botellas. En una reducida habitación, al lado de la sala, se jugaba á las cartas encarnizadamente, y al través de una puerta entreabierta se veía á uno de los jugadores que encendía un cigarro en la llama de una vela colocada á su lado en una mesita; la llama, que unas veces bajaba y otras subía, arrojaba de cuando en cuando un vivo resplandor sobre la mesa de juego. Sentada ante su mostrador, el ama de la casa contemplaba la escena con aire de absoluta indiferencia, sin abandonar la pluma, con la que registraba mi-

nuciosamente en un cuaderno el gasto diario; á su lado dormitaba la sirviente sentada en una silla, que se mantenía en pie por un milagro de equilibrio; y un gato, acurrucado en un extremo del mostrador, abría y cerraba los ojos pausadamente, con filosófica expresión de calma y de dignidad.

—¡Oh, Schwarz!—exclamaron varias voces al aparecer el forastero.—¿Cómo estás? ¿También tú aquí?...

—Muy bien; y vosotros ¿cómo estais?

—¿Has venido para establecerte entre nosotros?

—Sin duda alguna.

—Señores: os presento á un nuevo miembro que desea formar parte de nuestro respetabilísimo Círculo,—dijo Gustavo en tono de broma. Y, dirigiéndose después á Schwarz, añadió:

—Y tú fijate bien en que la obligación moral de venir á este sitio todas las noches constituye un privilegio especial: el privilegio de no dormir nunca lo bastante.

—¿Miembro de nuestra sociedad, eh? ¡Perfectamente! Esto requiere un discurso en el acto..... ¡Eh, Augustinovitch! A ti te toca, empieza.

En la puerta del cuarto de juego apareció un joven, cuyo aspecto era de lo más feo que se pueda imaginar, cargado de hombros y con la cabeza pelada. Echó la gorra sobre una mesa, se subió en una silla, é inmediatamente empezó á hablar.

—Señores míos, guardad silencio; de lo contrario, os hablaré como un catedrático, y me consta, mis queridos oyentes, que la ciencia os inspira horror. Y además, ¡vive Dios! acomodaos por una vez á la vida parlamentaria, y en consecuencia..... Pero, ¿qué diablos tenéis? Oigo rumores..... ¡Silencio, digo, silencio, ó hablo como un catedrático!

La amenaza hizo que se obtuviera un momento de silencio; y el orador, mirando en rededor con aire de triunfo, continuó su declamación:

—¡Señores! Si nos congregamos en este lugar, no es ya solamente para buscar en la calma el olvido de los momentos

dolorosos. *(¡Muy bien!)*. Yo, por ejemplo, vengo aquí todos los días, y jamás se me ha ocurrido negarlo..... También espero que no ha de contradecirme ninguno de los que están presentes. *(Aprobación general; el orador está radiante)*. Si yo pudiera prever que todos mis esfuerzos, para conseguir con nuestras reuniones un fin determinado, están destinados á no obtener fruto ante la superficialidad universal *(¡Eso, eso!)*, sin que la corriente de un común acuerdo venga en mi ayuda; si yo pudiera prever que todos los esfuerzos aunados de singulares energías han de reducirse á la nada en su proceso de integración; si la evidente tendencia á la fusión, en un todo orgánico de las ideas informes que se agitan en cerebros aislados, verdadero objeto de estas nuestras reuniones, no debiera pasar jamás del campo de la fantasía al terreno de la realidad; yo mismo, ¡oh, señores!, yo mismo, desde luego, y conmigo otros, de los que respondo, estaría dispuesto á combatir los principios que informan el actual sistema de nuestra existencia *(Aplausos generales)* para emprender otro camino *(¡Eso, bien!)* que, si no todos, los elegidos por lo menos estamos dispuestos á seguir.

—Pero, ¿qué es lo que significa todo esto?—preguntó Schwarz.

Gustavo se encogió de hombros, y respondió:

—Un discurso.

—¿Con qué objeto?

—¿Y quién se preocupa del objeto?

—¿Y quién es ese que habla?

—Augustinovitch, un cerebro de mucha enjundia; pero en este momento está borracho, y sus ideas se embrollan de una manera lastimosa. Sin embargo, comprende bastante bien lo que desea, y, en verdad que no todo lo que piensa es descabellado.

—Pero, ¿qué es lo que desea?

—Desearía que no fuesen infructuosas todas nuestras reuniones, que nuestra Asociación se propusiera un fin bien de-

terminado. Pero los demás no le comprenden y se ríen de sus opiniones, del mismo modo que se ríen de su discurso. Y sin embargo, el exceso de libertad y la indolencia, que actualmente predominan demasiado en nuestra Asociación, conducirán necesariamente á que se disuelva.

—¿Qué fin se propone Augustinovitch?

—El estudio y la ciencia.

—Es muy laudable.

—¿No te decía yo que es razonable?... Semejante proposición, si fuese de otro, sería tal vez escuchadada y discutida; pero viniendo de él...

—¿Y por qué no, viniendo de él?

—Porque á todo cuanto toca lo reviste de una nota de ridículo, le imprime un sello de vulgaridad... ¡Ten cuidado, José! Tú no tienes nada de común con él; pero ¡es tan fácil resbalar en este lugar por una ú otra razón!

Gustavo fijó unos momentos su mirada vaga en Augustinovitch; después se encogió de hombros y continuó hablando.

—Tal como le ves es un organismo *sui generis*. Una extraña mescolanza de cualidades buenas y malas, una inteligencia pronta y viva, con un carácter de los más comunes; un ansia de sublimes ideales al lado de acciones trivialísimas; en suma, una contradicción eterna y absoluta. Hay una carencia completa de equilibrio entre el yo que piensa y el yo que obra, y de esta suerte agota en vano todas sus fuerzas.

Mientras tanto se habían acercado algunos estudiantes que conocían á Schwarz, hasta que, por último, á los brindis, la conversación se hizo general, de lo que se aprovechó Schwarz para adquirir algunos informes acerca de la vida universitaria.

—¿De modo que vivís todos juntos?

—No por cierto, sería imposible—manifestó un lituano.—Hay aquí individuos de ideas radicalmente opuestas, y por consiguiente hay tantas Asociaciones como géneros de ideas.

—¡Horror!

—No, eso no es un mal. Cuando se lleva una vida en común, la verdadera unión es imposible, y el querer á toda costa realizarla no conduciría á nada bueno.

—Y sin embargo, la Universidad alemana...

—Sí, ciertamente, en la Universidad alemana existen asociaciones ó corporaciones, las cuales tienen un fin propio. La vida del pensamiento y del sentimiento debería entre nosotros proceder de acuerdo con la vida práctica, porque una contradicción en la primera denota necesariamente una contradicción en la segunda.

—¿Así es que jamás os reunís?

—No tanto. Nos reunimos cuando se trata de los intereses de la Universidad y en otras especiales circunstancias. Y por lo demás, opino que los contrastes que se establecen entre unos y otros demuestran que sabemos vivir; constituyen una prueba convincente de que todos vivimos la verdadera vida del pensamiento y del sentimiento. En esto consiste nuestra misión; lo que nos separa nos une.

—¿Bajo qué bandera militais, pues?

—Bajo la bandera de la necesidad y del trabajo. Carecemos de nombre propio. Los *amigos de los campesinos* nos han puesto el apodo de «jóvenes panaderos».

—¿Cómo?

—Sí, jóvenes panaderos. Harto te enseñará la vida el significado de esa palabra. Cada uno de nosotros procura alojarse cerca de alguna panadería, entablar relaciones con el panadero y captarse sus simpatías. De esta manera tiene uno asegurada la subsistencia. La mayor parte de nosotros no come jamás nada caliente; pero teniendo pan á crédito, se puede saciar el apetito.

—¡Magnífico!

—Ya lo creo que es magnífico. Y después, además de nuestra Asociación, la cual, sea dicho con verdad, carece de vínculos estrechos, tenemos también la Asociación de los «Amigos de los campesinos». Fue fundada y perfeccionada por Anto-

nievitch, y durante algún tiempo estuvieron á su frente Rilsky y Stanskowski. Pero en la actualidad los amigos de los campesinos se han cerrado á la banda y han perdido toda idea referente á su institución; se pasan el día bebiendo aguardiente y hablando el dialecto de la Rusia menor: eso es todo lo que hacen.

—¿Y cuáles son las otras Asociaciones?

—Asociaciones propiamente dichas, no existen más que las citadas. Las otras debieran llamarse mejor embriones de asociación, grupos. Unos están ligados por la comunidad de un conocimiento científico, otros por la igualdad de la posición social: aquí encontrarás aristócratas, demócratas, conservadores, liberales, y, si los consideras bajo otro aspecto, libertinos, mujeriegos, hasta imbéciles; pero, por lo general, hallarás trabajadores inofensivos.

—¿Y quién pasa por ser el más inteligente?

—¿Quieres decir entre los estudiantes?

—Desde luego.

—Son varios los pareceres. Pretenden algunos que Augustinovitch tiene mucho talento y mucha cultura... Así será; pero, á mi modo de ver, el suyo es un talento poco profundo. En cambio, el que se distingue en las ciencias es Gustavo.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sin embargo, también se habla de él en otros sentidos. Hay entre nosotros quien no le puede sufrir. Pero tú, que vas á vivir con él, tendrás ocasión de conocer su carácter y juzgarle mejor. Se habla de su actitud respecto de la viuda... un arrebato, nada más que un arrebato... Preciso es, no obstante, convenir en que el tratarle constituye un problema nada fácil...

—Gustavo me ha indicado algo. Pero, ¿quién es esa viuda?

—Es una desgraciada joven, cuya suerte es digna de compasión. Aquí la conocemos todos. Amó en otro tiempo á un estudiante de leyes, Potkansky, y seguramente debió amarle con toda su alma. Yo no he conservado recuerdo alguno de las

circunstancias que concurrieron en aquel amor: me acuerdo, sin embargo, de Potkansky, y recuerdo también que, estudioso, rico é inteligente era el ídolo de sus compañeros. De qué modo conoció á la joven, cosa es que no sabré decirlo, y además se ha contado de diferentes maneras; en lo que no hay asomo de duda es en que los dos estaban locamente enamorados. Tenía ella diez y ocho años cuando Potkansky adoptó la resolución de hacerla su mujer. Sería imposible enumerar todos los obstáculos que la familia del muchacho puso en juego para impedir el matrimonio; pero Potkansky, resuelto, enérgico, se mantuvo inquebrantable; y tanto hizo, que al fin logró casarse. Gozaron un año de inmensa felicidad. Al cabo de ese tiempo, él enfermó del tifus y murió; poco después murió también el niño, fruto de sus amores, y la viuda quedó sola y despojada de todo por la familia de Potkansky, hasta el punto de que hubiera caído en la miseria más espantosa sin el socorro de Gustavo.

—¿Qué hizo?

—Hizo verdaderos milagros. A pesar de sus escasos recursos, intervino en favor de la viuda y llevó á los Potkansky á los tribunales. Sólo Dios sabe cómo hubiera acabado el asunto, porque se trata de una familia muy poderosa de los *magnates* (1). Y sin embargo, logró arreglar las cosas de manera que los Potkansky se comprometieron formalmente á pasar á la viuda una pensión vitalicia, aunque mezquina.

—Gustavo se portó como un perfecto caballero.

—Ya lo ves; como un caballero en toda la extensión de la palabra... ¡Cuánta energía! Tanto mayor si se piensa que Gustavo se hallaba en el primer año de Universidad, en una ciudad nueva, solo, desconocido, sin apoyo y sin medios... ¡Bah! Esto es lo que sucede siempre, amigo mío. A los problemas de esa clase el rico *puede*, pero el pobre *debe* darles una solución.

---

(1) Nombre con el cual se conoce á la rica aristocracia polaca.

—¡Pero quizá Gustavo tendría alguna obligación hacia la viuda!

—¿Obligación? Fue amigo de Potkansky, y esto, convendrás en ello, no es motivo suficiente para constituir una obligación. La verdadera causa es que Gustavo amaba á la joven, aun antes de que fuese la mujer de Potkansky, pero nunca lo había demostrado. Ahora, en cambio, no hace misterio de su amor.

—¿Y ella?

—Esa es otra cuestión. Desde la desgracia que ha sufrido experimenta como un embotamiento de la inteligencia; parece que sus facultades mentales se han cubierto de tinieblas; no advierte, no comprende lo que le rodea; su demencia es tranquila... Pero ya la verás, porque viene todas las noches.

—¿Y qué viene á hacer?

—¡Pero si te digo que está loca!... No se ha persuadido de que Potkansky ha muerto; antes bien, lo va buscando por todas partes, y como la primera vez que le vió fue en nuestro Círculo, continúa viniendo la desgraciada... La verdad es que si resucitara y no acudiese inmediatamente á buscarla, aquí es donde ella volvería á encontrarle. Puede también que alguno de nosotros le recuerde á Potkansky de una manera especial... ¡Ibamos á diario tantos jóvenes á su casa!

—¿Y cómo no se opone Gustavo á que venga aquí?

—¿Cómo?... Potkansky no lo hubiera tolerado, pero Gustavo no le niega nada.

—¿Y cómo le trata ella?

—De la misma manera que se trataría á una silla, á un plato, qué se yo, á un ovillo de algodón. No parece acordarse de él; siempre la misma frialdad, la misma calma indiferente, la misma apatía; ni siquiera trata de eludirle. El sufre, se le conoce, pero esto es cosa suya... ¡Ah! aquí la tenemos, aquella mujer que entra por la derecha...

La entrada de la viuda produjo un momento de silencio en el tumulto de la sala. La aparición de aquella figura femenina,

que se presentaba envuelta en un velo de misterio, producía siempre cierta impresión. Delgada, esbelta, de elevada estatura, tenía un rostro ovalado, espléndida cabellera de color rubio claro y ojos obscuros hermosísimos; los hombros y el pecho, poco llenos pero redondeados, conservaban toda la morbidez de las formas virginales; y en su frente cándida y alabastrina, ligeramente deprimida, se vislumbraba una expresión de tristeza y melancolía. Pero el principal encanto de aquel rostro eran los ojos, dos ojos maravillosos, brillantes como bruñido acero, á los que prestaban profunda sombra las largas pestañas; despedían una luz igual y tranquila, pero no más que una luz desprovista de calor, sin expresión, sin la profundidad del pensamiento. Hubiera podido decirse con razón que miraban sin ver, que reflejaban las imágenes de los objetos sobre los que se posaban sin precisar los contornos. Había en aquellos ojos tan hermosos una indecible frialdad, puesta más de relieve por la inmovilidad casi constante de los párpados y la movilidad de las pupilas como de quien va buscando, y excruta, y explora, pero sólo mecánicamente. Todo el resto de la fisonomía de aquella mujer estaba en armonía con los ojos: los labios eran más bien los de una estatua, y la piel, de una palidez uniforme y mate, tenía un tinte ligeramente moreno. Era una mujer de la que no se podía decir si era encantadora ó atractiva, pero bella, con una belleza perfecta; y, lo que era más extraño aún, á pesar de que su rostro se pareciese al de una muerta, desprendíase de todo su sér un encanto inexplicable que atraía á los jóvenes y le imprimía una gracia particular.

Pero si en la apariencia era estatua en el verdadero sentido de la palabra, en el verdadero sentido de la palabra era mujer también. Atraía y rechazaba al mismo tiempo, y Gustavo era una prueba de lo dicho. El contraste entre semejante hecho y el frío mortal de su inteligencia, era indicio de que el sentimiento que la joven despertaba no procedía de ella misma, sino de algo que le era extraño en absoluto. Asemejábase á una flor dormida; y el dolor era la causa de su sueño.

Y, en efecto, las desventuras sufridas habían sido para ella como otros tantos martillazos en el cráneo. En su camino, tras instantes harto breves de felicidad, habíanse abierto dos tumbas. Joven inocente, supo amar con todas las fuerzas de su alma: el objeto de su amor había cesado de existir; mujer y madre, adoró á su hijo, y también había muerto. Todo lo que le daba un derecho, todo lo que constituía el objeto de su existencia había desaparecido; y ella misma no vivía ya, sino que vegetaba como un árbol tronchado, desarraigado.

Despojada violentamente del pasado y del porvenir, conservó en los primeros momentos como una débil percepción de la cruel injusticia que con ella se cometiera; en la angustia de esos primeros momentos lanzó una pregunta inmensa, sin fin, como un abismo, y sin saber á quién se dirigía. ¿Pero por qué, por qué todos estos males...? Pero nadie respondió á su dolor; ni el cielo azul, ni la tierra, ni los prados, ni los bosques; la injusticia permaneció siendo injusticia... El sol resplandecía como antes en la altura; como antes cantaban los pájaros..... Y su corazón se llenó de amargura, se reconcentró en sí mismo, se hizo de hielo. Ninguna respuesta acudió á su pregunta; pero en cambio acudió el consuelo de una ilusión, la locura. La joven dejó de creer en la muerte de su esposo; éste debía haber salido con el niño lloroso entre los brazos, por un momento no más, y volvería muy pronto.

De esta suerte, la joven, en la imposibilidad de pensar otra cosa, buscaba á su amor con el movimiento triste y mecánico de sus pupilas; le buscaba principalmente en el Círculo, en donde por primera vez le encontrara y en donde esperaba volverle á hallar. La desgracia no había logrado arrancarle la vida; en cambio, la joven había encontrado una mano enérgica que la sostenía y trataba de arrancarla á las ilusiones, un corazón ardiente que anhelaba reanimarla. Necesitábase un esfuerzo intenso, pero se dirigía á salvarle la vida. El amor de Gustavo, que la rodeaba de los más tiernos cuidados, como si se tratara de una flor expuesta á quebrarse, la retenía en la

tierra. La voz de Gustavo decía: «¡Quédate!» y ella se quedaba; pero pasiva, inconsciente, como permanece un ser inanimado.

Al entrar en la sala del Círculo, la viuda se detuvo junto á la puerta. En la atmósfera pesada y llena de humo, vibraban aún las últimas notas de una canción alegre; y enmedio de aquel cuadro de vulgaridad, aparecía la joven como delicada flor acuática entre ondas cenagosas. Reinó el silencio. Todos aquellos jóvenes estimaban á la viuda, y en presencia de ésta hasta Augustinovitch era soportable: unos conservaban todavía el recuerdo de Potkansky; otros, se inclinaban respetuosos ante tanta desdicha; algunos, por último, experimentaban una especie de veneración hacia su belleza. La reunión tomó, por consiguiente, un tono más moderado.

Gustavo se aproximó á la viuda, la acercó una silla, y se retiró después á un extremo de la habitación, cerca de Schwarz, el cual miraba á la joven muy asombrado, con los ojos muy abiertos. Gustavo le dijo á media voz:

—¡Es ella!

—Lo sé.

—No te acerques demasiado. La infeliz no pierde nunca la esperanza de encontrar á su difunto marido, y toda nueva fisonomía le ocasiona un nuevo desengaño.

—¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Hace dos años. Asistí á su boda como testigo.

—Al pronunciar estas palabras, Gustavo sonrió con amargura.

—Desde la muerte de Potkansky la veo todos los días.

—Vassilkewitch me ha referido la ayuda que la prestaste.

—Sí y no. Naturalmente era preciso que alguien se cuidase de ella, y fui yo quien lo hice. Pero, ¿qué podemos nosotros?... Por mucho que uno haga, por buenas intenciones que se tengan, la necesidad jamás deja de ser necesidad, y á veces se apodera de uno la desesperación.

—¿Y su familia?

—¿Qué familia?

—La familia de él, de Potkansky.

—Ha tratado de calumniarla por todos los medios posibles,—exclamó Gustavo con ira.

—¿Pero son ricos, al menos?

—Con lo que no han hecho otra cosa, sino que sea más penosa la desgracia de la viuda. Pero todavia no está dicha la última palabra, y han de arrepentirse amargamente de la crueldad con que han tratado á esa pobre inocente. Créelo, Schwarz; si alguna pequeñuela de esa raza maldita implorase hambrienta de mí un pedazo de pan, antes se lo arrojaría á un perro.

—¿Caemos en el sentimentalismo?

—Eres injusto conmigo, Schwarz. Soy un pobre diablo, y no lo disimulan mis palabras. Poco antes de morir en el hospital Potkansky tuvo un momento de lucidez: «Gustavo, me dijo, te confío á mi mujer, cuida de ella». Yo le respondí: «La tomo bajo mi protección». Y añadió: «¿Cuidarás de ella? ¿No dejarás que padezca hambre?» «Te lo prometo por lo más sagrado,» exclamé.

«Si alguna vez cometen con ella alguna injusticia, ¡no la dejes sin castigo!» volvió á decir después de algunos instantes. «La vengaré tan de veras como amo á Dios y á la vida»; respondí. Entonces él espiró dulcemente como cirio que se extingue. Ya lo sabes todo.

—Todo no, hermano mío.

—Vassilkevitch te ha dicho algo más. Está bien; te lo confirmo. Estoy solo en el mundo, no tengo á nadie, ni padre, ni madre, ni hermanos. El único lazo que aún me liga con la tierra, es ella.

Y señaló á la viuda con la mirada.

Schwarz, poco experto todavía en los asuntos del corazón, tuvo entonces la intuición de lo que significa una pasión que arraiga en un pecho joven, incendiando el alma. Pálido, macilento, encorvado, tal como era, Gustavo mostrábase en aquel

momento exuberante de vida y de energía; hasta parecía más alto, más fornido, y su rostro se había coloreado rápidamente, mientras sacudía su revuelta cabellera, como león que sacude su melena.

—Señores,—exclamó de pronto Vassilkevitch,—ya es tarde y á todos nos espera el sueño al salir de aquí. Así, pues, entonemos una canción final, y luego buenas noches.

El jovenzuelo imberbe de rostro de niña, que estaba sentado al piano, arrancó de las teclas algunos acordes bien conocidos, y en seguida entonaron varias voces el *Gaudeamus,* á las que hicieron coro todas las demás. Tratábase de una canción muy grata á la juventud estudiantil.

Schwarz se colocó al lado del piano, y en tal posición presentaba á la viuda, que permanecía en la sombra, el perfil de su rostro, sobre el que trazaba una línea luminosa la lámpara colocada en la pared. Al poco rato, la mirada de la joven se fijó en aquel rostro iluminado, que respondía á las ideas que se despertaban en su mente; de pronto, temblorosa, pálida como el mármol, con el brillo de la fiebre en los ojos, se puso en pie, extendió los brazos hacia el joven, y exclamó con expresión confusa de alegría y de esperanza lograda:

—¡Oh, Casimiro mío, mi Casimiro, por fin te encuentro!

Reinó un silencio glacial. Todas las miradas se dirigieron hacia Schwarz; y aquellos que habían conocido á Potkansky se estremecieron. Era él, el mismo, la misma persona alta y robusta, el verdadero retrato de Potkansky, tanto en la sombra como en la luz.

—¡Y yo que no me había fijado en ello!—murmuraba Gustavo, mientras se retiraba á su casa, ya cerca del alba.—Por ahora ha pasado, pero tuvo fiebre..... Se le parece, en efecto..... al diablo también esta tos que me atormenta más de lo acostumbrado.

II

Antes de tomar una resolución acerca de los estudios que pretendía seguir, Schwarz reflexionó mucho.

—Me he dado la palabra de honor de no malgastar mi vida—había dicho á Vassilkevitch;—es natural, por lo tanto, que piense en ello antes de decidirme.

La Universidad ejercía sobre su espíritu una gran atracción, lo mismo que sobre el espíritu de los otros jóvenes que acudían á Kieff, procedentes de diversos países, como bandada de grullas. Era un continuo ir y venir de jóvenes, ávidos de ciencia, como de miel las abejas, que acudían á buscar un sostén para sus cerebros vacilantes; un formar grupos, un separarse, un alejarse para constituir grupos nuevos, una peregrinación á los puros manantiales de la ciencia, de la inteligencia, de la vida; enseñaban ó aprendían, guardaban su saber como un tesoro ó lo consumían en balde, avanzaban en su camino ó permanecían quietos, sucumbían ó triunfaban; unos se ahogaban al nadar en aquel Océano, otros salían á flote victoriosos. Reinaba, en fin, un movimiento, un estrépito, un torbellino exuberante de vida. La Universidad era como una casa materna que á todos les pertenecía, en las que se fecundaban las inteligencias como en un crisol, en donde la juventud y la razón, cociendo juntas, fermentaban. Todos los años florecía la Universidad, daba sus frutos, y nuevos ingertos venían á robustecerla. En ella los hombres renacían á nueva vida; y era hermoso el espectáculo de toda aquella juventud que se lanzaba enmedio de las olas del mundo.

Por este mar bogaba la nave de la vida de Schwarz. ¿Qué rumbo había de imprimirle.....? Las diversas Facultades eran para él otros tantos puertos que le atraían; ¿hacia cuál sería más conveniente enfilar la proa.....? Reflexionó mucho, y al fin se decidió: eligió la Medicina.

—Querer y volar—se dijo á sí mismo al tomar aquella resolución;—debo ser rico.

Lo que más le había hecho dudar era el amor sin límites que, como todas las inteligencias lúcidas, experimentaba por los misterios de la ciencia. Cierto era que le atraían la jurisprudencia y la literatura; pero las ciencias naturales se le presentaban como un triunfo de la humanidad sobre las cosas. Este era un concepto personal que había adquirido desde la segunda enseñanza. Tuvo un profesor joven que explicaba Química, muy entusiasta, el cual, poniéndose una mano en el corazón, decía á sus alumnos cuando salían de clase:

—Creedme, amigos míos; nada hay que valga lo que las ciencias naturales; todo lo demás es música.

En cambio el director, después de las oraciones, aseguraba que solamente la teología puede conducir á los hombres á la verdadera felicidad; pero Schwarz, al que calificaba el director de «hereje vulgar», comentaba el discurso con ademanes cómicos, capaces de hacer reir á todos los presentes y de atraerse sobre su cabeza, no sin razón tal vez, una tempestad.

Así, pues, Schwarz se decidió por la Medicina, á lo que contribuyó también Vassilkevitch, el cual, aunque joven y estudiante aún, tenía, con ó sin motivo, una gran influencia sobre la juventud. He aquí cómo intervino en aquella decisión:

Una vez, en una reunión privada, después de haberse hablado de mil cosas, un estudiante de filología demostró, de manera más artificial que convencida, que todo aquel que se entrega á la ciencia en absoluto, sin cuidarse de la vida y felicidad propias, se une con aquélla, se convierte en órgano y reflejo de la misma. Pero había en sus conclusiones más ampulosidad y ardor ficticio que verdad.

—Se cuenta—dijo—que un pescador islandés contempló con tanta atención la aurora boreal que no pudo resistir la violencia de la corriente. Las olas le arrastraban á la profundidad del mar, y él, con los ojos vueltos á la luz fascinadora, é iluminado el rostro por los purpúreos rayos, seguía mirando

hasta que el espíritu del abismo le confundió y aprisionó en una onda vítrea. Mas no obstante, en los ojos del pescador quedó impresa la aurora boreal. Así es la ciencia; si inclinas tu frente ante ella, podrán arrastrarte al abismo las olas de la vida, pero en tus ojos quedarán siempre impresos los resplandores de la ciencia dicha.

Sucede á menudo que se oyen máximas á las que no se puede asentir, mas para cuya oposición se requiere cierta dosis de valor y de audacia. Esta es la razón por la que ninguno se atrevió á rebatir el citado discurso. Pero Vassilkevitch, bufando y poniéndose en pie, cobró ánimos y empezó á hablar:

—Todo eso no es más que charla y palabrería. Yo creo que la ciencia es la que existe para los hombres y no los hombres para la ciencia. Ese pescador era un imbécil; si hubiese remado bien hubiera podido contemplar la aurora boreal y llevar á su casa los peces para sus hijos... Siempre se aprende algo nuevo en la vida... El pueblo sufre hambre y frío, ¿y tú querrías separarte del mundo, y ser una carga en vez de una ayuda? ¡Oh Tetvin, Tetvin!—así se llamaba el estudiante que acababa de hablar.—¡Piensa más bien en el sentido que en la armonía de tus palabras! Queréis empastar juntos un razonamiento y una estupidez. Hoy te imaginas que puedes renunciar á la felicidad por algunas páginas antiguas y amarillentas... ¡Locura, amigo mío, nada más que locura! ¡Cuando llegue tu día y los dolores del corazón lleguen á oprimirte el pecho, entonces volverás tus ojos sinceramente á la felicidad y al amor! En mi país, en la Samogia (1), vive en una pobre cabaña una pareja de cabellos grises, padre y madre, cándidos ambos como dos palomas, los cuales hablan de mí con tanto entusiasmo, como de un príncipe de largas guedejas de oro. ¿Qué merecería yo si me apartase, ensimismándome en los libros, y les abandonara y les dejase solos en su vejez?... He venido á Kieff, es cierto, pero por medio de la ciencia cuido

(1) Antigua provincia de Lituania, entre el Báltico y Curlandia.

de mí y de ellos. Y no soy yo solo; cualquiera que cultive este campo tiene derecho á ganarse el pan. ¡Honor á la ciencia! Pero el que á ella se dedique no debe apartarse de la realidad de la vida ni estarse con los brazos cruzados. ¡Sabio, sabio!... ¡Hermosa palabra! Pero mientras tanto, no es capaz de abotonarse, no cuida de la educación de los hijos, desatiende á la mujer. ¿Por qué, pues, no se ha de compaginar la ciencia con la realidad de la vida? ¿No sería preferible infundir la ciencia de la vida y gozar después por medio de la misma vida?

Tales fueron las palabras de Vassilkevitch. No hemos transcrito su discurso para deducir si tenía ó no razón, sino solamente para manifestar que Schwarz, el cual tendía por naturaleza hacia lo práctico de las cosas, reflexionó acerca de él y se decidió por la Medicina.

Dígase lo que se quiera para demostrar lo contrario, lo cierto es que el hombre tiene desde que nace determinadas inclinaciones. Schwarz se inclinaba, por su modo de ser, á la realidad de las cosas; prefería la substancia á las ideas, y no era, en manera alguna, amigo de la dialéctica. No embellecía el aspecto de lo que se presentaba ante sus ojos, sino que lo consideraba tal como se le apareoía.

El curso de los pensamientos puede seguir dos caminos en el cerebro humano: en algunos hombres las ideas se apartan del centro, en otros convergen hacia él. Los primeros se dirigen al objeto explorado que esté más cerca, le dan vida, y con los tenues hilos de la experiencia le unen al principio que le informa; estos son los ingenios creadores: los segundos se apoderan con la mente del objeto tal como se presenta, lo absorben, lo confrontan con los otros mediante un trabajo interno, y unen, dividen y clasifican; estos son los hombres de ciencia. Los primeros crean, los segundos escrutan, investigan. Entre uno y otro procedimiento hay una gran diferencia; tan grande como la que existe entre la avaricia y la prodigalidad, entre la inspiración y la expiración: no sería empresa fácil establecer

cuál es el mejor de los dos caminos. Unos tienen la facultad de crear, otros la de transformar, ó, por mejor decir, la de reformar; y también en estos últimos existe una fuerza activa, del mismo modo que se encuentra una fuerza activa en el estómago. El equilibrio perfecto entre las dos corrientes dichas constituye el genio.

Schwarz poseía en grado sumo la segunda facultad; sabía concentrarse. Y esta condición, mientras le preservaba en la vida de incurrir en muchos tropiezos, equilibraba en cierto modo sus fuerzas y sus deseos. Jamás acometía empresa cuya ejecución le pareciese imposible; se consultaba antes á sí mismo con tanta escrupulosidad, que hubiera podido ser considerada como una obstinación en el estudio. Su razón, que deseaba mirarlo todo serenamente, con imparcialidad y con cordura, quería también verlo con cordura y con profundidad; y para verlo así todo, era indispensable un profundo conocimiento. Rechazaba las adivinaciones; quería conocer, motivo por el cual jamás se detenía á mitad de camino en sus estudios. Del mismo modo que la araña se lanza sóbre una mosca, arrojábase él completamente sobre el objeto que constituía el asunto de su investigación, lo envolvía en una red formada por pensamientos y raciocinios, lo absorbía, por decirlo así, y se compenetraba con él. En esto tenía su mente la más perfecta elasticidad. Schwarz deseaba con ardimiento, lo que constituye una cualidad propia de los temperamentos juveniles. Además, era independiente hasta tocar en los límites de la presunción. A menudo tenía un modo personal de ver, que para él tenía tanta fuerza como si tuviese detrás el sufragio de la multitud; sin embargo, preciso es confesar que en tales casos tomaba á su cargo el buscar las razones que militaran en favor de su opinión, y, si no las hallaba, rectificaba su parecer é inclinaba la cabeza; y en esto manifestaba una energía de pensamiento y de acción nada comunes.

Las cualidades de que venimos hablando, constituían la fuerza de Schwarz, las armas con las que entraba en los com-

bates de la vida; armas de las cuales unas nacieron con él y otras eran adquiridas. Debemos también añadir que era poseedor de dos mil rublos.

Asi, calculándolo todo, Schwarz se hadía decidido por la Medicina. Pero su desilusión fue tan grande, como grande había sido el ardor con que se dedicó á esa ciencia. El quería darse cuenta de todo; allí era preciso estudiar de memoria..... estudio que no se acomoda á todas las capacidades, y que, en todo caso, depende más de una memoria tenaz y de una firme voluntad, que de la inteligencia. Se necesitaba tener siempre en la punta de los dedos una porción de cosas, imprimirlas en la cabeza, y atascarla, como se atasca un almacén de trigo. Más que un estudio, era un oficio. La mente no podía sacar provecho de todo aquel aprovisionamiento, porque no se lo apropiaba; no lo digería, le faltaba el jugo alimenticio. Quizá la estructura física del organismo humano tenga también su filosofía, análoga á la filosofía de las otras ciencias en cuanto concierne á la intensidad y proporción de los resultados; pero á Schwarz, que había comenzado con el estudio del organismo, no le había sido dable averiguar si existía una filosofía de la ciencia dicha. Sin embargo, ese fue el camino que emprendió, desde que empezó su estudio. La parte de la Medicina que se pudiera llamar técnica, le parecía enojosa, ingrata, repugnante, erizada de dificultades ocultas, de misterios inesperados, á veces obscura, á menudo madura apenas, vacilante por lo general, difícil siempre. Se hubiera dicho que la Naturaleza había declarado la guerra en ese terreno á la inteligencia humana. Pero Schwarz salvaba todas las dificultades, y continuaba impávido.

Había, no obstante, en esta parte de la Medicina, otro lado triste á los ojos del joven estudiante: la influencia moral deletérea que aquélla ejercía, porque mostraba el término de la vida, mas no revelaba si continuaba la existencia después de la muerte. Sin vacilaciones arrancaba violentamente á la muerte el velo que la cubría; y todo aquel trabajo interno y

subterráneo se mostraba en la impudicia de su desnudez. Todos los cadáveres parecían encerrar una única promesa dirigida á los seres vivos; parecía como si la muerte gritase en plena luz y burlonamente: «¡Hasta que nos veamos en las tinieblas!» Era como un reto lanzado á la humanidad; un reto que entrañaba una prueba desesperante de la impotencia humana, enfrente de una voluntad maligna, potente, odiosa, implacable. Y la necesidad de mirar cara á cara á esa voluntad, producía en el ánimo de los jóvenes una reacción, que se traducía en esta máxima: «Es inútil malgastar el tiempo; ¡gocemos de la vida hasta que nos sea dado, puesto que pronto ó tarde todo se lo lleva el diablo!»

En tales condiciones, la delicadeza de los sentimientos andaba casi perdida; la indiferencia se trocaba en brutalidad, el puntillo de honor en odio, el amor en pasión, la pasión en bestial instinto. Y el amor se mostraba como el sol al través de una lente opaca; sentíase su calor, pero sin advertir el brillo.

Schwarz luchaba contra tales pasiones, las rechazaba y no se separaba de su camino.

Al fin y al cabo se necesitaba tener fe en los principios fundamentales de la ciencia, y quien tiene fe en un camino no lo abandona para seguir otro. El camino que había elegido, y por el cual marchaba, parecía á Schwarz que era el mejor; aquí todo procedía basándose en la experiencia de los hechos desde los tiempos de Hipócrates, y la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto, eran los únicos criterios que servían de base á tan vasto edificio.

La fe de la juventud es completamente opuesta á la fe de la vejez. Había que poner en cuarentena todo aquello que la ciencia tratase de establecer por otros caminos que no fueran los del método experimental. Cada uno de los razonamientos propios argüía la existencia ó falsedad de los razonamientos ajenos. Y el hecho es que las hipótesis de quien vive fuera de un modo científico determinado, observadas al través de tales lentes, parecen siempre, aunque sean justas, una ligereza. Sólo

existen las cosas escrutadas profundamente. El encadenamiento de las causas y los efectos constituye la necesidad y el pensamiento. La historia no es más que una crónica más ó menos escandalosa; el derecho apoyado en la experiencia es el *modus vivendi* para la sociedad, la especulación de una enfermedad moral. Tales eran las ideas que se agitaban en la mente de Schwarz, ideas á las que no intentaba sustraerse, porque no le eran obstáculo para realizar su fin.

Así es como Schwarz atendía á sus estudios.

III

Había transcurrido un mes.

Era una espléndida puesta de sol de un día de otoño. Los últimos rayos del sol posábanse suavemente en las torres de Kieff y en las tumbas de las estepas próximas. En la reducida habitación en donde Gustavo y Schwarz vivían juntos, había luz aún, y los dos compañeros, sentados ante la mesa, trabajaban afanosamente, aprovechando aquellos últimos rayos del sol poniente.

Momentos antes había entrado Gustavo pálido y más jadeante que de ordinario, con expresión de amargura y de inquietud impresa en el rostro, como agobiado por un dolor secreto, al que traicionaba el brillo febril de los ojos. Callaban ambos. Sin embargo, este silencio pesaba evidentemente en Gustavo, puesto que á cada momento se volvía hacia Schwarz como para decir algo; mas parecía que le costara un trabajo enorme pronunciar la primera palabra, pues de nuevo inclinaba la cabeza sobre el libro. Por fin se retrató en su rostro una impaciencia irresistible; de pronto cogió su gorra, que estaba en la mesa, y levantándose de la silla dijo:

—¿Qué hora es?

—Las seis. — ¿Porqué no vas, pues, á casa de la Potkansky?... Vas todas las tardes, por consiguiente...

—Gustavo — contestó Schwarz — tú sólo me has hecho penetrar en la existencia de esa mujer... Pero dejemos esto; no toquemos un asunto penoso para los dos; nos conocemos ya bastante, y por esto te prometo que no volveré á casa de la Potkansky, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Te doy mi palabra de honor. Aquí está mi mano.

Permanecieron así algunos minutos, uno enfrente de otro; Schwarz con la mano extendida, Gustavo sin saber qué hacer, molestado por lo violento de su posición. Por fin se estrecharon las manos, pero ninguno de los dos profirió palabra, demostrando visible sentimiento: el uno buscaba en vano una expresión afectuosa de consuelo; el otro era incapaz de formular una frase de agradecimiento. Y se separaron en silencio.

Sucede á menudo que se apoderan de nuestro ánimo sentimientos extraños, que son totalmente opuestos á los que hubiéramos esperado como recompensa de una acción generosa.

Schwarz había prometido á su amigo no volver á casa de la Potkansky. Y sin embargo, la amase ó no, la promesa le costaba un sacrificio. En su monótona existencia de trabajo, aquella mujer era el único rayo de luz, el luminoso faro hacia el que convergían todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones; y aun cuando no dedicara á sus sueños y á ella sino los pocos instantes sustraídos al trabajo y destinados al reposo ó al esparcimiento del espíritu, renunciar á tales momentos era como privar de todo encanto al propio descanso, era como esterilizar en la propia vida el lugar en donde hubiera podido brotar y germinar un sentimiento puro y elevado. Y, no obstante, tras brevísimas vacilaciones, Schwarz había renunciado, había consumado el sacrificio. Pero en cuanto se quedó solo en el cuarto, pasó por su rostro como una sombra de tristeza, de disgusto, hasta de rabia. ¿Obedecía al rompimiento doloroso con el pasado, ó era quizá el arrepentimiento de su acción? No, Schwarz no se arrepentía. Cuando, como sello de su promesa, alargó la mano á Gustavo, éste había titubeado

algo antes de estrecharla. No aceptar el sacrificio ofrecido por un corazón enérgico, es como ponerle en tela de juicio; significa ser un ingrato á los ojos de aquel que ve rechazado así su sacrificio, echar la semilla de un odio oculto en el campo religiosamente cultivado del amor propio.

Pero, por otra parte, aceptar el sacrificio de un rival, equivale, para un carácter altivo y animoso, á consentir que otro le rebaje la propia personalidad; significa aceptar una limosna que no se ha pedido, y que el que la da la arroja con violencia; es casi como recibir una bofetada. La altivez prefiere ser acreedora que deudora. Por esto es por lo que al salir á la calle contraíase con amarga ironía la boca de Gustavo, mientras murmuraba con los dientes apretados:

—Me supera siempre. Esto es horrible..... ¡Al polvo; inclina la frente todos los días ante el señor Schawrz, y agradécele diariamente sus mercedes.....! ¡Qué vida tan lisonjera!

Sumido en una meditación profunda y triste, se olvidaba hasta de sí mismo, y se sentía agobiado bajo el peso de un dolor infinito. Repercutía en su alma el eco de una tristeza indecible que vibraba aún, semejante á una cuerda rota, y el pensar en la felicidad, aunque no fuese más que por un momento, le costaba un penoso esfuerzo. En él parecían haberse dividido en dos partes el corazón y el cerebro; la una exhausta de fuerzas, anhelaba solamente la paz; la otra, sombría, pero confiada aún, le atraía al torbellino de la vida; la una ofrecía á sus ojos una luz, un fin; la otra lo sumía en lo más denso de las tinieblas, en la nada. Y lo que constituía el colmo de su desventura, lo que á menudo avivaba su dolor, era algo que, como espíritu maligno y burlón, le mostraba con una mano su propia persona pálida, encorvada, contrahecha, y con la otra la viuda Potkansky aureolada por nubes, iluminada por los resplandores de la aurora, en todo el esplendor de su belleza, y con su fría impasibilidad de mármol.

Aturdido, casi sordo por los rumores de la borrasca interna, Gustavo caminaba sin fijarse por dónde, cuando de pron-

to oyó á su espalda una canción alegre, entonada por una voz bien conocida:

¡Hop, hop, hop, hop!
El casco está bien herrado.

Se volvió y se encontró ante Vassilkevitch y Augustinovitch.

—Hola, Gustavo, ¿á dónde vas?—preguntó el primero.

—¿Que á donde voy? — replicó Gustavo consultando el reloj.—Para ir á casa de la viuda es demasiado pronto..... Iré un momento al Círculo.

—Omite la primera parte, puedes ir directamente á casa de la viuda.

—¿Cómo? ¿Por qué?....

—¡Ay de mí, ay de mí, que desgracia!—exclamó Augustinovitch, y levantando los brazos al cielo, y sin cuidarse de los transeuntes, se puso á declamar:

«Cubre un fúnebre velo de eterno duelo
El yermo castillo donde nupciales fiestas
Lucieron un día. La yedra ciñe
Los antiguos muros; aulla furioso un perro
Junto al portalón.....»

—Nada hay que hacer ya en el Círculo — añadió Vassilkevitch.

—Acaba de decir lo que ha pasado.

—«El horror y el luto han venido aquí á morar»; seguía declamando Augustinovitch.

—¿Pero qué sucede?

—Una desgracia.

—Irreparable.

—Explícate tú, Vassilkevitch, habla en cristiano.

—La suprema dirección de la Universidad ha cerrado nuestro Círculo. Alguien ha referido que conspirábamos.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Hace un par de horas.

—Es preciso ir al lugar é informarse.

—No te lo aconsejo; te expones á que te pongan á la sombra.

«Te atenazarán los blancos brazos.»

—Cállate, Augustinovitch. ¿Y cómo no habrán ido por la noche? Hubiéramos caído todos juntos en la red, como otros tantos peces.

—Lo que más les importaba no era pescarnos, sino cerrar nuestro Círculo. Cierto es que si alguno fuese ahora á ponerse al alcance de sus uñas, le atraparían sin tantos miramientos.

—¿Y á dónde vais ahora vosotros?

Como ante el desencadenamiento de la tempestad
La ignea cruz.....»

—Eres incorregible; te he rogado que te calles.

«Así Rodrigo valiente y animoso.....»

—Y así—dijo interrumpiendo Vassilkevitch—vamos á advertir á los demás; por consiguiente, te dejo, deseándote mil parabienes, si es que no quieres acompañarnos...

—No, no puedo.

—¿Y á dónde vas?

—A casa de la Potkansky.

—Adiós entonces.

—Hasta la vista.

Apenas se habían alejado los dos compañeros, Gustavo se frotó las manos é iluminó su rostro una sonrisa de satisfacción. Le había agradado la noticia de la clausura del Círculo. De esta suerte había desaparecido el peligro de que la viuda, al conocer la decisión de Schwarz, volviese á frecuentar las reuniones de los estudiantes para seguir viéndole. Y el temor de Gustavo no carecía por completo de fundamento. Recordaba que, de cuantos ruegos y palabras le había dirigido para inducirla á que dejase de ir al Círculo, solamente la había hecho desistir de aquella imprudencia la promesa de llevar á su casa á Schwarz. Y ahora, cerrado el Círculo, desaparecían todos los motivos de temor.

Pocos momentos después Gustavo llamaba á la campanilla de la casa de la viuda. Salió á abrirle una criada.

—¿Cómo está la señora?

—Bien; pero no cesa de andar de un lado á otro del cuarto y habla sola—respondió la sirviente.

La viuda vivía en un modesto cuarto piso, compuesto de dos habitaciones: una salita y una alcoba con vistas al jardín. Gustavo entró en la segunda, cuyas ventanas terminaban en arco, con cristales azules y de color de rosa alternativamente, en forma de rosetas con listones de abeto.

En un ángulo del cuarto, sobre un velador de palo rosa, cubierto con un tapete de cortos flecos, había dos retratos: uno, con el marco de madera incrustado de arabescos, representaba un joven de ancha frente, cabellos rubios y líneas de una delicadeza aristocrática, Potkansky, en una palabra; el otro, una señora joven con un niño en las rodillas, la viuda. Ante los retratos estaba colocada una corona de siemprevivas envuelta en un velo negro y un ramo de mirto desecado. En otro extremo, casi oculta entre la sombra de los dos lechos, una cuna vacía ahora, pero animada un tiempo por la sonrisa y dulce balbuceo infantiles. La colcha verde, sobre la que la luz al penetrar por los cristales de colores esparcía sus caricias, parecía á veces agitarse ligeramente; parecía que de un momento á otro iba á levantarse impulsada por una inocente manecita, y que iba á asomarse una cabecilla alegre mirando á la mamá. Reinaba en la atmósfera de la habitación una tristeza grave y melancólica. Las hojas de las acacias, que atisbaban al través de la ventana, dibujaban en el pavimento una sombra negra, en la que de cuando en cuando, al agitarse las ramas por el viento, se abría una espiral de luz débil y vacilante. Al lado de la puerta había una pila de agua bendita sostenida por un ángel en actitud de bendecir; y en aquel momento su cabeza estaba circundada por esplendor dorado, como nimbo de hermosura, de inocencia, de paz, de gloria.

Así como en la actualidad reinaba la tristeza en aquella

morada, reinó en otro tiempo la felicidad. ¡Cuántas caricias, cuántas alegres palabras se sucedían entonces cuando, cansado del trabajo, volvía Potkansky á casa por las noches, y enlazaba el talle de su amada, mientras separaba sus largos cabellos de oro para depositar un beso en aquella frente querida y pura! ¡Qué límpidos y serenos transcurrían aquellos instantes de alegría, en los cuales, mudos, abrazados, con las pupilas del uno fijas en las del otro, parecían la personificación del amor!... Después corrían á la cuna, en donde el pequeñuelo balbuceaba las primeras palabras, y agitando los piececitos, sonreía á la felicidad de sus padres...

En la actualidad, la cuna estaba vacía, y sin embargo, se hubiera dicho que el niño respiraba en ella todavía. Y en los primeros momentos, la viuda, cuando aún era reciente su desventura, á veces, al despertarse por la noche, tentaba cuidadosamente la cuna con su manos, persuadida de que Dios tendría al fin compasión de ella, y arrancando de la tumba al niño volvería á depositarlo en la cunita... Aquellas paredes habían visto la alegría y la felicidad de un amor tranquilo, después la desesperación y las lágrimas que corrían gruesas como perlas, luego la tristeza, el enfriamiento sombrío y obstinado que terminó en locura.

La otra habitación, el saloncillo, tenía el tono, la vulgaridad de cualquier otro; pero también aquí parecía que los ecos de la felicidad pasada vibraban aún en el aire. La salita estaba cuidada con gran esmero, pero nada había en ella que la distinguiese de lo común. Al lado se abría un cuartucho para la sirviente, una reducida alcoba con salida á la escalera, separada del resto de la habitación por un tabique de madera. Tal era la vivienda de la viuda; y no se comprendía fácilmente cómo después de la muerte de Potkansky pudiese pagar su mujer el alquiler del cuarto. Pero se cuidaba Gustavo, el cual proveía á todo; en seguida explicaremos cómo se las arreglaba.

Al entrar en aquella casa, Gustavo experimentaba siempre

una sacudida. En aquel lugar en donde todos los objetos estaban llenos de ella, en donde todo lo que no fuese ella vivía para ella sola, el joven sentía siempre una opresión al pecho, algo como si una mano de hierro le apretase el corazón. Pero aquella opresión le producía una verdadera voluptuosidad, le parecía una preparación para respirar con más libertad y más desahogo.

Ser oprimido por el sentimiento de la felicidad, significa ser casi feliz, con la diferencia de que á lo primero va unido el deseo apasionado, el cual no reconoce límites. Ese deseo se apodera completamente del hombre, se infiltra en su sangre, se manifiesta en el brillo de la mirada, en el temblor de la voz. El inmenso anhelo de la pasión no tiene fin, carece de aspiración bien definida; es pudoroso, y sin embargo, exigente. En tales casos, el hombre se reviste de una audacia superior á la que experimenta en la intimidad de su propia conciencia; se maravilla de sus propias palabras como si las oyese proferir á otro; cierra los ojos y siente dentro de sí la imperiosa necesidad de reir ó sollozar convulsivamente. Ama, adora, idolatra á una mujer como si fuese un ángel, desea un ángel como si deseara una mujer. Esto sucedía á Gustavo en cuanto ponía el pie en aquella habitación; todos los deseos que el sentimiento y la sangre pueden suscitar, venían á girar en torno de su cerebro como una bandada de aves.

Elena estaba ante él.

Pálida, con su palidez peculiar, sus mejillas conservaban, sin embargo, un ligero carmín: tal vez un reflejo del crepúsculo de la tarde, y nada más. Su delicado perfil se dibujaba en el fondo de la ventana; estaba sentada ante un espejo de marco de plata, con un peine en la mano, y se arreglaba los cabellos, los cuales, sueltas las trenzas de radiante oro, aureolaban su frente pálida, y caían sobre sus hombros y su pecho como una cascada de ámbar fundido. Al ver á Gustavo, lo saludó con un movimiento de la mano y con una débil sonrisa á flor de los labios.

La viuda había sacudido al fin su entorpecimiento. La conmoción violenta é inesperada que experimentó á la vista de Schwarz había bastado para despertarla. Comenzó á recobrar la razón, no quedándole más que un punto incomprensible, como un resto de locura: se confundía de tal modo en su imaginación la imagen de Schwarz con la imagen de Potkansky, que no recordaba ya si el marido se llamó Schwarz ó Potkansky.

Pero no tardó en brillar un nuevo rayo de luz enmedio de las tinieblas que rodeaban su inteligencia: rogó á Gustavo que la hiciese volver á ver á Schwarz, y aquel consintió en ello, aunque de mala gana. Presa de la febril ansiedad de un deseo apasionado, la viuda esperaba la noche para poder fijar en sus ojos al que llevaba en sí la imagen de la felicidad perdida: no era Schwarz al que buscaba, sino lo que recordaba, recuerdo que le era indispensable. De esta suerte, poco á poco, bajo una forma visible apenas, el pasado se transformaba en el presente, la prolongada ilusión en realidad. Pero Schwarz advirtió el nacimiento de aquel nuevo afecto y prometió á Gustavo abstenerse de frecuentar la casa de la viuda. A esto quería prepararla Gustavo.

Fácil es adivinar la impresión que había de producir semejante noticia en el ánimo de Elena. Pálida, con las manos en la cabeza, se volvió furiosamente hacia Gustavo, mientras su larga y maravillosa cabellera le caía rumorosa por la espalda.

—¿Y dónde he de poder verlo ahora?

Gustavo no respondió.

—Porque es preciso que lo vea aquí ó en otra parte; ¡se parece tanto á mi Casimiro! ¡Dios mío!... ¡Pero si no vivo más que de ese recuerdo, señor Gustavo!

Gustavo seguía callando. Aquel ciego egoismo de mujer tenía para él algo de repugnante. En su alma se entablaba una nueva lucha: era ella la que le rogaba, y le rogaba que hiciese toda clase de esfuerzos para enterrar su propia felicidad... ¡Eso sí que no! ¡Sería demasiado imbécil!... Sin embargo, era

ella la que se lo rogaba, ella sola, y no otro alguno... Gustavo se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero no respondió una palabra. También él tenía cierto derecho á la vida; todas las fibras de su sér se rebelaban ante aquel ruego, con la energía de la desesperación; y mientras tanto Elena redoblaba sus súplicas.

—Gustavo, usted solo puede hacer de manera que le vea. Y yo quiero volverle á ver... ¿Qué le he hecho á usted para que me haga sufrir así?

Gustavo sintió que le corría por la frente un sudor frío; se pasó por ella una mano y respondió sombríamente:

—No quiero causar á usted ningún dolor, pero...

La pasión hacía que su voz temblase; tenía que hacer un intenso esfuerzo de voluntad para dominarse, para no arrojarse á los pies de aquella mujer y exclamar: ¡Pero si yo te amo! ¡No me maltrates así!

—Pero no quiere venir aquí — concluyó de decir Gustavo con voz apagada.

¡Cuánto hubiera dado Gustavo por evitar este momento!

Elena se cubrió el rostro con las manos, y se dejó caer en una silla. Deslizáronse unos instantes de silencio; fuera se oía el rumor de la multitud... dentro había un alma que luchaba consigo misma. Conducir á Schwarz á casa de aquella mujer era consentir en que se la arrebatase sin tardanza, era como abrir las puertas á la propia desgracia... Pero la lucha fue de corta duración. Gustavo cayó de rodillas ante la viuda, y, apoyando sus ardientes labios en las manos de aquella, murmuró con voz entrecortada:

—¡Vendrá.....! Se lo prometo..... Suceda lo que quiera, vendrá..... No puedo prometer á usted cuándo..... pero le traeré yo mismo.

Poco después salió Gustavo de la casa, murmurando entre dientes:

—Sí..... vendrá..... pero ya no seré yo quien lo traiga..... Vendrá, pero dentro de unos meses..... quizás dentro de

uno..... Siento que dentro de un mes habré logrado el descanso.

Un golpe de tos le cortó la palabra.

Erró durante largo rato por las calles. Cuando, por fin, volvió á su casa, en el reloj de la cercana torre daban las dos de la madrugada. Schwarz dormía, respirando con intervalos regulares..... La luz de la lámpara iluminaba su despejada frente y su desnudo pecho. Con febril mirada, Gustavo contempló largo rato el pecho aquél, y brilló en sus ojos un relámpago de odio.

Así permaneció cerca de una hora. Después se estremeció repentinamente, recobró el sentido de la realidad y sintió nacer en él un sentimiento completamente opuesto al que hasta entonces le dominara. Experimentó hambre, se acercó á una mesa llena de libros, sacó un pedazo de pan duro y moreno, y comenzó á comer ávidamente.

Llevaba ya casi dos días sin tomar alimento.

IV

Llegó el otoño. Hacía mucho frío en los cuartos de los estudiantes, los cuales, con la manta de la cama echada sobre los hombros y con la gorra en la cabeza, se calentaban estudiando en sus libros. En las pocas casas que estaban en condiciones de tener estufa, se reunían como en un colegio.

En cuanto al Círculo, estaba definitivamente cerrado. En los primeros momentos se habían reunido algunos para fundar otro; pero todas las tentativas habían resultado vanas ante la oposición de Gustavo por una parte, y de Schwarz por otra, el cual adquiría cada vez más influencia en el ánimo de sus compañeros. Schwarz, el cual era de opinión que el Círculo hacía que se perdiese mucho tiempo en hablar sin que originara ninguna utilidad, sostenía la necesidad de introducir alguna reforma en este asunto, lo cual consiguió al fin, á pesar

de algunos votos en contra. No cesaba de exponer su tesis en la Universidad, ó, mejor aún, en casa de Vassilkevitch, donde los estudiantes acudían con más gusto que á otras partes. Vassilkevitch vivía con Karvovski, ó para hablar con propiedad, éste vivía con aquél; pues aunque Karvovsky fuese rico —se trataba del joven pálido que tocaba el piano en el Círculo—y pagase la mayor parte de los gastos, el lituano era, sin embargo, como el alma y el eje de aquella comunidad de jóvenes en libertad.

La amistad entre los dos citados era verdaderamente extraordinaria y hasta digna de envidia. Uno, delicado, bello, afeminado, con la fantasía llena de nobilísimos sueños, dócil con todos y de todos querido, se deslizaba al través de la vida enmedio de toda clase de facilidades, entre los placeres y la abundancia; el otro, un verdadero lituano, feo, con facciones abultadas, enorme cabezota, con los cabellos cortos y los ojos despidiendo centellas, enérgico, estudioso, dotado de una gran cultura, parecía á primera vista el tutor ó el hermano mayor de su compañero. Vassilkevitch tenía un corazón de oro, y, como suele decirse, lo llevaba en la mano. Una vez Karvovsky sufrió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; Vassilkevitch le cuidó noche y día, cariñosamente, con una abnegación sin igual, y cuando se curó lloró de alegría y le increpó gozosamente.

—¡Valiente farsante! ¿Qué ocurrencia te ha dado de ponerte enfermo? Inténtalo otra vez, si te atreves.

Los estudiantes les denominaban «los novios»; y un ciego viejo de Ucrania, que les pedía limosna, y al que á menudo socorrían generosamente, les llamaba «los buenos jóvenes».

Muchas eran las razones que les ligaban; pero una era la más poderosa de todas y de la que no hacían misterio con cuantos la indagasen. Durante el verano pasaban la mayor parte de las vacaciones en una posesión de Karvovsky, en la que moraba una hermana de éste, joven no muy agraciada, más bien feucha, pero de una indecible bondad de corazón:

un carácter igual y dulce, un verdadero ángel, de rostro moreno y delicado cuerpecillo. Vassilkevitch la amaba con un amor profundo, tenaz, confiado, y, lo que más importaba, era correspondido. Quizá los padres de ella no estaban completamente seguros de aquellos amores, ó tal vez los conocían y no intentaban oponerse á la inclinación de los dos jóvenes. Ella no era nada hermosa; él era un hombre leal, en el que se podía tener absoluta confianza; de esta suerte venían á equilibrarse las posibles desigualdades de la posición social. Además, los padres de la muchacha no querían privar al hijo de un amigo, el cual, en toda circunstancia, podría serle útil. Vassilkevitch tenía además otra buena cualidad: profesaba un amor sin límites á sus padres, á «sus viejos», como él los llamaba. Eran muy pobres—el padre era arenero—y el hijo los socorría. Vivían en Samogizia, pero fuera del país, más cerca de Livonia, en una humilde cabaña, situada en el fondo de los bosques, que murmuraban en rededor, y á donde iban á morir las olas del mar; al otro lado de los bosques y del mar, de nuevo el mar y los bosques: un verdadero rincón de la tierra perdido en el mundo. Según las leyendas del país, el lugar estaba habitado por el diablo, pero respetaba á los viejos.

Enmedio de aquella paz nació al mundo Vassilkevitch. Niño aún, pescaba á orillas del mar, ó tendía lazos para coger patos silvestres, ó andaba por las marismas en busca de nidos. Era de un temperamento sereno y fuerte. La naturaleza le había mecido, y sus maestros eran las aves, los árboles, las olas. Toda la vegetación, desde los helechos hasta las hayas, cuyas ramas se pierden entre las nubes del cielo, era un gran libro abierto ante sus ojos, cuya primera página comenzó á leer y á estudiar por sí mismo. El mundo de las aves le hablaba de derechos y deberes; veía cómo los castores agitaban con la cola las aguas del río próximas á la orilla; sabía que el zumbido de las abejas guía al descubrimiento de los panales ocultos en los huecos de los árboles; sabía coger el tejón y sus pequeñuelos; y á veces había regresado á su casa con lobeznos

vivos y palpitantes. Después, cuando hubo ya crecido, el padre sacó de un viejo arcón un puñado de roñosas monedas de cobre y mandó su hijo á la escuela. Entonces comenzaron los tiempos difíciles. Era preciso estudiar y estudió.

Sería muy largo referir todos sus esfuerzos para llegar á la Universidad, en donde le hemos conocido. Los padres le devolvían centuplicado su cariño; formaban una pareja de palomas, blancas por la ancianidad, que pasaban los días arrullándose mutuamente. En su cabaña reinaba la paz y la felicidad. Aunque raros, encuéntranse aún en la vida puntos luminosos semejantes que nos hacen el efecto de oasis perdidos enmedio del desierto. Los dos viejos se adoraban tiernamente; se guardaban mil atenciones, como si se encontraran en los primeros días del matrimonio, y continuaban llamándose con esos epítetos afectuosos de los primeros tiempos del amor. ¡Y qué alegría, qué gozo cuando Vassilkevitch iba á su casa á pasar las fiestas!... Con él iba algunas veces también Karvovsky; y los viejos le trataban con cortesía, le obsequiaban; pero únicamente su Jasiek, á quien llamaban sencillamente «el nuestro», era todo para ellos. A menudo los dos jóvenes, después de pasar todo el día en los bosques, regresaban cuando los viejos se habían ya retirado. Así, una vez escucharon al través del tabique de la alcoba un diálogo por el estilo:

—Es un joven muy guapo este Karvovsky—decía el viejo.

—Pero el nuestro es aún más guapo—respondió la mujer.

—Indudablemente, es más guapo.

Sabemos que «el nuestro» era feo, en el más amplio significado de la palabra, y, sin embargo, era admirado, al través del poema del amor paterno y materno, como el mozo más apuesto del mundo entero. Hasta tal punto es cierto, que no la realidad, sino nuestro sentimiento, es el que da á los objetos el aspecto exterior bajo el cual se nos aparecen.

Pero volvamos á Kieff y á nuestros conocidos. No es de extrañar, pues, que con amos de casa como Vassilkevitch y Karvovsky, los cuales, entre otras cosas, poseían una estufa, fue-

se considerada su vivienda como punto de refugio para calentarse de la mayor parte de los estudiantes. Reuníanse allí aquellos que pasaban por ser los más inteligentes. Así las largas noches de otoño se transformaban en veladas literarias, en las que daban á conocer su obra todos cuantos poseían cierta inventiva.

Sería difícil también hacer la enumeración de las atrevidas ideas expuestas por aquella fogosa juventud. Los amos de la casa, Schwarz, alguna que otra vez Gustavo, y principalmente Augustinovitch, que no faltaba nunca, figuraban á la cabeza de tales reuniones. Schwarz había querido probar también su potencia inventiva; pero le faltaba el arte de crear y de ordenar sus propios conceptos con arreglo á las brillantes leyes de la fantasía, la cual parece envolver todas las cosas en los rayos del iris para lanzarlas después al mundo caldeadas é iluminadas, en una tibia noche de verano, bajo la forma de un espléndido meteoro. Por el contrario, Schwarz poseía en alto grado otra facultad: sabía juzgar rectamente las obras de los demás, y en esta operación se mostraba ingenioso é inteligente. Cuando, después de haber leído alguna composición suya, hacía delante de todos el análisis y la crítica de la misma, causaba la hilaridad general é irresistible de los oyentes. Igual sistema adoptaba con los escritos de los demás, y cuando comenzaba á ponerlos en solfa, caían pulverizadas aquellas primeras producciones ofrecidas en el altar del arte. Imitaba con tanta perfección á las personas, los gestos de la cara, la inflexión de la voz, que, con gran satisfacción suya, hasta las cosas más tristes despertaban la risa y la algazara. Esta habilidad le conquistaba una gran popularidad; pero aquellos que se dedican á enviar suspiros á la luna, y cuyas cuerdas del corazón no vibran sino con sones sentimentales, le miraban con respeto casi medroso, como en presencia de Satanás.

Con pintoresca fogosidad describía Vatsilkevitch sus bosques y su hermoso mar de Lituania. También Karvovsky cometía á veces el pecadillo de componer algunos versos líricos,

en los que el rocío, las lágrimas y los suspiros, discurrían como seres vivientes. Tratábase en ellos del amor de un pastor hacia un abedul silvestre, el cual, á la muerte del pastor, «languidecía de angustia y de tristeza», como refería el poeta. En aquellas veladas literarias alternaban las composiciones buenas y malas; no faltaban los argumentos festivos para excitar la risa, y á veces presentábanse también obras de verdadero mérito, fruto de grandes talentos, y hasta de mediocres, atormentados por un sentimiento de autocrítica.

Pero quien aventajaba á todos era Augustinovitch. Algunas veces llegaba á la reunión borracho perdido—triste es decirlo, pero es la verdad—con los cuadernos llenos de grasa y de toda clase de porquerías, escritos de una manera ininteligible. Pero cuando empezaba á leer, quedaban relegados á segundo término todos esos detalles, y todos quedaban extáticos, pendientes de los labios del lector. Más de uno de los oyentes se atormentaba el cerebro para destilar la esencia de su talento, y sin embargo, el fruto de tanta fatiga, aunque tuviese cierto valor, no salía de lo vulgar. En cambio Augustinovitch, bajo cuya tosca envoltura se encerraba un alma, cogía la pluma en cuanto llegaba, y allí en aquella habitación, enmedio del bullicio de cien voces que alborotaban, escribía sin detenerse, y las cuartillas húmedas aún por la tinta volaban bajo la mesa. Después las recogía, las ordenaba, sentábase con aire de negligencia, y leía, conquistándose la atención de todos y despertando la envidia en más de uno. Había en él una sorprendente vivacidad de imágenes que deslumbraba; en el torrente de sus ideas corrían las ideas esmaltadas, como serpientes incrustadas de piedras preciosas. Cuando hablaba del amor, parecía como si sintiera palpitar contra el suyo el corazón de su amada en el colmo del ardimiento; fluían entonces sus palabras con la velocidad del rayo, y el pensamiento, como deslumbrado por el fulgor del relámpago, sentíase dominado por el espanto; y cuando después con frases tiernas y apasionadas tocaba el registro de la melancolía, parecía que se res-

piraba en un ambiente saturado por el perfume de los mirtos y las rosas; los helechos se balanceaban bajo la suave claridad de la luna; y allí lejos, más allá de los bosques, la canción de la virgen vibraba entre gotas de rocío... Y en esto demostraba mucho ingenio; de sus labios salían hermosas frases y hermosas ideas, sin que fuesen la expresión sincera de su alma. Eran como flores delicadas que germinasen en un pantano; eran la revelación de una espiritualidad genial, en la que lo bueno corría parejas con lo malo.

—¡Oh Augustinovitch, Augustinovitch!—exclamaban entonces sus compañeros—si no estuvieses ya entre las garras del diablo, ¡cuántas cosas podrías crear con tu poder de imaginación, farsante!

—Por esto es por lo que trinco bien—respondía él.—Quiero ahogar dentro de mí al tal diablo. ¿No tenéis nada que darme de beber?

Raras veces intervenía Gustavo en dichas reuniones. Miraba con malos ojos á Kavovsky porque le querían todos. Se hacía más intratable á medida que su existencia se hacía más difícil, á medida que se amontonaban las nubes en el horizonte de su amor, cuanto más se colmaba su cáliz de amargura. Las naturalezas apasionadas é infelices ofrecen la particularidad de demostrar una instintiva repugnancia. Esta repugnancia, no concentrada aún sobre persona alguna determinada, germinaba en el corazón de Gustavo.

Experimentaba un indecible odio contra aquellos que poseían lo que á él le era negado; tal posesión se presentaba ante sus ojos como una ofensa, y los temperamentos como Gustavo saben devolver las injusticias que redundan en su daño, por lo menos en teoría. Así se apartaba de la sociedad de aquellos jóvenes, entre los cuales hubiera podido encontrar, no obstante, quien lo comprendiese; y á pesar de su odio universal sentía cariño por algunos, pero sin embargo prefería permanecer á solas en su dolor. Le humillaba demasiado la idea de que los demás pudiesen compadecerle; nada temía tanto como ser

objeto de compasión para los demás, especialmente entonces, cuando sus compañeros conocían la promesa de Schwarz, referente á no volver á ver á Elena. La tal promesa, revelada por el mismo Gustavo en un momento de sobreexcitación, había hecho que Schwarz ganase mucho en el concepto de sus compañeros, y Gustavo experimentaba á causa de ello un sentimiento de ira. En suma, entre él y Schwarz habíase interpuesto una negra nube que los separaba.

Elena, por su parte, continuaba suplicándole vehementemente, con insistencia cada vez mayor, que le llevase á Schwarz. Desarrollábase en la mente de la viuda y á la vista de Gustavo un proceso de ideas, que debía ser para aquél un nuevo motivo de tormento. Elena se aferraba cada vez más á aquella nueva imagen, y casi llegaba á identificarse con ella; excitado poderosamente por su prolongado intervalo de calma, su corazón anhelaba más cada vez á Schwarz, y esta vez á él mismo, á su persona. Como traida en las alas inexorables del destino, alboreaba una nueva era; para Elena, de dolor y de llanto, acompañando á la resurrección de la felicidad; para Gustavo, de desaparición de toda esperanza. — No he de poder conservar por mucho tiempo mi tranquilidad — pensaba Gustavo. — Pero suceda lo que quiera, no seré yo el que lo lleve al lado de ella por segunda vez.

Fácil es comprender lo que ocultaban tales reflexiones. Gustavo se hacía la ilusión de sofocar su dolor bajo el peso del trabajo, y así se iban agotando sus propias fuerzas. Solamente en el sueño disfrutaba de algunos breves instantes de felicidad. Una vez, en sueños, creyó estar de rodillas ante Elena, á la que besaba las manos, las estrechaba contra su corazón y juntaba por último sus labios con los de ella en el ímpetu de la pasión. Y también había sufrido aún en el espasmo de la felicidad... Vino después el despertar. El la veía todos los días, estaba á su lado... y ¡muy lejos, sin embargo, al mismo tiempo! Y con esta lucha Gustavo se demacraba cada vez más, su aspecto inspiraba compasión, y solamente los ojos, en los

que brillaba el ardor de la fiebre, acusaban la fuerza de una voluntad indómita. Era una fiebre que le consumía, pero que le sostenía al mismo tiempo.

—¡Ya veremos cómo acaba todo esto!—murmuraba de cuando en cuando para sí, con sus ardientes labios.

Esta tétrica tensión del espíritu atormentado tenía, sin embargo, su lado bueno, porque Gustavo no se alimentaba de ilusiones, y tomaba la vida como era en realidad, no como hubiera debido ser. A pesar del progresivo debilitamiento de su salud, trabajaba de firme, más que nunca; necesitábase un esfuerzo no exiguo de voluntad, para ponerse al trabajo cuando regresaba de casa de la viuda, y todos los días alcanzaba victoria semejante sobre sí mismo. Se había rodeado de los compañeros más inteligentes, con los cuales se ocupaba exclusivamente en los estudios, formando así contraste con la sociedad que se reunía en casa de Vassilkevitch. Dos de sus compañeros, especialmente, no le dejaban nunca, y con ellos trabajaba en un tratado acerca de la lengua lituana..... Sin vacilaciones, antes bien, dirigiendo á los otros, Gustavo afrontaba los obstáculos casi insuperables de semejante trabajo, al que consagraba las horas que le dejaban libres los sufrimientos de su alma.

En cuanto á la viuda, iba á verla todos los días.

V

La actitud de Gustavo respecto de Schwarz era cada vez más irritante, y sin embargo, los dos jóvenes continuaban viviendo juntos. Pero un día, al fin, Gustavo, al volver de casa de la viuda, vió que su compañero estaba haciendo el equipaje. Ninguno de los dos despegó los labios; después Schwarz, como hubiera concluído, exclamó:

—Adiós, Gustavo, quédate con Dios; me voy.

Sin proferir palabra, Gustavo le estrechó la mano, y con la frialdad del hielo se separaron.

Una vez en la calle, Schwarz se dirigió á casa de Vassilkevitch, el cual, al verle, exclamó:

—¿Qué quiere decir esto? Nos mudamos, á lo que parece.

—Harto sabes lo tirante de mis relaciones con Gustavo—respondió Schwarz;—juzga tú mismo si era posible que continuase viviendo con él.

—Pero no está bien dejarle solo en el estado en que se encuentra.

—Lo reconozco; pero te aseguro que mi presencia no producía otro efecto que irritarlo más aún. Tú sabes cuánto he hecho por él; después de lo cual, me parece que no debiera guardarme rencor..... y sin embargo.....

Vassilkevitch, por toda respuesta, le apretó la mano.

La nueva morada de Schwarz estaba situada en una casa de tres pisos, y se componía de dos hermosas habitaciones espaciosas y claras. Además del dinerillo que había traído consigo de la casa paterna, Schwarz había hallado pronto, en cuanto llegó á Kieff, el medio de ganarse algo, lo que le permitía ahorrar su modesto capital. Así se había decidido á establecerse á gusto. La nueva habitación no carecía de cierta elegancia; notábase al punto cierta holgura, y hasta algo superfluo. Cubría el lecho una buena colcha; el suelo estaba encerado; una estufa pequeña brillaba alegremente entre el crepúsculo otoñal, y esparcíase por la estancia un dulce calor, que producía una sensación de bienestar.

Además, toda la casa tenía decente aspecto, y la vecindad estaba formada por gentes acomodadas. En el primer piso vivía un general con su mujer y dos hijas, horrorosas como una noche de truenos; en el segundo, un ingeniero francés, que era el que había subarrendado á Schwarz las dos habitaciones; en el tercero, un conde venido á menos, riquísimo en sus buenos tiempos, pero en la actualidad reducido á la miseria. Habitaba tres ó cuatro cuartos en unión de su hija, que era

ya una señorita, y dos criadas, oriundas de Ucrania. Sin embargo, tales vecinos no tardaron en causar molestias á Schwarz. Los hijos del ingeniero no cesaban de atormentar al piano, tocaban bailables de una manera verdaderamente lamentable, y por añadidura berreaban. En casa del general se sucedían sin interrupción las fiestas, los bailes y las reuniones, con un estrépito infernal, que se prolongaba toda la noche, enmedio de un continuo subir y bajar de criados presurosos por la escalera. Solamente el conde y su hija eran pacíficos. Y no hay que maravillarse de esto; lloraban sus miserias ante el recuerdo del esplendor pasado, al que volvían la vista con tristeza, como un día los judíos ante las ruinas de Jerusalem.

Schwarz apenas los conocía. Solamente algunas veces, al anochecer, cuando oía en la escalera un paso vacilante, pensaba que el anciano conde conducia á su hija á tomar un poco de aire; pero como no era amigo de las testas coronadas y de los blasones, no había experimentado ninguna curiosidad por ver á su vecino. Una vez, sin embargo, al volver á casa, entrevió algo que le despertó cierto interés: inclinado sobre la balaustrada de la escalera, entre el primero y segundo piso, entrevió un busto gracioso y una linda cabecita, de ojos azules y cabellos negros. Aquellos ojos, á los que servía de pantalla una mano colocada á la altura de la frente, escudriñaban con atención en la semi-obscuridad de la escalera.

Al ver al estudiante se retiró la joven, y Schwarz, que había apresurado el paso para verla de cerca, llegó á ver solamente dos piececitos con zapatos negros y medias blancas, que corrían azoradamente por la escalera.

—¡Ah! sin duda es la condesita,—se dijo él. Y la condesita pasó á ocupar un lugar en la mente de Schwarz. Sentado al amor del fuego alegre de la estufa, de manera casi inconsciente, Schwarz seguía viendo aquellos ojos azules con la mano á guisa de pantalla, aquella frente blanca ornada de negros rizos, aquellos piececitos calzados por elegantes zapatos.

Dos días después, á una hora avanzada de la noche, cuando se había ya recogido y apagado la luz, percibió una voz que entonaba una triste romanza italiana, y una voz joven, pastosa, vibrante, simpática, que repercutía dulcemente por la casa. Brotaban enmedio de la calma y del silencio nocturnos juramentos y quejas llenos de ardor y de pasión, que producían un encanto delicioso; y las palabras se oían con claridad:

Lleno de celos y despiadado,
Dices que mi alma no siente amor;
Llorar me miras y no me crees,
¡Eres un bárbaro sin corazón!

—¡Ah! canta la condesita—murmuró Schwarz.

Pero á la mañana siguiente no acertaba á comprender por qué, mientras se lavaba, se llevaba las manos al corazón como para sujetarle, canturreando con patético acento:

¡Eres un bárbaro sin corazón!

Sin embargo, pronto dejó de pensar en la condesita, y la imagen de Elena vino á ocupar el puesto en el curso de sus ideas.

—Esa mujer—pensaba—ó me amaba ya, ó no hubiera tardado en llegar á amarme.—Y recordaba los momentos en los que se habían mirado.—Es una mujer especial. ¡Con qué pasión debe haber amado á Potkansky! ¿Y Gustavo?...—El recuerdo de Gustavo le hacía fruncir el ceño.—Vaya ó no vaya yo á casa de Elena, ese amor conducirá á la tumba á Gustavo... ¡Bah! Cada cual no debe responder más que de sí mismo. Me alegraría saber, sin embargo, lo que dice ella al ver que no doy señales de vida.

La recordaba á menudo en aquel instante que, pálida como una muerta, se lanzó hacia él con los brazos abiertos, exclamando: «¡Oh mi Casimiro, mi Casimiro, por fin te encuentro!» Así, pues, en su mano estaba buscarla, amarla, ser correspondido... Y el pensar en la posibilidad de aquel amor, le quitaba

el sueño. Sentía, como todos los jóvenes, la necesidad de amar, y el corazón le palpitaba violentamente, hasta romperse casi bajo la exuberancia de vida.

Schwarz no había conocido á ninguna mujer antes de Elena. Verdad es que ante sus ojos pasaban á menudo las medias blancas y los zapatos negros de la condesita; pero no era más que un sueño que no conducía á nada práctico. Recordaba en cambio cómo en una ocasión tuvo largo rato entre sus manos la mano de Elena, cómo experimentó un violento deseo de besar aquella mano, y cómo los ojos de Gustavo brillaron en aquel momento hasta el punto de presagiar una desgracia. Poco á poco habíase apoderado de él un sentimiento de celos. A veces, en lo profundo de su corazón, asomaba una sombra de arrepentimiento por la promesa hecha con harta precipitación. Entonces, á manera de confirmación, se repetía con trágica energía: «¡He dado mi palabra y no voy!»

Había otro hecho que encolerizaba á Schwarz, á saber, la calma y tranquilidad de su vida, cosa que tal vez parecerá una paradoja á los hombres sesudos y de edad provecta. Avanzaba en sus estudios sin ningún tropiezo; no hallaba obstáculos en su camino; sus juveniles fuerzas permanecían intactas y vigorosas, y todo esto constituía para él un motivo de fastidio. Las naturalezas jóvenes, semejantes á los soldados bisoños, experimentan la necesidad de la pelea, y esa exaltación batalladora, la cual parece inverosímil en la edad madura, y representa por el contrario en la juventud una condición indispensable de vida. Recordemos las palabras de Schwarz en casa de Gustavo, recién llegado á Kieff. Lo que deseaba es la lucha. Fuese en nombre de los estudios ó de cualquier otro ideal, anhelaba arrojar el guante de desafío al mundo entero. Las águilas jóvenes gustan de volar por espacios en los que se extienda arriba un dosel de nubes y se abra abajo un abismo. Hasta el hombre más vulgar, antes de contentarse con ser un caracol, ha tenido momentos en los que anhelaba ser un águila. Esta fase de la vida era la que atravesaba Schwarz; pero

no hallaba ningún motivo de contraste. En la Universidad todos, ó casi todos por lo menos, estaban de acuerdo con él. No faltaban ideas que hubieran podido ofrecer más amplia esfera á su actividad; pero para Schwarz pertenecían aún al campo de las ideas desconocidas. Precisamente fue en este período cuando llegó á turbar su calma un acontecimiento.

Augustinovitch se hizo reo de un hecho que fue juzgado como un baldón para la fama de los estudiantes, y, por lo tanto, se decretó la expulsión del culpable. No era, á decir verdad, la primera vez, y los estudiantes habían hecho siempre como que no lo sabían para no comprometer la asociación, poniéndola en evidencia ante la opinión pública. Pero ahora se había colmado la medida. No intentaremos señalar el delito al lector; ¿á qué conduce descender al fango?... Baste decir que una comisión de estudiantes, que entendía en los asuntos concernientes al honor de la comunidad, decidió excluir de su compañía al culpable. Contra tales disposiciones no existía recurso alguno, pues la suprema autoridad universitaria confirmaba siempre las sentencias de la comisión. El delito, puesto de manifiesto, causó en todos gran indignación, y ninguno quería asumir la defensa de Augustinovitch. Pero entonces intervino Schwarz, lanzándose enmedio de la Universidad y decidido á salvarle.

En una reunión borrascosa, después de haber abogado calurosamente por la causa de Augustinovitch, Schwarz concluyó diciendo:

—¡Queréis echarlo! ¡Queréis apartarlo de todo contacto con nosotros!... Pero ¿creéis acaso que una vez expulsado de la Universidad no ha de poder deshonrarnos? ¿En dónde hallará medios de subsistencia?... Y además, ¿sabéis vosotros el motivo de su caída?... ¡No! ¡Interrogadle si había comido! ¡Haced... estamos entre nosotros y podemos decirlo... haced que levante uno de los pies, el derecho ó el izquierdo, es indiferente, y si hallais en buen estado una de las suelas de sus botas, entonces tendréis razón para arrojarlo de vuestro lado. En

cuanto á mí, sigo creyendo, y el diablo se lleve á quien se atreva á sostener lo contrario, que nuestro deber es salvarlo y no arruinarlo por completo. ¡Tendedle una mano caritativa, dadle pan, y yo mismo lo tomo bajo mi responsabilidad!

—¿Quién es el que está dispuesto á asumir la responsabilidad?—preguntó uno de los de la oposición.

—¡Yo!—exclamó Schwarz con voz de trueno y golpeando el suelo con los pies violentamente.

Siguió un momento de tumulto, de indescriptible algarabía: una discusión acalorada. Vassilkevitch apoyaba con toda su influencia la tesis de Schwarz, otros la combatían con energía. Por fin, Schwarz saltó sobre un banco, y volviéndose hacia Augustinovitch, le dijo:

—Te perdonamos. ¡Ven, pues, conmigo!

Al salir de la Universidad, Schwarz se frotaba las manos de satisfacción, mientras pensaba:

—Hubiera sido una verdadera lástima perder semejante inteligencia... Y por otra parte, habría que decir que tienen el diablo en el cuerpo si tramasen algo á espaldas mías.

—¿Por qué me has salvado?—le preguntó en aquel momento Augustinovitch.

Schwarz le dirigió una mirada severa.

—Desde hoy comenzarás á vivir conmigo—le respondió.

Mientras tanto, se desarrollaba un drama de otro género en la morada de la viuda de Potkansky. Como ya hemos tenido ocasión de observar, era una mujer extraña, incapaz de vivir cuando no la dominaba algún afecto. La primera vez la ayudó la fortuna; fue esposa y madre modelo. Ahora creía haber hallado su salvación en Schwarz... y, sin embargo, llevaba dos meses sin verle. Su alma se dirigía hacia Schwarz con tanta más vehemencia, cuanto más se oponía Gustavo á sus deseos. Y aquella lucha sorda entre dos voluntades debía acabar, al fin, en una lucha á cara descubierta.

—Si se niega usted á traérmelo—exclamó una tarde Elena, deshecha en llanto,—yo, yo misma iré en su busca. ¡Oh, Gus-

tavo, se lo ruego de rodillas!..... Dice usted que mi Casimiro me confió al cuidado de usted..... Pues bien; se lo conjuro en nombre suyo..... ¡Dios mío, Dios mío!..... ¡No puede usted imaginarse lo que yo sufro..... no ha amado usted nunca!

—Yo.....—rugió Gustavo. Las palabras salían de sus labios con gran esfuerzo, mientras sus ojos acusaban un dolor intenso.—¿Yo..... no haber amado jamás?.... ¡Tal vez tenga usted razón!..... ¿Pero entonces no se ha fijado usted nunca en nada, no ha comprendido usted, no ha sospechado nada?... Yo mismo no sé si he amado á nadie, excepto á..... ¡Señor! ¿Será necesario que pronuncie el nombre?..... Excepto á ti, ¡á tí sola!

Y cayó á los pies de Elena.

Siguió un momento de silencio. Se les hubiera tomado por dos estatuas, ella con el rostro oculto entre las manos, él inmóvil á sus pies.

Pero de pronto Gustavo se estremeció, se puso en pie: había dominado la vehemencia de su pasión; parecía otro hombre. Quiso ser dueño de sí mismo, y comenzó á hablar con acento débil, apenas inteligible, entrecortado por la respiración fatigosa.

—Perdona, Elena, no hubiera debido dejarme arrastrar así..... ¡Pero sufro hace tanto tiempo!.... La primera vez..... ya han transcurrido tres años..... la primera vez que te ví fue en la iglesia..... El sacerdote había elevado el cáliz, y tú inclinabas la cabeza..... En aquel tiempo iba yo aún á la iglesia... Después te vi más á menudo..... perdóname, no sé cómo sucedía..... Luego supe que eras la prometida de él, y callé... También ahora callaba, no quería enojarte..... me bastaba vivir cerca de ti..... ¡Pero tú creiste que yo no... que yo no había amado!.... ¡Ya ves como no es cierto! ¡Pero es tan triste y tan difícil renunciar á la última esperanza!.... Perdóname..... Hoy vendrá á verte Schwarz..... es un joven honrado, bueno, y..... ¡sed felices! ¡Adiós!.....

E inclinándose un poco, besó un pliegue del vestido de

Elena, mirando al cielo febrilmente, como se besa un objeto sagrado.

Elena se quedó sola.

—¿Qué es lo que me ha prometido?—murmuró;—¿qué me ha dicho Gustavo?..... *El* volverá, no es un sueño, no..... volverá.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se continuará).

POETAS AMERICANOS

SONETOS

No es tu talle gentil quien me enamora
Ni ese donaire que al mirarte hechiza,
Ni tu candor que todo diviniza,
Ni tu boca que perlas atesora.
No es tu mirada ardiente y seductora
Lo que enciende mi pecho y me electriza,
Ni tu acento gracioso es quien atiza
El fuego de este amor que me devora.
No tu rostro, que puro resplandece
Agita el corazón breve momento,
Ni tu imagen grabada en mi alma deja:
Lo que en ti me entusiasma y enloquece,
Lo que excita el amor que por ti siento,
Es un lunar que tienes en la oreja.

***

Es horrible martirio en la memoria
El mal pasado conservar presente,
Y llorar y llorar eternamente
De la esperanza la perdida gloria.

Del mal pasado recordar la historia
Es vivir de la angustia en la pendiente,
Donde el humano corazón no siente
Ni el goce de la dicha transitoria.
Aquel que vive en lo pasado, mira
Incontrastable el hondo desconsuelo
Que aumenta los rigores de la suerte.
En vano, en su dolor gime y suspira,
Porque en el triste afán de su desvelo,
Ve tan solo el estrago de la muerte.

***

EN EL PASEO

(DIÁLOGO)

—¡Qué boato, qué lujo, qué elegancia,
Qué gusto en el vestir, qué bello traje!
—Es sólo un pobre diablo; su importancia
La cifra en la hermosura del ropaje,
Y se cree de valía excepcional.
—¿Qué tal, qué tal?

——

—¡Qué niña tan graciosa, qué contento,
Qué virtudes revela, qué decoro!
—Esa desprecia á un joven de talento
Por un viejo que tiene sacos de oro,
Y dice que ese viejo es su ideal.
—¿Qué tal, qué tal?

——

—¿Quién es aquel tan grave y estirado
Que al saludar arruga el entrecejo?
—Logró ser al Congreso diputado,
Y aunque es zonzo, no cabe en el pellejo
Y prepara un discurso colosal.
—¿Qué tal, qué tal?

——

—¡Qué mujer tan hermosa, qué rosado
El color de la cutis y qué bello!
—Pues todo lo que ves, todo es pintado,
Y algunos bobos hay que creen que aquello
Es en ella su tinte natural!
—¿Qué tal, qué tal?

——

—Y esa, ¿quién es, que ríe coquetona
Y habla al oido y donde quiera mira?
—Es una bellacuela solterona
Que descarga en los jóvenes su ira
En lenguaje de gente sin moral.
¿Qué tal, qué tal?

——

—¿Te fijaste en aquel que nos miraba
De rostro vivaracho y altanero?
—Ese era pobre y siempre petardeaba,
Y aunque en el lodo consiguió dinero,
Hoy lo tienen por hombre principal.
¿Qué tal, qué tal?

* * *

LA BEATA

Una beata salía
De la Iglesia después de comulgar,
Y en las gradas del templo todavía
Se puso á murmurar.
—Ya principias de nuevo, amiga mía,
Observóle alguien que acertó á pasar.
¡Oh! ¡qué importa! la beata respondía,
Me vuelvo á confesar.

Manuel A. Hurtado
Chileno.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL TEATRO.—PONSARD.—LA TRANSICIÓN DEL ROMANTICISMO AL NATURALISMO.—SCRIBE, MUSSET, AUGIER

Aunque el romanticismo francés parece haberse sobrevivido á sí mismo en la persona de sus creadores, que alcanzaron casi todos longevidad suma, no puedé considerarse que una doctrina ó un movimiento persista porque no se hayan muerto aún la media docena de hombres más ó menes ilustres que lo capitanearon. Victor Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Alejandro Dumas padre, Jorge Sand, ya antes de la senectud vieron extinguirse el incendio del volcán romántico, explosión juvenil del siglo. Alguno pudo también presenciar el advenimiento del naturalismo, después de la transición laboriosa que lo preparó y del realismo que lo anunciaba, asistiendo al espectáculo de la *reacción del buen sentido burgués y de la normalidad social, contra el lirismo y el individualismo.*

Reacción explicable donde quiera, y más en Francia, que es un país de razón práctica y de llana prosa, con accesos de entusiasmo transitorios, calmados sin tardanza por el ingenio y el criticismo, cualidades en que se funda el equilibrio del temperamento nacional. Si el drama de la Revolución despertó la calentura romántica en la generación de 1810 á 1830, en la siguiente, de 1840 á 1860, volvió á manifestarse la verdadera naturaleza del genio francés: mesura, cordura, donaire,

sátira, observación. Hago afirmaciones generales; podrían discutirse alegando numerosas excepciones; mas en conjunto no es fácil desconocer su exactitud.

En la escuela romántica, el individuo es rey. Tiene derecho á todo, y tanto mayor es la belleza realizada cuanto más brío y desenfado ostente el *yo* al afirmarse y desenvolverse en oposición á lo que le rodea. Díganlo esos tipos gallardos ó indómitos, esos autolegisladores, reñidos con la sociedad, fustigándola con la ironía y el desprecio;—el *Carlos Moor,* de Schiller; el *Antony,* de Dumas, y, menos caracterizados, pero representativos de igual tendencia, el *Hernani* de Hugo y nuestro *Tenorio*.—La poesía, con su facultad de presentir y adivinar, su mágico don de *vaticinio,* fue, dentro del romanticismo, precursora de principios que hoy forman cuerpo de doctrina y dan derecho de ciudadanía en la ciencia social, abriendo surco muy hondo, justamente porque son el romanticismo y sus prestigios, actuando sobre la masa transformados en utopia política. Tiene tanto de inconsciente las génesis de las ideas sociales, que el romanticismo, agasajado en el regazo del neocristianismo sentimental y flébil de 1820, es padre del alarmante movimiento anarquista; y los teóricos del anarquismo, los Stirner, los Bakunine, los Tolstoy, proceden, quiéranlo ó no, de los poetas subjetivos y personales, de los líricos como Byron y Musset, que creían aislarse, en su dolor y en su soberbia, de la multitud. Si se necesitasen pruebas para demostrar que la inspiración poética, cuando es real y sincera, reviste caracteres de profecía, las encontraríamos en esta filiación del anarquismo. Y es que un individuo, lo bastante superior para expresar vigorosa y eficazmente por el arte su esencia moral, siempre expresa á la vez algo genérico, la aspiración latente de millares de individuos que como él sienten y quieren, que no acertaban á decirlo, que en él se reconocen y á ejemplo suyo modelan la vida. Por eso los egregios individualistas de 1815 á 1830, los poetas líricos, los dramaturgos, los noveladores, no sólo interpretaron el porvenir

consultando sus palpitantes entrañas, sino que, en los últimos días del siglo, ven encauzar su concepción poética en vasto movimiento social.

En 1840, el romanticismo decae, la transición se marca, la vida se nivela, y el antiguo concepto del teatro vuelve á la superficie. Según este concepto, el teatro es enseñanza, es lección, es sátira, es escuela de las costumbres; es algo *útil;* y el espectador no va allí á temblar, á estremecerse, á electrizarse con los arranques fogosos de los incluseros Antony y Didier, ni con las proezas del bandido español de capa y chambergo, ni con las ambiciones egoísticas de Roberto d'Arlington, ni con la venganza del bufón del rey; es preciso que al apagarse las candilejas el concurso salga divertido, amonestado, edificado y corregido. La sociedad, que se reorganiza después de agitadas convulsiones, habla por la boca de embudo de la máscara cómica; quien nada enseña nada vale, y ni aun las filigranas psicológicas de Racine granjearían aplauso, porque ya en su *Rojana* y en su *Fedra* hay mucho de la altivez y furia de la pasión romántica, mucho individualismo. Vengan los moralistas y los prestidigitadores; venga el teatro de tesis, de intriga, que *demuestra;* ábrase la era de Scribe, Augier y Dumas hijo.

La posición estratégica para debelar al romanticismo tenía que ser el teatro, no sólo porque el teatro es y será, mientras haya literatura, la más social de las formas literarias (sin excluir la oratoria), sino porque en el teatro fue donde ya sabemos que realmente se estrelló el romanticismo, después de reñir encarnizadas batallas contra adversarios tan temibles como la tradición y el espíritu colectivo, en tanto que los otros géneros habían encontrado el campo relativamente libre de obstáculos y trabas. Para arrollar al romanticismo en el teatro no se necesitó un Napoleón: esta duradera victoria la ganaron caudillos que, excepto Dumas hijo, si rebasan de la mediocridad, no se aproximan á la luminosa esfera del genio.

Si quisiésemos estudiar el tipo del mediocre y las ventajas

que reporta la mediocridad armonizada con el sentido general social, ninguna figura tan característica como la de Scribe. Entre otros privilegios, la mediocridad goza del de convivencia pacífica con las doctrinas más opuestas. El fecundísimo y no despreciable, aunque mediocre, Scribe, sedujo al público durante la plenitud del romanticismo, y continuó seduciéndole después; y entre el estreno de *Hernani* y el estreno de *Las elegantes pobres*, por más de cuarenta años surte con inagotable actividad á los teatros parisienses, solo ó acompañado de los asiduos colaboradores á los cuales alguien quería ver sentados por lo menos en banquetas, rodeando el sillón de académico de Scribe. Scribe es anterior á la transición; no cabe duda que la prepara; lleva en la mano las recetas y las triquiñuelas que han de pedirle prestadas Augier, Dumas hijo y Sardou; y cuando fenece el romanticismo, Scribe está ya dentro de las *corrientes*, al compás y estilo de la nueva moda. A fabricantes así, las batallas estéticas les son indiferentes; pero su instinto de agradadores del público les lleva hacia la actualidad; no pugnan con la multitud, como pugna á veces el genio, desesperadamente y con rugidos de león: se dejan conducir, y en millares de brazos son llevados á las glorias de segundo orden, únicas que les están consentidas.

Mientras preponderó el teatro romántico, apenas salió Scribe de sus *vaudevilles,* de sus comedietas amenas y fáciles, de sus libretos encantadores: se discutía á Dumas padre y á Víctor Hugo; Scribe quedaba fuera de discusión. Identificado con los espectadores, ajeno á los delirios de la Musa, Scribe era un apóstol de la verdad, pero verdad transitoria y mezquina, particularismo de vuelo bajo, polvillo de realidades que sólo el gran poeta dramático asocia y funde en barra de oro. No pueden negársele á Scribe méritos, y su fecundidad asombra. Por muchos auxiliares que tuviese, su tarea es formidable, sus recursos múltiples y su agilidad de ingenio, una virtud natural de las más raras. Quizá pasen de mil sus obras teatrales de todo género: comedias, *vaudevilles,* libretos de ópera, libre-

tos de bailes de espectáculo y pantomimas cómicas y trágicas, dramas, melodramas, comedias de magia, algo que podría asimilarse á nuestros pasillos, apropósitos y despropósitos; modelos de cuanto se puede idear en género chico y grande.

El escamoteo, la destreza, resaltan en el teatro de Scribe, hasta en sus obras ya anticuadas hoy, como *Batalla de damas,* que todavía anda rodando por los escenarios de Madrid. Para los que consideran que la dramaturgia es oficio ó arte, pero no *el arte,* Scribe es un maestro. Sin estilo, sin lenguaje, sin observación profunda, sin análisis ajustado de caracteres, sin alta literatura ni sangrienta humanidad, Scribe dominó la escena y caminó de victoria en victoria. Poseía esa quisicosa que tanto irrita á Zola, el don dramático, la facultad de armar un maniquí y levantar un tinglado sobre la punta de un alfiler. Y le bastaba. El teatro es hibridación de elementos artísticos y de tretas profesionales, que, para el resultado inmediato, tal vez valgan más. Hasta tal punto se considera á Scribe maestro en estas tretas productivas, que un crítico, Pellissier, dice con agudeza que es muy mala señal en quien ha de cultivar la literatura dramática el decir pestes de Scribe: queriendo indicar que desdeñando á Scribe se desdeña la habilidad, y que la habilidad salva las obras teatrales, perdidas á veces por las exigencias de esfinge del arte puro.

Scribe entretenía la transición, Emilio Augier la caracteriza; pero, antes que Augier, está Ponsard. No sólo los nuevos moldes son síntoma de las transformaciones del gusto; también la reacción, la vuelta á los moldes arqueológicos ya revela el ansia transformadora. Este regreso á la tradición, en Ponsard se encarna. No es que Ponsard, poeta estimable y joven, más joven que los maestros del romanticismo, pensase deliberadamente tremolar la bandera del clasicismo viejo. Al contrario: Ponsard se sentía atraído hacia la escuela romántica, floreciente cuando él comenzaba á tomar sabor á las letras. Sus ensayos juveniles, en el terreno crítico, fueron diatribas contra el clasicismo y las *pelucas;* sus devociones, Víctor Hugo y

Byron; sus ejercicios de lengua inglesa, traducir el *Manfredo*. Ni aun después de que su fría *Lucrecia* le dió inesperada nombradía, quiso Ponsard restaurar la tragedia clásica con reglas y unidades. Reconocía la caducidad de la fórmula. Lo que pretendía era remozarla, con infusión de sangre fresca y añadidura de arranques sespirianos. Idea excelente, pero que requería alientos de titán.

Como en el teatro es difícil concebir una modificación que no dependa de elementos extrínsecos, la tragedia, cuya vida lánguida había prolongado Talma algunos años, reverdeció merced al genio de Raquel. Esta insigne comedianta volvió á encarnar las heroínas de Corneille y de Racine, para crear después la *Lucrecia* de Ponsard. El tremendo fiasco de los *Burgraves* de Víctor Hugo allanó el camino á *Lucrecia*. Bien venido lo que se diferenciase de la fantasmagoría gótica, y mejor si era algo que uniese á la negación del presente la reaparición del pasado. *Lucrecia* provocó un delirio: la tumultuosa apoteosis de *Hernani* se quedó tamaña, y en horas Ponsard se vió célebre, pensionado, laureado, condecorado, llevado en triunfo y capitaneando la escuela antiromántica, que se llamaba asimismo *del sentido común*.

Recordando nuestra literatura y estudiando la francesa; es curioso que encontremos en aquélla una especie de *contrafigura* (valga la frase) de ésta. He oído decir varias veces, y admitirlo sin discusión, que los Eguílaz y los Ayala, al fustigar el ansia de bienes materiales, el industrialismo, el agio y el negocio, obedecían á impulsos del carácter nacional, desprendido, generoso, idealista. Pues lo que realmente hacían esos dramaturgos de nuestra transición no era sino lo que con mayor ó menor dosis de disimulo suelen hacer los autores españoles, lo que practicó Tamayo: seguir la corriente extranjera, mejor si es francesa, y si no, inglesa ó alemana. En Francia, los neomoralistas, adversos al romanticismo, al condenar la pasión pusieron en entredicho la acción, renegaron del trabajo y de la lucha. La que algunos creen la mejor obra de Ponsard, des-

pués de aquella *Lucrecia* que le valió tan rápido encumbramiento, fue *El honor y el dinero,* que, como *Lo positivo* y *El tanto por ciento* (sólo que años antes), predica la cruzada contra el vil metal. El mismo espíritu animó otra obra de Ponsard, *La Bolsa;* y fue delicada ironía de los sucesos la felicitación que recibió por ella Ponsard de un soberano como Napoleón III, bajo cuyo cetro la especulación se desató del modo que puede verse en *La ralea,* de Zola..... Si hemos de creer á bastantes historiógrafos, el César daba ejemplo á los Arístides Saccard.

También por acá restauramos la tragedia; que nunca nos falta la contrafigura. Me complazco en llamar la atención hacia el hecho, porque revela que nuestros autores más preciados de españolismo no se diferencian un punto de los que han sido tachados de afrancesamiento y culto á la moda literaria. El P. Blanco García, en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX,* tratando del «Teatro después del romanticismo», dice así: «Tamayo volvió después los ojos á la muerta tradición de Racine y Alfieri, que en París intentaban resucitar Ponsard y sus discípulos...» Por asemejarse en todo al caso de Ponsard, una sola, *Virginia,* es la *tragedia* propiamente dicha de Tamayo, y en ella—como Ponsard también—busca el autor, más que la restauración de la *pelucona* (que aquí no era género nacional), la adaptación hábil de ciertas tradiciones clásicas á las prerrogativas y libertades conquistadas por el romanticismo.

No fue, pues, el repentino favor de la *Lucrecia,* de Ponsard, la restauración de un siglo de oro, sino otra señal, infalible como la de la caída de los *Burgraves,* de que el romanticismo había pasado. ¡No en balde! Dejaba removida la tierra y sembrada toda. Ni siquiera moría el romanticismo: se rompía su unidad, su cohesión de escuela literaria, pero al romperse se repartía é invadía el cuerpo social. Lo que el público rechazaba del romanticismo era su cáscara, su arnés brillante, de forma medioeval: el jugo revolucionario y emancipador quedaba corriendo por las venas. Ni el cambio del gusto

iba á ser favorable al clasicismo: sin advertirlo (¡cuánto hay de inconsciente en estos movimientos!), creyendo retroceder hacia el *sentido común,* se iba al realismo, al naturalismo y al neoidealismo simbolista.....

Así, por los caminos del *drama histórico* (que resucita hoy en verso, con Rostand), se preparaba al reinado el *drama burgués, social, contemporáneo*—del teatro de levita—que ni clásicos, ni románticos, excepto Dumas padre, habían emprendido, por creer la vida moderna indigna de la representación artística, idea que también dominó bastante tiempo en la escultura y la pintura. Los autores muy fecundos, siempre á caza de algo que les permita variar el repertorio, prestan servicios y tienen hallazgos. Scribe, sin altas pretensiones literarias, dió la pauta de este género, como de otros muchos, y por su patrón cortaron la tela Augier el moralista y Sardou el *situacionista*—sin hablar de los Halevy, Pailleron, Labiche, festivos observadores de la ridiculez humana, alumnos de Scribe igualmente. Nadie, entre los modernos, en Francia, puede decir que no le debe á Scribe un cuarto, ni es lícito al autor de *La Tosca* desdeñar al autor de *Adriana Lecouvreur*.

Subgénero y prolongación del teatro romántico es el de Alfredo de Musset. El ingenio brillante y lleno de naturalidad del cantor de las *Noches,* se hizo su romanticismo, un romanticismo claro, á la italiana, sin tumba ni hachero, sin lo lúgubre y lo enfático de Victor Hugo. Los que estudian el teatro de Musset, se acuerdan de las fantasías donosas y rientes, y á la vez profundas, de Shakspeare; de *Como gustéis,* de *Cuento de amor*. Aquel romántico que jamás perdió el tino y la gracia del aticismo francés, aquel poeta emparentado con Enrique Heine, y cuya ironía soltó carcajadas de perlas en la *Balada á la Luna* ante la afectación de los melenudos, es lo contrario de Augier, desdeñoso de la moral utilitaria y sociológica, pero sugeridor de lección más universal: de la elevación del alma por el transporte misterioso de la belleza y del

ensueño, divina embriaguez de poeta. Lejos de buscar el pulso al público y adaptarse á sus preocupaciones, como hicieron Scribe, Augier y el propio Dumas hijo—porque para satirizar á la sociedad hay que transigir algo con ella—Musset, con alto desdén, con remontado vuelo de poeta y de soñador, se refugió en un mundo ideal, el de la dorada fantasía, donde el horizonte es azul y las flores abren sus cálices de rosa. Su teatro es poco dramático: es la imaginación y la poesía.

Pertenece Emilio Augier á esa generación de literatos á quienes los Orleanes se complacieron en proteger y apadrinar, y Napoleón III en honrar y distinguir, y que tomaron del reinado de Luis Felipe el sentido burgués, la tibieza del justo medio y el prosaismo utilitario, y del segundo Imperio las tendencias realistas sin alas, algo de limitado y estrecho, de puramente circunstancial. Cuando Augier se declaró entusiasta admirador de Ponsard y adepto fervoroso de la escuela del sentido común, fue prenda de su adhesión, no una tragedia, sino una comedia clásica, *La Cicuta,* en opinión de algunos críticos la mejor obra de Augier. La notoriedad se obtenía entonces inscribiéndose en las filas de los detractores del romanticismo, ni más ni menos que hará cosa de algunos años hemos solido ver aquí ganadas patentes de honradez y de pulcritud por combatir el naturalismo. He calificado de fenómeno social la aparición de los moralistas en el teatro francés, y á este propósito, pensando en cruzadas recientes contra movimientos literarios á los cuales se achaca toda especie de maléficas influencias, me ocurre que la sociedad es en literatura tenazmente conservadora y estacionaria. ¿Ve un disolvente en cada obra de sangre fresca y aliento juvenil? ¿Le dice su instinto que las letras no evolucionan sin estímulos profundos, dependientes de la evolución social?

Dotado de cualidades que es preciso reconocer y alabar, ingenioso, fácil, agudo, bien equilibrado, Augier encontró además al público con buen vino, como aquí decimos, dispuesto en favor de la comedia y del drama neoclásicos, y olvidado

de las diferencias capitales entre el nuevo teatro y el admirable y grandioso de Racine y Corneille. Francia, que había restaurado tantas cosas, la monarquía, la nobleza, el culto, aspiraba á restaurar el clasicismo.

A pesar de los vientos favorables, Augier, como Scribe, vió rechazadas sus primeras obras. *La Cicuta* misma, flor de su teatro, halló cerradas las puertas. Después del fracaso de su comedia *El hombre de bien,* tres años permaneció Augier disponiéndose á probar fortuna con *La Aventurera. La Aventurera*, en cambio, nació de pie; la clase media, la gente seria y respetable, cuyo desastroso reinado comenzaba al terminar la era de las revoluciones, entró de lleno en la tesis, la apología del hogar doméstico y de la familia. Hay un género de hipocresía colectiva, de la cual no se puede acusar particularmente á nadie, que es espontánea, en que todos inciden, y que sirve de pantalla á desórdenes sin poesía y á corrupciones mansas, á la sombra de la ley. Recuérdese el fallo que ha merecido de la Historia la sociedad del segundo Imperio, poseída de la fiebre del agio, entregada á las especulaciones, mimada por el lujo y el alarde de la riqueza: hágase memoria de que fue esta sociedad causa de la mala reputación de París, nota que aún no podido quitarle á la gran ciudad su consagración al trabajo, el ahorro y la cultura; piénsese en los sombríos colores con que la novela ha retratado esa época; consúltese el mismo teatro de Augier y Dumas, y parecerá curioso y significativo el derroche de simpatía y aprobación á comedias como *La Aventurera*, *Gabriela* y *La boda de Olimpia*, por la apología de la existencia ordenada y pacífica y la condenación de la irregularidad en las costumbres. Parecía al principio Augier, si no el dramaturgo del Concilio de Trento, por lo menos el del Código Civil. Mucho después abogó por el divorcio; pero en sus orígenes, el teatro burgués necesitaba vindicar á institución tan sólidamente arraigada como el matrimonio, de los rudos ataques del romanticismo, el cual, por boca de poetas y novelistas, y formulando la protesta de individualidades poderosas como

Jorge Sand, había proclamado los derechos y la santidad de la pasión. Para el arte, la tesis de Augier tenía el grave inconveniente de poetizar lo esencialmente prosaico, la prosa misma de la normalidad, la vida, la llanura monótona y sin fin. Quizás la empresa de convertir en materia poética el hogar, asequible para la raza sajona (como lo demuestra, por ejemplo, el precioso idilio *Enoch Arden*), no lo es tanto para la latina.

Las primeras obras de Augier estaban escritas en verso, y sin que deba contársele entre los verdaderos poetas de una generación en ellos tan rica, Augier es un agradable versificador. Significaba el verso en el teatro una etapa de la transición: en verso habían escrito los clásicos y los románticos; el drama burgués, sin embargo, estaba gritando por prosa; el culto de la realidad lo pedía; en eso, como en todo, Scribe ofrecía ejemplos. El teatro romántico, envuelto en su rico manto galoneado y bordado de frases, conceptos, metáforas y tropos, moría, y con él se enterraba el verso..... hasta que lo resucitase Rostand.

Augier, consolidada su fama por *Gabriela,* que la Academia galardonó con el premio Montyon, destinado á las obras que más moralicen é induzcan á la práctica de la virtud (también de este premio tenemos acá contrafiguras y parodias), no halló ya otro competidor serio sino el hijo de aquel semimulato, á quien muchos consideran único verdadero autor dramático del romanticismo. Cuando hablemos del segundo Dumas reconoceremos en su talento algo que hace sus obras, no más teatrales, pero sí más vivideras y literarias que las de Augier: en éstas, sin embargo, es más franca la sátira, los rasgos de ingenio menos rebuscados que en el autor de *La dama de las camelias*. Dumas resiste mejor el peso del tiempo: los críticos le estudian hoy todavía con respeto é interés, que á Emilio Augier ya no consagran; pero el que quiera conocer la sociedad del segundo Imperio, con sus oropeles y sus fantasmagorías, su sed de goces y su prisa de vivir, su decadentismo y sus secretas llagas, en Augier tiene un guía seguro, y

no se leen sin provecho *Las elegantes pobres*, *Los impudentes* y *El hijo de Giboyer*.

Nótese que Augier no es un descontento, ni un radical. Liberal á lo sumo, enemigo del clericalismo, partidario de una organización laica, cual hoy se halla constituída Francia; aparte de eso, halagado y mimado por el Emperador como lo fueron en general los escritores—debe hacerse á Napoleón III esa justicia—personalmente Augier profesaba al soberano adhesión y afecto, y bien lo demostró al hacer públicamente su elogio seis años después de destronado, cuando más impopular era el nombre del vencido de Sedán y más odiada su dinastía. No obstante, el cuadro que Augier nos traza de la política y las costumbres contemporáneas, dista mucho de ser halagüeño. Tal vez, entre todas sus obras, es la más verdadera y clínica *Las elegantes pobres (Les lionnes pauvres)*. No falta quien crea que este título debe traducirse por *Las cursis:* yo lo entiendo de otro modo: *cursi* es el que *quiere y no puede,* y la heroina de Augier *puede,* aunque por medios reprobados y abominables. Su lujo es auténtico; alguien paga sus trajes y joyas; pero los trajes y las joyas allí están, y son del mejor gusto y de última moda. La novedad y la fuerza de esa comedia de Augier—en la cual, como en otras de su segunda manera, se eleva ya por cima del nivel de la moraleja casera, sentimental y optimista—consiste en dos cosas: en que, lejos de quitar importancia á la cuestión de dinero, le reconoce toda la que posee en la vida contemporánea llena de necesidades y de complicados refinamientos; y en que, lejos de presentar un antagonismo entre el hogar «puro y santo» y el *demi-monde* en que se agitan las mujeres de conducta equívoca, sirenas destructoras de la paz del matrimonio, estudia el caso infeccioso dentro del mismo hogar, en el seno de la familia, en los que se creen tejidos sanos—al abrigo del santuario burgués. Sólo el *Diablo cojuelo,* que levanta los techos y sorprende los murmullos de la almohada, podría decir cuánto encierra de terrible verdad la tesis de *Las elegantes pobres,* y qué sugestiones

de inconsecuencia política, de flaqueza ante el deber, de pactos con la dignidad en todos los terrenos, vienen de la esposa al esposo, obligando á sostener la molicie, la vanidad y las apariencias de «la casa» ó, si no alcanza á tanto, á cerrar los ojos en presencia de un bienestar cuyo origen ignora.....

Las elegantes pobres es la comedia de un momento histórico en que, fatigada de revoluciones, utopias, ensueños generosos, epopeyas increíbles, titánicas luchas, Francia se solazaba en un festín, que algunos llaman orgía. La otra faz de la vida contemporánea, según Augier, son las dos comedias mellizas *Los impudentes* y *El hijo de Giboyer*. En ellas el mundo político aparece dominado por la burocracia tiburonesca, sin recato ni escrúpulos, por la aristocracia maniática, incapaz de olvidar ni de aprender cosa alguna en el magno libro de la Historia, y por la mogigatería neocatólica, contraria al espíritu del Evangelio. Estas dos comedias desencadenaron ataques furiosos contra Augier. Un panfletista tan vigoroso como Luis Veuillot — retratado en *Los impudentes* bajo transparente seudónimo; — un crítico tan maligno como Barbey d'Aurevilly, hicieron á Augier blanco de sus flechas. Aquel episodio literario fue una de las reñidas escaramuzas en que la Francia actual se reconoció á sí misma y se afirmó á igual distancia de la reacción que del terrorismo.

La lucha de la Francia antigua con la nueva, Augier ya la había estudiado hábilmente en *El yerno del señor Poirier,* una de sus más sazonadas comedias, y la tesis antiromántica la había sostenido en *La boda de Olimpia,* especie de una contra-*Dama de las Camelias*. «La cortesana se rehabilita», decían Hugo y Dumas; «la cortesana es siempre cortesana, y el aire puro del hogar no basta á sus pulmones», respondió Augier. «Siempre volverá á las andadas». Confieso que, desde mi gabinete, esta cuestión, tan debatida por los primates de la literatura francesa, me parece fundada en una mala inteligencia, en una definición inexacta, en un criterio materialista. ¿Qué es la cortesana? Una mujer puede vivir, por circunstancias y ca-

sos, de modo irregular, y tener el alma dispuesta á otro género de vida, y hasta á la práctica de altas virtudes. Volvamos la oración por pasiva: la mujer de vida más intachable puede tener un alma de cortesana. Claro es que en esto estriba la dificultad. Margarita Gautier era una joven de nobilísimos sentimientos: por eso se rehabilitó. Olimpia era el mismísimo demonio: por eso no cabía rehabilitarla, y tenía que acabar haciendo sus naturales diabluras.

Volviendo á Augier, debe decirse que si no poseyó la facilidad de Scribe, en cambio supo practicar la maniobra de los grandes tácticos: retirarse á tiempo, después del éxito de *Los Fourchambault*. Se refiere que dictó á Augier esta sabia resolución el haber visto que un director de teatro, con palabras de desprecio, se negaba á recibir al viejo Scribe, que pedía humildemente una audiencia. Irse antes que nos echen: tal fue la determinación de Augier, irrevocable. En la plenitud de la fama, renunció al teatro y á las letras, dejando un nombre ilustre, casi glorioso. Compárese su teatro con el efectismo de brocha gorda de Sardou; todavía hoy á Augier puede servir de modelo y enseñanza. Sin duda le remordía á Augier, presenciando el desaire dado á Scribe, la conciencia de deber á este irrestañable autor los procedimientos y la mecánica de su teatro: pero hagamos nuestra la observación de Agustín Filón, inteligente crítico francés: «Scribe había pintado caracteres y costumbres para hacer obras teatrales. Augier y Dumas hicieron obras teatrales para pintar caracteres y costumbres.»

Emilia Pardo Bazán.

LA PRIMER HOJA DEL ÁLBUM

EN EL DE LA SEÑORITA MARÍA SOTOMAYOR

Mancho por vos la blancura
De estas hojas, donde tantos
Al honrar vuestra hermosura
Conseguirán con sus cantos
Alzarse á mayor altura.
El mío será la fuente
Que manando pobremente
Del peñar, gota por gota,
Va desde el risco en que brota
Dilatando su corriente.
Mucho en su curso confío;
Pues cuando vaya creciendo
Con otros cantos el mío,
Irá con lírico estruendo
Cambiando el arroyo en río.
Y cuando el claro raudal
Que el ancho cauce recoja
Se funda en himno inmortal,
Romped ¡ay! la primer hoja
Y olvidad el manantial.

G. Núñez de Arce.

HISTORIA DEL COBRE

SUMARIO: Consideraciones generales acerca de la importancia del asunto.—Origen de la palabra cobre.—Dedícase á Venus.—Es el primer metal conocido.—Su denominación en diferentes idiomas.—Ideas acerca del mismo por los egipcios, griegos y romanos.—Palabras del Éxodo.—El *kalkantos* de los griegos.—La edad de cobre.—Ideas de Geber en el siglo VIII respecto al cobre.—Importancia de este cuerpo en la Edad Media.—Minerales y minas célebres de cobre.—Empleo del cobre y sus preparados en Medicina.—El estañado de las vasijas.—Refiéjanse en el estudio del cobre los adelantos de la química.—Antigüedad del bronce.—Estatuas célebres.—Monumentos públicos de bronce que existen en Madrid.—Reflexiones acerca del papel del cobre en la vida social. - El cobre ante la historia de la toxicología y de la higiene.—Antigüedad de este metal en la fabricación de la moneda.—Indicación final.

I

Conocer la historia del cobre, cual acontece con la de otros varios metales, vale tanto como investigar el pasado de uno de los elementos de vida social más importantes que ha tenido la humanidad en el transcurso de los siglos y recorrer las fases de la Historia en muchos de sus más críticos y accidentados períodos, porque en sus anales pueden registrarse multitud de motivos en que figura este metal como uno de los factores más principales y de mayor significación en el modo de ser de los pueblos.

La ciencia es la que puede suministrarnos tan curiosas noticias, como fiel guardadora en su glorioso archivo de cuantos datos interesan al desarrollo de la misma en sus múltiples manifestaciones, y por eso hay que acudir á sus fuentes para

conocer lo referente á ese estudio; si bien no es sólo la química la interesada en tan curiosas y útiles investigaciones, sino que la sociedad en general y la pública cultura reclaman un puesto de primer orden en estos trabajos.

Es el cobre uno de los metales cuyo conocimiento es más remoto, y por tanto, más difícil de fijar de un modo exacto la época en que se tuvo por vez primera idea de su existencia, siendo uno de los no resueltos problemas históricos.

Puede asegurarse, sin embargo, que es anterior al hierro, y la mayoría del que necesitaban los griegos y romanos para sus multiplicados usos, lo extraían de la isla de Chipre, donde hay precisamente que buscar el origen de la palabra cobre. *Ciprium* era el nombre de la isla consagrada á Venus; *cuprum* la denominación latina del metal, siendo poco lo que hay que cambiar para encontrarnos con la voz castellana cobre.

Venus, nacida de la espuma del mar, al decir de la fantasía mitológica, y súbitamente festejada á causa de su rarísima belleza por tritones y nereidas para ser conducida en nacarada concha á la isla de Chipre, y después educada en el Olimpo por el Céfiro y las Horas, que tuvieron la dicha de tener tan bella discípula, fue en Chipre donde dió á luz á Cupido, y también el principal teatro en que se admiraron sus singulares dotes de hermosura. Todavía ha llegado hasta nuestros días este recuerdo, conservando algunos preparados químicos de cobre el calificativo de Venus, cual acontece con el acetato neutro, llamado también en el tecnicismo anticuado *cristales de Venus*.

Tiénese en concepto de muchos por haber sido el primer metal que el hombre conociera; y lo que sí es indudable, que se trabajó antes que el hierro, como hemos dicho, y, por tanto, que se construyeron diversidad de objetos de cobre para diferentes usos, y eso es un motivo de gran consideración histórica, pues asistió el cobre á la infancia de la civilización y cultura humanas, pudiendo asegurarse que se dirigieron á ese metal los primeros intentos de la industria y los pasos incipientes de la aplicación empírica de las leyes económicas.

El nombre más frecuente para designar el cobre en sánscrito es *ayas,* que más bien quiere decir *bronce,* y por extensión hierro y cobre. De aquí el nombre latino *æs æris.* Otro nombre sánscrito es *varishta,* superlativo de *varas,* bueno. El cobre ha sido, pues, en una época remotísima, el metal por excelencia. La raíz á que se refiere *ara* significa, á la vez, lo que hiere y lo que tiene color rojo. Entre otros varios nombres sánscritos del cobre hay el de *rakta,* metal rojo; *raviloha,* metal del sol, y *markalaspa,* boca de *mono.* La mayor parte de los nombres citados refiérense principalmente al color. La denominación eslava hace referencia, sobre todo, al sonido, y por eso le llaman *nuedi,* que es como si se dijera melodioso, sonoro.

Las palabras *kupfer,* en alemán; *cuivre,* en francés; *kountung,* en chino; *tung-cobber,* en danés; *kopper,* en holandés; *copper,* en inglés; *rame,* en italiano; *mis,* en persa; *miedr,* en polaco; *mjed,* en ruso; *koppar,* en sueco, y *pakir,* en turco, responden á las voces originarias de este metal, adaptadas después á los respectivos idiomas en armonía con su peculiar estructura.

Entre los ocho productos minerales que distinguían los egipcios en sus inscripciones, designaban con el nombre de *chomt* al bronce y al cobre.

Los héroes descritos por Homero en *La Ilíada* usaban armas de cobre. El suelo de Grecia era rico en minas de este metal. Los romanos sólo tuvieron la palabra *Æs* para designar el cobre natural ó mezclado, es decir, aleado, y por extensión esta palabra designaba de una manera general el signo de cambio, *æs publicum, æs alienum,* como quien dice el tesoro público. Cincuenta y siete años antes de la era cristiana dieron tal impulso los romanos á la explotación de las minas de este metal, que se extendió el cobre en gran manera por todo el Imperio, y con él fabricaban espadas, hachas, lanzas y otras varias armas, extrayéndole no sólo de la isla de Chipre, sino también de España, Africa y Armenia.

Del mismo modo que los egipcios y los griegos, los roma-

nos forjaban el cobre y sus aleaciones, y sabían endurecerlas por medio de sucesivos recocidos, para templarlas y darles la resistencia del acero, haciéndolas de esta suerte aptas para los mismos usos que el hierro.

Bufón sostuvo que los antiguos poseyeron el secreto de dar al cobre una dureza particular de tal suerte, que sus instrumentos y sus armas de cobre eran aptas para todos los usos á que destinaban las de hierro.

El nombre genérico de *aurichalcum* lo aplicaban á diversas aleaciones, pero la más estimada era la de zinc y cobre rojo, ó sea el *latón*, que fabricaban en la antigüedad, directamente con la calamina y los minerales de cobre. Los hebreos, fenicios y egipcios le llamaron *opheret*.

En el Exodo se encuentran las siguientes características frases: «Y el Señor dijo á Moisés: he elegido á Beseleel, sacerdote de la tribu de Judá, para trabajar el oro, la plata, el *cobre* y el hierro, todos los objetos de piedra y de madera, y para ser el maestro de todas las artes.»

La malaquita era la base de los colores verdes en los antiguos y la formaban artificialmente haciendo llegar agua á los pozos de las minas, y esperando que los calores de los meses del estío produjeran su evaporación, lo cual se explica por la lenta oxidación de los sulfuros.

Una de las principales industrias de los habitantes de la isla de Chipre era la preparación de lo que se llamaban *escamas,* ó sea el resultado de tostar pedazos de cobre en vasos de barro, formando un óxido cuproso-cúprico.

El denominado *kalkantos,* de los griegos, en unas ocasiones era el sulfato cúprico y en otras el sulfato ferroso, llevando en el caso primero el nombre de kalkantos de Chipre y en el segundo el de *atramentum sutorium*. Obtenían cristalizado el sulfato cúprico, evaporando al calor del sol las disoluciones que lo contenían, consiguiendo, como era natural, cristales perfectísimamente formados.

II

La reputación de este metal debe buscarse en los lejanos orígenes del Oriente, pues figuraba en el número de los artículos de comercio de los fenicios y era por consiguiente muy apreciado.

Denominóse por algunos (en sentido mitológico) edad ó siglo de cobre á la época transcurrida entre el siglo denominado de plata y el de hierro, ó sea desde que Nembroth fundó el imperio Caldeo hasta que florecieron los héroes ó semidioses. El motivo de esta denominación es porque comenzaron á desarrollarse entonces las malas pasiones, figurando la ambición en primer término, y originándose, como consecuencia de esto, las guerras encarnizadas y gran número de calamidades.

El célebre alquimista árabe del siglo VIII, Geber, habla del cobre en uno de sus escritos. Titúlase la obra *Summa perfectionis magisterii*, donde el autor, después de una serie de máximas científicas, hace una exacta descripción, dados los conocimientos que entonces se poseían, del azufre, arsénico, mercurio, oro, plata, plomo, estaño, hierro y cobre. Dice que este metal tiene color rojo, maleable y fusible, y que no soporta la prueba del *cinericio,* ó sea la copelación. Que la tucia (mina de zinc) se combina fácilmente con él, dándole un color amarillo de limón. También consigna que el cobre se altera en contacto de los ácidos y expuesto al aire, todo lo cual indica los profundos conocimientos químicos de este sabio árabe, y el honroso puesto que ocupa en la historia de la ciencia.

En la Edad Media adquirió gran importancia en el descubrimiento de la piedra filosofal, y los alquimistas le consideraban formado por oro y un cuerpo acre ó corrosivo que le daba crudeza, por lo cual no había más que separarle este cuerpo acre para cambiarle en oro fino. El color rojo, propio

del cobre, algún tanto semejante al del oro, robustecía esta opinión, juntamente con la circunstancia de que hay muchas combinaciones metálicas en que el oro toma el color del cobre.

En los comienzos del siglo XIV era la fabricación del latón una industria muy productiva, precisamente en una época en que los alquimistas intentaban hacerle pasar por oro verdadero, cambiando de una manera diversa las proporciones de cobre y zinc. Había grandes fábricas en París, Colonia y otras poblaciones, que producían latón, desde el color amarillo de oro hasta el amarillo muy pálido, adicionando á la aleación cúprico-zíncica pequeñas cantidades de estaño y aun de plata, lo cual constituye un hecho digno de figurar en la historia del metal de que nos ocupamos.

Se halla distribuído el cobre con bastante abundancia en la Naturaleza y bajo diversas formas. Puro ó negativo en primer término, si bien no es el estado más frecuente; el sulfuro doble, que con el hierro constituye la *chalcopirita;* el sulfuro cúprico y cuproso, llamado *chalcosina;* el sulfoarseniuro y sulfoantimoniuro de cobre *(cobre gris);* los óxidos cuproso y cúprico, conocidos en mineralogía con los nombres de *ziguelina* y *meloconisa;* el sulfato cuproso, que denominan los alemanes *kupferglanz;* el sulfato cúprico ó *cianosa* y los hidrocarbonatos tan conocidos con los nombres de *azurita* y *malaquita*, siendo este último muy apreciado para la construcción de objetos de lujo. Existe también en muchos vegetales, aunque en cantidades mínimas, según Sarzau, y en el organismo animal, en la sangre, el hígado y la bilis.

En España tenemos las célebres minas de Ríotinto, en la provincia de Huelva, que son, á no dudarlo, casi de las primeras del mundo, por su riqueza, antigüedad, extensión y variedad en minerales cúpricos. Su antigüedad es extraordinaria en efecto, y ha sufrido su explotación diversas vicisitudes en diferentes épocas; pero de todas suertes, hace muchos años constituyen una gran fuente de riqueza, y su explotación ha

motivado también grandes y célebres discusiones, respecto á los perjuicios que pudieran ocasionar á la salud pública. También ofrecen otras provincias ejemplos de minerales de cobre, como sucede con las de Teruel, Navarra y Burgos, y en extranjeros países las minas de Cornouailles en Inglaterra, y las de Fahlun en Suecia, y los grandes filones de cobre nativo que se hallan en el Norte de América.

III

Desde la más remota antigüedad, se han empleado el cobre y sus preparados en medicina, interior y exteriormente, pero habían caído en el mayor olvido, hasta que Stisser, Van Helmont, Boyle y Boerhaave, llamaron la atención acerca de sus injustamente desatendidas propiedades terapéuticas. Murray, en su *Apparatus medicaminum,* recomendaba las limaduras de este metal contra la mordedura de los perros rabiosos y aun en la hidrofobia declarada. Cothenius refiere algunos ejemplos de buen resultado. Según Grossier, parece ser que el cobre se usa en China para la construcción de brazaletes que se emplean contra la parálisis.

Desbois de Rochefort, Guersint, Collin y otros autores, aseguran que los operarios que se ocupan en el país de Galles en la fabricación de objetos de cobre, gozan de buena salud, aun cuando tienen un color amarillento y obscuro. Sin embargo, Fiseau ha descrito un cólico al que están sujetos los obreros, el cual más bien parece debido al plomo ó á los ácidos minerales que usan, que al mismo cobre; circunstancia muy digna de tenerse en consideración.

En cuanto á la historia de la acción fisiológica y terapéutica de los preparados de cobre, nos encontramos con que Drouard observó primeramente que el óxido cúprico era emético. Dioscórides dice que empleado al exterior, mezclado con diversos ungüentos es detersivo. Geoffroy lo recomienda inter-

puesto con azufre y lirio de Florencia, reducidos á polvo tenue, con objeto de que desaparezca el mal olor de los pies. Areteo lo empleaba al interior como purgante.

Respecto á las sales cúpricas, hay algunas de grandísimo interés. El sulfato cúprico ó caparrosa azul, es de las que con más frecuencia se emplean; la *piedra divina* de la antigua materia médica, compuesta del indicado cuerpo con la adición de alumbre, nitro y alcanfor, ya manifiesta que no son de nuestra época sus diversas aplicaciones terapéuticas.

El cobre metálico en estado de pureza, ó sea libre de toda combinación, no es venenoso. Pero desde el momento en que se introduce en el estómago bajo la forma de sal, obra como tóxico. Por ese motivo, las vasijas de cobre que se destinan á la preparación de alimentos ó de medicamentos, han de estar cubiertas de un baño de estaño, y de aquí también los envenenamientos que tienen lugar por el descuido en usarlas sin esa precaución, ó bien cuando el estaño ha desaparecido en algunos puntos, estableciendo soluciones de continuidad.

El estañado de los referidos vasos es una operación muy antigua, pues los galos ya la practicaban.

Plinio, en su obra de Historia Natural, consigna que, *Stannum Miteim vases œris saporem gr atiorem jacit et compescit œrugines virus*, y eso induce á suponer que la precaución de cubrir de estaño los vasos de cobre, se ha de haber tomado después de tristes desengaños acaecidos por la falta de ese requisito.

La extracción del cobre de sus minerales es una de las operaciones menos fáciles que presenta la metalurgia, y, sin embargo, ya data de muy antiguo el triunfo de los obstáculos y dificultades de que está rodeada esta operación, en términos de beneficiarse en remota época, con mucha mayor perfección que el plomo. Indudablemente fue una de las primeras operaciones metalúrgicas que se realizaron, y en cuya dirección sólo intervino el empirismo, hasta que los avisos de la experiencia y las lecciones de la práctica fueron poniendo de ma-

nifiesto las dificultades que había necesidad de vencer hasta llegar á la obtención del metal en condiciones adecuadas para los usos á que se le destina.

Por lo demás, todos los progresos científicos se han puesto en evidencia en el curso del estudio y conocimiento del cobre, pudiéndose apreciar las diversas fases de la historia química, mineralógica y metalúrgica, médica, artística y social, en las obras que tratan de este metal, según la época en que se estudien. Pero de todas suertes, la preparación del cobre purísimo, introduciendo limpias y brillantes láminas de hierro en disoluciones de una sal cúprica, es ya de larga fecha, y ese experimento tan sencillo, condujo á una de las leyes fundamentales de la química, deduciendo consideraciones respecto á la manera de combinarse los cuerpos y llevando á la industria el importante y práctico procedimiento llamado de cementación.

Lleva también impreso el estudio del cobre los adelantos de la química moderna. Así lo demuestran los notables trabajos de Meissner, Sarzau, Commaille y Wicke, cuyos autores se han ocupado con éxito brillante en la investigación del cobre en los vegetales. John Hopff y algunos otros, han demostrado que ciertas plantas podían absorber y fijar una cantidad relativamente grande de sal cúprica, para lo cual basta regarlas con una disolución diluida de sulfato; pero la absorción no tarda en producir la muerte de la planta.

El cobre se une con diferentes metales, formando aleaciones; muchas tienen tan frecuente uso, que á toda hora se hallan en nuestras manos y su historia es muy interesante. En este caso se hallan el latón, el bronce, el similor y algunas otras. El primero es la unión del cobre con el zinc, del mismo modo, aunque en distintas proporciones, que el similor. La unión del cobre con el estaño constituye el bronce, cuya sonoridad fue conocida por el pueblo chino, como lo prueba el instrumento músico denominado Tantán ó Gongón, peculiar de este Imperio, cuyo instrumento está construído con una aleación de 80 partes de cobre y 20 de estaño.

Las armas de los egipcios y las primeras de los griegos eran de bronce ó estaño; sus utensilios y monedas se fabricaban con esta misma substancia. Entre los romanos adquirió el bronce un carácter monumental, religioso y artístico: en él se grababan las leyes, los tratados de paz y de alianza; con él se construían los objetos del culto y los instrumentos de uso más frecuente en todas las necesidades de la vida. Con la civilización romana desapareció el arte de fundir el bronce, para volver á presentarse en la época del Renacimiento. El célebre Benvenuto Cellini, en el siglo XVI, hizo fundir algunas estatuas en bronce. El Papa Urbano VIII mandó construir en bronce el altar de San Pedro. En el año 1684 se generalizó extraordinariamente en Francia, y desde esta época se ha empleado en multitud de monumentos y para la construcción de cañones. Hay algunas obras en bronce que merecen citarse por su belleza y magnitud. La estatua de Pedro el Grande en San Petersburgo, elevada en 1767; la columna en la plaza de Vendôme en 1806; la estatua colosal de la Baviera en Munich en 1890; las puertas de la iglesia de la Magdalena en París en 1840.

En Madrid no pueden citarse muchos monumentos en bronce, siquiera estos últimos años se hayan erigido algunos más de los que antes existían, aun cuando no ha pagado la opinión pública la deuda de gratitud y admiración debidas á gran número de nuestras verdaderas celebridades. Bien pequeña es la estatua dedicada al Príncipe de los escritores españoles, *cuyo ingenio admira el mundo*. El gran Cervantes tiene un monumento en la plaza de las Cortes que mide diez palmos y medio de altura, formado por una aleación de 89 kilogramos de cobre, 0,90 de zinc, 8 de estaño y 0,49 de plomo. Se colocó en el sitio que hoy ocupa en 1835.

La estatua de Murillo es ya de grandes dimensiones y digna de la memoria del ilustre pintor sevillano. Es reproducción de la hecha por D. Sabino de Medina para Sevilla. La aleación de que está construída se compone de 90 de cobre, 7 de zinc y 3 de estaño. Se colocó en 3 de Abril de 1871.

Las estatuas ecuestres de Felipe III y Felipe IV, colocadas la primera en la Plaza Mayor y la segunda en la de Oriente, fueron ejecutadas por el artista florentino Pedro Tacca. La de D. Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, obra de Benlliure, se descubrió en 1891. La de Mendizábal, en la plaza del Progreso, fue producto de una suscripción particular, y se descubrió en 1868. La de D. Francisco Piquer, en la plaza de las Descalzas, obra de Alcoverro, representa el célebre fundador del Monte de Piedad y Capellán del convento de las Descalzas, así como también la del Marqués viudo de Pontejos, en la plaza de San Martín, fue erigida en 1892 como tributo de glorioso recuerdo al fundador de la Caja de Ahorros.

La estatua de la Reina Doña María Cristina, madre de Doña Isabel II, está en la calle de Felipe IV: es obra de los escultores Benlliure y Aguado, y fue erigida en 1893.

La de Velázquez, en el centro de los jardines del Museo de Pinturas, obra del escultor Marinas, fue descubierta en 1899. La del Angel Caído, colocada al final del Paseo de Coches del Retiro, se debe al escultor D. Ricardo Bellver, y es de gran mérito artístico. La del General Espartero es del escultor don Pablo Gibert. La del Marqués del Duero, en el paseo de la Castellana, es obra de Alen, y los bajorrelieves de Gibert. La del General Cassola, colocada en los jardines de la calle de Ferraz, frente al cuartel de la Montaña, fue costeada por el Ejército y ejecutada por Benlliure. Este mismo artista es también el autor de la del teniente Ruiz, en la plaza del Rey, y es de un gran mérito artístico. La del ilustre estadista, á quien debe tan grandes beneficios la instrucción pública en España, D. Claudio Moyano, se descubrió el 11 de Noviembre de 1900 en las inmediaciones del edificio del Ministerio de Fomento (hoy dos, que son: de Instrucción y Obras públicas) en las inmediaciones de la Puerta de Atocha. La de D. Antonio Cánovas del Castillo en 1.° de Enero de 1901, colocada en la plaza del Senado. Los referidos brevemente son los principa-

les monumentos en bronce con que cuenta la capital de España, á los que hay que añadir los leones colocados en la fachada del Congreso de los Diputados, fundidos con los cañones tomados al enemigo en 1860 en la guerra de África.

IV

El papel que desempeña el cobre ante la humanidad no puede ser más importante. La moneda, que ha representado la riqueza y servido para los cambios desde las edades más remotas; el arma con que se ha impuesto el conquistador, dominando los pueblos; la estatua que ha enaltecido al héroe ó ha consignado fechas gloriosas para perpetuarlas á través de los siglos; la medalla que galardona el mérito; el utensilio de inmediata é indispensable aplicación á las manifestaciones vitales; las multiplicadísimas transformaciones que la química realiza en este cuerpo para formar preparados que la industria utiliza ó la Medicina emplea como preciosos medicamentos, bien puede decirse que forma todo ello una red de aplicaciones, que han de traducirse en himno de gloria á las excelencias de un cuerpo, cuyos antecedentes han de ser curiosísimos.

Es maravilla, en efecto, sólo apreciable cuando se vuelve la vista á los lejanos horizontes del pasado, el considerar lo que las múltiples variadísimas y grandiosas manifestaciones de la ciencia han realizado con el cobre y sus preparados, de tal suerte, que, al comparecer ante el Tribunal de la Historia, han de ir rodeadas de gloriosa aureola y superioridad sublime, reclamando un puesto de honor en los anales de la cultura y del progreso. Ese metal, en efecto, que forma el bronce de los cañones que diseminan la muerte y la destrucción, es el mismo que constituye el sensible reactivo que aprecia las fracciones de milígramo del azúcar en la orina del enfermo diabético, y el que sus sales de bellísimo color de cielo forman benéficos y preciosos remedios.

Asombra también el sinnúmero de aplicaciones y la riqueza en detalles que el continuado estudio ha producido en la monografía del cobre. Los procedimientos metalúrgicos y analíticos; las propiedades físicas y químicas del metal, tan detalladamente conocidas; la manera de conducirse con los diferentes cuerpos; el color azul ó verde de sus sales; lo que la higiene, química, industria y farmacología han progresado con el conocimiento de los preciosos datos que ha suministrado este cuerpo, no han de ser para darlos al olvido cuando las futuras edades hagan la historia del siglo XIX, que ha llevado preciosos contingentes á la Ciencia.

La historia de la toxicología ha tenido también que registrar no pocos casos en que los compuestos cúpricos han hecho principalísimo papel, si bien es cierto que el mayor número de ellos más han sido debidos al descuído que al crimen. Al cardenillo (sal llamada así por el vulgo) que se forma en las vasijas á causa del desaseo ó la falta de limpieza, es á lo que se deben muchos envenenamientos. Otras veces se han motivado por el empleo de vasijas mal estañadas, en las que se han preparado alimentos y bebidas de uso frecuentísimo, y estos accidentes se han producido con desgraciada frecuencia, habiendo sido víctimas de los mismos algunas personas de celebridad.

Muchas son las profesiones en que hay obreros que manejan cobre, y se hallan sujetos á variados accidentes, que estudia la higiene los medios de evitar, y constituye un asunto del que hace largo tiempo se ha ocupado esta ciencia, mereciendo figurar en la historia de la misma; pero el llamado con más ó menos exactitud cólico de cobre, ha fijado la atención de médicos é higienistas, que han procurado librar de los estragos de una terrible enfermedad á esos beneméritos trabajadores que colaboran en una empresa de importancia excepcional, y en los cuales se han fijado con justicia las miradas de la opinión, para concederles el galardón que merecen y cuidar de su salud, figurando en esta campaña sanitaria los nombres de Blandet, Chevallier y otros.

De igual modo que merecen recuerdo, aun cuando no signifique nuestra conformidad, las investigaciones de Burg consignadas en un trabajo presentado á la Academia de Ciencias de París en 1883, donde dice que los obreros en cobre absorben grandes cantidades de este metal en forma de finísimo polvo, y tienen cierta indemnidad para el padecimiento del cólera y de la viruela, así como respecto á otras enfermedades infecciosas, lo cual ha venido á corroborar las ideas ya de antiguo establecidas, de que las sales de cobre poseen propiedades antisépticas, y se deduce que sería conveniente para la conservación de tranvías, de ferrocarriles, cubiertas de buques, etcétera.

El cobre se empleó para la fabricación de la moneda desde una antigüedad tal, que las primeras monedas que usaron los romanos fueron de cobre. Además, se alea, como es bien sabido, con el oro y la plata, en las monedas de estos metales, y en los objetos que con los mismos se construyen á fin de comunicarles una dureza y resistencia de que carecerían en el caso de no tener la referida mezcla. Por eso en todas las monedas, de cualquier época que sean, sometidas al análisis, aparece en ellas el cobre, lo cual demuestra la especial aplicación á que se destinaba, utilizando sus principales propiedades.

Lo expuesto, aunque con carácter sintético y de brevedad, pone en evidencia que no es exagerado el interés que inspira el estudio histórico del cobre. El metal y todos sus compuestos forman una larga cadena, donde no hay eslabón en que no tenga la ciencia mundos de ideas que aceptar y gratos recuerdos de la realización de grandes portentos. Es, por tanto, esta historia una página importante de la historia humana.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

DE GUANTE BLANCO

HISTORIA DEL PERIÓDICO *EL PADRE COBOS*

La verdad es que el éxito político que alcanzó aquel periódico fue una verdadera carambola. Cuando surgió la idea de él en aquel Círculo del Nuevo Café Suizo, en que había sentado sus reales toda la gente moza, que venía con intenciones de hacer desalojar del teatro á los recalcitrantes de las dos generaciones del Liceo y de 1843, que se empeñaban en no morirse y sostener á todo trance el cetro del proscenio que por tanto tiempo habían empuñado, los iniciadores del pensamiento en lo que menos pensaban era en fundar un ariete satírico y chancero con que batir en brecha sin descanso y por el ridículo la situación creada en el Campo de Guardias, disputada en Vicálvaro, consagrada en el Manifiesto de Manzanares, triunfadora en las barricadas del 17 de Julio en Madrid y convertida en un problema inextricable desde la venida de Logroño del Duque de la Victoria. *El Padre Cobos* se creó con un pensamiento exclusivamente literario. Pretendía ser la bandera invasora de la juventud que se arrojaba al palenque de la sátira para pedir sus puestos á la gente granada que los ocupaba.

Goizueta en *La Época* me decía que él solo había sido el generador y el alma de *El Padre Cobos;* pero Luis Eguílaz, que sabía al dedillo todas las cosas de su tiempo que afectaron algún misterio, quitaba mucho hierro á la balanza de este con-

cepto. Barbieri, por su emulación con Arrieta, padecía una verdadera obsesión con la idea de *El Padre Cobos*. Se fundó contra la empresa del Teatro del Circo, de que él era una de las columnas; se fundó contra los cantantes del Circo; se fundó contra los que escribían zarzuelas para el Circo, principalmente contra Olona y Camprodón; se fundó contra los que escribían partituras de música para las zarzuelas destinadas al Teatro del Circo, y sobre todo contra él; se creó, en fin, contra todo lo que constituyera *unión teatral* y contra todo lo que oliera al drama interrumpido con piezas musicales, que era en lo que estribaba *la zarzuela*. Fabié era más candoroso: para él, *El Padre Cobos* fue un mero entretenimiento del ingenio entre algunos de aquellos floridos escritores que concurrían asiduamente á la droguería frente á San Ginés, que había comprado para dar ocupación á su padre y á su hermano, el redactor de *El Heraldo* D. Diego García Noguera, un compañero asiduo y admirador entusiasta de Florentino Sanz, López de Ayala, Cazurro, Selgas y otros literatos de la juventud más brillante, y en una de cuyas habitaciones interiores, con ventana á la calle, se reunían á diario á charlar y pasar un rato alegre toda la caterva andante de los nuevos alumnos de las musas. Entre las versiones de todos éstos, indudablemente se puede investigar mucho de la verdad, pero no todo. El tiempo pasa, las cosas se olvidan, y el olvido cubre al cabo con su manto de sombras tantas cosas que excitan la curiosidad y que realmente tienen interés. Todavía vive Diego Luque, el amigo, el *autem-yo* de Luis Eguílaz, que aún pudiera revelar estas y otras muchas cosas de su tiempo. Todavía vive Daniel Moraga, que, como redactor de *La España,* de la que *El Padre Cobos* fue un apéndice, debe saber muchas cosas de *El Padre Cobos* y las pudiera escribir. En la plenitud de sus facultades está Fernández Bremón, que no solamente fue también redactor de *La España,* aunque en época muy posterior, sino que comulgó mucho toda su vida con Esteban Garrido, que en substancia fue *el espíritu sutil* de *El Padre Cobos;* y en la plenitud

de sus facultades está también Ramón Nocedal, el hijo de quien *El Padre Cobos* esculpe absolutamente la política fisonomía. Porque, dígase lo que se quiera, *El Padre Cobos,* desde que, después de la publicación del número décimo de su primera época abandonó enteramente la sátira literaria por la política, no fue sino la encarnación moral del Miliciano Nacional de 1843, que ya en 1854 se puso en camino de la cogulla, si su estado civil no le hubiera impedido que la vistiera, y que de *El Padre Cobos* sacó su cartera de Ministro D. Cándido Nocedal.

Desde la época de los Moratines, los cafés de Madrid han tenido por más de un siglo el privilegio de que de sus tertulias salgan muchas de las ideas que han tenido mayor trascendencia en la arena de los hechos, así de la política como de la literatura; y en 1854, después de la revolución de Julio, disputábanse la supremacía del influjo de sus contertulios respectivos tres de estos establecimientos. *El Parnasillo* del Café del Príncipe, que, aunque en acelerada decadencia, todavía conservaba la autoridad y el prestigio de su antigua fama, pues aunque de sus mesas habían ido desertando paulatinamente aquellos corifeos de la opinión y de las musas á quienes el brazo del Estado había elevado á supremas jerarquías, ó el voto de la opinión en el aplauso de sus obras había retirado al respeto y consideración de las Academias ó á la seriedad de una vida social retraída y circunspecta, todavía las animaban algunos de aquellos hombres de reputación insigne, como Bretón de los Herreros, Gil de Zárate, Hartzenbusch, los Fernández Guerra, Cañete y Javier del Río, Campoamor y Flores, que, superiores á las imposiciones de la preocupación, conservaban con su asistencia personal á aquellos círculos el culto ingenuo del hábito y el tributo reverente de la tradición. Al calor de estos hombres, al *Parnasillo* refluían, con más ó menos asiduidad, todos los que habían constituído sus ranchos aparte, ó movidos de un interés particular, ó atraídos por otros vínculos de seducción; sobre todo la gente joven, que miraba á aque-

llos hombres como oráculos y maestros, y que se habían acomodado aquí y allí en sus tertulias habituales bajo otro género de sugestiones.

Del café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, ya se escribió harto cuando murió Cánovas del Castillo, que fue, entre la tropa juvenil de aquel tiempo, quien imprimió á aquella tertulia más propia fisonomía. Con haber concurrido á ella Trueba, Barrantes, Viedma, Arnao, Carlos Ochoa, estos nombres no le imponían un significado ni una tendencia literaria. Allí fueron además Eguílaz, Cisneros, Emilio Bravo, y otros que escribieron para el teatro, y la reunión, sin embargo, estaba lejos de obtener por ellos una nota de calificación. Aquella era una reunión de aspirantes á políticos, á lo que Cánovas tendía poniendo en juego ya por aquel tiempo toda la inmensa variedad de sus facultades, todos los infinitos recursos de su ingénita travesura, y todo el don chispeante de sus agudezas andaluzas, y con quien comulgaban en uniformes aspiraciones, aunque sin la opulencia de sus medios, el mayor número de los demás contertulios, entre los que se distinguían Fernández de los Rios y Gasset y Artime, émulos en facundia de iniciativas y en prodigios de actividad, Pravia, Albuerne, Barca, y tantos otros de los que figuraron desde luego en los secretos de la conspiración del Campo de Guardias y en la baraja de la Unión liberal.

Pero no era el café de la Esmeralda, llamado también á desaparecer muy en breve, el que habría de hacer la competencia al *Parnasillo* del Príncipe, ni en lo literario, ni en lo político. En 1854 ya existía en el mismo lugar que en la actualidad ocupa, formando esquina entre la calle de Alcalá y la de Sevilla, el Nuevo Café Suizo, al que desde aquel tiempo no logró hacerle competencia entre la reacción de 1856 y la reacción de 1856, sino el café de la *Iberia,* en los bajos del antiguo *Casino de Madrid*, en la Carrera de San Jerónimo, frontero á la calle del Lobo, hoy de Echegaray, en el que durante los referidos últimos veinte años se refugió, conspiró y murió el

partido progresista, hasta que á manos de la democracia partido y café cayeron para no levantarse más. Los dos cafés, el *Nuevo Suizo* y el de la *Iberia*, eran promiscuos en sus tendencias: los dos fueron literarios, y los dos fueron políticos. Al primero, en 1854, había trasladado sus lares desde el *Parnasillo* D. Antonio García Gutiérrez, recién llegado de Cuba, y en torno de él se agruparon los noveles *primeros premios* de la escena, á quienes, como al autor de *El hombre de Estado*, al autor del *Don Francisco de Quevedo*, al autor de la música de *Marina*, y á los autores de otras obras semejantes, literarias y artísticas, abrírseles el telón de boca fue improvisarles una reputación.

A las tertulias ó mesas del Nuevo Suizo asistían todos los nuevos corifeos de la naciente democracia: lo mismo el radical Sixto Cámara, que el templado Castelar, lo mismo el visionario Chao que el doctrinario Martos, y toda la numerosa falange de aquella generación briosa, luchadora, arrogante, ilustrada, sabia, capaz de toda acción, de toda temeridad, de toda propaganda y de todo proselitismo, y á la vez todo el periodismo que militaba al lado de los vencidos, los redactores de *La España*, de D. Pedro de Egaña, los redactores de *El Heraldo*, que aún sostenían las esplendideces de D. José de Zaragoza, y los redactores del recién fundado *León Español*, de Gutiérrez de la Vega, que venía á rehabilitar el nombre del Duque de Valencia de sus pasados desprestigios, y de cualquier modo á evitar que de su significación se hiciera causa común con los que habían sido arrojados de sus Ministerios por la revolución, de sus casas entregadas al exterminio por el furor popular, y del respeto público por las acusaciones que Martos sintetizaba en su libro de las jornadas de Julio, aplicando con letras titulares á cada uno de los caídos, el epíteto de L A D R O N .

Los odios de partido, llevados por aquel tiempo á una intransigencia que sólo tiene sus semejantes en las intransigencias de las Cortes de Cádiz, en las intransigencias de la reac-

ción de 1814, en las intransigencias de 1820, en las intransigencias de la reacción de 1823 y en las intransigencias de los progresistas de 1837 y de 1840, traspiraban hasta el ambiente pacífico por naturaleza del mundo literario, y aunque cada partido ó tendencia de las que tenían sus representaciones más ó menos numerosas en las tertulias del Nuevo Suizo, contaba buen número de autores dramáticos y literatos que en los cuartos de los comediantes y en los saloncillos de los teatros solían tener algún contacto común, apenas si en el café se saludaban, y, de cualquier modo, ningún calificado en una parcialidad política habría osado acercarse ni por un momento á la mesa en que se sentara un adversario. Esta pasión política trascendía hasta al éxito y al juicio de las obras literarias que se daban al teatro ó á la estampa, y el Olimpo de Apolo estaba dividido por tantas animosas enemistades, como el campo sangriento de Marte en la política. Cada cual se asociaba con los suyos, y en ninguna ocasión como entonces era más gráfica la frase del Marqués de Molins: *Con quien vengo, vengo.*

Del círculo de los redactores de *La España* nació la idea de *El Padre Cobos*, y no con un sentido político contra la revolución, que aún no había allanado sus barricadas ni había dejado de enseñar sus dientes voraces, sino con un sentido crítico-literario, dirigido especialmente contra los teatros, de cuyas bambalinas algunas veces se ha servido para acallar censores la lluvia de oro; y más que contra los teatros, contra el del Circo, consagrado enteramente á la zarzuela, y más que contra el Circo y la zarzuela, contra la Sociedad comanditaria que se había formado para sostener este teatro y este género de espectáculos en la temporada de Setiembre de 1854 á Junio de 1855, compuesta del cantante D. Francisco Salas, del autor y arreglador D. Luis Olona y de los maestros compositores D. Francisco Asenjo Barbieri, D. Joaquín de Gaztambide, D. Rafael Hernando y D. José Inzenga. Cada uno de estos socios comanditarios había puesto, como capital para la empresa, mil duros en metálico; los maestros compositores

la partitura de una obra nueva; Olona, como autor, dos obras dramáticas, y Salas la dirección artística del teatro. La causa por que esta Sociedad suscitaba contra sí las iras de los literatos se fundaba en que, estando constituída por el escritor de moda para el público, como arreglador de obras, y por los compositores que disfrutaban el privilegio de agradar al público con sus producciones, la empresa del único teatro á que la corriente del público que paga favorecía, quedaba establecida como una formidable ciudadela de resistencia para la admisión de ninguna otra obra que no fuera de sus asociados. La crítica que en los círculos del Nuevo Suizo se hacía entre los del oficio era subida de puntos; y en esta situación, Goizueta, uno de los contertulios, gritó una noche:—*Contra esa tiranía no hay más que un remedio.*—*¿Cuál?*—preguntaron los querellosos á coro.—*Un periódico satírico que los barra, sin que ni la tierra sienta de donde se hace la puntería.*

La verdad es que Goizueta no era *quién* para una iniciativa semejante. Su campaña con Gaspar Ruestes en *La España Literaria*, la efímera vida que tuvo su *Revista de Teatros*, el quiebro que le habían dado Santana y Castro Serrano cuando quiso meterse en *La Gacetilla*, el éxito desgraciado de *La Zarabanda* y los cuentos que de él refería Emilio Bravo los seis meses que le tuvo en *El Coliseo*, no tenían en muy alta graduación su magisterio, y ya decían de él la Gazzinaya y Malvezzi, como mucho después repetía con cierto gracejo Enrique Tamberlik:—*Este Pepe es terrible cuando me visita á solas.* Con todo, tras de Goizueta se adivinaba al cazurro de Arrieta y á López de Ayala, á quien, como á Selgas, había Cañete introducido en aquel círculo; la idea les pareció de perlas, sobre todo si se juraba por todos conservar inviolable el incógnito. A esta opinión se adhirió Ceferino Suárez Bravo, y Esteban Garrido prometió reflexionar sobre el asunto. Reflexionó, en efecto, y con tal diligencia, que á la noche siguiente se identificaba calorosamente con el pensamiento, y para perfilarlo mejor propuso una reunión para el otro día en

casa de D. Cándido Nocedal, con quien también había de contarse en lugar tan preeminente, que allí mismo fue aclamado por todos director. La redacción quedaba constituída por cuatro redactores de *La España*, el periódico fundado por don Pedro Egaña, á quien Ríos y Rosas apellidaba de broma don Pedro *Engaña,* aunque le profesaba el respeto que siempre inspira un hombre de una rectitud moral á toda prueba y de una convicción política á toda conciencia, y aquellos cuatro redactores eran D. Francisco Navarro Villoslada, D. Ceferino Suárez Bravo, D. Esteban Garrido y D. Eduardo González Pedroso; por dos literatos, ya eminentes, aunque noveles, don José Selgas Carrasco y D. Adelardo López de Ayala, uno y otro llevados al bautismo de la publicidad sirviéndoles de padrino D. Manuel Cañete y D. José María Goizueta, de quien á las primeras de cambio se supieron deshacer. Tras ellos quedaban, en la reserva más profunda y en el secreto más inviolable, toda la gente política de la tertulia literaria del Marqués de Molins, que era la misma que componía la tertulia íntima de los dos Fernández-Guerra, Aureliano y Luis.

Menos López de Ayala, ya popular por su comedia urbana de *El Hombre de Estado*, y Selgas, que había deslumbrado al mundo de las letras con sus originales apólogos de las flores, y, sobre todo, con aquel de *La violeta*, que se sabían de memoria hasta los que todavía no habían leído su libro de *Las Estaciones*, todos los nuevos colaboradores de *El Padre Cobos*, que á la vez eran redactores de *La España*, tenían conocidos antecedentes periodísticos, sobre todo Navarro Villoslada y González Pedroso. El primero, á quien la novela *Doña Blanca de Navarra* conquistó un gran prestigio, había dirigido la segunda época de la Revista literaria titulada *El Español,* que fue fundada y tuvo por colaboradores á D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Nicomedes Pastor Díaz, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Francisco de Cárdenas. Luego dirigió *El Siglo Pintoresco,* asociado con D. Angel Fernández de los Ríos, y cuando pasó á éste la propiedad de aquel *Semanario Pintores-*

co Español, de tradiciones tan insignes mientras lo dirigió su fundador y propietario D. Ramón de Mesonero Romanos, también se encargó de la dirección del decano de los periódicos ilustrados de España. De estas publicaciones lo recogió Egaña para que cooperase á la popularización del periódico de ideas moderadas, muy moderadas, y muy católicas, y muy monárquicas y muy dinásticas, en el que logró reunir la baraja de escritores más distinguidos que escribieron en la prensa española después de la muerte de *El Correo Nacional*, de D. Andrés Borrego, y antes de la fundación de *La Epoca*, de D. Diego Coello y Quesada. González Pedroso había nacido á la vida periodística en *El Globo*, que dirigía D. Augusto Amblard, y á Rosa y Fogoses debió su introducción en *La España*. Respecto á Garrido y Suárez Bravo, puede decirse que los dos eran hechuras y discípulos de Egaña; pero en 1854 ya habían adquirido propia personalidad.

Al canónigo magistral de Barcelona, D. Francisco Puig y Esteve, cuya identidad de opiniones políticas con el famoso jurisconsulto D. Manuel Pérez Hernández era una cosa conocida entre el mundo de la opinión de aquel tiempo, y que también formó parte de la redacción de *La España*, le oí decir en la ciudad Condal, allá por los años de 1867, que él había sido de los redactores de *El Padre Cobos*, y al relatarme todas estas minuciosidades del génesis de este periódico, me contó una anécdota que no he olvidado.—Bueno—decía Nocedal, la noche de la primera reunión de los artífices de *El Padre Cobos* en su casa, para escribir el primer número, pues él ya había arreglado en veinticuatro horas todo lo concerniente á imprenta, servicio de confianza, administración y local de pública instalación—aquí nos reunimos toda España, pues representamos casi todas sus provincias. Yo soy gallego, Ayala de Extremadura, Selgas de Murcia, etc. Nos hace falta un catalán.—Puig y Estéve replicó:—¿Pues de dónde soy yo?—Hombre, repuso Nocedal, lo siento, porque iba á proponer que invitásemos á Aribau ó á Madoz.—Soltaron todos la carcajada,

y Nocedal añadió:—No ha de quedar sin algún efecto este recuerdo. Con el primer número de *El Padre Cobos* he de enviar á uno de los dos mi morrión de miliciano nacional, que conservo desde el año 1843.—En efecto, el morrión se mandó á Madoz con el primer número del periódico, «para sacudir hasta el polvo», decía, el arrogante tribulo de la comedia liberal, en que el ardor juvenil me hizo tomar parte en el coro.»

A pesar de la anécdota que me contó Puig Esteve; á pesar del mote de *periódico de literatura y arte*, que se puso al pie de la viñeta del fraile y del epígrafe de *El Padre Cobos*; á pesar del estudiado empeño que se puso durante sus diez primeros números, desde el 24 de Setiembre de 1854 en que apareció, hasta el 3 de Diciembre, en que declaró: «Mi reverencia se consagra á la política», en no censurar sino cosas y nombres exclusivamente del mundo de la literatura y del arte, la opinión pronto se impuso del blanco á que se dirigían los tiros de *El Padre Cobos*. Sólo Goizueta entre los *cómplices* de la nueva producción satírica, y Barbieri, en el tropel de los que zurraban, vivieron por mucho tiempo en la obsesión; el uno de que aquél era un ariete contra las empresas teatrales, y el otro de que todos los golpes se asestaban contra él. ¡Como que, en su entender, los inspiraba, y aun los escribía Arrieta! Gaztambide, que era el buen sentido por excelencia, solía decirle cuando le oía echar sapos y culebras contra los inspiradores de *El Padre Cobos:* «¡Seguidilla, que te chiflas!»

Los tiempos agitados por la política no han sido los más prósperos para las artes y el teatro: antes y después de las jornadas de Julio en 1854, arrastraban una vida difícil sin que bastasen á sacar al público de su actitud apática y desconfiada, ni los esfuerzos de Teodora Lamadrid, que con Joaquín Arjona, Pepita Hijosa y Fernando Osorio se defendían en el Príncipe, ni los de Julián Romea, que con Josefa Palma, don Antonio de Guzmán y Pizarroso hacían maravillas en Lope de Vega, y los continuos estrenos con que así los autores de gran renombre, como los autores noveles que se habían con-

quistado ya un puesto en la escena procuraran excitar al público interés. De Enero á Junio de 1854 hubo abiertos y funcionando en Madrid, además del teatro Real, donde la Gazzinaga y Mongini cantaban *Roberto, Hernani*, *Rigoletto, Macbetch*, *Trovatore*, *Luisa Miller, Lucrezia Borgia*, y donde por vez primera se presentaba á nuestro público Vialetti en los *Hugonotes;* el Príncipe, en el que Rubí presentó *El agua mansa;* López de Ayala, su *Rioja;* la Avellaneda, *La Sonámbula;* Hartzenbusch, *Un sí y un no;* Eguilaz, *El caballero del milagro;* Gálvez Amandi, *La conciencia,* y Bretón de los Herreros, para el beneficio de Osorio, *La niña del mostrador;* Lope de Vega, donde Serra hacía representar *La boda de Quevedo;* el mismo Bretón, *Marcela ó ¿cuál de los tres?* y *La mano de Dios* Juan de Ariza; La Cruz, Variedades, el teatro del Genio, el del Instituto, en el que Celina Montaland nos importaba la graciosa movilidad del vaudeville francés, y por último, el Circo, con su zarzuela española, en cuyo coliseo se habían estrenado de Pascuas á Junio los *Galanteos en Venecia*, *Buenas noches, señor don Simón, El estreno de una artista*, *El dominó azul, La Cisterna encantada*, *El grumete,* y donde por último se dió á conocer, antes de partir para completar sus estudios en el extranjero, un *niño* violinista que se llamaba Jesús Monasterio.

Las intrigas de teatro á teatro eran despiadadas, no por disputarse el favor del público, sino por quitarse los actores, los autores y las obras; y cuando para la nueva temporada se supo la formación de la Sociedad comanditaria de autores y artistas para el Circo, se habló más de ello en las tertulias de les cafés que del manifiesto del Manzanares, el Ministerio Metralla y la venida del General Espartero. Entre los cómicos y entre los ingenios había además *barricaderos* y *reaccionarios*, y los teatros ardían en la misma guerra viva que enloquecía al país. Llegó Setiembre, en perspectiva las elecciones para las Constituyentes, en la emoción última del día el discurso de Castelar en el teatro de Oriente, y en la impresión inquie-

tadora de cada momento el *Himno de Riego* y el armamento de la Milicia Nacional. El primer teatro que inauguró la temporada fue el Circo, que abrió sus puertas el día 11, con la zarzuela en tres actos *Las cosas de Don Juan;* pero ni la zarzuela agradó, ni la gente del bronce estaba más que por la resurrección de la tragedia *Pelayo*, que con aparato patriótico se anunció para el 13 en Variedades, á fin de dar pie á los redactores de *La Iberia* para plantear la cuestión de la coronación solemne de su autor D. Manuel José Quintana, más que por ser el primer poeta lirico de España, por sus largos antecedentes políticos desde 1808, y á la iniciativa de Calvo Asensio, Carreras y González, Flamant, Rosa y González, Llano y Persi, Ruiz del Cerro y Larrea tuvo que suscribir todo el mundo, tanto por lo que Quintana merecía, sino por ser aquella una imposición en que á nadie convenía quedarse atrás. Enmedio del barullo que produjo el pensamiento de la coronación de Quintana, de la que en las mesas de los cafés no se hablaba sino á gritos, y como si aquel acto equivaliera á la conquista de un nuevo continente, el 17 abrió la Cruz, el 18 el Instituto, el 23 el Príncipe y sucesivamente los demás teatros. Mas en la zarzuela el fiasco de *Las cosas de Don Juan*, apresuró el estreno de *Los Diamantes de la corona,* y aquí la obsesión de Barbieri, el nacimiento de *El Padre Cobos* y toda la leyenda que á este propósito se formó.

Los Diamantes de la corona, letra de Camprodón, música de Barbieri, fueron cantados en su estreno por la señorita Di-Franco, el tenor Sanz, el barítono Becerra y el caricato Caltañazor. Fue un éxito inesperado, y desde luego en las mesas de la murmuración hiciéronse trizas del autor de la letra y del autor de la partitura. Arrieta decía en el Nuevo Suizo que él no la había querido admitir, y que lo mismo habían hecho Gaztambide é Inzenga. Allí se achuchaba á López de Ayala para que dijera también lo que del libreto sabía, pero aunque él lo recató, no faltó quien delatase que en el acto tercero había introducido muchas modificaciones en la obra de Campro-

dón, y que las escenas de Rebolledo solo y de Rebolledo con la Reina, habían sido escritas de nuevo por el autor de *El hombre de Estado*. Goizueta también metió su pulla, y dijo que la nueva zarzuela se componía de dos robos: la del libro, que era de Scribe, y la de la música, que era de Auber. A los pocos días de divulgarse estas especies por todo el mundo literario, apareció el primer número de *El Padre Cobos*, con su aparente tendencia exclusiva literaria; y en efecto, la primera crítica literaria de *El Padre Cobos* se cebaba en *Los Diamantes de la corona*, y *El Padre Cobos* repitió ce por be todas las especies que se habían vertido en el café del Nuevo Suizo por Arrieta, López de Ayala y Goizueta. *El Padre Cobos* corroboró que la letra era de Scribe y la música de Auber, y para remachar bien el clavo, añadió:—«Esto nadie se atreverá á negarlo, ni aun *el mismo Rebolledo.*» Y como las correcciones de López de Ayala en la obra de Camprodón le habían sido solicitadas por el mismo Barbieri, á Barbieri no le quedó duda de que los redactores de *El Padre Cobos* eran Arrieta, López de Ayala y Goizueta, y así lo sostuvo con todo el pintoresco lenguaje de su sangre viva y de su viva imaginación.

Diez primeros números, que se publicaron del 24 de Setiembre al 26 de Noviembre de 1854, despistaron la opinión, encubriendo su tendencia política definitiva, á costa de teatros, empresas, músicos, comediantes y escritores, teniendo un latigazo de pulida agudeza para cada deficiencia de la capacidad, para cada desacierto del ingenio y para cada vanidad ridícula. «Acabóse—decía á los teatros y á la gente que de él vivía—el engordar á las empresas teatrales con el óbolo del inocente público. Acabóse aquello de entonar salmos y laudes al primer actor ó actriz salidos..... no sé de donde. El buen sentido se fatiga de tanta tontería.» Fustigaba á Joaquín Arjona porque se empeñaba en hacer galanes; trataba de concluir en los estrenos con *los alabarderos*, y en nombre de la moralidad desalojar la escena del charlatanismo, del pandillaje y de la ineptitud. Renunciaba á los billetes de gracia por no

recibir *el vil salario* de la corrupción y conservar íntegro su derecho de silbar á moflete hinchado. El título de sus artículos casi justificaba la aprehensión de Barbieri: éste se denominaba *A la salida del circo;* el del número siguiente *Unión literaria;* en seguida otro, *Anarquía musical*, y llevando en su fiambrera satírica

> Periodistas en salsa y literatos,
> Y en una de fregar ancha caldera,
> Músicos y pintores y danzantes,
> Para hacer á su tiempo sementera;

aquí daba á Bretón de los Herreros, que quería meterse á escribir *una tragedia;* allá á D. Joaquín Francisco Pacheco, que se lanzaba á escribir dramas, como *Pizarro,* con la pluma que todos los días cortaba con la espada del Conquistador del Perú; en otro lugar invitaba á Ventura de la Vega á publicar sus obras, expurgándolas de traducciones; ya proponía á Gil y Zárate que buscase un callista para que le puliese sus dramas; ya aconsejaba á la señora Avellaneda que procurase que *las cuerdas* de su lira no fueran *cordeles;* ahora la tomaba con Martínez de la Rosa, que escribía obras *para dormir;* luego encargaba á Ros de Olano diera á vender las suyas á Navalmorcuende, y unas veces hacía provocar la risa con Estébanez Calderón, que escribía sus versos con notas de bibliófilo, y otras animaba á Escosura á hacer declarar las suyas como de texto en la escuela de montes, para el estudio de toda clase de escabrosidades. «Lo que más agrada—decía *El Padre Cobos*—de las comedias de Eguílaz, son los versos de las últimas escenas de los últimos actos, porque lo único de bueno que tiene lo malo es el fin.» Ofrecía un dije á Ferrer del Río ¡para cuando concluyera la *Historia de Carlos III,* que costaba 24.000 reales al año! y le preguntaba si su *Lesbia* le traducía la *Historia Universal*, de César Cantú, que publicaba la casa de Mellado. Hay que advertir que la *Lesbia* de Ferrer del Río era una gordinflona y mugrienta criada de la Alcarria que tenía á su servicio, y á quien para burlarse de su brutalidad Ferrer

del Río había trocado por antonomasia su nombre de Isabel, por el arcádico de los poetas, y que lo primero que presentaba en su casa á quien le visitaba era aquella mujer, que celebraba con gritos estentóreos las gracias de su señor. La Academia Española había premiado á D. Emilio Olloqui, por instancias de D. Fermín de la Puente Apezechea, su oda *A la batalla de Bailén*. *El Padre Cobos* recomendaba que la edición se confiara á D. Angel Fernández de los Ríos, y que la exornara con magníficos *clichés* franceses del *Bertoldo*. Eduardo Chao y Enrique Cisneros anuncian su resolución de abandonar las letras por la política. *El Padre Cobos* se hace intérprete de la alegría de las musas. Así desfilaron por las columnas de *El Padre Cobos* en sus diez primeros números, Adolfo de Castro, con sus eternos gazapos sobre los poetas líricos de los siglos XVI y XVII, de la «Biblioteca de Autores Españoles», de Aribau; Mellado, con el Olimpo industrial de su *Museo de las familias*; Ayguals de Izco, con sus novelas patibularias; Arnao, con sus inocentes *Himnos y quejas*; Carlos Ochoa, con sus melífluas traducciones; Camprodón y Olona, con sus arreglos disparatados; Corradi, con sus odas políticas, y Albuerne, con su fealdad. Poner en parangón como historiadores á Tácito y Ovilo y Otero, y aun dar á éste la preferencia, no era más que un simple hazme-reir; pero á veces *El Padre Cobos* escribía notas sueltas como las siguientes: «El ilustre libretista Cammarano, que murió el año pasado en Nápoles, está traduciendo una zarzuela que piensa escribir Teodoro Guerrero.»—«Del porvenir teatral no hay que temer, mientras se encargue de su tutela el *braccio forte* del Sr. D. Ramón de Navarrete.»

Con estas peladillas, todo el *genus irritabile vatum*, por arriba y por abajo, se entregaba á la mordacidad más violenta contra *El Padre Cobos*, y aunque Barbieri repetía á cuantos le querían oir que Arrieta, López de Ayala y Goizueta andaban metidos en el ajo de su redacción, nadie lo creía y los círculos cafetiles andaban todos que bebían los vientos por saber quiénes la componían. *El Padre Cobos* también tra-

tó esta cuestión: «¿Quién es *El Padre Cobos?*—escribía—¿Quién redacta *El Padre Cobos?* ¿De dónde ha salido *El Padre Cobos?* ¿Qué quiere *El Padre Cobos?* ¿De dónde viene *El Padre Cobos?* ¿A dónde va *El Padre Cobos?*» Y *El Padre Cobos* mismo satisfacía esta universal curiosidad, diciendo: «*El Padre Cobos* es natural de Coscobilla y desciende de los Borricones.» Con estas bromas iniciaba su campaña de opinión, y hacía poner en su cabeza con letras enormes: *¡Tirada de 100.000 ejemplares!* en el primer número; *¡150.000 ejemplares!*, en el segundo; *¡150.001!*, en el tercero, y desde el onceno, *¡300.002 y medio ejemplares!* Cifras que, si sólo representaban la ponderación de su buen humor, llegó, en efecto á ser considerable, luego que anunció el 17 de Noviembre que «el sastre le había traído los hábitos nuevos», cuyo estreno se reservaba para el momento ambicionado en que se abrieran las Cortes, pues con las Cortes abiertas, y teniendo sentado en las Constituyentes á Nocedal, su director, la inmunidad dentro del derecho quedaba mejor garantida para él, en tiempos de tantas arbitrariedades y de tantas tropelías que se santificaban al grito de ¡Viva la libertad! Sabido es que las Constituyentes de 1854 á 1856 fueron convocadas el 11 de Agosto del primero de estos dos años, y que su apertura oficial se celebró el 8 de Noviembre. Para entrar, pues, *en el reino de Trapisonda*, que era lo que para *El Padre Cobos* significaba España en manos de los progresistas, quiso tomarse todo el tiempo necesario para que la Cámara quedase constituída, poniéndose desde luego en las condiciones de la ley de imprenta que se había puesto en vigor, la de Octubre de 1837, mediante la presentación del editor responsable, contra quien habían de cargar las iras de las denuncias y de las sentencias judiciales.

¡Habérselas con *las ocho nodrizas y los trescientos mamones* de la situación progresista; con el aditamento de las cuatro plagas de la libertad, la miseria, el cólera morbo y la Milicia Nacional, no era tarea para pusilámines, aunque cubiertos con el frágil velo del anónimo, y aunque dispuestos á ejercer la sá-

tira, no como era de antigua tradición en nuestras costumbres, á insultos y procacidades descarados, sino haciendo simplemente reir á fuerza de ingenio y de malicia! Mas *El Padre Cobos*, que mientras todos creían desde el primer instante del pronunciamiento del Campo de Guardias y en todo el curso de sus consecuencias posteriores, que la situación fue siempre grave, y era cada vez más grave, él solo la tenía por leve, y tan leve «que se hallaba en el aire», no se lanzó á hacer el ensayo de su sátira intencionada y ladina sino por sucesivos avances, hasta que, al llegar al período de su segunda época pudo desarrollar ya sin meticulosidades todos los recursos del sarcástico ingenio de sus redactores. Repasando su colección, no se nota en él una labor y un espíritu uniforme. El volumen de su segunda época es muy superior al primero, y si lo que las tradiciones han conservado acerca de la historia de aquel periódico es exacto, en el volumen de su segunda época predomina más la labor cáustica, fina, paradójica y siempre ática de Selgas, como en el de la época primera se disputan la misma supremacía el sutil veneno de Nocedal y el sarcasmo profundo de López de Ayala. «Se ven rasgos de abnegación heróica. El Sr. D. Juan Bautista Alonso renunció la palabra en la sesión del martes.» Aquí está el alma de Nocedal. «El día 23 (de Julio de 1856) á la una y cuarenta minutos de la tarde, en el despacho del Ministro de la Gobernación, han rematado las obras de la Puerta del Sol *al* Sr. Escosura.» Este es López de Ayala, puro. «¿Llueve?—No, señor; es que está hablando el Marqués de Albaida.» De Esteban Garrido. «Los ciegos venden *La Soberanía Nacional* por dos cuartos. ¡Qué manera de robar!» De Selgas. La manera de escribir de los otros colaboradores no era tan fácil de precisar: y en la segunda época esto era tanto menos posible, cuanto que en ella parece que no se dejó pasar nada sin que se sometiera antes de ir á la imprenta á la unformidad de expresión y concepto que distinguía el genio especial de Selgas. La verdad es que la literatura satírico-periodística de España no había producido

nada con que comparar á *El Padre Cobos*. Desde las Cortes de Cádiz, la violenta rivalidad de los partidos se había enconado entre sí en frenéticas diatribas que afectaban la forma de la sátira cruda, y algunas de aquellas tentativas habían causado persecuciones como la de D. Bartolomé José Gallardo, patíbulos como el de D. Benigno Morales, ostracismos necesarios como el de D. Juan Martínez Villergas; pero ni Gallardo en *La Abeja Española*, de 1812; ni Morales con Félix Mejía en *El Zurriago*, de 1821; ni D. Mariano Luis de Llarra en *El Pobrecito Hablador*, de 1832; ni D. Modesto Lafuente en el *Fray Gerundio*, de 1837; ni D. Luis González Brabo (Ibrahim Clarete) en *El Guirigay*, de 1839; ni Martínez Villergas en *El Tío Camorra*, de 1847; ni D. Antonio Ribot y Fonseret, que con el joven D. Pedro Antonio Alarcón escribía *El Látigo*, en el mismo tiempo en que *El Padre Cobos* llamaba sobre sí la atención general, nada se había escrito semejante á este periódico. La gracia de *El Zurriago*, de *El Guirigay*, de *El Tío Camorra*, se cifraba en la desnudez y en el desparpajo del insulto; *El Pobrecito Hablador*, el *Fray Gerundio*, como antes *La Abeja Española*, descansaban sobre ingeniosidades machaconas, rastreras, rebuscadas, forzadas, en que el ingenio pocas veces ponía las sales de la espontaneidad; y los mismo escritores agudos y festivos que bajo los pseudónimos de *Fígaro*, *El Estudiante, Abenamar*, *El Solitario*, *El Curioso Parlante*, habían cultivado para satirizar las costumbres sociales la sátira culta, la sátira urbana, la sátira impersonal, no habían poseído aquella movilidad de intención y pensamiento, aquella ática ligereza en que *El Padre Cobos* abundaba, descubriendo un chiste en cada palabra y dejando esculpidas en el espíritu, entre las frivolidades aparentes, mucho, mucho que sentir; mucho, mucho que pensar.

Si el cáustico agudo y punzante de *El Padre Cobos* en sus primeros diez números no dejó rincón literario en que no encendiera el rescoldo del rencor y la fiebre de la curiosidad por conocer el nombre de los satirizantes encubiertos, no hay que

decir lo que sucedería cuando el terrible varapalo de su ingenio comenzó á caer sin piedad en el Gobierno, en las Cortes y en las instituciones de la Revolución. El Ministro de la Gobernación, D. Francisco Santa Cruz, á quien ni el General Espartero ni el General O'Donnell dejaban dormir, tomó sobre sí el decidido empeño de descubrirlos á todo trance, y Cornejo, el Fiscal de imprenta, recibió la orden de no dejarle pasar ni las *haches*. Pero *El Padre Cobos* hallaba medios de decir todo lo que quería sin incurrir en las delincuencias de la ley, y los números pasaron, de Noviembre de 1854 hasta casi fines de Marzo de 1855, sin que el Fiscal tuviera por donde meterle mano. En el núm. 33, correspondiente al 25 de dicho mes, *El Padre Cobos* publicó su famoso artículo de *Un congreso infantil,* y leído este artículo quince veces aquella noche en el tresillo del General Espartero, el joven Alonso Martínez, que era de los más asiduos contertulios del avícola de Logroño, tuvo un pensamiento, con cuya ejecución se prometía hacer salir á los redactores del periódico satírico de su trinchera cerrada, si, como era de suponer, eran personas que se estimaban y caballeros. Nada de Fiscales de imprenta, ni nada de procedimientos judiciales. Uno de los aludidos en el artículo se daría por ofendido, se dirigiría por medio de carta á la redacción y le pediría reparación de sus ofensas. La proposición del novel diputado burgalés obtuvo un éxito completo. El artículo se leyó otras quince veces, y al cabo se designó la persona que había de pedir reparación. Aquella misma noche fue dirigida la carta á la calle del Horno de la Mata, núm. 19, principal, donde *El Padre Cobos* había trasladado, desde la de la Ballesta, núm. 8, las oficinas de su Administración, y á la mañana siguiente, á primera hora, el retador recibía una contestación larga, esplícita y categórica, en que se le decía «que los redactores de *El Padre Cobos* no estaban dispuestos á deponer el anónimo ni á que se supieran sus nombres, como no se justificara que en sus escritos hubiera injuria ó calumnia, en cuyo caso sólo no ocultarían su cara de caballeros». Insistió el su-

puesto ofendido en que había injuria contra su persona, y pedía que se propusiesen medios para que se averiguara si era así. Aprobó *El Padre Cobos* la proposición, y volvió á contestar que aprobaría desde luego todos los medios que para esto se le propusieran. El ofendido volvió á preguntar al periódico si aceptaba la designación de algunas personas de honor, por una y otra parte, para que se constituyesen en tribunal de calificación. Repuso *El Padre Cobos* que se le propusiesen los nombres de esas personas; y habiendo recibido consecutivamente una lista de doce nombres de alta significación política y social, la redacción contestó que todas le parecían dignas, y, en general, todo el que públicamente fuese considerado como un caballero, y dejaba al recurrente la libre elección de los que hubieran de formar el tribunal. De las cuatro personas que se designaron por el ofendido, una era el General D. Facundo Infante, Presidente de las Cortes, y otra D. Cándido Nocedal. Todas estas gestiones se hicieron en el riguroso término de un mismo día. El tribunal de honor se reunió en el despacho presidencial del Congreso, y fue dictamen común y voto unánime que en el artículo *El congreso infantil* no había injuria personal para nadie. Santa Cruz pateaba de coraje cuando lo supo, y aquella misma tarde el Fiscal Cornejo hizo la denuncia, detuvo los números de provincias en el correo y recogió los existentes en la Administración.

El Padre Cobos fue por vez primera denunciado; pero el nombre de sus redactores no se pudo saber, que era de lo que se trataba. No hay que decir que de su defensa se encargó... ¡D. Cándido Nocedal! Y no hay que añadir que la defensa de Nocedal obtuvo la absolución; pero haciendo constar en ella estas declaraciones:—«La ley prohibe terminantemente que se busque al autor de los escritos. La ley exige un editor responsable. A mi lado lo tenéis (1). Castigadle si le creéis acreedor á ello; pero desistid del empeño de averiguar quién es *El*

(1) D. Luis Pinillos.

Padre Cobos. Si queréis averiguarlo, ahí tenéis la policía; pero no manchar con este bajo papel la dignidad del Tribunal que formáis.»—Ninguno de los jurados permitió que se les confundiera con los polizontes, y el voto de absolución fue unánime.

Espartero se conformaba con no saber el nombre de los redactores de *El Padre Cobos*, si al menos se podía averiguar si algún partido político lo apadrinaba. La prensa progresista, *La Iberia*, *Las Novedades*, *La Nación* y *El Oriente* la emprendieron contra *El Padre Cobos*, motejándole de *carlista*. *El Padre Cobos* no se defendía de esta imputación, aunque *El Clamor Público* le amenazaba «con las iras populares», y *La Nación* decía que sus redactores eran *presidiarios*. Nueva denuncia. El número 45, correspondiente al 25 de Mayo de 1855, publicaba otro artículo no menos famoso que el de *El congreso infantil*, titulado *Relinchos*. Este artículo fue denunciado. Entonces aquella parte del partido moderado histórico que no había aprobado la política de *los polacos* ni se había dejado sugestionar por *los puritanos*, quiso hacer un acto de simpatía hacia *El Padre Cobos*, y para hacerlo se encargó de la defensa D. José González Serrano, que ya había sido diputado á Cortes en las de 1851 á 1852, y aunque, en vez del discurso chispeante de Nocedal en la primera denuncia, se redujo á formas estrictamente jurídicas y legales, en el preámbulo hizo solemnemente estas dos declaraciones: primera, que *El Padre Cobos* no era carlista; segunda, que «las opiniones de *El Padre Cobos* eran las de un gran partido, al que él tenía la gloria de pertenecer, y que repudiaba todos los excesos, aunque vinieran de algunos de sus hijos que no debió admitir en su seno.» Tras estas declaraciones, en la esfera del poder se ven apuntar las orejas del Duque de Valencia, y el Jurado, compuesto de progresistas, pronuncia sentencia condenatoria. De cualquier modo, *El Padre Cobos* acabó con el número 52, publicado el 1.° de Julio, su primera campaña, con un éxito jamás conocido en las contiendas periodísticas de nuestra política

contemporánea, y al tomarse dos meses de vacaciones durante el verano, para disponerse á la segunda, cada vez era mayor secreto para todos quiénes redactaban el genial periódico; pues hasta Barbieri, como *El Padre Cobos* no volvió á ocuparse ni de sus partituras, ni de su teatro, ni de las empresas de *La Unión Musical,* paladinamente declaraba que se había equivocado.

Cuando Escosura sucedió á Huelbes en el Ministerio de la Gobernación, en la tercera y última modificación de Gabinete que hizo el General Espartero en Enero de 1856, decía en las estancias de la Casa de Correos: — «O pierdo el nombre que tengo, ó descubro á los redactores de *El Padre Cobos*, ó lo mato á denuncias ó de cualquier modo. Me apesta ese periodicucho.»—El fiscal era Montejo y Robledo, progresista *de nativitate*, hasta que se murió de progresista. Hay que confesar que Escosura hizo todo lo que pudo por cumplir su palabra, y que *El Padre Cobos* tuvo que declarar que el último Ministro progresista de la revolución no quería que el fiscal de imprenta cobrase su sueldo de momio, estándose mano sobre mano. El 10 de Enero, denuncia; defensor, Nocedal; sentencia, cuatro años de prisión al editor responsable. El 5 de Febrero, denuncia; el 10 de Febrero, denuncia; el 15 de Febrero, denuncia; el 20 de Febrero, denuncia; el 25 de Febrero, denuncia; y al dar cuenta de esta última, *El Padre Cobos* escribía: «Desafiamos al fiscal, al Gobernador de Madrid, al Ministro de la Gobernación, al Presidente del Consejo de Ministros, á la Milicia Nacional, á la situación entera, á que nos denuncie el número *del día 30 de Febrero* del año bisiesto de 1856. *El día 30 de Febrero* será el único día de buen gobierno que nos dará la revolución de Julio.»

Fueron defensores de los números denunciados, D. Manuel de Seijas Lozano *(dos años de prisión)*; D. Antonio de Mena y Zorrilla *(absuelto)*; D. Alejandro de Castro *(absuelto)*; el Marqués de Corvera *(dos aüos de prisión en un castillo)*; y en otras denuncias de los números del 15 de Abril, 5 y 20 de Mayo, ter-

tercera vez D. Cándido Nocedal *(absuelto)*; D. Antonio de Jesús Arias *(seis años de prisión en un castillo)*, y D. Adelardo López de Ayala *(absuelto)*. Cada una de estas defensas, á que concurría un público inmenso, se convirtió en un motivo de apoteosis para los que las hicieron: sobre todo las de Nocedal, Mena y Zorrilla y López de Ayala. Nocedal no era una personalidad desconocida, ni en el palenque del foro, ni en el del Parlamento, ni en el de la Administración. En las Cortes se había sentado desde 1843, y Bravo Murillo lo había elevado desde las oficinas de la *Gaceta de Madrid*, hasta la subsecretaría de la Gobernación. Con todo, sus discursos forenses en defensa de *El Padre Cobos*, y sus discursos parlamentarios en las Constituyentes de 1854, hicieron vibrar su elocuencia, conquistándole el puesto eminente que ya nunca perdió. Mena y Zorrilla traía reputación de orador de las Academias filosóficas de Sevilla, pero en Madrid no había recibido hasta aquel momento *la alternativa*, y López de Ayala, á quien no se le conocía sino como un gran poeta lírico y un gran poeta dramático, cobró en la defensa de *El Padre Cobos* las alas, el prestigio y la reputación de la alta elocuencia, que algún día había de llevarle á la Presidencia de aquella Cámara representativa, en que no logró asiento hasta después de la reacción que provocó aquella revolución tan sarcásticamente combatida por su pluma.

Escosura, que á fuerza de denuncias no consiguió ni descubrir los redactores, ni apagar los humos de *El Padre Cobos*, tuvo la amabilidad de condescender con otras exigencias para cohibirle, y Madrid entero vió en los primeros de Mayo de 1856 entrar armados de garrotes doce milicianos nacionales, disfrazados con el honrado traje del obrero, para atropellar la casa administración del odiado periódico, establecida en uno de los pisos bajos del número 8 de la calle de San Roque, en donde el administrador fue apaleado, rotos los muebles de las oficinas y hecho auto de fe de los números de *El Padre Cobos* que allí encontraron. A la queja de aquel acto brutal, que

veinticuatro horas después de cometido se dió al Ministro de la Gobernación, Escosura contestó que no sabía nada, y cuatro periódicos progresistas, *La Nación*, *El Clamor Público*, *La Iberia* y *Las Novedades* defendieron calorosamente á los atropelladores; *El Padre Cobos* dedicó el artículo del día 5 al suceso, y decía:—«Dudo que hayan sido progresistas los que han invadido violentamente la administración de *El Padre Cobos*, porque, pensándolo bien, apenas tienen tiempo para invadir el presupuesto. *El Padre Cobos* ha recibido todos los insultos con alegría, porque la situación le hace reir y no puede llorar.»

La situación ofrecía cada día un motín, y el perfil geográfico de estas bárbaras expansiones tenía por marco todo el ámbito de la Península. Los Ministros del Gobierno del General Espartero no tenían tiempo bastante para atender á las calamidades públicas que entre ellos se habían distribuído. El Presidente, atendía al cólera morbo; el de Estado, al Sr. Olózaga, en su embajada de París; el de Gracia y Justicia, al cisma entre Esparteristas y Odonellistas, amén del que el señor Bautista Alonso se había empeñado en provocar con Roma; al de la Guerra, todo se le volvia contener los chispazos de la guerra civil; el de Hacienda, no tenía en perspectiva sino la bancarrota; el de la Gobernación, no sabía cómo apagar el hambre ni los incendios de Valladolid; al de Fomento el *oidium* le secaba hasta la cerilla de oidos, y el de Marina no veía por todas partes más que inundaciones. *El Padre Cobos* de todo sacaba partido para divertir-e, mientras veía regocijado acercarse el fin del fin. La fisonomía de las Cortes, las asonadas de la Milicia Nacional, las perturbaciones crónicas del orden público y el motín bendito de cada día no le ofrecían temas menos festivos para su perpetuo sarcasmo que el chascás del General Espartero, los esdrújulos de Santáizuga, las xx del apellido de Lujar y los estragos de la epidemia, de la que decía, cuando hablaba de ella: «Nuestro colega progresista el cólera morbo...»

Pocas veces *El Padre Cobos* pidió su auxilio á las Musas; pero cuando impetraba sus mercedes, siempre le otorgaban el más diestro pincel para fotografiar la situación creada por aquella malhadada revolución; y así, decía en *La gran parada:*

Tirando de su equipaje,
Como acémila de noria,
España sigue el viaje
Por la senda de la gloria.
¿Va quizás
Por el antiguo sendero?
—No; que la guía el chascás
Del general Espartero.
Francia la desfronteriza;
Méjico artera la engaña;
Pierce la da una paliza;
¿Dónde se ha metido España?
Vuelvo atrás,
Y pregunto á un caballero:
—¿Ha visto usted el chascás
Del general Espartero?
.....
.....
De este chascás un retoño
Mucho á España convendría:
Las gallinas de Logroño
Nos podrán sacar la cría.
¡Glás! ¡glás! ¡glás!
¡Oh desventura!—¡Está huero
El interior del chascás
Del general Espartero!

Por desgracia, antes del chascás del General Espartero hubo el chascás del General Riego, á quien se debe la pérdida de las colonias de América; después del chascás del General Espartero, el eterno chascás progresista ha presidido otras pérdidas y otras humillaciones. Pero esto no obsta para que el chascás sobreviva; pues como en sus refranes, escribía también *El Padre Cobos:*

Al cabo de los años mil,
Vuelve el progreso por do solía ir.

El Padre Cobos suspendió el 5 de Julio de 1856 su publicación en la forma que lo había hecho en año anterior para tomarse dos meses de veraneo; pero su último chiste fue una viñeta, en que el legendario fraile con una mueca avisaba á á los progresistas del volcán que á sus pies se preparaba á estallar y con un signo de la mano, les decía: *¡Ahí queda eso!* La historia de la reacción de Julio de 1856 es demasiado conocida para que haya necesidad de reproducirla aquí. El 5 de Julio suspendió *El Padre Cobos* su publicación, y el 14 del mismo mes el Ministerio-Metralla disolvía las Cortes y sustituía como un relámpago al último Ministerio del General Espartero y de los progresistas. Odonnell le sustituyó con Ríos Rosas, que trató de legalizar la situación legal con el *Acta adicional*. Aunque llega Setiembre y *El Padre Cobos* tenía pendiente con sus favorecedores el compromiso de reanudar sus tareas el 5 de dicho mes, los suscriptores en dicha fecha sólo recibieron un lacónico aviso en que se les decía: «Se suspende la publicación de *El Padre Cobos* por razones que en el día nos es absolutamente imposible explanar, y que, Dios mediante, manifestaremos á su tiempo.» Después daba las reglas que se habían de observar para que pudieran recoger sus adelantos los suscriptores que los tuvieran hechos.

Ni O'Donnell, ni Ríos Rosas, ni Pastor Díaz, ni D. Cirilo Alvarez, ni D. Manuel Cantero, ni D. Pedro Bayarri, ni Don Manuel Collado, tienen perspicacia bastante para recoger la última *indirecta* de *El Padre Cobos*. De los hombres de aquel Ministerio, acaso no la recogió más que uno solo: el Marqués D. Pedro José Pidal. La explicación del aviso de *El Padre Cobos* á sus suscriptores el 5 de Septiembre, se la dió toda España en la crisis del 25 de Octubre. O'Donnell y Ríos Rosas cayeron. Los reemplazaron en el Gobierno el General Narváez y D. Cándido Nocedal. Sus compañeros de Gabinete eran el Marqués de Pidal, que había pertenecido al del Conde de Lucena; Seijas Lozano, el defensor de *El Padre Cobos;* D. Manuel García de Barzanallana, el General Lersundi y D. Claudio Moya-

no. La campaña de *El Padre Cobos* no había sido, por lo tanto, una *campaña carlista,* sino esencialmente conservadora y de los elementos más puros del moderantismo histórico, y Nocedal el primer decreto que puso á la firma de la Reina Doña Isabel II fue la derogación del *Acta adicional,* restableciendo en toda su integridad la Constitución de 1845 para que de la revolución de Julio no quedase ni un jirón. Nocedal, en el Ministerio de la Gobernación, abrió la puerta al talento. Tamayo y Baus, González Pedroso, Gabino Tejado, José Selgas Carrasco, Navarro Villoslada, fueron sus favorecidos. López de Ayala fué al Parlamento.

La sátira política de guante blanco realizó en la campaña de *El Padre Cobos* lo que la sátira política no había alcanzado jamás: derrocar una situación de fuerza por el ridículo; rehabilitar opiniones y hombres que estaban en inmerecida desgracia; salvar á la patria de un régimen de anarquía, y á las instituciones más augustas de un régimen de humillación, y crear una posición ministerial del relieve que tuvo la de D. Cándido Nocedal en el Gabinete Narváez. ¡Todo, todo lo hizo el guante blanco de *El Padre Cobos* en aquella conjunción de talentos que se llamaron Nocedal, López de Ayala, Selgas Carrasco!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

UN POCO DE HISTORIA ANTIGUA

Dar Muley Ali, 30 Abril 1900.

Siempre me ha gustado sobremanera conocer el pasado de las ciudades en que he tenido que residir, ya por obligación, ya por capricho, y en lo que concierne á la capital del Imperio Magrebino, sentía verdadera curiosidad por averiguar su historia, envuelta en sombras y casi ignorada, por más que tenga bastantes relaciones con algunos episodios interesantes de la de nuestra patria. Como la enfermedad que aqueja al Gran Visir nos tiene en ocio forzoso, puesto que es inútil intentar nada sin contar con la intervención del famoso Ba-Ahmed Ben Muza, que ha asumido en su persona todas las atribuciones y facultades del poder, y como aún no conozco bastante la ciudad para pasearme por ella libremente y poderla visitar á mi antojo, he dedicado estos días á estudiar el pasado de Marrakesh, una de las capitales más famosas de la Edad Media. En previsión de una larga estancia en regiones tan incultas é incivilizadas, todos hemos traído libros de estudio y recreo, que forman una buena biblioteca, de modo que en unión del Rvdo. P. Cervera, orientalista consumado, y auxiliado por mi buen amigo D. Reginaldo Ruiz, que como nacido en Tánger, posee admirablemente el idioma que se ha-

bla en Marruecos, puedo recoger gran acopio de datos que satisfacen sobradamente mi curiosidad.

Los orígenes de Marrakesh no son anteriores al siglo XI. Según refieren los historiadores marroquíes, hacia el año 1038 habitaba en las vertientes Sud del Atlas un pueblo llamado *Zenhachas* que aún desconocía la religión mahometana, ya extendida por casi todo el Magreb. En aquel año, Abdallah-ben-Yasin salió del Sus, su país natal, para predicar á aquellas gentes la doctrina del Alkorán. Apenas comenzó su propaganda, innumerables tribus acudieron presurosas á escuchar sus lecciones, distinguiéndose especialmente la de Lemtuna. No tardó el nuevo apóstol en hallarse rodeado de unos mil discípulos, prosélitos fanáticos dispuestos á todo, á quienes dió el nombre de *El-Morabitum* (los ermitaños) fundando así la tribu que andando los tiempos había de dominar en España, y cuyos miembros fueron designados entre nosotros con el epíteto de *almoravides*. Apenas Abdallah se vió al frente de aquellas gentes, siguiendo las prácticas mahometanas, quiso imponer por fuerza su religión á algunas tribus vecinas que aún se oponían á convertirse, y al efecto les declaró la guerra. Bien pronto su poder se extendió hasta el Sudán, conquistando también gran parte del Magreb, hasta Sichilmesa, y todo el país del Draá.

Abdallah, agradecido á que los lemtunas habían sido siempre sus más fieles partidarios, eligió á uno de ellos para que fuera su lugarteniente ó califa, Abubecr-ben-Omar, que fue el encargado de continuar la guerra por los territorios de *Sus-el-Acksa,* que conquistó, ayudado por su primo *Yusef-ben-Taxefin*, que mandaba la vanguardia del ejército. Entonces ocuparon también la vertiente Norte del Atlas y la antigua ciudad romana de *Aghmat*, donde se establecieron.

En 1059 murió Abdallah-ben-Yasin, y los almoravides eligieron como caudillo al infatigable Abubecr, que continuó extendiendo sus conquistas por el país de los *Berghuata* y de los *Beni-Ifran*. En Aghmat, capital de su Imperio, recibió la

noticia de que algunas kabilas del Sus y del Sahara se habían sublevado, y al punto marchó con el propósito de dominar á los rebeldes, dejando el mando de la mitad de sus tropas á Yusef-ben-Taxefin, que si bien en un principio fue considerado como califa de Abubecr, no tardó en concebir la idea de declararse independiente y dueño absoluto del Magreb. Comenzó por someter bajo su dominio á todas las tribus vecinas, llegando á hacerse tan poderoso y popular, que al regresar Abubecr vencedor y conocer los proyectos de su lugarteniente, no quiso intentar una lucha cuyo triunfo era dudoso, dadas las fuerzas de su rival, y con el fin de no perderlo todo, pidió una entrevista á Yusef, y en ella le felicitó por sus victorias, renunció á sus pretensiones sobre los territorios situados al Norte del Atlas, y se volvió al desierto, donde continuó gobernando las tribus que le habían permanecido fieles y predicando el Alkorán hasta la época de su muerte, acaecida en 1087.

Comprendiendo Yusef que la ciudad de Aghmat era pequeña para ser la capital del creciente Imperio de los almoravides, se decidió á fundar á poca distancia de ella, en la fértil llanura que riegan los ríos Tensif é Issyl, á Marrakesh, ciudad que su sucesor Abu-Yusef-Yacub-Almanzur, el vencedor de Alarcos, había de elevar á su mayor apogeo durante el siglo XII. Al efecto, el año 454 de la Hegira (1062 de nuestra Era), después de haberse proclamado *Amir-el-Muslimin,* (príncipe de los muslimes), compró una vasta extensión de terreno á los Mazamudas (1) y allí construyó una mezquita para la oración y una pequeña alcazaba para guardar sus tesoros y armas, sin que rodeara de murallas dichas construcciones, sin duda con el objeto de que pudiera ir extendiéndose libremente la ciudad.

(1) Noticias tomadas del libro árabe titulado: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akza* (Compendio de la historia del extremo Occidente), escrito en el presente siglo por el autor marroquí el Xiej-Ahmed-ben-Yaled ennaziri esselaui.

Yusef-ben-Taxefin llegó á hacerse sumamente poderoso. No contento con ser dueño del Magreb, al frente de 40.000 esforzados almoravides conquistó á Tánger y Ceuta, defendidas por los árabes andaluces; destruyó á las dos tribus que se disputaban el Imperio de Fez, los Beni-Ifran y los Maghrauas; se apoderó de Orán, Argel y Túnez, no parando hasta llegar á las fronteras de Egipto. Jamás se había conocido en Africa un Imperio muslímico tan dilatado. Es verdad que, según los cronistas árabes, el ilustre caudillo estaba dotado de grandes cualidades. Astuto, valiente, intrépido, ambicioso, hábil para conquistar naciones y más apto aún para gobernarlas, es indudable que supo aprovechar las circunstancias favorables y sobre todo el estado de decadencia en que se encontraba entonces el Imperio del Magreb. Los últimos monarcas *zenetas* que allí reinaron eran demasiado débiles para oponerse al empuje de aquellas tribus tan atrevidas y valerosas, y por su parte en nada podían ayudarles los califas de Córdoba, tan desvalidos, que apenas si podían defenderse de los ataques de los reyes cristianos.

La fama del fundador de Marraskesh fue tan grande, que el Emir de Sevilla, Mohammed Ben Abbés, le llamó para que le auxiliase contra el Rey Alfonso VI de Castilla. Acudió á su favor Yusef Ben Taxefin, y se embarcó en Ceuta en 1086, pasando á España, donde derrotó al ejército castellano en Zalaca, y redujo á la obediencia al Emir de Sevilla, su defendido. Hizo posteriormente cuatro viajes más á la Península, acabando por hacer feudatarios suyos á todos los reyezuelos árabes que en ella había. Afirman los historiadores marroquíes que el primer *Amir-el-Muslimin* vivió cien años, pues había nacido en el desierto en 1006, y murió en su capital de Manakesh en 1106; y que, á pesar de su inmenso poderío y de su gran renombre como político y conquistador, quiso ser enterrado modestamente.

Le sucedió en el trono su hijo Àli, apodado *Abulhassaïn*, cuya madre fue una cristiana cautiva llamada *Kamsa*, luna.

En este reinado se verificó la batalla de Uclés, tan desastrosa para los españoles. Pero si la suerte le fue favorable en nuestra patria, donde, á más de semejante triunfo, pudo conquistar en 1115 las islas Baleares, no le ocurrió lo mismo en Africa; pues allí sufrió grandes reveses de una nueva tríbu, formada en el corazón del Atlas y destinada á apoderarse del imperio de los Almoravides. En efecto; un hombre de obscura condición, nacido en España, Mohammed Ben Aldallah-el-Mehdi, después de haber estudiado en Bagdad, regresó á Marruecos con el firme propósito de modificar las costumbres religiosas de los mahometanos, un tanto relajadas, y para ello comenzó á predicar en las montañas y en los campos, fundando una nueva asociación, que se llamó de los *el-Muahhedim* (1), al frente de la cual declaró la guerra á los poseedores del Magreb, combatiendo resueltamente y con éxito lisonjero á *Abulhassain*, y al hijo y sucesor de este Abu Amar, penúltimo Emir de esta dinastía, cuyo último baluarte fue Marrakesh, única ciudad que quedó fiel á Ishac, hermano de Abu Amar, que fue muerto en 1146, cuando Abdelmumen, segundo Emir de los Almohades, tomó aquella capital. Refiere el historiador Abu Mohammed, en su *Rudh el Kartás* (2), que al entrar los conquistadores en la ciudad de Marrakesh, la dejaron casi despoblada, pues mataron más de 70.000 de sus habitantes, apoderándose de sus riquezas.

Abdelmumen, que cambió el título de *Amir-el-muslimin* por el de *Amir-el-Mumenin* (Príncipe de los creyentes, el Miramamolin de nuestros mayores), fue padre de Abu Yusef, y abuelo del famoso Yacub-Al-Manzur, el vencedor de Alarcos, que fue proclamado Sultán en 1184, y elevó su Imperio al mayor grado de esplendor. Él fue quien dotó de aguas á la ciudad de Marrakesh, y quien, al regreso de España, vencedor,

(1) *El-Muahhedim*, los unitarios, los que creen en la unidad divina, de cuya palabra proviene la castellana de Almohades.

(2) Traducción de A. de Beaumier. París, 1860.

mandó construir la hermosa puerta de *Aguinao* y la magnífica torre de la *Kotubia,* análoga á la que había hecho edificar en Sevilla, y hoy denominamos la *Giralda.* Con los 13.000 cautivos españoles que trajo de sus guerras, engrandeció sú capital y plantó el extenso bosque de palmeras que la rodea. En su reinado florecieron las artes y las letras, y de aquellos tiempos datan los más hermosos monumentos que se conservan en Marrakesh y en la famosa ciudad de Rabat, fundación suya.

Los almohades dominaron bastante tiempo en el Magreb, por más que tuvieran que sufrir continuas rebeliones y guerras intestinas, especialmente cuando vacaba el trono. En 1227 ocurrió una sublevación importante, en cuya terminación desempeñaron gran papel los españoles. En aquella fecha, los Xiejes de Marruecos asesinaron á su jefe el Emir *el-Aádel*, y aunque al punto hicieron saber su sumisión á su hermano y legítimo heredero Abuláala (el Abulí de Mariana) á la sazón gobernador de Andalucía, que se había declarado soberano independiente bajo el nombre de El Mamúm, no esperaron su respuesta aceptando el trono, y proclamaron desde luego Emir á un sobrino del difunto, *Yahya-ben-en-Nazer-ben-el-Manzur.* Al saber tal noticia, El Mamúm decidió mantener sus derechos, y al efecto pidió auxilios al Rey de Castilla, Fernando III, quien le concedió un cuerpo de 12.000 guerreros españoles, estipulando la condición precisa de que, una vez conquistada la capital del Imperio, podrían establecerse libremente en Marrakesh, levantando iglesias y campanarios, y practicando públicamente la religión cristiana. Con semejante refuerzo, El Mamúm pasó á Africa, llegando hasta las cercanías de Marrakesh, donde en 1230 encontró al ejército de Yahya, y, tras larga y reñida batalla, lo destruyó por completo, penetrando victorioso en la capital. El triunfador cumplimentó fielmente lo que pactara con el monarca español, entregando á los caballeros el arrabal de la ciudad, llamado *El Borá*, y edificándoles una iglesia. De este modo se constituyó

un grupo numeroso de españoles que residían en la misma capital del Imperio magrebino, pues á los recién llegados había que aumentar los muchos descendientes de los cautivos que á ella trajeran Taxefin y Yacub-el-Manzur. El vencido Yahya se refugió en las altas montañas del Atlas, donde fue reuniendo poco á poco á sus antiguos partidarios y á buen número de nuevos prosélitos, esperando con paciencia una ocasión propicia para recuperar el trono. No tardó ésta en presentarse, pues El Mamúm fue perdiendo, una tras otra, todas las provincias y ciudades que poseía en la Península, y hasta su mismo hermano Abu Musa, Gobernador de Ceuta, se sublevó, declarándose Emir independiente. Hubo el Sultán de acudir á castigarlo, llevando en su compañía á la mayor parte de los soldados cristianos que tan fieles le habían sido, y para ello vióse precisado á dejar la ciudad abandonada. Aprovechó Yahya la oportunidad; al punto asaltó á Marrakesh, que hubo de rendirse, y sus fuerzas entraron en la capital á sangre y fuego, destruyendo la iglesia cristiana y pasando á cuchillo los españoles que allí habían quedado. El Mamúm pereció en el sitio de Ceuta; pero *Erraxid*, hijo suyo y de una cautiva cristiana, vengó su memoria y recuperó la corona y la ciudad de Marrakesh, auxiliado por aquellos caballeros cristianos que acompañaran á su padre en su desastrosa expedición.

Durante todo el tiempo que los almohades dominaron en el Magreb, Marrakesh fue la capital de su Imperio. Pero esta dinastía debía fatalmente seguir la misma suerte que la de los almoravides. Las rebeliones de las provincias se sucedían sin interrupción, y los últimos emires de esta raza fueron rudamente combatidos por sus propios súbditos. Con el reinado de *El Mamum* había comenzado la decadencia. Una nueva tribu, los Beni Merines, descendientes de los antiguos Zenetas, señores de Fez, llenos de pujanza y brío, supieron aprovechar la debilidad de los últimos Emires almohades, y si bien en un principio se contentaron con arrebatarles el dominio de la capital de sus mayores, y proclamarse emires independientes,

fueron aumentando tanto sus conquistas que, en 1267, Abu-Dabbús, el último Emperador almohade, tuvo que pedir auxilio á Abu-Yusef-Yacub, Emir de Fez, para recuperar la capital de su reducido Imperio, ofreciendo cederle la mitad de los territorios que recobrase. Logró Abu-Dabbús sus propósitos, pero una vez dueño de Marrakesh se negó á cumplir lo prometido, por lo que Abu-Yusef le declaró la guerra, y encontrando á sus ejércitos en las llanuras de Dukala, le derrotó por completo, pereciendo en el combate Abu-Dabbús y con él la dinastía almohade.

Con la toma de Marrakesh, consolidó Abu-Yusef-Yacub, por sobrenombre *el Manzur*—el victorioso—el Imperio de los Beni-Merines. Durante su reinado mantuvo constantes relaciones con los españoles, quienes habían tomado gran parte en las guerras anteríores, favoreciendo ya á una dinastía, ya á otra, pero comportándose siempre, según testimonio de los historiadores musulmanes, con completa lealtad é hidalguía. En 1284, Abu-Yusef recibía en Marrakesh á D. Alonso Pérez de Guzmán, el futuro héroe de Tarifa, enviado por Don Alfonso el Sabio, con objeto de que empeñase su corona en 60.000 doblas de oro, para poder combatir á su hijo Don Sancho. El segundo *El Manzur* no pudo igualar la gloria de su antecesor. La grandeza del Imperio muslímico de Occidente había concluído con la dinastía almohade. Este Sultán trasladó la capital de sus estados á Fez, y allí, en la famosa Universidad que tanto fomentara, depositó todos los libros que le remitió, accediendo á su petición, el Rey Don Sancho de Castilla. Sus sucesores tuvieron que reprimir continuas rebeliones, y los gobernadores de Marrakesh no fueron ciertamente los menos levantiscos, siendo de citar la sublevación de Yusef-Ben-Mohammed, en el reinado de Abu-Tabet, quien logró castigar á los rebeldes, y tras largo sitio recuperar la capital, haciendo matar á los cristianos españoles que en ella había. Por su parte, los monarcas castellanos continuaban la gran obra de la reconquista y atacaban rudamente las fuerzas mahometanas.

La batalla del Salado fue un golpe mortal para el poder de los Beni-Merines, que en ella perdieron—así lo afirman los historiadores musulmanes—más de doscientos mil soldados. En 1374 el Magreb estaba dividido en dos reinos: el de Fez y el de Marrakesh, reinando en cada uno de ellos Abulabas y Abderahman, pero semejante estado de cosas duró poco tiempo, restableciendo al fin el primero la unidad del Imperio, que si en tiempos anteriores fuera poderoso y extenso, era en la época de que tratamos un verdadero caos. Los aspirantes al vacilante trono eran tantos cuantos se creían con fuerzas para conquistarlo; la autoridad de los legítimos soberanos era completamente desconocida, nadie acataba sus mandatos, y las pasiones del pueblo se desbordaron en forma que acabó por reinar la más espantosa anarquía. Habían perdido los sultanes magrebinos todos los territorios que poseyeran en España, y los cristianos comenzaban á ocupar algunas de sus ciudades. En 1415 los portugueses tomaron á Ceuta, y algunos años después á Alcázar Segher.

Si el Gobierno de los sultanes Beni-Merines fue desastroso para Marruecos, no lo fue menos el de sus sucesores los Beni-Uatas, dinastía fundada por el Xiej Abu Abdalah el-Uatasi, y que sólo dió cuatro reyes al trono. En su tiempo ocuparon los españoles á Melilla (1497), y el Conde Pedro Navarro conquistó el Peñón de la Gomera, una de las mayores guaridas de piratas del Mediterráneo, y paseó sus armas triunfadoras por parte de la costa marroquí, mientras que los portugueses se hacían fuertes en las plazas de Tánger y Arcila. Mientras tanto, en las comarcas del Daráa vivía un sabio religioso, muy dado á la lectura del Alkoran y muy versado en la magia y ciencias naturales, que se decía descendiente de Mahoma por Abu-Taleb y Alí, el esposo de Fátima. Llamábase Mohammed el-Kaim, y comprendiendo que dado el estado de decadencia del Magreb le sería muy fácil apoderarse del trono, decidió poner en juego todos los resortes que su ilustración nada común y la oportuna explotación del fanatismo po-

dían proporcionarle. Al efecto, aleccionó convenientemente á sus hijos, que llegaron á ocupar altísimos puestos en la corte, llegando á ser uno de ellos ayo y preceptor de los Príncipes, hijos del penúltimo Sultán Beni Uata, adquiriendo tal influencia sobre éste, que consiguieron convencerle que les encargara la proclamación de la guerra santa contra los cristianos, que ocupaban algunas ciudades del reino. Pero la guerra religiosa fue sólo un pretexto que les sirvió para adquirir gloria y prestigio: así que en la primera ocasión conveniente se hicieron fuertes en Tarudant, y conquistaron á Marrakesh, gobernada á la sazón por Nazer Abu Xatnuf, con cierta independencia de los Emires de Fez, á quienes pagaban tan sólo un pequeño tributo.

Las predicaciones de los Sherifes Hassanies levantaron los ánimos del pueblo, que emprendió la guerra contra los cristianos, bloqueando el Peñón de Vélez, que su Gobernador D. Juan de Villalobos dejó sorprender desgraciadamente en 1522, y dos años después, los mismos hijos del Marabut Mohammed el Kaim, ya dueños de Marrakesh, sitiaron el fortín que España tenía en el puerto de Guáder ó Agadir, que también llamaban Santa Cruz de Mar Pequeña, que era gobernado por D. Bernardino de Anaya. Defendiéronse los españoles con inusitado valor, pero viendo que no recibían los socorros que pidieron á las Canarias, se rindieron, y los Sherifes arrasaron la fortaleza. Carlos V, al saberlo, ordenó que se reedificara, pero jamás se cumplió semejante mandato.

Con tan señalados triunfos, los Sherifes Hassanies aumentaron considerablemente sus partidarios, y ya bastante fuertes, se proclamaron, Ahmed-el-Aárech, Rey de Marruecos, y su hermano Mohammed ex-Xiej, Rey del Sus y del Daráa, negándose á reconocer la autoridad del Sultán Beni Uata, Abulabas, quien acudió á combatirlos, pero fue vencido miserablemente en las márgenes del río *Guadelábid*. En este sangriento combate tomó parte activa el desgraciado Boabdil, último Rey de Granada, y de este modo los Sherifes Hassanies se afir-

maron definitivamente en el trono del Magreb. Naturalmente, en gentes tan ambiciosas, no tardó en envidiar un hermano á otro los territorios que poseía, y tras una lucha cruel y larga, Mohammed ex Xiej entró en la ciudad de Marrakesh, y quedó como dueño y señor absoluto de todo el Imperio.

En las Cortes de Monzón prometió Felipe II destinar una escuadra para que defendiese las costas del Mediterráneo contra los piratas marroquíes, y cumplimentando su oferta, envió á D. García de Toledo, Virrey de Cataluña, quien recobró en 1564 la plaza del Peñón, quedando encargado de su defensa D. Alvaro de Bazán. A pesar de este y de otros reveses, los Sherifes Hassanies supieron aumentar su prestigio, que se acreció muchísimo después de la batalla de Alcazarquivir, tan desgraciada para las armas cristianas, y en la que perecieron no sólo el desgraciado Rey D. Sebastián y la flor de la nobleza portuguesa, sino el Sultán Abdelmalic el Moluc, y el pretendiente Abu Abdalah Mohammed (1). A raiz de la victoria, los árabes proclamaron por Emir á Abulâbbas Ahmed el Manzur, hermano del difunto Abdelmalic, cuyo primer acto político fue celebrar paces y amistad con Felipe II, dedicándose á extender sus dominios por la parte del Sahara, llegando hasta Timbuctu y las primeras poblaciones de Guinea, y haciendo sus tributarios á casi todos los reyezuelos del África central. El reinado de este Sultán fue sumamente notable, adquiriendo el país bajo su acertado gobierno un grado de florecimiento y bienestar, como hacía mucho tiempo que no se conocía. Precisamente en su palacio de Marrakesh recibió al Embajador de Felipe II, D. Pedro Venegas de Córdoba, que llevaba la misión de obtener la libertad de los cautivos de la batalla de Alcazarquivir, y de recoger los restos del malogra-

(1) Para más detalles, véase la descripción de la batalla de Alkazarquivir ó de los tres Reyes, que hace el Sr. D. José María de Murga, en su interesante libro, *Recuerdos marroquíes*. Bilbao, 1868.

do D. Sebastián, que el monarca español hizo depositar en el Monasterio de Belem, cerca de las tumbas de sus abuelos. Otro de los asuntos encomendados al Embajador, era tratar el cambio de Mazagán por Larache, plaza importantísima, cuyo puerto, á juicio del gran monarca español, *valía él solo toda el Africa*; pero el astuto Abulabbas ed-Dahabi, supo hábilmente prolongar durante cinco ó seis años las negociaciones entabladas con D. Pedro Venegas y Diego Marín, representantes del ilustre hijo de Carlos V, y sin alterar la amistad con España, siempre accedía á lo propuesto, sin comprometerse formalmente, ni dar motivo para romper las relaciones cordiales que mantenía con el Rey Católico.

Abulâbbas murió sin realizar los deseos de Felipe II, pero estaba escrito que Larache había de ser español. Uno de sus sucesores, el Sherif Muley ex-Xiej, hubo de pedir socorro á Felipe III, ofreciéndole en cambio la deseada ciudad, que entregó religiosamente en 1610 á D. Juan de Mendoza. Su hermano y heredero Muley Zidan, pretendió, aunque en vano, recuperarla, y excitado por los moriscos expulsados de España, llegó á concebir la atrevida idea de declarar la guerra al Rey católico, proyecto que no llegó á realizar, si bien obligó á España á mantener una activa vigilancia en las costas y mares de Marruecos. En todo este reinado las armas españolas triunfaron repetidas veces de las mahometanas. En 1614 D. Luis Fajardo realizaba aquella famosa expedición que dió por resultado la conquista de Mehdia ó Maâmóra; cinco años después D. Antonio de la Cueva defendía valientemente á Larache y bombardeaba á Arcila, tanto, que llegamos á poseer en el litoral africano las plazas de Orán, Mazalquivir, Melilla, Alhucemas, el Peñón, Ceuta, Tánger, Larache, Mehdia y Mazagán, que formaban una línea defensiva de las costas, y que necesariamente impedían las espediciones piráticas, que si no terminaron para siempre después de los terribles golpes que España les diera en tiempos de Felipe III y Felipe IV, fue por culpa de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda, que ya

oculta, ya manifiestamente favorecieron en cuanto podían á los mahometanos.

Los misioneros franciscanos españoles se habían establecido por todo el Imperio y podían practicar libremente la religión cristiana, hasta en la misma ciudad de Marrakesh. Muchos sultanes les prestaron su ayuda y habían logrado levantar numerosas iglesias y monasterios. Pero el Emir Abu Yacid el-Ualid, fanático y sanguinario, martirizó por su propia mano en la capital de sus estados al Venerable Fray Juan de Prado, haciéndole sufrir, lo mismo que á dos de sus compañeros, horribles tormentos. Una dramática conspiración motivada por sus crueldades y excesos le privó del trono, que fue ocupado por su sobrino Abu Abdalah Mohammed, que dió libertad á los prisioneros franciscanos que habían sobrevivido á la persecución, cediéndoles además á perpetuidad la antigua iglesia que poseían en la *Sagena* ó cárcel de los cautivos. Este Sultán recibió en Marrakesh una Embajada que le enviaba el Duque de Medina Sidonia, á quien, como Capitán general de Andalucía, le convenía sostener buenas relaciones con los dueños del Magreb. El franciscano Fray Nicolás de Velasco fue el enviado del prócer español, y saliendo de Cádiz, llegó á Mazagán, prosiguiendo hasta Marrakesh, donde fue recibido con la solemnidad acostumbrada en las cortes orientales. Tres años después, en 1640, Muley Abdallah le devolvía la visita por medio de otro fraile, Fray Matías de San Francisco, compañero del mártir Juan de Prado, á quien encargaba solicitase el apoyo de España, pues temía con sobrada razón que los Sherifes Filalis, que habían levantado bandera en el Sud del imperio, erigiéndose en Señores de Tafilete y venciendo al ejército del Sultán, pretendieran desposeerle del trono. Con este motivo, entabláronse relaciones muy cordiales entre ambos reinos. El Duque de Medina Sidonia, después de oir á Fray Matías, le aconsejó que volviese á Marruecos, dándole por compañero á D. Juan de Montellano, y encargándole que llevase al Emperador una carta, en la que le encarecía la conveniencia de que enviase

una Embajada al monarca español. Interesado el Sultán en seguir las negociaciones, determinó enviar á Madrid al mismo Fray Matías, con objeto de que acompañase á su pariente Hamed en-Nabili, que llevaba su representación. Apenas desembarcó en Sanlúcar, el Embajador marroquí, sobresaltado y creyéndose prisionero, se negó á proseguir el viaje, empeñándose en regresar á Marruecos, por lo que Fray Matías fue quien llegó hasta Felipe IV, desempeñando su comisión, y muriendo en Córdoba en 1644 cuando disponía su viaje de regreso. A pesar de las críticas circunstancias por que atravesaba España, nuestro soberano no descuidó del todo los asuntos de Marruecos, y dispuso enviar una nueva Embajada, compuesta de Fray Francisco de la Concepción, misionero franciscano, á quien Inocencio X nombró Prefecto apostólico de Marruecos, y á D. Miguel Escudero, para que visitasen á Muley Abdallah. La nueva espedición embarcó en Cádiz en Junio de 1646, llegando pocos días después á Ayer, en la desembocadura del Tensif, y entrando en Marrakesh el 16 de Julio siguiente, donde los embajadores fueron alojados en el propio palacio del Sultán (1).

España desplegó en esta ocasión el mayor lujo y esplendor, pues cuando salió la Embajada de la audiencia solemne encontró multitud de moros que pedían limosna, por lo que el Sr. Escudero ordenó que se les arrojasen 1.600 monedas de plata, acción que dió lugar á que en todo Marruecos se dijese que los enviados de Felipe IV habían sembrado con dineros el palacio imperial. Obtuvieron del Sultán que todos los españoles pudieran ir libremente á la capital y tratar toda clase de asuntos comerciales en sus Estados, pagando únicamente el diezmo al fisco, siendo respetados sus personas y bienes, y amenazando con graves penas á cualquiera que los molestase. La in-

(1) Véase: *Epitome del viaje que hizo á Marruecos el P. Fray Francisco de la Concepción, Consultor del Santo Oficio, Padre y definidor de la Santa Provincia de San Diego del Andalucía,* por Fray Ginés de Ocaña. — Sevilla, Simón Faxardo, 1646.

fluencia que los religiosos tuvieron durante los primeros años del reinado de Muley Abdallah comenzó á disminuir visiblemente, acabando por que fueran expulsados del Imperio, si bien en 1654 se les permitió de nuevo la entrada.

Hacia el año 1266 se había establecido en Sichilmesa, capital de los territorios de Tafilete, un sabio musulmán llamado Muley Hassan-ben-Kassen, que oriundo de la Arabia, se decía descendiente de Hassan-es-Sebt, hijo de Alí y de Fatima, y, por consiguiente, de la sangre del profeta. Llevaba Muley Hassan una vida retirada dedicada al estudio y á la oración, por lo que era tenido en gran consideración y respeto hasta por los mismos Merinidas que habitaban en Sichilmesa. Sus hijos, primero, y después sus nietos, supieron explotar hábilmente la fama de santidad que dejara, y aprovechando el fanatismo de los árabes, se proclamaron señores independientes de Tafilete, y poco á poco fueron extendiendo sus conquistas, llegando á apoderarse de Fez, y más adelante de casi todo el Magreb. Muley Alí Sherif, que murió en 1632, fue el verdadero fundador de esta nueva dinastía de los Sherifes Filalis, que aun hoy día reina en Marruecos, y su nieto Muley Erraxid llegó á reunir bajo su dominio todos los territorios que se encuentran entre el cabo Nun y el río Muluya, pues hasta la misma ciudad de Marrakesh, último baluarte de los Sherifes Hassanies, se le entregó en 1668.

Los Sherifes Filalis tuvieron por capital á Fez, y Muley Ismael, uno de los sucesores de Muley Erraxid, después de someter la ciudad de Marrakesh, sublevada contra su gobierno, hizo demoler sus mejores fortalezas, reduciéndola á ciudad particular, á cuyo frente puso un simple Gobernador. También transportó todos los cautivos cristianos que en ella había á Fez y á Mequinez. Durante este reinado, España conquistó la plaza de Alhucemas (1673), que desde entonces no ha vuelto á salir de nuestro dominio; pero en cambio perdió la Maâmora y el puerto de Larache, y hubo de sostener la plaza de Ceuta, sitiada durante veintiséis años, derrotando repetidas veces las

armas de Muley Ismael. Este Sultán, célebre por su extremada crueldad, fue el que instituyó la famosa *guardia negra,* formada de negros del Sudán, á los que concedió grandes privilegios, encomendándoles la guarda y defensa de su persona. Dicho cuerpo había de ejercer más adelante una influencia decisiva en la sucesión al trono de Marruecos. Muley Ismael, que, según dicen los historiadores musulmanes, llegó á tener 8.000 mujeres en el harem de su palacio, tuvo el atrevimiento de enviar una Embajada á Francia, encargada de pedir á Luis XIV la mano de la hija que había tenido de Mlle. de Lavallière, dejando—siempre según testimonio de los mismos cronistas—900 hijos y 342 hijas. Después de ocupar el trono durante cincuenta y cinco años, el reinado más largo que registra la historia de Marruecos, murió en Mequinez, ciudad que había hermoseado mucho y designado como capital de sus Estados (1). Aunque fue excesivamente cruel y sanguinario, se portó muy bien (cosa extraña) con los misioneros franciscanos, y recibió en 1693 á Fray Diego de los Ángeles como Embajador de Carlos II, que le llevó magníficos y valiosos regalos.

Nada notable ocurrió durante muchos años en Marrakesh, excepción hecha de las continuas sublevaciones, ya en pro ya en contra de los sultanes Filelis ó de los pretendientes al trono, que ocurrían con suma frecuencia, por lo que hubo de sufrir muchos asaltos, pues aunque ya no era la capital del Imperio, transportada á Fez y á Mequinez, según donde residía la corte, siempre se la consideraba como una de las ciudades más importantes del Magreb. Se hallaba en la mayor decadencia y medio arruinada, contribuyendo mucho á aumentar su degradación y miseria el terremoto de 1755, que tantos estragos

(1) Para más detalles sobre Muley Ismael, vide: *Misión historial de Marruecos, en que se trata de los martirios, persecuciones y trabajos que han padecido los missionarios, y frutos que han cogido las Misiones, etcétera, etc. Por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, Guardián del Real Convento de Mequinez.* En Sevilla, por Francisco Garay, impresor de libros en la calle de Vizcaynos, 1708.

hiciera en Lisboa, que destruyó muchos de sus principales edificios, si bien dejó intacta la famosa y bellísima torre de la Kotubia. Reinando en Marruecos el Sultán Sidi Mohammed, volvió á adquirir cierto grado de esplendor, pues este Sherif trasladó á ella la corte, y desde allí entabló negociaciones con el Rey de España, Carlos III, que dieron por resultado que se ajustase un tratado de paz y amistad. El ilustre monarca, conociendo los verdaderos intereses de nuestra política, encomendó al Franciscano Fr. Bartolomé Girón de la Concepción para que preparase el ánimo del Sultán, á fin de celebrar un tratado de comercio con España. Comenzaron ambos soberanos á darse pruebas de simpatía y consideración, poniendo en libertad á los prisioneros que tenían en sus respectivos reinos y ordenando á sus buques de guerra y corsarios del Mediterráneo que se respetasen mutuamente. Todo esto equivalía á una suspensión de hostilidades, y demostraba el firme propósito de mantener cordiales relaciones entre ambos países, por lo que Sidi Mohammed manifestó su deseo de establecer algún comercio con la Península. Al saber esto, el Marqués de Grimaldi dió instrucciones concretas al P. Girón, encareciéndole la conveniencia de ajustar con Marruecos una larga tregua por mar y por tierra entre ambas naciones, y conseguir la cesión de terreno bastante para que España pudiera establecer una factoría en la costa del continente africano, frente á nuestras islas Canarias, anticipándose á las pretensiones de Inglaterra, que deseaba lo mismo, con objeto de tener en jaque las antiguas islas Afortunadas.

En 1765 llegó el P. Girón á Marrakesh aparentando no llevar carácter oficial alguno, y después de haberse granjeado las voluntades de los Ministros del Sultán y de los principales funcionarios de la corte, solicitó varias audiencias del soberano, en las que le manifestó los deseos de Carlos III, ponderándole lo útil y ventajoso que sería para su Imperio la celebración de un tratado de paz y comercio con España. Convencido por las razones que adujera el hábil religioso, que no

manifestó nada respecto al establecimiento frente á Canarias, se decidió Sidi Mahommed á enviar una Embajada á España, compuesta de tres altos personajes de su corte y del mencionado P. Girón, á quienes recibió el soberano español en el Real Sitio de San Ildefonso, el día 31 de Julio de 1766. Los Embajadores marroquíes fueron muy obsequiados en España, especialmente en Madrid, donde se les señaló para que habitaran el palacio del Buen Retiro, y en las ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada, que visitaron á su regreso á Africa. En las diferentes conferencias que tuvieron con el Marqués de Grimaldi, quedaron determinados los puntos capitales que debía abrazar el tratado, y con el fin de aprobarlo y ratificarlo solemnemente nombró Carlos III por su Embajador al célebre marino D. Jorge Juan, que se reunió en Cádiz con los enviados marroquíes y el P. Girón, y seguidos de numeroso personal agregado á la expedición, se embarcaron en dicho puerto el 14 de Febrero de 1767, con rumbo á Tetuán, á donde arribaron el 20 del mismo mes, siendo recibidos con singulares muestras de alegría y satisfacción. De allí emprendió el numeroso personal de la Embajada, que llevaba 200 cautivos marroquíes, á quienes el Rey Carlos III había dado libertad, y riquísimos regalos para el Sultán, el Príncipe heredero y los altos funcionarios de la corte, el difícil y azaroso viaje á Marrakesh. En todo el trayecto fueron obsequiados en extremo por los Gobernadores y kabilas por cuyos territorios pasaban, y el 9 de Marzo hacían su entrada en la capital, designándole Sidi Mohammed, por alojamiento, la hermosa huerta de Semelalia, cercana á las murallas de la ciudad.

Desde la recepción oficial, manifestó el Sultán no sólo su agrado y satisfacción en recibir á un Embajador de su gran amigo Carlos III, sino que accedía desde luego á todo lo que se le pidiese. Celebraron varias conferencias D. Jorge Juan y Abûlabbás Ahmed Ghazal, y cediendo en algunos puntos é insistiendo en otros, llegaron á firmar, el 28 de Mayo, un tratado beneficioso para ambos países y ventajoso para España,

que vino á ser la base de la prestigiosa influencia que durante largos años ejerció nuestra patria en el Magreb. Por él obtuvimos: libre comercio entre españoles y marroquíes, aun en el interior del Imperio; derecho de establecer un Cónsul general y Vicecónsules en los puertos, para que atendiesen á los intereses de sus nacionales; privilegio de pescar en las costas del litoral, y otras concesiones no menos importantes, si bien no fue posible conseguir ni el ensanche del radio de los presidios, ni los deseados territorios para establecer una factoría frente á las Canarias, cuestiones importantísimas que han seguido ocupando á la diplomacia española hasta el presente, y que son objeto de la actual expedición.

Terminados lo más satisfactoriamente posible los asuntos de la Embajada, D. Jorge Juan salió el 17 de Junio de Marrakesh, con dirección á Mogador, que acababa de ser fundada, desde donde regresó á España, dejando instalados algunos Consulados como los de Larache, Tánger y Tetuán, y trayendo á la patria varios cautivos á quienes Sidi Mohammed diera libertad, y el encargo de enviar al Sultán varios artífices y maestros en diversas artes é industrias. Cumplióse lo que pedía el Emperador, y algunos maestros carpinteros, albañiles y demás pasaron á Marruecos, donde se ocuparon en las obras que había emprendido Sidi Mohammed para embellecer su capital, y más especialmente su propio palacio de Marrakesh.

Sidi Mohammed fue un hábil político, que pretendió engrandecer su reino abriendo sus puertas á los cristianos y protegiendo el comercio, y tratando de poner su corte al nivel de las de Europa, lo que consiguió en parte, dadas las circunstancias especiales de sus Estados y de sus súbditos. Rescató de los portugueses la plaza de Mazagán, y hasta faltando al tratado que había firmado, intentó arrebatar Ceuta á los españoles, pretextando que la paz firmada en 1767 era sólo con respecto al mar, y que sin faltar á lo convenido ni interrumpir el comercio no podía consentir establecimientos cristianos en sus costas. Al conocer tan desatinada y falaz pre-

tensión, el Gobierno español declaró la guerra á Marruecos. Las fuerzas mahometanas atacaron repetidas veces las plazas de Melilla, Ceuta y el Peñón, que fueron defendidas con energía y entereza, hasta que comprendiendo el Sultán la esterilidad de sus esfuerzos, hizo nuevas proposiciones de paz, viniéndose á firmar un nuevo tratado por el Conde de Floridablanca y el primer Ministro de Sidi Mohammed, Ben Otmann, en el que no sólo se estipulaba la paz, sino que se concedían señaladas ventajas comerciales á España con perjuicio de Inglaterra. Desde entonces el Sultán se mantuvo en buenísimas relaciones con España, favoreciéndola cuando el último sitio de Gibraltar y cediéndole el uso del puerto de Tánger con exclusión de las demás potencias, por lo que Carlos III, agradecido, decidió enviarle otra Embajada, presidida por D. Francisco de Salinas, que llegó á la ciudad de Marrakesh el 4 de Junio de 1785, seguida de 22 camellos cargados con los magníficos regalos que el Rey de España ofrecía á su amigo y aliado. Poco tiempo permaneció esta misión en la corte sherifiana, pues emprendía su viaje de regreso el 15 del mismo mes, no sin haber obtenido grandes franquicias para favorecer el comercio entre ambas naciones. Este ilustre Sultán, uno de los más notables que han reinado en el Magreb, murió en Rabat el año 1790, acabando con él el movimiento civilizador que había iniciado en sus Estados, que no tardaron en volver á sus antiguos usos y costumbres, cayendo de nuevo en el grado de barbarie en que hoy se encuentran.

Cuatro de los hijos de Sidi-Mohammed ocuparon sucesivamente el trono marroquí. Uno de ellos, Muley-Hixem, se sublevó contra su hermano primogénito, levantándose como Rey independiente de Marruecos, por lo que esta ciudad hubo de sufrir un nuevo sitio, que no pudo resistir, teniendo que rendirse al legítimo Sultán Muley-Yazid, que redujo el Magreb al estado de postración en que hoy se encuentra, destruyendo todos los adelantos que había introducido su padre y desterrando ó encerrando en las cárceles de sus ciudades á los in-

dustriales españoles que accediendo á la demanda del difunto Sultán habían pasado á Marruecos.

Desde este tiempo, la historia general del Imperio y la particular de Marrakesh son más conocidas. Muley Solimán, uno de los hijos menores de Sidi-Mohammed, consiguió reunir bajo su mando todas las provincias del Imperio y proclamarse Emir el Mumenin en 1795. Celebró un tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca con Carlos IV, que envió una Em. bajada al efecto, firmándose los protocolos en la ciudad de *Mequinez de los Olivares*, el 30 de Marzo de 1799. Este tratado, sumamente importante, que evidencia la previsión política del Gobierno español, nos concedía grandes ventajas, entre las que son de notar: el derecho otorgado á los españoles de viajar libremente por todo el Imperio, y las facilidades establecidas para el abastecimiento de las plazas de Ceuta, Melilla, el Peñón y Alhucemas, sin contar las de orden económico, como la disminución de los derechos de extracción que habían de pagar nuestros barcos en todos los puertos del litoral desde Tetuán hasta Mogador; la confirmación del privilegio exclusivo de entrar granos por el puerto de Casablanca, y el reconocimiento del derecho de los pescadores de Canarias para ejercer su industria desde Agadir ó Santa Cruz, hacia el Norte, ofreciendo rescatar por su cuenta las tripulaciones que naufragasen en el río Num, su cabo y costa, donde él no ejercía ya señorío (1). No supimos aprovechar las ventajas y facilidades obtenidas, y nuestro comercio con Marruecos se redujo á la nada, lo mismo que nuestra influencia política. En esta época D. Domingo Badia, General español, con el supuesto nombre de *Ali-Bey,* visitó el interior del Magreb y vivió en Marrakesh, habitando la famosa quinta de *Semelalia*, que sirvió de alojamiento á D. Jorge Juan. El viaje de Ali-Bey no

(1) Vide: *Diario de la embajada de la corte de España al Rey de Marruecos en el año de 1799,* por un individuo de la comitiva. Madrid, imprenta de Sancha, 1800.

produjo los resultados políticos que esperaba el Príncipe de la Paz, y sus astutos planes fracasaron en absoluto, teniendo que salir precipitadamente de Marruecos por haber excitado los legítimos recelos del Gobierno sheriffiano. Muley Solimán murió en 1821, en su ciudad de Marrakesh, donde está enterrado, sucediéndole su sobrino Muley Abdherraman, en cuyo reinado acreció la decadencia del Magreb, pues fue derrotado en Isli por los ejércitos franceses, viéndose obligado á ajustar una paz vergonzosa, reconociendo el dominio de Francia sobre toda la Argelia. En su tiempo comenzaron los ataques á España que habían de producir en el reinado de su hijo Sidi Mohammed Abdherraman la desastrosa guerra de 1859, en que tantos triunfos militares obtuvieron los soldados españoles, sin que por ello consiguiéramos ninguna ventaja política.

En el tratado de Wad-Ras, que puso término á aquella memorable guerra, quedó convenido que Marruecos entregaría á España los territorios junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, que deseábamos desde tiempo de Carlos III (1); pero á pesar de esto, hasta el presente no se ha podido obtener la ejecución de aquella cláusula ni la de otras muchas de aquel tratado de paz y del subsiguiente de comercio celebrado en 1862. Restablecidas las relaciones amistosas entre ambas naciones, en 1863 el Conde de Benomar visitó nuevamente la corte sheriffiana en la ciudad de Marrakesh, sin que aquella Embajada pudiese llegar á un acuerdo concreto sobre la debatida cuestión de Santa Cruz ó Agadir. A pesar de tantos triunfos militares y diplomáticos, á pesar de tantas Embajadas y conferencias, no logramos alcanzar ni la influencia ni el prestigio á que éramos acreedores por nuestra situación geográfica, nuestra historia y nuestras continuas relaciones, pudiendo temerse que la política de expectación seguida durante tantos años, pudiera ser causa, como decía el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo en sus notables *Apuntes para la historia de Marruecos,*

(1) Vide: Artículo 8.° del Tratado de Wad-Ras.

«de que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca quizás para no volver.»

No he de hablar del reinado de Muley Hassán, hijo y sucesor de Sidi Mohammed Abderramann, apuntando únicamente que tenía marcada preferencia por la ciudad de Marrakesh, donde habitó siempre que le fue posible, y donde recibió en 1883 una Embajada española que presidía el excelentísimo Sr. D. José Diosdado; ni de su famosa expedición al Sus, en que reconoció toda la costa de Santa Cruz de Mar Pequeña y llegó hasta el cabo Num, cosa que ninguno de sus antecesores había ejecutado desde los Sherifes Hassanies, demostrando su dominio sobre aquellos territorios; ni de la guerra de Melilla y la siguiente Embajada del Excmo. señor General Martínez Campos, en la que se trató también de la concesión de las famosas pesquerías de Santa Cruz, sin llegar á nada concreto, por ser asuntos demasiado recientes y conocidos de todo el mundo.

Añadiré solamente que al morir Muley Hassán en la expedición que emprendió en 1894, para sojuzgar las kabilas bereberes de los montes de Fazáz, y ser proclamado en Rabat su hijo Muley Abdulazis, que hoy rige los destinos del Magreb, con perjuicio del primogénito Muley Mohammed, conocido con el nombre del *Príncipe tuerto*, se sublevaron las tribus de Rejamna, poniendo cerco á la ciudad de Marrakesh. Apenas Muley Abdelazis fue consagrado *Emir-el-Mumenin* sobre la tumba de Muley Dris, en Fez, acudió á terminar la sublevación, que su gran Visir, ó más bien tutor, el famoso Ba-Hamed-ben-Musa supo reducir á la nada, dispersando á los valientes Rejamnis y sumiéndolos en la miseria. El joven Sultán entró triunfante en su capital de Marrakesh, llevando ante su caballo, encerrado en una jaula de hierro y cargado de cadenas, al jefe de la rebelión de los Rejamna. Su hermano el *Príncipe tuerto* había sido encerrado en una estrecha y rigurosa prisión desde el primer momento; de manera que, teniendo que dominar las provincias del Sus, aún sublevadas,

tuvo que permanecer en la ciudad de Marrakesh, donde actualmente recibe la visita de una Embajada italiana y de otra española.

Estudiando la interesante historia de esta ciudad, tan íntimamente ligada con la de Marruecos, se aumenta mi deseo de visitarla detenidamente, lo que me propongo hacer cuanto antes, ya que la enfermedad del gran Visir nos tiene en la imposibilidad de hacer nada, retrasando por ahora la audiencia pública en que seremos recibidos por S. M. Sheriffiana, acto que dará comienzos á los trabajos de la Embajada. ¡Quiera el cielo que, al menos en la cuestión de Santa Cruz de Mar Pequeña, sea esta expedición más afortunada que las anteriores!

RAFAEL MITJANA.

(*Continuará.*)

CRÓNICA LITERARIA

La tercera serie de los Episodios Nacionalee de D. Benito Pérez Galdós.—Ojeada general.

Con el tomo titulado *Bodas reales* termina la serie tercera de los *Episodios Nacionales,* del Sr. Pérez Galdós. Al comenzar la serie, expuse las dificultades que á mi entender ofrecía la empresa de resucitar con los nuevos *Episodios*, y mantener en el curso de ellos, el interés que habían despertado las dos series anteriores, confiando, sin embargo, en que lograría vencer tales obstáculos el autor de *Fortunata y Jacinta*. Terminada ya la colección de los diez nuevos volúmenes, puede esta serie compararse con las anteriores, y se puede también apreciar en conjunto el mérito de los nuevos *Episodios*. En ellos no se observa el menor síntoma de decadencia ni de fatiga. El interés novelesco, la hábil combinación de lo histórico y lo fingido, la expresiva pintura de los personajes y los acontecimientos del período en que coloca la acción el novelista, se conservan por lo general en la nueva serie á la misma altura que en las dos anteriores. El estilo me parece más depurado y más acabados ciertos pormenores de ejecución en descripciones, diálogos y retratos de personajes de novela. En cambio, acaso hay en los primeros *Episodios* mayor aliento épico, más nervio, más energía.

Algo influirá en esto la natural evolución que con el tiempo y la práctica literaria se opera en las facultades de los escritores. Pero también se deberá en parte ese cambio al asunto, al período histórico que describen los nuevos *Episodios*, que es indudablemente menos épico que las luchas de la independencia y la contienda entre liberales y absolutistas, durante el período esencialmente constituyente que abarca el reinado de Fernando VII. Aquí, en la tercera serie, en esos doce años que median entre 1834 y 1846, todo aparece disminuído: empequeñecidos los acontecimientos; empequeñecidos los personajes; empequeñecidos también los móviles y las pasiones del drama. Los héroes de la independencia se truecan en caudillos y partidarios de bandos civiles; los nuevos luchadores políticos no muestran ya la fuerza de pasión ni el culto apasionado á un ideal de Gobierno que los *negros* y *blancos* del reinado anterior; la fiebre se ha calmado, dura aún, pero sin aquellos pasados delirios entusiastas, y en los hechos se refleja necesariamente el cambio operado en los hombres.

Ni Luchana ni Vergara son Zaragoza ni Bailén. Las luchas entre moderados y progresistas no despiertan igual emoción que las Cortes de Cádiz ó la persecución de los liberales en 1824.

En los nuevos *Episodios* lo histórico va cediendo el paso á lo novelesco. Son como una transición entre las dos series anteriores y las novelas contemporáneas de Galdós. Y si el famoso novelista, alentado por el buen éxito de estos diez volúmenes publicados últimamente, emprende una nueva serie de *Episodios*, que bien puede alcanzar hasta la revolución de 1868 ó hasta la guerra de Africa (si pareciese que la primera fecha daba demasiada extensión al asunto); ese carácter, esa creciente semejanza entre los *Episodios* y las novelas contemporáneas, se acentuaría más aún probablemente. Aunque no sean históricas, tienen también su sabor de época las *novelas españolas contemporáneas*, y hay entre ellas cierta sucesión de tiempos y de costumbres sociales. La acción de *La de*

Bringas se desarrolla en los últimos días del reinado de doña Isabel II. Los primeros capítulos de *Angel Guerra* están inspirados, sin duda, en la sublevación de Villacampa, es decir, en un suceso de la Regencia actual. Sin seguir un orden rigurosamente cronológico (que en ellas no tendría razón de ser), las últimas novelas de Galdós nos presentan la sociedad de los días mismos en que vivimos, después de habernos llevado las anteriores á los días del período revolucionario ó á los primeros años de la Restauración. Hay que tener en cuenta que estas novelas han sido escritas (prescindiendo de las que el autor llama novelas de la primera época) en un período de tiempo de unos veinte años próximamente, y que el autor ha solido seguir muy de cerca la actualidad.

La futura serie de los *Episodios nacionales*, serie hasta ahora hipotética, pero que yo creo que escribirá al cabo el señor Galdós después de algún lapso de tiempo, dedicado á otros trabajos literarios, vendría ya á enlazarse en cuanto al tiempo con las *novelas contemporáneas*. Y como á medida que vaya acercándose más el novelista, en el curso de su narración, á los tiempos actuales, irán perdiendo personajes y sucesos ese prestigio que da la lejanía del tiempo á los acontecimientos y á los hombres, resultará que lo privado, lo fantástico, lo inventado por el escritor, lo novelesco, en suma, tendrá más importancia en las obras á que aludo que lo público, lo tomado de la Historia. Cambiará sin duda algo el aspecto de esos futuros *Episodios* hipotéticos; pero, en cambio, su interés crecerá desde otro punto de vista, y no llegarán á confundirse con las novelas de costumbres contemporáneas, sin pretensión de descripciones históricas, que publique el autor, pues bastará para diferenciarlos de estas últimas la mayor atención que en los *Episodios* habrá de consagrarse á los sucesos públicos y á las personalidades que han alcanzado notoriedad suficiente para pasar á la historia..... á la historia contemporánea se entiende, pues hacer profecías, descontando el juicio de la posteridad, es cosa en extremo aventurada.

Basta ya de hablar de esta hipótesis, tan verosímil, de la futura serie de los *Episodios*. Volvamos á lo conocido, á la serie que acaba de terminarse con la descripción de las bodas de Doña Isabel II y de la Infanta Luisa Fernanda, asunto al cual han venido á dar cierta actualidad sucesos con que de seguro no contó el novelista al trazar el plan de los diez últimos *Episodios*.

De la mayor parte de éstos he hablado con alguna extensión en estas crónicas. Es algo tarde ya para hacer un examen detenido de los últimos tomos, y tampoco encaja ahora en mi propósito, limitado á echar una ojeada general sobre toda la serie para completar los juicios emitidos sobre algunos volúmenes en particular. Sólo diré que en *Montes de Oca* merecen especial mención las escenas de la captura y fusilamiento del paladín de la Reina Cristina y la descripción de D. José del Milagro y su familia, tipos muy semejantes en cuanto á la factura, á los que Galdós ha pintado magistralmente en varias de sus novelas modernas, como *Miau, Angel Guerra,* etc.; que en *Los Ayacuchos* termina con boda—el desenlace clásico de los amores felices,—la novela amorosa de Fernando Calpena y la gentil mayorazga Demetria, final que yo creía reservado para el último volumen, figurándome que con las bodas reales vendrían á coincidir estas bodas particulares, que ya hacía presentir el curso de la fábula en los tomos anteriores. En este *Episodio* que acabo de citar tiene particular interés, desde el punto de vista psicológico, la inquietud con que Fernando y su amigo Ibero, próximos ya al momento dichoso de unirse cada cual con su mujer amada, temen que algún suceso imprevisto venga á desbaratar su felicidad, cuando ya parecen tocarla con la mano.

El novelista expresa admirablemente ese sentimiento de miedo á la dicha demasiado completa, sentimiento vago, obscuro, sin explicación lógica, en el que un pesimista podría ver acaso un como reconocimiento inconsciente de que la felicidad sin nubes está fuera del orden natural de las cosas, y en

que un aficionado á profundizar en los sedimentos de la herencia psíquica podría ver, á poco que dejase correr la imaginación, una reliquia inconsciente de creencias remotas en divinidades maléficas, celosas de la dicha del hombre, y cuya atención, y con ella su enojo, temerían atraer los felices..... la historia del anillo de Polícrates.

No me detengo, por no prolongar estas referencias, en la donosa pintura de la vida de la Reina niña Isabel y de su hermana la Infantita en los días de la tutoría de Argüelles, con que comienza este volumen titulado *Los Ayacuchos*. En el siguiente—*Bodas reales*—lo que á mi juicio sobresale es la figura típica de aquella Doña Leandra que se muere en Madrid de nostalgia por su aldea manchega. Ahora que los viajes son relativamente tan frecuentes y que los facilitan tanto los ferrocarriles, difícilmente podemos formarnos idea de la confusión y el sacrificio que representaba antes para muchas almas sencillas arrancarse del pacífico y tranquilo hogar de la aldea para lanzarse al mundo desconocido de la capital, considerada como lugar peligroso para las almas, para los bolsillos y hasta para la salud de los cuerpos.

Dicho esto brevemente de los tres últimos *Episodios*, veamos ahora los rasgos más salientes que ofrece la serie entera en lo histórico y en lo novelesco.

En estos libros de carácter mixto, cuyo asunto está tomado en parte de los sucesos públicos que registra la Historia, y en parte del mundo de la fantasía donde forjan sus fábulas, con datos más ó menos reales, todas las novelas, se ofrecen al lector dos clases de acontecimientos y dos clases de personajes: acontecimientos históricos y acontecimientos particulares de invención del novelista; personajes que vivieron realmente y desempeñaron en su tiempo algún papel de importancia, merced al cual es conservada su memoria, y personajes fingidos, los cuales tienen también ó deben tener su parte de realidad, si no de realidad concreta como individuos que efectivamente hayan existido, de realidad genérica, como indivi-

duos posibles, como imagen de lo que debieron ó pudieron ser en cierta época determinada algunos individuos.

Por lo que toca á la descripción de los acontecimientos públicos, de los sucesos históricos, creo que no iguala la tercera serie de los *Episodios* á las dos anteriores. Ya he indicado antes que intrínsecamente el asunto es inferior, pero no depende sólo de esta inferioridad el que en algunos *Episodios* de los últimos sea menos viva y animada la presentación de las escenas históricas. Más bien consiste en el procedimiento, en que el autor se limita á veces á dar referencias de los sucesos ó á relatarlos, en vez de reconstruirlos directamente haciendo que asistan á ellos los personajes de la novela, como sucede en las dos primeras series, en las cuales no hay batalla, sitio famoso, conspiración ó persecución política en que no tenga su puesto, ó en que deje de asistir como actor ó testigo el protagonista ó alguno de los principales personajes novelescos.

En los *Episodios* de la tercera serie, hay, no obstante, excepciones en lo relativo á esa inferioridad que creo advertir en ellos. Las escenas de la campaña del Maestrazgo, en el tomo que lleva este título, las del sitio de Bilbao, las negociaciones preliminares del Convenio de Vergara y la sublevación de los sargentos de la Granja, en nada desmerecen de las más brillantes y dramáticas páginas de los primeros *Episodios*.

Si de los acontecimientos históricos pasamos á la acción novelesca, se observará que en la última serie hay menos unidad de acción que en las anteriores. Diríase que el autor ha ido tanteando sucesivamente varias intrigas novelescas. En realidad, hay tres acciones distintas en la serie: la primera, la del cura Fago y Saloma, novela apenas esbozada que termina en el primer volumen; la segunda, la de Fernando Calpena, que es la acción principal, la cual tiene dos fases sucesivas: una en que el interés está concentrado en la misteriosa protectora del protagonista y en los amores románticos de éste con Aura; y otra, en que la nueva y más seria pasión de Calpena por la Mayorazga de La Guardia, marca nuevo rum-

bo á la novela; la tercera es la de la familia Carrasco, acción novelesca que se desenvuelve en el último volumen, y que es independiente de las aventuras de Calpena. De estas tres novelas ó acciones novelescas diferentes de la tercera serie de los *Episodios*, la principal, la de Calpena, que ocupa ocho volúmenes (del 2.° al 9.° inclusives), es la que más se asemeja en su disposición y en su corte á las de las dos precedentes series (en particular á la de la segunda). La última novela, ó sea la de la familia del manchego D. Bruno Carrasco, es del mismo estilo que las novelas contemporáneas de Galdós. En cuanto á la acción del primer volumen de la serie, es un mero episodio dentro de los *Episodios*; un argumento, por decirlo así, abortado ó desechado, del cual no vuelve á hablarse para nada en los siguientes tomos de la colección.

Entre los personajes históricos que mejor retrata Galdós, figura en primera línea Cabrera. Vienen luego Espartero y Maroto, Mendizábal y Zumalacárregui. A otros no los retrata el novelista, pero enuncia acerca de ellos juicios muy certeros y conformes con la realidad. Sirva de ejemplo lo que dice de D. Joaquín María López y su sonora elocuencia. También al hablar de personajes de menor relieve, logra caracterizarlos con acierto, pero esto no obstante, acaso no hay en toda esta serie un retrato de tanta vida, de tanta verdad literaria (aparte de la histórica), *que esté hablando*, en suma, como el de Fernando VII, que se ve en la segunda serie de los *Episodios*.

En cambio, la colección de tipos novelescos que ha creado Galdós en los diez últimos *Episodios*, es de lo mejor que ha salido de su pluma y aventaja considerablemente á los personajes de la misma especie que intervienen en los sucesos y aventuras de las dos precedentes series, Calpena, el capellán Hillo, Pilar de Loaysa, el noble D. Beltrán, los tacaños, Zoilo Arratia, las niñas de La Guardia, la *Perita en dulce*, Doña Leandra y D. Bruno Carrasco, son figuras en las cuales la fantasía y las dotes de observación de Galdós se muestran á la

mayor altura. Estos personajes son de la familia de los que vemos en las *Novelas españolas contemporáneas;* son sus inmediatos antecesores.

Resulta, pues, que si en lo histórico valen menos acaso los últimos *Episodios,* en lo novelesco valen más. Merece continuarse la obra, que si bien ofrecerá al llegar á tiempos cercanos á nosotros la dificultad de tener que juzgar á personajes vivos ó á personas cuyo recuerdo está aún fresco y reciente, y si por otra parte irá resultando cada vez más distante del ambiente heroico de los primeros *Episodios*, más prosaica en cuanto al asunto, más conocida, tendrá en cambio una ventaja inapreciable en escritos literarios de este género: la de que el novelista, á medida que se acerque al presente, tendrá que valerse menos de fuentes escritas y relativamente lejanas, y tendrá á su disposición más datos directos, ya de fuente oral de testigos presenciales, ya de su propia experiencia y de sus propios recuerdos, sobre personas y cosas, fuente superior á todas las demás en las obras literarias. Un observador como Galdós, ¡qué historia pintoresca podría hacer de los últimos años del reinado de Doña Isabel II, del período revolucionario, de la Restauración! Quizás no conviniese ya á estos trabajos el título de *Episodios nacionales*, si no se quería presentarlos abrumados por la pesadumbre de un antecedente de treinta tomos; pero hay ahí un plan de novelas que en vez de limitarse á pintar pasiones y tipos individuales, pinten la vida social de España en la última mitad de este siglo.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.— LITERATURA: Los *Caballeros teutónicos*, de Sienkiewicz.— La crítica y los críticos. = FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA: ¿Solecismo chileno? = CRÍTICA: Siluetas parisienses: Juan Jullien. — Pedro Veber.= BIOGRAFÍA: José Chamberlain. = PEDAGOGÍA: Luis Vives, pedagogo. PSICO-FÍSICA: Las vibraciones de la vitalidad humana. — El tedio en las diversas edadades de la vida.= BIOLOGÍA: La vejez como efecto de las luchas celulares en los organismos animales.=IMPRESIONES Y NOTAS: El buen Robespierre.—El Vaticano y el Quirinal. — El éxito de Kipling.—Arboles tan útiles como curiosos.— Costumbres electorales norteamericanas.—Cómo debe ser un Ministro de Hacienda.

LITERATURA

LOS «CABALLEROS TEUTÓNICOS», DE SIENKIEWICZ.—Después del éxito colosal del *¿Quo vadis?* — dice Domingo Ciampoli en la excelente *Rassegna internazionale della letteratura e del arte contemporanea*, de Florencia — ha vuelto Sienkiewicz á la novela histórica con *Los Cruzados*, ó mejor *Los Crucíferos*, y mejor aún *Los Caballeros teutónicos;* este renacimiento de la novela histórica, es consecuencia natural de la literatura documentada: la erudición suministra los documentos y el arte los vivifica.

Los Caballeros teutónicos son la reconstrucción de un hermoso período caballeresco de la historia de Polonia; no se trata en esta obra de los Cruzados, sino de la orden militar y hospitalaria de los Crucíferos, llamada antiguamente de «Nuestra Señora de Monte Sión», instituída en 1119 á beneficio de

la nación alemana. Estos Caballeros, según sus estatutos, debían probar ser nobles, prometer defender á la Iglesia y la Tierra Santa, y ejercer la hospitalidad con los peregrinos de su nación. Aprobada por Enrique VI, y confirmada por una bula de Celestino III, la Orden seguía la regla de San Agustín, y sus Caballeros vestían hábito blanco con cruz negra; los primeros Caballeros fueron 24, que podían celebrar la misa con coraza y espada; los laicos se dejaban toda la barba, y debían dormir en sacos de paja. Posesionados más tarde, en número de 20.000, de la provincia de Prusia, que les dieron el Emperador Federico y el Duque Conrado de Mazovia, se extendieron después por Rusia, Livonia y Curlandia, fundando iglesias y ciudades, teniendo su casa principal en Marpurg del alto Rhin, y luego en Mariemburgo, en Prusia. Expulsados en 1520 de Prusia, se refugiaron en Franconia y se dividieron en varias provincias con Comendadores particulares sujetos al Gran Maestre de Mariendal. La sangrienta lucha entre las fuerzas de uno de los más potentes Estados de Europa, y esta Sociedad eclesiástica, cuya cooperación contra los prusianos tan nociva fue á Polonia, terminó como todos saben, y la novela de Sienkiewicz revela la obra nefasta de esta Orden de Caballería.

He aquí la trama de *Los Caballeros teutónicos:* El noble caballero Matźko, con su sobrino Zbishko, estaba en la posada del «Búfalo salvaje», en Tenetz, contando sus aventuras en las guerras lituanias con Vitoldo, cuando la Princesa Ana Danuta entra sonriente en la habitación, acompañada de lucido séquito, y después de dar órdenes al posadero, y de preguntar á Matzko por su hermano Vitoldo, ruega á la encantadora joven Danusia que les cante una romanza. Danusia era hija de Jurando de Spichof, y habiendo perdido á su madre, muerta de espanto por la irrupción de los teutónicos en sus tierras, había sido adoptada por hija por la Princesa, mientras su padre juraba odio mortal á la Orden de los Crucíferos. Danusia cantó con tal dulzura, que Zbishko se sintió profun-

damente conmovido, y como al estar cantando Danusia se tambaleó en el banco en que se había subido, Zbishko la recogió en sus brazos, exclamando entonces la Princesa: «¡He ahí el caballero de Danusia!» Zbishko, en efecto, se arrodilló ante la hermosa joven, la eligió por señora de su corazón, y juró serle fiel toda su vida, y arrancar, para vengar á su madre, las plumas del yelmo á tres Caballeros teutónicos.

Al día siguiente, cuando la comitiva se dirigía á Cracovia para asistir á las fiestas del nacimiento del Príncipe heredero, aparece á lo lejos en un alto la silueta de un caballero, y Zbishko corre hacia él, creyendo que es un teutónico que Dios le envía para cumplir su promesa; al verle desarmado, le abandona y se dirige á otro de reluciente armadura y emplumado yelmo; pero el vigoroso Povala de Tacef le rompe la lanza y le advierte que ha incurrido en pena capital por haber asaltado á Lichtenstein, enviado del Rey; le deja sin embargo en libertad, mediante la palabra de presentarse en juicio. Denunciada la falta cometida, la indignación fue grande, y Zbishko fue condenado á muerte, sin que lograran el perdón todas las gestiones de la Princesa, de Povala y de su tío Matzko, ni los diez y ocho años del desgraciado joven. Preparado el patíbulo y dispuesta la ejecución, Povala, del brazo con Danusia, gritó: «¡Esperad!» Y la hermosa joven, vestida de blanco, cubre con su cándido velo la cabeza del condenado, exclamando: «¡Es mío, es mío!» — «¡Es suyo, es suyo!» grita la multitud. y Zbishko se libra así de la muerte, y promete casarse con la gentil Danusia ante el mismo magistrado que había pronunciado su sentencia.

No contaban los novios, sin embargo, con un obstáculo, la negativa del gigantesco Yugando, padre de Danusia, que: sin decir la causa, se opone al matrimonio. Disgustados, pero no desesperados, los novios se separan, yendo Danusia con la Princesa á Tzechanof, y regresando Zbishko con su tío, herido por los crucíferos cuando fue á pedir gracia para su sobrino al Maestre de la Orden. En el camino encontraron á un an-

tiguo amigo, Zich, y poco después á su hermosa hija Yaguenka, que venía persiguiendo un búfalo, al que mató Zbishko; aquel encuentro fue seguido de otros muchos, y Zbishko contó á Yaguenka todo lo sucedido; Yaguenka respetó el juramento del joven, pero le amaba como le amaban su padre y el abate Yasko, y rechazó las pretensiones de Bgiosof y Chtan, á quien Zbishko tuvo que romper las costillas, partiendo después para Mazovia á ver á su novia y á buscar á los teutónicos para arrancarles las plumas prometidas del yelmo.

La buena Yaguenka hizo que le acompañara el escudero Glava, hombre fuerte y fiel, á quien al pronto Zbishko acogió con desagrado, pero con quien no tardó en trabar amistosa conversación. Llegado al punto en que se hallaba Danusia, tuvo la satisfacción de saber que le había permanecido fiel; salvado por Glava de la acometida de un búfalo en una cacería, quedó, sin embargo, con una costilla rota, que le obligó á quedarse en cama durante su curación; en tanto, el caballero teutónico Fursi lleva la noticia de haber sido acometido por Yurando, que había matado á uno de sus compañeros, hecho prisionero á otro y puéstole en fuga á él; habiéndose negado el Príncipe Yanush á ordenar la libertad del prisionero y á castigar á Yurando, como exigían los teutónicos, éstos traman el rapto de Danusia para obligar á su padre á someterse, y al efecto, falsificando cartas y sellos, se presentan á la Princesa Ana, y le dan cuenta de que, habiéndose quemado el castillo de Spichof, Yurando había recibido en el rostro un tizón que amenazaba dejarle ciego, y deseaba ver por última vez á su hija Danusia; la Princesa accede á la súplica, pero antes de enviar á Danusia, separándola de su prometido Zbishko, enfermo todavía, hace desposar á los dos jóvenes, salvo la obtención del concurso paterno.

Restablecido Zbishko, parte con Glava y su séquito para Tzeghanof enmedio de torbellinos de nieve, y, al llegar se presenta un hombre anunciando que una tormenta de nieve había sepultado en el camino á Yurando y á su comitiva;

Zbishko acude al punto, logra salvar á Yurando, y entonces saben uno y otro que han sido víctimas de un engaño, y que Danusia ha sido robada por los teutónicos para rescatar al prisionero Bregof. Llegados á Spichof, se presentan una monja y un peregrino, y, en nombre del señor de Chitna, exigen la libertad de Bregof y de sus siervos, y la presentación de Yurando á los hermanos de la Orden, si quiere recobrar á su hija. Yurando da libertad á los prisioneros, se confiesa, hace testamento, reconoce como hijo y heredero á Zbishko, le ruega que no se inquiete por Danusia y parte secretamente para Chitna, sin más confianza que en Dios. Al divisar el castillo tocó el cuerno y dió su nombre, y tuvo que estar esperando horas y horas enmedio del viento, de la nieve y del hambre, sufriendo los insultos de la soldadesca que coronaba las almenas; ya desesperaba al llegar la noche, cuando, al fin, aparecieron seis guerreros, que, en nombre del Comendador provincial, le hicieron bajar del caballo, entregar las armas y esperar, vestido con un saco y con la cuerda al cuello, á que se abrieran las puertas del castillo; Yurando pide á Dios resignación y se somete á todo, entrando, al rayar el alba, en Chitna.

Conducido ante el Comendador Danfeld, Yurando aguantó con paciencia los insultos de nobles y bufones; pero cuando Danlfed mandó traer más tarde á su hija, y se encontró con que no era Danusia, su cólera reventó en terrible crisis, matando de un puñetazo á Danfeld y dejando tendidos nueve cadáveres en la estancia con una espada que cogió de una panoplia; estos tremendos esfuerzos fueron, sin embargo, inútiles, y, acosado como una fiera, tuvo que entregarse. El nuevo Comendador, Sigfrido, para disculpar su felonía, despachó un emisario al gran Maestre de la Orden y otro al Príncipe Yanush, culpando á Yurando de todo lo ocurrido; Roger, el enviado á Yanush, acusó á Yurando ante la corte, reclamando en compensación el castillo de Spichof; Zbishko recogió el guante y lo mató en duelo, como Glava mató á su escudero, y el Comen-

dador Sigfrido, en venganza, quemó los ojos á Yurando y le cortó la mano y la lengua; pero cuando iba á saciar en Danusia su furor, el mismo verdugo, que había jurado defender á las mujeres, le salió al encuentro en la torre y lo mató de un puñetazo.

En tanto, Zbishko había marchado á Spichof y enviado á Glava á su tío Matzko para contarle todo lo ocurrido, y á Zanderus á recorrer todos los castillos en busca de Danusia; Matzko y Yaguenka, cuyo padre había muerto, se conmovieron al saber lo acontecido, y poniéndose en camino, se encontraron, tras varias peripecias, con el gigantesco Yurando, ciego, manco y mudo, irreconocible, y lo condujeron á su castillo; con él se quedó Yaguenka, y Matzko marchó á Chitna, donde supo todo lo sucedido. Alistado después en las filas de Vitoldo, donde ya estaba Zbishko, y cuando se disponían á sitiar una fortaleza, tropezaron con una compañía de un centenar de teutónicos; la lucha fue terrible, y gran parte de los teutónicos quedaron muertos, y otros prisioneros; entre éstos se hallaba Zanderus, que dijo que Danusia y Sigfrido estaban entre los fugitivos; inmediatamente dieron una batida por el contorno, y, al fin, en una cabaña encontraron al Comendador con algunos de los suyos, y le hicieron, tras breve lucha, prisionero; á los gritos de Zbishko llamando á Danusia, apareció ésta temblorosa sin acertar á decir, al desasirse de los brazos de Zbishko, más palabras que «¡Tengo miedo, tengo miedo!» La monja que la acompañaba escapó.

Ni súplicas ni caricias consiguieron calmar á Danusia, que deliraba; Glava partió con el prisionero Sigfrido para Spichof, y allí el desgraciado Yurando, en lugar de castigar la crueldad de Sigfrido como merecía, le puso en libertad y le hizo acompañar hasta los límites de sus posesiones por un siervo; Sigfrido, acometido por los remordimientos, se ahorcó de un árbol. Entre tanto, Zbishko, Matzko y Danusia, que se habían quedado en la cabaña, se vieron cercados por una tropa de teutónicos, avisada por la monja, y tuvieron que rendirse; Matzko

quedó en rehenes por el rescate, y Zbishko partió para Spichof con la desgraciada Danusia, que espiró en el camino.

Calmado el dolor que le produjo tan sensible pérdida, Zbishko, después de múltiples incidentes, y muerto su padre como un santo en brazos de la tierna Yaguenka, y rescatado su tío, regresó al fin de la guerra de Vitoldo con dos costillas rotas, pero con rico botín y cargado de penachos de yelmos teutónicos, que esparció sobre la tumba de Danusia. Recobrada la salud merced á los cuidados de Yaguenka, el amor renació en su pecho, y su tío Matzko, al ver tan unidos á los dos jóvenes, exclamó, dirigiéndose á un girasol: «Tú tienes muchos pétalos; pero mis sobrinos serán todavía más numerosos.»

Esta novela le parece á Ciampolo preferible á *Hierro y fuego, Pan Volodiyovski* y *Diluvio*. Hay escenas hermosísimas: la peregrinación del ciego Yurando, abandonado en el campo, recuerda al rey Lear, como la feroz angustia del viejo Sigfrido ante el cadáver de su hijo Roger recuerda á Guerrazzi y á Cantú; la suave Danusia y el valiente Zbishko traen á la memoria á Bice y á Ottorino, y todo el libro se hace tan simpático como *Ivanhoe* ó *Los novios*. Lo sensible es que, con todas sus bellezas, los malos traductores lo destrocen, como han hecho con *¿Quo vadis?* Cierto es que la armazón del trabajo es robusta y puede resistir las acometidas de los atrevidos; pero ya es tiempo de que cesen las profanaciones.

*
* *

La crítica y los críticos.—Con razón la Crusca—dice Augusto Novelli—llama ciencia á la crítica; pero desgraciadamente es una ciencia que no necesita títulos ni diplomas para ser ejercida, y todos invaden su campo metiéndose á críticos. Tomad el hombre más desconocido y procurad que logre hacer estampar una columna de tonterías contra la obra más en boga; esta publicación le dará más nombradía que diez años de trabajo serio; el público cree, como en el Evangelio, en los

juicios dados por la prensa á la estampa, y así se forman y se deshacen las reputaciones.

Hemos perdido el sentido justo, no sólo de las cosas sino de las palabras; y así como un magistrado es para nosotros «el que condena», un crítico es «el que dice mal de una obra.» La demostración de esta especie de aforismo la da el número extraordinario de los críticos. ¿Por qué son tantos? Porque decir mal de algo es la cosa más fácil de este mundo. Cuando por la mañana el llamado crítico se levanta, no piensa en pescar el hecho artístico que le permita hacer un elogio. ¡Dios le libre de ello! Sería un disparate, y arriesgaría, obrando así, su fama de juicioso y agudo. Lo que le preocupa es tropezar con algo digno de ser censurado, y sólo cuando lo pesca le veréis ir á la mesa, seguro de comer con apetito.

¡Qué diferencia de esto que ocurre en Italia—crea Novelli que en España sucede exactamente lo mismo, y que todo lo que dice de su país es perfectamente aplicable al nuestro—á lo que pasa en el extranjero! Mientras nosotros estamos invadidos por la manía de la demolición, fuera se ve como una cadena para sostenerlo todo, para alentar y ayudar á todos. ¿Tenéis que decir cosas desagradables de algún artista? Cincuenta periódicos os ofrecerán sus columnas; pero si se os ocurre decir alguna cosa buena, no hay modo de lograrlo: el administrador del rotativo encontrará mil objeciones, y acabará por decir: «¡Qué quiere usted! Su artículo tiene aire de reclamo, y nosotros somos formales; tenemos un contrato; entiéndase usted con los señores Haasenstein y Vogler.....»

El crítico, aunque sea tan inexperto como un principiante automobilista, «no mata á nadie» como suele decirse. ¡Y mueren tantas hermosas inteligencias, destruídas por la opinión del primer imbécil que tiene ese antojo! Si los herederos corriesen al juzgado, el buen juez les preguntaría:—«¿Era acaso el difunto un tripero ó un fabricante de tapones?»—«No, era un artista.» Y el hombre togado, mostrando el libro de la ley, haría ver que cualquiera puede hablar mal hasta de la *Divina*

Comedia. Con un país tan antipatriótico como el nuestro, lleno de sentimientos regionalistas, no es extraño lo que sucede al ver el arma terrible de la crítica en manos de cuantos sólo necesitan inclinarse para recogerla.

Fijándonos especialmente en la crítica dramática, es preciso ser autor para tener una idea del putiferio que se levanta ante cualquiera de nuestras producciones. El crítico, en general, se guarda mucho de tener en cuenta el juicio del público, entendiendo que para mantener su crédito necesita ir contra la corriente. En una de nuestras más importantes ciudades, y donde se dice que la crítica tiene mayor valor, se estrenó hace poco un drama. A la mañana siguiente escribía el crítico de uno de los dos principales periódicos: «El autor no ha querido otra cosa, según parece, que forzar la atención y la emoción del público; en dramas semejantes, cuando uno *no se llama* Strindlerg ó Meterlinck, sino..... la prudencia enseña que es peligroso insistir demasiado sobre una nota.» Como se ve, la culpa de aquel desgraciado consistía en que *no se llamaba* como el crítico hubiera querido; pero el crítico del otro periódico decía al mismo tiempo: «Hubo momentos en los cuales el nombre de Strindlerg corría por la sala; y en verdad que parecia se asistía á las escenas del gran.....» ¿Puede llamarse verdadera crítica dramática á semejante babilonia? Si se dice que nuestro teatro es pobre, ¿por qué no se añade que la crítica es mil veces más pobre que el teatro?

Lo justo y lo equitativo sería que, antes de coger la pluma para juzgar nuestras producciones dramáticas, el crítico se preguntase: «¿Qué hemos hecho nosotros para formar nuestro teatro? ¿Hemos acaso señalado alguna dirección? No. ¿Nos hemos puesto de acuerdo sobre el valor de los términos bueno y bello? No. ¿Hemos trazado algún sendero, fijado alguna moral? No. En el campo de la crítica todo es confusión, y sólo estamos de acuerdo en una cosa, en destruir.»

Para gran número de directores de periódicos, el crítico dramático nada significa; y cuando alguno de los grandes dia-

rios quiere aparentar que lo tiene en algo, el sueldo que le señala es tan irrisorio que basta para destruir todas las buenas intenciones. ¡Palabra de honor si no se paga mejor al que manda todas las noches un telegrama de 15 palabras! Eso sin contar con que la gran mayoría de los críticos son los que hacen la crítica por el pase gratuíto y la butaca. Confiado el sacerdocio á tales manos, ¿cómo es posible pretender que prospere una religión?

¿Quién toma en serio en Italia la crítica dramática? Los directores de los periódicos más importantes han pensado en confiar á personas verdaderamente competentes la sección de las charadas y los rompecabezas; pero ¡el teatro!... El teatro lo pueden criticar todos. El director del diario no se cuida de averiguar si la persona á quien confía semejante papel lo sabe desempeñar. «Fulano *hará* el teatro», dice, y basta. Es como si yo dijera al primer amigo con quien tropezara: «Tú me estudiarás... la cuestión de la escuadra.» Y si siquiera el crítico así improvisado fuera fijo, cabría esperar que llegara á dominar la materia y á formarse; pero no. ¿Hay un palco ó una butaca á disposición de la redacción? Pues la crítica la hará... aquel á quien toque en turno disfrutarlo. Así no es raro el caso de que un mismo periódico hable un día bien y otro mal de la misma obra.

Reducida la crítica dramática á una simple información, el artículo hay que hacerlo en el acto, y no pocas veces ocurre que el crítico abandona el teatro á la mitad de la función para ir haciendo su trabajo, dejando á un amigo el encargo de darle noticias de lo demás para completar su crónica. Antiguamente había personas que sentían la necesidad de hablar con conciencia, y á quienes una sola audición no bastaba para razonar seriamente sus opiniones, como si en arte fueran admisibles los consejos de guerra. El apéndice dramático ó el folletín semanal respondía perfectamente á esta excelente costumbre; con tal método nadie destruye espectáculos que cuestan mucho dinero y trabajo, y se deja al autor el derecho de hacer

alguna enmienda. En Italia esto no es posible: hay que nacer perfectos ó morir. Pensar tres ó cuatro días para escribir un artículo es demasiada fatiga; y además, para recordar bien la nueva comedia había que volver al teatro por segunda vez, y esto, para un crítico formal, sería humillante. El crítico de valía debe coger las ideas al vuelo, y lo más que se le puede pedir es que telefonee para preguntar por algún pasaje preciso del drama. Obrando así se cree imitar á los franceses, olvidando que los críticos parisienses asisten á los ensayos de las obras nuevas semanas enteras, y no contentos con esto, se hacen enviar la copia de la obra, la estudian, interrogan al autor y hablan con los actores; de modo que cuando llega el estreno, tienen casi todo el camino andado para hacer una buena crítica.

Muchos de los principales periódicos han confiado últimamente la sección de teatros á algunos autores dramáticos, creyendo hacer así una buena cosa, sin ver que ponían en manos de un interesado un arma terrible. Aparte de la honradez que, enfrente del interés, es virtud muy problemática, el autor que logra obtener la espada del crítico, no sólo consigue fácilmente las caricias de los compañeros que tienen que pasar por las horcas caudinas de sus juicios, sino que encuentra buena acogida en todas las compañías. ¡Cuántos actores no se prestan á incluir en su repertorio horribles abortos, sólo para congraciarse con el crítico-autor! Mientras la crítica en general y la crítica dramática muy especialmente no se eleve por encima de estas miserias y sea lo que debe ser, todos los suspiros, todas las quejas y todas las nobles aspiraciones serán de todo punto estériles.

FILOLOGIA Y LINGÜISTICA

¿Solecismo chileno?—Con motivo de haber aparecido en el libro *Voces usadas en Chile,* de D. Anibal Echevarría y Re-

yes, una definición de la palabra *cantina*, diciendo que es «puesto en que *se vende* licores» y de haber criticado un tal Mario, en *El Porvenir*, tal expresión como un solecismo no autorizado por ningún gramático ni por ningún hablista correcto, el Sr. Echevarría, declarando desde luego que aquella frase es una errata, consagra al estudio de tales giros un erudito artículo en la *Revista de Chile*.

Hay dos criterios para resolver las cuestiones lingüísticas: uno, el más cómodo, es el de apegarse á los preceptos gramaticales, y otro, el de discurrir con independencia. Hay que distinguir, por otra parte—como dice Gabriel René Moreno—entre *mero uso y buen uso;* el mero uso es la forma que toma una lengua en boca de las gentes por instinto natural é imitación irreflexiva; el buen uso es el de la gente educada, que nunca puede emanciparse por completo del uso popular. «Uno de los puntos—dice René—en que es árbitro supremo el *mero uso,* es en cuanto á atribuir calidad de nobleza, familiaridad ó bajeza á los vocablos. ¿Por qué *pelo* es voz familiar y *cabello* voz noble? ¿Qué razón hay para que *oreja*, término intachable en el siglo XVI, no haya de emplearse hoy en poesía seria sin lastimar el *oido* de los oyentes? Caprichos todo y veleidades del uso.»

Una lengua viva—dice Littré—que pertenece á un gran pueblo y que corresponde á un grado subido de desenvolvimiento social, presenta tres términos: 1.° El *uso contemporáneo* propio de cada período sucesivo; 2.° *arcaismo,* que un tiempo fue uso contemporáneo y que ofrece la explicación de lo que apareció después; 3.° el *neologismo* que, mal conducido, *altera,* y bien conducido, *desenvuelve* la lengua, y el cual, andando el tiempo, llegará á ser arcaismo á su vez y se considerará como una fase de la historia del idioma.

En la expresión «se vende licores»—dice Echevarría—no hay un solecismo, sino un desarrollo ulterior de la sintaxis castellana, sólo contenido por el incesante esfuerzo de los más distinguidos gramáticos. ¿Quién no ha escuchado ó leído frases

como estas: «*Se arrienda altos* para oficina,» «*se necesita* trabajadores,» «*se recibe* pensionistas,» «*se hierra* caballos,» «no *se oía* más que lamentos?» etc. Sería muy fácil formar un grueso volumen si se acopiara el número de construcciones semejantes que figuran en trabajos de prensa, literarios y oficiales de toda especie.

Y no se crea que este uso es exclusivamente chileno, pues se encuentra en la voz *confitería* del moderno *Diccionario enciclopédico* de Montaner y Simón; la usó Ventura de la Vega en la escena segunda de su comedia *Las Capas,* y Mesonero Romanos la empleó en *Una visita á San Bernardino.* D. Eugenio de Ochoa dice en su traducción de *Nuestra Señora de París:* «cuando *se contempla* estas dos Biblias»; Balmes dice en la nota 1.ª, pág. 244, tomo IV, de sus *Obras completas:* «*supondrase* flacos fundamentos á las más hidalgas resoluciones;» y Jovellanos dice: ««*agrégase* á esto los insultos de los extraños». Y siendo esto así, ¿puede condenarse con dogmatismo inflexible semejante construcción?

Apoya Mario su crítica, en que *licores* en «se vende licores» es sujeto, por ser pasiva la oración; pero esto es un círculo vicioso y un error: *licores* no es sujeto en esa oración, como no lo es en «Pedro vende licores.» ¿Qué es más lógico? ¿Suponer que una cosa se vende á sí misma, ó que *alguien ó algunos* la venden? Las oraciones «*se duerme, se canta, se baila,*—dice Saavedra en su *Censura de la Gramática castellana de don Andrés Bello*—llamadas por Bello *construcciones irregulares cuasi reflejas,* no son *irregulares* ni tienen nada de *reflejas* porque el *se* que llevan no es el objeto ó término directo de la acción del verbo, pues no quiere decir que uno se baile ó se cante á sí mismo. Según el Sr. Saavedra, hay que reconocer que esas proposiciones son *inversas,* que en ellas el *se*, estimado como complemento acusativo, representa persona distinta del sujeto, y que hay necesidad de que *alguien* ejecute la acción significada por el verbo. Pero ese *alguien,* ¿no estaría representado por el mismo *se?* Si no es así, ¿qué oficio desempeña *se* en esas fra-

ses? Ninguno ó mero signo de pasivo, como dice D. Mariano Catalina.

Si, según la Real Academia, es lo mismo *aseguran* que *se asegura,* ¿por qué ha de ser reprensible decir «se asegura muchas cosas», en lugar de «aseguran muchas cosas»? ¿Por qué á la mera inflexión plural de un verbo ha de concederse el privilegio de significar uno ó muchos agentes y regir complemento directo, y ha de negarse esa prerrogativa á la inflexión singular cuando va acompañada del pronombre *se?* Y si en la frase «¿qué dirán?», citada por la Academia, el vocablo *qué* es complemento directo, ¿por qué no lo será en la frase «¿qué se dirá?», que la misma Corporación considera equivalente á la primera? El Sr. Salleras afirma que en estos ejemplos el verbo es verdaderamente activo, siendo sujeto el pronombre *se,* igual al *on* de los franceses.

Por todo lo expuesto—concluye el Sr. Echevarría,—¿no podría sostenerse que cuando la construcción verbal formada por *se* es indeterminada en cuanto al agente, se considere al *se* como sujeto, se use el verbo en singular para remover todo peligro de ambigüedad, y se tengan como complemento directo la palabra ó palabras por él regidas? Y en ese caso, ¿no resultaría que la construcción «se vende licores», que cuenta en su abono el uso de escritores de valía, y que se emplea constantemente en España y en todos los países hispanoamericanos, no es solecismo tan notorio como se cree, sino que manifiesta más bien el desarrollo ulterior de la sintaxis castellana? (1).

---

(1) Esto último es *posible,* pues tratándose de lo futuro, todas las profecías pueden realizarse. Pero, por lo demás, tenga la seguridad el señor Echevarría de que los giros del tipo «*se vende* licores» no son admisibles en buen castellano ni se emplean en España, como supone. Los rarísimos ejemplos que puedan citarse, como los apuntados de Balmes y Mesonero Romanos, son explicables por un descuido de redacción, error de copia ó simple errata de imprenta (¿no es debida á esta última causa la misma frase que ha ocasionado la polémica?); pero ni obedecen á la sugestión del

CRITICA

SILUETAS PARISIENSES: JUAN JULLIEN.—Alejandro Dumas (hijo)—dice en la *Revue Bleue* Zadig—perpetraba sus solemnes predicaciones rodeado por una trahilla de críticos ávidos de admirarle; el burgués Pailleron daba de comer, haciendo *calembours* y escribiendo tonterías; la casa Sardou estaba en plena prosperidad, y Meilhac y Halevy derramaban su graciosa sonrisa cuando Juan Jullien se esforzó en ser un artista y un creador, alcanzada ya, en plena juventud, la madurez de su talento.

Juan Jullien cometía el crimen de querer renovar toda la dramática, probando con argumentos perentorios lo indispen-

---

uso corriente, ni menos son producto deliberado de una convicción gramatical. En cuanto á lo usual de tales locuciones en Chile y otras comarcas de la América española, el hecho tiene fácil explicación por lo heterogéneo de la procedencia de la población en aquellas Repúblicas.

El vocablo *se* tiene, en efecto, en España, desde los orígenes mismos del idioma, un doble valor: el *reflexivo* (*se arrepiente, se enmienda*), con su derivado el *recíproco* (*se pegan, se aman*) y el impersonal (*se dice* ó *dicen, se cuenta* ó *cuentan*). Este último valor del *se* asimila este vocablo al *on* francés (*on dit*) y al *man* alemán (*man sagt*), términos que, no siendo otra cosa que una forma pronominal indefinida de la palabra *hombre* (*on* = *homme*, como *man* = *mann*), exigen la concordancia del verbo de que son y no pueden ser más que sujetos (*on* viene del nominativo *homo*, como *homme* es procedente del acusativo *hominem*) en singular, sin que jamás se halle con *on* ó *man* ningún verbo en plural. Los emigrados franceses y alemanes, que son muchos, y los americanos españoles que están acostumbrados á la lectura de las obras alemanas y francesas, que son muchísimos, se han dejado influir por los giros extranjeros, y los unos inconscientemente, y los otros razonando su modo de decir, á semejanza de lo que indica el Sr. Echevarría, se han limitado á traducir literalmente *on achète des livres, on vend des liqueurs* por «*se compra* libros, *se vende* licores». Pero estos giros, por muy bien que puedan razonarse en filosofía gramatical, no son ni han sido nunca castizos ni correctos, y constituyen, hoy por hoy, un verdadero solecismo.

sable de tal renovación, y el crimen, más grande todavía, de demostrar con sus obras que era capaz, como nadie, de fortificar el precepto con el ejemplo. El éxito de su labor dramática concitó contra él todos los odios y todos los celos de los comerciantes inquietos por sus ingresos, de los fabricantes de insanos *vaudevilles,* de los mercachifles de suciedades teatrales, de los lacayos de académicos, de todos los imbéciles, y hasta de cierto número de personas imparciales é inteligentes.

¿Qué pretendía Juan Jullien? Tenía un concepto del teatro, y aspiraba á imponerlo teórica y prácticamente; quería, sencillamente, *el teatro serio.* «El teatro serio—decía—es una imagen viva de la vida; una pieza teatral es una raja de vida puesta en la escena con arte; en la elección del asunto y de los caracteres, en la solidez del armazón, está el arte del autor dramático.» Con esto quería realizar una especie de reforma interior del arte dramático, librando al teatro de esos procedimientos que permiten á cualquier sinvergüenza fabricar una comedia ó drama con arreglo á ciertas habilidades, que constituyen, según ellos, el arte teatral. «Que el teatro sea ejemplo ó sea sátira—decía,—poco nos importa; que derive de la observación directa ó que sea indirectamente su síntesis, es cuestión de gusto; lo que hace falta es salir de los amantes tiernos y de los maridos engañados, y orientarle hacia las cuestiones generales, humanas y sociales.»

Preciso es, en efecto, que todo el teatro y toda la literatura tome esa orientación; pero del teatro que no era nada, y del que Juan Jullien quiere hacer todo, lícito es afirmar que no puede ser y no es sino muy poca cosa, siendo un error creer que la más perfecta forma literaria sea la forma teatral, y otro error también— error generoso y nobilísimo — el desear esa orientación del teatro hacia las cuestiones humanas y sociales, estimando que el teatro es capaz de ejercer en la multitud acción educadora. Desgraciadamente la experiencia demuestra que el teatro es tan impotente para el bien como omnipotente para el mal. El magnífico esfuerzo de Juan Jullien,

no tiene otro valor que el vigor disciplinado que ha revelado en su autor el carácter mismo de Juan Jullien, pues su ejemplo, más que todas las doctrinas, es el que tiene verdadera eficacia social, al reobrar con empeño contra el universal relajamiento del teatro.

Grandes, sin embargo, son los resultados, porque las obras teatrales de Juan Jullien son bellas, y después de diez años de lucha, viven, triunfan y duran, siendo secundario si corresponden al realismo vulgar ó al poético, y si constituyen un esfuerzo para librar al teatro de ciertos procedimientos y si contienen una lección moral. Triunfa y queda *Le Maître*, cuadro vivo de la vida rural, y triunfa y queda *La Mer,* drama prodigioso, hecho todo de sinceridad, sencillez y vigor, una de las obras más hermosas de estos últimos tiempos.

***

Pedro Veber.—Quiero decir sin preámbulos—dice Zadig—que Pedro Veber tiene mucho talento, y que era preciso que lo tuviera grandísimo para que haya podido conservarlo, y aun aumentarlo, á despecho de las circunstancias en que se ha encontrado.

No tuvo en verdad fortuna en sus comienzos. Enamorado de la ironía fina y matizada, y de cierta observación superficial, pero agradablemente burlona, cayó de lleno en el grupo de los autores alegres, donde estaba fuera de lugar. Escribió mucho tiempo con ellos, y cuando al fin los abandonó, todavía tenía talento, prueba palmaria de lo ricamente dotado de su inteligencia.

Pedro Veber escribía novelas y piezas de teatro, que es lo que hacen hoy todos los escritores, como resultado de la evolución industrial de la literatura. También colaboró, y perseguido por su mala sombra, después de haber trabajado con los autores alegres, colaboró con Luciano Mühlfeld, un escritor de unos cincuenta años que parece haber fabricado una novela con

raspaduras de *Mensonges* y detritus de *Bel Ami,* con gran deseo de triunfar, pero cuya fabricación, á pesar de un nuevo y bastante ingenioso sistema de publicidad, no ha encontrado mercados; Veber compuso con Mülfehld ó Mhülfeld, *Dix années après,* piececilla insignificante, que fue naturalmente representada en el Odeón. ¡Lástima de colaboración con ese Mühl..., Mül..., Mülh... (decididamente no se sabe como escribir ese nombre!)

Y, sin embargo, la personalidad literaria de Veber está formada; no es muy poderosa ni muy original, pero es graciosa y seductora, y la gracia y el encanto es precisamente lo que más falta á nuestra pobre literatura. Veber tiene el gran mérito de ser un observador sin énfasis ni pretensiones; no frunce las cejas para ver mejor, y sabe ser psicólogo sin aburrir á nadie. Sobresale principalmente en mirar, vivir y hacer vivir á la mujer delicadamente enamorada, y ha creado esa adorable condesita de *Aventure,* ha encontrado y bosquejado á la linda Dolly, modelo ingenuamente tierno, y ha producido á Lisa Merat, una verdadera creación de la más irreal realidad.

Pedro Veber observa igualmente los ambientes, pone en sus novelas toda la generalización que conviene, y da todas las lecciones morales que hacen falta. Estudia á los *snobs* y demuestra, divirtiéndonos en grande,—lo que no hubiera hecho un psicólogo—que el *snob* es *el burgués gentilhombre* de la estética. Veber representa el fenómeno de un escritor que tiene talento, sin cansarse de tenerlo ni cansar á nadie de que lo tenga.

BIOGRAFIA

José Chamberlain.—José Chamberlain—dice Carlos Paladini en la *Nuova Antologia*—ha cumplido el 8 de Julio último sesenta y cuatro años, habiendo nacido en Londres, y estu-

diado con irregularidad la segunda enseñanza en el Colegio de la Universidad. Hijo de un zapatero, con ocho hermanos menores que él, sin títulos académicos ni ventaja ninguna de educación, nacimiento. ni parentela, se lanzó á los diez y seis años en la lucha por la vida, y á los diez y ocho era el alma de la fábrica de zapatería Nettlefold, Chamberlain y C.ª. Comprado un privilegio de invención á un americano, se decidió á desbancar á todos sus competidores, vendiendo sus productos con pérdida, y obligando á sus rivales á cerrar sus casas ó á rendirse; dueño entonces del mercado, dobló el precio de sus mercancías y pudo proclamarse *Shomakers king,* rey de los zapateros, retirándose en 1874 de los negocios, con una fortuna colosal.

Más bien bajo que alto, de frente ancha y serena, labios sutiles y boca de dama, completamente afeitado, delgado y bien peinado, presenta un tipo aniñado, animado por ligera sonrisa, fino, correcto, elegante, cortés, siempre dueño de sí mismo. No tiene nada de inglés por sus aficiones. «No conozco—dice—la bicicleta más que de vista; no monto á caballo; no me gusta ir andando cuando puedo ir en coche; jamás he tomado parte en una partida de *cricket,* de *foot-ball,* ni de *tennis*, ni entiendo una palabra del *whist.*» Su pasión es la floricultura, y lo mismo ayer radical, que hoy conservador, ha tenido pasión por las orquídeas, siendo célebre su colección y famoso su jardin de Highburg, junto á Birmingham, donde tiene dedicados unos veinte jardineros al cultivo de su flor predilecta; durante las sesiones de la Cámara de los Comunes, recibe todos los días dos orquídeas; una en cuanto se abre la sesión, y otra al ir á cerrarse. «Su ojal está en fiesta perpetua.» El monóculo y la orquídea son las características de la caricatura cosmopolita de Chamberlain. Hay un proverbio inglés que dice: «Un hombre público es como una mujer pública; debe estar usado y abusado.»

Chamberlain no es un orador; no posee una chispa de imaginación, de fantasía, de emoción veraz y sugestiva; su mane-

ra fria y cortante no se dirige al corazón de nadie, siendo incapaz de ver el lado artístico de una cuestión; puede ser sarcástico, impertinente, bilioso, y su voz es silbante y monótona; y sin embargo, hábil y sagaz, se hace oir y respetar de todos. Tiene de sí mismo una opinión extraordinaria, lo cual no deja de ser una ventaja, y suple el genio con la confianza en sí mismo. «Su frialdad—dice Mac Carthy—hace suponer que tiene á su disposición inmensas fuerzas de reserva; pero yo me inclino á creer que sus mejores artículos están expuestos en el escaparate: en la trastienda no hay nada.»

Retirado de los negocios, Chamberlain dedicó á la política su actividad. Elegido concejal, y poco después síndico en Birmingham, puso en práctica la teoría de la municipalización de los servicios públicos; recabó para el Municipio los suministros de gas y agua, suprimiendo las empresas privadas; ejecutó grandes trabajos de saneamiento, destruyó los barrios pobres, hizo construir la mejor calle de la ciudad, dotó á Birmingham de magníficas escuelas, y fue, en suma, un excelente administrador. «El Concejo—dice, expresando el concepto de estas Corporaciones semejante al que tiene del Estado—no es más que el director de una gran sociedad comercial, de la que todo contribuyente es accionista; los dividendos consisten en las mejoras y reformas concedidas á los contribuyentes, y que aumentan su bienestar».

Sus triunfos administrativos le abrieron el camino del Parlamento. «La política—decía—no es una ciencia del pasado, sino del porvenir; no consiste en mirar atrás, sino en marchar adelante; es una verdadera confección de progreso, es la ciencia del bienestar social, y la misión del hombre de Estado consiste en mejorar las condiciones del pueblo.» Oportunista en el sentido más amplio y eficaz de la palabra, Chamberlain ha sido el mayor disolvente de los viejos partidos históricos británicos, cuyas denominaciones no tienen hoy más que un valor arqueológico.

Derrotado en las elecciones de 1874, logró en 1876 entrar

en los Comunes como uno de los representantes de Birmingham. Poco conocido, se recordaba que en una reunión, celebrada poco después de proclamarse en Francia la República, había dicho, alabando aquel régimen, que también se establecería la República uno ú otro día en Inglaterra. Con su primer discurso encadenó la atención de la Cámara por la concisión lapidaria de su frase. Fuera del Parlamento, se puso al frente del movimiento democrático y fundó la *Federación nacional de las Asociaciones liberales*, y desde entonces, el partido radical encontró en Chamberlain un jefe.

Los filósofos venerables de la especulación democrática le tildaban de falta de ideal. La política inglesa se funda en el comercio, y Chamberlain es el estadista comercial por excelencia; una nación comercial necesita dos cosas: grandes territorios con muchos desagües comerciales y una gran población de gran capacidad industrial, que viva en buenas condiciones; «la primera consideración—como dice Macrosty—ha hecho á Chamberlain imperialista; la segunda, radical.» Los filósofos responden que el bienestar material no es todo, y que no sólo de pan vive el hombre; y Chamberlain replica: «Conformes, desde luego; pero dadme, ante todo, pan; vuestro radicalismo es humanitario é internacional; el mío es burgués y británico.»

Cuando Chamberlain entró en el Parlamento, los radicales estaban unidos á los *wighs*. «Yo no soy—les dijo—ni un *wigh,* ni menos un *tory;* soy un radical, y creo que un partido es una unión, más ó menos temporal, de personas que se proponen un fin común y determinado.» Así conquistó el Poder en 1880, como miembro del Gabinete Gladstone. Ministro, promulgó un nuevo reglamento sobre las quiebras; promovió la formación de grandes sindicatos; abrió la información sobre la situación industrial del país; hizo una brillante campaña contra los armadores, que, para cobrar pingües seguros, hacían tomar el largo á viejos barcos, condenados á naufragar con sus tripulaciones; declaró la guerra al alcoholismo; se eri-

gió en paladín de la nueva reforma electoral de 1884; hizo suya la famosa fórmula del socialismo agrario del gran Bright: «tres acres de tierra y una vaca»; organizó los tribunales de arbitraje; dictó la ley sobre los accidentes del trabajo; pidió al Estado que asegurara una pensión á los veteranos de la industria, que les permitiera acabar tranquilamente sus días, y proclamó la conveniencia del impuesto progresivo.

Todo esto lo hacía fuera de todo compromiso con los *wighs* y los *torys*, á quienes juzgaba del mismo modo, pactando con unos ó con otros, según las ocasiones, como dos comerciantes ante un notario: «Yo no he cambiado nunca—ha dicho en varias ocasiones;—yo sigo siendo un verdadero, un viejo radical, un auténtico discípulo de Cobden y de Bright.» Al partido liberal le reconocía la gloria de haber abolido los privilegios, pero lo declaraba incapaz de emprender la nueva obra de la legislación social; las leyes sociales han sido siempre votadas por mayorías conservadoras. La victoria electoral de 1885 fue, en gran parte, obra de Chamberlain y de su atrevido programa, y Gladstone ofreció un puesto en el Gabinete á Chamberlain, y éste lo aceptó, pero reservándose su plena libertad de acción respecto á la cuestión del *home rule* de Irlanda; aquella carta justifica, en parte, su apostasía y su separación del partido liberal.

Pronto las diferencias entre Gladstone y Chamberlain se convirtieron en abierta y atlética lucha, de la que salió el nuevo partido de los liberales unionistas y la evolución de Chamberlain hacia los conservadores. Estos no perdonaban medio de atraérselo. «No puedo formular una opinión—decía Chamberlain—sin que en seguida no la hagan suya los conservadores; tanto, que la otra tarde, en la Cámara de los Comunes, alguno me decía: Tened cuidado, querido amigo, con lo que decís; si se os ocurre hablar mal de los diez Mandamientos, creo que Balfour y sus amigos propondrán un bill para abolirlos; esta buena gente hace de las aspiraciones radicales su librea *tory*.»

Un par de años después, Chamberlain formaba parte del Ministerio *tory* de lord Salisbury, siendo elegido en 1891 jefe de los liberales unionistas, y combatiendo á Gladstone con encarnizamiento sin igual en las elecciones del año siguiente. Tras el Ministerio liberal de Rosebery, volvió en 1895 á regir los destinos de Inglaterra el partido conservador, y Chamberlain volvió al Ministerio con Salisbury, encargándose de la cartera de las Colonias. Radicalmente transformadas sus opiniones, Chamberlain se convirtió en el más ardiente defensor de la expansión territorial, sosteniendo que Inglaterra necesita conquistar nuevos mercados para dar salida á su plétora de producción.

Su audacia no tiene límites. Es un hombre de negocios, darwinista convencido, que cree firmemente que la victoria final es del más fuerte y del más capaz, y el más fuerte y el más capaz es el inglés. Inglaterra debe mandar, y su misión de conquista es misión de civilización; y cuando el mundo se haya civilizado, Birmingham, Wolverhampton y Sheffield le proveerán de hierros y aceros, Manchester y Glasgow de telas de algodón, y Halifax y Norwich de trajes de lana. Chamberlain además suspira por la federación imperial, que ligue las colonias á la metrópoli, y con la alianza norteamericana, que dará á la raza anglosajona indiscutible supremacía. El principal capítulo de la historia de Chamberlain, el de los precedentes, causas y responsabilidades de la guerra contra el Transvaal, está todavía por escribir, y no podrá escribirse sino más adelante.

PEDAGOGIA

Luis Vives, pedagogo.—Interesante es el artículo dedicado por Eloy Bullón en la *Revista Contemporánea* al estudio de las doctrinas pedagógicas de Luis Vives, el insigne filósofo valenciano. Los escritos de Huarte, Pujasol y el P. Ignacio

Rodríguez sobre el discernimiento de ingenios y su desarrollo y dirección, son dignos de encomio por el espíritu de observación que revelan, no menos que los trabajos de Melchor Cano sobre los métodos científicos, y los célebres *Apuntamientos* del reputado gramático Simón Abril; pero el más notable de nuestros escritores clásicos de pedagogía es, sin duda alguna, Luis Vives, cuya obra *De disciplinis*, al mostrar los escollos que ofrece la enseñanza, las reglas á que deben someterse padres y maestros, y la norma á que han de ajustarse los educandos para sacar el mayor fruto de su labor, merece ser en todo tiempo consultada.

En la egunda parte de su obra, Vives expone un sistema completo de enseñanza, desde el concepto y divisiones de la ciencia, hasta la determinación del método que debe seguirse en cada rama especial. Los centros de enseñanza, según él, deben establecerse en sitio sano, libre de aires nocivos y abundante en alimentos substanciosos, ni triste y solitario en demasía, ni tan lleno de atractivos y distracciones que la juventud se aparte del estudio; lejos de todo foco de libertinaje y de fábricas y cuarteles que ocasionen mucho ruido y afluencia de gentes. Si el aprendizaje de las ciencias importa mucho, no importa menos el desarrollo de los sentimientos morales, y debe mirarse con cuidado cuanto contribuya á favorecerlos ó á dañarlos.

En cuanto á los profesores, no sólo se requiere que sean competentes, sino que sean aptos para enseñar, pues pueden ser muy sabios y no servir para la enseñanza; también deben ser de buenas é intachables costumbres para dar ejemplo vivo á la juventud, y deben conocer, no sólo su ciencia especial, sino el espíritu humano y los métodos didácticos correspondientes á cada disciplina. Los dos defectos capitales que todo profesor debe evitar, son la avaricia y la soberbia; la avaricia porque, sobre desconceptuarlos ante sus alumnos, los aparta del fin desinteresado de la enseñanza, llevándoles á estimarla como un negocio que explotar y no como un deber sagrado

que cumplir; por eso quiere Vives que el profesorado reciba sus retribuciones del Estado y no de los alumnos; la soberbia, por su parte, hace al Profesor demasiado celoso de su fama, pertinaz en el error, irreductible en la disputa y ganoso siempre de aplausos aun á costa de la verdad.

La elección del profesorado preocupa también á Vives, que desde luego se declara contra el sistema entonces en boga de que los estudiantes sean los electores, porque así no resulta elegido el más docto, sino el más popular, el más condescendiente con la desaplicación y las diversiones. Tampoco aprueba que el mérito se depure en pública contienda, en la que, sobre degenerar frecuentemente en lucha personal, no siempre se descubre quién es el más versado en la ciencia, sino quién es el más charlatán y el que mejor maneja la sátira y el donaire. Los profesores deben ser elegidos y aprobados por otros profesores de reconocida justificación é innegable competencia.

Vives se declara contra el internado, opinando que es preferible que los jóvenes vivan al lado de sus familias, bajo la inspección inmediata de sus padres, yendo á las Academias únicamente para recibir las lecciones de sus maestros; tampoco es partidario de que se eduquen fuera de su país natal, para que no olviden sus costumbres y el amor á la patria, ni sientan relajarse los hermosos vínculos del amor á la familia y al hogar. En cambio, muestra especial empeño en la necesidad de los exámenes, pretendiendo que los jóvenes deben permanecer en la Academia uno ó dos meses á fin de que se examine su ingenio, reuniéndose trimestralmente los profesores en lugar apartado para hablar de las aptitudes de sus respectivos alumnos, y dedicar á cada uno al arte ó ciencia para que sea idóneo. Para que la obra de la enseñanza sea fecunda, importa estudiar las aptitudes de los niños sin omitir medio alguno de investigación, pues del acierto que se tenga depende el porvenir del educando.

PSICO-FISICA

Las vibraciones de la vitalidad humana. — Desde hace nueve años viene el Dr. Baraduc estudiando las vibraciones de la fuerza vital humana, y los resultados de sus importantisimas investigaciones aparecen consignados en un interesante artículo publicado por la *Revue des Revues*.

La fuerza vital presenta una doble polarización: superior en la vitalidad mental, psíquica é inferior en la vitalidad animal, física. Los experimentos hechos con más de dos mil personas, prueban que esta doble vibración puede registrarse fácilmente por las manos. La mano derecha, situada en el área de las vibraciones físicas, expresa la vitalidad física, y la izquierda, que se halla en el área de las vibraciones psíquicas, expresa la vitalidad psíquica de nuestro sér. Ambas vitalidades se transfieren alternativamente una hacia otra formando el círculo, *la rueda de la vida*. «Afirmo — dice Baraduc — que existe en torno nuestro una *verdadera atmósfera de vibraciones invisibles* que se hace manifiesta por los movimientos visibles que imprimen á la aguja de un aparato de registro colocado en aquella zona, pudiéndose interpretar así, por tales movimientos exteriores, nuestros movimiento s interiores, los fenómenos de la vida en cada uno de nosotros».

El hombre es un foco de vibraciones y de luces invisibles; emite los rayos obscuros de su vitalidad, muy diferentes á juzgar por la impresión que dejan en la placa fotográfica, de los rayos reflejos del sol ó de las ondas eléctricas. Esa es la explicación de los fenómenos de contagio moral por la fusión de las dos atmósferas de dos personas distintas, ó de un grupo de personas animadas de la misma vibración interior (alma de las muchedumbres vibrando al unísono). Existe, pues, un contacto fluídico á distancia, tan real como el contacto material por presión, y demostrable por la biometría y la impresión de la

placa fotográfica. Las locuras circulares en el dominio instintivo, y las erótico-religiosas de las histéricas en el dominio pasional, forman el cuadro más sorprendente de estos fenómenos que puedan estudiarse en los asilos.

El método biométrico creado por Baraduc permite comprobar y medir las vibraciones de la fuerza vital y expresar en una fórmula matemática la relación existente entre nuestros estados vibratorios físico y psíquico, las vibraciones atractivas ó expansivas de que es centro el cuerpo humano. El hecho capital, que constituye el descubrimiento, es que una aguja de cobre recocido, suspendida por un hilo fino de seda no torcido y sin lazo, sufre sin contacto y á distancia, á través de un fanal y del vacío, movimientos de atracción ó de repulsión marcados en una placa, según que nuestra vitalidad se contrae ó se dilata.

Por ejemplo: en estado de salud ó de alegría, la aguja es repelida por nuestra vitalidad en expansión, mientras que en estado de enfermedad, de neurastenia, de tristeza, la aguja es atraída por nuestra vitalidad, que se encoge. El hecho *mecánico*, la ruptura de la inmovilidad de la aguja, atraída ó alejada á través de substancias adia-eléctricas y adia-térmicas ha sido comprobado en miles de personas. La estadística de los hechos observados demuestra que la mano derecha es el órgano indicador de las vibraciones de la vitalidad animal, como la izquierda lo es de las vibraciones de la vitalidad mental; una línea que pasa por el hígado, el corazón y el tiroides derecho, separa los dos campos de vibraciones, correspondiendo al plano de separación de las fuerzas descritas por Kant y Cyon.

La relación entre las vibraciones izquierdas y derechas da la *fórmula biométrica,* el temperamento de la persona; hay 17 tipos de fórmulas, con distinta significación vital: las más frecuentemente observadas son las de la neurastenia (doble atracción á derecha y á izquierda) y las de la neurosis (una sola vibración á derecha ó á izquierda). El equilibrio vital quiere que las vibraciones abdominales y cerebrales se influyan mu-

tuamente y se transformen en un movimiento general circular, ascendente ó descendente. La biometría, según las vibraciones, indica ó contraindica el empleo de tal ó cual procedimiento electroterápico, haciendo el diagnóstico de nuestras vibraciones, atendiendo al estado de contracción ó de expansión que indican.

Nuestras vibraciones están bajo la dependencia efectiva de los fenómenos psíquicos, y esta subordinación se traduce en profundas modificaciones de las vibraciones, comprobables por la biometría. En sujetos sugestionados se ven variar de un instante á otro las fórmulas vibratorias, pasando de la alegría á la tristeza, del sufrimiento á la salud, según la naturaleza de la sugestión. Es, pues, innegable la influencia sugestiva; pero es interesantísimo conocer el valor intrínseco del acto complejo de la sugestión eliminando del mismo el factor del sugestionador, sin conservar más que el factor sugestión. La experimentación prueba, por el registro concomitante de las vibraciones en el hipnotizador y el hipnotizado, una comunión de vibraciones, una transformación de fórmula. Baraduc, para eliminar la influencia humana, dejando sólo el valor intrínseco de la cosa sugerida, ha recurrido al fonógrafo.

Al ver la grata impresión que el fonógrafo hace en los espíritus equilibrados, lo ha utilizado como instrumento de educación y de sugestión mecánica, para evitar fatigas al médico hipnotizador, quitar aprensiones á las familias y permitir en todo caso su aplicación repetida durante la ausencia del médico. Las condiciones del éxito son: 1.ª, la atención del enfermo; 2.ª, el valor fisiológico y moral de la cosa sugerida, que ha de elevar el pensamiento y la conciencia del paciente; 3.ª, que lo sugerido no sea contrario á las ideas filosóficas ó religiosas del enfermo, pues entonces se siente mortificado y se cierra á toda ideoplastia. Con estas condiciones, la sugestión fonográfica restaura en el enfermo las vibraciones propias del estado de salud, restableciendo el equilibrio vital, como lo comprueba la biometría.

Este método de registro de las vibraciones vitales abre nuevos horizontes y caminos á las investigaciones del psicólogo y del médico, interesando por igual al hombre de ciencia y á la humanidad doliente.

* * *

El tedio en las diversas edades de la vida. — El tedio, malestar físico, tortura mental — dice Emilio Tardieu en la *Revue Bleue* — reviste formas diversas en el transcurso de la vida.

Prescindiendo del tedio en el feto, que tiene sin embargo su fisiología y su psicología, no hay duda que el recién nacido es presa de un tedio que hay que aplacar sin cesar, y que renace continuamente. El niño exige constantes servicios, y hay que ocupar sus ojos, su espíritu, moverle, pasearle, distraerle con la voz ó con los gestos. ¿De qué se trata con todo esto? De divertir al niño, de calmarle, de consolarle cuando el aburrimiento le arranca gritos y lloros. Sus conquistas son lentas, sus sensaciones fugaces, y por eso se aburre terriblemente, no aplacándose sino con repetidas comidas, con borracheras de leche y largos sueños, para volver á empezar cuando despierta.

Bebé crece, y se convierte en el niño, para quien el mundo es una perpetua fiesta. ¿Qué le pedimos? Que juegue, que nos dé el espectáculo de su alegría y de sus diversiones. En su agitación y en sus caprichos reconocemos una espontaneidad explosiva; pero ¿no hay algún exceso en esa turbulencia desenfrenada, esas carreras y esos brincos? ¿Qué quiere? ¿Qué persigue en resumidas cuentas? El niño apela continuamente á la novedad, á lo imprevisto; se le cree anegado en la satisfacción de un deseo, y de pronto abandona su ocupación á la menor excitación que recibe; se le juzga encariñado con una persona y se agarra al vestido del desconocido que se va, pen-

sando que estará mejor en otra parte. Sus juguetes le cansan pronto: los desmonta, los rompe por curiosidad ó por cólera; varía al infinito el tema de sus juegos, y cuando su interés languidece, introduce en sus recreos los golpes, las riñas y las batallas con sus compañeros, en busca siempre de emociones nuevas. El tedio es la necesidad de una sensación. El niño pide de comer sin hambre, y más tarde, hombre, beberá sin sed; es glotón porque encuentra sosa la vida; suspira por platos azucarados, y quiere pasteles que tengan más manteca que pan. Conoce también el tedio mental y las primeras tristezas del corazón, si no tiene su ración de caricias y besos. Su diversión favorita es el viajar, porque su espíritu inquieto, con sus cuerdas de polichinela desarticulado, baila y se regocija con la rápida sucesión de las sensaciones y de las imágenes embarulladas que el viaje le proporciona.

El tedio del adolescente tiene los rasgos indecisos y fugitivos de esos años indefinibles en que todo el sér es transición y transformación. El tedio empieza con la impaciencia, con las desfloraciones inconsideradas. La suerte ordinaria del adolescente es ser un estudiante. ¡El colegio! Apenas hay sitio donde el tedio habite bajo más feas formas: el colegio es prisión, servidumbre intelectual, promiscuidad penosa; el cerebro está en presidio; hay que almacenar en la memoria siglos, civilizaciones, literaturas, historias, números y fórmulas que no se acaban nunca. El tedio del estudiante toma las formas menos agradables: odio á los maestros, judiadas entre condiscípulos, persecución mutua, pereza insoltable, rebuscas de inmoralidad, motines. El pobre diablo se cuece en su tedio.

El tedio del joven es un conflicto con la sociedad y una tragedia íntima, y se deriva de la violencia de los deseos y de la imposibilidad ó incertidumbre de las satisfacciones. La juventud es el apetito de la vida en todas sus formas, la pasión y la enfermedad de lo absoluto. La indeterminación de su personalidad es el enigma que en primer término irrita y enloquece al joven; se pregunta qué es, de dónde viene y á dónde

va, probando todos los caminos, llamando á todas las puertas, queriendo conocerse, definir sus aptitudes y descifrar su enigma. En el amor de las mujeres ve una elección que le enorgullece, dando á este amor un sentido prodigioso, místico y como divino. El tedio del joven está fundado en la investigación inquieta y desesperada de la dicha. ¡Qué espantoso programa tener que buscar su dicha! El amor, el éxito, la libertad, goces materiales, un ideal, todo esto se encierra en la palabra *dicha*. Las aspiraciones, los deseos, los tanteos del camino, se traducen en un tedio de forma ansiosa. El joven sabe que necesita aprovechar una ocasión, y tiene miedo de todos sus experimentos: busca la verdad, la alegría, la dicha, enloqueciéndose con estallidos histéricos, estropeando su salud, su tiempo, su fortuna. El joven, luchando con la realidad, se disgusta y desespera, se siente desterrado y empequeñecido, mucho más desgraciado que cuando vivía con sus sueños en el mundo subjetivo é ideal que tenía en la cabeza. Cogido en el engranaje de una ocupación maquinal, adoptando un modo de vivir predeterminado por las convenciones sociales, queda espantado de la estrechez, del puesto que ocupa y de la simpleza de su papel.

La suerte, por otra parte, le condena á empezar por las tareas inferiores, á pretender lo menos apetecible. Aún colocado en un puesto de su agrado, se siente torpe y deficiente y se aburre por no ser maestro en nada, ni siquiera en el amor, extraviado terriblemente en los meandros del corazón femenino. Una de las formas más frecuentes del tedio en la juventud es el desaliento, que traduce el conflicto entre lo imaginario y lo real; leed la correspondencia de los hombres ilustres, y veréis que en su juventud es cuando se encuentran más abatidos y pesimistas; más tarde tomamos nuestro partido de la vida; nos retiramos gravemente á nuestro rincón y roemos el hueso de nuestro destino. Este desaliento del joven llega á veces á crisis de tristeza que le producen lloros, deseos de suicidio ó de enclaustración, y es el tedio que le tiene preso en sus redes,

anublando sus facultades. El tedio en la juventud es ante todo un trabajo de la imaginación, el desorden de una fuerza que no encuentra empleo; pero no adquiere cohesión y relieve sino en los sujetos que lo avivan y alimentan en su imaginación.

Esta misma imaginación es el remedio del mal; el joven que se ve agobiado por el peso de una sociedad que le aplasta, se jura abrirse paso, hacerse grande y glorioso, é imponerse á esa misma sociedad; se burla de esa multitud sin nombre, y murmura las mágicas palabras de su divisa: *aut Cœsar, aut nihil*. De aquí su adoración á los hombres célebres, en quienes ve su propia imagen. El joven prepara la obra que ha de servirle de pedestal, ó bien medita el escándalo, el salto mortal que ha de anunciarle á sus contemporáneos. Si no tiene ambición intelectual, el joven se impone la conquista del oro, del poder, de los honores, y como el tedio no siempre le deja esperar, se dirige á los placeres en busca de compensaciones, y el látigo y el aguijón del tedio se reconoce en el ardor con que se entrega al sensualismo, tomando por realidades los triunfos que le proporciona el amor fácil y los delirios de grandezas en que le sumerge el alcohol.

El joven, en resumen, tiene tedio porque se ve perdido en un mundo inextricable, relegado á los puestos inferiores, bloqueado por su familia, dominado por sus maestros, acorralado por los que van delante; muchas veces sin dinero y siempre sin prestigio, se consume esperando la dicha, se refugia en su imaginación soñando con Hamlet, Wertter, René y Obermann; ó bien se aturde con excesos sensuales y pasionales, aspirando á crecer, á llegar á la edad madura que ha de conferirle la plenitud de su sér.

El tedio de la edad madura resulta de la visión dura de la realidad y de la decadencia de nuestro cuerpo, minado por el tiempo. El hombre ha hecho las paces con el destino, y da gracias á la suerte si es uno de los favorecidos; pero no por eso es feliz, porque por maravillosa que sea nuestra fortuna,

las cosas no son ya nada para nosotros en cuanto son nuestra realidad, y sabemos perfectamente lo que valen y nos producen nuestros títulos, nuestros honores y nuestra clientela, sin esperar emoción alguna de los bienes que están á nuestro alcance. Este tedio depresivo tiene especialmente causas fisiológicas, como la induración de nuestros sentidos, la degradación progresiva de nuestra vitalidad. Nuestros sentidos se embotan, la inteligencia se decolora, el mundo, con sus aventuradas síntesis, es un globo deshinchado; el amor, la gloria, el honor, el deber, la virtud, ¿quién ha encontrado esos sublimes fantasmas? La madurez es una filosofía fatigada, la edad de la desconfianza, de la crítica, de la negación, de la ironía. La inteligencia es más viva que nunca, pero sus flechas están emponzoñadas. ¡Cómo nos burlamos del carnaval humano! ¡Cómo nos reímos de nosotros mismos! Y no es alegría sino cólera, necesidad de calentarse á puñetazos, rabia de ver disipados para siempre nuestros sueños.

El tedio del viejo se basa en el desencanto absoluto y en la obsesión de la muerte. Tiene en sus recuerdos su museo, sus reliquias, y le obsesiona su biografía; pero ¡cuánto más valdria un solo dia de un presente tejido con sensaciones frescas y actos inéditos! El tedio de la vejez no tiene reacción ni fiebre; el viejo no espera que se aflojen los lazos del destino, que cada día le extrangulan más. Es un superviviente solo, en un mundo renovado en el que no puede interesarse; se espera su herencia, y los niños, á quienes llama para alegrarse, se entretienen en sacarle cuartos; es un rey destronado, un poderoso abatido. Sólo la lucha contra la muerte le saca de su embotamiento; en aquel duelo espantoso contra su adversario, que tiene demasiados aliados y en el que las heridas no se cicatrizan ya, el viejo se siente sin cesar *tocado*, pero procura vender cara la vida, cuyos minutos se le hacen preciosos.

BIOLOGIA

La vejez como efecto de las luchas celulares en los organismos animales.—Ya el ilustre discípulo y colaborador de Pasteur, el sabio Roux—dice de Rosa Cotronei en la *Rivista moderna di cultura*, de Florencia—había introducido en la ciencia la idea de la lucha vital entre los elementos de un mismo organismo. El Dr. Metchnikoff, jefe del laboratorio del Instituto Pasteur, llega en su trabajo publicado por los *Archivos rusos de Patología* á la conclusión de que, lo mismo la atrofia fisiológica que la patológica, son resultado de la lucha perpetua entre las células normales de los tejidos y los macrófagos. La vejez, pues, no es otra cosa que un efecto más de la aplicación del gran principio darwínico: la lucha por la existencia.

El fenómeno fagocitario es el fundamento del proceso de la sensibilidad. La *fagocitosis* consiste en el poder de algunos grupos celulares, especialmente las células blancas mononúcleas de la sangre, llamadas por esa razón *fagocitas* ó *macrófagas*, de recibir en su interior corpúsculos vivos ó muertos; estas células, dotadas de gran movilidad, en cuanto se ponen en contacto con las substancias que deben englobar, alargan sus tentáculos protoplásmicos pseudópodos y las absorben.

Al principio se había creído que esas células sólo se apoderaban de elementos muertos, ó que su papel era puramente pasivo, pero no es así. Si se inyecta á un animal caldo de cultivo con bacterias inofensivas ó poco virulentas, se verá al poco tiempo, en una gota de exudado peritoneal, gran número de leucocitos, algunos de los cuales contienen ya en su interior una ó más bacterias, mientras que otros persiguen los microbios todavía libres, extienden sus pseudópodos y se esfuerzan por apoderarse de las bacterias para luego digerirlas. En cambio, si la bacteria es muy virulenta, los fagocitas no

la engloban y quedan como inertes, lo cual se atribuía á que las toxinas segregadas por los microbios virulentos paralizaban ó mataban á los leucocitos; pero Bordet ha demostrado el error de esta explicación, haciendo ver que si á la gota de exudado inyectado de gérmenes virulentos ante los cuales los fagocitas permanecen inertes, se agrega una gota del caldo de cultivo del *proteo vulgar*, se ve de pronto que aquellos mismos fagocitas que parecían muertos, corren en seguida á los *proteos* y los destruyen. Puestos, pues, en contacto con los microbios, los leucocitos se atreven á englobar los menos peligrosos, dejando libres á los más virulentos, que tienen de ese modo tiempo de reproducirse y multiplicarse hasta ponerse en condiciones de tomar la ofensiva. De estos y otros muchos experimentos, puede deducirse con Besredka que «la fagocitosis debe ser considerada como un medio de defensa, en el sentido más amplio de la palabra, y como un fenómeno biológico general que se extiende sobre todas las influencias nocivas de la economía, bajo cualquier forma que se presenten, sólidas ó líquidas.»

Pero—añade de Rosa—¿es sólo un medio de defensa la fagocitosis? La vejez, como se sabe, está caracterizada por la desaparición, la reabsorción de los elementos funcionales de los órganos y por su sustitución por el tejido conectivo. Los primeros en atrofiarse son los órganos más nobles, los de la sensibilidad, la inteligencia y la generación, y luego, poco á poco, todos los demás, hasta el sistema óseo. El mecanismo de este proceso, según Metchnikoff, se explica por la fagocitosis. Pero ¿no se podría intervenir con medios curativos para impedir se turbase la armonía entre las diversas familias celulares, refrenando quizá de este modo el fatal avance de la edad? El problema podía resolverse encontrando un suero especial para cada variedad de células.

Los estudios de Belfanti, Carbone, Bordet, Erlich y Morgenroth, habían ya demostrado que era posible, inyectando á un animal sangre ó jugos de los diversos tejidos de otro ani-

mal de especie diferente, recabar para su suero sanguíneo propiedades específicas constantes y determinadas contra la sangre y los tejidos de aquella otra especie: con este suero esos otros animales pueden ser vacunados é inmunizados. Partiendo de estas ideas, Metchnikoff ha logrado preparar la *antispermotoxina* y el suero *antileucocitario*, que producen una acción eficaz en los animales correspondientes.

Poder detener el tiempo que vuela, pararlo cuando se está en la cumbre de la gloria, en el entusiasmo del éxito, en la voluptuosidad del amor, en la alegría del goce, ha sido siempre el sueño acariciado por los hombres. ¿Se realizará quizá ese sueño? La antigüedad conoció los sacrilegios sanguinarios que degollaban niños y abrían las venas á los jóvenes para con aquella sangre palpitante de vida y energía restaurar las fuerzas agotadas de los crapulosos gastados por la orgía; la Edad Media tuvo sus alquimistas que se devanaban los sesos y torturaban sus alambiques para encontrar la piedra filosofal y el elixir de vida. Nuestra edad, el siglo de la ciencia, en que ha sido dado al hombre ver hasta lo invisible, busca en la ciencia el medio de conservar la eterna juventud. ¿Lo encontrará? El sueño por lo menos es hermoso, y la tentativa sublime.

IMPRESIONES Y NOTAS

El buen Robespierre.—Del manuscrito inédito de la vida del convencional Le Bas, publicado por la *Nouvelle Revue*, de París, se desprende que el Robespierre de la tradición y de la Historia era muy diferente del Robespierre de la realidad.

La testigo no deja de ser fidedigna, pues es Isabel Duplay, hija del patrón de Robespierre, que estuvo para casarse con su hermana mayor. Isabel suele nombrar á Robespierre, llamándole «ese buen Maximiliano»; «era para él una dicha hacer el bien, y nunca estaba más alegre y contento que cuando lo hacía.» Numerosos rasgos de ternura demuestran la exactitud

de estas palabras, mereciendo ser recogida la siguiente nota:

«Robespierre—dice Isabel Duplay—tuvo una impresión horrorosa con el voto del Duque de Orleans: «¡Cómo!—dijo—cuando podía recusarse tan fácilmente!» Ese hombre, tan profundamente inmoral, y deseoso de llegar á rey, había empleado la mayor parte de su fortuna para lograr su objeto; los Mirabeau, los Danton, los Camilo Desmoulins, los Collot d'Herbois, los Billaud-Varennes y tantos otros tan despreciables como él, habían participado de sus prodigalidades corruptoras.»

Al margen, y con lápiz, se lee: «Cuando se casó Camilo Desmoulins, el Duque de Orleans le hizo amueblar un cuarto en la calle del Odeon.»

***

El Vaticano y el Quirinal.—Interesantísimo es el artículo que el profesor Fiamingo, de Roma, dedica en la *Duetsche Revue* al estudio de la lucha entre el Vaticano y el Quirinal.

León XIII, que parecía dispuesto á reconciliarse á su advenimiento con la casa de Saboya, no pudo hacerlo ni logró vencer las resistencias del partido intransigente, que echó mano de todos los medios para imposibilitar toda tentativa de reconciliación, llegándose hasta á bloquear la salida del Palacio pontificio con una barricada de muebles amontonados en el corredor que da al balcón del medio de la fachada. El empeño con que se persiguió al abate Tosti, autor del libro *La Reconciliación*, y el papel que desempeña *La Voce della Verità*, órgano de los jesuítas, prueban hasta la evidencia que la poderosa Compañía es la que realmente gobierna mientras León XIII reina.

Fiamingo entiende que la actitud intransigente de los jesuítas obedece al propósito de mantener los cuantiosos ingresos del *dinero de San Pedro*; la reconciliación implicaría la

aceptación por el Papa de la lista civil votada por las Cámaras italianas, y entonces se demostraría que ni existe la supuesta cautividad del Papa, ni hay necesidad de las limosnas de los fieles para que el Sumo Pontífice viva con arreglo á su rango en el mundo católico. El dinero de San Pedro es la protesta de los fieles, la limosna que hacen al Papa, que no puede rebajarse hasta recibir la pensión que le ofrece el Gobierno italiano, usurpador de sus Estados. Esta protesta significa veinte millones de liras anuales, y no es cosa de renunciar á tan cuantioso donativo. Razones financieras son, pues, según Fiamingo, las que obligan al Papa á seguirse presentando al mundo como víctima de la unidad italiana.

***

El éxito de Kipling.—Desde que Rudyard Kipling ha sido puesto de moda por el jingoismo inglés y el americano, su fama, traspasando todas las fronteras, se ha hecho universal, y su firma es solicitada con empeño por las más importantes publicaciones, diarios y revistas. Todos se disputan su colaboración, y la pagan á precios fabulosos. Según Federico Graz dice en el *Zeit*, un diario americano ha llegado á pagar los artículos á Kipling á 2,50 francos cada palabra.

Los verdaderos inteligentes, sin embargo, los paladares finos de la literatura, reconocen más ó menos abiertamente que esta gran reputación carece de fundamentos sólidos, y que Kipling no pasa de ser un periodista mediano, de cuyos escritos, aparte del *Libro de la Jungle*, quedará poca cosa.

***

Arboles tan útiles como curiosos.—Lo son, según *La República Agrícola*, de Guatemala, los siguientes: El del *pan*, de Polinesia, fruto sólido poco mayor que una piña: cortado en rebanadas y asado, apenas se diferencia del mejor pan.—El

de la *mantequilla*, de Africa, que produce hasta cien libras en cada recolección, dando tres cosechas anuales: salado y endurecido su fruto, compite con la mejor mantequilla.—El de la *leche*, de Suramérica, cuyo jugo se parece por su sabor á la leche de vaca, y del que se sirven los indígenas.—El del *azúcar*, especie de fresno de Sicilia, parecido al aple ó árbol azucarero americano, cuya miel y azúcar son deliciosos.—El del *jabón*, de la China, que sirve hervido para limpiar y quitar toda clase de manchas.—El de la *cera*, de los Andes, cuyo fruto se asemeja á la cera de las abejas.—El *llorón*, de las islas Canarias, cuyas hojas hasta en las épocas de mayor sequía están constantemente destilando agua.

*
* *

Costumbres electorales norteamericanas.—El diputado italiano Gavazzi, que se ha encontrado casualmente en los Estados Unidos durante las últimas elecciones presidenciales, da á conocer en *La Nuova Antologia* algunos de los hechos que más le han llamado la atención.

Es singular—dice—el modo con que Bryan para los demócratas, y Roosevelt para los republicanos, han celebrado sus conferencias electorales en los centros de menor importancia. Un tren especial, cuyo horario se publicaba oportunamente para que fuera conocido por las poblaciones, llevaba al candidato de una á otra localidad. Allí la estación del ferrocarril hacía de sala, y la terraza del coche de tribuna; Bryan ó Roosevelt dirigían la palabra á la multitud durante cinco, ocho ó diez minutos, según la importancia de la localidad, y el silbido de la locomotora era la señal de la partida y de los aplausos. De este modo han podido miles y miles de electores, con gran comodidad y no escasa economía de tiempo, ver y oir á los que aspiraban á gobernarles.

Una de las cosas que más sorprendieron á Gavazzi, fue el grandioso espectáculo de la manifestación del 3 de Noviem-

bre en Nueva York, organizada por el partido republicano. Gavazzi dice que jamás había esperado ni visto una cosa semejante: cien mil personas en largas y ordenadas filas cantando, vitoreando, agitando otras tantas banderolas, recorriendo las largas avenidas de la gran ciudad cuajadas de gente y con los balcones engalanados y llenos de espectadores, á pesar de la persistente lluvia.

El martes, 6 de Noviembre, era el día de la elección, que comenzando á las seis de la mañana debía durar hasta las cinco de la tarde. A las seis y cuarenta habían ya votado en una sección 52 electores; sólo en la ciudad de Nueva York votaron en 900 secciones 600.000 electores, dando un promedio de 666 electores por sección.

La sala de votación es tomada en arriendo para la jornada, y es ordinariamente reducida, ocupada por completo por la mesa y los gabinetes de los votantes; donde no se encuentra local á propósito, se coloca enmedio de la calle una caseta de hierro ondulado de 6 metros de largo por 3 de ancho, con entrada por uno de los lados pequeños; al otro extremo está el gabinete de los votantes, de aspecto singular: un metro de lado, con un escritorio en el fondo; allí se encierra el elector, que puede confeccionar su papeleta á su gusto, libre de toda mirada indiscreta.

La mesa ocupa uno de los costados mayores de la sala ó de la caseta. En ella se ven dos urnas, y los electores esperan la apertura formando fila. Una vez dentro, el elector dice su nombre, y comprobado que figura en las listas, se le entrega la cédula oficial, cuya margen superior, perforada para poderse cortar fácilmente, lleva un número de orden; debajo aparecen, divididas en seis columnas, las listas de los candidatos á la diputación con los nombres del Presidente y Vicepresidente de la República que se obligan á votar si son elegidos; cinco de estas columnas contienen el emblema de cada partido (un águila, los republicanos de Mac-Kinley; una estrella, los demócratas de Bryan; un brazo empuñando un martillo, los socialistas

de Malloney; una fuente, los prohibicionistas de Woolley, y una antorcha, los socialistas demócratas de Debs) y un círculo en blanco; la última no tiene emblema ni círculo ninguno, sino una lista en blanco para que el elector pueda llenarla en todo ó en parte con los nombres que quiera, si no le agradan los que figuran en las otras columnas.

La operación con estas papeletas es sencillísima, reduciéndose á señalar con una cruz hecha con lápiz en el círculo en blanco que hay debajo de cada emblema, la lista que se vota. Este es el caso más corriente; los electores que no quieren votar íntegra la lista de candidatos de esta manera *(straight)*, eligen los nombres que quieren, señalándolos al margen con una cruz *(scattered)*, ó inscriben otros nombres á su gusto en la columna en blanco. Señalada así la papeleta, el elector la devuelve doblada al presidente, el cual, después de haber cortado, sin desdoblarla, la margen superior numerada, que deposita en una urna, introduce la papeleta de votación en la otra urna. De este modo se asegura el secreto de la votación, se facilita la comprobación del número de votantes y se garantiza la exactitud del escrutinio.

* * *

Cómo debe ser un Ministro de Hacienda.—Dando cuenta la *Rivista politica e parlamentaria* de la obra que el ex Ministro de Hacienda de Francia, Leon Say, acaba de publicar con el título de *La Hacienda de Francia bajo la tercera República*, cita los siguientes conceptos que de un buen Ministro de Hacienda tenían Gladstone y Bastiat:

«Es un hombre—decía Gladstone—que sin estar obligado á ello, se somete á cruzar por una floresta de césped, teniendo en equilibrio los dos platos de la balanza del presupuesto y que, sorprendido y asaltado á cada paso por ladrones, que son precisamente sus amigos y colegas, se empeña por su honor, en proseguir su peligroso viaje, sacando á salvo su carga.»

»El Ministro de Hacienda—decía Bastiat—no sabe, como Fígaro, ni á quién escuchar ni de qué lado volverse: las cien mil bocas de la prensa y el Parlamento le intiman que organice el trabajo y los obreros, que extirpe el egoísmo, reprima la insolencia y la tiranía del capital, arriende redes ferroviarias, riegue llanuras, bonifique pantanos, pueble montañas, alimente desvalidos, instruya jóvenes, sostenga viejos, aliente las artes y haga brillar el sol ó caer la lluvia en tiempo oportuno. Pero... sin imponer nuevas tasas, sino más bien aboliendo las establecidas.»

Cuando Leon Say observó que en sólo una sesión parlamentaria se propusieron desde la tribuna 800 millones de nuevos gastos y otros 800 millones de baja en los ingresos, exclamó como Colbert contestando á Luis XIV: «Por lo menos, se ahorran cinco sueldos de una comida inútil para ayuda de los millones que hay que enviar á Polonia.»

He aquí algunos aforismos de Say: «Nada por nada; á grandes gastos, grandes impuestos.» «El equilibrio de un presupuesto no es posible sino á condición de levantar los ingresos al nivel de las necesidades.» «Cuando los electores dan á sus mandatarios el encargo de gastar mucho por su cuenta, es como si le ordenasen que les enviara con frecuencia el exactor: han hecho encargos, y se les envía la factura.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestras costumbres: por el Licenciado Pedro Gotór de Burbáguena.—Madrid, 1900.—Un vol. de 397 pág. en 4.°

He aquí un libro que, juzgado á la luz de una determinada creencia y con arreglo á positivos dogmas, puede merecer un calificativo que horrorizará de espanto á mucha gente: es una obra *inmoral*, profundamente *inmoral*.

Alea iacta est: está pronunciada la palabra. Ya saben algunos lectores á qué atenerse. Los prudentes, los avisados, esperarán la explicación de la frase.

Es un libro que ataca á la familia, tal como entre nosotros se halla organizada; que censura la educación, tal como entre nosotros se entiende; que pone en claro y anatematiza cuánta hipocresía y abominación encierran *nuestras costumbres* públicas y privadas.

Es, por consiguiente, un libro *inmoral*, en cuanto va *contra lo usual*, contra lo corriente, contra lo vivido. Es *inmoral*, en el mismo sentido en que es *impúdico* el anatómico que despoja el cadáver de sus vestiduras y pone de manifiesto sus desnudeces.

Pero si de la palabra pasamos á la cosa, y del adjetivo á lo sustancial, ¡cuán otro aspecto revisten los hechos! Entonces el libro á que nos referimos se convierte en un dechado de *moralidad*, y su autor merece todo género de aplauso y en-

carecimiento, porque es de los pocos *sanos*, de los pocos que tienen suficiente franqueza y valentía para expresar las ideas tal como las ha concebido su entendimiento, y para mirar cara á cara la realidad, á fin de no dejar ningún rincón inexplorado en la miserable trama de nuestra vida. El autor de esta obra pudiera decir, con más derecho aún que Montaigne: *lector, este es un libro de buena fe.*

* * *

Es más difícil de lo que á primera vista parece darse cuenta de lo que la *buena fe* ó la *buena voluntad* significan en los malaventurados tiempos por que atravesamos.

Escribir de buena fe, no tanto es manifestar con ingenuidad el pensamiento, no tanto es aparecer en esta relación con la candidez de la paloma, como atreverse á revelar sin ambajes la impresión profunda y radical que los accidentes, la experiencia, la observación, el conjunto, en suma, de la vida, ha producido en nosotros; impresión que casi todos guardamos calladamente en nuestro interior, adoptando máscaras diversas para su revelación externa.

El Licenciado Gotor de Burbáguena no se ha callado nada en este respecto: lo ha dicho todo, llana, natural, crudamente si se quiere. Y lo ha dicho, no con un fin trascendente, ni con tendencias dogmáticas, ni exponiendo sistemas de conducta. Se ve que su libro está escrito para satisfacer una verdadera necesidad intelectual y pasional; su alma estaba demasiado lacerada para no permitirse el desahogo de narrar de esta manera tan sencilla la pena de la vida.

Fuera del Licenciado Gotor de Burbáguena, yo no recuerdo más que un pensador español digno de comparársele: el malogrado Angel Ganivet. Hay una semejanza manifiesta en la idiosincrasia moral de estos dos escritores. Pero se nos antoja que el primero pone mejor el dedo en la llaga, y sabe con más acierto qué punto escoger para blanco de sus tiros.

Por otra parte, aunque al final de su libro intente nuestro autor alguna solución, es evidente que el efecto general de la lectura es profundamente pesimista. Ni podía ser otra cosa desde el momento en que el autor era de los que sienten *hondo* y hablan *claro*.

Por eso los capítulos sobre: «Condición de la mujer»; «el matrimonio»; «la familia»; «el catolicismo»; «el dinero»; con todos sus desenvolvimientos acerca del amor, la educación, la moral católica, la propiedad, etc., etc., pasan por los ojos del lector á manera de chasquidos de tralla, duros, secos, sin conmiseración ni contemplaciones.

¿Qué hemos de decir acerca de las ideas del autor? Este no es de los libros que se discuten con fruto. Es un estudio de psicología social, que supone largas horas de meditación detenida y dolorosa, y acerca del cual no cabe adoptar otra determinación que leerlo ó dejarlo de la mano; pero una vez leído, si el lector tiene ojos para ver y oídos para oir, no puede menos de aceptar como fundadas y exactas las observaciones.

*
* *

Decíamos que *Nuestras Costumbres* no era un libro de finalidad trascendente, que el autor no pretendía sustancialmente dar una fórmula de redención. No es sólo esto: el autor tiende en cierta manera al *mis-arquismo* de Nietzsche, y más aún al *egoismo* de Max Stirner.

Lo cual no envuelve una censura, porque todas las investigaciones antiguas y modernas, religiosas ó profanas, acerca de la felicidad, tienen precisamente por carácter distintivo este egoismo. Acéptese la solución idealista ó la solución hedonística, siempre resultará que, al buscar el hombre la felicidad, la busca y la procura principal y cuasi únicamente en vista y en relación de sí propio. Lo que hay es que á veces constituímos el bienestar ajeno en medio y condición indispensable para el bienestar propio.

El autor de *Nuestras Costumbres* parece inclinarse á este último partido; por eso tiene el valor de escribir, y, lo que es más aún, el valor de dirigirse á la sociedad y de solicitar su convicción. Es de suponer que el ente de razón, en este como en mil casos análogos, desdeñe mirarse en el espejo y siga contra su historiador el más mortífero y satánico de los procedimientos: el del silencio.

Obsérvase también, teniendo en cuenta las ideas que en uno y otro lado expone el autor acerca del sentimiento moral, que se inclina á la tesis de Schopenhauer. La *simpatía* es, en cierto modo, á su entender, la única tabla de salvación de la moralidad.

En esto no podemos menos de apartarnos del Licenciado Gotor de Burbáguena. ¿Cómo es posible imaginar que, derruidos los únicos fundamentos aparentemente sólidos de la moral encuentre ésta su base en algo tan difícil de explicar y tan vacío de contenido como la simpatía? ¿Qué es ésta sino un vocablo que se emplea para repetir á manera de aclaración lo mismo que se trata de comprender?

* * *

El libro es sabroso y de fácil lectura. Citar aquí á modo de ilustración algunos de sus párrafos sería completamente inútil, porque estamos seguros de que nos ahorrará esa tarea la curiosidad, muy fundada en este caso, de los lectores.

Obras como *Nuestras costumbres* no salen á luz con frecuencia, mejor dicho, salen á luz muy rara vez. Por eso creemos de nuestro deber felicitar con la mayor sinceridad á su autor, esperando no sea este el único estudio de *anatomía social* que nos ofrezca.

Para terminar, hemos de decir algunas palabras con referencia á la solución capital, fundamentalísima que á ojos del licenciado Gotor de Burbáguena ofrece el problema moral: el amor.

Leyendo las últimas páginas del libro, parécenos estar oyendo las palabras que Brunhilda pronuncia antes de arrojarse á la pira en *El Crepúsculo de los Dioses*: »Si desaparece la generación de los dioses como leve brisa, y dejo al mundo sin dominador, os daré en cambio el tesoro más sublime de mi saber. No consiste la felicidad ni en el oro, ni en los bienes, ni en la pompa, el hogar, el poderío; ni en los lazos con que atan traidores pactos, hipócritas costumbres, duras leyes; sólo el amor trae consigo la dicha, en el júbilo como en los pesares.»

Pero ¿cómo ha de ser ese amor? ¿Quién se mostrará digno de él? Esto es lo que no nos dice el Licenciado Burbáguena, y lo que ha dado y dará motivo á eternas discusiones.

A. Bonilla y San Martín.

Un procès de sorcellerie en Berry au XVII^e siècle. Discours prononcé par M. Maulmond, avocat général à la Cour d'Appel de Bourges, le 17 Octobre 1898.—Bourges, 1898. — Un folleto de 31 páginas, sin indicación de precio.

¡Qué diferentes son las ideas y los juicios de los hombres, según los varios influjos á que viven sometidos! Lo que en un tiempo se estima como perfectamente aceptable, y el ponerlo en duda constituye un atrevimiento vitando y punible, llega, en el rodar de las cosas y de los acontecimientos, á convertirse en absurdo y aun en ridículo.

¿Cómo habían de imaginar los juzgadores y fiscales de los siglos anteriores, aquellos que perseguían á los hechiceros y brujos como seres altamente perjudiciales para el bienestar social, castigándolos por eso casi siempre con pena de muerte, que había de llegar un momento en que otros juzgadores y fiscales habían de atribuir su conducta unánimemente á prejuicios producidos por la ignorancia, y en que los procesos en

que ellos intervenían vendrían á ser exhumados como curiosidad histórica y como materia digna de fuertes censuras?

Pues esto precisamente es lo que ha hecho el Abogado general del Tribunal de apelación de Bourges, M. Maulmond, en su discurso de apertura de dicho Tribunal en 1898.

Antiguamente «no había—nos dice Voltaire—un parlamento [tribunal] ni un presidente que no se ocuparan en juzgar hechiceros; no había ningún jurisconsulto grave que no escribiese doctas memorias sobre los poseídos del demonio. La Francia temblaba de los tormentos que los jueces infligían á pobres imbéciles, á quienes se hacía creer que habían estado en el aquelarre y á los cuales se condenaba á morir sin piedad.»

En cambio, «ya hoy no creemos en la brujería ni en sus peligros. Allí donde antes se veía culpables nosotros no vemos más que enfermos, histéricos, alucinados, desgraciados cuya situación reclama cuidados, no castigos; si bien comprendemos que la Iglesia y la sociedad hayan entablado lucha contra aquellos que tenían por enemigos muy temibles.»

Perfectamente; esta ecuanimidad de juicio es de alabar. Las instituciones de cada tiempo y de cada pueblo tienen su razón de ser. Pero allí y sólo allí. No hay que alabarlas á toda costa, ni tratar de reproducirlas en un ambiente donde ya no caben.

«Hay la moda de celebrar las virtudes de nuestros antepasados, de presentarnos lo que ya no existe como ejemplo, y de gemir por las costumbres del siglo en que vivimos. Echemos, no obstante, una ojeada hacia atrás, veamos en los archivos los procesos instruídos en los siglos XVI y XVII contra infelices alucinados; evoquemos los medios de información entonces en auge, la crueldad de los suplicios infligidos á los procesados y á los condenados, y en tal caso nos encontraremos menos inclinados á echar de menos el pasado y haremos mejor la debida justicia á los progresos realizados.»

La lectura del opúsculo de M. Maulmond es de veras instructiva é interesante.

P. DORADO.

L'origine delle ordalie nel Diritto siamese, per Giuseppe Mazzarella.—Roma, 1900.—Un folleto de 39 páginas, sin indicación de precio.

Como la frecuencia, cada vez mayor, de las comunicaciones es un medio poderosísimo para establecer la solidaridad entre los pueblos contemporáneos que viven en diferentes países, los estudios y las investigaciones históricas lo son también para conseguir esa solidaridad entre los pueblos y las civilizaciones correspondientes á distintas épocas. A esos estudios somos deudores de la posibilidad de convivir, hasta cierto punto, con los hombres de tiempos muy distantes de los actuales.

En lo que á la vida jurídica respecta, la escuela llamada «histórica» es la que ha dado el mayor impulso, y el primero podríamos decir, á la reconstrucción de la que los grupos humanos de otras edades pudieron hacer. Lo que desde este punto de vista debemos á los fundadores y representantes de esa escuela es incalculable. El gusto por las investigaciones de arqueología jurídica, de jurisprudencia etnológica, y en general de historia del Derecho, de ella parte. Desde el año 40 del siglo XIX hasta ahora, es mucho lo que respecto de las materias dichas se ha averiguado, y antes se desconocía. Antes, reducíamos toda la historia antigua (la del Derecho cuando menos) á conocer un poquito de la de Roma y dos ó tres pinceladas de los germanos; hoy, el horizonte se ha extendido de un modo considerable. No queda pueblo, raza, tribu, agrupación humana, cuyas instituciones y modo de vivir en todos los órdenes no procuren inquirir los estudiosos. ¡Y qué revelaciones y sorpresas han resultado de esto! Cosas que se pretendía fueran exclusivas de un pueblo (del que más ó del que únicamente se conocía: por lo regular, Roma), ó autóctonas, se han encontrado en varios otros, ya de la misma estirpe del primero, ya de otra distinta; por donde ha venido á comprobarse á veces, bien el común origen, bien influjos y relaciones anteriormente ignorados, ora el poder de la imitación, etc.

El autor del opúsculo de que aquí se trata es uno de los que desde hace años consagran su actividad y sus esfuerzos á los referidos estudios de jurisprudencia etnológica. A los trabajos de esta índole ya publicados, y de los que se ha dado cuenta en este sitio á su debido tiempo, hay que agregar el que acaba de dar á luz sobre *Las ordalias en el Derecho siamés.*

En este escrito analiza las clases de ordalias que se admitían, de cuándo data su existencia (del período gentilicio), cuándo se hacía uso de ellas (á falta de otras pruebas), para qué clase de asuntos, con qué condiciones, en qué formas, con qué valor, qué significación cabe darles, etc., etc.

P. Dorado.

La Sociologia morale, *per A. Asturaro.*—Chiavari, 1900. Un folleto de 20 páginas; sin indicación de precio.

Della pretesa impossibilità della Sociologia generale, *per A. Asturaro.* —Asti, 1900. Un folleto de 7 páginas; sin indicación de precio.

Es el profesor Asturaro uno de los sociólogos contemporáneos mejor reputados, con justicia; y de los muchos escritores que en su país se consagran al estudio de cuestiones sociológicas, pocos serán, si hay alguno, los que puedan competir con él en laboriosidad, en competencia científica, en profundidad de ideas.

Sin embargo, debe ser poco conocido entre nosotros, á juzgar por lo poco que lo citan las escasas personas que en España parece que se interesan en los problemas de Sociología. Y eso que de varias de sus publicaciones se dió cuenta en tiempo oportuno por medio de laudatorias notas bibliográficas, sobre todo de *La Sociología y las ciencias sociales*, de *La Sociología, sus métodos y sus descubrimientos* y de *Los ideales del positivismo.*

Prosiguiendo la labor sociológica que el ilustre profesor de Génova viene realizando desde hace algunos años en libros y

Revistas, ha publicado últimamente los dos breves opúsculos cuyo título queda escrito más atrás, procurando en el segundo de ellos—que tiene la forma de epístola—deshacer las objeciones que otro italiano, De Martini, ha presentado, no hace mucho, contra la posibilidad de construir una ciencia sociológica general, y bosquejando en el primero los rasgos más generales de una Sociología moral, esto es, indicando la naturaleza de fenómenos sociales que tienen los hechos morales y determinando la triple misión que, según el autor, debe cumplir la ciencia que los estudie sociológicamente, la *Sociología moral*, la cual no es otra cosa que la antigua Filosofía moral, sólo que emplea en la consideración y examen de las materias que ésta estudiaba método diverso de aquel de que la misma hacía uso: la Sociología moral es la misma Filosofía moral estudiada con el método sociológico, que es el método científico. En las pocas páginas que componen entre los dos folletos hay muchas ideas, bastantes de ellas acertadas y aceptables, aunque no todas, á mi juicio.

P. Dorado.

Mala vita napoletana, per Giulio Caggiano; illustrazioni di Aurelio Caggiano. Terza edizione.—Milano, Società anonima editrice «La poligrafica».—Un volumen (sin fecha) de xv-220 págs., 1,50 liras.

En un elegante volumen, de impresión muy limpia y buen papel, y con grabados, nos cuenta Julio Caggiano, Juez instructor adjunto al Tribunal de Milán, las costumbres de la mala vida napolitana, de la famosa *camorra*. Nos las cuenta en forma muy amena, como pudiera hacerlo un buen novelista: muchas veces le parece á uno estar leyendo la novela más interesante. Hay capítulos, como los titulados *Soldato ribelle* y *Ragazzi poveri,* que conmueven hondamente el alma del lector; están escritos con mucho arte, por mano experta, y á la vez por quien siente de veras lo que dice. Esto último, que se

conoce muy bien, comunica un calor especial, un *alma* podría decirse, á la narración. Si la pintura estuviese hecha *á la aguada,* el libro no valdría la mitad de lo que vale.

No se trata, sin embargo, de novelas; esta es la forma de que el autor se sirve (cuentos, novelitas cortas); pero, según asegura él mismo, todas ellas «son escenas tomadas de la realidad en los bajos fondos, en las cárceles y en los hospitales de aquella deliciosa y desventurada ciudad (Nápoles)».

Mas aun cuando así sea, aun cuando el material de estudio lo haya proporcionado la ciudad referida, Caggiano, en vez de poner por título á su estudio: «Mala vida *napolitana*», ha podido ponerle este otro: «La mala vida... en todas partes». Pues lo que en Nápoles sucede, sucede donde quiera; las mismas desventuras sociales, origen de tantos delitos y desgracias, se encuentran en todas las grandes (y aun pequeñas) poblaciones. Sólo puede concederse algo de especial á la *camorra.* Y lo que en todo el mundo (en el llamado mundo civilizado) se ve es esto: que lo que los descontentos de hoy (socialistas, anarquistas, revolucionarios, etc.) denominan «pésima organización social presente», y singularmente la miseria de las clases pobres, es la causa fundamental y originaria de los delitos que luego castiga muy fosca esa misma sociedad que ha engendrado á los delincuentes.

El autor de *Mala vida napolitana* acaso no sea un socialista, pero en su libro oficia de tal y se da la mano con tantos otros publicistas contemporáneos, desde Tolstoy para abajo, que piensan que «la gran culpable» es la sociedad, tal y como se halla constituída hoy por hoy. Por eso comienza su libro escribiendo: «Para estudiar la génesis de algunos delitos, sería preciso descender á los bajos fondos sociales, estudiar su vida y costumbres, conocer sus necesidades y dolores. Antes que declamar contra los delitos invocando penas graves y terribles, deberían estudiarse los medios de destruir la delincuencia en su germen. Los teorizantes del Derecho penal están más dispuestos á estudiar el delito que los delincuentes,

los cuales, abandonados á sí mismos, fatalmente dan la indefectible y periódica contribución á las cárceles, como si se burlaran de los códigos, de las penas y de los jueces. ¡Cuántas veces esos teorizantes permanecen indiferentes ante los dramas más dolorosos de la mala vida de Nápoles, indiferentes ante las turbas de muchachos sucios, abandonados por las calles de la ciudad; y así, en busca de delitos, cierran los ojos ante los futuros delincuentes!»

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Alamán (L.)—Obras de D. Lucas Alamán. *Tomo III.* Disertaciones sobre la historia de Méjico. III. México. Imprenta de V. Agüeros, 1900. En 8.°, VIII-520 páginas, con retratos: 6 pesetas.

Sociedad de autores mexicanos, tomo 31.

Alcalá Galiano (P.)—Santa Cruz de Mar Pequeña. Pesquerías y comercio en la costa NO. de Africa. En 4.°, 315 págs. y 5 mapas: 6,50 pesetas.

Almanaque de *La Ilustración* para el año 1901, dirigido y compuesto por D. Antonio Garrido, con la colaboración de los Sres. Alberti (F.), Andrade (A.), Banda (E), Becerro de Bengoa (R.), Bustillo (E.), Ciarán (A.), Delgado (S.), Echegaray (José y Miguel), etc., etc. *Año XXVIII.* En 4.° mayor, 102 págs., con láminas y grabados: 2 pesetas.

Altamira (R.)—Cuestiones hispanoamericanas. Las Universidades españolas y la cultura americana.—Nuestra política americanista. Latinos y anglosajones.—El castellano en América, etcétera. En 8.°, 96 págs.: 1,50 pesetas.

Amérigo (F. J.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.° mayor, 33 págs.

Tema: La idealidad en la obra del arte.

Baroja (P.)—La casa de Aizgorri; novela en siete jornadas. En 8.°, 227 págs.: 3 pesetas.

Becker (J.)—Las bodas reales en España. El futuro de S. A.—Historia.—Crítica.—Legislación.—Documentos. En 8.° mayor, 376 páginas y dos retratos: 4 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—Entre naranjos; novela. En 8.°, 415 págs.: 3 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, coleccionados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XXIV.* En 4.° mayor, 430 págs.: 15 pesetas.

Domínguez (M.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.° mayor, 45 págs.

Tema: La pintura impresionista.

España Lledó (J.)—La enseñanza oficial de la filosofía en España desde el año de 1857. *Segunda parte*. En 8.°, 19 págs.: 1 peseta.

Fernández Duro (C.)—Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón. *Tomo VI*. En 4.°, 527 páginas con láminas y retratos: 15 pesetas.

Idem.—El derecho á la ocupación de territorios en la costa Occidental de Africa, discutido en la Conferencia internacional de París en los años de 1886 á 1891. En 4.°, 74 págs.

Fichte (J. T.)—Discursos á la nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna, por J. T. Fichte; traducción y prólogo por Rafael Altamira, Profesor de la Universidad de Oviedo. En 4.°, 225 páginas: 5 pesetas.

Fournier (E.)—El ingenio en la historia; investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas. En 4.°, 129 págs.: 3 pesetas.

García Alvarez (E.) y Paso (A.)—El «Missisipí»; zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 4.°, 35 páginas: 1 peseta.

Gumplowicz (L.) — Compendio de sociología, por Luis Gumplowicz, Profesor de Ciencias políticas en la Universidad de Gratz, traducido por Manuel Alonso Paniagua, Abogado del Ilustre colegio de Madrid. En 4.°, 460 págs.: 9 pesetas.

Ibáñez Marín (J.)—Violación supuesta; defensa de un capitán acusado de tal delito. *Segunda edición*, aumentada con un prólogo y varios apéndices. En 8.°, 62 págs.: 1 peseta.

López Allué (L. M.)—Capuletos y Montescos, novela de costumbres aragonesas. En 8.°, 330 págs.: 3 pesetas.

López Ferreiro (A.)—Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela. *Tomo III*. En 4.°, 528 págs. y 126 de Apéadices é índice, con grabados: 4,50 pesetas.

Marco é Hidalgo (J.)—Biografía de Doña Oliva de Sabuco. En 8.°, 91 págs.: 1 peseta.

Molas, García Alvarez y Paso (A.) La luna de miel, humorada cómico-lírica en un acto. En 4.°, 35 páginas: 1 peseta.

Molina de la Torre (E.)—Reflejos; composiciones en verso. En 8.°, 108 págs.: 2 pesetas.

Montagut (N.)—Las cabras de leche. En 4.°, 144 págs.: 2 pesetas.

Muñoz del Castillo (J.)—Las enseñanzas de la Facultad de Ciencias en Francia. En 8.°, 16 páginas: 50 céntimos.

Muñoz Pavón (J. F.)—Justa y Rufina; novela. En 8.°, 248 págs.: 3 pesetas.

Navarro y Ledesma (F.)—Lecciones de literatura. *Segunda parte*. Preceptiva de los géneros literarios. En 4.°, 194 págs.: 6 pesetas.

Ocaña (J.) - Mosquetazos; poesías y artículos. En 8.° mayor, 274 páginas: 3 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Cuarenta días en la Exposición. En 8.°, 286 páginas: 3,50 pesetas.

Paso (M.)—Páginas de oro; poesías. En 8.°, 32 págs.: 25 céntimos.

Perosterena (F.) y González Cando (L.)—La leva; zarzuela en un acto y dos cuadros. En 4.°, 33 páginas: 1 peseta.

Puente y Olea (M. de la).—Estudios españoles. Los trabajos geográficos de la Casa Contratación. En folio, VIII-451 págs., con grabados: 20 pesetas.

Pulido (A.)—Tratado práctico de las oclusiones del intestino. En 4.°, dos tomos, 560 y 477 páginas: 16 pesetas.

Ramírez de Helguera (M.)—El Real Monasterio de San Zoil, de la Muy Noble y Leal Ciudad de Carrión de los Condes, ante la historia y el arte. En 8.°, 110 págs. y tres láminas: 1 peseta.

Roldán y Vizcaíno (F.) — Baterías de costa. En 8.°, 251 págs., 15 láminas y varios estados plegados: 5 pesetas.

Taboada (L.) — Intimidades y recuerdos (Páginas de la vida de un escritor). En 8.°, 301 págs.: 3 pesetas.

Torres Lanzas (P.) — Relación descriptiva de los mapas, planos, etcétera, de Méjico y Floridas existentes en el Archivo general de Indias. *Tomo II.* En 8.°, 201 páginas: 5 pesetas.

Valero de Tornos (J.) — España en París en la Exposición de 1900. En 8.°, 281 págs.: 3 pesetas.

Vera y López (V.)—La galvanoplastia, la electro-química y el fotograbado. En 4.°, 200 págs., con grabados: 4 pesetas.

Wangüemert y Poggio (J.)— Consideraciones históricas acerca de las islas Canarias. En 8.°, XXIV-187 págs.: 3 pesetas.

INDICE

	Págs.
En vano (novela), por Enrique Sienkiewicz	5
Poetas americanos: Sonetos. En el paseo (diálogo). *La beata,* por Manuel A. Hurtado, chileno	60
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	64
La primer hoja del álbum, por Gaspar Núñez de Arce	78
Historia del cobre, por Joaquín Olmedilla y Puig	79
De guante blanco, por Juan Pérez de Guzmán	93
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	120
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	144
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	152
Notas bibliográficas, por A. Bonilla y San Martín y P. Dorado	194
Obras nuevas	205

España moderna

AÑO 13. NUM. 146.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO.

FEBRERO, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EN VANO

NOVELA

SEGUNDA PARTE [1]

VI

Mientras tanto, Augustinovitch se había instalado definivamente en casa de Schwarz y llevaba una vida muy diferente de la anterior. Nunca tuvo un albergue decente, y Schwarz se lo había procurado; no tuvo cama ni mantas, y Schwarz se las compró; carecía de traje presentable, y Schwarz se lo dió; sufrió constantemente hambre, y en la actualidad Schwarz compartía con él el alimento. De esta suerte, abrigado, bien nutrido, con traje decente, lavado, peinado, con la barba afeitada, el estudiante se había convertido en otro hombre.

Como ya se ha podido adivinar, Augustinovitch era un carácter débil, el producto lógico de las circunstancias de su existencia. Así, bajo la austera disciplina de Schwarz, se operaba en él una transformación tan radical, que estaba desconocido. Comenzaba á gustar de la vida honrada y arreglada; y así como antes era refractario á todo sentimiento de vergüenza, avergonzábase ahora de todo lo que chocase con la elegancia del traje y de los guantes. Lo que le costaba mayor sacrificio era renunciar á la bebida; pero Schwarz, que lo cuidaba como á la niña de sus ojos, apartaba de su paso todas las

(1) Véase la primera parte en el número de Enero.

ocasiones de caída, y no lo perdía de vista ni un solo momento. Procuraba no dejarle dinero en el bolsillo, y de cuando en cuando le ofrecía un traguito de aguardiente.

Imposible es expresar la impaciencia con que Augustinovitch esperaba que su amigo abriera el armario y le diese el deseado trago. Evocaba en su imaginación el sabor del aguardiente, soñaba, en el verdadero sentido de la palabra, que lo paladeaba, que le corría por la garganta, y experimentaba, por último, su ardor en el estómago... Casi siempre Schwarz bebía también con su compañero, para quitar á su obsequio cierto carácter de humillación.

Andando el tiempo, Schwarz llegó á tratar á Augustinovitch con mayor confianza, á ponerle al corriente de sus intereses privados, de sus asuntos en la Universidad, y por último, de sus ideas, de sus pensamientos y de sus sentimientos. Augustinovitch—inútil será tal vez decirlo—hacía suyas y se asimilaba las ideas de Schwarz; y cuando la ocasión se presentaba, las repetía, empezando con esta frase: «Yo sería de opinión que...» En fin, nadie hubiera podido reconocer en él al Augustinovitch de antes. El que antes no se asustaba de nada, apresurábase ahora á cortar cualquier conversación en cuanto se dirigía por un terreno resbaladizo: «Señores, perdónenme, pero ante todo respetemos el decoro.» Los estudiantes se reían; á veces sonreía hasta el mismo Schwarz; pero éste hallábase satisfecho de su obra. Como los dos estaban matriculados en la Facultad de Medicina—aunque esto no había necesidad de decirlo—estudiaban juntos por las noches; y de este modo, tuvo ocasión Schwarz de conocer y de apreciar la potencia intelectual de Augustinovitch, cuya mente no hallaba diferencia entre lo fácil y lo difícil, en el cual ocupaba el lugar de la reflexión una intuición verdaderamente maravillosa, y cuya memoria poco sólida, pero muy capaz, suplía la falta de constancia en el trabajo.

El más asiduo en casa de Schwarz y Augustinovitch era Vassilkevitch. Al principio iba con Karvovsky; después, poco

á poco, adquirió la costumbre de ir diariamente solo á una hora fija; y sus discusiones con Schwarz, discusiones que entrañaban los asuntos más sustanciales de la ciencia y de la vida, revestían siempre un sello de ingenuidad. Los dos jóvenes apreciaban recíprocamente su propio mérito, y cada uno adivinaba la capacidad intelectual y la energía de la voluntad del otro: tratábase, en suma, de una amistad basada en la estimación recíproca, y que prometía ser sólida y duradera. Tanto el uno como el otro tenían en sus manos las riendas de todos aquellos jóvenes que estudiaban en la Universidad; toda iniciativa que se refiriese al interés común partía de ellos; y como ambos estaban siempre de acuerdo, también procedía todo de acuerdo en la Universidad. Y esto redundaba en beneficio de los estudios y de la vida en colectividad.

—Dime—preguntó una vez Schwarz á Vassilkevitch;—¿qué es lo que se dice de mi conducta con Augustinovitch?

—Unos te ensalzan hasta las nubes; otros te ponen en caricatura—respondió Vassilkevitch.—Precisamente ayer me ví con uno de tus contrincantes para tratar de un asunto referente á la biblioteca; asistí á una especie de reunión, en la que el tema de la discusión lo constituíais tú y Augustinovitch. Pero imagínate quién era el que tomaba tu defensa con mayor calor.

—¿Quién?

—Adivínalo.

—¿Carlos Karvovsky?

—No.

—Entonces no acierto.....

—¡Gustavo!

—¿Gustavo?

—Sí, Gustavo. Les dijo tales cosas á los que se burlaban de ti, que te aseguro no se les ha de olvidar tan pronto..... Ya conoces tú su modo de hablar..... ¡Era cosa de oirle! Parecía que les quería hacer trizas.

—No me lo hubiera esperado.

—¿Por qué? ¿Hace mucho tiempo que no le ves.....? ¡Pobrecillo! Le ha perdido ese amor desgraciado..... Lo siento de veras, porque ha sido siempre un buen muchacho. Tú que debes entender de estas cosas, ¿crees que esté enfermo de cuidado?

—Tal creo.

—Pero, ¿qué enfermedad tiene? ¿Asma?

—Asma..... Exceso de trabajo.....—respondió Schwarz con un gesto indefinido.—¡Qué lástima! ¡Pobrecillo!

De repente se oyó en la escalera el ruido de pasos apresurados; se abrió la puerta, y en el umbral apareció Gustavo tan cambiado, que casi era imposible reconocerlo. Se le veían los huesos, sus labios estaban blancos, su frente tenía color terroso, y los cabellos, la barba y los bigotes, crecidos de un modo inculto, parecían de un negro más intenso por el contraste con la extrema palidez de la cara. De aquel pobre recuerdo de hombre desprendíase un frío cadavérico; se hubiera dicho que salía de una enfermedad gravísima; y en su rostro se leía la consciencia de su estado y una resignación desesperada.

Estupefacto, atónito, Schwarz no fue capaz de hacer un movimiento, ni de proferir una palabra. Pero el mismo Gustavo vino en su ayuda, diciéndole:

—Schwarz, tengo que dirigirte un ruego. Me prometiste en una ocasión no volver á casa de la Potkansky; pues bien; retira tu promesa.....

—No tengo costumbre de faltar á mi palabra—respondió Schwarz.

Gustavo no se turbó y replicó con calma:

—Estoy convencido de ello. Pero ahora se trata de algo que tiene muchísima importancia..... Si, por ejemplo, llegase yo á morir..... no había de subsistir tu promesa... Pues bien, estoy enfermo... muy enfermo, y ella tiene necesidad de una protección poderosa... Yo no puedo... Carezco de medios para protegerla.....necesito descansar, permanecer en la cama..... porque me encuentro sin fuerzas.... Y además, mejor es que

tú sepas toda la verdad..... ella te ama, tú la amas, y yo, q ue venía á ser un obstáculo entre vosotros dos, me retiro... ¡Oh! No creas que lo haga por espíritu de sacrificio..... la necesidad me obliga á ello.... La he amado mucho, y siempre alimenté la esperanza de que algún día correspondiese á mi cariño..... No ha sido más que un sueño ...—Gustavo bajó la voz.— Jamás me ha querido ninguna mujer... Mi existencia se ha deslizado enmedio de una tristeza continua, infinita... ¡He sufrido mucho en estos últimos tiempos!... Todo ha acabado ya. Lo que me atormenta ahora es la idea de que permanezca sola, abandonada..... Hubiera debido ser para ella nada más que un tutor... pero no he tenido el valor del sacrificio... Tú, Schwarz, podrás serlo en mi lugar; tú eres rico, tienes energía... y ella te ama... créelo, tu suerte será muy diferente de la mía.... ¡Qué pocas alegrías he tenido en mi vida! Pero no es esto de lo que quería hablarte... La amo aún, y no quiero que por culpa de mi amor sufra contrariedades..... no quiero que mi amor sea la causa de que se quede sin apoyo en la tierra..... Schwarz, hay circunstancias en las que nada se puede negar á un hombre que ruega..... ¡Vuelve al lado de ella!..... Hubo un tiempo en que vivimos juntos, en que compartimos nuestros dolores..... ¡Vuelve á su lado!..... Estás en el deber de hacerlo por mí, porque, te lo repito, estoy enfermo, y quizás es la última vez que te hablo, quizás no podré volver á verla.

Cuando acabó Gustavo, se levantó Vassilkevitch y, dirigiéndose á Schwarz, con los ojos llenos de lágrimas, exclamó:

—Debes hacer todo lo que te pide Gustavo.

—Sí, iré á casa de la Potkansky, te lo prometo—respondió Schwarz con resolución. La tomaré bajo mi amparo de hombre honrado; os doy mi palabra á vosotros que me escuchais.

Gustavo lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Gracias! Y ahora vete.....

Pocos instantes después Gustavo y Vassilkevitch se quedaron solos en el cuarto. Reinó un momento de silencio solem-

ne; después el lituano, que á duras penas reprimía los latidos de su corazón, prorrumpió con acento de profunda compasión:

—¡Pobre Gustavo! ¡Cómo debes sufrir en este momento!

Gustavo no replicó; pero su respiración era fatigosa; sus dientes castañeteaban, su rostro se contraía convulsivamente. Después comenzó á sollozar con desconsuelo... y parecía desvanecerse.....

***

Tres días después, Schwarz y Vassilkevitch rodeaban el lecho de Gustavo, moribundo. Era una noche serena, y los rayos de la luna penetraban formando haces de luz al través de la ventana. Vista así, aquella cabeza de agonizante, con las mejillas hundidas, el rostro descarnado, consumido por largos dolores y sufrimientos, parecía hermosa; una mano diáfana pendía fuera de la cama, y la otra reposaba sobre el corazón. Junto al lecho, una vela iluminaba con débil resplandor rojizo aquella víctima propiciatoria, dejando el lado opuesto de la habitación en una triste penumbra. Gustavo no había perdido aún el conocimiento, y se esforzaba en describir minuciosamente las circunstancias de la viuda de Potkansky. De cuando en cuando dirigía con trabajo la palabra, unas veces á Schwarz, otras á Vassilkevitch, los cuales, á la cabecera del enfermo, enjugaban el sudor de su frente con un pañuelo.

—Escuchadme con atención...—decía Gustavo.—Sus parientes la envían dos mil *gulden* polacos anualmente... el gasto de su casa es de cinco á seis mil... Yo procuraba suplir el resto... Traed pronto la luz, y humedecedme los labios... Me privaba del sustento... no dormía... He pasado días enteros sin un pedazo de pan... Levantadme un poco la cabeza... ponedme más altas las almohadas... no puedo hablar ya... Allí... en aquel cajón... encontraréis aún... treinta rublos... ¡Son para ella!... Se me nublan los ojos... tengo necesidad... de reposo.

Siguieron unos instantes de silencio. En un ángulo de la

habitación roía un ratón un pedazo de papel... La muerte llegaba...

—Hubiera querido que nuestro asunto... hubiese terminado—volvió á decir Gustavo.—Os recomiendo que no se pleitee... ¡Tengo miedo!... ¡Quién sabe si es verdad que existe un cielo y un infierno!... Sin embargo... no he rezado nunca...

Vassilkevitch se inclinó hacia el moribundo, y le preguntó:

—Gustavo, ¿crees en la inmortalidad?

Gustavo no pudo responder, pero inclinó la cabeza á manera de respuesta afirmativa. Entonces pareció como si en la estancia resonase el eco de una música celeste. Formada por los suaves rayos de la luna, una estela de ángeles descendía del cielo hasta la tierra, flotando aquéllos con sus alas de oro, rosadas, multicolores; se elevaban por los aires, se juntaban en torno del mísero paciente, agitando las alas como bandada de aves juguetonas... parecía oirse el roce de las plumas... Y pronto, enmedio de aquel coro celeste y silencioso, voló el alma de Gustavo.

Los funerales se celebraron con extraordinaria pompa, y todo el cuerpo escolar acompañó al féretro. Solamente entonces empezó á hablarse del profundo saber del muerto, y de su pasión por los estudios, y de su fuerza de voluntad. Resultaba, en efecto, hecha la cuenta de sus ingresos, á la que Schwarz dió publicidad, que Gustavo ganaba cerca de cuatro mil *gulden* al año; sin embargo, llevaba una vida miserable, de perro, y todo lo empleaba en socorrer á la viuda. Y el heroísmo de tan noble sacrificio, voluntario y velado á los demás, había de constituirle un recuerdo imperecedero en el corazón de sus compañeros. Solamente entonces se descubrieron trabajos literarios del difunto, que revelaban una erudición científica y un talento nada vulgares. Se encontró entre sus papeles un diario, escrito en estilo llano y, en algunos pasajes, rudo casi: una revelación de los aspectos sombríos de una vida deslizada entre desventuras, la apología de la florescencia juvenil de la pasión, una confesión de dolores imaginarios y, no obstante,

sentidos, de luchas, de sufrimientos, de borrascas íntimas, de manifestaciones externas. Lo característico de una naturaleza pronta al entusiasmo, aparecía en aquellas páginas con toda su sombría grandeza. El diario, verdadero libro de memorias, fue leído en alta voz delante de todos por Vassilkevitch, y hubo quien propuso que se imprimiera; pero la proposición no tardó en ser abandonada.

En cambio, Augustinovitch escribió una cariñosa necrología de Gustavo, en la que con mucha habilidad exponía la vida del mismo. Le presentaba feliz aún en los primeros años de la infancia; y la evocación de esta primavera de la vida estaba hecha con tanta gracia y tanta delicadeza, que se hubiera dicho que Meissonnier había inspirado al escritor. Después comenzaban á obscurecerse las alegres tintas del cuadro: Gustavo abandonaba el hogar paterno, seguido por las miradas del perro, viejo y leal servidor... Las tintas se obscurecían todavía más: la vida se había apoderado de él, lo maltrataba, lo arrojaba de un lado á otro como sacudido por las olas de un mar borrascoso... Pero de nuevo brillaba un rayo de luz: entre las nubes amontonadas se le aparecía la viuda como una estrella aureolada por los rayos del iris... Y él extendió la mano hacia aquella estrella... «El resto os es conocido—terminaba diciendo Augustinovitch.—¡Ah! ¡Ojalá que al menos pueda dormir en paz y sueñe constantemente con ella! La alondra repetirá cantando el nombre sobre la tumba... ¡Descansa en paz!... El fuego se ha extinguido y desapareció el misterio...»

Pero siempre sucede lo mismo. Cuando muere una persona llega la hora de las alabanzas, aunque en vida se la maltratara. Dejemos, pues, que Gustavo repose en la calma del sepulcro, y sigamos á nuestros héroes, especialmente á Schwarz, protagonista de nuestra relación.

Schwarz seguía haciendo la misma vida; solamente mostrábase melancólico y más taciturno desde que de nuevo había entablado relaciones con la viuda. En cuanto á Augustinovitch, cada vez se amoldaba más á su nueva posición. Seguían

celebrándose fiestas en casa del General; los niños del Ingeniero continuaban martillando en el piano todo el santo día, y la condesita cantaba por las noches. Los inquilinos se habían aumentado con un zapatero, su mujer, dos niños escrofulosos y la miseria por añadidura; de suerte que, bajo el mismo techo donde se albergaban las ideas y los pensamientos de aquella noble inteligencia, oíanse también las palabras soeces del zapatero y el ruido de la lezna y el tirapié.

Elena no conocía aún la muerte de Gustavo; Schwarz se la había ocultado cuidadosamente, temiendo que sufriese una violenta conmoción. Sin embargo, más adelante pudo observar, y no sin extrañeza, que la funesta noticia le produjo cierta tristeza, pero sin que le causara un dolor profundo. Acerca de esto tenemos mucho que decir, y lo dejamos para el capítulo siguiente.

VII

Según prometió á Gustavo, Schwarz fué á casa de Elena, y á la segunda visita salió completamente enamorado. Aquella noche, cuando regresó á su casa, era ya tarde. Era una noche espléndida: las estrellas brillaban límpidas en el cielo, y de las márgenes del Dnieper venía una brisa suave y vivificante, mientras anchas bandas de vapor flotaban como débil neblina hacia el Oriente. Resonaba en el espacio una música grata, y una música grata repercutía también en el alma de Schwarz... ¡Amaba! Parecíale que la luminosa noche festejaba sus desposorios con la felicidad.

La felicidad inefable está compuesta de recuerdos y de esperanzas... Schwarz sentía aún en sus manos la delicada mano de Elena; *recordaba* aquel instante dichoso, pensaba en las caricias del día siguiente, y *esperaba*. Al despedirle, ella le había murmurado: «¡Acuérdate!» ¿Y quién puede olvidarse de la felicidad cuando todo nos sonríe en torno nuestro?... Sentía

amor. Arrebatado por sus sentimientos y por el encanto de aquella noche serena, por aquellas estrellas titilantes, por aquellos vapores obscuros y majestuosos, Schwarz abrazó con mirada ardiente la celeste bóveda hasta los extremos límites del horizonte, y sus trémulos labios se entreabrieron en una exclamación de júbilo:

—¡Si existes, eres grande, eres bueno!

A pesar de la premisa, semejante exclamación era ya mucho para Gustavo. Reconocía la grandeza y la bondad de Dios; decía: «Si existes.» Y con esta frase venía á admitir implícitamente la existencia; era como si dijese: «¡Existes!»... No nos extrañamos de esto los que conocemos el positivismo del joven. Los labios que pronunciaban tales palabras habían libado poco antes en la copa del éxtasis.

Cuando Schwarz se retiró á sus habitaciones, Augustinovitch dormía ya con profundo sueño, y sus ronquidos se oían hasta en la escalera. Era un ronquido regular, casi armónico, que á veces terminaba en un soplido y otras en un silbido; ya era breve, ya prolongado, ora débil, ora fuerte. Schwarz se acercó al durmiente y le despertó; experimentaba la necesidad de comunicarse con alguien.

Sobresaltado, Augustinovitch miró á su compañero con ojos de sueño, y comenzó á gritar:

—Vete á...

Schwarz se echó á reir.

—¡Buenas noches!—murmuró Augustinovitch.—Mañana te diré de dónde vienes. Por ahora prefiero dormir. Buenas noches.

Al día siguiente era domingo. Schwarz, que se había levantado temprano, se servía el té, mientras que Augustinovitch, en la cama aún, fumaba en su pipa reflexionando. Ninguno de los dos hablaba, absortos ambos en los pensamientos de la noche anterior; por fin, Augustinovitch rompió el silencio.

—¿Sabes lo que se me ocurre, Schwarz?

—Desde luego que no.

—Te lo diré en cuatro palabras. No vale la pena de que se sacrifique la vida por una mujer, así sea la mejor que se encuentre sobre la tierra... ¡No, en verdad! No vale la pena. Hacer otra cosa es darles un valor muy superior al que tienen.

—¿Y de dónde has sacado tan preciosa máxima?

—Del fondo de la pipa, directamente. El hombre se aferra á una idea, se entrega á ella por completo, encuéntrase, por fin, con un obstáculo, y ¡se acabó! De tantos hermosos castillos en el aire, queda lo que queda de este humo que acabo de expeler.

Y Augustinovitch lanzó una gran bocanada de humo, que se elevó hacia el techo y se esparció después en todas direcciones. La conversación languideció un momento, pero Augustinovitch la reanudó.

—Dime, Schwarz: ¿has estado enamorado antes de conocer á Gustavo y la Potkansky?

—¿Si he estado alguna vez en-a-mo-ra-do?—respondió Schwarz, entregado á sus pensamientos, con los ojos fijos en la taza en que humeaba el té.—Sí... Sí he amado alguna vez... Sí, alguna vez he experimentado cierto vértigo... pero jamás he alterado mi sistema de vida, jamás han dejado de sucederse mis días con regularidad... No, francamente hablando, no he amado nunca.

Augustinovitch alzó la pipa y comenzó á declamar en tono dramático:

«¡Mujer, débil humo!
¡Pluma lanzada al viento!»

—¿Y á qué viene eso?—preguntó Schwarz con una sonrisa.

—Pertenece al mundo de mis recuerdos... No siempre he sido lo que soy. También yo he estado alguna vez á punto de enamorarme en serio como un imbécil. Una hubo que pudo hacer de mí un hombre arreglado, á pesar de mi miseria... ¡vana empresa!... ¡Sin embargo, me vi tentado!

—¿Y cómo concluyó la cosa?

—De la manera más prosaica que se pueda imaginar. Iba yo á dar lecciones á casa de un propietario, padre de dos hijos: un muchachito y una joven ya formada; no sé lo que enseñaba al primero, y en cuanto á la segunda, habíame enamorado de ella completamente. Una noche me declaré con lágrimas en los ojos, y ella acogió mi declaración con una carcajada estrepitosa... Tal vez mi declaración fue algo incoherente; pero no puedes figurarte el deplorable efecto que me produjo aquella carcajada. Porque ella comprendía el esfuerzo que me habían costado mis palabras, y porque además ella misma me animó al principio. Después fué á quejarse á su mamá.

—¿Y la mamá?

—¿La mamá?... Empezó por decirme que era un miserable, á lo que nada respondí; después me intimó á que me largase, y por último, me arrojó cinco rublos que me apresuré á embolsar, puesto que los había ganado. Y con ese dinero me emborraché aquella misma noche y á la mañana siguiente.

—¿Y después?

—Después me emborraché también al otro día.

—¿Y así sucesivamente?

—No. Al cuarto día me entregué á un llanto desesperado. Más adelante, cuando estuve curado, del amor, se entiende, que no de la embriaguez, me dediqué á enamorarme de la primera que pasaba. Vamos, amores al vuelo.

—¿De manera que no tienes fe alguna en el amor?

Augustinovitch reflexionó algunos momentos y después contestó:

—Tanto como fe tuve en las mujeres, tanto como las amé y las consideré como la mayor recompensa que se pueda dar al trabajo y á los afanes, tanto me apasiono ahora de ellas... ¿comprendes? Pero este sentimiento no tiene qué ver con el amor.

—Ni tampoco con la felicidad.

—De eso no hay que hablar. Precisamente por eso fumo

cuando experimento el deseo de llorar; precisamente por eso envidio...

—¿El qué?—preguntó Schwarz, dirigiendo una rápida mirada á Augustinovitch.

—Tus relaciones con Elena... Es inútil que bajes la cabeza; no te extrañe que yo lo sepa todo... ¡También tengo yo un poco de experiencia!... Por lo demás, te aseguro que también yo me hubiera enamorado de la Potkansky... una mujer semejante se encuentra en un nivel superior á las demás... y sin embargo... Dí, ¿no te pesará algún día?

—Habla.

—Yo hubiera tenido miedo de enamorarme de ella... Sin duda es un sér desgraciado... Pero ¡qué diantre! ¿A mí qué me importa?... Sin embargo, esa mujer me parece algo así como un legado testamentario, que pasa de mano en mano... Quien se acerca á ella se embarca para otro mundo. ¡Brrr! Mi palabra de honor que no quisiera ser yo el depositario de semejante legado, ni siquiera para servir á un amigo.

Schwarz dejó en la mesa la taza llena aún hasta la mitad, y después dijo á su compañero con glacial acento:

—Tal vez tengas razón; pero como soy yo el depositario, te ruego que hables del legado con mayor respeto.

—Sea. Te hablo con toda la seriedad posible, si no de la Potkansky, de ti y de lo que debes hacer. Ningún interés me guía; antes bien, hablo contra mis propios intereses. Tales son los hechos.—Augustinovitch se había sentado en la cama.—Te conozco y conozco á Elena... ella es la que te abre los brazos... Así, pues, la iniciativa parte de la mujer. Pero esto es lo de menos. Es preciso saber conquistarse el amor... Dentro de un mes estarás aburrido; empezarás por molestarla y concluirás por enviarla al diablo... Sabes, Schwarz, que te quiero bien; por esto es por lo que te digo: cásate con Elena, mientras que aún sea tiempo.

Schwarz frunció todavía más el ceño, y respondió secamente:

—Haré cuanto crea oportuno hacer.

En realidad, nunca se le había ocurrido la idea del matrimonio. Cuando besaba las blancas manos de Elena, no había pensado nunca en las consecuencias de aquellos besos..... Experimentaba una ira sorda contra sí mismo, y su cólera aumentaba cuando alguien le recordaba sus deberes de hombre honrado. Cierto era que él mismo no hubiera tardado en acordarse de ellos; pero el hecho de que el recuerdo procediese de una persona extraña, quitaba á la idea el atractivo de su espontaneidad. ¡Pobre del amor cuando se le empieza á considerar como un acto obligatorio!

Aquella misma tarde, Augustinovitch se encontró con Wassilkevitch, y le interpeló así:

—¿Sabes que Schwarz va frecuentemente á ver á la Potkansky?

—¿Y qué?

—Pues que ella está locamente enamorada de él..... Piensa en esto, reflexiona, y dime luego lo que puede suceder, lo que debe hacer Schwarz.

Con su habitual franqueza, Wassilkevitch respondió sin vacilar:

—Debe corresponderla.

—Está bien; ¿y después?

—Después, ellos sabrán lo que deban hacer.

Augustinovitch hizo un gesto de impaciencia.

—Una pregunta aún. ¿Qué hubieras hecho tú en las circunstancias de Schwarz?

—¿Amando á la Potkansky, quieres decir?

—Sí.

—Me hubiera casado con ella sin pensarlo tanto.

Esto es lo que buscaba Augustinovitch, el cual, deteniendo á su compañero, que se disponía á despedirse, y con la mano puesta en el corazón, le dijo con acento de profunda convicción:

—Yo debo mucho á Schwarz..... y tú sabes los motivos.

Por esto quisiera serle útil, aunque no fuese más que con un buen consejo. Encuéntrase en la actualidad en unas circunstancias, que podríamos llamar difíciles. Hay ciertos límites, ciertas leyes de honor, contra las que no se puede ir..... Ya me comprendes. No quiero que nadie tenga derecho á encararse con Schwarz, diciéndole: «no te has conducido como hombre honrado.» Lo declaro con franqueza; no lo quisiera..... Y tú puedes hacer mucho en este asunto; tú ejerces sobre él un gran ascendiente.

Pero en lugar de darse por convencido, Vassilkevitch montó en cólera:

—¡Hombre! ¿Con qué fin quieres meterte en lo que no te importa.....? Deja que Schwarz haga lo que mejor le parezca..... Además, no son tantos los días que lleva de frecuentar la casa de la Potkansky. Me parece, Augustinovitch, que tus palabras no son sinceras. Si no te fuese indiferente Elena, podría presumirse..... Siempre tienes la monomanía de inmiscuirte en todo; buscas todas las ocasiones de lanzarte á los espacios, de salir de lo que te incumbe..... ¡Vaya, vaya, no vengas á representarme una comedia.....! Sí; lo que dices tiene toda la apariencia de un sacrificio, porque, si hoy toma mujer Schwarz, te quedas tú sin casa; pero en el fondo no es más que una superchería. Sin embargo, tú mismo sabes distinguir perfectamente cuándo te dicen la verdad y cuándo te engañan..... Respecto de Schwarz, no tengas miedo. ¡Ojalá le imitases tú en todas las acciones! ¿Qué te importa que vaya á casa de la Potkansky.....? Nada que valga un *kopek*.

—¡Guárdate tus lecciones! ¿De suerte que no quieres intervenir?

—Claro es que si sus relaciones mal definidas llevasen camino de durar indefinidamente, yo sería el primero en hablar á Schwarz, y hasta en hacer que se casase; pero ahora, en el estado en que están las cosas, mi intervención sería una verdadera tontería.

Y se alejó, dejando á Augustinovitch solo y perplejo. Y, no

obstante, la conciencia le decía que el lituano tenía razón, y que lo que le había impulsado á hablar era un sentimiento de presunción unido á la monomanía de representar un papel.

VIII

Transcurrieron algunos meses. Terminado el invierno, y pasada también la primavera, llegó el verano; pero las cosas seguían lo mismo. Schwarz amaba á Elena, era correspondido, y los días se deslizaban sin un pensamiento para el porvenir. Pero entre los dos interponíase una sombra, suscitada por un acontecimiento fortuíto.

Un domingo Elena, atadas bajo la barba las bridas del sombrerito, y con una ligera talma de verano sobre los hombros, salió á paseo del brazo de Schwarz. Brillaba aún el sol en lo alto del horizonte, flotaba en el aire un polvillo dorado, y aunque eran ya las seis de la tarde, hacía un calor intenso que se reflejaba en todos los rostros. Circulaba por la ciudad una gran muchedumbre. Varias personas saludaban al paso amistosamente á Schwarz, y algunas volvían la cabeza admirando la pareja. Schwarz había crecido, y su barba elegante y ligeramente rizada contribuía á darle un aspecto más viril; le prestaba al rostro una expresión de dignidad y hasta de consciencia de sí mismo. Elena conservaba aún el aspecto de esposa; los lazos y las cintas azules del sombrero flotaban agitados por el viento, el cual, jugueteando con el blanco traje de la dama, levantaba la ligera manteleta, dibujando el delicado perfil de su busto. Apoyábase con gracia en el brazo de Schwarz, y su alma rebosaba de alegría por sí, por él, por la atmósfera pura y serena, por todo lo creado; parecía haber renacido á nueva luz.

Y Schwarz admiraba más á ella sola que á todo el mundo que le rodeaba. No intentamos reproducir aquí su conversación, ese dulce murmullo de corazones jóvenes y enamorados,

tan vacío para los extraños y tan lleno de encanto y de poesía para ellos. Por lo demás, también hablaba de cosas tristes. Elena había rogado á Schwarz que la condujese á la tumba del marido.

—En verano—decía ella—extiéndese una densa sombra por los caminos del cementerio; ¡hace tanto tiempo que no voy! Sin embargo, no debo olvidarle... Tú, José mío, has ocupado su puesto en mi corazón; por lo tanto, me debes llevar á que ruegue por él algunas veces.

Schwarz no tenía aún celos del pasado de Elena; por lo tanto, con afectuosa sonrisa de indulgencia, respondió al punto:

—Desde luego, querida mía. Piensa en tu difunto, pero acuérdate también del amor de los vivos.

E inclinó hacia ella la cabeza.

Por toda respuesta Elena estrechó contra su pecho el brazo de Schwarz, le miró á los ojos sonriente, y se puso colorada como una niña. Schwarz cogió la delicada manecita que se abandonaba en su brazo... Ambos sentían que la felicidad circulaba por sus venas.

En el camino que conducía al camposanto encontráronse con Augustinovitch, el cual, fumando, acompañaba á dos señoras, madre é hija. La hija iba del brazo de su acompañante, y la madre les seguía á cierta distancia, molestada por sus carnes y por el calor. Evidentemente, Augustinovitch le decía cosas muy graciosas, porque la joven reía de todo corazón. Al pasar al lado de Schwarz, Augustinovitch le saludó con el mayor afecto, signo evidente de que en aquel momento se hallaba satisfecho de la vida y de sus asuntos.

—¿Conoces á Augustinovitch?—preguntó Schwarz á Elena.

—Sí, le conozco; sin embargo, su nombre me suena á nuevo. Recuerdo haberle visto á mi lado cuando murió Casimiro. Después no he vuelto á saber de él.

—Es uno de los perdidos más inteligentes que haya conocido nunca—observó Schwarz.—Y además, me han dicho que también él te hizo el amor.

—¿Por qué me dices eso?

—Sencillamente, sin intención ninguna... Es extraña la irresistible fascinación que ejerces sobre todos.

—Es el único dón, José querido, que me ha concedido la Naturaleza... ¡Oh! Como ignoras la historia de mi vida, no puedes figurarte las amarguras que han acompañado á mi infancia... Cuando niña fuí criada en el seno de una familia distinguida, y el anciano amo de la casa me quería mucho, y me atendía con tanto esmero como si fuera una hija. Pero cuando murió fueron tantos los vejámenes y las insolencias que hube de soportar, que, por fin, me ví obligada á huir, y vine á Kieff. Aquí, al principio, recibí hospitalidad en casa de un señor de mucha edad y muy bueno, el cual me trataba también como una hija y me llamaba su Elenucha... Pero tampoco tardó en morir, sin dejarme ningún medio de vida... Poco después conocí á Casimiro. Te asombrarás tal vez de que yo frecuentase el Círculo de los estudiantes... Créemelo, José mío, la primera vez que abrí aquella puerta, que franqueé su umbral, creí morirme de vergüenza... Pero me impulsaba el hambre, un hambre atroz; hacía dos días que ayunaba, se me iba la cabeza, no podía reflexionar... No pensaba en las consecuencias de mi acción... Y me encontré al lado de Casimiro... ¡Oh! entonces no me agradó. Reía, bromeaba alegremente, y á mí se me nublaban los ojos... Después me preguntó si quería irme con él, y yo accedí. En el exterior, al aire libre, temblaba de frío, y él me envolvió por completo en su pelliza y me condujo á su casa como en un sueño. Al llegar allí, la suave temperatura de la habitación me devolvió la razón; allí comprendí lo que había hecho; y al verme sola en casa de un hombre, abandonada á su poder, me invadió una vergüenza inmensa y rompí en llanto amargo y angustioso. El pareció asombrarse de mi llanto; al cabo de un rato, sentado á mi lado, y cuando lo volví á mirar, ví que tenía los ojos llenos de lágrimas, y en su rostro se notaba una nueva expresión. Me dió un beso en la mano, y trató de tranquilizarme por todos los medios; yo fuí sincera

con él, se lo conté todo, y él me prometió atenderme como á una hermana... ¿Verdad que fue muy bueno? Desde aquel instante, ya no carecí de nada... Cuando después de haberle contado mi historia me dejó sola, volvió á besarme la mano. También yo quise besarle la mano... pero el corazón se me saltaba del pecho, y oprimiendo sus manos, lloré largo rato. ¡Cuánto empecé á amarle desde entonces! ¡Cuánto le amaba!

Y al decir estas palabras, Elena alzó al cielo sus hermosos ojos, en los que brillaban lágrimas de infinito reconocimiento. Estaba bellísima; parecía una santa en los transportes del éxtasis. Schwarz, por el contrario, permanecía sombrío, con expresión de gravedad en el semblante y fruncido el entrecejo. ¡Así, pues, debía el amor de aquella mujer á una pura casualidad, á una semejanza accidental! Y este pensamiento le entristecía. ¡De manera muy diferente habíala conquistado Potkansky! Tal comparación le molestaba; y las palabras de Augustinovitch volvieron á su memoria, mientras marchaba en silencio al lado de Elena.

Llegaron así al cementerio. Al través de la frondosidad de los árboles aparecían mármoles, mausoleos, cruces, míseros túmulos de tierra. La ciudad de los muertos dormía con profundo sueño á la sombra del verde follaje, en religioso silencio; algunos visitantes cruzaban entre las tumbas; aquí y allí oíase en algún árbol la melodía triste y tierna lanzada al aire por algún pajarillo. De cuando en cuando deslizábase la sombra de un sepulturero.

No le costó trabajo á Elena llegar á la tumba de Potkansky. Era un vasto túmulo, rodeado de una verja de hierro y adornado con floridos tiestos; al lado había otro túmulo pequeño, cubierto de hierba, y sobre el que crecía la reseda. El lugar estaba muy bien cuidado, y acusaba ser obra de una mano solícita. Allí dormían el sueño eterno el marido y el hijo de Elena. Schwarz llamó á un guarda, hizo abrir la verja, y Elena se arrodilló en el suelo, con la oración en los labios y las lágrimas en los ojos.

—¿Quién cuida esta sepultura? — preguntó Schwarz al guarda.

—Al principio venía aquella señora que está arrodillada; después vino un señor de cabellos largos; pero hace algún tiempo que no le veo. El fue el que mandó poner esta verja y quien pagaba las flores.

—También él mora aquí; hace ya cerca de un año que fue enterrado—respondió Schwarz.

El guarda no dijo ninguna palabra de compasión; pero hizo un gesto que parecía decir: «También tú tendrás que venir á este lugar.»

—¿Y qué otra cosa hay—dijo después—que valga la pena? Allí, en la ciudad, dolores, enfermedades, inquietudes, molestias; aquí, en cambio, una tranquilidad absoluta. Yo me pregunto á menudo: ¿deberá sufrir también el alma humana en la otra vida, como si no bastase con los sufrimientos de ésta?...

Algunos minutos después concluyó Elena su oración. Schwarz le ofreció el brazo y, fuese casualidad, fuese propósito deliberado, tomó otra dirección. No hablaba, como si le oprimiese un peso el corazón; de repente, cerca ya de la puerta de salida, se detuvo ante una tumba reciente, y exclamó con acento extraño, glacial:

—Mira, Elena; este hombre te amó en vida, con un amor más grande tal vez que el de Potkansky... Y sin embargo, ¡no te acuerdas de él!

El sol se aproximaba á su ocaso... Elena dirigió una mirada hacia el lugar que le indicaba Schwarz; de una tumba sin adornos salía una cruz negra de madera con algunos caracteres trazados en blanco:

«Gustavo..... murió..... en el año.....»

Y los rayos del sol poniente dibujaban sobre el sencillo epitafio un reflejo de sangre.

—Vámonos... . se hace de noche.....—murmuró Elena, estrechando el brazo de Schwarz.

Llegaron á la ciudad cuando ya era completamente de noche. Al otro lado del Dnieper, el disco de la luna, grande y rojizo, asomábase por el horizonte; en el parque del castillo resonaban pasos, entre los árboles frondosos; de un pabellón cercano, al través de la ventana abierta, salía una voz infantil que cantaba una romanza de Schubert, acompañándose al piano; y aquellas notas apasionadas vibraban en el aire con un vago trémolo; allá, á lo lejos, en la inmensidad sonora de la esfera, repercutía el cuerno de la posta.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamó Elena.—¿Por qué, pues, estás tan triste, José?

—Descansemos un momento—respondió Schwarz;—me siento fatigado.

Sentáronse el uno al lado del otro, y se sumieron en profundas meditaciones. De repente, les estremeció una voz. Era una voz juvenil, sonora, que decía:

—Tienes razón, Carlos; la mayor felicidad que se puede alcanzar, es el amor puro de una mujer, cuando no es más que el eco de la voz que habla en un alma verdaderamente viril.

Paseando del brazo, los dos jóvenes cruzaron ante el banco en que estababan sentados Elena y Shwarz.

—¡Buenas noches!—dijeron, quitándose el sombrero.

Eran Vassilkevitch y Carlos Karvovsky.

Al despedirse de Elena, Shwarz le dió un prolongado beso en las manos, y volvió tarde á su casa, conmovido y agitado.

IX

Sin embargo, á la mañana siguiente, después de un buen sueño, Shwarz estaba completamente tranquilo, y se reía de sus pensamientos y de su agitación.

—¡Bah!—se decía.—¡Son tantas las frases hermosas que se lanzan fuera..... pero tan escasas las que tienen un lado práctico.....! Solamente un tonto puede cerrar las puertas á la feli-

cidad..... Gustavo es una demostración palpable de las consecuencias de una pasión no correspondida. Se paga con la vida..... y yo me encuentro con pocas aptitudes para desempeñar el papel de héroe de tragedia..... Y, por lo demás, ¿qué importa á nadie que fuera yo el que ame á Elena sin ser correspondido.....? ¡Agustinovitch, farsante, muévete de la cama! ¿Está aquí el demonio de cien lenguas que ayer trastornó la cabeza á una señorita de sombrilla vaporosa.....? ¡Dí, responde.....!

—¿Le viste la cara?—preguntó el interrogado, haciendo esfuerzos para lanzar un suspiro.

—Ya lo creo que la ví, y te aseguro que me hizo el efecto de un pollo acabado de salir del cascarón..... La madre parecia una vejiga de manteca..... Y..... ¡te has enamorado, querido amigo!

—Vayamos con calma; por de pronto, son riquísimas.

—¿Las dos? ¿Qué dote tiene la hija?

—¿Y quién puede calcular semejante suma? Pero no es esto sólo. ¡Todavía ha de ser más rica!

—¿Más rica.....? ¿Tiene tal vez un marido aquella marmota?

—No, no es eso..... La madre ha venido á la ciudad para entablar un pleito..... ¿Sabes contra quién? Contra nuestro vecino el Conde, que le debe algunos miles de florines.

—¿Y quién te ha dado esas noticias? ¿Conocías tal vez hace tiempo á esas damas?

—Las conozco de ayer nada más..... y por una casualidad. Paseaba yo tranquilamente, cuando se me acercaron rogándome que les indicase un camino. Juro que también á mí me era desconocido...pero obtuve pronto el permiso de acompañarlas un rato, alabé lo espléndido del día, y hablé de otra porción de cosas...Te aseguro que la vieja es una habladora sempiterna; no me costó trabajo saber quiénes eran, á qué habían venido, y otra porción de detalles. Me preguntaron si conocía al Conde. Respondí al pronto que iba á su casa casi todos los

días, y que estaba en condiciones de ejercer cierta influencia para inducirlo á que pagase su deuda. Les dije también que soy Doctor en Medicina, en Teología, y en una porción de ciencias y artes, que en Kieff tengo un mundo de relaciones. Entonces la vieja comenzó á relatarme al oído confidencialmente una serie interminable de enfermedades padecidas tanto por ella como por su hija, y yo prometí solemnemente ir á su casa é interesarme en sus asuntos.

—¡Admirable! ¿Y la hija?

—La hija se puso muy encarnada. Y la mamá sacudió ruidosamente sus perifollos, mientras invocaba á todos los santos del Paraíso, y me recomendaba á su protección para el día del juicio final... Ya ves, por consiguiente, que es una partida ganada.

—Sí, eres muy ingenioso.

—Y hoy mismo voy á su casa.

—¿A la de los santos?

—No. A la de mis conocidas, y les daré un prudente consejo: una buena boda.....

—¿Entre la hija y tú?

—Desde luego, querido. ¡Qué se ha de hacer!... Poco á poco se hace uno viejo y... Por lo demás, espero que también á tí tendremos que felicitarte pronto.

—Me parece haberte rogado ya en una ocasión que no te metieras en mis relaciones con Elena.

—Tienes razón. Te diré solamente que es una hermosísima mujer.

—¿Sí?—exclamó Schwarz, que no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

En este momento se abrió la puerta y entró Vassilkevitch.

—No he querido pasar por tu casa sin subir—dijo en cuanto entró. Carlos me espera abajo: vamos juntos al campo. Schwarz, tengo que decirte una cosa. A pesar de las instancias de Augustinovitch, me he negado siempre á mezclarme en tus amores con Elena. Pero la cosa va prolongándose ex-

cesivamente, y es preciso llegar á una solución. Dime, pues, lo que piensas hacer con la Potkansky.

Con ademán de ira Schwarz tiró á un rincón la pipa que tenía en la mano; después miró á Vassilkevitch con arrogancia y exclamó:

—¡Sea! ¡Pregunta por pregunta! ¿Tienes que ver tú algo en el asunto?

Vassilkevitch arrugó la frente: en su alma se desencadenaba una violenta tempestad; pero sostuvo la mirada de su interlocutor, y respondió con calma:

—Te lo pregunto como un amigo se lo pregunta á otro. Elena no pertenece al número de esas mujeres á las que hoy se ama y mañana se las olvida. Y, en todo caso, el solo recuerdo de Potkansky basta para dar á todo amigo suyo el derecho de hacer pregunta semejante, y de pretender una respuesta.

Schwarz saltó de la silla; sus ojos relampagueaban de ira.

—¿Y si yo no quisiera responderte?—exclamó con voz de trueno.—¿Si yo no quisiera darte una respuesta? ¿Quién puede alegar derechos sobre Elena? ¿Y quién se cree capaz de interponerse entre ella y yo?

Esta vez también Vassilkevitch contestó con ímpetu:

—¿Y has supuesto tú, imprudente y presuntuoso, que nosotros pudiéramos consentir que jugases con una pobre mujer abandonada, sin que te preguntáramos cuáles eran tus intenciones?... ¡Antes te lleve el diablo! Tú estás obligado á responder ante nosotros todos del honor de la viuda de Potkansky, y no seré yo el único que venga á recordártelo.

Permanecieron así un instante en pie, frente á frente, mirándose, sombríos, siniestros, prontos á emprender la lucha. Después Schwarz se dominó, y rompió el silencio con la voz temblona aún por el despecho:

—Vassilkevitch, si otro se hubiera atrevido á hablarme como tú lo has hecho, le hubiese arrojado de mi casa. De nadie sufro imposiciones; no acierto á comprender por qué motivo

quieres entrometerte en asuntos que no te conciernen; sea el que sea, es cosa que me ofende. Y á ti y á todos los que se creen en el deber de constituirse en paladines del honor de Elena, respondo que no debo dar cuenta de mis actos sino á mí mismo, y que no reconozco á nadie el derecho de fiscalizar mi conducta; y que, si tú y tus compañeros os obstinais en traspasar los límites, cometeréis una ridiculez estúpida, brutal y perjudicial tal vez á la Potkansky. He concluído y me voy, y te dejo tiempo para que reflexiones acerca de cuanto has dicho.

Vassilkevitch se quedó solo con Augustinovitch.

—¡Eh!—dijo el último.—Esto se llama un rapapolvo, si no me equivoco.

—Cierto.

—¡Ah! ¿Declaras, pues, que te ha soltado un rapapolvo?

—Evidente.

—¡Ya me lo figuraba yo! Te has portado como un tonto. Con él se necesita andar con tiento. Es muy enérgico.

Mientras tanto Schwarz, presa de una gran excitación, se encaminaba á casa de Elena. No llegaba á explicarse el entrometimiento de Vassilkevitch, pero comprendía que la intervención de extraños alejaba de él á la mujer, en vez de aproximarla. Cuando llegó á la casa, la puerta de la alcoba estaba cerrada, y como la criada no supiese decirle la causa, no tardó él en averiguarla. Con la cabeza apoyada en el respaldo de una butaca Elena dormía. Inmóvil, Schwarz la contempló algún rato, mientras su frente se obscurecía. Ella seguía durmiendo, y la respiración le levantaba el turgente pecho con movimiento lento y uniforme. Nada puede igualar el dulce encanto que produce un seno de una mujer agitado por la respiración. Parece como si se moviera en una cuna ó en una barquilla mecida por rizadas ondas; sus movimientos poseen una gracia infinita, y se parecen al aleteo de las alas de los ángeles. Todo lo endulza y tranquiliza, desde el llanto del niño hasta las preocupaciones del sabio; y la cabeza del sabio,

descansando en el seno de una mujer, simboliza el triunfo más alto del amor. Tales eran, sin duda, los pensamientos de Schwarz, porque al contemplar á Elena se disipaban sus angustias, como desaparece la noche al nacer la aurora. Se inclinó poco á poco hacia ella y le besó suavemente las manos. La joven se despertó sobresaltada, abrió mucho los ojos y sonrió con la ingenua sonrisa de un niño que se despierta por el materno beso, suave como el terciopelo. Hasta entonces no se había permitido Schwarz aquella íntima caricia; de ordinario sus relaciones tenían un carácter, si no severo, serio por lo menos; pero en esta ocasión venía Schwarz á depositar á los pies de Elena sus propias angustias, venía á pedirle el olvido del disgusto que la disputa con Vassilkevitch había dejado en su alma; y poco á poco sentíase dominado por ese maravilloso poder de la mujer que disipa el fondo tétrico de todo sentimiento. Sin embargo, su excitación había sido demasiado grande para que no se reflejase en sus palabras la amargura del disgusto que acababa de sufrir. Levantó la cabeza, fijó su vista en los negros ojos de la Potkansky, y exclamó:

—Elena, yo creo amarte lealmente. Pero la estulticia humana me subleva, me hiere, me punza el amor propio. En tí sola pretendo adquirir una nueva fuerza para las luchas de la vida. Ten confianza en mí, Elena, y corresponde á mi amor.

—No te entiendo, José.

Schwarz tomó entre las suyas las manos de la jóven y comenzó á hablar con dulzura.

—Y sin embargo, deberías comprenderme. La idea de que tanto en el amor que te profeso, como en lo que trabajo para tu felicidad, sigo las huellas de Potkansky, me enorgullece; pero entre él y yo existe un obstáculo, una gran diferencia. El, hijo de un magnate, podía ofrecerte con su mano el fausto de las riquezas; yo en cambio, hijo de un obrero, necesito trabajar mucho todavía para lograr nuestra felicidad. Yo no te abandonaré jamás; pero me asalta la idea de que, una vez que

seas mi mujer, tengas que volver á la triste realidad de la miseria, de la cual él te había arrancado. Por esto es por lo que te pido que tengas confianza en mi cariño... Responde, Elena...

La jóven no dijo una palabra; pero acercándose á Schwarz apoyó la cabeza en el pecho de aquél, y lo miró dulcemente con sus hermosos ojos de niña, llenos de confianza.

—He aquí ahora mi respuesta, tesoro mío,— exclamó Schwarz. Y unió sus labios un tierno beso.— Tal vez será un egoísmo por mi parte,—continuó diciendo;—pero perdóname. Yo no te he conquistado ni con méritos ni con sufrimientos; yo no he hecho por tí ningún sacrificio. Por una parte el fantasma de la riqueza, con el que Potkansky te había rodeado, y por otra el ardiente amor de Gustavo, llevado hasta el sacrificio, vendrían constantemente á interponerse entre los dos. Deja, Elena, que tenga la satisfación de haberte merecido; no me faltará el valor en el camino, no carezco de energía, jamás seré capaz de engañarte.

Al hablar así, Schwarz tenía la convicción de ser sincero. Pero quien examine la vida que entonces llevaba Elena, comprenderá fácilmente la parte que el amor propio ofendido tenía en aquellas palabras. Conviene advertir que Schwarz cumplía escrupulosamente con la palabra que dió á Gustavo, de suerte, que la jóven viuda no conocía en nada la falta del segundo. Al casarse con Elena, Schwarz no hubiera modificado en gran cosa las condiciones de vida, y en todo caso no en la parte económica, puesto que, al compartir su casa con ella, se hubiera librado de Agustinowitch y de otros gastos, y Elena hubiera continuado llevando la misma vida que hasta entonces disfrutaba. Por lo tanto, solamente eran verdad á medias sus protestas de orgullo y de ambición. El móvil principal de su conducta era el deseo de afrentar á sus adversarios, de arrojarles el guante de desafío.

Había también otra razón que le impulsaba á dar largas á su matrimonio con Elena; y era su deseo de no cambiar el carácter de sus relaciones con la jóven, aquel trato continuo y

harto confiado, que da mayor derecho á las caricias y á los besos. El cáliz del amor estaba gustado á medias. La unión legítima hubiera quitado á aquellos besos y á aquellas caricias el atractivo del fruto prohibido, sin añadir, en cambio, nada nuevo. En realidad Augustinovitch no andaba descaminado en el fondo de sus pensamientos, y tal vez á Shwarz le repugnaba convenir en que, si rechazaba con tanto calor la idea de una transformación en sus relaciones con la jóven, era solamente porque le agradaba que continuasen las que ya existían.

¿No amaba, pues, á Elena? Sí, la amaba, porque de otro modo no hubiera acudido todos los días á su casa, no la hubiera besado en las manos, en la frente, en la boca. La amaba. Pero no nos olvidemos de que los besos y las caricias no satisfacen sino á medias los deseos que bajo otra forma extinguimos en el altar. La cualidad de novia se asemeja á un velo mágico y transparente que encubre una mujer desnuda; nos acercamos al altar para descorrerlo, pero con el velo desaparece también todo encanto. El afecto sustituye á la pasión; cuando también falta el afecto se le reemplaza con algo ménos bello todavía, con la costumbre.... Y mientras tanto la vida sigue su camino.... Schwarz había corrido una punta del velo; para descorrerlo por completo se ofrecían dos caminos: el altar, ó.... el olvido momentáneo de sí mismo, el triunfo del instinto sobre el honor, camino poco razonable cuando no irrazonable por completo, pero, sin embargo, breve y atractivo siempre. El primero se presentaba arduo; en el segundo se hallaba á cada paso una tentación, un deseo en cada beso: el primero era el camino de la honradez, el segundo el del deshonor. Schwarz se hallaba en la bifurcación.

Cierto que en teoría no debe vacilar un hombre honrado; pero siempre es lícito preguntarse cómo obraría un hombre honrado, cuando la tentación es capaz de hacer vacilar aun al más santo. Elena, que amaba á Schwarz, respondía á sus besos con otros besos apasionados; la práctica del pasado no podía servirle de norma, y la falta de experiencia turbaba en

ella aquel equilibrio, que en Schwarz conservaban la honradez y el sentimiento del honor.

¡Amor! Palabra mágica que á menudo lleva en sí grandes y pequeñas tempestades, dolores y penas sin fin. Es como un torbellino que gira en rededor; rumores de alas, susurros y alegres tintineos, que juega con los corazones como con una pluma, lanzándoles unas veces á lo alto hasta tocar con las estrellas y arrojándoles otras al abismo. Abrense entonces los antros más recónditos del alma, aquellos cuya existencia nos era desconocida. Los siete pecados con todas las virtudes danzan en corro, en cuyo centro llega uno á considerarse otro distinto del que se figuraba; cesa uno de tener confianza en sí mismo, vacila al dar un paso, y pierde por completo el dominio de su yo. Brotan desde lo profundo de la existencia las llamas de la pasión que vagan errantes como fuegos fatuos sobre la superficie de un pantano; se acercan furtivamente, se agitan, arden, se disipan. Ante los reflejos de su resplandor se iluminan las tinieblas del espíritu sombrío, y enmedio de la irradiación de los colores vivos se ve uno á sí mismo en la intimidad de su alma. Conviértese uno entonces en actor, en vidente, llega á ser uno como una barca desprovista de remos y abandonada sobre las hirvientes olas... Después, de repente, estalla un trueno y se concluye todo.... se extinguen los fuegos fatuos.... queda uno solo, y se sueña como el Dante, con el cielo y con el profundo abismo. ¡Oh, qué triste es el despertar, tanto más triste, cuanto que en nada se encuentra una compensación al dolor sufrido! Vuelve poco á poco la calma, pero la felicidad perdida no vuelve nunca. Al que le cortan un brazo cesa de dolerle, pero no le vuelve á crecer.

Tal vez Augustinovitch no dejaba de tener razón al afirmar que no vale la pena de comprometer la vida por un afecto. Sobre nuestra cabeza, en torno de nosotros, se agita un mundo inmeso é infinito; en él se concentran bramando las procelosas olas de la humanidad entera.... ¿No sería tal vez mejor levar anclas, apartar la nave de la orilla y bogar hacia

lugares desconocidos, hacia el porvenir, sin felicidad, pero con la satisfacción del trabajo, sin ideales, pero sostenidos por el pensamiento?.... Antes de haber experimentado la prueba del fuego, nadie puede salir fiador de los metales de que se compone, por decirlo así, el alma humana.

Este era el caso de Schwarz. Sabemos ya cómo estaba sujeto á las tentaciones: hagamos constar también que las resistía con todas sus fuerzas. Pronto sabremos cuál fue el resultado de la lucha, de quién fue el triunfo, si de él ó de la pasión.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se continuará.)

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

MARRAKESH-EL-AMHRA (1)

Dar Muley Alí, 2 de Mayo.

He dicho, y me ratifico en mi opinión, que el hermoso palacio que habitamos — Casa de Muley Ali — es una especie de Alhambra en bruto. Seguramente, si hubiera sido edificado en épocas lejanas, sus constructores hubieran derrochado en su adorno y embellecimiento todas las galas de su rica fantasía decorativa, pero levantado en tiempos de miseria y decadencia, sólo conserva los rasgos primitivos, el sello característico y las líneas primordiales de la arquitectura morisca. Bajo una apariencia burda y grosera pueden observarse marcadas reminiscencias de elegancia y buen gusto, y el patio principal no deja de tener cierta grandeza y majestad.

Conforme á la costumbre oriental, el exterior no presenta absolutamente ningún interés; altas paredes encaladas, en las que no se abre ni la menor ventana, como si se quisiera ocultar cuidadosamente al transeunte el interior del edificio. Pasados los primeros muros, se encuentra un hermoso jardín poblado de olivos y naranjos, y ya cerca de la casa una hilera

(1) *Marruecos la Roja*, nombre que dan los árabes á esta ciudad por el color rojizo de sus murallas.

de cipreses, paralela á sus murallas. El conjunto, con sus elevadas tapias, que sólo dejan ver el cielo y la hermosa torre de la *Kotubia*, con su arbolado umbroso y sus largos paseos, recuerda el huerto de un convento de monjas, y aún la impresión fuera más exacta á no existir en el centro cierto pabellón de forma extraña y original, con no sé qué dejos de estilo chinesco, que ha sido ocupado por nuestro simpático *Kaid-er-Rha*. A su alrededor acampa nuestra escolta antigua, y un nuevo destacamento de askaris que el Sultán ha puesto á nuestras órdenes con el preciso encargo de que sus miembros nos sirvan de acompañantes y guías por la ciudad. Inútil es intentar esquivar su vigilancia, que acaba por ser molesta; no se puede dar un paso sin ser seguido por uno de aquellos individuos, que no se aparta de uno más que la sombra del cuerpo. Y aun menos mal nosotros los simples mortales, que uno solo de aquellos guardianes acompaña; que la persona del *Bashador*, según la etiqueta magrebina, no puede moverse sin llevar tras ella siquiera media docena. Por más que se quiera, no puede uno acostumbrarse á esta compañía desagradable, que cohibe y fastidia, aunque es preciso reconocer que los pobres cumplen con su deber perfectamente y obedecen con fidelidad y respeto, tratando de prestar cuantos servicios estén á su alcance. Viven pobremente en sus tiendas de campaña, mezclados con los oficiales que les mandan, á quienes tratan con absoluta confianza, discutiendo libremente con ellos aun cuando estén haciendo el ejercicio, operación que ejecutan todos los días con la misma formalidad de los niños cuando juegan á los soldados.

Una vez atravesado el huerto, dejando á un lado una puerta que da paso á un gran patio, donde al aire libre y únicamente sujetos por los brazos á cuerdas retenidas por dos cuñas clavadas en el suelo, se recogen nuestros caballos y mulas; se penetra por un estrecho pasadizo en la casa de Muley Ali. Lo primero que se encuentra es un pequeño recinto, que comunica con un corredor dividido en dos partes: una que debía estar cubierta por cristales que hoy no existen, y otra á la intem-

perie, que termina en una puerta tapiada que se abría sobre la fachada lateral de la vecina mezquita. En este recinto, decorado con gran riqueza, aunque con bastante mal gusto, con pinturas de varios colores y dibujos geométricos, existe una especie de alcoba ó alhami elevada del suelo, que debía ser el diván ó estrado en que el príncipe Muley Ali, próximo pariente del Emperador Sidi Mohamed, abuelo del actual, se sentaría para recibir á sus amigos y clientes; porque este poderoso Príncipe fue el constructor del palacio que por herencia pertenece hoy al mismísimo emir de los creyentes. Junto al patio cubierto, hay otra estancia, también decorada con festones y alicatados de yeso pintarrajado de colorines, que nosotros hemos elegido para comedor. Estas eran sin duda las habitaciones destinadas para la vida pública, cuando la casa era habitada por musulmanes, puesto que pasado el corredor se penetra por una puerta pequeña y disimulada en el recinto interior del edificio: el *harem* antiguo. Que los árabes saben hacer en extremo agradable los lugares destinados al esparcimiento de la vida íntima, pruébanlo sobradamente los dos grandes patios reservados. El primero es un lindo jardín, sobre el que da la fachada de la casa, precedida de un pórtico de dos pisos, formado con altos pilares encalados que sostienen vigas pintadas de azul. Este jardín ofrece la particularidad deliciosa de que sus paseos están en alto, es decir, elevados más de un metro del suelo donde crecen las plantas, de manera que al caminar puede uno pisar las rosas que tocan el pavimento, y dar con la cabeza en las ramas de los árboles, naranjos y limoneros cargados de fruto ó de flores, y mirtos cubiertos de hojas aromosas, en los que anidan innumerables parejas de aves canoras de todas especies, que forman un concierto inimitable. Contribuyen á realzar el encanto de tal jardín sus altas murallas, que le separan por completo del mundo exterior, y una fuente murmuradora que mana agua cristalina, que se difunde por todas partes. Jamás he visto lugar más apacible y seductor, ni que invite más á la vida tranquila y voluptuosa. Los

variados pájaros con sus cantos y las plantas con sus diversos perfumes, forman una doble sinfonía de aromas y melodías que embriagan los sentidos, y allí quisiera uno pasarse la vida sin hacer nada, absolutamente nada, más que soñar con los goces del paraíso mahometano.

Tienen los árabes gran cariño á los naranjos y limoneros; y esto no es sólo por la belleza de tales árboles ni por la bondad de sus frutos, sino por cierta poética leyenda que aquí me han contado. Según parece, cuando el gran profeta Mahoma era aún muy niño, tres ángeles le llevaron cierta noche á la cumbre de una alta montaña, donde uno de ellos le abrió el pecho, y bajando después su cuerpo á las mansas orillas de un río, le lavó las entrañas, mientras que el segundo ángel le partía el corazón, sacando de él un grano negro, que era la culpa original, y que el tercero, con solícito cuidado, le curaba y sanaba las heridas. Terminada la mágica operación, volviéronse los ángeles al cielo, dejando al elegido de Dios abandonado. Unos devotos peregrinos que acertaron á pasar por aquellos lugares desiertos hallaron á Mahoma llorando, no se sabe si por el sentimiento de la deviceración ó si por melancolía de la soledad, y pudieron observar que las lágrimas que derramaba se convertían en flores de naranjos y limoneros, por cuyo piadoso misterio es la flor de azahar muy estimada por los musulmanes.

El segundo patio está rodeado por una galería cubierta, formada por pilares de mampostería que sostienen arcos, sobre los que se sustenta, formando terrazas descubiertas, la galería correspondiente al segundo piso. En tres de los lados de este patio, lo mismo en una que en otra altura, se encuentran habitaciones, largas y estrechas, que sólo reciben luz por la puerta. Este es el estilo típico y característico de la arquitectura marroquí, que exige en todas las construcciones el mismo patio, rodeado de columnas ó pilares, sosteniendo arcos y formando corredores altos y bajos, por los que se entra á las piezas contiguas. Nuestras habitaciones tienen las condiciones

establecidas: largas, estrechas y muy altas. El techo, generalmente, es de tablas que forman un tosco artesonado, sin ornamento alguno, salvo en las habitaciones de aparato, donde el techo, las puertas y los arcos que dan al patio están adornados con arabescos en relieve pintados de todos colores. El mobiliario suministrado por el Gobierno marroquí para nuestro uso no puede ser más sencillo: inmensas camas (una á cada extremo de la habitación) de hierro dorado con columnas, de esas que entre nosotros se llaman vulgarmente imperiales; sillas de madera curvada y alguna que otra mesa de pino blanco, cubierta con un tapete de bayeta de color vistoso, generalmente rojo ó azul brillante. Hasta mitad de su altura, las paredes están cubiertas por esos tapices llamados *Jaitis,* hechos de recortes de paño de diversos colores, superpuestos, formando dibujos simétricos, casi siempre arcos moriscos; y sobre los suelos se extienden alfombras de moqueta alemana, que los elegantes marroquíes (en todas partes cuecen habas) tienen el mal gusto de preferir á los hermosos tejidos de Rabat. ¡Que siempre la humanidad ha de hallar mejor lo malo ajeno que lo bueno de casa!

La escalera estrecha, obscura, tortuosa y excusada, con escalones altos y desiguales, conduce á la amplia azotea que corona nuestra vivienda y que, rodeada por una muralla almenada, no deja ver el exterior, excepción hecha de un pequeño terrado más elevado, desde el que se puede contemplar toda la ciudad y el hermoso panorama del valle del Tensif y la cordillera del Atlas. Desde esta altura, la capital de Marruecos presenta un aspecto singularmente original y fantástico, por más que esto sea sólo apariencia. La gran cantidad de jardines, cubiertos de árboles frondosos, comprendidos dentro del recinto de las murallas, y que se extienden en todos sentidos; las azoteas de las casas, formando una serie de planos que se sobreponen caprichosamente; los casquetes esféricos de las innumerables kubbas; los tejados verdes de los santuarios; los minaretes de las mezquitas, elegantes y esbeltos, todo constituye

un conjunto en extremo pintoresco, y haría creer en una ciudad de hadas si, al observar los detalles y penetrar en la realidad, no se viese que todo aquello no era, en verdad, más que un montón de ruinas, escombros y basuras. ¡Cuántas tardes me gusta pasar en este lugar apartado contemplando á mis plantas la misteriosa ciudad, de la que no surge el más leve ruído, á no ser el que arman los clarines y tambores del ejército, estudiando con entusiasmo sus tocatas, allá en las inmensas llanuras desiertas que rodean la gran mezquita de *la Kotubia,* de cuya torre maravillosa, joya de la arquitectura árabe, suele bajar una melodía triste y quejumbrosa, entonada por el almuedano que á la puesta del sol llama á los fieles á la oración! A su canto contestan sus compañeros desde los otros minaretes, y en el aire se forma un concierto de voces plañideras que parecen llorar la ruina de la ciudad y de la raza, mientras que los que transitan por las calles y plazas solitarias se detienen y comienzan á hacer sus devociones, sin que nada les distraiga de tan piadoso deber. Mientras tanto, el sol declina lentamente, envolviendo en sus últimos rayos á la ciudad, más que dormida, muerta, y los edificios toman, dorándose con aquella luz suave, esos tonos rojizos que han hecho llamarla *la roja.* A los terrados de las casas salen las mujeres, envueltas en sus largas vestiduras blancas, que flotan al aire y las hacen aparecer desde lejos fantasmas creados por la fantasía. ¡Cuántas bellezas admirables habrá entre ellas! A la débil luz del crepúsculo se las ve charlar animadamente y pasar saltando las murallas de una casa á otra, pero á tanta distancia, que apenas se las entrevé ligeramente; y esto dura hasta que las sombras confunden todos los términos y la visión desaparece por completo.

Horas llenas de misterio y de inefable encanto, acrecentado por la melancólica poesía del pasado, que nunca olvidaré. He oído decir que hubo un famoso príncipe musulmán, poderoso kalifa de Córdoba, que se dió el extraño placer de llorar el día de su coronación, cuando, rodeado de fausto y de gran-

dezas, tras revistar sus tropas y recibir el homenaje de los magnates que besaban sus plantas, llegó á contemplar la turba de innumerables mujeres de singular belleza que para su harem le presentaban, pensando que lo mismo aquellas gentiles doncellas, que los apuestos guerreros de su ejército, que el esplendor de su corona, su gloria, sus riquezas y poderío, sus palacios y ciudades, todo en una palabra, todo, había de desaparecer para siempre sin que, dada la imposibilidad de detener un instante la sensación fugitiva y pasajera, hubiera podido disfrutar toda la cantidad de goce que contenía. ¡Qué no hubiera probado aquel príncipe, de tan exquisita sensibilidad dotado, que sabía mezclar voluptuosamente el extremo placer con el dolor, si hubiera podido ver su sentimiento realizado en esta extravagante mezcla de muerte y vida; y aquellas visiones femeninas, charlando alegremente en las azoteas de las casas arruinadas, indiferentes á la civilización decadente y á los monumentos derruídos que las rodean, lo mismo que á esta naturaleza virgen y vigorosa, ansiosa de vivir, que invita á aprovechar tanta cantidad de belleza derrochada, tanta fuente de placer y emoción perdida inútilmente, sin que nadie sea capaz de gozar y disfrutar de ella!

4 de Mayo.

En la plaza que se halla junto á Dar Muley Ali, se levanta la hermosa mezquita de la *Kotubia* ó de los libreros, con su famosa torre, modelo de esbeltez y de elegancia. Según refiere el historiador marroquí el Xiej Ahmed ben Jaled (1) fue mandada edificar por Abd-el-Múmen ben Ali el Cúmi, con objeto de encerrar en ella un libro muy estimado que había mandado traer de Córdoba, y era fama había pertenecido al Kalifa Omar. La construcción del magnífico *Mihrab* se comenzó

(1) Vide su obra ya citada: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akza.*

el año 553 de la Hegira (1175), y en él se colocó el apreciable libro que el Emir Almohade hizo encerrar en una magnífica caja, hecha de maderas finas, forrada con chapas de oro y adornada con multitud de piedras preciosas. Es casi seguro que en el mismo lugar se encontrará aún hoy día.

Respecto al bellísimo minarete, los árabes le atribuyen un origen tan extravagante como fantástico. Aunque la leyenda no es desconocida, no quiero dejar de trascribirla en estos apuntes. Según parece, en la *Zauia Tamilelt*, santuario muy venerado vecino á la ciudad, se conservan los restos de unos gigantes que en tiempos remotos llegaron al pie del Atlas, y complaciéndoles la colosal altura de estas montañas se establecieron en el valle del Tensif, desde donde comerciaban con *Timbuctu*. Desde las llanuras de Marrakesh á la lejana capital de los desconocidos territorios del *Takrour*, llegaban los gigantes con tanta velocidad á causa de su extraordinario tamaño, que no necesitaban llevar agua para atravesar el desierto del Sahara, y si por casualidad tenían sed, hallaban el precioso elemento en la cabeza de su jefe, la que por su elevación siempre estaba cubierta de nieve. Al regresar de una de aquellas expediciones, tuvieron los gigantes, á excepción de uno, la dolorosa sorpresa de hallar que sus mujeres habían muerto por los picotazos que recibieran de una descomunal bandada de cuervos que había invadido dichos campos; y tal fue el sentimiento que de ellos se apoderó, que al poco tiempo todos murieron, salvo aquel que no había perdido á su compañera. Los difuntos fueron enterrados en la *Zauia Tamilelt*, y el gigante que sobrevivió á la catástrofe, en unión de su esposa, fueron quienes construyeron la *Kotubia*. Ella cortaba las piedras en un monte distante dos kilómetros de la ciudad, y él, de pie, y sin moverse del lugar donde se encuentra la mezquita, cogía las piedras de manos de su esposa con sólo alargar el brazo, y las colocaba en su lugar correspondiente hasta terminar la grandiosa obra que debía perpetuar la memoria de su raza. Como prueba fehaciente de la veracidad

de esta leyenda, aseguran que las innumerables piedras que se encuentran en las vertientes del *Guiliz* en rededor de la *Kubba* de Sidi Bel Abbés, son de las que cortó la giganta y sobraron de la fábrica de la torre. Dejando á un lado leyendas y consejas más ó menos fantásticas, lo cierto es que el famoso Emir Yacub Almanzur, después de haber derrotado las huestes castellanas en la fatal batalla de Alarcos (1195), al mismo tiempo que mandaba terminar las obras de la gran aljama de Sevilla y construir el célebre minarete que llamamos hoy día la *Giralda*, hizo edificar esta hermosa obra bajo los planos del mismo arquitecto encargado de dirigir aquellas otras construcciones, un moro sevillano, apellidado Guever ó Hever, que fue quien algunos años después trazó la planta de la torre de Hassan, en Rabat, que ha quedado sin concluir. Según se ha podido observar, los tres edificios presentan grandes semejanzas, y tienen no sólo idéntica forma, sino el mismo número de tramos é iguales proporciones. Como la torre de Hassan, que debía ser la mejor de las tres, no fue terminada, y la *Giralda* ha sido modificada en parte por artífices cristianos, resulta que la *Kotubia* representa en el presente el verdadero ideal del notable alarife árabe, que debió ser sin duda alguna un artista de singular talento y ciencia.

Es imposible imaginar nada más gracioso, airoso, esbelto y elegante que esta deliciosa obra, que vendrá á tener, conforme á nuestros cálculos, unos 60 metros de altura. Toda ella es de piedra de cantería, labrada, sin simetría alguna, en sillares desiguales, diferenciándose en esto de la torre de Sevilla, construída únicamente con ladrillos. Cada una de sus cuatro fachadas, aunque simétricas y ordenadas, presenta un aspecto distinto, exceptuando el último cuerpo, igual en todas, y adornado por una serie de arquitos apuntados y lobulados, sostenidos por pequeñas columnas, que se cruzan y enlazan caprichosamente, formando cuatro huecos; dos hornacinas en los extremos, y dos abiertos en el centro, que hacen un lindo ajimez en cada uno de los frentes. Una ancha faja de ladrillos

esmaltados, verdes y blancos, dispuestos en dibujos geométricos, constituye el entablamento sobre el que reposan unas almenas de piedra que tienen la forma de trapecios dentellados, que terminan la construcción, coronada por una especie de linterna que reproduce en pequeño la misma traza de la torre, adornada con ajimeces y primorosos alicatados de exquisito gusto, con un pequeño friso de ladrillos esmaltados que hace de entablamento, con una serie de almenas idénticas á las inferiores, y cubierta por una cupulilla estriada, revestida de azulejos verdes, que rematan tres bolas de cobre dorado, de diferentes tamaños, superpuestas y sostenidas por una aguda punta de metal. Allí se encuentra también el mástil donde se enarbolan las diversas banderas que señalan las distintas ceremonias del culto.

Cada fachada tiene distintos huecos, situados á diferentes alturas, siguiendo indudablemente la progresión ascendente de la rampa interior que sirve para subir á la terraza. Dichos huecos están inscritos en arcos de variadas trazas, ya apuntados, ya multilobulares, primorosamente exornados con festones y dibujos caprichosos, que no sólo demuestran la mayor riqueza y fantasía decorativa, sino que el monumento pertenece á ese estilo del arte árabe, propiamente llamado morisco ó africano, en que, separándose de todas las influencias románicas ó bizantinas que sufriera durante la primera fase de su florecimiento, se muestra, gracias á los resultados inmediatos de otra civilización, completamente transformado por el uso de elementos nuevos que dan á la arquitectura árabe un carácter particular y muy diferente del que mostró durante su primera época. Buena muestra de este estilo tan característico es la inimitable capilla de Villaviciosa, de la admirable mezquita de Córdoba, con cuyos adornos los de la *Kotubia* presentan bastante semejanza. Realza la extraordinaria belleza de esta torre, que causa la admiración de cuantos la contemplan, el delicioso color dorado que los años y las ardientes caricias del sol han dado á las piedras de esas murallas; y por la tarde,

cuando el sol se oculta tras ella, se presenta en toda su singular hermosura, luciendo sus esbeltas y delicadas formas.

El exterior de la gran mezquita que á sus pies se extiende es bien pobre y miserable. No tiene nada de particular, salvo las ventanas abiertas ó simuladas, situadas á bastante altura, cerradas por tablas de piedra ó estuco, esculpidas de manera que hagan un enrejado que deje pasar la luz. El edificio está completamente aislado en el centro de un inmenso espacio desierto. En las fachadas que miran al Norte y Mediodía se abren las puertas que comunican con el interior: son cuadradas, y están rodeadas por grandes arcos lobulados separados por pilastras. Por dichas puertas puede vislumbrarse algo del interior del templo, es decir, largas naves divididas por pilares que sostienen arcos apuntados, algunos adornados con arabescos, pero todo lamentablemente blanqueado. Presumo que si fuera posible quitar la espesa capa de cal que cubre las murallas, sería más que probable que aparecieran vestigios de la primitiva decoración que, según el testimonio de antiguos escritores, se distinguía por su esplendor y riqueza. Enmedio de las naves hay un patio con una fuente para las abluciones, y en el extremo que forman las fachadas del Sud y Poniente, pudimos vislumbrar, siempre desde la puerta y con grandes precauciones, pues es sabido el gran recelo con que los musulmanes miran á los cristianos aproximarse á sus santuarios, una especie de capilla en que termina la última nave, cuyo pavimento está revestido con azulejos de esmalte de diversos colores. Nos chocó bastante semejante anomalía, y pudimos averiguar que aquel lujo era en honor de *nueve valientes* allí sepultados, sin que nos fuera posible, á pesar de nuestras indagaciones, saber nada más sobre el particular. La parte superior que cubre el edificio en el exterior forma pequeñas separaciones tejadas, que señalan claramente la división de las naves que, conforme á esta indicación, deben ser nueve en dirección de Oriente á Poniente. También marcan la situación de las capillas. En el interior, la techumbre consiste

en vigas y tablas enlazadas que forman artesonados, decorados con labores y pinturas; algunos escritores aseguran que aquellas maderas son de *arar*, especie sumamente apreciada por su suave perfume y grandes condiciones de resistencia. Precisamente al pie de la torre subsisten los restos de un lindísimo pórtico, constituído por tres arcos multilobulados, hoy tapiados, de dibujo sumamente original. Los tres, así como los pilares en que se apoyan, están construídos con ladrillos y en el más desastroso estado, siendo próximo el día en que poco ó nada quedará de tan elegante construcción. Debía constituir el ingreso de una galería cubierta que precedería á la mezquita por la parte de Poniente, según puede colegirse por los restos que allí se encuentran.

Antiguamente existían en Marrakesh muy ricas y numerosas bibliotecas, asegurándose que en 1526 pasaban de ciento. La principal de ellas se hallaba precisamente custodiada en esta mezquita, que recibe el nombre de *Kotubia*—librería—por esta causa. También se dice que en una de las grandes cámaras del mismo santuario se conservaba una colección de retratos de muchos de los sultanes magrebinos, y que el Sultán Muley Solimán hizo destruirla, en atención al precepto del Alkorán, que prohibe terminantemente reproducir nada que viva, y más especialmente el sér humano.

Los vastísimos terrenos que rodean la *Kotubia* están abandonados por completo, siendo un vaciadero de inmundicias, por el que cruzan algunas acequias que forman charcas, á las que los magnates de la corte envían á bañar sus caballos y mulas. Generalmente aquellos lugares están solitarios, á no ser por la tarde, en que los jóvenes trompeteros y tambores del ejército, muchachuelos de doce á catorce años, se congregan allí para estudiar sus tocatas, armando un ruido ensordecedor. La fachada oriental de la mezquita, en la que existe un pabellón que sirve de entrada á la tribuna reservada que ocupa el Sultán cuando asiste á las ceremonias religiosas que allí se celebran, cierra uno de los lados de una plaza, que li-

mitan por otra parte las murallas del *Dar Muley Alí*, que sólo separa del templo una pequeña calle. Los otros dos frentes de la dicha plaza son formados por tapias de otros jardines y huerta. En una de ellas el propietario permite la entrada—mediante un tanto por el ingreso—á los judíos que allí se reunen para festejar el Sábado, y entregarse al paseo y esparcimiento, alejados de los árabes, que los tratan con tanto odio como desprecio, sin que les merezcan consideración alguna. Es verdad que las condiciones peculiares de esta raza, su falta de nobleza y valentía, hace á sus individuos en extremo antipáticos. Su amor ilimitado por el lucro, la práctica despiadada de la usura, el servilismo de que hacen gala, les hace incompatibles con gentes tan generosas y arrojadas como son en general los árabes, que les obligan á vivir en lugares reservados dentro de sus ciudades.

Vénse los días de fiesta, en el jardín de que antes hablara, los tipos más innobles y degradados que puedan imaginarse, contribuyendo á aumentar su repugnante aspecto el traje negro y sucio, los cabellos desgreñados, la apariencia sórdida y miserable, la poca nobleza y dignidad de movimientos, y sobre todo el pañuelo á la cabeza que llevan los hombres y que los árabes les precisan á ponerse en señal de menosprecio. Allí tienen su paseo los jóvenes elegantes de afeminada presencia, los viejos sucios y asquerosos y las mujeres guapas, por lo general, con sus grandes ojos negros y rasgados, la nariz aguileña, la tez morena y la fisonomía falta de expresión. En todos ellos se observa fácilmente el grado de abyección y rebajamiento en que viven, inspirando su vista más bien repulsión que simpatía.

Desde las primeras veces que paseé por la dicha plaza, me llamó la atención una puertecita de arco de herradura abierta en una de las murallas que la rodean, y por la que se podía ver una vetusta tumba. Mi interés creció cuando supe que aquel era un lugar sumamente respetado por los habitantes de Marrakesh, por ser aquella tumba la del Sultán Yusef Ben

Taxefin, fundador de la ciudad. El ilustre caudillo que estableció en el trono la dinastía de los Almoravides y engrandeció los dominios del *Emir-al-Mumenin*, quiso ser enterrado modestamente al aire libre, y que el cielo cobijase su sepulcro y los árboles le diesen sombra. No hay allí más que un simple sarcófago de piedra blanca, sin adornos ni inscripciones de ninguna clase, elevado por dos ó tres escalones del suelo, y situado enmedio de un pequeño recinto rodeado de murallas. El conjunto no puede ser más austero y sobrio. Impresiona por su misma sencillez, y resulta digno de un hombre que, elevado á la cúspide de las grandezas humanas, supo despreciarlas y anonadarse ante la terrible majestad de la muerte. No quiso conmemorar su recuerdo erigiéndose una tumba fastuosa, como lo hicieron muchos de sus sucesores, que levantaron los monumentos hoy derruídos y abandonados de *Xella* (1), sino fiarlo á la memoria de sus súbditos, á quienes colmó de beneficios elevando su Imperio al mayor grado de esplendor. Si la devoción oficial de los magnates magrebinos ha olvidado este lugar, no ha sucedido lo mismo al pueblo, y todas las mañanas muchas pobres mujeres se reunen á hacer sus preces junto al humilde y solitario sepulcro del que fuera un guerrero poderoso y temido; extienden ante la puerta una manta en que recogen las limosnas que les arrojan los transeuntes, y arrodilladas junto al sarcófago ó acurrucadas cerca de la puerta, envueltas en inmensos paños blancos y la cara cubierta con un pañuelo que no deja ver más que los ojos, se pasan las horas recitando una especie de rosario, en cada una de cuyas cuentas repiten una invocación á Allah, saludándole con una de sus infinitas cualidades ó atributos.

Siguiendo por la calle donde se halla el sepulcro del fundador de Marrakesh, se llega á la *Mamunia*, casa de recreo de los emperadores, rodeada de jardines, donde es costumbre que

(1) Ciudad vecina á Rabat, hoy arruinada, donde están las tumbas de los califas Almohades, y entre ellas la de Yusef Almanzur.

se alojen las Embajadas extranjeras que visitan la corte, y donde hoy habita la Misión italiana que preside mi antiguo amigo el Excmo. Sr. Malmusi, Ministro de S. M. Humberto I en Tánger. Para nosotros ha sido una verdadera fortuna encontrarnos aquí con tan excelente y simpático colega, que acompañan su hijo Carlos (buenísimo compañero mío) y otros funcionarios. Como nos unen vínculos de amistad y mutuo aprecio, nos reunimos todos los días y pasamos largos ratos conversando alegremente, paseándonos por las frondosas alamedas de naranjos y olivos, que son el principal encanto de la *Mamunia*, ó haciendo excursiones á caballo por las afueras de la población, que Carlos conoce á las mil maravillas. Los enviados italianos llevan seis meses de residencia en la capital magrebina, y no sólo han recorrido toda la ciudad y sus contornos, sino que ya están cansados de la vida aislada y monótona, y de la lucha sostenida con la pasividad de los altos funcionarios marroquíes, que tanto dificulta las negociaciones diplomáticas.

Si la casa de Muley Ali es mucho más hermosa que los tres pabellones que componen las habitaciones de la *Mamunia*, los jardines de ésta son incomparablemente mejores y más extensos. Forman un admirable bosque, que riegan infinitos arroyuelos, y en cuyos árboles anidan innumerables pájaros de todas clases que alegran la umbría con sus variados cantos. La disposición del edificio principal es idéntica á la del interior de Muley Ali, aunque todo es más pequeño. Presenta el mismo patio, rodeado de galerías formadas por arcos apuntados que sostienen pilares de mampostería, con una fuente en el centro y tres estancias largas y estrechas en tres de sus lados. Otro edificio aislado que tiene un gran aposento, al que se sube por una escalera tortuosa, sirvió de habitación al General Martínez Campos cuando vino de Embajador á poner término á los asuntos de Melilla. Estas dos construcciones, que separa un gran estanque, pues la *Mamunia* está ricamente dotada de aguas corrientes, se hallan situadas junto á las murallas de la

ciudad, en la que se abre una poterna que da libre paso á las afueras á los que en ella residen, y desde sus terrazas se disfruta de un panorama encantador, sobre la cordillera del Atlas y la fertilísima vega del Tensif. El tercer pabellón, á que antes aludí, debía ser un lugar de reposo, y está perdido enmedio de los jardines. Le llaman vulgarmente pabellón de la Sultana, aunque ignoro á qué deba semejante apelación.

Naturalmente, el principal tema de nuestras conversaciones apenas nos reunimos italianos y españoles, ya en la *Mamunia,* ya en *Muley Ali,* es el asunto que tanto nos preocupa, la enfermedad del Gran Visir, que impide que la Embajada italiana termine sus asuntos, y que la nuestra comience sus negociaciones. Desgraciadamente todas las noticias que sobre el particular recibimos, son bastante graves. El médico español, Dr. Cerdeyra, que nos acompaña, ha sido llamado para asistir al ilustre enfermo, y después de haber celebrado una consulta con sus colegas el Dr. Linares, agente de Francia en la corte sheriffiana, y el inglés Dr. Verdún, facultativo de los ejércitos imperiales, nos dice que es de esperar un desenlace funesto; que aunque la enfermedad que actualmente padece es una simple *grippe* común, la avanzada edad del paciente y las dolencias crónicas (entre ellas la albuminuria), que combaten cruelmente su gastado organismo, dificultan sobremanera una curación que, para afirmarse, necesitaría una larga convalecencia, y un cambio completo y radical en el régimen de vida del poderoso magnate, incompatible con su carácter impetuoso, apasionado y vehemente.

Ba-Ahmed es hombre de grandes bríos y energías nada comunes. Postrado en el lecho, sufriendo los ataques de cruel enfermedad, dirige, sin embargo, la administración del Estado, haciéndose temer y respetar, de manera que mientras aliente, es seguro que cuidará celosamente de que nadie trate de usurpar su omnímodo poderío. Ha asumido en sí todas las funciones del Gobierno, sujetando el monarca á su tutela, é inspirando pavor á todo el mundo, incluso al mismo Sobera-

no, por lo que nadie se atreve á intervenir en nada y arrostrar las consecuencias de su enojo. Por una extraña coincidencia, en estos días ha fallecido uno de sus hermanos; lo que unido á la muerte acaecida no hace mucho tiempo de otro de ellos, Si-Said, que desempeñaba el puesto de Ministro de la Guerra, y á la enfermedad que él mismo padece, hace que el pueblo murmure y llegue á decir, comentando tales sucesos, que los difuntos perecieron envenenados, víctimas de una odiosa maquinación tramada por los enemigos del valido, á quien aguarda también semejante fin; lo que todos verían con singular placer, pues lo mismo el pueblo que los magnates, detestan al que con sin igual tenacidad les impone su voluntad y les somete á sus caprichos. Con todo esto, el despacho de los asuntos oficiales ha sido aplazado y nuestra recepción pública por el Sultán, que, conforme á lo de antiguo establecido por la etiqueta magrebina, debió haberse verificado al tercer día de nuestro ingreso solemne en la ciudad, retrasada indefinidamente; no siendo de esperar que el joven monarca, que para todo cuenta con el auxilio de su Visir, que es quien verdaderamente gobierna, se decida á tomar una resolución que termine esta situación anómala y extraña, incomprensible en absoluto para las Cancillerías europeas, y que aquí no causa el menor asombro. Todos la aceptan con resignación completa, como lógica y fatal consecuencia de la prepotencia del famoso Ba-Ahmed-ben-Musa, que todos se ven precisados á acatar, y como prueba patente y manifiesta de la omnipotente voluntad de Alláh, ante la cual se estrellan los afanes humanos en general, y más especialmente las aspiraciones y vehementes impaciencias de los odiados *rumis* ó cristianos.

5 de Mayo.

La situación no se ha modificado en nada. El Gran Visir, sigue sufriendo alternativas de gravedad ó mejoría, sin que el curso de su enfermedad tome un rumbo definitivo; y los

asuntos oficiales, sobre todo los de orden exterior, continúan aplazados hasta Dios sabe cuando, pues es conocida la despreocupación innata de los musulmanes. Como en Europa nadie puede explicarse lo que aqui ocurre, y á todo el mundo sorprenden tales anomalías, las imaginaciones se han echado á volar, y vista la carencia de noticias, algunos periódicos ingleses (ingleses habían de ser) se han permitido decir, faltando á la verdad en absoluto, que la Embajada española había fracasado, puesto que el Emperador de Marruecos se negaba á recibirla. El deseo de hacer daño y perjudicar á España se manifiesta claramente, ya que no existe ni el menor fundamento para propalar semejante aserto. La verdad es que la dolencia que aqueja á Ba-Ahmed es un gran contratiempo fatal y desagradable, que lo mismo afecta á la Embajada italiana que á la española. La primera tiene todos sus asuntos resueltos, faltando sólo que el Gran Visir firme los protocolos definitivos, y nosotros esperamos que mejore un tanto para poder comenzar las negociaciones, en las que necesariamente tiene que intervenir, por ser también Ministro de Relaciones exteriores. Pero ciertamente no es posible continuar como hasta hoy, y teniendo en cuenta los falsos y mal intencionados rumores que aviesamente corren por Europa, es preciso hacer comprender á S. M. Abdul-Aziz, que es de todo punto necesario que, asistido ó no por su Gran Visir, se resuelva cuanto antes á recibirnos en audiencia pública; y desde luego nuestro Jefe ha entablado negociaciones directas con el *Maghzen* ó sea el Gobierno, para poner fin á semejante estado de cosas. Es de esperar que en breve obtendremos la realización de nuestro justísimo y legítimo deseo.

Mientras tanto, yo, por mi parte, continúo visitando la ciudad y sus interesantes monumentos. Hoy he dirigido mis pasos á la *Kasbah* ó palacio del Emperador, situado en la parte sud, y fuera de Marrakesh. Es inmenso, y lo componen varios grupos de construcciones y vastísimos jardines; porque allí residen no sólo el Sultán, su familia y la legión de mujeres

que le pertenece, sino también muchos personajes de la corte, y numerosos servidores y guardias. Hay también dos mezquitas é inmensos patios, verdaderas plazas, donde el Soberano da sus *meshuares* ó audiencias públicas, y dentro del mismo recinto se encuentran todas las oficinas del Estado. Tantos edificios forman un laberinto de calles, y como otra ciudad, cuya circunferencia exterior podrá tener unos cinco kilómetros, rodeada toda de murallas, construídas con lo que llaman *tabbi* ó sea una especie de mortero hecho con tierra, arena y cal que apisonan entre dos tablas aplicadas á ambos lados de la pared, que van levantando poco á poco y rellenando por el mismo procedimiento. Dichas murallas están guarnecidas en el interior con torres y contrafuertes á manera de fortaleza que domina la ciudad.

Lo que desde el exterior puede verse, recorriendo las plazas y calles de la *Kasbah,* bien poco interés presenta, todo está ruinoso y desmantelado y nada revela la residencia de un poderoso monarca. Algunos techos cubiertos de tejas barnizadas de verde, rematadas por las consabidas tres bolas de metal dorado, señalan las habitaciones del Sultán y la mezquita reservada que fue mandada construir por Muley Abd-Allah, padre de Sidi Mohammed. Aseguran los moros, que las tres bolas que terminan la techumbre de este santuario, son de oro macizo, y Lempriere, en su curioso *Diario de viaje de Tánger á Tarudant* (1789-90), dice que su origen es el siguiente: una de las mujeres del glorioso Emperador Yacub-Almanzur, hábil maga muy entendida en las ciencias ocultas, al ver que su esposo embellecía tanto á la ciudad de Marraskesh, no quiso dejar á la posteridad menos recuerdo que él, y con el fin de que su memoria pasase gloriosa á las generaciones venideras, vendió todas sus alhajas de oro y plata, y las muchas piedras preciosas que poseía, y con el producto que reunió mandó fundir las referidas bolas, asistiendo ella misma á la operación y recitando mientras tanto misteriosos conjuros que unían á ellas los destinos de la ciudad. Después dijo que las colocaran

en la mezquita reservada de palacio, donde se custodian cuidadosamente, pues de su conservación creen los árabes que depende las felicidad é independencia del Imperio. Es imposible comprobar si hay algún fundamento que autorice este dicho, y creer bajo la fe de su palabra lo que pretenden los moros.

Ali-Bey, que según relata en su curioso libro (1)—uno de los mejores que se han escrito sobre Marruecos—le fue dado penetrar varias veces en el interior del palacio imperial, nada refiere acerca de dichas bolas y de su curiosa historia. Describiendo lo que pudo ver, dice que, después de pasar la puerta que comunica con la plaza del *Meshuar,* hay que atravesar un patio destinado á los guardias, y llegar luego á otro en cuyo centro se encuentra una pequeña *kubba* ó casita cuadrada, elevada algunos pies del suelo, cuyo interior está cubierto de tapices y guarnecido con algunas almohadas. En este lugar se sientan los ministros y altos dignatarios de la corte aguardando las órdenes del Soberano, sirviéndose comida, cena y refrescos á los que allí permanecen. Dejando atrás esta especie de antecámara y el patio en que se halla, se entra en un vestíbulo donde se sitúa otra guardia y los pajes de servicio, y, finalmente, en un jardín en el que hay dos pequeñas *kubbas* de madera, en una de las cuales recibe de ordinario Su Majestad Scheriffiana. Este jardín es de forma regular, hermoso y bien cuidado, está plantado de naranjos y bien provisto de flores y plantas aromáticas: en su centro hay un cuadrante solar. Según prosigue refiriendo el erudito general español—que en todo este pasaje transcribo—en el interior del palacio existen hermosas habitaciones construídas á la europea, con grandes balcones que dan al jardín, y un bellísimo salón cuadrado primorosamente adornado y con algunos tapices por todo mueblaje. Esta habitación se halla en el primer piso, y da lás-

(1) VIDE: *Viajes de Ali-Bey el Abbasi* (D. Domingo Badía Lebich) por Africa y Asia durante los años 1803, 4, 5, 6 y 7.—París, librería de los señores Salvá é hijo, 1836.

tima ver la escalera tan mal colocada, tan obscura y sobre todo tan mezquina que á ella conduce.

Creo firmemente cuanto dice Ali Bey, que gozando de la amistad del Emperador Muley Soliman, debió visitar varias veces la parte reservada de palacio, en la que ninguno de nosotros ha de penetrar. Además, hé podido comprobar la veracidad y exactitud de muchas de sus descripciones, pues como en Marruecos los edificios y costumbres se mantienen indefinidamente, casi todo se halla del mismo modo que á principio de siglo, época en que el intrépido viajero recorrió la Mauritania.

Nosotros hemos llegado hasta la Plaza de Armas, ó sea el *Meshuar,* donde se verificará la audiencia pública. El salón del trono de los Sultanes magrebinos no puede ser más sencillo. Un inmenso paralelógramo, rodeado de murallas, que limitan por dos partes los jardines del *Agudal.* En uno de sus frentes hay un pequeño pabellón denominado *Kubba Suera*, que tiene en su piso superior un gran balcón, desde donde el Emperador presencia la *fantasía* ó juegos de correr la pólvora que se ejecutan para celebrar las solemnidades de las grandes pascuas del carnero y *Mulud.* Al lado contrario, después que la muralla lateral ha hecho un codo, estrechando bastante la superficie, se forma otro patio más pequeño, cerrado por tres lados por soportales, en que se instalan las oficinas del Gobierno, y precisamente en su fondo se abre la puerta principal, que comunica con el interior, puerta modesta, de arquitectura sencilla y arco de herradura, simplemente blanqueada y sin adornos de ninguna clase. Unicamente la flanquean dos torreones, dándole aspecto de entrada de fortaleza más bien que de palacio.

La muralla de la parte Sud tiene otra puerta que da paso á una nueva plaza más reducida y también rodeada de muros; esta otra puerta tiene mayores pretensiones arquitectónicas, con un arco de herradura, inscrito en otro de medio punto lobulado, sus dos columnas de mampostería con capiteles figu-

rados, que sostienen un entablamento, y su coronamiento almenado con dos linternones en los extremos, que hacen de ella uno de los monumentos más pintorescos de Marrakesh, aunque toda su traza y la calidad de sus groseros adornos de yeso, pintarrajados con colores crudos y vistosos, revelan una época de absoluta decadencia y mal gusto. Lo demás de la plaza, con su gran estanque, recuerda más bien el corralón de una granja que otra cosa. Como por la tarde recibe S. M. Sheriffiana á los kaides y gobernadores de las kábilas del Imperio, ante la puerta del Palacio hay gran cantidad de sirvientes que manteniendo del diestro hermosas mulas, ricamente enjaezadas, aguardan la salida de sus amos. No tarda mucho en terminar la audiencia, y podemos ver á los magnates montar sobre sus caballerías y emprender la marcha formando la más gallarda y soberbia comitiva que pueda darse. Caminan pausadamente, dejándose llevar por el paso suave de sus monturas, arrellanados en las altas sillas de montar morunas, los piés engargantados en ricos estribos dorados y damasquinados, sujetos muy alto, las piernas recogidas, y cabalgando de ese modo característico africano que nuestros antepasados llamaban á *la jineta*. Casi todos visten con elegancia suma el *jaique*, esa prenda tan airosa, que rodea dos ó tres veces sus cuerpos, envolviéndolos por completo y cubriendo sus cabezas, que ciñe el turbante con numerosas vueltas, á manera de capucha ó cogulla; y llevan por encima el *albornoz*, especie de capa de paño blanco, que forma pliegues caprichosos y les da majestuoso aspecto. Sus figuras son por lo general hermosas y viriles, lo mismo los mancebos gallardos y distinguidos, de gentil continente y apostura, que los viejos venerables de luenga barba cana y patriarcal presencia. A cada lado de la mula que montan, marchan por lo menos uno ó dos criados, y su mayor número demuestra la mayor posición y riqueza del jinete, que poseído de su dignidad y grandeza, tiende una mirada indiferente sobre cuanto le rodea, y ni siquiera se fija en los pobres plebeyos que se apartan respetuosamente á su paso,

contemplando quizá con envidia tanto fausto y opulencia, sin pensar que bien poco tienen que envidiar á los magnates marroquíes, expuestos á ser víctimas de los caprichos de un Soberano despótico, que puede desposeerlos, sin el menor fundamento y ante la más leve sospecha, de la noche á la mañana, de todas sus riquezas y poderío, y encerrarlos en una triste y fétida prisión, donde padecerán olvidados y abandonados por todos el poco tiempo que puedan soportar una vida miserable y abyecta, como ocurrió precisamente—citando este caso entre otros muchos—á *Mohammed el Zeguer*, Ministro de la Guerra del difunto Sultán Muley Hassan, que recibió con el mayor esplendor en ese hermoso palacio de Muley Ali, que hoy habitamos, entonces su vivienda, al General Martínez Campos y á su séquito, obsequiándoles con fastuoso banquete, y que al poco tiempo, privado de sus grandezas, iba á parar á una obscura y lóbrega mazmorra de Tetuán, donde sigue y seguirá encerrado hasta que un nuevo capricho de su señor, el *Emir-al-Mumenin*, haga rodar su cabeza ó le devuelva con exceso sus perdidos bienes, que todo es posible en este extravagante y curioso país, en que le parece á uno vivir hace ocho siglos, en plena Edad Media.

Fuí siguiendo de lejos la lucida cabalgada, admirando su pintoresco aspecto y la noble apostura de los caballeros que la formaban, y tras ella salí del *Meshuar*, recorriendo en su compañía un laberinto de calles estrechas y tortuosas, llenas de polvo y basura, y bordeadas por casuchas inmundas, ruinosas ó miserables, en las que habitan los numerosos esclavos del Sultán, hasta desembocar en una encrucijada donde se levanta la mezquita de Muley Yazid, hermoso edificio cuya fachada presenta líneas regulares, bien ordenadas y bellas, enmedio de su marcada sencillez. Fórmala un solo cuerpo no muy elevado, dividido en partes iguales por pilastras, en cuyos intervalos se dibujan elegantes arcos apuntados, ya cerrados por el muro, ya dando paso al interior. Sobre las pilastras se apoya un cornisón bien trazado, con alicatados de

estuco, un friso, y una línea de almenas dentelladas que disimulan la techumbre. Desde la puerta puede verse que el interior afecta la forma de un claustro rectangular, con galerías laterales que circundan un patio con una fuente en el centro, notándose desde luego el mismo defecto que se observa en la *Kotubia*, es decir, que la altura general del edificio no está proporcionada con su extensión, defecto peculiar á la arquitectura árabe, del que no se escapa ni la maravillosa mezquita cordobesa.

En uno de los ángulos de la mezquita de Muley-Yazid, que fue edificada, conforme á datos fehacientes, por el famoso Yacub Almanzur, es decir, en la época de mayor esplendor del arte morisco, se alza un minarete que, en sus reducidas dimensiones, es una preciosidad. Aseméjase mucho en su hechura á la famosa torre que construyó el arquitecto sevillano Hever, de la que antes me ocupé y continuamente admiro; y está toda revestida con azulejos esmaltados de brillante color verde, sobre los que se extiende una red de caprichosos ornamentos formados por ladrillos de su color natural. Dan luz á su interior preciosos ajimeces lindamente decorados, y su conjunto, rematado por las consabidas almenas dentelladas y su correspondiente linterna, resulta tan elegante como graciosa muestra de ese estilo del arte árabe, llamado africano, que se distingue por sus adornos de estuco y ladrillos vidriados. Una ancha grieta, abierta en una de sus fachadas, testifica el hecho narrado por el Xiej Ahmed-ben-Yaled (1) de que, corriendo el año 981 de la Hegira (1603), los cristianos cautivos que estaban detenidos en la Alcazaba de Marrakesh pretendieron hacer saltar por medio de varias minas cargadas de pólvora esta mezquita fundada por Almanzur, un viernes, á la hora en que allí se hallase el Sultán Muley-ex-Xiej con toda su corte, haciendo sus oraciones; no pudiendo llegar á conse-

(1) Vide, su obra ya citada: *Kitab-el-istikza li ajbar Dul al Magreb el Akza.*

guir su objeto por haberse apagado una de las mechas, aunque de resultas de la explosión parcial se rasgó la torre y se quebrantó bastante el edificio.

Lo referido por el historiador marroquí me hace suponer que las derruídas casitas y el confuso laberinto de callejuelas, muchas de ellas sin salida, que rodean por tres de sus lados á la mezquita de Muley-Yazid, debían formar parte antiguamente de la *Sagena* ó barrio que habitaban los cautivos cristianos, que según múltiples testimonios, se hallaba situado dentro del recinto murado de la *Kasbah,* de donde se sale por esta parte atravesando la bellísima puerta de *Aguinao,* el mejor monumento arquitectónico de Marrakesh, después de la admirable y nunca bien ponderada torre de la *Kotubia.*

Esta hermosa puerta, construída también por orden del ilustre Yacub Almanzur, á quien se deben los más bellos edificios que se conservan en la capital del Imperio y en la ciudad de Rabat, que llenó de magníficos monumentos, es toda de piedra dura; pareciendo mentira que un pueblo que en el siglo XII daba pruebas de tan exquisito gusto artístico, haya caído en el grado de postración y embrutecimiento en que se encuentra hoy día. La magnífica puerta de *Aguinao,* con sus delicadas labores, tan elegantes como variadas, no desmerecería lo más mínimo colocada al lado de las geniales construcciones árabes similares que embellecen á Toledo y á Granada. Y conste una vez más que hablo de *motu proprio,* por simple impresión de artista estudioso, que goza con analizar sus sensaciones y compararlas, sin pretender imponer á nadie las conclusiones á que llega.

He de tratar de dar una idea, siquiera sea ligera, de tan bella construcción, que yo juzgo superior á la celebrada puerta del Sol, gala de la imperial Toledo. Imaginémonos tres arcos de herradura superpuestos, inscritos en otro cuarto de medio punto, los primeros lobulados y caprichosamente exornados con delicados arabescos, el último, compuesto por sillares dispuestos simétricamente, con salientes alternadas que for-

man estrías, y este conjunto inscrito en un cuadrilátero terminado por una orla también trabajada con verdadero derroche. Pero donde los artífices medioevales hicieron ostentación de su exuberante ingenio fue en ambos tímpanos, cubiertos por follajes, hojarascas y arabescos, ejecutados primorosamente en relieve sobre la piedra dura. Limitan tan bella traza dos elegantes pilares de sillería, terminados por esbeltos linternones casi destruídos, rematando la obra un cornisón con su correspondiente friso, sobre el cual debían asentarse las consabidas almenas dentelladas, de forma trapezoidal, que coronan por lo general toda construcción árabe. Lástima que la parte superior de esta primorosa joya del arte morisco esté abandonada á las cigüeñas, que allí construyen sus nidos y que seguramente acabarán por arrancar poco á poco los sillares de su lugar correspondiente. Esta puerta, que comunica la *Kasbah* con la ciudad, sería digna de dar entrada al más suntuoso palacio del mundo.

Como la excursión del día ha sido larga, la noche me sorprende en la estensa plaza que precede á la puerta de *Aguinao*, que he contemplado durante largo rato, admirando los tonos dorados suavísimos con que el sol poniente embellecía la piedra roja de sus murallas. La brillante cabalgata de los magnates marroquíes se había dispersado por las distintas callejuelas internándose en la ciudad; por mi parte creí conveniente regresar á Dac Muley Ali, pues á más de no encontrar prudente pasearme por aquellos lugares después de anochecido, deseaba saber si durante mi ausencia se habían recibido noticias del *Maghzen*, si las gestiones entabladas por el Ministro habían dado los resultados apetecidos, y si al fin se sabía la fecha de la audiencia solemne.

Al llegar á casa supe con verdadero placer que S. M. Abdulaziz, comprendiendo lo justo y razonado de nuestras pretensiones, se había determinado á recibir la Embajada de España cuanto antes, fuese cual fuese el estado de su valido, hecho verdaderamente extraordinario en la vida del joven Sobe-

rano, que hasta ahora jamás se atrevió á ejecutar ningún acto sin contar con la autorización de su obligado tutor Ba-Hamed.

No obstante, aun no se sabe con certeza la fecha en que seremos recibidos.

6 de Mayo.

En atención á las noticias recibidas ayer, hemos pasado el día ultimando los detalles de la audiencia pública que habrá de celebrarse cuanto antes. A pesar de que todo estaba convenientemente dispuesto, ha habido necesidad de convenir la forma en que serán entregados los regalos á S. M. Sheriffiana, habiéndose establecido que horas antes de la fijada para la recepción serán transportados en acémilas del Sultán, á la plaza del *Meshuar*, y que figurarán allí durante el tiempo que dure la audiencia. El discurso que en el solemne acto deberá leer el Representante de S. M. Don Alfonso XIII, ha sido convenientemente traducido al árabe, sacándose las copias de estilo que habrán de entregarse al Soberano. Como en este país todo es extraño y anómalo, sabemos que la recepción se celebrará cuanto antes, quizás mañana, pero ignoramos datos concretos, es decir, el día y la hora, sin que nadie pueda suponer si Ba-Hamed asistirá á la ceremonia, ejerciendo sus funciones de Gran Visir, ó será representado por algún otro personaje. Según los doctores, el enfermo sigue grave, pero su robusta naturaleza le presta inusitados bríos.

Ya anochecido, seguíamos en el mismo estado de indecisión. Por último, á las diez de la noche han venido á avisarnos que mañana á las siete y media de la mañana pasará á recogernos el *Kaid el Mashuar*, Introductor de Embajadores, para presentarnos á su Señor, el Sultán de Marruecos. Hemos recibido el anuncio con júbilo, y cada cual se ha retirado á su habitación un tanto impresionado, al pensar en el solemne acto que presenciaremos mañana.

RAFAEL MITJANA.

(*Continuará.*)

FIESTAS NUPCIALES DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

Han reinado en España, desde que con el matrimonio de los herederos de las Coronas de Castilla y Aragón y las conquistas de los Estados peninsulares que quedaban independientes, formóse la confederación y unidad de la Monarquía española, diez y seis monarcas, cuyos fastos familiares se han confundido con las emociones más íntimas de toda la nación. Fue la antigua Monarquía en todos los Estados de la Península, hasta las transformaciones del siglo XIX, la misma Monarquía patrimonial y de derecho divino que aún subsiste, con sus históricos caracteres, en Rusia, en Alemania, en Austria, á pesar de los nuevos signos que imprime á estas dos últimas el influjo de las instituciones representativas, y en la misma Inglaterra, á pesar de sus revoluciones y del influjo secular que en ella alcanza su inmemorial Parlamento. Con todo, al llegar los Estados peninsulares á su feliz concentración, perdieron el sello que desde sus primeras constituciones, al emprender la reconquista juntamente, les imprimió el feudo eclesiástico y el feudo señorial, y todas las instituciones que vivieron dentro del Estado se sometieron ya á la absoluta y suprema regalía de la Corona. Las fiestas nupciales de los Príncipes tomaron desde entonces el tinte de fiestas enteramente nacionales, é, indiscutible la elección soberana de los monarcas, nadie se atrevió á poner la menor frase de censura en lo que hacía inviolable la propia indemnidad del Trono.

Bajo monarcas como los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, Carlos V y aun Felipe II, el norte de todos los enlaces regios lo dirigió un pensamiento político en armonía con los nobles principios de nacional engrandecimiento, que canonizaron los actos de todos estos monarcas. Los Reyes Católicos, con la mira perpetuamente puesta en la idea de la preponderancia que para su cetro conquistaron en toda la política del universo, fueron los que en la elección de consortes para su hijos con mayor celo atendieron á la dirección fundamental de esta política. No sólo á su primogénito Don Juan lo enlazaron en aquella casa de Borgoña, que asentada, por una parte, en la frontera septentrional de Francia, y por otra contando con derechos de predilección á la elección del Imperio, contenía por un lado la tradicional inquietud de las ambiciones francesas y mantenían por otro la fuerza del poder preponderante en todo el mecanismo político del corazón del continente, sino que, para hacer más sólida la alianza que buscaban, dieron al heredero de los Estados Condales de la Baja Alemania, en quien había además de recaer *in jure* la corona del Sacro Romano Imperio, la segunda de sus hijas, aquella Doña Juana de Aragón, espíritu delicado, en quien la cultura de la inteligencia era tan superior como la exquisita sensibilidad de su alma, y á quien el exceso de los afectos íntimos llegó á desequilibrar tristemente las nobles facultades de aquella naturaleza tan distinguida.

Después de la alianza con Alemania, los Reyes Católicos pensaron, con la misma solicitud, en la alianza con Inglaterra; de modo que, así como en el centro del continente procuraban hacer pesar su influjo, que les aseguraba la completa indemnidad de sus Estados peninsulares con los vínculos estrechos que nacían de aquellos matrimonios, de la misma manera la alianza con Inglaterra, sostenida por el enlace de la Infanta Doña Catalina, primero con el Príncipe Arturo y después, por la muerte prematura de éste, con su hermano Enrique VIII, les aseguraba la misma preponderancia en el mar.

que por España y Colón se abría al curso de la civilización, y que por los matrimonios de Don Juan y Doña Juana dejaban determinada también la otra parte de las fronteras que limitaban la Galia Bélgica y Holanda, hasta tocar con las vertientes de los Alpes. Nada temían por esta parte, ni por la navegación del Mediterráneo, de las inquietudes tradicionales de su rival. La posesión de las grandes islas del mar de Italia y las conquistas encomendadas á la espada del gran Gonzalo Fernández de Córdoba, en las opulentas provincias de Nápoles, prestaban á su poder político y militar posiciones demasiado inexpugnables para poder desarrollar en toda su vasta esfera el plan grandioso de sus empresas civilizadoras.

No se propusieron los Reyes Católicos intentar contra Portugal ningún género de arranques como los que, después de la muerte de la Reina Isabel, llevó á cabo Fernando V contra la Monarquía de Navarra, feudataria de Francia, y aun contra la Monarquía de Luis XII, quitándole el Rosellón, que, para la seguridad de nuestra propia integridad en la Península, nos es tan necesario como la posesión de Orán para nuestra dilatación comercial en el Mediterráneo, la neutralidad del Atlas para nuestro perfecto reposo por el lado del Sur y la amistad del Rhin para nuestra total independencia; por el contrario, en lugar de pensar en conquistas, para lo que les hubieran dado pretexto las hostilidades que quedaron desarmadas y vencidas en la batalla de Toro, sólo trataron de estrechar, por medio de alianzas matrimoniales, aquella feliz inteligencia que, con origen, intereses y destinos comunes, debieran fundir en un solo espíritu y en una sola dirección las dos nacionalidades hermanas. Así ofrecieron la mano de su primogénita, doña Isabel, al Príncipe heredero de la otra Monarquía peninsular, y muerto dolorosamente el Príncipe Don Alfonso de la caída de un caballo, en Santarem, volvieron á enlazar á su viuda con el Duque de Beja, Don Manuel, declarado heredero de su solio por su tío el Rey Don Juan II. Viudo el Rey Don Manuel de nuestra augusta Infanta doña Isabel,

todavía opusierónle en segundo matrimonio la mano de su hija menor Doña María, los Reyes Católicos. No fueron estos los últimos matrimonios políticos discernidos entre las dos coronas peninsulares, en su anhelo persistente de fundirse por el amor, como se habían fundido las coronas de Aragón y Castilla. Segunda vez viudo de la Infanta Doña María el Rey Don Manuel de Portugal, tomó tercera mujer en la Infanta Doña Leonor, hija de Felipe el *Hermoso* y de la Reina Doña Juana, sus cuñados; en tanto que el Rey-Emperador Carlos V se casaba á la vez con la hija de Don Manuel de Portugal y de Doña María de Aragón, con aquella Emperatriz Doña Isabel, de cuya hermosura y virtudes la imaginación romántica del pueblo construyó la leyenda de la conversión del ilustre Duque de Gandía', San Francisco de Borja.

Todavia otra hija de Felipe *el Hermoso* y Doña Juana *la Loca*, la Infanta Doña Catalina, hermana de Carlos V, estuvo casada con el Rey D. Juan III, mientras que, perseverando siempre en la hermosa idea de la aproximación conyugal, Carlos V casaba á su primogénito, Felipe II, con la Infanta Doña María, hija de aquel Rey lusitano, á la par que al primogénito de éste, el Príncipe Don Juan, le consagraba el tálamo de su hija la Princesa Doña Juana, padres del Rey aventurero Don Sebastián. En todos estos enlaces sólo se advierte una dirección política tan tenaz como determinada, que todavía, en realidad, no se hallaba en estado de perfecta madurez, cuando el lamentable fracaso de las empresas africanas de este último monarca portugués cerca de Arcila, impelió al Rey Felipe II á la incorporación de aquel Estado á sus colosales dominios. No se frustró, sin embargo, aquella empresa ni por las hostilidades á que influencias rivales de Felipe II de España impulsaron al Prior de Ocrato, ni por la resistencia que ofreció la rebelión de las islas Terceras; y el reconocimiento de las Cortes de Tomar hubiera establecido á perpetuidad el mismo estado jurídico permanente é indisoluble entre Portugal y Castilla que se estableció entre Castilla y Aragón con el

patrimonio de los Reyes Católicos, si ya después de la segunda viudez de Felipe II la dirección marcada por sus augustos antecesores no se hubiera interrumpido. Asedió Francia perpetuamente á España, viéndose, por consecuencia de la política de los Reyes Católicos en los casamientos de sus hijos, rodeada del poder de España por una y otra frontera marítima y por una y otra frontera terrrestre de la cintura de hierro en que el astuto y constante Fernando V logró encerrarla con sus conquistas y con sus alianzas. En aras de la paz, Carlos V, después de Pavía y de la prisión de Francisco I en Madrid, transigió en los puntos cardinales de la política de su augusto abuelo, el Rey de Aragón, dando en gaje de la humillación sufrida al Rey francés la mano de su hermana doña Leonor, viuda del Rey Don Manuel de Portugal. Esta transacción, por lo pronto, no perturbó el giro de la política heredada del monarca aragonés; pero su sucesor, que en sus dos primeros matrimonios con la Infanta doña María de Portugal y con la Reina de Inglaterra, María Tudor, había proseguido las acertadas inspiraciones del fundador glorioso de aquella política de alianzas, al contraer su tercer matrimonio con doña Isabel de Valois, todo lo sacrificó á los intereses momentáneos de la paz; pudiéndose decir que en aquel enlace recibió su herida más profunda la política de Fernando el Católico, que, encadenando á la Francia, había asegurado para dos siglos la preponderancia de España en el mundo.

Puede también sostenerse que desde el matrimonio de Felipe II con doña Isabel de Valois, los enlaces de nuestros Príncipes perdieron para siempre el carácter que imprimieron á los de sus hijos los Reyes Católicos. Estos fundaron en ellos una fuerza defensiva, no sólo de conservación, sino de incesante progreso, para el continuo é indefinido progreso de su Imperio. Después del matrimonio de Doña Isabel de Valois, los que posteriormente se han contraído, así bajo los demás reinados de los Monarcas de la casa de Austria, como en los de la casa de Borbón, ó han sido meramente enlaces de familia, ó

enlaces de transacción ó enlaces del acaso, pero de ningún modo matrimonios inspirados por la dirección fundamental y perenne de una política nacional. El mismo Felipe II lo sufrió con sus propias hijas. El matrimonio de la Infanta Doña Catalina con el Duque de Saboya Carlos Manuel *el Grande,* no le conquistó siquiera en Italia un aliado permanente, y con ser tan hermosa, tan discreta y tan elegante la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia—la primer dama de Europa en su siglo, —ya en las horas de su agonía, concertó el Rey Felipe su matrimonio con el Archiduque Alberto, que, mediante bula pontificia, tuvo que desnudarse de la dignidad cardenalicia con que había sido purpurado, para poder gobernar, por el Rey de España, los Estados de Portugal y de Flandes; porque de no haber sido así habría tenido que parar aún su doncellez en los claustros de las Descalzas Reales. El cuarto matrimonio de Felipe II con doña Ana de Austria y el de su heredero Felipe III con la Archiduquesa Doña Margarita, fueron sólo expedientes de familia, sin representar siquiera ni una fusión de la sangre, ni una fusión de intereses. Bajo el nombre común de la casa de Austria, las coaliciones de Europa hostilizaban sin descanso á la casa Imperial de Inspruck y á la casa Real de Madrid; pero contra los Austrias del Imperio luchaban los protestantes de todas las comuniones por conquistar las libertades que apetecían, y contra los Austrias de España Francia restauraba las luchas seculares que había sostenido aquella Corona con la de Aragón, proponiéndose, como al fin lo obtuvo, no sólo desceñirse de la cintura de hierro en que la encerró la política de Fernando V, sino arrojarnos primero del corazón del continente, después de Italia, y por último de todas las riberas mediterráneas que conquistó y guarneció nuestro poder. La política de Francia, para obtener estos resultados, valióse de los mismos medios de que Fernando V se había valido para alcanzar su preponderancia: es decir, de la política de los matrimonios regios, pero con la diferencia de que, así como los matrimonios que los Reyes Ca-

tólicos concertaron para sus hijos les dió por resultado aquel haz de alianzas en que pudieron fundar los cimientos robustos de su poder y de su influjo en el continente, los matrimonios recabados por Francia para sus Príncipes ó con sus Príncipes en el hogar de la Corona española, llevaron por punto de dirección introducirse en el seno de aquel poder para minarlo y desarmarlo. Si esto no se empezó á realizar enteramente en el matrimonio de Felipe II con doña Isabel de Valois, tuvo ya todo su completo colorido en los dobles matrimonios de Francia y España, así para dotar de cónyuges recíprocos los tálamos de Luis XIII y de Felipe IV, como para crear la familia de Luis XIV. Todos estos matrimonios se hicieron por España por prendas momentáneas de los intereses de la paz. Todos se concertaron mediante la cláusula expresa de la absoluta imposibilidad de la incorporación de coronas, renunciando los contrayentes sus derechos hereditarios en el hogar que dejaban. Realmente la incorporación nunca se llevó á efecto. Pero el advenimiento del Duque de Anjou á la sucesión de Carlos II, fue la negación palmaria de aquellos pactos solemnes. Ni el matrimonio de Felipe IV con Doña Isabel de Borbón, ni el de Luis XIII con Doña Ana de Austria, aseguraron la paz entre las dos Monarquías. El de Luis XIV con la Infanta María Teresa, no impidió los continuos despojos de que los ejércitos de este Rey hizo víctima á España en todos sus dominios continentales, y la sucesión de uno de sus nietos en el solio español sólo nos produjo las desmembraciones espantosas del Tratado de Utrecht.

Desde la proclamación de Felipe V ninguno de los matrimonios de nuestros Monarcas y Príncipes puede ser considerado como matrimonio político, hasta que á la muerte de Fernando VII se planteó el de la Reina Doña Isabel II y el de su augusta hermana la Princesa de Asturias, Doña María Luisa Fernanda. Aquel matrimonio dió lugar á los celos de la influencia que se disputaban en España, desde la muerte del Rey y la protesta de su hermano el Infante D. Carlos María

Isidro, Francia é Inglaterra, que habían celebrado con España y Portugal el tratado de la cuádruple alianza, á fin de salvar estas dos últimas naciones, en situación política parecida, de caer en el régimen de la Monarquía del derecho patrimonial. Francia, en cuya Monarquía reinaba Luis Felipe de Orleans, rodeado de ilustres estadistas, logró imponerse á las soluciones de concordia que, en nombre de la política de la Santa Sede, elocuentemente defendía en la prensa española el insigne filósofo cristiano D. Jaime Balmes, y á las soluciones que la Gran Bretaña estimulaba, apoyando mansamente un matrimonio que arrancara á España del yugo secular de su vecina. Luis Felipe despertó la política de Luis XIV, la política del *pacto de familia*, la política de Napoleón con su hermano el Rey José, la política de la Monarquía restaurada con su intervención armada de 1823, y ya que no le fue permitido poner en el trono de Príncipe consorte uno de los miembros de su familia, se satisfizo con anular las soluciones nacionales y las soluciones británicas, apoyando el casamiento de la Reina Doña Isabel con uno de los hijos del Infante Don Francisco de Paula Antonio, y el de la Princesa doña María Luisa Fernanda con el Príncipe D. Antonio de Orleans, Duque de Montpensier. La intervención que Francia tuvo en estos matrimonios y la que después se arrogó sobre el Gobierno de España, hasta el punto de que uno de nuestros Embajadores en París, el Duque de Frías, habiéndole dicho en cierta recepción en casa del Conde de Rigny el Ministro de Negocios Extranjeros Duque Decazes: — *Je m'occuppe de vous defaire de Mr. de Reyneval* (Embajador francés en Madrid): *Je crois qu'il ne vous sert pas bien. Je veux faire le bien de l'Espagne*— el Duque de Frías tuvo que contestarle: — *Pour l'amour de Dieu: laissez nous le faire nous même*,—fue de tal modo mal quista en Europa, que no hay publicista del continente que no haya asentado por incontrovertible que los matrimonios de España fueron la causa de la caída de Luis Felipe del trono.

Matrimonios de familia, ó matrimonios indiferentes, los que contrajeron Felipe V en Cerdeña y Parma, Luis I en la misma familia de la casa real francesa, de donde él procedía, aunque en una de las ramas secundarias, también la de los Orleans-Montpensier, Fernando VI en Portugal, Carlos III en Sajonia, Carlos IV otra vez en Parma y en el seno de los hermanos de su padre, Fernando VII en Nápoles, en la nueva casa del Brasil, en Sajonia y otra vez en el reino de las Dos Sicilias; acaso no estuvo bien acordado el de la primogénita de Doña Isabel II con su primo el Conde de Girgenti en el momento de la crisis profunda que sufría la casa real de Nápoles, despojada de sus Estados para constituir la unidad de Italia, y el mismo del Rey Don Alfonso XII con su prima la Infanta Doña María de la Mercedes de Orleans-Borbón, fue combatido por algunos por las mismas razones políticas, que hicieron inoportuna y fatídica, para sus abuelos reinantes en Francia, la de sus augustos padres. Aunque nacida y educada en España, esta Princesa, aunque en España había corrido una parte de la sentencia de proscripción que la revolución de Alcolea había fulminado contra el trono de la que era el jefe de su familia, al fin y al cabo provenía y era inmediata descendencia de un Príncipe francés, que, aunque excluído con todos los suyos del imperio soberano de Francia, sostenía sus derechos genealógicos contra la República proclamada por el voto universal de los pueblos. Los que combatieron aquel matrimonio, y el que escribe estas líneas fue á la cabeza de todos, no tuvieron otra razón que la de impedir entre los dos Estados vecinos aquella comunidad de intereses que engendran los vínculos de familia, y que, desde los casamientos de Ana y de María Teresa de Austria con los dos Luises XIII y XIV, fueron la pendiente por donde España perdió su preponderancia en Europa, su representación gloriosa en la Historia y hasta casi su personalidad en el senado de las naciones, girando por más de dos siglos en la órbita de sumisión que nos impuso la sucesión de Carlos II.

No sucedió lo mismo en el segundo matrimonio del Rey Don Alfonso XII con la actual Reina Regente Doña María Cristina de Austria, madre de Alfonso XIII y de la augusta Princesa de Asturias doña María de las Mercedes de Borbón y de Hapsburgo, cuya unión conyugal con el Príncipe de la antigua casa real de las Dos Sicilias Don Carlos de Borbón se aproxima. Los que en España conocen la propia historia y estudian en ella las ignotas reivindicaciones que á largos plazos el dedo de la Providencia permite que se realicen en ella, vieron en aquella feliz unión la solución de uno de esos grandes problemas que en los pueblos de larga vida quedan pendientes, por más que la distancia los haga olvidar á muchos, y que no quedó perfectamente zanjado en el dado militar que se jugó en la batalla de Villaviciosa, al efectuarse el cambio definitivo de una por otra dinastía en España. Por más que los escritores del siglo XVIII, que en Francia se arrogaron hasta el privilegio de rectificarnos y escribirnos á su sabor nuestra propia historia, hayan procurado falsificar la noción de lo que España había debido al Imperio de la casa de Austria, los que saben depurar en el crisol de la crítica razonada la verdad de las cosas, no pueden menos de sentenciar con sabio fallo que, después de haber llegado las antiguas Monarquías peninsulares á la cúspide de sus engrandecimientos bajo el trono venturoso de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, el enorme aumento de poder y fortuna que tuvo en el siglo XVI la nueva Monarquía confederada ó unida, por aquéllos creada, se debió casi exclusivamente al advenimiento de la casa imperial de Alemania al trono de España, por la sucesión de Felipe I *el Hermoso* y doña Juana *la Loca* en aquel genial soberano, Carlos V, que sólo tiene su igual en la Historia en el primero de los Césares romanos. La casa de Austria, en España, representa la excelsa cumbre de todo nuestro poder en el mundo, y su total proscripción á la muerte de Carlos *el Hechizado* nos hizo merecedores de la ingrata fortuna que desde entonces nos cabe. El último de los Austrias, á

quien la leyenda formada por los que vinieron después hasta á envenenarnos la historia, todavía dejó íntegro á España el imponderable edificio de su político poder en la vasta extensión de nuestros ópimos dominios. Después de su muerte y después del cambio de la dinastía que en él se representaba, fue cuando de desmembramiento en desmembramiento España ha venido á parar á la situación en que se halla, muy inferior en provincias á las que llegaron á gobernar Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, aun sin los descubrimientos del Nuevo Mundo, después de las conquistas granadinas, las del Gran Capitán en Nápoles, las del Duque de Alba, don Fadrique, en Navarra, las del mismo Rey Católico en el Rosellón, las del Cardenal Ximénez de Cisneros en Orán y las del gran ingeniero Pedro Navarro en Trípoli. Los que escriben al dictado de inspiraciones ajenas por no registrar los testimonios más verídicos de los documentos propios, se han ensañado vilmente con el reinado de la casa de Austria en España, considerándolo como un largo período de fanatismo religioso, de estancamiento científico y de tiránicos gobiernos. ¡Qué errores, y qué vergüenza que estos errores, por dos siglos, hayan sido prohijados en España!

Convertida por la acción del tiempo y de los sucesos la dinastía francesa que, después de la batalla de Villaviciosa vino á dominar definitivamente en España sin contradicción sobre la expulsión de la casa de Austria, en dinastía esencialmente nacional, sobre todo después del suplicio de Luis XVI, que cortó el nudo de dependencia de las demás ramas de la misma familia con el trono caudal de Francia, y después de las heroicas reivindicaciones nacionales que, empezando en la jornada épica del 2 de Mayo de 1808, acabó en la rotura de las cadenas oprobiosas de Valencey en 1813, nuestra resurrección nacional nos imponía estas olvidadas reivindicaciones de la Historia, en cuyo número ninguna levantaba más altos clamores que la reconciliación de las dos antiguas dinastías soberanas: la de la casa de Austria, excluída de nuestro solio

por la sucesión de Carlos II, y la de la casa de Borbón, emancipada del yugo de origen y convertida en eminentemente nacional por los generosos y sangrientos sacrificios de España. Desde el segundo matrimonio de Felipe IV con la hija de su hermana la Infanta-Emperatriz María y del Emperador Fernando III, doña Mariana de Austria, ningún otro matrimonio se había concertado en dos siglos entre la Monarquía real española y la Monarquía imperial de Austria-Hungría. La actual Reina Regente, Doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, vino al segundo tálamo de Alfonso XII, á llenar y cumplir esta alta, esta noble reivindicación. ¿Quién sabe, en el tiempo, cuáles serán los efectos providenciales de aquella unión, que hoy nos ofrece la proximidad de un nuevo reinado en D. Alfonso XIII, y la proximidad del enlace de la primera Infanta, heredera, la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes, con otro Príncipe proscrito de los derechos de la antigua casa real de las Dos Sicilias, D. Carlos de Borbón, realizando, á su vez, en este matrimonio, otro acto de reconcentración de las ramas de la casa de Borbón hacia el trono ya nacional y caudal de España? En los grandes arcanos de la Historia el ojo del estadista poco logra alcanzar, porque sólo obra la mano providente de Dios. Lo que el estadista puede obrar para tener la seguridad del acierto, es dejarse conducir por los ignotos dictados de Dios.

En la larga enumeración de nuestras nupcias reales, desde la constitución definitiva de la Monarquía española por los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, siempre la alegría de los pueblos ha respondido al regocijo interior de nuestros Príncipes. Los matrimonios reales en España desde Recaredo los festejó la Iglesia cubriéndolos con las bendiciones del cielo. La nobleza antigua feudal se incorporó á sus solemnidades con el mismo fervor con que celebraba sus más íntimas emociones de familia. El pueblo los celebró con entusiastas festividades. La sociedad más culta les consagró el homenaje de las letras, y las artes se disputaron después el

honor de reproducir las efigies de los venturosos contrayentes, modelando ostentosos monumentos, vaciando medallas conmemorativas y fiando al cincel y al lápiz conservar en ilustradas impresiones los fastos de tan gloriosas celebridades. Las fiestas palatinas, eclesiásticas y populares agotaron todas las formas de la embriaguez del entusiasmo. El lujo derrochó tejidos preciosos, pulidos ornamentos y brillantes pedrerías. Y el archivo de estas felices efemérides en los cuatro últimos siglos de nuestra Monarquía ofrece el tesoro espléndido de tantas delectantes tradiciones con la uniforme expresión de la lealtad exaltada y de la profusión de los más nobles sentimientos. Estas fiestas á la vez se produjeron en el seno de nuestra corte y en el cónclave de nuestros pueblos, y en las cortes de donde procedían los augustos contrayentes y en los pueblos por donde pasaban en románticas y bulliciosas cabalgatas.

Al caer el siglo xv se realizó la mayor parte de las bodas de los hijos excelsos de los Reyes Católicos. Hernando Vázquez de Tapia, Gómez Manrique, Pedro Gracia-Dei, Juan del Encina dejaron en *coplas* ilustres los fastos de los matrimonios del Príncipe Don Juan con la Archiduquesa Margarita y del Archiduque Felipe *el Hermoso* con la Infanta Doña Juana. La base del *Cancionero* de Garçía de Rezende en Portugal se sustenta de los epitalamios consagrados en las fiestas nupciales de su Infante Don Alfonso con nuestra Infanta Doña Isabel, y desde Londres el bachiller Alonso Sánchez de Badajoz transmitió á España los festejos con que en la corte de Enrique VII de Inglaterra fue recibida aquella Iufanta Doña Catalina, que diputada para el tálamo del Príncipe Arturo, en el de Enrique VIII conquistó por sus heroicas virtudes las palmas inmarcesibles del cielo y de la Historia. Vasco Díaz Tanco de Fregenal nos conservó en su *Triumpho Nuptial Vandálico* la curiosa relación, versificada, de las fiestas en que ardió Sevilla por el casamiento *del imuictissimo Carlo quinto, emperador de Rhoma, con la serenissima dona Isauel de Portugal,* y viuda

de Don Manuel su hermana Doña Leonor, y dada su mano en prenda de reconciliación al prisionero de Madrid, Francisco I de Francia, si el tránsito de la excelsa cónyuge hasta Bayona fué una continuada repetición de festejos, desde Bayona á París toda Francia celebró con frenesí el recobro de los rehenes reales y la conquista de aquella mujer tan seductora para el tálamo de su monarca rescatado. Los opúsculos de Guillermo Bachetel, *imprimés par le commandement du Roi, nostre Syre,* impugnan todas las contradicciones de los escritores que sostuvieron después la rivalidad envidiosa del Rey Francisco hacia el gallardo Emperador.

Salamanca, en 1543, aclamó á la Princesa María de Portugal, que al venir á España á sus desposorios con el Príncipe de España, Felipe II, encontró en la ciudad fronteriza los refinados obsequios del Obispo de Cartagena y del Duque de Medina Sidonia, que con numeroso y espléndido acompañamiento se hallaban allí delegados para recibirla. El cronista real Juan Ginés de Sepúlveda, nos informa después de la llegada del Príncipe, de las ceremonias nupciales y de los bailes y cuadrillas que para festejar á la regia esposa se verificaron, dejando pasmado al Conde de Vimioso, de la grandeza desplegada por el ínclito Guzmán de la casa ducal de Medina. A los segundos enlaces de este mismo Príncipe, en Inglaterra, con la Reina Doña María Tudor, descritos por Juan de Barahona, concurrió la mitad de la grandeza de España. Lució en ellos la Reina, sobre la gorguera de brocado bordada de perlas, el cabezón de piedras preciosas de cuyo centro salían en luminosos reflejos las irradiaciones del diamante y rubí que antes le había enviado con el Marqués de las Navas, al llevar la joya, el Príncipe contrayente, y quedaron por recuerdo perpetuo de las solemnidades fastuosas del palacio de Winchester, los agasajos de la Reina María á la Duquesa de Alba, á quien en sus estrados trató como á Reina. Los otros dos matrimonios de Felipe II, primero con doña Isabel Valois y después con doña Ana de Austria, emularon en ostentación, sobre

todo el primero, á los que se celebraron en 1554 en Londres. Enrique II no juzgó aquel enlace como una nueva efeméride de familia, sino como el mayor suceso de su reinado, y las relaciones que mandó escribir y publicar sobre él llevaron en sus propios títulos el sentido trascendental político que el monarca francés le atribuía, llamándolas: *Discours des triomphes du mariage du Roi Catholique d'Espagne et de Madame Elisabeth fille du Roi très Chrétien Henry II de ce nom.* A la recepción de la novia en la frontera de Roncesvalles, lugar señalado en nuestros romances heróicos de la Edad Media, fueron enviados por el Rey el Cardenal de Burgos, D. Francisco de Mendoza, y el Duque del Infantado, D. Iñigo López de Mendoza. Pamplona, capital de Navarra, palpitó con las primicias de aquellos fiestas nupciales; pero D. Alonso Núñez de Castro describe en su *Historia de Guadalajara* las que el Duque don Iñigo preparó en esta ciudad, cuyo fiel relato tiene en su propia realidad la pasmosa ponderación de una novela de fantasía. La alegría del Rey fue tal que, la noche de las bendiciones, después del espléndido banquete de corte, autorizó el sarao, y él mismo bailó *la pavana, el alto, la alemana y el pie de gibao.* El lujo que se desplegó no cabe ni en una leyenda de *Las mil y una noches*, y Felipe II, el Rey austero de las fábulas de la Historia póstuma, vestido de calza y jubón blanco cuajados de oro de cañutillo y piezas de martillo, ropa francesa de terciopelo morado toda llena de oro y pedrería, al decir de un cronista del tiempo, comportaba en aquel traje el peso de *un quintal y seis libras,* siendo la vestidura más rica que jamás se había visto. No le encontró todavía rendido por los años su cuarto matrimonio con la Archiduquesa Doña Ana de Austria en 1570. Segovia fue el teatro de aquel fausto acontecimiento; y Doña Ana, después de haber recibido en Praga y en Nimega los homenajes y las dádivas del Duque de Alba D. Fernando, y en Burgos los de toda la casa de Mendoza, tras las concurridas ceremonias de Segovia, hizo su entrada triunfal en Madrid con la ostentación y aparato que nos

dejó descrito en un libro admirable el Maestro de nuestro gran Cervantes Saavedra, Juan López de Hoyos, catedrático del estudio de la coronada villa.

No concluyó el reinado de Felipe II sin asistir á otra gran fiesta nupcial en Zaragoza y preparar las de su heredero y las de su hija predilecta. Las celebradas en la capital de Aragón en 1585, fueron las de la Infanta Doña Catalina con el Duque de Saboya Carlos Manuel *el Grande,* y coincidieron con la celebración de las Cortes de Monzón. El Príncipe del Piamonte entró en la histórica ciudad del Ebro el domingo 10 de Marzo con más de cuatrocientos caballos de posta, y el Rey Felipe, con todos los Grandes y Caballeros de las dos coronas, le salió á recibir. Aunque no fueron bodas de herederos inmediatos del trono, la poesía festejó el suceso por la lira de los dos Argensola, á la sazón muy jóvenes, y la Historia por la pluma del más ilustre de los cronistas aragoneses. El Príncipe Juan Andrea Doria mandó desde Barcelona la galera real que condujo á los nuevos cónyuges á Italia; y para que Felipe II, ya achacoso, concurriera personalmente á la despedida, se formó, por los Cancilleres de la ciudad condal, un puente que, arrancando desde el umbral de Palacio, adelantaba hasta el mar, y á cuyo extremo atracó la hermosa nave, cuyas cámaras, suntuosamente adornadas, visitó á pie enjuto el excelso Monarca.

Aunque preparadas por él las fiestas para el doble casamiento de su hijo y sucesor Felipe III y de su hija predilecta la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia con los Archiduques hermanos Margarita y Alberto, aquellas nupcias no se verificaron sino después de su muerte. A la Infanta y á su consorte había adjudicado el gobierno perpetuo de Flandes, que ya el Archiduque ejercía; y con este motivo, desde que el Condestable de Castilla llegó á Viena á llevar las joyas á la Archiduquesa-novia, fueron un continuo estallido de fiestas, ya por uno, ya por otro de los dos hermanos, las ciudades capitadas en los Condados de los Países Bajos y las del Austria y Bo-

hemia, Ferrara y los demás pueblos de los Estados Pontificios por donde aquellos Príncipes atravesaron; Milán, de donde el Condestable era Gobernador, Pavía y otras ciudades de Italia, y toda la costa levantina de España, en cuya capital, Valencia, los Archiduques habían de desembarcar. Los dobles matrimonios se verificaron con pompa inusitada en Denia, y cronistas del suceso fueron Lope de Vega, Luis Vélez de Guevara y Gaspar de Aguilar. Valencia amplió el programa de sus festejos; y para el retorno á Madrid, habiendo antes concurrido en Barcelona al embarque de los Archiduques Isabel y Alberto, las fiestas se reprodujeron con verdadera emulación de agasajos en la ciudad de los Condes, en Zaragoza y últimamente en la villa donde se había fijado el asiento de la Corte.

Hay entre los papeles de los jesuítas que custodia la Real Academia de la Historia, una relación manuscrita de la entrada de los jóvenes monarcas recién casados en Madrid el domingo 24 de Octubre de 1599, en la que se lee este curioso párrafo: «A la tarde, que la hizo muy buena, habiendo acudido toda la corte con mucha gala y contentamiento á San Jerónimo, salió Su Majestad por una puerta que por defuera de la cerca se abrió, á caballo en una hacanea blanca, vestida de raso azul acuchillado, forrado de tela de plata y bordado de oro de cañutillo el campo, con el tocado galán, aunque bajo por la gola y la gorguera, muy discretamente aderezada para su rostro, que, según le habían afeado los de la jornada, pareció ayer muy hermosa, y cierto que lo parece y es, y que no han tenido razón, pues en un rostro muy blanco y de muy lindo color, bonísimos ojos y no tan malas narices como la hacían, se puede disimular la no muy hermosa boca que tiene, que aunque parece defecto el labio alto no tan befo como el de abajo, mirado bien no lo es, porque toda la boca junta hace buena gracia.» Claro es que estas observaciones eran, ó de fraile, ó de cortesano; porque en las críticas de los Palacios sólo se emplean los que por su continua familiaridad en ellos, en

lugar de reverenciarlos, los manosean con lengua impía. La Reina Margarita, de quien los que fueron á la jornada para traerla á Madrid, formaron los conceptos que del párrafo transcrito se traducen, fue despues por sus ejemplares virtudes, así en el trono como en el hogar, el ídolo de España. Su matrimonio con Felipe III tuvo el mismo carácter de familia que puede atribuirse al cuarto de Felipe II con Doña Ana de Austria. Los nuevos matrimonios políticos esencialmente, comenzaron á la muerte de aquella Reina tan idolatrada, aunque en el propio reinado de su viudo Felipe III.

Determinó el reinado de este soberano el momento crítico de la Monarquía española, que en los tres anteriores había llegado á la cima de su grandeza. Felipe II, reconociendo en su sucesor escasas condiciones de sagacidad para la suprema dirección de un Imperio de quien nadie era leal amigo, sólo trató de dejarle allanado el camino, teniendo garantizada por todas partes la paz. Tuvo ocasión Felipe III de restaurar, vigorizándola, la política de Fernando el Católico y de Carlos V, y para ello ofreciósele un campo fértil de acción en la situación de Inglaterra, la eterna enemiga de su padre, y que en momento crítico también como España, ante la proximidad de la muerte de la Reina Isabel y las dudas que existían en los Estados británicos acerca de su sucesión, venía la suerte á ponérsela en las manos por la propia iniciativa del que había de ser su heredero, Jacobo VI de Escocia. Temeroso el hijo de Enrique y de María Stuart de que en la falta de sucesión directa de la Reina Isabel y en el estado en que las pasiones políticas se hallaban, enconadas principalmente por las luchas religiosas, su herencia se prestase á nuevas perturbaciones en los Estados británicos, se echó enteramente en brazos del monarca español, reclamando su alianza, y solicitando su ayuda para ocupar el trono próximo á vacar. Por prendas de estos auxilios y vínculo de aquellas alianzas, Jacobo, en lo político, le prometía la conciliación de los asuntos religiosos, trabajando por reincorporar los tres Estados de Inglaterra, Escocia é Irlan-

da á la comunidad de la Iglesia católica, y en lo familiar, no sólo le pedía la mano de la Infanta Doña Ana para su primogénito el Príncipe Federico, á quien se disponía á enviar á España para que fuese educado á la sombra del Rey Felipe, sino que á la vez demandaba el concurso del monarca español para negociar los esponsales de su tierno hijo menor, Carlos, con otra Princesa católica de la casa ducal de Saboya. Cambiáronse las embajadas de una y otra corte para esta negociación; mas mientras de la de España se exigían al Rey Jacobo mayores concesiones que las que racionalmente podía otorgar, murió, por una parte, la Reina Isabel, dejándole designado por su heredero, y por otra, el espionaje y la intriga de Francia logró apercibirse de aquellos tratos, y á toda costa se empeñó en obstruir las alianzas angloespañolas que se dibujaban en perspectiva. Movido por el acicate de Enrique IV, el Papa Clemente VIII intervino, y su intervención fue el principio del fracaso de aquellos planes, que al solio pontifical de Roma había de engrandecerlo con la suspirada sumisión de Inglaterra. En el laberinto de gestiones diplomáticas que de estos hechos surgió, Francia no vió otro camino de anular enteramente los pensamientos en que tan interesados se hallaban lo mismo el Rey Jacobo que el Rey Felipe, que destruir la negociación entablada para los matrimonios del Príncipe británico con la Infanta española, proponiendo el enlace de la hija mayor de Felipe III con el heredero del trono francés. Menores de edad todos los novios de las tres Coronas, María de Médicis, á pesar de los trágicos lutos que llevaba del Rey muerto á manos de Ravaillac, continuó la negociación y la intriga fue apoyada por Paulo V con tanta perseverancia, que al cabo rompiéronse con Inglaterra los tratos pendientes, cuya amargura pudo conllevar Jacobo I con más resignación después de haber sufrido el duro golpe de la pérdida de su primogénito, arrebatado prematuramente por la muerte.

De la maraña de estos sucesos brotaron los casamientos, que los escritores franceses del tiempo apellidaron *heureuses*

alliances de France et d'Espagne, y cuya publicación se hizo en los primeros días de Abril de 1612. La alegría en París fue tal, que las fiestas de la publicación se prolongaron hasta Mayo, y una sola fiesta, llamada entonces en Francia *correr lanzas á la Quintana,* y que equivalía á nuestros *estafermos,* duró ocho días continuados. A nuestro Embajador el Duque de Pastrana, encargado de llevar *la joya* á Madama Isabel de Borbón, y que se presentó en París llevando ciento treinta acémilas de recámara con cargas de moneda, cántaros y escaleras de plata, y reposteros de terciopelo bordado y con barrotes del mismo metal, al cuidado de más de doscientos criados de librea, se le hicieron tales agasajos, que hasta los Reyes se hallaron tras las celosías de una casa particular para presenciar la entrada del magnate español, rodeado y obsequiado por toda la pairía de Francia. Por acercarse al Duque se cometieron todos los desatinos que son tan propios del carácter novelero y atrevido de los franceses, y sus libertades llegaron hasta el punto de que, según refiere una *relación* de la jornada de nuestro Embajador, el día que se firmaron las capitulaciones (25 de Agosto), convidado el Duque de Pastrana á un festín en Palacio, cuando éste acabó, «se entró una pieza más adentro donde estaban puestas mesas con muy gran colación; los Reyes, sin sentarse, fueron tomando de ella y dando al Duque de Pastrana, y estando comiendo de esta manera, y las Princesas hablando con mucho gusto con todos, el natural de los franceses no pudo sufrir tanto orden y concierto, y embistieron con las mesas y no dejaron conserva, ni empanada, ni fruta, ni plato; que todo andaba por el suelo». Por nuestra parte el Almirante de Castilla, los Duques de Maqueda y de Uceda, y el Conde de Saldaña, fueron los destinados á obsequiar con más decoro al Embajador francés, Duque de Mayenne, á quien, mientras permaneció en Madrid, dispuso el Rey Felipe se le diera para su plato cada día 20 carneros, 2 vacas, 4 terneras, 50 conejos, 50 perdices, 150 palominos, 50 pichones, 50 tórtolas, 8 perniles, 20 capones de leche, 8

cargas de vinos varios, 600 huevos, cantidad proporcionada de azúcar, canela y frutas regaladas y otros muchos regalos á este tenor. Después, cuando presidida por el Rey en persona púsose en marcha la regia comitiva para entregar en el Puente de Behovia á la Infanta Ana para el tálamo de Luis XIII y recibir á la Princesa Doña Isabel de Borbón para el del Príncipe de Asturias, Felipe IV, la impedimenta constituyó un ejército de carros, coches y literas que comportaban un arsenal de bordados, joyas y diamantes. En cuanto á fiestas, no cesaron un solo momento, así en Francia como en España, desde París á Burdeos y desde Burdeos á París, y desde Madrid á San Sebastián y desde San Sebastián á Madrid, siendo ellas asunto que ocuparon muchas plumas tan elocuentes como la de Pedro Mantuano, Luis Vélez de Guevara, el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, Andrés Almansa de Mendoza, en España, y otro sinnúmero de escritores, François de Rosset, Jean Baudoin, Claude Malingre, del lado de allá de los Pirineos.

Felipe III no presenció más fiestas nupciales en su reinado; pero el problema planteado por el Rey Jacobo de Escocia en los primeros años de aquel siglo con España, volvió á renacer apenas montó sobre el trono Felipe IV. Todavía Inglaterra quería ser la aliada de España, y jamás Príncipe núbil alguno tuvo el gallardo arranque que realizó el Príncipe de Gales, Carlos Stuart, hijo del Rey Jacobo, presentándose inopinadamente en Madrid á solicitar por sí mismo la mano de la Infanta Doña María de Austria, de quien se había enamorado por el retrato que le proporcionó nuestro Embajador en Londres, el Conde de Gondomar. Aquella tentativa participaba de los dos aspectos supremos que pueden tener los matrimonios entre Príncipes: el del interés político y el de las inclinaciones del corazón. El Rey Jacobo, insistente siempre en nuestra alianza, lo ambicionaba, considerando que el auxilio de España le era conveniente, ya para la solución de los asuntos político-religiosos del interior de sus Estados, ya para ob-

tener en Alemania y en Roma las reparaciones que se debían al Conde Palatino del Rhin, casado con su hija la Princesa Isabel, á quien se había despojado de sus Estados, distribuídos entre el Emperador, Baviera, Roma, y otros Príncipes y potentados. Respecto al otro concepto, el Príncipe de Gales había concebido una verdadera pasión por nuestra Infanta, en la cual supo inspirar el mismo sentimiento cuando se conocieron en Madrid. ¿Fue esquivo Felipe IV á estos amores del Príncipe de Gales, Carlos Stuart, y á los pensamientos políticos del Rey Jacobo? ¿Lo fue el Ministro de aquel monarca, D. Gaspar de Guzmán, ó tiene algún fundamento la novela de las secretas emulaciones que se despertaron entre él y el Duque de Buckingham, que acompañaba como Ministro, Consejero y amigo al Príncipe británico? Estas suposiciones fueron las fábulas de la habilidad y de la intriga. Felipe IV recibió á corazón abierto á Carlos de Gales; el Conde-Duque de Olivares quedó prendado de sus egregios huéspedes, y los dos, consultada la propicia inclinación de la Infanta Doña María, se dispusieron á realizar aquel idilio de amor y aquella alianza ventajosa. ¿Quién impulsó el error que hizo frustrar aquellas alianzas y aquellos matrimonios? ¡Harto ha escrito sobre esto el que estas líneas bosqueja! Francia, Roma, Viena y Bruselas, en concierto y en intriga inaguantable y común. ¿Fue realmente de Felipe IV y de su valido omnipotente la estrecha responsabilidad de aquel error ante la Historia.? También cupo á Roma una parte no menos severa de aquella responsabilidad en lo que á los intereses de la reincorporación de Inglaterra á la unidad de la Iglesia toca. El criterio de Urbano VIII en esta materia, no puede ser considerado leal. Movido por la influencia de Francia, el Papa obstruyó absolutamente con sus pretensiones el casamiento del Príncipe de Gales, Carlos Stuart, con la Infanta María de Austria, por la disparidad de confesiones religiosas; mas cuando este matrimonio se deshizo, Urbano VIII no tuvo dificultades que oponer al matrimonio del Príncipe calvinista con la Princesa En-

riqueta de Francia, tan católica como nuestra Infanta Doña María.

Las bulliciosas fiestas con que se celebraron las estancias del Príncipe de Gales y del Duque de Buckingham en Madrid, ni tienen número por su aglomeración, ni tienen descripción posible por los derroches que en ellas hicieron la fe popular, la opulencia de nuestros magnates, la alegría general de la nación y la grata esperanza de nuestros Príncipes. El entorpecimiento que de Roma y Viena se opuso á las negociaciones, las instancias que de Bruselas y de París llegaban, prolongaron la estancia del Príncipe británico en Madrid más de lo que consentían las prácticas de aquel tiempo, las inquietudes y dudas del Rey Jacobo y la espectación de toda la nación inglesa. Al cabo partió el de Gales sin su prometida, y de aquellas tentativas frustradas, que dejaron dos hondos duelos, en las habitaciones recónditas del alcázar de Madrid y en las habitaciones recónditas del palacio de Windsor, sólo quedó esta nómina deslumbrante de obsequios recíprocos. Regaló el Príncipe de Gales al Rey Felipe IV una espada guarnecida de oro y diamantes tasada en 16.000 ducados; á la Reina Doña Isabel un diamante triángulo de 24.000 ducados, y unas arracadas de dos perillas de diamantes, de 12.000; al Infante D. Carlos de Austria, una sortija de un diamante punta al aire, de 5.000 ducados; al Infante Cardenal D. Fernando, un pectoral de diamantes, de 8.000, y á la Infanta doña María, su prometida, la sarta grande de perlas y un áncora con cinco diamantes, evaluado todo en 80.000 ducados; unas arracadas de diamantes, de 20.000, y otras dos arracadas, con dos perlas, las mayores que se habían visto, sin precio, así como otra sarta de perlas espléndidas. A cada uno de los Gentileshombres de la Cámara, sortijas de á 2.000, 1.500 y 1.000 ducados cada una; á las Damas de la servidumbre, joyas por valor de 800 ducados cada una; al Conde-Duque de Olivares, un diamante con una perla pendiente, de 16.000 ducados de valor; á la Condesa de Olivares, una cruz de diamantes, de 6.000, y á su hija doña

María de Guzmán y de Zúñiga, dos sortijas, de á 3.000. Por parte del Rey Felipe, se regaló al Príncipe británico 14 caballos con sus mantas de terciopelo carmesí, el primero con silla de borrenas y aderezo de terciopelo bordado de cañutillo de oro, y en el arzón una espada y una pistola guarnecidas de oro y diamantes; 24 potros; 12 yeguas; cuatro cajones, el uno con hojas de espadas de Toledo, otro con ballestas, otro con pistolas y otro con arcabuces; dos garañones con sus hembras; la pintura de la Venus, del Tiziano, que estaba en el Pardo, y la pintura de la Virgen, San José y Niño Jesús, del Correggio. Al Duque de Buckingham le regaló un cintillo de diamantes gruesos, sin precio; al Conde de Carley, 24.000 ducados en diversos objetos, y para el Príncipe y Buckingham, otros 10 caballos, seis potros y cuatro yeguas con sus mantas de terciopelo, 100.000 ducados en joyas varias, 40.000 en otras pinturas y olores, y promesa de otros cien caballos. La Reina Doña Isabel regaló al Príncipe dos sillas de mano guarnecidas de oro, y otra de concha y oro, y la Infanta Sor Margarita de Austria, le mandó desde su convento de las Descalzas Reales, ropas blancas exquisitas con olores en preciosos escritorios.

Matrimonio y alianzas quedaron después de la partida anulados de todo punto, y hasta 1629 no se pensó de nuevo en el matrimonio de la Infanta Doña María con el Rey Fernando de Hungría, después Emperador. A cargo del Duque de Alba, don Antonio Álvarez de Beaumont y Toledo, estuvo la jornada y entrega de la Princesa; mas, á pesar de los años transcurridos y del casamiento de Carlos I de Inglaterra con Enriqueta de Borbón, en el alma de aquélla no se había borrado su recuerdo. En las negociaciones para su matrimonio se movió sólo el Gabinete sin intervenir su voluntad, y de Madrid salió poseída de una tristeza tan grande, que se mandó que la siguiera una compañía de comediantes para que la distrajeran por el camino. Felipe IV, la Reina Doña Isabel y los Infantes D. Carlos y D. Fernando, la acompañaron hasta la raya de Aragón;

pero ni las fiestas que al paso le ofrecieron Zaragoza, Barcelona, Nápoles, diversas ciudades de Italia y últimamente Viena, no consiguieron en mucho tiempo curarla de la profunda melancolía de su espíritu. En Augusta se le obsequió con la representación de un drama titulado *Pazzia di Orlando innamorato de Angelica;* en Viena hubo en su honor carros triunfales, sarao de Archiduquesas, comedia española y sortija, de que fue mantenedor el Rey, su marido; pero nada la distraía, y la Infanta, ya Reina y después Emperatriz, no tenía más que un placer: el sueño. «Se nota que se levanta tarde—escribía el mismo Duque de Alba al Rey;—pero entienden que esto se remediará.»

De aquel matrimonio, puramente de familia también, no redundó otro provecho á España que haber producido su tálamo la segunda esposa que para asegurar su sucesión, muerto el Príncipe Don Baltasar Carlos, tomó en edad provecta Felipe IV. También este matrimonio del Rey con su sobrina, la tierna é infortunada Doña Mariana de Austria, sólo tuvo el alcance político de la conservación de la dinastía de los Austrias en España. Pero esta providencia también frustróla el destino, no habiendo concedido generación al Rey Carlos, que quedó con la corona como fruto de este enlace. A pesar de todo, aun á Felipe IV estaba reservado presidir otro matrimonio real, tan mal inspirado por la previsión política en lo que al interés de España concernía, como al de su propia familia. Este fue el que en 1659 se concertó entre el Cardenal Julio Mazzarino y el Ministro de Felipe IV, D. Luis Méndez de Haro, para la unión de nuestra Infanta doña María Teresa de Austria con el Rey de Francia Luis XIV. Así á la salida del Marqués del Carpio de Madrid para Irún, como á la de Mazzarino, desde París para San Juan de Luz, se dió un artificio de inmensa sensación en el número de las carrozas, coches, carros, acémilas, caballos de regalo y servidumbre, que por una y otra parte se llevó á la conferencia que habían de celebrar. Suscribióse en ella la paz entre las dos Coronas, y suscribié

ronse los esponsales entre los dos Príncipes núbiles, y cuando á ratificar todos estos pactos el mismo Felipe IV emprendió su jornada á la isla de los Faisanes para conducir á la frontera de Francia la futura mujer de Luis XIV, se compuso su comitiva, conforme al testimonio de Leonardo del Castillo, historiador del regio viaje, de 18 literas, 70 coches de Su Majestad y de los señores, 2.100 acémilas cargadas, 60 caballos de montura para las fiestas y para regalar, 12 caballos para el Rey, 500 mulas de carga, 900 mulas de silla y 32 carros largos ó galeras. La expedición duró desde el 15 de Abril de 1660, en que se salió de Madrid, hasta el 26 de Junio, en que el Rey llegó de retorno á la Florida, desde donde, con la Reina Doña Mariana y la Infanta doña Margarita, se dirigió al santuario de Atocha, á la acción de gracias, sin tocar en la capital. Para aquellas bodas, lo mismo que antes se había practicado cuando las de la Infanta doña Ana con Luis XIII, el 2 de Junio en Fuenterrabía, se verificó el acto solemne de las *renunciaciones* de la señora Intanta. La Historia dice el valor que estas *renunciaciones* tuvieron al morir Carlos II, el último de los Austrias.

A la muerte de Felipe IV, su viuda y tutora de su sucesor, la Reina Doña Mariana, se apresuró á negociar el matrimonio de la Infanta Doña Margarita con su hermano el Emperador Leopoldo. La Historia ignora el motivo de aquel apresuramiento. El bastardo del Rey Felipe IV, Don Juan de Austria, que tan poderosa cuña fue para la destrucción de España, agitado por sus febriles ambiciones desde que el Rey su padre lo recluyó á Consuegra, sede de su priorato, sacándolo desautorizado de las fronteras de Portugal, había concebido el proyecto de que se le consintiera casarse con aquella Princesa, su medio hermana, para poder ser legitimado en la sucesión de la Corona si llegaba á desgraciarse el Príncipe Carlos II. Don Juan, no sólo había consultado para esto el parecer de los teólogos de la Universidad de Lovaina, sino que, aprovechando una de las últimas jornadas de Felipe IV en Aranjuez, pidióle licencia para venir á presentarle un cuadro que había pintado

de su propia ingeniatura, y puede considerarse la sorpresa del Rey al verse retratado en aquel lienzo en la figura de Saturno bendiciendo la unión conyugal de los hermanos Júpiter y Juno, en quienes el pincel de Don Juan se había retratado á sí mismo y á la Infanta Doña Margarita. Con estos antecedentes, muerto el monarca, la Reina Doña Mariana no se consideraba tranquila contra cualquier audaz atropello, conociendo la índole de Don Juan.

Los dos casamientos que hizo el Rey Carlos II denotan la inmensa decadencia á que el poder español había venido y la degradación de su autoridad en el mundo. Francia le ofreció en su primera mujer, Doña María Luisa de Orleans, una Princesa de segunda rama. Lo mismo hizo después Alemania en su segunda esposa Doña Mariana de Neuburg. Mas Francia, no por haber hecho descender de tal manera el tálamo de nuestros Reyes, renunció á apoyarse en él para introducir en el propio Alcázar la anarquía que sagazmente supo encender por medio de aquella inundación de franceses que María Luisa de Orleans trajo bajo el concepto de servidumbre particular de su persona. Los desórdenes de éstos obligó á desterrarlos de España; y la irreverencia llegó á tal punto, que desde la Reina Doña Juana de Portugal, mujer de Enrique IV, fue la primera mujer que se sentó en el trono de España que concitó contra sí, no censuras, sino odios. De su esterilidad decía la sátira anónima:

Parid, bella flor de lis,
Aunque os sea la tierra extraña:
Si parís, parís á España;
Si no parís... á París.

Y cuando, enmedio de la discordia que dejaba sembrada en las opiniones nacionales murió prematuramente, otra vez la sátira plebeya escribió en todas las calles:

Murió la Reina.—*¡Requiescat*
In pace!—así dice el pueblo.
Amén, amén—claman todos.
¡Jesús!—¡A qué lindo tiempo!

Doña Mariana de Neuburg tampoco dió prole al trono; y aunque no sólo sobrevivió al Rey Carlos II, su esposo, sino que arrostró las largas iras de la guerra de sucesión, prolongándose su vida hasta más allá del primer tercio del siglo XVIII, siempre fue objeto del respeto así de los Poderes como de la opinión, y ni unos ni otros la abandonaron en los decorosos auxilios de su rango hasta su muerte.

La serie de los matrimonios reales que se efectuaron en España desde el primer año del reinado de Felipe V, sólo determinan, sin que los intereses políticos los someta á la crítica de la Historia, la identificación de la inmensa masa inerte del pueblo con las alegrías exteriores de los que han gobernado sobre ellos. En 1701 se celebró el de este joven monarca con Doña María Luisa Gabriela de Saboya, y el estado de división y de guerra en que se pronunció España en todos sus dominios, no pudo hacer de aquel enlace la apoteosis de la fe monárquica constitucional. Durante la guerra, disputóle la conquista de la simpatía pública la titulada Reina Doña Isabel Cristina de Brunswich Walfenbutel, esposa del Archiduque pretendiente Carlos III. Cuando se vino á las transacciones de Utrech, tan ominosas para el Imperio fundado por los Reyes Católicos y Carlos V, el corazón de España no estaba para arrebatos del sentimiento. En 1714 se verificaron las segundas nupcias de Felipe V con la Princesa de Parma, Doña Isabel Farnesio; y hubo algún inspirado ingenio que por cifra de las esperanzas á que la nación quería despertar, escribía aquel epitalamio latino que comenzaba diciendo:

Elisabeth, tibi redeunt spectacula Hispaniæ.

Pero ni aun en estas bodas, ni en las que se festejaron en 1721 simultáneamente en Madrid y París por las capitulaciones entre el Príncipe de Asturias D. Luis I y la Princesa de Montpensier Doña Luisa Isabel de Orleans, había entrado en reacción completa la masa popular, afligida por el diluvio de franceses de todas clases y categorias que había caído sobre

España desde el advenimiento del Duque de Anjou, y se había apoderado de todo el patrimonio de la Monarquía. España aún no era una nación, ni siquiera una provincia de Francia, sino una nueva colonia francesa y un campo de explotación. Con el matrimonio de la hija del Duque de Orleans para el lecho nupcial del Príncipe Don Luis, se había negociado el de la Infanta Doña María Victoria con el Delfín Luis XV, y aun á la Princesa española, en muy tierna edad, se hizo pasar á París, para que allí se educase en las costumbres de la que había de ser su patria. Esta Princesa nos fue devuelta, y después hubo que casarla en Portugal en 1725, cuando se verificaron los desposorios del Príncipe Fernando VI con Doña María Bárbara de Braganza. El Príncipe del Brasil la tomó por esposa. ¿Prestaron estos matrimonios de España con la casa real de Portugal alimento á esperanzas análogas á las qu · en las dos Monarquías peninsulares despertaron los repetidos entronques entre los Príncipes de aquella Corona y los que brotaron del tálamo de Doña Isabel la Católica, de Doña Juana la *Loca* y de la Emperatriz Doña Isabel? Aquella recíproca corriente de mutua atracción, nunca más ha vuelto á restablecerse. Carlos III no pudo repetir el ensayo, pues reinando, al casarse en Nápoles, fuera de la órbita de los intereses de nuestra Península, ya inseguros en la de Italia, y casi en el Mediterráneo, buscó en 1738 su esposa en uno de los Principados de la Confederación germánica, que tampoco, aunque católico, represensaba lo que durante los siglos XVI y XVII representó el Imperio de Alemania encarnado en la augustísima casa de Austria.

España, que fundó en Italia, después del cambio de dinastía, varios Principados independientes, no conservó en ella ningún feudo político para su antiguo poder. La Monarquía napolitana y el Principado de Parma, aunque gobernados por Príncipes procedentes de nuestra casa real, sólo mantenían con ésta el comun interés dinástico; pero así aquéllos como nuestros propios Príncipes reinantes en España, sujetos

á un tronco de unidad por el malhadado *pacto de famila*, no eran más que ramas de un mismo árbol cuyas raíces sólo servían para sostener la preponderancia francesa. Carlos IV casó en Parma y á sus hijos en Portugal, en Parma y en Nápoles. ¿Qué sentido daban á los intereses nacionales de España estos matrimonios? Un mero sentido de familia, y las familias reinantes en todos aquellos Estados, emparentados entre sí, no tenían más que una cabeza: la de Francia. Cuando esta cabeza fue segada por la guillotina de la Revolución, todos los tronos de Italia cayeron bajo la espuela del dictador de aquella Revolución. También él desapareció, y momentáneamente volvieron á reorganizarse aquellos Estados. La obra fue efímera como todo artificio de la diplomacia. Sólo subsistió el trono borbónico de España, porque para rescatarlo á los derechos de la nación, la nación lo reconquistó con el sacrificio generoso de su sangre, y la sangre que se vierte redime siempre.

Después de 1814, las fiestas conyugales de nuestros monarcas y Príncipes han carecido, así de la grandeza del aparato con que las solemnizaron los tiempos que se han descrito, como del fin político que siempre se infiltra en las esperanzas del instinto popular. El segundo matrimonio del Rey Don Alfonso XII con la actual Reina Regente Doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, lo tuvo en la alta expresión de una necesaria reivindicación histórica. España debe siempre amor á Austria y la amistad de todas las estirpes germánicas le surgieren interés. En cuanto al que ahora va á realizarse entre la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes y el Príncipe de la antigua Monarquía siciliana D. Carlos de Borbón, responde á otro fértil sentido político de agrupación y concentración entre los miembros de una dinastía, completamente nacional ya, y cuyo tronco surge del trono glorioso de Fernando V de Aragón y de Isabel de Castilla. La postración en que España se halla sumida á consecuencia de las revoluciones de todo un siglo que han agotado sus his-

tóricas energías, y los últimos desmembramientos á que nos ha condenado la fortuna, entorpecerá que á este suceso se le dé y reconozca todo el alcance que el tiempo y los sucesos le darán. Yo lo aplaudo desde el fondo de mi alma. Todo cuanto reorganice y robustezca las fuerzas nacionales, todo recibe las bendiciones de mi fe.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

LA TRANSICIÓN DEL ROMANTICISMO AL NATURALISMO.—EL TEATRO SOCIAL.—ALEJANDRO DUMAS HIJO

La comparación entre ambos Dumas sugiere mil instructivas reflexiones. Pocas veces—quizás nunca—se habrá dado el caso de un padre y un hijo tan parejos en celebridad, y tan opuestos (no basta decir diferentes) en la calidad de las facultades á que la debieron. Anteriormente he aprovechado la ocasión de rectificar el concepto general que considero injusto para el padre, y de colocarle en su verdadero lugar dentro del arte dramático; ahora, puesto que toca el turno al hijo, recuerdo con simpatía la caudalosa, rica y franca inspiración de aquel mulato y bohemio genial, por el mismo contraste que con ella forma la naturaleza, mucho menos espontánea, del muchacho que daba al autor de *Los tres mosqueteros* lecciones de orden y sentido práctico enseñándole en un armario una fila de pares de botas.

Conviene partir del padre si hemos de comprender al hijo. Hay destinos que se explican por su conexión con destinos precedentes. Los perfeccionan ó los contradicen y niegan, pero sin ellos no tendrían clave. Dumas padre había sido pródigo hasta la locura, abundante y prolífico hasta el abuso; vino el sucesor, bonachón, jactancioso y vanidoso hasta la inocencia; hábil gerente de dinero y talento; justo de propor-

ción, ni excesivo ni premioso en producir; convencido de su propio valer hasta la autolatría, pero maestro en esa reserva cauta y que, en el artista, es inequívoca señal de un orgullo poderoso. El padre había aspirado á entretener, divertir, interesar con ficciones á su generación, y le hacía una gracia extraordinaria, producíale júbilo infantil que le enseñasen el castillo de If diciéndole seriamente: «De este calabozo se evadió Edmundo Dantés cosido en el sudario del abate Faria.» El hijo traía pretensiones más altas y graves: quería adoctrinar, corregir, resolver los problemas de su tiempo, y saboreaba el triunfo cuando, á deshora, velada, rebozada en su elegante *pelisse*, alguna dama de triste historia como la *princesa Jorge,* venía á consultarle, á confesarse con él, á abrir su corazón llagado y dolorido por la falsía ajena ó el remordimiento propio. Director espiritual de almas y de pueblos: á este cargo sacerdotal tendía la ambición del autor de *La dama de las Camelias*. Donde el padre había visto el bello juego y las caprichosas luminarias de la fantasía, el hijo veía la majestad de la enseñanza.

Esta fue, por otra parte, tendencia general del teatro después del fracaso y caída del romanticismo. Augier ya representaba la utilidad y la doctrina; sólo debe advertirse que Dumas hijo, pisando igual senda, volaba más alto, con pretensiones filosóficas. Su moral no tenía alas de gallina; su sátira, sin dejar de recaer sobre lo efímero de sucesos, costumbres y manías de una época dada, revestía, á fuerza de intensidad, carácter más amplio y trascendente. Por eso en Dumas II la moralidad pareció *inmoral,* indicio evidente de que al menos era *nueva,* de que rompía la costra de turbio hielo de muchas preocupaciones. Y por eso, por no haberse reconciliado nunca del todo con el sentido burgués, aun haciéndole concesiones importantes, hasta el último instante Dumas II tuvo pendiente de la voz de su musa la conciencia de sus compatriotas. Al discutirle, ¿se discutía de arte?—No; de ética, de sociología, de reformas en el Código penal y civil.

Y es que, desde sus primeros años, el problema de la vida para Alejandro Dumas hijo había sido una cuestión legal y social.

Era un hijo bastardo, como Antony, y bastardo de padre ilustre. Si los hijos legítimos se envanecen de una gloriosa procedencia, á los bastardos la gloria les hace más visible la bastardía, como el sol descubre las manchas al alumbrar la tela. Dumas II se estimaba infinito á sí propio, y se verificaba en él lo que dice Bourget: «Casi siempre el moralista ha debido sufrir en sus mocedades una gran injusticia, y sentir la necesidad de una gran reparación.» Ver desde un principio la iniquidad social, predispone á la crítica del estado presente de la sociedad, y á la revisión de las leyes á la luz de los principios. Augier había fustigado á los políticos y á la plutocracia: Dumas venía á analizar el matrimonio, la paternidad, la condición de la mujer, los derechos del hijo que no tiene culpa de haber nacido fuera de un hogar constituído legalmente.

Aunque Dumas padre no abandonó ni descuidó jamás á su vástago, antes cuidó de sostenerle y educarle con holgura y decoro, lo cierto es que en el colegio donde el muchacho recibió la segunda enseñanza, los compañeros solían recordarle cruelmente el baldón de su origen. Si se ha de prestar fe á un detalle biográfico, ya entonces se sentía dispuesto á vindicarse, que á esto equivalió la reclamación resuelta y enérgica del apellido paterno. El célebre novelista no se lo había concedido, pero en uno de los impulsos bondadosos que le caracterizaban, se apresuró á consentir, y fue este el primer lazo de afecto vivo y fuerte que unió á dos seres enlazados por la naturaleza.

Al llegar aquí, ocúrreme decir algo para excusar omisiones voluntarias en la serie de estos estudios. Gracias á la crítica diligente, amena y sagaz, que en Francia es manjar favorito del público ilustrado, las biografías de los escritores famosos son allí bastante conocidas, al menos por un conjunto de rasgos y anécdotas familiares, componentes de su fisonomía. A pesar de que críticos é historiadores de las letras suelen

repetir las mismas anécdotas y rasgos con escasas variantes, nadie les acusa de monotonía, ni menos de falta de originalidad, pues hay cosas que no son inventables, y que suprimidas, dejan incompleta la biografía ó la historia. No sucede así en España, y yo escribo para los que hablan castellano. Lo más extraño es que esos pormenores, esas anécdotas tan expresivas, esos dichos memorables é ingeniosos, que en Francia se sabrán de memoria los aficionados á las letras, aquí son fruta nueva generalmente. Sin embargo, basta que un lector tenga de ellos reminiscencias confusas para que se lamente de que otra vez se le refieran. Donde se lee poco, diríase que es más exigente el gusto. Recuerdo que, cuando yo explicaba literatura francesa en la cátedra de Estudios superiores del Ateneo de Madrid, un periodista se quejaba semanalmente de mi insistencia en hablar de cosas que nadie ignoraba. Debo suponerle bien enterado; pero es el caso que al quejarse, barajaba y confundía autores y obras, y estropeaba los nombres de escritores conocidísimos de un modo extraño en persona tan versada en el asunto. Hasta parecía, Dios me perdone, que no sabía palotada de francés. No obstante, yo tomé en cuenta las censuras del periodista y evité las anécdotas, por si, en efecto, las tenía ya olvidadas de puro aprendidas el público.

A mi ver, no ha llegado ni á sospecharlas. Además, no le importan, por lo mismo que no le interesan las Memorias, Autobiografías y Correspondencias, género literario nunca floreciente en España.

Suprimiendo, pues, lo anecdótico—y es mucho y bonito—de la biografía de Dumas hijo, no resisto al deseo de contar, creo que por vez primera, un episodio de su juventud, un amorío que nació en España. Ya guarda la tumba los restos de la que lo inspiró y compartió, y no habría verdadera indiscreción en estampar aquí el nombre, puesto que no dejó esa dama hijos que puedan ver en la publicidad ofensa á una memoria querida; pero callemos el pecador al decir el pecado, ya que así no es mayor ni menor el interés de la historia.

Cuando los sentimientos impuestos por la naturaleza á ambos Dumas se habían fortificado con el trato é iban transformándose en aquella amistad y confraternidad de la cual se conservan elocuentes testimonios; cuando andaban juntos de bracero el padre y el hijo, realizaron aquel viaje á España, relatado por el primero con tal gracia y frescura, á pesar de gasconadas inevitables. Detuviéronse los viajeros en Córdoba, y como quisiesen hacerse entender del posadero, se encontraron con que nadie hablaba francés allí.—Recuérdese el tiempo en que esto ocurría, y cuánto hemos progresado, hasta el extremo de ser familiar en España la literatura francesa del pasado siglo.—El caso es que entonces sólo pudo salir del apuro el posadero llevando á sus huéspedes á una linajuda casa, donde una señorita, acabada de salir de un elegante colegio, hablaba francés á maravilla. El regreso de la niña á sus lares se celebraba aquella noche con un baile en la casa, y á él fueron invitados los distinguidos extranjeros. La noble niña era hermosísima, discreta, de viva fantasía; Alejandro Dumas hijo tenía veintidós años: bailaron, conversaron, aislados y libres por el idioma que empleaban; ella quedó enloquecida. Fue como el rayo. A la mañana siguiente, la señorita, rompiendo por todo, iba á reunirse con el extranjero en su posada. Lo mismo hubiese ido si tuviese que cruzar una hoguera. Lo confesaba así en su ancianidad.

Lo que pudo no haber pasado de fugaz aventura de viaje, se convirtió en algo más íntimo al establecerse activa correspondencia. El francés escribía á la española desde Cádiz, desde Madrid, desde París, largas y apasionadas epístolas. El deseo de una unión eterna palpitaba en las cartas de los dos amantes. Pero la ilustre familia española á que pertenecía la señorita se opuso desde el primer momento, y no paró hasta casarla con un viejo General gotoso y achacoso de malos achaques, que la hizo muy desventurada. Así que pudo reconquistar la libertad, casada primero, viuda después, la española sólo pensó en irse á París, en ver otra vez á Alejandro Dumas. Lar-

ga fue la vida de aquella señora, y no murió joven el autor de *Dionisia;* pero puede asegurarse que al través de vicisitudes é incidentes muy graves en la existencia de los dos, duraron tanto como ella los amoríos nacidos en Córdoba, al olor del jazmín, en una noche de juvenil embriaguez. No pudieron otros afectos, otros lazos, otros sueños, destruir aquel sueño primero, manchado, jamás desvanecido por la realidad. Ausentes, nunca dejaron de escribirse. Un día, Alejandro Dumas, extrañando el silencio de su D..., preguntó desde París á un amigo español, con celosa inquietud, qué tenía ella para callarse así... Y el amigo hubo de responder que D...—la cual pasaba entonces de los sesenta años—acababa de morir de una pulmonía... Sólo la muerte cortó el hilo de oro de la comunicación; sólo guardó silencio la enamorada cuando heló su mano el frío del sepulcro.

Un baúl llenaban las cartas, los miles de cartas de Dumas á su española amiga. ¿Qué será de ese tesoro de documentos, no sólo psicológicos, sino históricos y literarios? Dios quiera no hayan ido á dar á las manos, impías por piadosas, que destruyeron la correspondencia entre el Marqués de Mora y la señorita de Lespinasse, otra pareja interesantísima franco-española, que también debía de escribirse cosas muy bellas.

Volvamos á lo conocido. He dicho que las relaciones entre el padre y el hijo, reveladas las disposiciones de éste para el arte, fueron fraternales, con cierta superioridad del mozo, fundada en el carácter, en mayor dosis de sentido práctico. Alejandro Dumas decía agudamente: «Mi padre es un niño grande que tuve cuando yo era pequeño.» El espectáculo del *padre pródigo* sirvió para enseñar al hijo la necesidad de la economía, del orden, y no añado que del trabajo, porque, ¿quién más laborioso que el infatigable autor de *Los tres mosqueteros?* Sólo que Dumas hijo pedía al trabajo la dignidad y la independencia. Arrastrado al principio por el remolino de derroche y bohemia del padre, comido de deudas, Dumas hijo quiso pagarlas, quiso no depender ni aun del liberal y desor-

denado niño grande, y esa fue la raiz de su vocación á las letras. Acaso con un padre más racional, el hijo no hubiese escrito novelas ni dramas, sino disertaciones de moral y filosofía, en el estilo ameno y paradójico, ya solemne, ya chispeante de ironía, que brilla en sus prólogos y folletos.

Moralista nato, fue por ley ineludible uno de los autores dramáticos más tachados de inmoralidad; cosa que no sorprende, si recordamos cómo puede confundirse la *moral* con la *regla establecida*, con las costumbres y los usos admitidos sin examinarlos. No quiero decir con esto que la moral de Dumas hijo me satisfaga ni me convenza, mirada en conjunto: quiero decir que es *moral;* más todavía: *una moral*. Dumas hijo no se limita á satirizar elemento moral negativo; es afirmativo y predicador. A pesar de las afirmaciones contenidas en su carta al director del *Gaulois*, en la cual dice que renuncia á opinar porque no sirve de nada, la verdad es que opina siempre. Por *opinar* verificó su evolución de la novela al drama. La novela no influía bastante; no era bastante activa. El teatro, en cambio, le ofrecía los medios de acción directa sobre la conciencia de su época, á que ardientemente aspiraba. Allí tenía la cátedra, el púlpito..... y, como consecuencia, el confesonario.

Cuando un autor está en el caso de Alejandro Dumas hijo; cuando ha influído profundamente en su época por medio de algunas obras, siendo esta influencia lo que más ha realzado su figura literaria, creo que, al consagrarle un estudio no muy extenso, que forma parte de una serie de estudios sobre la literatura francesa en todo un siglo, debo fijarme únicamente en lo que abrió surco, dejando aparte lo demás, y citando sólo, á título de comentario de la obra literaria, los folletos y prefacios de polémica. He afirmado que si Alejandro Dumas hijo no hubiese tenido tal padre, quizás nunca pensase en ser literato propiamente dicho, y consagrase sus facultades á trabajos más en armonía con ellas. Añadiré que, en este caso, sus escritos, aunque no pasasen inadvertidos, no

ejercerían el dinamismo, no serían el arma de combate, que fueron en un cuadro de tan inmensa influencia social como es el teatro en Francia. La suerte de Dumas hijo consistió en la reunión de estas circunstancias: haber sido el Delfín, de un escritor de universal renombre; ser distinto de él, lo suficiente para abrirse su propio camino; poseer una suma de aptitudes literarias, y otra mayor de dotes intelectuales que dieron realce á las primeras, y haber salido al mundo á la hora crítica en que la literatura sufría un cambio de orientación y se hacía *social*. Las condiciones de pensador y moralista de Dumas hijo, bajo el romanticismo, para la literatura, le hubiesen sobrado y estorbado.

-Hagamos caso omiso de sus novelas juveniles, *Aventuras de cuatro mujeres y un loco, El doctor Servando, El regente Muste;* de algunos de sus dramas, menos significativos ó menos *activos* sobre la multitud (en Dumas hay que tomar siempre en cuenta el elemento del efecto producido, pues de otra suerte prescindiríamos de lo que le caracteriza); no digamos nada de *La joya de la Reina,* de *La Princesa de Bagdad*, y de lo mucho que produjo en colaboración, como *El suplicio de una mujer, Heloisa Paranquet, El ahijado de Pompignac*, *La Condesa de Romani*. Entre sus folletos y opúsculos de combate citemos los que levantaron más polvareda: *El hombre mujer;* el *Prólogo á La mujer de Claudio, La cuestión del divorcio*, la *Carta sobre la indagación de la paternidad, Las mujeres que votan y las mujeres que matan.* Y fijémonos en *La dama de las Camelias* (novela y drama), en *El semi-mundo*, en *Las ideas de madama Aubray*, en *Don Alfonso, La visita de novios, Francillón, La Extranjera, Dionisia*, *La mujer de Claudio*, *La Princesa Jorge.*

Si pudiera ponerse en duda verdad tan evidente como la de que Dumas hijo es ante todo un escritor *social*, y la literatura en él un medio y no un fin, se probaría observando qué suerte han corrido en España las obras de Dumas. No tenemos comprobante más á mano; sirvámonos de él. Como Es-

paña, socialmente, difiere tanto de Francia; como no tuvo (ni tiene aún, ni acaso tendrá nunca) planteados ciertos problemas que en Francia se impusieron después de los grandes períodos revolucionarios; como no estaba aquí en tela de juicio lo que allí, las obras de tesis de Dumas hijo fueron recibidas con extrañeza, y á veces con indiferencia. No ha mucho que observaba este último hecho la prensa, con ocasión de haberse representado en Madrid creo que *La princesa Jorge*. Algún drama de Sellés, cuyas corrientes de pensamiento coinciden con las de Dumas, hubo de sufrir largo calvario antes de ser tolerado por el pueblo español. La única obra de Dumas en que éste entró de lleno, fue aquella en que el sentimiento y la acción dramática se sobreponen á la tesis social: *La dama de las Camelias*. No así *El semi-mundo* que despertó curiosidad pero no simpatía; y si atrajo gente, fue quizás porque desde el púlpito el severo Padre Mon la anatematizó como inmoral, no sin gran asombro mío, porque realmente *El semi-mundo* es una lección y un consejo no menos rigoristas que la plática del Padre, y no encierra ninguna de las tesis innovadoras que podrían asustar en *Las ideas de Madama Aubray* ó en *Dionisia*.

Al escoger entre la obra de Dumas hijo, España, literariamente, no se equivocó. Lo mejor, como literatura (entendiendo esta palabra en un sentido humano y hondo), es *La dama de las Camelias*, y después á gran distancia *El semi-mundo*, y acaso *La visita de boda*. En lo restante prepondera el raciocinio, la argumentación, y los fuegos artificiales de la agudeza filosófica, sobre la belleza artística y sobre la realidad. Que el artista esté ó no esté obligado — sobre todo en determinados momentos— á ejercer función social, es cosa que aquí no ventilaremos; pero en este concepto y en otros muchos conviene fijarse en que el artista y el escritor no son completamente libres ni dueños de trazarse su senda con independencia absoluta, puesto que les oprimen y solicitan fuerzas exteriores, el momento, la hora, la circunstancia. Estas fuerzas actúan á nues-

tra vista en la evolución del teatro francés, que desde la tragedia clásica y el drama romántico hasta el drama de levita, de burguesía ó de costumbres, realista primero, luego social y docente, se revela como producto necesario de la historia y de la sociedad. Es innegable que Dumas hijo, por condición, era pensador, preceptor, maestro, moralista en suma; y también que lo fue en tiempo oportuno para su fama y su nombre. Sin embargo, lo que le ayudó en vida, ante la posteridad es la brecha por donde la crítica le acomete. Para el crítico literario, Dumas hijo fue un predicador que sacrificó al sermón el arte, y para el filósofo serio, recluido en su gabinete, un mero aficionado, acaso un hábil explotador de la filosofía y la moral porque las cosas santas han de tratarse santamente. Estas hibridaciones y mezcolanzas tienen el sino de dejar descontentos á todos.

Al producir esa obra de juventud, superior á las de la edad madura, *La dama de las Camelias,* Dumas hijo no se había erigido aún en maestro. Si alguna tesis latía en el fondo de la historia de la cortesana redimida por el amor, el desinterés y la muerte, era tesis puramente sentimental que el lector adivinaba. Sin duda allí preexistía, como la encina en la bellota, el Dumas pensador, porque el pensamiento de Dumas se ha ejercitado casi siempre en los problemas de la relación sexual y de sus consecuencias, el conflicto de la pasión, la ley y las costumbres, la lucha del hombre y la mujer y las fluctuaciones de la materia al ideal. El lo confiesa: es un teórico del amor. Lo era ya en *La dama de las Camelias*; pero le guiaban el instinto y la inspiración; le salvaba lo patético y sencillo de la realidad. Que Margarita Gautier, la cual se llamaba en el mundo galante María Duplessis, haya ó no haya realizado los actos de abnegación que en la novela se le atribuyen, poco importa; basta que estos actos fuesen posibles y verosímiles, y correspondiesen á sentimientos verdaderos y entrañables; basta que su carácter de humanidad sea tal, que así en la novela como en el drama el espec-

táculo de la vida de la heroína mueva los corazones y arranque lágrimas, y subyugue con la fuerza inefable de la verdad—verdad, no en determinado período social solamente, sino en cuantos pudo conocerse el amor.—Es la marca de las obras maestras que, siendo de su tiempo, sean de cualquier tiempo humano. En mil detalles, la historia de Margarita revela el estilo de la época romántico-realista; tiene fecha; tiene su corte á la moda; pero hay en ella algo eterno: la pasión; por eso puede asegurarse que si *Antony* fue la obra maestra del padre, *La dama de las Camelias* es la del hijo.

Como signo de sabrosa madurez, como tránsito del sentimiento y de la ilusión juvenil á la malicia y á la observación clínica y exacta, elogiemos el paso que da Dumas desde *La dama de las Camelias* al *Semi-mundo*. Siete años mediaron entre la conmovedora novela y la primorosa *alta comedia*, y dijérase que las separa un siglo de experiencia y de ciencia amarga. *La dama de las Camelias* era la apoteosis del amor, que donde proyecta su luz solar, transforma en oro el fango; *El semi-mundo*, la tónica copa de absintio, que bebe tarde ó temprano el que ama sin medida y entrega sin desconfianza el corazón. Enseña *El semi-mundo* que la sociedad es una selva donde el que no es cazador es caza; advierte á los incautos y á los honrados; es el desengaño y es la esperanza también, porque muestra, entre la fermentación pútrida del pantano, la flor que crece pura. Si el teatro fuese «escuela», como muchos quieren, nada más teatral que *El semi-mundo*.

No sé si traduzco bien el título de esta obra, porque no existe en castellano equivalente. Tampoco, á decir verdad, tenemos aquí ese *semi-mundo*, que brota en las capitales muy vastas, donde se ignoran los antecedentes de las personas. La enseñanza que encierra *El semi-mundo*, como casi todas las enseñanzas literarias y teatrales, no remediará ningún daño, no curará á ningún loco de amor... pero acaso le hará reflexionar, y dictará precauciones á los que aún no hayan perdido la razón. Esta clase de advertencias, que se contraen á la socie-

dad y consideran la forma social permanente, pueden caducar, y dramas que en la sociedad se fundan, no tienen el alto vuelo de obras como *Hamlet*, *La vida es sueño*, ó *Fedra;* pero también dejan entrever, por los resquicios de una reja dorada, el abismo del corazón humano. Aquel enamorado de *El semimundo*, crédulo por pasión, no por estolidez; irritado contra quien le muestra la verdad; defendiendo su engaño, porque realmente ese engaño es dicha y es ideal, es *amor*, el bien sumo del alma; aquella intrigante habilísima, artificiosa y culta, que se deja desenmascarar cuando el diestro Oliverio asalta su vanidad femenil, cuando atribuye á celos y despecho de un amante preterido lo que no es capaz de atribuir á deseo de impedir una infamia... son reales, son interesantes, y pertenecen al tesoro de la psicología dramática.

Tales comedias, no obstante, por bien hechas que estén (y en factura, *El semi-mundo* es una maravilla) y aun cuando lleven lastre suficiente de verdad, envejecen pronto, tienen lados efímeros. Están en el mismo caso *Las elegantes pobres* y *Los impudentes*, de Augier; el *Muérete y verás*, de Bretón. ¡Varía tanto el aspecto social! Cada veinte años, la sociedad se transforma, el saco se vuelca, una generación llega, impaciente, enemiga del pasado. Allá en 1875, en París, existía el rigorismo puritano de ciertas capas sociales, á que repetidamente se alude en *El semi-mundo* y en un acto de *La Extranjera*. El barrio de San Germán, que tuve ocasión de ver muy de cerca por circunstancias fortuitas, era una especie de castillo, cerrado al aire exterior; se trataban y se casaban entre sí; vivían aislados, y realmente cultivaban, hasta con exageración, la nota del honor caballeresco. Pero el tiempo ha pasado, la realidad se ha impuesto, se ha transigido con ella, y la necesidad de estercolar los blasones, la terrible cuestión de dinero, sin hablar de la ambición y de aspiraciones naturales, han ido cambiando la faz de la aristocracia. Ya no se puede alardear de intransigencia, al menos en conjunto; los casos aislados no se cuentan. También las familias de origen menos ilustre, pero de severas tradicio-

nes, gente del comercio ó de la industria, aristocracia militar ó de toga, han sufrido el embate de la nueva sociedad.

Y en España, me explico que no se haya comprendido bien *El semi-mundo*. Jamás existió aquí esa valla de orgullo nobiliario é intransigencia política, que alzó en Francia la revolución entre el nuevo y el antiguo régimen (pues antes de la revolución, bien se sabe que fraternizaban todos los mundos, y que actrices, mujeres galantes, escritores sin padre conocido, se sentaban á la mesa con las duquesas y las damas intachables, descendientes de los Cruzados). No existió en España verdadero sacudimiento revolucionario; la Monarquía apenas sufrió un breve eclipse, y no hubo más guerra social que la corta y muy impertinente que se le hizo á la dinastía italiana. De suerte que aquí, si existieron y existen caprichosas exclusiones, no hubo exclusivismos; y á la Baronesa de Ange la encontraríamos en salones de lo mejor. Este fenómeno ha sido reconocido y lamentado por el Padre Coloma, según el cual las famosas pavías de Dumas andan aquí mezcladas malas con buenas. En efecto, *El semi-mundo*, anatematizado por otro jesuíta, el Padre Mon, sostiene—curiosa coincidencia—la misma teoría *seleccionista* de *Pequeñeces*.

Después de *La dama de las Camelias*, *El semi-mundo*, *La visita de boda*, graciosa paráfrasis realista de la idea de nuestro atildado *Desdén con el desdén*, acaso sea la más verdadera y de seguro una de las más osadas y terribles producciones de Dumas, la titulada *Don Alfonso (Monsieur Alphonse)*. Esta obra, como *La dama de las Camelias* y *El semi-mundo* ha enriquecido la lengua; los títulos califican, expresan un concepto moral: se dice «una dama de las Camelias», y todos entienden que es una cortesana rehabilitada por el amor; «un Alfonso», y la injuria quema como un hierro hecho ascua.

Fue atrevido ante el público francés, y hubiese sido imposible ante el español, estudiar en serio, como se estudia una enfermedad, el tipo de Don Alfonso. Si en piececillas cómicas lo vemos cada día con la etiqueta de *chulo*, jamás un dra-

maturgo tendría valor para presentarle. Hay esa división de plaza: en broma nada asusta; en serio es preciso no tocar á ciertas llagas y no herir ciertas cuerdas. El hombre venal en amor sublevaría al público. No discutamos si esto revela determinadas superioridades morales.

Tan atrevida como la tesis de *Don Alfonso* es quizás la de *Las ideas de Madama Aubray* y *Dionisia:* la completa rehabilitación de la soltera seducida, y no por medio de la boda con su propio seductor, sino con otro hombre sabedor de lo ocurrido y rebosando, sin embargo, amor y estima. Este caso, que en la vida real se presenta con mayor frecuencia de lo que se cree, en el teatro es peligroso. Dumas lo trató en dos dramas de muy diferente mérito. *Dionisia,* aparte de la constante habilidad escénica de Dumas, no se salva sino por una ó dos escenas de sentimiento; los caracteres son falsos, las situaciones melodramáticas, injustificado el desenlace. *Las ideas de Madama Aubray,* en cambio, es un drama en que se compensan el pensador y observador y el dramaturgo, y seguimos con interés la crisis tan real y tan hermosa del alma de Madama Aubray, aquella mujer superior, que ve las cuestiones desde arriba, que profesa generoso criterio, pero que al llegar á la práctica, al tener que hacer en lo que más ama el ensayo de sus famosas *ideas,* al encontrar que es su propio hijo quien pretende casarse con la joven que fue seducida, retrocede enérgicamente gritando: «¡Imposible!» Si se quiere citar un modelo acabado de la comedia de *tesis*, lo tenemos en *Las ideas de Madama Aubray.* Y no es empresa fácil la comedia de tesis: se necesita que los personajes no sean pálidas y frías abstracciones, argumentos que andan: conviene dejarles su carne y su sangre, sin quitarles su alto sentido. En *Las ideas de Madama Aubray* el conflicto es humano. Madama Aubray profesa el convencimiento de que sobre la opinión del mundo está la verdad interior, y la teoría cristiana de que el arrepentimiento lava la culpa, y nadie tiene derecho á arrojar la primera piedra. Encuentra á una pobre

muchacha llena de delicadeza y de virtud, con una mancha en su pasado, y se propone redimirla casándola..... pero no con su hijo. Justamente su hijo, Camilo, es quien está perdidamente enamorado de Juanina. — El egoismo del instinto maternal se sobrepone; Madama Aubray manda á paseo sus principios. Viene después la acción de la conciencia, la noble lucha, la victoria del bien, de la *idea* sobre el *instinto,* justificada con dramático acierto. Admitida — ¿y por qué no, cuando aquí hemos admirado *Locura ó santidad?*— la legitimidad del teatro de tesis, hay que saludar en *Las ideas de Madama Aubray* un triunfo.

A cada paso el moralista se sobrepone al dramaturgo en Dumas. Podría enseñar con la acción; pero no le basta: necesita poner cátedra, y la pone por medio de ese personaje que figura en casi todos sus dramas, encargado de explicar lo que la acción no diga,—una sustitución individual del antiguo *coro*, que hacía reflexiones y comentarios sobre lo que ocurría en escena.—Este personaje, encarnación del autor, es un convencionalismo censurable, aunque al público suele divertirle el raudal de ingenio que fluye de su boca. Cuando el predicador no es ajeno á la acción y toma parte en ella (por ejemplo, el Oliverio de Jalin de *El semi-mundo)* no se discute su derecho; pero no así cuando no pasa de un testigo ó de un profesor de filosofía cáustica, que glosa cada escena y reprende cada yerro. No otra cosa son los de Ryons, los Desgenais, los Barentini, los Lebonnard, los Fressard..... Es el elemento crítico, la sátira, que no acertando á expresarse con bastante energía por medio de la ficción, acude á ese arbitrio realmente pueril, tan sencillo como el resorte y el fuelle que hacen hablar á los muñecos.

No puede Dumas contarse entre los autores dramáticos de primer orden (verdad que son muy pocos) porque sus aptitudes para el teatro están subordinadas á sus tesis. La mayor parte de las obras de Dumas hijo, como *La Extranjera, La Princesa Jorge, La mujer de Claudio, El hijo natural, La cues-*

tión de dinero, Diana de Lys, Dionisia, Francillón, son, como teatro, bastante inferiores á lo que fueron, dentro de la fórmula romántica, *Antony, Ricardo d'Arlington, Kean, La torre de Nesle.* Y es lo peor que, resuelto á desarrollar tesis, faltó á Dumas hijo el arranque necesario para llevarlas á su término lógico, arrostrando las iras del espectador. El romanticismo era más valiente.

Insistiendo en que el tema favorito de Dumas hijo, fue la cuestión de las relaciones sexuales,—el amor, el matrimonio, la paternidad, el adulterio—(campo inmenso, fuerza es reconocerlo, para el dramaturgo como para el novelista); comprendiendo que veía en esos problemas su relación estrechísima con el derecho y la moral, es extraño comprobar la timidez que á veces paraliza su pluma y la flexibilidad con que se adapta á las preocupaciones, en vez de cogerlas por las astas y hacer que rindan el testuz. No pudo Dumas ser un Calderón ni un Lope, ni siquiera un Echegaray, un español de ahora, en cuanto á proponer soluciones rigoristas para las faltas de la mujer; pero no vacilo en afirmar que si nace dos siglos antes ó nace hoy en España, sería de los más sanguinarios «médicos de la honra». Recuérdense las discusiones con motivo de *La mujer de Claudio;* recuérdese el «¡Mátala!» tan debatido; recuérdese el desenlace de *La mujer de Claudio* y de *Diana de Lys.* Descubrimos así el flaco del moralista, y comprobamos la profunda exactitud de la afirmación de Brunetière, de que el talento y el atrevimiento de Dumas hijo estaban cohibidos por el deseo de agradar al público, de no ponerse con él sino en esa contradicción aparente y superficial, que es un elemento más de interés para la obra.

Hay una cuestión social que es la piedra de toque de los entendimientos en nuestros días, y prueba de la buena ley de los pensadores: la cuestión de la mujer. Cuestión en su esencia sencillísima, y, á no interponerse una balumba de preocupaciones y errores viejos, fácil de resolver; mas como sólo las inteligencias claras saben apartar esa balumba, la

mayoría se enreda y tropieza ahí, empeñándose en mirar únicamente lo que diferencia á los dos sexos, no lo que tienen de comun ante el derecho y la razón. Yo creo que Dumas sabía ver; yo creo que en su interior había prescindido de la consabida balumba. En varios pasajes de sus escritos polémicos y en varias escenas de sus obras (á vuelta de contradicciones), apunta el convencimiento de que los problemas de la relación sexual, la supuesta lucha entre el varón y la hembra, podrían modificarse favorablemente por la equidad, si el hombre elevase á su compañera, y la otorgase derechos iguales á los que él disfruta. De aquí su conocida defensa del voto de las mujeres, y su humorística respuesta á la objeción de que al votar perderían sus encantos: «No haya miedo; ellas sabrán votar con gracia.» La prueba de la verdadera opinión de Dumas respecto á la mujer, de su total radicalismo, encontróse en sus papeles después de muerto. Al idear *La Extranjera,* su primer propósito había sido llegar al extremo de que la misma Princesa, la mujer honrada, digna, altiva, intachable, matase á su marido, con igual derecho y por las mismas razones que tuvo Claudio para probar en su mujer el fusil de nueva invención. «Si á pesar de tu virtud, de tu paciencia y de tu bondad, te engaña la perfidia; si has asociado tu vida á una criatura indigna de ti; si no queriendo escucharte ni como esposo, ni como padre, ni como amigo, ni como dueño.... te limita en tu movimiento humano y en tu acción divina....; si la ley que se ha abrogado el derecho de unir se declara impotente para desligar, declárate, en nombre de Dios, juez y verdugo de esa criatura.... Mátala.»

Esto que Dumas se atrevió á aconsejar al marido, no tuvo valor ante el público—aunque lo pensase—para decírselo á la esposa. Ni aun se resolvió en *Francillon* á presentar cumplidas las represalias femeninas, contra la infidelidad y deslealtad del hombre. Mal podría el dramaturgo ser á la vez el riguroso moralista, el lógico implacable; detrás de él está la convención teatral, y si es tan ducho en el oficio y tan conocedor de

las exigencias de *la fiera* como Dumas hijo, siempre atenderá en primer término á salvar la obra, no cargándola mayor lastre del que pueda sufrir sin irse á pique. A este instinto y olfato de Dumas responden los folletos explicativos, los comentarios, los prólogos de combate. Libre del recelo que infunden las tablas, no sólo exponía en ellos lo más arriesgado de la tesis, sino que la defendía y apoyaba con dialéctica no siempre segura. Algunas de sus mejores tesis, como la del trabajo y la energía para rehacer la vida nacional, las echó á perder la afectación y el obscuro misticismo con que mezcló verdades tan evidentes, y el melodramático empeño de ver doquiera espías y traidores—aprensión que debía de flotar en el aire patrio, y cuyos efectos hemos conocido en el extraño asunto Dreyfus.—No puede negarse que, así en esta materia como en lo que se relaciona con el divorcio, el teatro y los escritos de Dumas pesaron en la opinión, ejerciendo verdadera acción social y contribuyendo al planteamiento de leyes y al desarrollo de la política: mérito que Dumas estimaría más que ninguno, dadas sus aspiraciones éticas, sinceras, aunque á veces cohibidas por la táctica y la estrategia del *hombre de teatro*.

Es frecuente que al presentarse un autor ante la posteridad —y ya vamos dejando de ser contemporáneos de Dumas hijo —pierda en gloria por aquello mismo que un día le ganó aplausos de su generación. La condición de moralista y de moralista revolucionario (á medias, ya lo sabemos, pero no suele hilar tan delgado el público), fue causa poderosa de la nombradía del teatro de Dumas cuando la literatura pasaba del realismo á la socialidad, y si ya se pedía cierta verdad y el estudio de la vida actual, se exigía también la enseñanza deducida de este estudio. Antes de estrenarse una obra de Dumas, creaba atmósfera de ardiente curiosidad; después, de polémica encarnizada. París encontraba en Dumas hijo, no sólo la emoción, no sólo el ingenio, sino el latigazo intelectual, el tema favorito de conversación. Quizás lo que menos se apreciaba en Dumas era el elemento literario, y tampoco él

sobresalió por la belleza del estilo, la riqueza y propiedad del lenguaje, la sinceridad y verosimilitud del diálogo. Estos méritos, que á la larga forman y consolidan la reputación de un Molière, así como el análisis profundo de las pasiones la de un Racine,—que convierten al escritor de moda en el clásico indiscutido,—le faltaban. Dumas, leído, pierde mucho. Se resiente de hinchazón y alambicamiento. Sus tesis parecen viejas y retocadas. La predicación desnaturalizó el diálogo. Quien predica tiene que extenderse, y para que se toleren los sermones ha de forzar el ingenio y poner en tortura la frase, obteniendo á toda costa chisporroteo, el *esprit*, esa salsa rosa de la cocina francesa, bajo la cual no se distingue si es carne ó pescado la obra.

Con todo esto, fue inmensa la fama de Dumas hijo, y reinó sobre la escena por cima de Augier y de Sardou. La mujer estuvo de su parte, porque al fin, aunque feminista restrictivo y contradictorio, era un feminista, y hasta creo que el inventor de esta palabra; y el público, hecho á tratar á Dumas padre como á un niño y á un mala cabeza simpático, respetó al hijo, convirtiéndole en una especie de semidiós. No sé qué fundamento tendrían ciertas leyendas corrientes en París acerca de la infatuación y engreimiento de Dumas hijo; entre otras, se refería la historia de una joven polaca, venida de Varsovia sólo á conocer á Dumas, á tener la dicha de verle la cara, y á quien el dramaturgo puso por condición, para lograr tanto bien, que le serviría de rodillas el almuerzo. Supongamos que sea una invención (al menos que lo parece); de todos modos, indica el grado de apoteosis á que Alejandro Dumas hijo se vió elevado en vida.

Con razón se ha dicho que los tiempos venideros serían duros para él. Duros, sí, pero... relativamente. Si no podemos saludar en Dumas hijo á Molière y Montaigne reunidos — la doble personalidad á que aspiraba — no le negaremos, como autor dramático, la destreza, fuerza y el don de llevar al público á fijarse en graves problemas, y como pensador, el se-

rio propósito de plantearlos con novedad y resolverlos con altura, más que dentro de la belleza, en los límites de la verdad. En este respecto, el teatro de Alejandro Dumas hijo es documento inestimable para conocer lo que preocupaba, entre 1845 y 1875, á la gran nación francesa, cuyas preocupaciones se transmiten, como ondas del agua, cuando cae en ella la piedra, al mundo civilizado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

VICTORIA, REINA DE LA GRAN BRETAÑA

EMPERATRIZ DE LAS INDIAS

Las apoteosis de la muerte en la fiebre de publicidad acelerada que sufre el mundo, liban un átomo de miel de cada flor sin agotar ningún cáliz. Es verdad que la tarea es difícil; que el reinado de la gran Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de la India, Victoria I, ocupa los dos tercios del siglo que tras sí la ha arrastrado á la tumba; y que esos dos tercios de siglo que ha ocupado el trono, representan el cambio de aquella Monarquía en Imperio, la transformación de su antiguo gobierno oligárquico en democrático, la ascensión de cuarta á primera nación colonial en Europa y en el mundo, y su constitución en primera nación naval y comercial de todo el planeta, con los aditamentos de los grandes prestigios políticos que interior y exteriormente han dirigido sus destinos, de los grandes prestigios militares que le han conquistado millares de millares de kilómetros de territorios en todos los términos del planeta y centenares de millones de súbditos de todas las progenies y hablas humanas, y de los grandes prestigios de la inteligencia que han elevado al último grado conocido de la perfección los progresos de su industria, el gusto refinado de sus artes y las alas colosales de su pensamiento científico y literario. ¿Hubo en la Reina Victoria espíritu de iniciativa suficiente para ser ya la palanca, ya el timón de todo este maravilloso movimiento? Indudablemente este potente impulso, que se ha realizado en esos dos últimos tercios del siglo XIX en

Inglaterra, por entero emana del vigoroso espíritu de la nación británica en sus clases dirigentes; pero la Reina Victoria fue capaz de entenderlo y realizarlo, y en su nombre augusto toda su grandeza se simboliza. El reinado de la Reina Victoria ha eclipsado toda la Historia de las Coronas que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña. La leyenda de su Imperio supera á todas las leyendas de los siglos y no admite competencia. Su figura no se disipará jamás en la niebla de los siglos.

En lo que personalmente toca á la Reina Victoria en estos portentosos engrandecimientos, hay que observar bien cómo se la educó para el trono enmedio de aquella familia de neuróticos y desequilibrados que constituyeron la numerosa prole del ochentón Jorge III, que también reinó otros sesenta años desde 1760, y cuyos primeros hijos no alcanzaron la dicha de la sucesión conyugal. La leyenda de Mac Gharty y el lienzo de Winterhaller en la presentación del Arzobispo de Canterbury, el Dr. Howley, lord Chamberlain y el Marqués de Conyngham, en la madrugada del 20 de Junio de 1837 en el Palacio de Kensigton á notificar á la virginal y púdica *rosita de Kent* la muerte del Rey Guillermo IV y su ascensión al Trono, enmedio de su propia realidad, ha tomado un tinte como de fábula en la sorpresa. La hija del Duque de Kent esperaba dignamente aquel momento, de cuya inevitable situación tenía de mucho tiempo atrás formada la conciencia. ¿No se refirió esto entre las cándidas anécdotas con que fue ilustrada en el palenque de la opinión pública su aplaudida coronación? A la muerte de Jorge IV, acaecida el 26 de Junio de 1830, Guillermo IV, su hermano y sucesor, cuidándose de esto, pidió á la Duquesa de Kent, Luisa Victoria de Sajonia Coburgo Saalfeld, noticia de su sobrina, que sólo tenía once años y que ya se consideraba heredera presuntiva del solio por la esterilidad del tálamo de sus tíos, que habían reinado, y la Duquesa le contestaba: «Nuestra Victoria crece, se hace robusta y hermosa y despliega mucho genio en todo lo que emprende.» Mas cuando así le escribía, ya en el Palacio que

Guillermo III compró en 1690 á lord Nottingham y que posteriormente engrandecieron la Reina Ana y sus sucesores, se había tanteado en este asunto el alma de aquella joven precoz de naturales talentos que, cuando apenas aprendía á pronunciar bien las palabras, ya había disputado con el Duque de York, á quien llamaba *papá*, por su parecido con el Duque de Kent, su padre, si para dar las gracias cuando se recibía algún obsequio, se había de decir: *Thank-ye* ó *for them*, como quería el Duque, ó *Y thank you*, como ella conceptuaba más delicado.

Un escritor palatino de aquel tiempo describe la siguiente escena en el palacio de Kesington, cuando se tuvo en él noticia de la gravedad en que se hallaba Jorge IV, próximo á la agonía. Actores de ella fueron la Duquesa de Kent, la joven Princesa Victoria y su aya la Baronesa de Lehzen. Hacíanse entre el aya y la pupila lectura y ejercicios de Historia, y se leyó un párrafo que trataba de la línea de sucesión á la corona, ofrecido de intento á la real discípula. Acudió la Princesa á la tabla genealógica, su constante compañera en los estudios históricos, y después de haber meditado algún rato, dijo á su aya: — *En caso de morir el Rey, mi tío, ¿quien será el heredero presuntivo del cetro?*—Eludió la Baronesa la pregunta respondiendo: — *El Duque de Clarence sucede después de la muerte del Rey actual.*—Y la Princesa arguyó: — *Sí, ya lo sé, ¿pero quién sucede al Duque de Clarence?*—El aya conoció el objeto de la pregunta, dudó un momento y luego contestó: — *Princesa, teneis muchos tíos.*—Turbóse entonces la niña; ruborizósele el rostro; mas con tono serio repuso: — *Es verdad que tengo muchos tíos, pero en esta tabla observo que mi padre era el mayor después del de Clarence, mi tío; y me parece, según lo que acabo de leer, que después de muertos el Rey actual y el Duque, yo seré la Reina de Inylaterra.*—La Baronesa escondió su mirada en la mirada de la Duquesa de Kent y se redujo al silencio; mas la madre augusta, después de un rato de reflexión, dirigiéndose á su tierna hija le dijo: — *Fijas mis miradas en lo futuro, querida hija mía, mantengo la esperanza de*

que vuestra amada tía, la Duquesa de Clarence, tendrá todavía hijos; pero si fuese la voluntad de Dios que esto no sucediese, y que sobreviviéseis á la época lejana, según espero, en que deba terminar la vida de vuestro venerado soberano y la del Duque de Clarence, ciertamente, en virtud de las leyes de nuestro país, le sucederíais sin oposición. Si tal suceso, hoy demasiado remoto é incierto para ocuparme de él con otro fin que el de redoblar mis esfuerzos para formar vuestro corazón y vuestra inteligencia de una manera digna de tan elevado destino; si tal suceso ha de verificarse, no me queda sino pedir al cielo que hagais la ventura de vuestra patria y que seais digna del trono que sois llamada á ocupar.—Aquella escena terminó en abrazos efusivos y lágrimas hondas. Desde aquel día en el rostro de la joven Princesa, la natural gravedad que ya lo dibujaba, añadió una línea más de gravedad á su cándido perfil, sin que esta línea denotara interior fatuidad ni frívola delectación. Y como á poco Jorge IV murió, y el Duque de Clarence subió al solio bajo el nombre de Guillermo IV, empezó para la Princesa un nuevo régimen en la dirección de su educación moral, social, intelectual y política, teniendo en cuenta lo efectivamente precioso de sus facultades y lo interesante de sus observaciones llenas de juicio y curiosidad.

Bajo la educación inmediata de su madre, que, así como no había consentido que el pecho de ninguna otra nodriza que el suyo propio la nutriera en la infancia, había procurado que las primeras ideas que se imprimieran en su alma, y los primeros latidos que vivificasen su corazón, les fueran comunicados bajo su inspección continua por ayas y maestros de su absoluta elección, aquella precoz Princesa á los once años de su edad hablaba con facilidad y elegancia casi todos los idiomas europeos modernos y en los antiguos y clásicos, leía y entendía bien cualquier pasaje de Virgilio y Horacio, y recitaba las oraciones y los salmos de su culto. Sus adelantos en matemáticas y geografía eran notables, correspondiendo á la lucidez de sus talentos sus nociones sobre la Biblia, su instrucción

profunda sobre la Historia y su segura inteligencia sobre la Constitución inglesa. Adornaba ya su espíritu con sus progresos en la música, como si en ella se desplegara el genio hereditario de familia, y aunque adquirió desde tan temprana edad el gusto predilecto de las obras de Haydn, Händel, Beethoven y Pergolesi, cuyas composiciones ligeras cantaba al piano con dulce voz, un día que el Rey Jorge IV la invitó al real sitio para recrearse en sus infantiles encantos, después de haber examinado sus tempranas habilidades artísticas le dijo:—*Ahora la orquesta, que está prevenida en esta otra sala, tocará lo que más os guste. ¿Qué mandais?*—Ella repuso: —*¡Oh, Rey y tío mío, nada me gusta como el God save the King.*—Mas si el reverendo Jorge Davys, el calígrafo Steward, el maestro Juan Bautista Sale y los demás profesores encargados de despertar y adornar su entendimiento, habían ya obtenido, al cumplir la Princesa once años, los resultados que van referidos, en todos estos ramos de los conocimientos, al pintor Westall cabía otro género de satisfacciones, porque la fama de los progresos de su tierna discípula en el dibujo fue tal, que los Lores de la pairia y los opulentos de la fortuna se disputaban el honor de poseer algún borrón de la Princesa, que siempre se remitían á los *Bazares caritativos* para que sirvieran de óbolo cuantioso á las obras de la Beneficencia.

Declarada en 1830, después de la muerte de Jorge IV, heredera presunta del trono, la base fundamental de la educación recibida y de que fueron ejes la Duquesa de Kent, su madre, el Deán de Chester y la Baronesa de Lehzen, fue necesario ampliarla, á instancias del Rey Guillermo IV, á fin de familiarizarla con los grandes objetos que sostenían el régimen de la Monarquía y los intereses fundamentales de la nación. Diputado Lord Grey para indicar á la Duquesa de Kent la conveniencia de dar más carácter al director espiritual de la Princesa y proponerle para este cargo al Obispo de Lincoln, la Duquesa contestó:—*¿Y por qué no elevar al Reverendo Davys á una dignidad de la Iglesia?*—En el acto fue promovido al

Deanato de Chester. Lord Grey, como primer Ministro, también intervino para hacer aceptar á la Duquesa de Northumberland las funciones de aya, sin crear incompatibilidad alguna con las que con el mismo nombre ejercía la Baronesa Lehzen. La hermosa Duquesa fue una amiga más que una maestra de la Princesa, y empeñando en pasatiempos, al parecer frívolos, la aplicación de su discípula, con el juego de sus ciento treinta y dos muñecas, condecorada cada una con el nombre de los personajes más importantes que rodeaban el trono ó frecuentaban la morada real, la inició en los detalles más nimios de la complicada etiqueta secular de la Corte más medioeval en las prácticas que aún subsiste en el Universo. Mas la parte principal de las alteraciones que se introdujeron en los métodos de la educación de la *blanca rosita de Kent*, fueron los viajes, cuyo séntido esencial era su instrucción visual y práctica sobre todos los elementos constitutivos de la patria economía. Hasta entonces la Princesa Victoria, en la infancia todavía, no había gozado más viajes que los que cada año verificaba con la Duquesa, su madre, á los baños de Ramsgate y Tumbridge, y durante la rigorosa estación del verano, algunos días de expansivo hospedaje en el palacio de Windsor. Desde su primera expedición á Malvern, después de la elevación de Guillermo IV al trono, sus viajes tuvieron más publicidad y más pompa. La primera ciudad que la Duquesa de Kent le hizo visitar fue Birmingham, la ciudad floreciente de las grandes manufacturas, y al desfilar lenta y reflexivamente por cada una de sus principales fábricas, se observaba el vigor de su atención y se recogían sus discretas observaciones. Las operaciones para soplar el cristal y para batir moneda, le produjeron verdadero deleite. Durante las diez semanas en que residieron en Malvern las augustas Princesas, fueron por ellas visitadas las fábricas de porcelana de Vorcetten, y luego las ciudades de Hereford y de Cheltenham, así como de regreso á Londres, fueron deteniéndose en Glocester, Clifton, Bath, Devizers, Salisbury, Southampton y Porsmouth, en cuyo puerto

visitaron el yacht real *Jorge*, el navío de guerra *San Vicente*, y todos los departamentos del Arsenal.

En el verano de 1832, la expedición de las excelsas viajeras se dirigió á la isla de Anglescy, al Norte del Principado de Gales, donde hicieron una larga residencia. Del palacio de Kensington se salió el miércoles primero de Agosto y el lunes siguiente se llegó á la meta proyectada, después de haber descansado por el camino en Powis-Castle y en Wynastay-Park. Por el puente de Menai se penetró en la isla y millares de personas esperaron su arribo á Beaumaris. A la tercera semana de su instalación en la mansión de Bulkeley, teniendo á su disposición el yacht *Esmeralda,* comenzaron las visitas por el pueblo y palacio de Canarvon, cuna del infortunado Eduardo II. El cumpleaños de la Duquesa, madre, lo celebraron en Bangor. Pasaron luego á Plas-Newild, residencia del Marqués de Anglesey, de quien fueron huéspedes muy festejados algunos días, y otra vez retrocedieron á Beaumaris para asistir en Baron-Hill, hermoso palacio de Sir Ricardo Bulkeley, á la fiesta nacional de la música, á que la Princesa era tan aficionada, y de quien los jóvenes laureados ambicionaban recibir sus premios. Después se verificó el paseo por los condados del interior, promoviendo esta determinación, en alto grado, el entusiasmo en todo el país de Gales. Al mediar Octubre, se hallaban la Duquesa y su hija Victoria en Exton-Hall cerca de Chester después de haberse detenido tres días en la magnífica posesión del Marqués de Westminster, en cuyo tiempo asistió la Princesa á la inauguración de un nuevo puente sobre el Dée, de haber sido madrina de una hija de los Marqueses de Grosvenor, que recibió el nombre de la Princesa, y de haber presenciado un interesante tiro al blanco en la hacienda del Marqués. De allí pasaron á Chatsworth, á visitar sus grandes manufacturas de algodón. Tras una jornada pintoresca llegaron á Shugborough, atravesando los paisajes encantadores de Derby y Stafford, y hospedados en Shugborough-Park por el Conde de Liechfield, revistó el *yeomanry*

de Stafford, cuya milicia campestre la aclamó frenéticamente. Dos días después eran soberanamente recibidas las regias viajeras por el Conde de Liverpool, en Pitchford-Hall, donde esperaba su llegada una escogida corte de la nobleza del país, entre la que las damas Jenkinson de tal modo se captaron, con sus amabilidades, las simpatías de la Princesa Victoria en la caza de zorras con los perros Shropshire, que aquella amistad no fue ya jamás interrumpida por la elevación al solio. El palacio del Conde de Powis en el camino de Walcot, la mansión de Oakley-Park, donde se hallaban el honorable Robert y Lady Harriet Clive, y las del Conde de Plymouth en Hewell-Grange, y de los Condes de Abington en Wytham-Park, fueron otras tantas estaciones de la excursión elegante de las augustas viajeras, que en todas partes recibieron los sinceros homenajes de una adhesión elocuentemente significada por los tributos del entusiasmo que por donde quiera se les rendían. En Oxford no se limitaron á visitar su célebre Universidad, sino que se prestaron á presidir el acto académico en que Sir John Conroy recibió el grado de doctor en Derecho. Los alumnos de la sabia escuela, con el Consejo de la villa, los bibliotecarios de Bodlei y Radcliffe, y los alumnos de los colegios anexos á la Universidad, obsequiaron con flores y versos á la Princesa Victoria, *el ídolo tierno de la multitud en éxtasis,* y el regreso á Kensington fue nutrido de los recuerdos más agradables. La Princesa, que había de ser Reina, así se daba á conocer á los que habían de ser sus súbditos entre el tumulto de la alta vida social que compone la asociación del trono, de las costumbres elegantes, de los placeres populares, de la animación bulliciosa de las aulas y talleres, de las magnificencias del culto y de las maravillas de la naturaleza, y todos estos elementos hablaban al alma de la joven heredera de la corona, aquel lenguaje que despierta el espíritu á la múltiple y estrecha religión de los deberes que impone un magisterio tan elevado como el del cetro.

En Kensington la esperaba el capitán Back, que solicitaba

tributarle los homenajes de su devoción antes de partir en busca del capitán Ross, cuya suerte, á la sazón, llenaba de ansiedad y angustia á toda Inglaterra; y para que entretuviera sus ocios Montgomery Martín se le presentaba á ofrecerle un ejemplar de su *Historia de las Colonias inglesas*. Todavía no se había repuesto de su expedición al país de Gales, y ya la mansión acordada para el verano de 1833 en Norris Castle, en la isla de Wight, proporcionó á la Duquesa de Kent la ocasión de enseñar á su hija una parte de la costa meridional, conducidas á bordo del yacht *Esmeralda* hasta Plymouth. En Weymond desembarcaron para visitar en Melbury al Conde de Ylchester. La estancia en Plymouth se prolongó algunos días. La Princesa quedó encantada de su visita al Arsenal de Devonport, donde su presencia fue motivo de grande alborozo para el gran número de oficiales de mar y tierra que formaban aquel depósito. La Princesa regaló una bandera al regimiento núm. 89, que produjo una interesante fiesta militar que se prolongó durante sus visitas al faro de Eddystone y á las grandiosas obras del tajamar que dirigía el ingeniero Stuart. Otra vez á bordo de la *Esmeralda* prosiguieron su navegación hasta Darmouth, y desde allí, atravesando por tierra Torquay, Teigmouth, Davolisth, Exeter, Honiton y Warcham, se llegó á Sovanage, donde de nuevo zarpó hasta llegar al palacio de Norris en East-Cowes. En una de las frecuentes excursiones á Portsmouth, la Princesa por vez primera presidió el lanzamiento de un hermoso bergantin, el *Corredor*, al agua. Le acompañaba la Duquesa de Northumberland y con ella pasó á bordo del navío de la Marina militar *Victoria*, y después de una inspección minuciosa de todos sus departamentos, entretuvo gallardamente á la oficialidad con la gloriosa recordación de Nelson. El giro de la conversación recayó en la historia naval de su país, y allí cautivó la admiración y el encanto de la numerosa oficialidad que la rodeaba. Hasta á la marinería tocó su nota especial de júbilo en aquella visita. Terminada la inspección del buque, sentáronse las excelsas damas, como al azar, en una

de las mesas de marineros y pidieron que la comida destinada á los de aquella sección se les sirviera en su presencia. La Princesa Victoria, la Duquesa de Kent, su madre, y la de Northumberland, con las demás damas de su comitiva, en aquella mesa comieron vaca con patatas, servida en platos de madera, con tenedores y cuchillos usados de la tripulación, y en ella y en los vasos de la marinería bebieron el *grog*. El entusiasmo de la gente de mar llegó al frenesí: los *hurras* no tuvieron término. Así se iniciaba la futura Reina Victoria, á bordo de la *Victoria*, en la familiaridad militar de la primera fuerza en que se asienta el poder de la Gran Bretaña. Esta escena se repitió pocos días después en Spithead visitando otro navío de guerra: la *Vestal*.

Cuando ocurrió la muerte de Guillermo IV, por la que fue reclamada al trono, todavía la Duquesa de Kent continuaba con su hija aquel sistema de educación que entonces se empleaba en la visita á las escuelas de la infancia. En realidad, este sistema, tan tenazmente proseguido, ¿constituye un verdadero sistema de educación para el que un día necesariamente ha de ascender á los altos deberes soberanos? Ciertamente no es un método inicial, pero sí su complemento. El fondo doctrinal y técnico la Princesa ya le poseía. Aún le quedaba otro grado último: el de la práctica; pero este grado sólo puede adquirirse en el trono. La Reina Victoria también lo adquirió bajo los auspicios de ilustres maestros, de tal manera que desde su primera infancia hasta la muerte casi simultánea, ó al menos en un mismo año, de su madre y mentora, la Duquesa de Kent, y de su esposo y mentor, el Príncipe Alberto, en 1861, puede decirse que la gran Soberana de Inglaterra sólo fue elevándose de grado en grado á la suma maestría de una constante educación. En el pecho y en el regazo maternal de la Duquesa Luisa Victoria de Coburgo mamó el espíritu de gravedad y rectitud que constituyeron sus primeras líneas desde la infancia; el fino tacto y la religiosa integridad de sus dos Ayas la Duquesa de Northumberland y la Baronesa

de Lehzen; la extremada lealtad de las ingenuas determinaciones de su primer Ministro el Vizconde de Melbourne; la suma discreción y prudencia de sus actos del Príncipe consorte. Todos fueron sus maestros, sus únicos consultores internos mientras vivieron: cuando sin ellos, arrebatados por la muerte, se manejó exclusivamente por sí, pudo ser maestra de sus maestros. Y aunque en su propia naturaleza se hagan radicar las grandes líneas del carácter que la individualiza en el trono, hay que reconocer que todas sus ingénitas virtudes se acrisolaron en el yunque prolongado de su educación tan sabiamente dirigida y tan útilmente aprovechada. Dice bien el publicista belga que escribe: «*Les vertus sur le trône etaient preparées par une education severe et une intelligence remarquable.*»

Pero si en la Reina Victoria el genio no encendió sus antorchas, y el misterio de su grandeza positiva radica en el fondo de su acertada y aprovechada educación, el cuadro que de los procedimientos que para perfeccionarla se emplearon, principalmente desde la muerte de Jorge IV, basta para desvanecer toda la fábula de la sorpresa que emana de la narrativa de Mac-Gharty y del cuadro de Vinterhaller relativo á la madrugada del 20 de Junio de 1837. La historia verdad, la historia humana, sólo atestigua que la Princesa tardó en presentarse; que se presentó en traje íntimo y no preparado para el teatro de la ocasión, y que apareció con los ojos hinchados de llorar. Estas lágrimas, de aquella madrugada solemne, todavía no explicadas; estas lágrimas arrancadas tal vez por la lucha y la resistencia, sólo se sabe que las engarzó en oro en su bello canto tétrico *Victoria's Tears,* Mistress Browning, una de las insignes poetisas, que con Jorgina Elliot, Carlota Bronte y Harriat Martineau, han sido las Safo de este siglo en la Gran Bretaña. Otro cuadro hay también de aquellas horas supremas, en que el pincel del artista ha tratado de borrar la verdad: el del pintor Sir David Wilkie, que representa la reunión del Consejo privado en Kinsington Palace, á las

once de la mañana del mismo día 21 de Junio. Wilkie viste en él de blanco á la joven Princesa, aun no proclamada Reina. La verdad histórica certifica que la atribulada Victoria se presentó vestida de negro, conducida de la mano por el Duque de Sussex. Estos detalles no son nimios y sus mistificaciones son ridículas. Todas las meticulosidades, todas las resistencias de aquel momento por parte de la heredera irrevocable, se confunden con los austeros sentimientos que en su espíritu imponía la conciencia de su responsabilidad en los deberes que iba á contraer. Estas dudas y estas resistencias engrandecen, en vez de empequeñecer, el concepto de su alta penetración y el concepto de su alta escrupulosidad. ¡Subir á un trono no es sólo ostentar en la frente una corona de brillantes irradiaciones! El principio de las grandezas del alma de la Reina Victoria, tal vez se revela en las indecisiones de aquel momento ante la pesadumbre de la responsabilidad.

¿Debe suponerse que la Reina Victoria, al ser llamada al solio, tenía una perfecta noción de la situación y del momento crítico por que atravesaba el país que estaba destinada á gobernar? Después de las guerras napoleónicas, la opinión, desorientada en la incertidumbre del porvenir que ofrecía la profunda transformación que ya se había iniciado en el modo de ser social y político de la nación británica, dejó al legado de la Historia el desfavorable concepto que como sanción última aún se tiene de los tres reinados que precedieron al de la dulce doncella de Kent, y todavía la censura subsiste, sin que la crítica posterior, que abarca mejor la razón de las cosas pasadas, porque puede penetrar más ampliamente las causas, los efectos y las consecuencias, cuyo conjunto nunca está al alcance de los más perspicaces estadistas, haya modificado sus adversas sentencias. Cuando el espectáculo de la revolución francesa hirió el cerebro de Inglaterra; cuando en la reacción la espada de Bonaparte alarmó hasta su seguridad, la Gran Bretaña, considerada casi como un Estado de segundo orden, inferior á España, á Portugal, á Holanda en colonias, todavía muy

lejos de ser por sus escuadras la dueña y árbitra de los mares, y ni aun siquiera pudiendo envanecerse de haber empuñado la balanza de la industria y del comercio del mundo, y mucho menos de ser la reguladora absoluta del numerario, del crédito y de la fortuna del universo, á pesar de sus seculares instituciones parlamentarias, vegetaba empotrada en el marco estrecho y despolítico de la dirección política que le imprimía su vieja aristocracia. Verdad es que en la prueba del acierto, en que la habilidad se sumó con la dura imposición de la sangre y el fuego, la aristocracia dirigente del país casi se olvidó de sí misma para sólo entregarse á las imperiosas exigencias del Estado y la patria. Verdad es que se hizo experimentar al país costosos sacrificios; pero todos los problemas los dominó con acierto y con fortuna, y la primera parte de la lucha de William Pitt con la revolución regicida, y la segunda parte de la continuada de Lord Addington contra los trastornos geográficos, las ambiciones insaciables y las invasiones atrevidas de Napoleón, pusieron á aquella elevada clase social, en quien secularmente residía la influencia y la dirección de la política y del poder británico, en el yunque de los admirables servicios á que la Gran Bretaña debe, después de la pérdida de sus colonias americanas, el principio del engrandecimiento de su poder y de la dilatación portentosa de su Imperio.

Una nación que al empezar el siglo tenía en Europa una población menor que la de Francia, Austria y Rusia, cuyos recursos militares eran infinitamente inferiores á los de estas tres potencias y aun á los mismos de España, Prusia y otras del Norte, y que aun en los mismos mares malamente hubiera podido sostener la competencia con Francia, España, Dinamarca y Holanda, tuvo en aquel momento supremo el instinto de su posición; y aunque la menos amenazada por su propio aislamiento, cercada del foso insondable de sus mares, ni de la invasión de las ideas ni de la invasión de los ejércitos revolucionarios, tomó parte principal en las alianzas del continente, más que para defender los derechos institucionales en que

se fundaba su constitución política, comprendiendo que su participación en los asuntos del continente le era necesaria, tanto para salvarse de la crisis común, como para fomentar súbitamente su industria y su comercio, de que su prosperidad dependía, y aun su propia libertad é independencia. Honró infinitamente á la oligarquía aristocrática de la Gran Bretaña haber mantenido tenaz su determinación, á pesar de los sacrificios que entrañaba. Pero aunque para mantener esta determinación hubo que adoptar durísimas medidas para tripular la armada enorme con que Inglaterra barrió los mares de sus rivales todas; aunque la deuda pública adquirió proporciones colosales, y hubo que imponer sobre el país gravámenes y tributos sin precedentes; aunque se tocaron los linderos de la inopia, de la necesidad, del hambre, su claro instinto le señaló, como ventajas de una utilidad permanente, la libertad en que se le dejaba para extender su influencia, su poder ó su dominio sin estorbos en Asia, en África, en América, en la Oceanía, mientras en España, Francia y Alemania se libraban las cruentas batallas en que, ya dentro de sí mismas ó ya unas contra otras, se devoraban, socavando los cimientos de sus respectivos Imperios. Las potencias continentales, como Sidney Low escribe, se hallaban demasiado ocupadas para impedir la acción de Inglaterra en todas las demás partes del mundo. De esta manera sus procónsules acabaron de sojuzgar la India, sus colonos arraigaron en la Australia, Holanda tuvo que cederle el África del Sur; y si en la América española, por ella insurreccionada, no tomó posiciones continentales, que entonces ninguno de los rebeldes de España le hubiera regateado, debióse á circunstancias y ofuscamientos que le compelieron á aquella mal conllevada pero despótica moderación. De cualquier modo, su predominio en los mares se había hecho indisputable, robustecido por la posesión que había tomado de aquella serie de estaciones navales en torno de todo el globo, que imponía al planeta como una cintura de diamante de su poder. Con estas conquistas y el desarrollo que la industria adquirió

en sus grandes poblaciones, medio siglo después de Trafalgar ella era la única nación naval en Europa, y su marina mercante la única flota comercial en el mundo.

Mas lo que no alcanzaron en Inglaterra las alarmas sañudas de la revolución, ni las armas audaces de Bonaparte, lo logró en la paz, después de la victoria, la insinuante comunicación de las ideas, y el espíritu reformista de la revolución inoculóse en aquellas clases medias, á las que en los momentos de la lucha los gobiernos de la aristocracia histórica habían tenido necesidad de acudir para que, con los óbolos de la opulencia adquirida con el trabajo, ayudasen á desempeñar al Estado de los compromisos de honor y salvación que habían contraído ante el propio país, ante Europa y ante el mundo. De esta manera, desde 1815 hasta 1832, Inglaterra, interiormente, se vió envuelta en el palenque de las luchas de las reformas políticas, que no pudo concluir sin haber alcanzado la abolición de los privilegios seculares de la aristocracia y la emancipación de la clase de los industriales y de los comerciantes. A estas conquistas debían suceder, inmediatamente, y como complemento de ellas, la de las reformas del derecho electoral y las del derecho político de las confesiones que no se sumaban en el de los que profesaban la religión del Estado: y en esta contienda que había de absorber otros treinta y cinco años, tuvo que hacer su brillante aparición en la escena aquella interesante joven de diez y seis años, rodeada de los tempranos prestigios de la edad y del sexo, y de la virtud y de la discreción precoz, en quien desde el primer instante de su proclamación Inglaterra concentró todas sus esperanzas. Todavía vibran atronadoras en el ancho ámbito de los dos tercios del siglo en que el nombre augusto de la Reina Victoria se mece, las hermosas estrofas de la oda de Montgomery á la coronación, que, como el último canto de nuestro Núñez de Arce, *Sursum corda,* caía en el corazón de cada inglés como el himno supremo de la fe y de la esperanza. *El cetro, en manos de una virgen*—escribia el poeta—*el reinado de la belleza y*

de la juventud, siembran el contento en Inglaterra y le inspiran lealtad, fidelidad y amor. ¡Reina, VICTORIA, *reina sobre hombres libres que te ofrecen sus brazos y su corazón!... Islas y continentes, pueblos vecinos y lejanos obedecen tu voz. La estrella de la mañana y la de la noche señalan los puntos en que se hallan los límites de tu Imperio. ¡Reina,* VICTORIA, *reina sobre hombres libres! ¡Millones de seres cifran en ti sus esperanzas!.... Aquí, en el extranjero, en las naves, en las playas, óyense las bendiciones á ti y á los tuyos. No brilla ya el acero ni truena el cañón. El universo entero te aclama por* REINA DE LA PAZ. *¡Reina,* VICTORIA, *reina sobre hombres libres! ¡El Todopoderoso reine sobre ti!*

Realmente las prendas del Soberano no bastan para encender en antorchas de gloria los aciertos de un reinado. Se necesitan hombres, é Inglaterra debía parecer agotada después de acabar de producir un Pitt, un Fox, un Burke, un Sheridan, un Grey, un Canning, un Brougham. El nuevo reinado que se inició, á pesar de los arrebatos de la opinión, con la eterna lucha y las eternas intrigas de los partidos, y con la amenaza de la disminución del Imperio británico á causa de las insurrecciones del Canadá, para llenar los altos destinos á que estaba llamado, necesitaba de hombres proporcionados á la condición de tal Reina, y hay que reconocer que la Providencia, en todas las órbitas, así de la vida íntima como de la acción soberana, con mano pródiga la dotó de todos estos grandes instrumentos de colaboración. Los eslabones continuos de la brillante cadena que han formado en los dos tercios de siglo de tan gigante Imperio, después de haberlo llenado enteramente sin interrupción, todavía se suceden en el pleno poder de su existencia y aun dibujan nuevas fisonomías á las perspectivas del porvenir. Si al Vizconde de Melbourne no cupiera otra gloria que la del papel paternal que llenó al lado de su joven Soberana, no sólo para iniciarla en todo el complicado mecanismo de sus funciones majestáticas, sino para inculcarla aquella lealtad acerca de sus deberes constitucionales, que hizo

decir á John Bright:—«*La Reina es la mujer más sincera que se puede hallar*»; ésta sería bastante para legar su nombre perpetuamente á la gratitud de la Historia. Hirió Robert Peel el corazón de Victoria, ya tratando de obstruir su matrimonio con el Príncipe Alberto, á quien el nuevo Rey Eduardo VII, su hijo, con tanta razón ha aplicado el epíteto de *el Bueno,* ya arañándole los honores y las prerrogativas al hombre con quien ella había de compartir el alma enamorada, el tálamo y el cetro; hirióla cuando á ella misma, en la cuestión de las *Bedchamber Women,* trató de imponerle un freno irrespetuoso é injusto en prerrogativas que le eran debidas, hasta hacerla exclamar:—«*¡Yo demostraré que soy la Reina de Inglaterra!*»

Pero estos rencores no la movieron á prescindir de él en el primer ministerio del Estado, cuando sus talentos habían de ilustrar los altos intereses de Inglaterra. Palmerston más tarde intentó dirigir los intereses exteriores del Imperio á espaldas de la Soberana. Desnudóle del poder que le había otorgado, y cuando Palmerston capituló, la Reina le ofreció la reconciliación más afectuosa. Con mujer de tales prendas, no podían menos de adquirir en el ministerio del trono aquellos hombres ilustres que se han llamado ó se llaman Russel, Derby, Aberdeen, Lord Beaconsfield, Gladstone, Hartington, Salisbury, D'Hancourt, Rosebery, Chamberlain, el relieve con que en los sesenta y cuatro años de su reinado han conducido el Imperio británico al pasmoso engrandecimiento en que se encuentra constituído, y el prestigio de la Soberana á la mayor glorificación imaginable entre los hombres. Ellos comparten con la Reina Victoria los laureles de éxitos tan admirables.

Pero para lograrlos, ¡qué serie de luchas y qué serie de providencias para dominar problemas tan arduos! Durante los treinta y cinco primeros años, el gobierno casi fue patrimonio exclusivo de los hombres del partido liberal. El ansia de reformas parecía que hasta se respiraba en la atmósfera. Los

problemas fueron político-económicos, y la escuela de Manchester se imponía á todo, porque estaba favorecida por los industriales y comerciantes de las grandes ciudades. La doctrina, el programa de Cobden, el *laissez-faire* y el *laissez-paser*, que constituían sus principios, eran cánones de política y economía política, y la libertad del comercio como un principio de ética. Estos principios impusieron las reformas que entonces se realizaron. Al conservador Roberto Peel tocó, en 1846, suprimir los derechos de importación del trigo y adoptar el libre cambio como política fiscal de la Gran Bretaña. Después vino aquella larga serie de leyes nuevas, en cuya proposición la Cámara de los Comunes tomó los vuelos que hizo sobreponer su influjo á la otra Cámara señorial del Parlamento, y con las que se corrigieron los abusos del sistema de trabajo en las fábricas, se estableció el gobierno local propio de las ciudades, se remediaron las deficiencias de las leyes antiguas sobre el pauperismo, se simplificaron los procedimientos de los Tribunales civiles y se abrieron las puertas del Parlamento, las Universidades y las nóminas de los empleos públicos, á los hasta entonces excluídos de estos derechos por sus diferencias de fe con los que profesaban la de la Iglesia anglicana.

Fruto de toda esta gran evolución política y social fue la corriente de súbita prosperidad que inundó á Inglaterra. La elevación de los salarios cambió enteramente la condición doméstica del inmenso proletariado del trabajo. El ahorro creó cajas, bancos, nuevas instituciones de crédito, nuevas asociaciones de mutualidad, nuevos arbitrios de la abundancia. El vapor multiplicó todas las relaciones de la actividad humana. El país se cubrió de una red de ferrocarrilles. El mar se pobló de barcos. Los talleres palpitaron con una animación vertiginosa. La riqueza general avanzó, como Gladstone dice, *á saltos*. Y cuando en 1851 el Príncipe Alberto, copropulsor de todo este maravilloso movimiento, inauguró en el Palacio de cristal la primera Exposición Universal, á

cuyo concurso fue invitada toda la industria del mundo, Inglaterra pudo mostrar, ante el jurado de las naciones, la supremacía de su producción fabril y de su comercio con que se hacía pesar en la balanza económica del universo.

En aquel brillante período en que la política económica de la Gran Bretaña había impuesto el reinado de la paz en todas partes, no sólo hizo conocer la superioridad de su genio en la superioridad de sus adelantos sociales y en la superioridad de sus manufacturas, que exaltaban sus tejidos de algodón del Lancashire, sus tejidos de lana de Bradsford y de Leids, su cuchillería de Sheffield, su maquinaria de Birmingham y sus construcciones navales de Liverpool y de Glasgow. La misma superioridad rescataba al imperio de la inteligencia en la literatura, en las ciencias, en las artes, y de aquel gran ciclo aún se destacan los nombres modernos más eminentes, que dan la graduación suprema de la cultura á que se había llegado. Los poetas eran Tennyson, Browming y Ruyard Kiplings; los novelistas Carlos Dickens, Thakeray, Jorge Eliot, Carlos Reade, Carlota Bronté; los historiadores, filósofos y críticos, Macaulay, Grote, Carlyle, Herbert Spencer, Ruskin; á la alta esfera del arte pertenecieron Millais, Leigton, Rosetti. Darwin publica *El origen de las especies;* John Stuart Mill, su *Estudio sobre la libertad;* A. Spencer, los *Primeros principios*; Lyell, la *Antigüedad del hombre;* Huxley, el *Lugar del hombre en la Naturaleza;* Carlyle, su *Federico el Grande.* Estos nombres representaban que, así como Inglaterra bajo el cetro de la Reina Victoria había empuñado el cetro de la industria y del comercio en el mundo, ella también podía llevar en el mundo la suprema dirección de la inteligencia. Tiene razón Macaulay: «la Historia de Inglaterra en el siglo XIX es la historia de los progresos de la humanidad.»

Todas estas supremacías no podían menos de dar por última ecuación la conquista perseverante de la supremacía de su poder. Y en efecto: la era victoriana eclipsa en Inglaterra todas las eras gloriosas de su larga Monarquía. La simple

enumeración de sus empresas expansivas y de incorporación desde 1838, en que empezó la primera guerra del Afghanistan, hasta las que todavía, al morir la Reina Victoria, sostiene en el Africa del Sur, asombra y asusta. La primera guerra del Afghanistan duró hasta 1840, y ya los soldados de Allau Mac-Nab habían ahogado en sangre la formidable insurrección del Canadá. De 1841 es la primer campaña contra el cerrado imperio de la China: sus provechos fueron la adquisición de la isla de Hong-Kong y la apertura de los puertos del Cantón, Amay, Fu-Tchen, Ning-po y Sang-Hai, para su tráfico. La represión de los cipayos de las Indias ocupó sus armas de 1845 á 1846. Este mismo año emprendió la campaña contra los cafres.

Por más que las censuras de la emulación hayan acriminado el sentido moral de Inglaterra y sus procedimientos inhumanos, en la mayor parte de estas empresas, en que sucesivamente ha luchado con los árabes de la Palestina, los mahrattas del Natal, los sikhs del Peujab, los persas, los birmanos, los siameses, los mahoris de Nueva Zelanda, los achantis, los abisinios de Magdala, los basutos, los zulús de Cettiwayo, los matabeles y otros salvajes del Africa, y ha emprendido conquistas como las del Sudán, el Egipto, el Transwaal y el Orange, la verdad es que, como los conquistadores españoles del siglo XVI en América y en Asia, que en la punta de sus espadas llevaban las fuentes de la civilización, donde el cañón inglés ha resonado, donde la ambición británica ha realizado una conquista, allí la civilización y la libertad, diga Max Nordau lo que quiera, han erigido un altar.

A la mayor parte de estas empresas se las tilda de que no las inspiró, ni las consumó la justicia. Mas el resumen es que estas son, estas han sido y estas serán, mientras el hombre habite sobre el planeta, las únicas vías de la civilización. La Historia dirá, en definitiva, que bajo el reinado de Victoria primera, Inglaterra, que en 1837 constituía un Imperio que en el solar nacional sólo contaba 26 millones de habitan-

tes, y entre todas sus posesiones coloniales apenas llegaba á 100 millones, al morir esta augusta Soberana lo deja extendido por toda la extensión del globo en 28.119.500 kilómetros de territorio, habitado por 388.000.000 de almas; es decir, en un Imperio sólo inferior en extensión al de Rusia, y sólo inferior en población al de China; que sólo con sus posesiones de la India ha crecido desde 1837 en 275.000 millas cuadradas; que ha ocupado á Aden, fundado á Hong-Kong, tomado posesión de Wei-Hai-Wei, colonizado una parte de la isla de Borneo, ocupado 400.000 millas cuadradas enmedio de las inclemencias del Africa meridional; formado en el Africa oriental el principio de un Imperio que ya abarca 400.0000 kilómetros cuadrados de superficie; que en Chipre ha tomado otra nueva posición estratégica en el Mediterráneo, desde donde asegura la inmunidad de su ocupación del Egipto; que impone la ley á los sudaneses hasta más allá de la línea de Khartum y que protege el pensamiento de Cecil Rhodes de unir por los rails de un ferrocarril la futura confederación del Cabo con los pintorescos minaretes del Cairo. No hablemos de las escuadras, signo de la fuerza, con que mantiene los vínculos de Imperio tan disperso; sino de sus 24.000 buques, la mayor parte de vapor, y con arqueo de más de 10.000.000 de toneladas, que llevan con las promesas de la solidaridad humana el tráfico civilizador y comercial de Inglaterra por todos los mares que bañan costas de la tierra, y que hasta en las solitarias é inclementes nieves del Polo esculpen el nombre de su Reina Victoria.

Se duda de las aptitudes militares del país que en este siglo, enfrente del genio de Napoleón, opuso la sabiduría estratégica de Lord Wellington. ¡Qué demencia! De la escuela científico-militar de Wellington salieron Collin, Campbell, Havelock, Nicholson, Lawrance, Lord Raglan, Napier de Madgala, Stewart, Lord Robert, Lord Wolseley, Lord Kischener, todos ciencia, todos sagacidad, todos abnegación. También ellos brillan en el ciclo del reinado de Victoria I, engrandeciendo á

su patria en igual grado de colaboración que los grandes estadistas, los grandes economistas y los grandes sabios. ¿Qué hubieran sido sin ellos los sueños de Disraeli, las vindicaciones de Salisbury, los pensamientos en curso de Chamberlain y aun los grandes temores apocalípticos de Rosebery? Estos temores son previsión; pero Salisbury ha salido al encuentro de ellos cuando ha dicho: «*¡Inglaterra nada tiene qne temer por su Imperio mientras los ingleses estén unidos!*»—Y sobre la unión de los ingleses siempre equivaldrá á un verdadero apotegma lo que nuestro Marqués de Miraflores, desde la Embajada de Londres, escribía á nuestro Conde de Ofalia, Presidente del Consejo y Ministro de Estado, después de la coronación de la Reina Victoria en 1837, y á propósito de la rivalidad entre el Vizconde de Melbourne, jefe del Gobierno británico y del partido *wihgt* y Robert Peel, jefe del partido *tory*. — «*Los estadistas ingleses,* aquí son *wihgs* ó son *torys*, conforme les acomoda; pero en tratándose de los altos intereses de Inglaterra no son más que *ingleses.*» El imperio proclamado en 1777 en los campos de Delhi, y sancionado en 1797 en Londres por los representantes del Canadá y de la Australia, no flaqueará en sus cimientos, mientras vigoricen las fuerzas de la metrópoli los vínculos de esta unión.

La balanza del reinado de la Reina Victoria no es la vez primera que se hace ahora con ocasión de su muerte. En 1887 se hizo en periódicos y libros con motivo del jubileo quincuagesimal de su elevación al trono, y se repitió en 1897 con motivo de las bodas de diamante entre la Soberana y su cetro. Pero no hay inglés, ni aun los más metalizados, que no la lleve esculpida en el alma con el nombre de la Reina. No sólo la fantasía popular, siempre atraída por los conceptos de lo extraordinario, sino la culta literatura y hasta la Historia, ya han hecho una fábula de cada línea de las que forman el carácter y la vida de la vieja Soberana. La virgen de Kent, la esposa del palacio de Buckingham, la viuda solitaria de Windsor, de Balmoral y de la isla de Wthgt, la madre, la amiga, la pa-

triota; la mujer discreta, la mujer sencilla, la mujer leal; todos los gustos, todas las aficiones, todas las prácticas, hasta las más rutinarias de la existencia tienen creada ya su leyenda respectiva en la imaginación del pueblo, en las narraciones del hogar, en las idealidades de la poesía, en los reclamos de la literatura. Los franceses, que no saben por qué lado arrancarle un girón al manto de tantos y tan merecidos respetos, han hallado en la característica sencillez de sus tocados tema para motejarla de mal gusto en el vestir, hasta tocar en lo estrafalario y aun en lo ridículo. La Reina lo sabía, y hablando un día sobre esto en su palacio de Windsor con otra mujer española que dejará nombre eterno entre las grandes damas coronadas del siglo XIX, la Emperatriz Eugenia, á quien tenía por huésped, le decía: — «*Estas son murmuraciones de las desequilibradas del continente que toman el patrón de sus modas de las meretrices de París*»; y otro escritor inglés, comentando estas palabras, lamentaba que desde el reinado de Luis XV en estas meretricas se hubieran refugiado las joyas y el boato que antes constituían la línea divisoria del alto mundo de la corte y de la sangre que rodeaba los tronos. La Reina Victoria miraba estos dijes con repugnancia y solía decir: — «*¡Ya las mujeres honradas no deberían llevar brillantes!*»

Verdaderamente en la Reina Victoria era todo excepcional. Habiendo profesado al Príncipe Alberto aquel delirio y aquel respeto que ha conservado hasta la muerte, todo el mundo esperaba que su hijo y sucesor, el ya nuevo Rey de Inglaterra, hubiera conservado su nombre en el trono. En su discurso ante el Consejo privado, que ha sido publicado en *The London Gazzette,* el Rey Eduardo VII ha dicho:—«He resuelto tomar el nombre de Eduardo, que ha sido llevado por seis de mis antepasados. Al hacer esto no desdeño el nombre de Alberto, que he heredado de mi sabio y jamás bastante sentido padre, que merecidamente es conocido, con universal asenso, á lo que creo, bajo el nombre de ALBERTO, *el Bueno;*

pero yo quiero que este nombre quede para él solo.» En otra conversación con los honorables miembros del Consejo privado, declaró el Rey que el nombre Eduardo lo tomaba obedeciendo la voluntad de su madre, la finada Reina Victoria. ¿Qué significaba para la Reina Victoria el nombre de Eduardo? La Reina Victoria fue idólatra de su madre: á su padre el Duque de Kent apenas le conoció: le adoraba en recuerdo. Eduardo era el nombre del Duque de Kent.

Nicolás Pérez Merino.

POETAS AMERICANOS

¿POR QUÉ?

Á Josefina.

¿Por qué, mi bien, no escuchas mi reclamo,
E indiferente y fría,
Cuando ansioso te llamo
No respondes:—«¡Amor, si yo te amo
Y es tuya el alma y la existencia mía!»

¿No comprendes las hórridas torturas
Que hacen mi vida silenciosa y triste;
Que el cáliz de las viejas amarguras
Renace de olvidadas sepulturas
Y nubes negras mi horinonte viste?

¿No ves que mi alma triste desespera;
Que la duda implacable me consume;
Que espero tus palabras, como espera
Para abrir el botón, la Primavera
Y dar al viento su primer perfume?

¿Por qué te muestras sorda á mi reclamo?
¿Por qué te miro indiferente y fría,
Si el alma dice sin cesar:—«Te amo,
Y enmedio á mi dolor cuando te llamo
No responden tus voces á la mía!»

R. Benavides Ponce.

Caracas.

CRÓNICA LITERARIA

SAMARIO: La raza de Cain, novela, por D. Carlos Reyles.—Cuestiones hispanoamepicanas, (estudios sobre enseñanza, crítica y bibliografía), por D. Rafael Altamira.

El escritor uruguayo D. Carlos Reyles no es desconocido para nuestro público. Quizás no sean muchos los que hayan leído sus obras, pero en periódicos de gran circulación ha hablado de ellas D. Juan Valera, con la competencia y el donaire habituales en sus trabajos. También el propio señor Reyles ha publicado, si mal no recuerdo, algunos artículos literarios en nuestra prensa y por último en La España Moderna se ha dado noticia de varios de sus libros.

Uno nuevo acaba de publicar ahora, acaso el más extenso y el de mayor empeño entre los que han salido de su pluma, si bien vacilaría yo en declararle el mejor. Titúlase *La raza de Caín*, y es una novela de las que suelen llamarse psicológicas, puesto que el autor no ha tenido evidentemente por fin principal la descripción de las costumbres, ni el planteamiento y resolución de algún conflicto dramático, ni ha tratado acaso de exponer en forma literaria alguna tesis moral, sino de presentar dos almas, dos caracteres que tienen entre sí cierta semejanza, dos ejemplares, en suma de la raza de Caín, de que nos habla el título de la novela.

Claro es que en ésta, dada su índole, los sucesos de que la

acción se compone tienen tan sólo una importancia secundaria. El interés está en los dos personajes anormales que ha querido presentar el novelista; en el mundo interior de esas dos almas. Cacio y Guzmán, que así se llaman, son lo capital en esta novela y casi son ellos la novela, pues si mentalmente los eliminamos, lo que queda ofrecería corto interés.

¿Qué son estos personajes? ¿Qué es esa raza de Caín de quien el novelista nos habla? El nombre de Caín sugiere á cualquiera, sin necesidad de mayor explicación, una representación del mal, de la envidia, del fratricido, y por consiguiente, de la falta de fraternidad y de caridad hacia los demás hombres. Los nuevos cainitas, que nos presenta el Sr. Reyles, se muestran dignos de tan siniestro abolengo, y si no en depravaciones materiales, en depravaciones morales nada tienen que envidiar á los herejes gnósticos del siglo II conocidos por aquel nombre.

Los dos principales personajes de la novela de que vengo hablando se sienten extraños entre las gentes con quienes viven; les irrita la alegría y la dicha de los demás; las creencias, la vida moral y los sentimientos de los hombres normales les parecen cosas despreciables y bajas, muy inferiores á lo que ellos sienten y comprenden. Son *amorales,* pero sin grandeza, pues no se atreven á combatir cara á cara aquella sociedad, aquellos hombres, aquellas costumbres é ideas que tan profundamente desprecian y abominan, y se contentan con cultivar solitariamente su odio, hasta que al fin acaban ambos ruín y miserablemente, envenenando el uno á traición á la mujer á quien ama, sin osar disputársela al rival afortunado, y retrocediendo el otro ante el miedo físico á la muerte, cuando después de concertar con su amada el mutuo suicidio, ella, más valerosa, se priva de la vida. A la verdad comparados con estos tipos de la psicología modernista, crecen cien codos los héroes de la literatura romántica que disputan los triunfos del amor á sus rivales con la gentileza de caballeros andantes, que desprecian la muerte y no vacilan en desa-

fiar á la sociedad entera, á la Naturaleza y á lo sobrenatural si son obstáculo á sus pasiones. Estos últimos personajes poéticos son de la raza de los titanes, los otros pertenecen en realidad á una raza de pigmeos atacada de incurable impotencia.

Los dos tipos que presenta en su novela el Sr. Reyles, aunque tienen entre sí cierta semejanza y parentesco espiritual, no dejan de ser diferentes en varias de sus circunstancias y en algunos de sus rasgos psíquicos. Cacio es el más vulgar y el más bajo. Es en realidad un descontento de su suerte; un envidioso que odia en los demás la riqueza, la categoría social, los atractivos físicos, la fortuna en las empresas del amor, todos los dones que reparte la suerte á sus favoritos ó que alcanza á veces la constancia de los hombres. Juzgándose interiormente superior á los que exteriormente son superiores á él, padece los tormentos de la envidia, que van destilando en su alma, gota á gota, los más sutiles venenos del odio. Pero como no desdeña, ni mucho menos, los bienes de la tierra, procura agenciárselos mediante un matrimonio ventajoso, como cualquier cazador de dotes sin abolengo cainita, ni intelectualismo de ninguna clase. Es ante todo un fracasado: si la fortuna le hubiera sido propicia, le veríamos pidiendo puesto en la raza de Abel, ó cuando menos, reconciliado con ella.

El otro personaje, Guzmán, protagonista de una novelita anterior del Sr. Reyles, titulada *El extraño*, es más distinguido y más pretencioso. No la envidia, sino la soberbia es la pasión que le mueve. Es una encarnación del *narcisismo* intelectual, de la adoración de su propio pensamiento, de sus ideas, de sus sentimientos, de sus gustos. Toma á los demás como *fantoches* divertidos ó empalagosos de un espectáculo creado para su delectación. En su interior desprecia á cuantos le rodean, juzgándose un ser superior, que no son capaces ellos de comprender, y mira á sus semejantes como objetos de curiosidad y observación, á la manera que el naturalista los insectos que colecciona. Cacio le parece también un caso interesante, curioso, aunque á veces le sobresalta la idea de su parecido con él,

idea que mortifica grandemente su amor propio, mas de la cual no consigue desprenderse; como que es reflejo ó adivinación de la realidad.

Ambos se parecen en que son encarnaciones mezquinas del egoismo, disfrazado con oropeles de diletantismo intelectual. Son abortos del ideal de Nietzsche, no hijos de tiempo, fuertes y vigorosos de la altiva, aunque inhumana doctrina de Zaratustra, que enmedio de sus extravíos tiene cierta grandeza que bien puede llamarse satánica, puesto que es aquella una glosa modernizada, filosófica y literaria del *non serviam* lanzado por aquel que quiso ser, si no super-hombre, que hubiera sido poco para él, algo así como *super-arcángel*.

Aun siendo de tal índole sus principales figuras, la novela del Sr. Reyles resulta en cierto sentido moral; pues como á pesar de su complicada psicología y de sus desmedidas pretensiones los consabidos personajes resultan antipáticos, bajos y hasta ridículos, ningún lector sensato se los propondrá como modelos. El Sr. Reyles, que es modernista, no habrá tenido presente, sin duda, aquella antigua concepción de la moralidad literaria, demasiado simple, pero sólida y clara desde su punto de vista, que consistía en pintar odioso el vicio y atractiva y simpática la virtud. Con todo, eso resulta de su libro, donde el personaje más simpático, Crooker, que es un hombre honrado y trabajador que no lleva en las venas ni una gota de sangre de la raza de Caín.

El autor dedica á la juventud de su tierra este libro, que califica de *doloroso* pero saludable. Saludable puede ser, en efecto, desde el punto de vista que acabo de indicar, como ejemplo y retrato de la fealdad moral del egotismo refinado y pretencioso. Pero esta enfermedad, con los caracteres con que la pinta el novelista, será siempre dolencia de algunos pocos y hasta puede ocurrir que el «gran público», si *La raza de Caín* llega en efecto á tenerle grande, no comprenda siquiera qué enfermedad es esa y la tome por una aberración ó una extravagancia.

Dejando ya quietos á los modelos que ha elegido el novelista, justo es reconocer que en *La raza de Caín* hay, además de originalidad, otros méritos estimables. El Sr. Reyles es un buen escritor, aunque las lecturas francesas hayan dejado en su lenguaje alguna propensión al galicismo y adolezca además aquél de los defectos que para el oído español presenta el moderno castellano de América. Podrá decirse de su novela que para dar interés á esta clase de obras literarias no es necesario ir á buscarlo en las anomalías morales é intelectuales que ha tomado por asunto el Sr. Reyles, siendo, al cabo de todo, más conmovedoras y más humanas las pasiones naturales y corrientes que observamos en los hombres. Pero bien mirado, el artista y el escritor son dueños de escoger sus asuntos, siempre que no sean tales que ofendan ó repugnen al lector ó al espectador, faltando á los respetos debidos á la decencia y al decoro. Y en este caso no se encuentra la obra del Sr. Reyles. Tampoco es necesario y fatal que la fisonomía moral de la novela sea la de los principales personajes que en ella se mueven, pues la novela no es una apología. Es muy fácil que el Sr. Reyles haya concebido á sus héroes de un modo diferente á como yo los veo ó al que pueda tener de verlos cualquier otro lector que profese estas ó las otras ideas y tenga tales ó cuales gustos en literatura. Quizás haya querido pintar en ellos dos ejemplares individuales curiosos, de lo que algunos llaman el alma moderna; acaso haya pretendido mostrar cómo el intelectualismo exclusivo y egoísta mata la voluntad, no sólo para el bien, sino hasta para el mal mismo, poniendo como ejemplo y manifestación de ello el ruín desenlace con que acaban los dos principales personajes de su novela. Pero de seguro no representan su ideal humano. Ni á ellos mismos los describe satisfechos de su manera de ser, y acaso lo más conmovedor de la novela es la tristeza, que, en algunos momentos de clarividencia, se apodera de los hijos de Caín, al comprender su propia inutilidad é impotencia y al confesarse que aquellos hombres vulgares, á quienes despre-

cian ellos á título de espíritus refinados y superiores, valen más y son más dichosos.

La raza de Caín está impresa con elegancia y lujo en Montevideo, y lleva un excelente retrato del autor. En América suelen imprimirse con esmero y hasta con esplendidez los libros de literatura, sin duda porque allí abundan más los literatos ricos que pueden darse el gusto de publicar sus obras sin la mira de obtener ganancia material, y que, por lo tanto, no reparan en gastos.

*
* *

El docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, ha reunido en un folleto titulado *Cuestiones hispanoamericanas,* varios de sus escritos sobre esta interesante materia. Apareció muy oportunamente esta colección, cuando se celebraba en Madrid el Congreso Hispanoamericano, con cuyos fines y significación guardan perfecta armonía los escritos del Sr. Altamira á que me refiero.

En los trabajos que contiene dicho folleto manifiesta una vez más su autor las cualidades de pensador y literato que le han dado en espacio de pocos años merecida y lisonjera fama. Su correcto estilo, claridad en la exposición, recto criterio y erudición sólida y variada, pueden apreciarse en estos opúsculos. En ellos muestra también el Sr. Altamira un optimismo que, sea cualquiera el grado de realidad que le reconozcan los tiempos por venir, únicos que pueden dar sentencia fundada en pleitos semejantes, es indispensable en las empresas encaminadas á dilatar las fronteras intelectuales de España. Puede que los optimistas se equivoquen y continúe y vaya cada vez á peor nuestra decadencia; pero si no creemos lo contrario, ¿qué esfuerzo podremos intentar, cuyos frutos no sean inmediatos? ¿Cómo trabajar para lo futuro? El escepticismo y el desaliento nos condenarían á la inacción.

En España sucede frecuentemente que los pensadores, los

hombres de estudio, aun aquellos cuyas ideas convienen menos con el orden de cosas imperante y con el estado actual de nuestra sociedad, suelen ser inclinados al optimismo, mientras que los hombres de acción, en cuyas manos suelen estar las riendas del Gobierno, propenden al pesimismo, aunque sean pocos entre los últimos los que confiesen y proclamen sus opiniones, como lo hacía, por ejemplo, Cánovas del Castillo. La explicación puede estar en que los primeros viven en la región de las ideas, aérea y luminosa, donde los escollos de la realidad, reducidos á la mansa categoría de conceptos, son más fácilmente vencibles, mientras que los segundos, á quienes su oficio obliga á bregar con estos obstáculos, tienen que percibir, aunque no quieran, toda la áspera firmeza de su resistencia. El hecho es que entre el profesorado de las Universidades y entre los escritores, el optimismo está mucho más extendido que en los Ministerios y en las Cámaras. No sólo los poetas de imaginación exaltada se entregan á aquella tendencia, sino también los hombres de juicio más perspicaz y clarividente, ejercitado en la constante observación de la vida real. No hace mucho que el Sr. Pérez Galdós, al final del banquete con que le obsequiaron sus paisanos los naturales de las islas Canarias, calificaba de pesadilla el pesimismo y ensalzaba en palabras muy elocuentes la fe nacional.

Este es también, como queda dicho, el espíritu de los escritos del Sr. Altamira, que llevan los siguientes títulos: *Las Universidades españolas y la cultura americana; La segunda enseñanza en Chile; Nuestra política americanista; Latinos y anglosajones*; *Las relaciones geográficas de Indias* y *El castellano en América.*

En el primero de estos estudios trata el Sr. Altamira de lo que pueden hacer las Universidades españolas para extender nuestra influencia intelectual por América. No hay duda de que se les ofrece á nuestros centros de enseñanza superior un campo muy dilatado, de que carecen los de otras naciones, pues aunque la ciencia tenga carácter cosmopolita, la comu-

nidad de lengua, á la que siempre va unida cierta comunidad espiritual, facilita mucho la difusión de las obras didácticas y las comunicaciones de cualquier género en esta esfera. Para el hombre de ciencia español, aunque no en tan grande medida como para el literato, es una circunstancia en extremo favorable, el que al otro lado de los mares existan 60 millones de hombres de nuestra raza, que hablan nuestro idioma y que ofrecen numerosos rasgos de semejanza mental y moral con nosotros. Tiene allí un gran público que conquistar, un extenso campo de propaganda, un mercado que le prepararon los esfuerzos de sus antecesores de generaciones ya remotas. Pero no tendrá siempre á su disposición esta herencia, al menos en su integridad, y cada día que deje pasar sin reclamarla se expondrá más á que otros se la ganen por prescripción, como ya empieza á acontecer. Grande es la influencia del idioma, grande la del parentesco étnico y no menor la de la comunidad de vida y de historia, interrumpida por una separación todavía reciente; mas cuando no se ejercitan estas influencias vienen otras á sustituirlas y pueden de tal suerte arraigar, que las primitivas y naturales queden reducidas á la nada y sin potencia ya de ejercerse para lo sucesivo. Cuando se trata de pueblos jóvenes, y todavía en formación, como los americanos, que tienen que buscar fuera de sí las orientaciones de la cultura, los plazos de esta prescripción no suelen ser muy largos, y de ello nos están advirtiendo bien á las claras las manifestaciones que á cada paso observamos del influjo creciente que el pensamiento de otros pueblos, principalmente el francés y el norteamericano, ejerce en aquellas naciones, á falta del nuestro.

Lo malo es que no siempre se puede andar tan deprisa como conviene en este género de competencias. Y como advierte muy discretamente el Sr. Altamira, lo primero que se necesita para que nuestras Universidades ejerzan influencia en América, es levantar el nivel de nuestra enseñanza. «El legítimo interés de su cultura—dice—se sobrepondrá siempre, y

con razón, en el ánimo de los americanos, al amor ó la simpatía hacia España.» El Sr. Altamira juzga que al presente no estamos tan desprovistos de elementos, como algunos creen, para poder ejercer esa influencia científica; y por vía de ejemplo, dice que en España se ha podido escribir una Enciclopedia jurídica que sustituyese con ventaja á la de Ahrens. En nuestras Facultades de Derecho hay, en efecto, sobrado número de personas competentes que hubieran podido dar cima á ésta y á mayores empresas.

La segunda enseñanza en Chile es un artículo de información interesante, y documentado, escrito con el fin de mostrar que la cultura general de los pueblos de la América española y su instrucción pública no son en todos ellos inferiores á las de España, y hasta resultan superiores en algunos órdenes.

Indudablemente la segunda enseñanza chilena, tal como aparece organizada en la reforma de 1893, es superior á la nuestra. Falta saber, sin embargo, los resultado que en la práctica ha dado, pues al cabo los planes de enseñanza, la distribución de asignaturas, etc., son moldes exteriores que lo mismo pueden contener cosas malas que buenas, según se apliquen y se entiendan.

Nuestra política americanista trata de la que debemos seguir para estrechar las relaciones con nuestras antiguas colonias americanas. El Sr. Altamira entiende que para ello necesitamos seguir una política francamente liberal, poseer cultura y condiciones económicas. El primero de estos requisitos es sin duda el más fácil de llenar y es probable que le llenemos ampliamente y hasta con saciedad, pero acaso sea el menos eficaz. Podrá nuestra leyenda negra habernos perjudicado más ó menos en América; pero lo que realmente nos perjudica es nuestra debilidad. Fuéramos fuertes y nadie nos pediría que por añadidura fuésemos liberales, como nadie se lo pide á Alemania ni á Rusia. Aparte de que las naciones americanas de nuestra raza tienen corta autoridad en la materia, pues aunque sus instituciones sean en apariencia libres, el caudillaje

que á la mayor parte de ellas las domina, hace que la libertad civil deje allí mucho que desear. En este punto haríamos mal en envidiarles nada.

Los tres últimos artículos son de crítica y bibliografía. *Latinos y sajones* es un análisis de dos obras de escritores americanos: *Ariel,* de D. José Enrique Rodo (libro del cual se ha hablado en estas Crónicas), y *¿En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones?*, de D. Víctor Arreguine, impugnación del conocido libro de Mr. Demolins, respecto de la cual había que comenzar por discutir ese concepto de la raza latina, que quizá es mucho menos favorable de lo que parece á nuestra influencia en América, y que, en opinión de muchos, no es más que un lugar común inventado ó exagerado, al menos, por los franceses, para exaltar su propia influencia.

En las *Relaciones geográficas de Indias* examina el Sr. Altamira con gran competencia y erudición la notable colección de las mismas dirigida por el Sr. Jiménez de la Espada, cuyos documentos constituyen uno de los más elocuentes testimonios del cuidado con que en lo antiguo se estudiaron en España las cuestiones relativas á América, cuidado superior, sin duda incomparablemente al que se ha puesto en este siglo, si se considera la diferencia de tiempos, las mayores facilidades que había en los modernos para cualquier género de investigaciones, y el adelanto universal de la cultura. Por último, en *El castellano en América* llama la atención el Sr. Altamira sobre dos libros de escritores americanos: *El castellano en Venezuela,* de D. Julio Calcaño, y *Hondureñismo*, del Sr. Mendueño.

Por estas breves noticias apreciará el lector cuán vario, interesante y substancioso es el contenido que en menos de cien páginas abarca el folleto del Sr. Altamira, folleto que debe ser leído por cuantos consagran alguna atención á las relaciones entre España y las Repúblicas hispanoamericanas.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—El crepúsculo de dos siglos. — Festividades por el siglo de la Independencia que se ha ido, y por el siglo de la reconstrucción y de la prosperidad, que avanza.—Concepto del *Panamericanismo sajón* y necesidad de la unión hispanoamericana. — Las influencias yankis en Cuba, en Venezuela, en Colombia y en el canal de Nicaragua.— Estado de esta cuestión. — Situación de los pueblos de nuestra sangre al comenzar el siglo XX.

Si en la última mitad del siglo que ha concluído no nos hubiésemos acostumbrado á vivir tan deprisa, ciertamente la América de origen ibérico, que en él ha logrado su emancipación y en él se ha constituído en nacionalidades independientes, no debería estar descontenta, á pesar de los juicios que se vierten sobre la difícil gestación por que en algunos de sus nuevos Estados atraviesa todavía la definitiva constitución de sus instituciones y de su vida normal de derecho, de los admirables adelantos que en el mayor número de ellos se han hecho en poco más de setenta años. La bandera española no desapareció de Costafirme hasta 1821; San Martín no alcanzó la victoria de Maipó hasta 1819; la Presidencia de O'Higguins empezó en 1823; el 9 de Diciembre de 1824, es la fecha de Ayacucho; Rodil no abandonó el castillo del Callao hasta el 23 de Enero de 1826; el decreto de Sucre, de la ciudad de la Paz, para la reunión de los Diputados de las provincias Andinas, se expidió el 9 de Febrero del mismo año, y hasta el 9 de Agosto no se verificó la junta. Todavía en 1829 Fernando VII

de España daba al Brigadier Barradas la comisión de reconquistar á Méjico, que ya había pasado por la dictadura y el efímero imperio de Itúrbide. Desde esta fecha los nuevos pueblos hispanoamericanos han hecho proporcionalmente más que los antiguos insurrectos sajones del Norte hicieron en igual período de su existencia independiente al separarse de los vínculos soberanos de la Gran Bretaña. De los Estados Unidos no hubo más que arrojar á la nación dominante, y en ello les ayudó todo el mundo. Aquellos Estados geográficamente eran más compactos entre sí y desde luego tendieron á constituir la unidad que forma su confederación. Las provincias de la América española, hasta por su propia disposición geográfica, excluía esta tendencia federativa y unitaria. La evolución se hizo por partes, y cada parte reclamó aquella personalidad geográfica y política á que la inclinaban las propias condiciones etnográficas del suelo, y las propias condiciones etnográficas de la raza dominadora y mezclada, cuyo signo esencial es el personalismo. ¿No ha impreso este signo especial de la raza que en América dejó la sangre ibérica á todos sus movimientos de reconstrucción, constitución y asiento? A pesar de todo y del caos en que todavía se agitan algunas de aquellas nuevas sociedades, los adelantos realizados, no sólo en las que han logrado adelantarse más, como Méjico, la Argentina, Chile, el Perú, el Uruguay, Guatemala y Costa Rica, sino en las que han caminado á pasos más lentos ó mantienen todavía impenitentes la luchas de su interior equilibrio, colocan ya la mayor parte de aquellos pueblos en las líneas avanzadas de los que más pueden contribuir á la causa de la civilización.

Las fiestas con que se ha celebrado en casi toda Hispanoamérica el término del siglo que ha concluído y la entrada del siglo nuevo, están más justificadas que en ninguna otra parte en la América de nuestra sangre. El siglo que ha concluído fue el siglo de la emancipación; el siglo que se ha inaugurado ya debe ser el siglo del apogeo de su poder, de su cul-

tura y de su prosperidad. Mas si el siglo que ha terminado ha sido para estos jóvenes pueblos siglo de luchas y de sacrificios cruentos, ya para conseguir su libertad, ya para establecer su política constitución, el siglo que ha empezado y que ya adelanta imperturbable en su camino, no ha de someter á las nuevas nacionalidades de la América española á luchas y á sacrificios menos costosos, así para conservar el patrimonio que ya las constituye, así para salvarse de toda agresión y de toda invasión que las aniquile por partes, como para robustecerse en su propio poder, definir absolutamente los términos de su equilibrio, liquidar con su propia fortuna el gravamen inmenso que ya pesa sobre cada una de aquellas existencias económicas, poner en libre y amplia explotación las imponderables riquezas de que están dotadas, y regenerando el espíritu civil que las informa por medio de la absoluta sumisión legal y del absoluto imperio del orden, y dilatando este espíritu con la palanca de una cultura intelectual siempre creciente, no sólo lograrán hacerse poderosas y respetadas, sino que podrán extender sus propias iniciativas fuera de sus mares y fronteras y entrar á la parte en las conquistas y en los provechos de todos los intereses generales de la humanidad.

El carácter de las fiestas con que en la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas se ha celebrado el término del siglo de la emancipación y de la constitución y el principio del siglo de la conservación y del engrandecimiento, ha tenido dos formas esenciales de representarse: una puramente moral y religiosa, y otra puramente política y civil. La preparación de la primera de estas manifestaciones ha tenido su origen en el gran movimiento hacia la reacción religiosa que la sabiduría de León XIII ha hecho pronunciarse casi de repente en toda la América latina por consecuencia de la celebración del Concilio plenario, á que respondieron inmediatamente las peregrinaciones á Roma con motivo del Año Santo. Desde la guerra de la emancipación, el sentimiento religioso había sufrido en casi toda la extensión de los dominios que

fueron de España un aletargamiento casi tan profundo como el de las simpatías á la nación madre de aquellos pueblos. En una y otra degradación de creencias y afectos habían influído poderosamente, así los elementos auxiliares de la insurrección, todos protestantes de Inglaterra y de Norte-América y rivales de España, como el aluvión emigratorio que de repente cayó sobre aquellos países, procedente en su mayor parte de Francia y de Italia, y todo contaminado con el espíritu revolucionario, masónico, ateo ó racionalista, que por aquel tiempo minaba las sociedades en ebullición de toda la Europa del Mediodía. Formó parte de aquellas emigraciones gran número de hombres doctos, que se apoderaron de las escuelas, de la cátedra, del periodismo, del foro, de la tribuna, de todos los teatros de donde recibe impresiones la educación y dirección la inteligencia. De modo que por mucho tiempo, fue cuestión, hasta de moda, no adorar más dioses que los corifeos de la revolución en Europa, de donde allí se recibían los reflejos, y los altares levantados á Mazzini y Víctor Hugo confundieron en un odio común los santos fanatismos de la fe religiosa y las santas palpitaciones de la sangre filial. Mientras vivieron las generaciones que con estos sentimientos de aversión irreconciliable con la Iglesia católica y con España se educaron, la incredulidad religiosa y el menosprecio á España mantuvieron en los nuevos pueblos una alta graduación. Sólo las madres en los hogares conservaron el fuego de la fe, y sólo la docta inteligencia conservó por el instrumento del idioma el culto de la patria de origen. Pero la fe de las madres americanas y el culto de los intelectuales salvó al cabo estos dos principios inviolables de constitución en los pueblos disgregados de la sumisión á la Iglesia y de la inclinación hacia España. Las madres cristianas y los filósofos y los poetas hicieron al cabo la reacción, y en un mismo y simultáneo impulso las corrientes de la nueva armonía se han restablecido por la constancia, la iniciativa y las inspiraciones sublimes de León XIII respecto á las creencias religiosas, y por la constancia, la

iniciativa y las atracciones de España respecto á los vínculos de familia, á la unidad de la sangre y á la unidad de destinos y de dirección.

Las fiestas religiosas que se han celebrado desde Méjico hasta Chile en todos los Estados hispanoamericanos, como cabo del siglo que ha espirado y principio del siglo que ha aparecido, pueden sustanciarse, con insignificantes diferencias de detalles, en los decretos eclesiásticos que el Primado de Lima, en el Perú, expidió el 5 de Noviembre último para disponerlas. Desde las doce de la noche del día 31 de Diciembre de 1900, en que comenzó la primera hora del primer día de Enero de 1901, el Arzobispo Sr. Espinosa prescribió que todos los sacerdotes y eclesiásticos de su archidiócesis, al presidir cualquier ejercicio de piedad, dijesen después de hacer la señal de la Cruz: *Jesucristo, Dios y hombre, vive, reina é impera ayer, hoy y en todos los siglos.* Desde el día de Navidad se encargó á todas las Instituciones y Sociedades de caridad, se pusieran de acuerdo para derramar socorros extraordinarios á todos los pobres. Se dispuso que desde el miércoles 26 comenzase en todas las iglesias parroquiales de la República un triduo simultáneo, encargando á sacerdotes sabios dirigir á los fieles la palabra divina. El sábado 29, se designó para la comunión general de los fieles en todas las iglesias indicadas, reservando al 30 la comunión de la Iglesia Catedral, con misa rezada del propio Prelado y con asistencia de todas las Asociaciones piadosas de la capital; y por último, el 31 se erigieron tres cruces conmemorativas en cada una de las iglesias parroquiales, en las regulares de ambos sexos, y en todas las demás abiertas al culto católico en todos los términos de la República. Estas cruces, al pie, llevaban esta inscripción: *Jesus Christus, Deus et homo, vivit, regnat, imperat. M. C. M. I.* El objeto de la erección de esta cruz, era el de recordar el homenaje á Jesucristo Redentor al fin del siglo que se iba y al comienzo del siglo que avanzaba. Este mismo día 31 de Diciembre, en la Catedral de Lima y en todas las iglesias parroquiales y

de las Comunidades religiosas de toda la República, se hizo la exposición del Santísimo á las seis de la mañana, permaneciendo así hasta después de la misa de media noche, cuya celebración había sido permitida para toda la cristiandad por indulto del Papa León XIII expedido en Roma el 13 de Noviembre anterior, y se recomendó á los cabildos, párrocos y rectores, que promovieran la adoración extraordinaria y continua por el mayor número de personas que se pudiera. Al terminar la misa de los dos crepúsculos de los dos siglos, el Papa consintió además la comunión general. No hay que decir que en Lima la misa solemne y pontifical de la media noche la celebró el mismo señor Arzobispo, siendo aplicada en acción de gracias por los beneficios debidos por el Perú á Jesús Redentor en el primer siglo de la constitución independiente de la nación; que la misa fue solemnizada con la presencia del Presidente Romaña y de todos los individuos del Gobierno peruano; que se cantó solemnemente el motete, *Jesus Christus, Deus et homo, vivit, regnat, imperat heri, hodie et in sæcula*; que la cruz conmemorativa fue descubierta por el Jefe del Estado, y que la función, á que asistieron comisiones de todas las Comunidades religiosas é Institutos piadosos y docentes de la República, terminó con un solemne *Te Deum*. Como en la fiesta religiosa del Perú, el crepúsculo de los dos siglos se ha celebrado con la misma solemnidad en los demás Estados de la América española, y la solemnidad de estos actos ha equivalido en todos á un gran movimiento de reacción religiosa, que despierta la esperanza de que la fe redentora ayudará las nobles empresas y conducirá á los ilustres destinos á que el siglo xx invita á los pueblos católicos emancipados é independientes de la América española.

Las fiestas cívicas de fin y principio de siglo, han tenido todo el brillo que las presta el entusiasmo popular. Así en Méjico como en Tegucigalpa, así en Santa Fe de Bogotá como en Asunción de Paraguay, así en Buenos Aires como en Santiago, al sonar la primer campanada de las doce de la noche

del 31 de Diciembre, las multitudes que invadían las plazas y sitios públicos, los salones de sociedades y *clubs*, y los balcones y huecos á la calle de las casas particulares, en casi todas partes brillantemente iluminados y adornados de colgaduras, de banderas, de guirnaldas y follaje, se alzó un clamor estentóreo aclamando al nuevo siglo entre el repique general de las campanas de todos los templos, las detonaciones de cohetes y voladores, la armonía de las bandas de música y el estampido de los cañones, que en muchas partes por disposición oficial hicieron en fuertes y buques anclados en las radas ciento y una salvas. Las fiestas de la entrada de siglo en Montevideo fueron encargadas al Ateneo local, que formó un programa completo con cabalgatas, bailes públicos y mascaradas, ya representando conquistas civilizadoras del siglo terminado, ya trajes y cuadros de la vida nacional, en que no faltaban las arganas, los barriles del aguatero, los regocijos aldeanos y los bailes populares, como el *candombe*, ya alegorías de las esperanzas que inspira el siglo nuevo. En la Asunción del Paraguay se realizó una vistosa gira á la veneciana por la bahía, hallándose embanderado el puente, adornados los edificios con luces, colgaduras, follaje y flores, y quemándose pintorescos esqueletos de fuegos artificiales. En Buenos Aires, además del programa de fiestas que, antes de embarcarse para España y Roma el Intendente municipal Sr. Bullrich, dejó acordado con una comisión formada para este objeto, otra comisión de miembros de la alta Banca y de la Cámara sindical de la Bolsa de Comercio, se personó con el Ministro de Hacienda para exponerle que la casi totalidad de los Bancos particulares y del Comercio había resuelto festejar el día 31 dando asueto á su personal, á fin de que pudieran disfrutar tres días continuados de fiesta, el domingo 30, el 31, fin de siglo, y el 1.° de Enero, principio de siglo y de año. Su pretensión era que el Gobierno declarase feriado el día 31. Después de la entrevista que á consecuencia de esta manifestación celebró el Sr. Berduc con el Presidente de la República para expresarle la instancia que

se le había hecho, se reunió el Consejo de Ministros, y acto continuo se publicó el siguiente decreto:

«Considerando: Que es un deber moral del Gobierno solemnizar el último día del siglo XIX, durante cuyo transcurso Dios ha querido colmar á la nación argentina de grandes beneficios, tales como la emancipación y organización política sobre la base de las instituciones más liberales, la posesión real de sus vastos dominios territoriales, la prosperidad económica y la cultura intelectual y moral, y la paz externa é interna, que es una de las grandes conquistas de nuestra civilización, el Presidente de la República decreta:

»*Artículo 1.°* Declárase feriado para toda la República el día 31 del corriente mes.

»*Artículo 2.°* En todas las fortalezas, buques de guerra y edificios públicos de la nación, permanecerá enarbolada la bandera nacional.

»*Artículo 3.°* A la salida y á la puesta del sol se hará una salva de ciento y un cañonazos.

»*Artículo 4.°* Comuníquese, etc.—ROCA.—*Felipe Yofre.—O. Magnasco.—E. Civit.—E. García Merou.—Amancio Alcosta.—Martín Rivadavia.—P. Ricchieri.*»

El General Roca dispuso, además, que el día 31, á las diez de la mañana, se dijera en la Catedral una misa de *Requiem* por todos los militares fallecidos durante el siglo, con oración fúnebre encargada al Canónigo Sr. Duprat. Pero la conmemoración del siglo que espiraba no recibía solamente estos sufragios. La *Sociedad de Beneficencia,* en una reunión de sus miembros, acordó dirigirse por medio de una manifestación pública al pueblo de Buenos Aires, y en general á todo el argentino, para que contribuya á la erección de un monumento público *Al siglo XIX* que recuerde á todas las edades el primer siglo de la Independencia Nacional. El monumento proyectado será un *Asilo para las tuberculosas* de la República.

Otras fiestas se han celebrado el 1.° de Enero por el advenimiento del nuevo siglo, así en las provincias como en los

centros sociales de Buenos Aires, de Chile, de Méjico; y no creo necesario repetir que en ninguna parte como en la América latina estas dos fechas debían celebrarse con mayores arranques de júbilo común. Si el siglo que se ha ido, repito, ha sido para ella el siglo de la realidad de su libertad é independencia, el siglo que adelanta es el siglo de las grandes esperanzas, y sobre todo el siglo de la confirmación de su poder. En cuanto al doble carácter religioso y civil de los festejos, ellos revelan un signo más de que los destinos á que está llamada esta parte del globo, enclavada en mitad de los dos grandes Océanos, á donde afluirá en breve é inevitablemente la corriente universal del comercio, que es la corriente de la prosperidad y de la civilización, tiene también el doble carácter moral y civil, que son los nervios poderosos de toda la cultura humana. Naciones católicas todas las que se desmembraron de nuestro Imperio, el sello de su religión les prestará el matiz más eficaz que ha de salvarlas si aún tuvieran que sufrir todavía nuevas luchas de individualidad y de independencia. La fe católica y el habla castellana serán siempre sus signos distintivos de raza; y mientras en las nuevas nacionalidades que se desmembraron de nuestro Imperio se profese la fe católica y se hable y se cultive la lengua de Cervantes, su individualidad perfecta y su perfecta independencia han de estar garantidas en estos signos característicos de raza y de destino. Con estos signos triunfantes, después de la reciente reconciliación con Roma y de la reciente reconciliación con España, sale la América emancipada de nuestro Imperio del siglo de la libertad y entra en el siglo de la consolidación de su poder. Que estos signos prosperen en ella siempre, y con ellos sus nuevas nacionalidades sostendrán todas las luchas que les provoquen la sagacidad ó la violencia, y con ellos encontrarán en sí mismas los elementos de la victoria definitiva.

Que esos signos necesita mantenerlos íntegros enfrente de las luchas de la sagacidad y de la violencia, los hechos mismos que se hallan planteados sobre el tapete bastan para acre-

ditarlo. Hay una palabra que los americanos de nuestro origen deben oir siempre, como los navegantes astutos en mares erizados de sirtes la seductora voz de las sirenas. Esta palabra es la palabra *Panamericanismo*. Los marinos de la *Sarmiento*, en sus banquetes en Chile, definieron bien lo que esa palabra significaba: «El *panamericanismo*—decían—entiéndese sólo para los *panamericanos* del Norte; nosotros no entramos en ese *panamericanismo*. Nuestro *panamericanismo* es el *panamericanismo* del Sur»; lo que en otro lenguaje puede explicarse de otro modo: «Los intereses americanos de los sajones y protestantes del Norte, no son los intereses americanos de los iberos y católicos del Sur.» La América sajona y protestante para ellos, y para nosotros la América ibérica y católica. Nuestros intereses jamás serán comunes, sin que les preste este sello de comunidad nuestra vecindad común en este aislado continente. Sus destinos son sus destinos y nuestros destinos son nuestros destinos. Sus engrandecimientos serán sus engrandecimientos, y nuestros engrandecimientos serán de nuestra exclusiva pertenencia. Hasta aquí ellos se arrogan la personalidad exclusiva americana en el Congreso internacional de las naciones. Se lo disputaremos. Méjico, la Argentina, el Brasil, Chile, tienen tanto derecho á ser representados en los grandes areópagos de la política internacional, como lo tienen los Estados Unidos del Norte. Ya es tiempo de que este privilegio desaparezca. Ni en nuestra Constitución, ni en nuestros progresos, ni en nuestra economía, ni en nuestra prosperidad, la influencia de nuestra hermana mayor del Norte se deja sentir más que en lo que tiende á obscurecernos ó á intervenirnos ó á imponernos la colosal pesadumbre de su fuerza. ¿Por qué hemos de sufrir este yugo de la sagacidad, cuyos fines siniestros bien se dejan entender enmedio de su protección hipócrita? ¡Basta de *panamericanismo!* El *panamericanismo*, como la gran República del Norte lo ha inventado, lo profesa y lo hace sufrir, no es más que aquel *Pacto de familia* de los antiguos Estados latinos de Europa, que te-

nía por único objeto sostener indefinidamente la división y la esclavitud de Italia, y vejar y disminuir sin tregua el poder de España, para que Francia, que se había atribuído el papel de hermana mayor, prosperara. ¡Triste *Pacto de familia*, que no acabó hasta que dió completamente al traste con el poder colosal de España en el continente europeo, en el mar Mediterráneo, en las riberas de Africa, en el predominio naval del Atlántico, en el formidable baluarte de su imperio colonial en América, en Asia, en todo el mundo, y que en Italia enfrenó por dos siglos el movimiento de unidad y de emancipación, que no ha sido completo hasta que ese *Pacto de familia*, que había sobrevivido á la guillotina de Luis XVI, á la espuela napoleónica, á los artificios del Congreso de Rusia y á los artificios del segundo imperio de los Bonapartes, no ha sido completamente pulverizado por las derrotas del Rhin, por la pérdida de Metz! Pues todo el artificio del *panamericanismo* de la gran República del Norte, no es más en América, y sobre todo, para la América latina, que el *Pacto de familia* de los Borbones de Europa; todo su artificio condena el desenvolvimiento de la América latina al vergonzoso vasallaje de la América del Norte, para que ésta la obscurezca hoy y la absorba mañana, y para medrar siempre á expensas de sus hermanas menores. Pero no olvidemos la historia. Las cadenas que se aceptan, como España é Italia en el siglo XVIII aceptaron las del *Pacto de familia* con Francia, no se rompen sino con torrentes de sangre, y las cadenas que inconscientemente la América latina ha ido y vá aceptando de su hermana mayor del Norte con el antifaz del *panamericanismo*, ó hay que cortarlas pronto, muy pronto, y en todos los campos de acción á donde con programas seductores, como la voz de las sirenas, la hermana mayor del Norte las llama, ó costarán más tarde ríos, torrentes, océanos de sangre». Los marinos de la *Sarmiento* fueron los que en los banquetes, con sus compañeros de Chile, definieron bien el concepto del *panamericanismo*, haciendo resaltar el diverso sentido de raíz y de fruto que esta

palabra puede tener entre las dos razas que fundamentalmente se dividen el imperio de América: la raza católica é ibérica del Sur, la genuinamente descubridora y conquistadora, y la raza sajona y protestante del Norte, pirática ocupante.

Al empezar el siglo xx, las intenciones de la hermana mayor del Norte sobre sus hermanas menores del Centro y del Mediodía nos ofrecen como elocuente espectáculo de sus sagacidades la situación de Cuba, los pactos con Nicaragua y Costa Rica sobre ese canal que hace medio siglo no existe sino en los trazados del papel, las interminables revoluciones de Colombia, atizadas con manos ocultas y con auxilios que mal pueden prestar á los insurrectos de Uribe y Uribe los países fronterizos de donde parten las expediciones fomentadoras de la guerra civil, y las amenazas contra Venezuela, no sólo estrechada por la conminación de las cañoneras norteamericanas que manda el Teniente Sargent, sino por las nuevas rebeliones que contra el Gobierno del General Castro ya se han alzado y han reñido combates como el de Carúpano. ¿Quién es el *Deus ex machina* de todos estos conflictos? Toda la América latina lo sabe: la amable y benigna protectora del Norte, la ilustre *panamericana* de Nueva York y Washington; la que promete á Venezuela, á la impotente Venezuela, que si las conminaciones de su cañonera *Scorpion* no le bastan, pronto saldrán para las aguas de San Juan los acorazados *Learsage* y *Massachusset* para apoyar pretensiones que en otros Tribunales de derecho es donde se ventilan. No son cuestiones de derecho, como la que en Venezuela provoca la de la *Compañía del Orinoco*, las que hace año y medio sostienen en la infortunada Colombia, *cuyo crimen único es ser la soberana del territorio que atraviesa el proyectado canal de Panamá,* la acritud de un *bellum intestinum* interminable, á que ni el cambio de poderes ejecutivos, ni victorias como las alcanzadas por las tropas leales al Gobierno al mando del General Próspero Pinzón en *Pan de Azúcar, Cruz Colorada*, *Palonegro* y *Cúcuta,* han logrado poner el término tantas veces anunciado después

de tan repetidas derrotas por los insurrectos de Uribe y Uribe, y tantas veces recrudecido por los auxilios y las exhortaciones de fuera. Con todo, como lejos de ser sofocada, la revolución sigue dando batallas á lo largo del río Magdalena y todavía el sábado 12 de Enero las tropas colombianas cerca de Panamá lograron una nueva victoria sobre los eternos perturbadores de la paz pública, *la seguridad de la vida* y *haciendas de los súbditos norteamericanos* ha exigido del Gobierno de Washington el envío de otros dos cañoneros á los puertos de la República que el Vicepresidente Marroquín no puede reducir á la paz, y la crítica situación que estos sucesos crea para la normalidad de aquel Gobierno no inspira que se le otorguen generosas treguas ni por parte de Inglaterra, que ha enviado desde Jamaica al crucero *Pheasant* para exigir una indemnización de 70.000 pesos por el apresamiento del vapor *Taboga,* que con bandera inglesa conducía auxilios á los revolucionarios, ni por parte de Italia, que renueva la cuestión Cerrutti, porque en el laudo arbitral de Cleveland no se había obligado á Colombia á la liquidación de la deuda por aquél reclamada y haber fallado los Tribunales civiles de Roma que la Cancillería italiana, conminada al pago, sabría cumplir con su deber en lo referente á la República de Colombia.

Si esta es la protección que el sentimiento *panamericano* del Gobierno de Washington presta en su actual situación á sus hermanas menores del Norte de la América Meridional, Venezuela y Colombia, ¿qué se ha de decir de Cuba y su independencia? Aunque de Washington á diario se protesta de que el Gobierno norteamericano de ningún modo desiste de concederle la independencia, y que sólo razones de índole internacional son las que motivan el mantenimiento de una guarnición norteamericana en la isla, ¿el mundo entero no ha leído los discursos del Senador Beveridge y del General Ree, pidiendo la anexión, y no conoce los votos de la opinión popular en este propio sentido, pronunciados concorde y perseverantemente por todos los periódicos de las grandes ciudades de los

Estados yankis? ¿Dejan perder ocasión alguna, los cubanos que se pusieron al frente de la guerra contra la dominación de España y que han tomado asiento en la Cámara cubana, de protestar contra la dirección que los agentes de los Estados Unidos dan á la política que en la isla observan, á fin de conducirla ó á la anexión ó á la incorporación necesarias? En el banquete de la Habana para celebrar el grito de Yara, el General Enrique Loinaz del Castillo decía: «¡Los caballos del Camagüey siempre están dispuestos á la defensa de la independencia de Cuba!» Y Juan Gualberto Gómez añadía: «Si se quiere hacer de nuestro pueblo un pueblo esclavo, lo transformaremos en tierra maldita que consuma el fuego del cielo, para horror de la humanidad y baldón de los que quieren despojarnos de lo que hemos conquistado con nuestra sangre.» Los más ilustres intelectuales, Montoro, Varona, Gálvez, Lanuza, no han querido tomar parte en la comedia preparada por medio de la Asamblea constituyente; y como si la sombra de España arrojara un fatídico resplandor sobre la conciencia vandálica de los que han sido despojadores inicuos del último vestigio de nuestra gloriosa soberanía en América, las autoridades norteamericanas, árbitras de la isla, aguzan disposiciones sobre disposiciones gubernativas con nuestros emigrantes peninsulares que se dirigen á Cuba, con el propósito manifiesto de impedir á todo trance que nuestra raza vuelva á hacerse fuerte en aquel país, en el que el dominio anglosajón no será posible enteramente mientras siga preponderando la población de origen hispánico. Reproduzcamos unas líneas, á este intento, de *El Diario de la Marina* de la Habana: «Se trata—escribía en su número del 9 de Diciembre último—de prohibir á la inmigración española, á la española precisamente, y no á ninguna otra, el acceso á la capital de la isla, obligándola á desembarcar por determinado puerto, en el que no dejarán de aplicarse á los citados inmigrantes medidas de tal naturaleza que casi equivalgan á una nueva prohibición, con lo cual quedaría cerrado este país á las gentes de nuestra lengua y de nuestra

raza. El caso es tan inaudito y revela una tan extraordinaria preponderancia del poder personal, que aquí se sobrepone á todas las leyes y á todas las consideraciones humanas y divinas, que difícilmente se registrará otro igual en los anales de ningún pueblo medianamente civilizado.» ¿Y qué pretexto se daba por las autoridades americanas para estas medidas de exclusión contra las emigraciones españolas? ¡Una medida de carácter sanitario! ¡Que los españoles—*¿risum teneatis?*—no fueran importadores en la isla... *de la fiebre amarilla!*

Una revolucón promovida por el General García contra el Gobierno dominicano; una expedición filibustera salida de Kingston contra el de Haití para derrocar el Gobierno del General Simón Sam, Presidente de esta República, completarían el cuadro de las influencias *panamericanas sajonas* en las Antillas, en el Centro y en el Norte de la América meridional, si todavía en el Centro no fuera más palpitante la cuestión del Canal de Nicaragua. La cuestión del Canal de Nicaragua, desde 1851, sería cosa que debiera provocar á risa, si se prestasen á la risa las cuestiones demasiado lúgubres en sus resultados, en que pone mano el espíritu *panamericano* de la gran República del Norte. Trazados, exploraciones, proyectos sobre el papel, tratados con Inglaterra, negociaciones con las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica por donde ha de atravesar el Canal, nuevos tratados con Inglaterra, y otras cuestiones que dan eterna curiosidad y eternas dilatorias á este proyecto, siempre ofrecido al mundo de la especulación y de la política, siempre esperado y nunca resuelto; eso debe haber producido ya un archivo documentario más enorme que todo el que España posee desde el descubrimiento, colonización, empresas científico-geográficas, administración y guerras del Nuevo Mundo. Pero lo que todavía no han visto los mortales, es el montón del oro americano, preparado por los opulentísimos Estados Unidos para la realización de esa obra. En la *Memoria* presentada el 7 de Enero al Senado americano por Mr. Morgan, Presidente del Comité de Construcción, el

Senador yanki se ha pronunciado con cierta energía en el sentido de que se ponga de una vez término á los repetidos incidentes que siempre entorpecen la ejecución del gran proyecto. Pero la cuestión es más ardua de lo que parece. Porque si por parte de los Gobiernos de la Reina Victoria y del Presidente Mac-Kinley se había llegado á acuerdos definitivos mediante la negociación del nuevo tratado Hay-Pauncefote, que abrogó el antiguo Clayton Bulwer, al Senado americano toca la culpa de haber creado nuevas dificultades desde el momento que introdujo modificaciones arbitrarias, en lo que la diplomacia había convenido de acuerdo con los dos Gobiernos que los negociadores representaban. El Congreso de Washington esperaba que las enmiendas hechas al tratado podrían conciliarse por medio de una inteligencia común entre los dos Gobiernos; pero el de Londres, inopinadamente, ha presentado en forma de *litis in jure*, la reclamación que le ha hecho la casa *Forward y Compañía*, la cual es poseedora de un derecho exclusivo de navegación por el río San Juan, de Nicaragua, hasta Setiembre de 1927; y como el río de San Juan forma parte del sistema navegable que en los Estados Unidos se proponen utilizar para la construcción del canal interoceánico; como al mismo tiempo hay que revisar la legitimidad del monopolio obtenido por la casa Forward y Compañía en 1897, con la aprobación del Congreso de Nicaragua; y como el Gobierno de Londres ha hecho entender al de Washington que él no ratificará el tratado Hay-Pauncefote hasta que la reclamación de la casa Forward y Compañía no haya sido admitida y satisfecha, difícilmente se ve la manera como la moción enérgica de Mr. Morgan, en el Senado americano, pueda conducir á los resultados de ejecución rápida que reclamaba ante estas nuevas dificultades. Aunque el *Daily Mail* había anunciado que el Marqués de Lausdowne había convenido con Lord Salisbury rechazar las enmiendas introducidas en el tratado Hay-Pauncefote por los Senadores yankis Davis y Foraker, y que el Senador Lodge sostiene con gran ardimiento,

todo el mundo sabe que de estas discrepancias no surgirá conflicto alguno entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino *una nueva paralización*, por más que los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica hayan declarado que, ajenos á las inteligencias particulares entre los de Washington y Londres, ellos se encuentran dispuestos á cooperar, por su parte, en la obra de la construcción del Canal.

La sumisión de estos pequeños Estados á la acción coercitiva que sobre ellos ejercen los Estados Unidos, es una demostración más de que el decantado *panamericanismo sajón* no envuelve una idea de protección, sino de invasión, á que la raza de nuestro origen en América debe oponerse por todos los medios de que les escude el derecho. La unión hispanoamericana es una idea que se infiltra de tal manera en el alma de todos los pueblos americanos de nuestra sangre, que Venezuela, excluída como Colombia, como los Estados del Centro y algunos de la banda del Pacífico, de las inteligencias que en la parte meridional prosperan más cada día de las entrevistas de Punta Arenas, y las visitas á Río Janeiro y á Buenos Aires, en un documento oficial suscrito por el Presideate de aquella República, General Castro, y por los Ministros Castillo, Andueza, Pulido, Villegas Pulido, Otañez y Urbaneja, con motivo de haberse colocado un retrato del General San Martín en la sala de actos de la casa del Gobierno de Caracas, se ha dirigido al General Roca, Presidente de la República Argentina, invocando la *confraternidad hispanoamericana* y uniéndose virtualmente á los pactos que cada día estrechan más esta unión.

No se hable de problemas del Pacífico, ni se abriguen serios temores por la proximidad de luchas de rivalidad en que se destrozasen entre sí los pueblos del hemisferio austral, llamados á vigorizar más cada día esta unión. Ya se tienen por acordadas las bases de una inteligencia entre Bolivia y Chile. El Perú discute; pero de la discusión á la vía de hechos hay una gran distancia. Las alianzas que parecían negociarse con un

espíritu provocativo de conflictos armados, cada vez pierden más terreno, y el imperio de la vida legal en la política internacional y la imposición de leyes arbitrales aceptadas por todos los Gobiernos, que cada día gana más terreno, asegura á la América de nuestra sangre en el siglo que ha empezado un horizonte plácido y sereno y de inmensa actividad en que desarrollar sus energías y vigorizar, juntamente con su prosperidad, su poder. Los panegíricos con que en Méjico Porfirio Díaz ha reanudado su alta magistratura; la confianza que la Argentina pone en la sabiduría del General Roca; la fe que en el Perú se ha conquistado Romaña; la normalidad con que dentro de poco veremos llevarse á cabo las próximas elecciones presidenciales en Chile, el Ecuador y el Uruguay, son una prenda más de la realización de los votos que hacemos por la felicidad de la América de nuestra sangre en el siglo que ha comenzado.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Criminología: El crimen: sus causas y sus remedios.=Biografía: La Duquesa de Chevreuse.=Literatura: La vida y la muerte en las reputaciones literarias.—La novela por el logro del dominio. Escuelas poéticas contemporáneas.=Política internacional: La conciencia social y la política.=Sociología: Exageraciones sociológicas.=Impresiones y notas: La cuestión del feminismo.—Los mendigos.—Los progresos del wagnerismo.—La fiesta teosófica del loto blanco.—Una novela de María Corelli.—El «Moisés» de Perosi.

CRIMINOLOGIA

El crimen: sus causas y remedios.—Tal es el título del interesante libro de César Lombroso, en el que el ilustre pensador italiano expone su pensamiento completo y definitivo sobre el crímen, sus causas y sus remedios, y del que de Greef hace, en *L'Humanité nouvelle,* concienzudo análisis.

«Todo crimen—dice Lombroso—tiene por origen múltiples causas, y si con frecuencia estas causas se encadenan y confunden, no debemos por eso considerar cada una aisladamente, como se hace con todos los fenómenos humanos, á los que casi nunca puede asignarse una causa única, sin relación con las demás.»

Estudiando la etiología del crimen, aparecen, en primer término, las influencias meteóricas y climatéricas; puede formularse, no sólo una geografía, sino un verdadero calendario criminal, á semejanza del que hacen los botánicos para las flores. Después vienen las influencias orográficas y geológicas,

y luego las de la raza, en las que el índice cefálico es de gran importancia, habiendo centros criminales verdaderamente étnicos, como en Italia, por ejemplo. De estos factores primarios pasamos, naturalmente, á la acción producida por el estado general de civilización ó de barbarie, por las aglomeraciones humanas, por la opinión pública, cuyo órgano es la prensa, y cada una de estas influencias crea nuevos crímenes ó transforma los ya conocidos: así la astucia sustituye á la violencia.

La densidad de población, la inmigración y la emigración y la natalidad, ejercen importante acción sobre la prostitución, el infanticidio y el aborto. La alimentación es de influencia decisiva, y los precios del grano y el carbón obran sobre la cantidad y la calidad de los crímenes. El estudio más concluyente es el de la relación de los crímenes con las horas necesarias de trabajo para obtener el equivalente de un kilo de pan; los robos especialmente aumentan á medida que el trabajo dura más horas.

El alcoholismo es un factor especial de suma gravedad, causa principal del pauperismo. El paralelismo absoluto de la instrucción con la criminalidad, como muchos lo comprendían en otro tiempo, debe estimarse como resultado de una generalización errónea; hay una criminalidad especial para los letrados y otra para los iletrados, para los que han recibido una educación media y para los que han llegado á la superior. La instrucción, por sí misma, no es ni un freno ni un acicate del crimen. Y otro tanto sucede con la riqueza; en general, sin embargo, los *condenados* son casi todos pobres; hay que considerar que muchos hechos, inmorales en sumo grado, no son considerados como crímenes mientras que no pocos hechos son estimados delictuosos, aunque no sean atentatorios á la justicia social, sino sólo á las leyes instituídas por la clase rica. Los efectos de la riqueza ó la miseria están frecuentemente paralizados por la acción étnica y climática.

En cuanto á la religión, su influencia es tan compleja como

el estado general de la civilización. Las religiones son ordinariamente moralizadoras en su origen, pero poco á poco se cristalizan y las prácticas rituales ahogan ó absorben el principio moral; las religiones que, como en ciertas sectas, son fanáticamente morales, constituyen un freno para el crimen; las demás ejercen escasa influencia. La educación es factor muy importante, como lo demuestra el crecido número de criminales espúreos ó huérfanos.

La influencia de la herencia es grandísima. Parece que la epilepsia de los padres domina en los ladrones, el suicidio en los incendiarios, el alcoholismo en los violadores y ladrones, la enajenación mental en los incendiarios. La herencia paterna influye mucho más que la materna, lo mismo en los criminales que en las gentes honradas; la madre, sin embargo, posee en el más alto grado el poder de transmitir á sus hijos las facultades emotivas.

Cada edad tiene también su criminalidad específica, y la precocidad en el crimen varía según las razas, civilizaciones, etc.; la perversidad moral se dibuja sobre todo en la edad de la pubertad, y la cifra más elevada de los delincuentes se encuentra entre los quince y los veinticinco años. La proporción de los crímenes es mucho menor en las mujeres que en los hombres, sobre todo no teniendo en cuenta los infanticidios, y llega al máximum en la edad madura; si la prostitución se considerara como delito, entonces la criminalidad sería igual en ambos sexos; las mujeres, por lo demás, tienen una criminalidad específica: infanticidios, abortos, envenenamientos y encubrimientos. En cuanto á estados, la categoría más numerosa de delincuentes la dan los solteros, y es muy de notar que «uno de los mayores factores del crimen es la cárcel».

Estudiando después el *crimen asociado* y los *crímenes políticos*, Lombroso sostiene la tesis de que «el crimen político es una especie del pasional, punible únicamente porque ataca los sentimientos conservadores y misoneicos de la raza humana, particularmente en la religión y en la política».

La segunda parte del libro está destinada al estudio de la profilaxia y la terapéutica del crimen. No basta reprimir el crimen, síno que hay que prevenirlo, ó por lo menos procurar disminuir en el criminal de ocasión, en los adolescentes y en los criminaloides, la influencia de las causas que lo producen. Los llamados por Ferri *sustitutos penales* son medios excelentes para lograr este fin; estos medios preventivos son generales y especiales. Entre los primeros está la organización científica de la política, el perfeccionamiento de los métodos de investigación, etc.; en cuanto á los segundos, contra las influencias alcohólicas hay que acudir á medios curativos; contra los crímenes nacidos de la miseria ó de la riqueza, crear instituciones de cooperación, de socorros mutuos, de beneficencia, de emigración y de colocación. La caridad es insuficiente; los éxitos más seguros dependen de los progresos de la organización social y de la educación. «Ya es tiempo de desentenderse de esta tendencia atávica que nos hace considerar á la religión como panacea universal del crimen». Y lo mismo ocurre con la instrucción. «¡Qué felicidad si Napoleón, Boulanger y Crispi hubieran sido iletrados!»

Pasando revista á las instituciones penales actuales, Lombroso dice que la prisión celular aisla en efecto al criminal, pero aniquilando su pensamiento y su voluntad. El sistema irlandés, que hace pasar al condenado del aislamiento celular á la libertad provisional por estadios graduados, así como la colocación del peculio ganado en la cárcel en otras manos que las del liberado, son expedientes que pueden resultar ventajosos en casos especiales, sucediendo lo mismo con el patronato. La deportación á las colonias es muy costosa y el trabajo agrícola que convendría sobre todo á la enmienda del condenado no es apenas utilizable por ser los criminales, en su mayoría, de procedencia urbana y repugnar el trabajo corporal.

A propósito de los absurdos y contradicciones jurídicos, el autor hace, como Ferri, acerba crítica del Jurado, llegando á considerarlo como una causa de corrupción popular.

La tercera parte está consagrada á la síntesis y á las aplicaciones penales de los análisis y teorías precedentes. El atavismo nos hace comprender actos como la pederastía y el infanticidio, así como la ineficacia de la pena para con los criminales natos y sus constantes y periódicas reincidencias. Hasta el criminaloide tiene relaciones con el atavismo y la epilepsia. «Esos criminales natos, latentes y poderosos que nuestra sociedad venera á veces como á sus jefes, se diferencian todavía menos de los criminales natos, todos cuyos caracteres tienen, perteneciendo á la misma categoría que los locos criminales». Los criminales por pasión forman grupo aparte; los de ocasión, víctimas de las circunstancias, no son en realidad criminales, sino pseudocriminales.

El estudio de las causas obliga á reconocer la *necesidad del crimen* con la salvedad de que las causas pueden en parte neutralizarse y en parte atenuarse. Según la antropología criminal, la penalidad debe transformarse en medidas sobre todo preventivas, reformadoras y de preservación social. Hay que dejar más campo á las multas, á los manicomios, á las casas de incorregibles, á las indemnizaciones, cauciones, escuelas de reforma, etc., sin aplicar jamás tarifas uniformes y preconcebidas, sino acomodando las medidas penales á las circunstancias del criminal.

BIOGRAFIA

La Duquesa de Chevreuse. —Napoleón tenía el prejuicio de la nobleza; y tanto por vanidad como por el sistema de fusión del antiguo con el nuevo régimen, aspiraba á verse rodeado de nombres ilustres de la antigua nobleza francesa. Siendo Cónsul, tuvo ya empeño en lograr este deseo, consiguiendo que cuatro damas como las señoras de Luçay, de Talhouet, de Remusat y de Lauriston fueran las que hicieran compañía á la señora Bonaparte. Pero proclamado Emperador,

abrió de par en par las puertas de las Tullerías al noble faubourg Saint-Germain, y el faubourg se lanzó por ellas; se empeñó en tener una Larochefoucauld por dama de honor de la Emperatríz y la tuvo; todo era cuestión de precio.

Algunas familias, sin embargo,—dice José Turquan en la *Nouvelle Revue Internationale*—se resistieron dignamente á endosarse la librea imperial. La poderosa casa de Luynes fue de las que más se distinguieron por su hostilidad, y la joven duquesa de Chevreuse, casada con un hijo de los Luynes llevó las cosas á tal extremo, que la policía había llegado á proponer su destierro, á pesar de que hacía poco tiempo que Napoleón había nombrado senador al Duque de Luynes, esperando así conquistar la adhesión de su casa; gracias á la intervención de Talleyrand, la propuesta de la policía se convirtió en un nombramiento de dama de honor del palacio imperial á favor de la joven Duquesa; el astuto ministro pensaba con esto desarmar á la brillante estrella del faubourg, sin lograr otra cosa que meter en la fortaleza al enemigo.

¿Quién era aquella joven aristócrata que se atrevía á desafiar las iras del coloso del siglo? Ermesinda Beranger de Narbona, descendiente de un gran señor español, Manrique de Lara, era una niña mimada, sin grandes atractivos personales, con ojos vivos y piel muy blanca, dominante, autoritaria, atrevida, mordaz, de genio vivo y de lengua acerada; sus cabellos eran rojos, de un rojo subido y vulgar, fuera de moda, razón por la cual ella se los había hecho rapar, sustituyéndolos con una hermosa cabellera rubia; tenía cierta gracia y distinción, más que en su rostro, en sus maneras y en su silueta, y siendo más bien fea que hermosa, atraía por lo imprevisto de sus salidas y lo ameno de su conversación.

Convencida de sus talentos se las echaba de mujer superior, y con el aplomo que dan la riqueza y un gran nombre, se imponía en los salones y en los círculos más aristocráticos, llegando á ser la reina de los suyos; sus dichos se comentaban, sus caprichos se festejaban y sus gustos pasaban á ser moda

acatada por todos, celebrándose hasta sus excentricidades de mal gusto, pues irreflexiva y ligera, no siempre acertaba á conservar el justo medio ni á dar ejemplo de buen tono. Así una vez se le ocurrió hacer la apuesta de pasearse sola á las once de la noche bajo las galerías del Palais-Royal, y salir al paso de su hermano cogiéndole del brazo, como una buscona, sin que él la reconociese; su hermano, por fortuna, la conoció en seguida en la voz y le riñó severamente hasta hacerla llorar por aquella broma de mal gusto, ocasionada á toda clase de peligrosas aventuras.

Otra de sus bromas más comentada fue la que jugó á su suegro el anciano Duque de Luynes, presentándole en una recepción á un mendigo á quien había previamente disfrazado con un magnífico traje lleno de condecoraciones, enseñándole la lección, como un gran personaje de la corte de Suecia; el mendigo fue traído y llevado por todos, haciéndose todos lenguas de su distinción y finura, y solo al día siguiente, por las carcajadas de la Duquesa, llegó á saberse que el famoso personaje sueco era el mendigo de la puerta de San Roque. Y no sólo mistificaba de este modo á los suyos, sino que no vacilaba en burlarse de los extraños si la ocasión se presentaba: así una vez supo por una de sus doncellas que un especiero retirado esperaba una sobrina, á quien no conocía, por la diligencia de Rouen; la Duquesa se informa de las condiciones de la familia del especiero, de sus parientes, de su vida, y disfrazándose de señorita de pueblo se presenta en casa del pobre especiero como su sobrina Pulqueria, que acaba de llegar de Rouen; tío y sobrina se abrazan, y la supuesta Pulqueria aturde de tal modo al infeliz tendero con su brillante conversación, sus paradojas y su talento, que el pobre hombre, que no contaba con una sobrina tan despierta y tan ultraparisién, se enamora de ella y la ofrece en el acto su rugosa mano lleno de entusiasmo; sólo en el momento en que se dispone á sellar con un beso su promesa, la Duquesa se escapa de sus brazos y se salva riendo como una loca su aventura.

Con su necesidad de hacerse admirar de su blasonada corte, no perdonaba ocasión de obtener el aplauso de sus devotos, poniéndose en evidencia con epigramas lanzados contra el Emperador y su familia, que circulaban en seguida como moneda acuñada en honor á su autora. Sus excentricidades y ocurrencias eran por todos celebradas, y había llegado á considerarse la menor de sus palabras como un oráculo. Como una soberana, no devolvía las visitas, y en sus propios bailes y recepciones no se la veía sino cuando iba á terminar la fiesta; todo se le perdonaba. «Son cosas de Ermesinda», se decía, y con esto quedaba absuelta de todo. A tal punto llegaba en el noble *faubourg* la adoración en que se la tenía, que una flor, una cinta, cualquier cosa procedente de ella, se guardaba como una verdadera reliquia. Ella hacía y deshacía las reputaciones con sus elogios ó censuras, y los bailes ó reuniones en los que ella no figuraba resultaban sosos y sin atractivos.

Esta reina de la frivolidad era la que Napoleón quería domesticar haciéndola dama de honor de la Emperatriz, y logrando que aceptara tras largas y misteriosas negociaciones diplomáticas llevadas á cabo por Talleyrand. Para decidirla al sacrificio había sido preciso amenazar á la poderosa casa de Luynes con el espantajo de la confiscación; sabido es que los realistas y los emigrados de regreso no se cuidaban mucho de su dignidad, y que, como dice Chateaubriand, gran autoridad en este punto, «apenas se encontrará un gran nombre histórico que no consienta en perder su honor antes que perder una de sus tierras». La Duquesa aceptó el puesto de dama de honor de la Emperatriz para salvar sus tierras; pero pretendía salvar también del naufragio de su dignidad su rango de reina de la oposición realista, y era difícil sostenerse en cargos tan incompatibles.

El día de su presentación á la Emperatriz se mostró más fría y altanera que respetuosa, á pesar de la cariñosa acogida de Josefina; las princesas imperiales la mimaron también cuanto pudieron, sin lograr romper el hielo de su actitud. Sin pre-

tender que de buenas á primeras renegase de sus antiguas convicciones, Napoleón se lisonjeaba de hacer la conquista política de la Duquesa á fuerza de atenciones y de cuidados, y él, que no se molestaba por nadie, mostraba empeño en hacerse grato á la Duquesa. A veces creía haberlo conseguido, pero no tardaba en convencerse de su error. La Duquesa de Chevreuse es la única mujer con quien Napoleón hizo todo el gasto de su amabilidad, y la única también que le respondía con la más desconsoladora frialdad. Y no obraba así la Duquesa por obedecer á sus principios políticos, sino por puro afán de singularizarse, para hacer hablar de ella y por conservar su popularidad en las tertulias del faubourg Saint Germain.

Napoleón también encontraba simpática aquella mujer que se resistía á su omnipotencia, y que no era «como las demás». Poco acostumbrado al trato de las damas, era con ellas tímido y brusco, y á veces grosero, siendo por lo mismo mucho más de estimar las delicadas atenciones que prodigaba á la Duquesa de Chevreuse sin lograr desarmar su hostilidad; la Duquesa, que se sentía humillada en su papel, comenzó por mostrarse desdeñosa, juzgándolo de buen tono, y acabó por acostumbrarse á obrar así, sin comprender que la dignidad no estaba en cumplir tan mal los deberes de su cargo, sino en no haber aceptado éste.

Un día, después de algunas horas de caza en el bosque de Bolonia, Napoleón se acercó al coche de la Emperatriz, en el que iba también la Duquesa con otras dos damas de servicio; el Emperador estaba de muy buen humor; á poco llegó el Mariscal Berthier y le dijo que el ciervo estaba acorralado. — Y bien, señora — dijo Napoleón á la Duquesa de Chevreuse — ¿qué haremos de ese pobre animal? — A fe mía, señor — contestó la Duquesa con aire impertinente — me es indiferente.— ¡Vaya! — dijo Napoleón algo picado, pero sin dejar ver su impaciencia — puesto que ese pobre ciervo tiene la desgracia de no interesar á la señora de Chevreuse, no merece vivir, ¡que muera!

Por más que redoblara su amabilidad y lo hiciera siempre con tono respetuoso, que excluía todo libertino pensamiento, siempre encontraba Napoleón la misma acogida, sin acertar con el motivo de tamaña obstinación. Una especie de guerra sorda había llegado á entablarse de este modo entre ambos, y en ella pocas veces llevaba Napoleón la mejor parte. Una noche de *grand cercle* en las Tullerías, la Duquesa, vestida, como siempre, de blanco, se presentó resplandeciente de diamantes. Napoleón, al detenerse frente á ella en la vuelta que iba dando al salón, quedó sorprendido por la profusión y belleza de los diamantes y le dijo: «¡Oh, oh! ¡Hermosas piedras! ¿Son todas ellas buenas?» La pregunta no era muy graciosa, ni estaba hecha con mala intención; pero la Duquesa la cogió al vuelo, y contestó con la mayor insolencia: «¡Dios mío! No me he asegurado de ello, señor; pero para venir aquí, bastante buenas son siempre.»

Napoleón se sintió mortificado; seguramente se dió cuenta, una vez soltada su pregunta, de la inconveniencia cometida; pero esperaba que su torpeza habría sido recogida con más corrección, como con frecuencia le ocurría; de este modo se aguzan los ingenios sin saltar jamás sobre las leyes de la cortesía. Así, por ejemplo, en un baile de la gran Duquesa de Berg, el Emperador quiso castigar á la señora Regnault, que daba que decir con ciertos caprichos, y le dijo: «¡Es singular, señora, cómo envejece usted!» A lo que la dama contestó: «Lo que Vuestra Majestad me hace el honor de decir, sería muy duro de escuchar si yo estuviera en edad de incomodarme por ello.»

Pero la Duquesa de Chevreuse no se cuidaba de andar con miramientos; cuanto más resonancia tuvieran sus réplicas, mejor. Napoleón quiso tomar la revancha, y habiendo sabido que la Duquesa tenía el pelo rojo y que los hermosos bucles rubios que caían sobre su frente eran de una peluca, aprovechó la ocasión de otro día de recepción y le dijo, sin medir el terreno que pisaba: «¡Ah, señora! ¡Es singular lo rojos que tenéis los cabellos!» La Duquesa, herida en lo vivo, replicó: «Es posible,

señor; pero es la primera vez que un hombre me lo dice.» José Bonaparte sostiene que su hermano quiso con su frase dirigir un cumplimiento á la Duquesa, y que ésta no lo entendió: puede ser; pero lo cierto es que el cumplimiento no estaba muy bien escogido, y que la réplica dejó cortado al Emperador, que no volvió á entablar la lucha en terreno para él tan peligroso.

La Duquesa suponía que Napoleón no olvidaría nunca su derrota, pero no por eso se contenía, y el Emperador sabía con disgusto por su policía secreta las burlas y sarcasmos que la Duquesa hacía de su corte y de su familia. Pero no paraba en esto su indisciplina; deseosa de tener hijos, había hecho voto de no vestir más que de blanco mientras no los tuviera, y como Dios se los negaba, hizo nuevo voto de no ir á ningún teatro mientras no fuera madre; habiéndole tocado acompañar á la Emperatriz á la Opera, recibió aviso para ello y se negó, alegando el voto hecho; Josefina la dispensó, pero Napoleón lo supo, y le pareció muy mal aquella desobediencia. La creación de la nobleza imperial fue después objeto de las más acres burlas, y la medida de la paciencia la colmó la negativa de la Duquesa á marchar á Compiegne para acompañar á los Reyes de España Carlos IV y María Luisa, que acababan de ser internados en Francia; la Duquesa se negó, y como se le reiterara la orden, rehusó de nuevo, manifestando que «el Emperador podría hacer de ella una prisionera, pero que no la convertiría jamás en carcelera de nadie».

Napoleón no quiso aguantar más. «No quiero más á esa impertinente en mi casa», dijo; y no sólo la destituyó de su cargo, sino que la desterró á cuarenta leguas de París. Así tuvo la Duquesa el gusto de verse compadecida y el orgullo de entrar en la historia. Pero cuando se vió fuera de París, no pudo contener sus lágrimas. Retirada en Caen, no podía resignarse á verse privada de su tertulia del faubourg, y allí murió sin decidirse á pedir su perdón al Emperador, aunque haciéndolo pedir inútilmente por medio de su familia.

LITERATURA

La vida y la muerte en las reputaciones literarias.—Es un error cómico de la mayor parte de las profesiones—dice en la *Revue des Revues* Pablo Stapfer—el mirar con desdén todas las demás: el militar desprecia al paisano, el juez se hincha con la idea de su importancia superior, y el profesor piensa que no existe función más alta que la suya. En nadie, sin embargo, es mayor esta vanidad que en el literato, y en ninguna parte el espectáculo de la realidad hace más ridícula y falsa semejante ilusión.

Los escritos de un autor no entran para nada en la estimación en que le tienen durante su vida los que le conocen: nuestra familia, nuestros amigos, nuestros vecinos, nos buscan y nos quieren por nuestras cualidades personales, sin relación con el ingenio y el talento que hayamos desplegado sobre el papel. Para todos los ojos que nos ven de cerca, nuestra literatura se desvanece en la existencia de nuestra propia persona, agradable ó desagradable; todas nuestras líneas adicionadas, no valen un comino frente á la impresión que hacemos personalmente sobre nuestros conocidos. Y, sin embargo, para nuestras imaginaciones embriagadas, *nuestro libro* no es sólo el trabajo exterior de nuestro espíritu y de nuestras manos, sino la única parte sólida y duradera de nuestro sér; todo lo demás, hechos y palabras de nuestra vida pública y privada, es sombra que pasa.

El sentido á veces acertado del vulgo estima que los autores, como los demás hombres, valen ante todo por lo que *son*, luego por lo que *hacen*, después por lo que *dicen*, y sólo en cuarto y último término por lo que *escriben* (1). «Sea lo que

(1) Pero, por ventura lo que un autor *escribe*, ¿no es, en general, lo que *hace*, puesto que su labor precisamente, y el empleo ordinario de su actividad es el *escribir*? Y sus escritos, ¿no son, en general, el fiel reflejo

quiera—decía Montaigne—lo quiero ser en otro sitio que en el papel.» Basta muy poco para fundar ó para restaurar una reputación, pero se necesita menos para derribarla. Desde el día en que Cydias se ha comprometido en la más detestable campaña política, sus adversarios han cargado contra él y contra su propia labor literaria, hallando en el público oídos muy dispuestos á tragar la necedad de que el escritor delicioso de ayer no es ya un poeta, un crítico, un novelista exquisito; Arsenio, crítico de gran saber y talento, triunfa con trabajo del prejuicio desfavorable que contra él alimenta su pedantesco orgullo; Julio Lemaitre, que acababa de publicar en la *Revue Bleue* una preciosa novelita, recibía los cumplimientos de Stapfer respondiendo sencillamente: «Me complacéis sobremanera; nadie me ha dicho todavía una palabra de esas páginas, y nadie, sin duda, me la dirá: *nunca me hablan de lo que escribo.*»

Por ignorancia del verdadero estado de las cosas, por malignidad secreta, por fría indiferencia sobre todo, y quizá también por pudor y por desdén sincero por los cumplimientos, *nuestros amigos no nos hablan nunca de nuestras obras*; el convencionalismo corriente supone que nada nos importan los elogios, y que debemos estar saturados de ellos; el hecho, por el contrario, es que el menor elogio nos agrada, porque es obsequio muy raro. No pedimos hipérboles, peores que los malos cumplimientos; deseamos sencillamente que nuestros amigos, cuando hemos logrado interesarlos ó conocerlos, nos lo digan, pero... no nos dicen nada. Pero no basta que ellos parezcan no saber nada de nuestras obras; es preciso que nosotros mismos, por falsa modestia, afectemos olvidarlas, pues seríamos ridículos si hiciéramos la menor alusión á su existencia.

Para agradar y sobresalir, la conversación tiene una importancia y un poder de tal modo superior á la escritura, que

---

de lo que *dice* y de lo que *es*, con la diferencia de que lo que *dice* sólo es conocido por las pocas personas que lo oyen, mientras lo que *escribe* se extiende indefinidamente en el tiempo y en el espacio?

probar la fortuna de la letra de molde es extrema temeridad en quien reina por los talentos de la palabra hablada. La táctica hábil de los listos consiste en dar á sus conocidos altísima idea de la obra que *podrían escribir*, y no escribirla nunca. Chapelain gozaba de gran autoridad en el mundo de las letras; la publicación de *La Doncella* lo echó todo á perder; los discípulos de Esteban Mallarmé aseguran que aquel maestro era un hombre superior, y sin dificultad los creeríamos por su palabra; desgraciadamente ha publicado algunos versos y prosa, y desde entonces ponemos en duda la realidad de su genio y el buen sentido de sus admiradores.

En suma: el hombre que busca la estima, la admiración, el amor de los demás hombres, debe merecerlos por cualidades sobresalientes y no sólo por sus escritos. Insuficientes éstos para nuestro éxito personal, lejos de servirnos, pueden perjudicarnos. Excitan la envidia de nuestros colegas y la desconfianza instintiva de la sociedad, haciendo sospechosa la realidad de nuestro mérito. Quien fíe demasiado á sus solas obras el cuidado de su fortuna, recogerá la indiferencia del prójimo. Los que recompensa el efecto del mundo, son los séres realmente superiores cuyo talento, que se admira á distancia, es ante todo una virtud moral que irradia en torno suyo, hombres de acción, hombres de fe, hombres de corazón, hombres de bien.

Extendamos ahora el círculo, y veamos lo que pasa lejos de nosotros en el espacio y en el tiempo. Nuestra vanidad de profetas no comprendidos en su país, puede á veces experimentar el placer de creerse escuchados fuera; parece que existimos en Suecia, en Italia ó en alguna ciudad americana, donde algunos curiosos que nos son desconocidos han tenido el capricho de traducir alguno de nuestros opúsculos; excelentes personas, que creían que significábamos algo en nuestro país, no están en el movimiento; los escritores desheredados que adopta el extranjero, no por eso vuelven á ser los hijos de la casa. El cosmopolitismo de París, fábrica central de reputa-

ciones literarias, con sus embobamientos y su fácil entusiasmo por las rarezas exóticas, podrá hacerle admitir en su galería la celebridad abigarrada de algún provinciano hirsuto y feroz, si tal es un día su capricho; pero es preciso para eso, que un barnum bien acreditado haya hecho admirar al soberano las muecas y cabriolas del monstruo.

Hay gran cantidad de ilusión en ese adagio clásico de que «la posteridad es siempre justa». La historia literaria cuenta numerosos ejemplos de reputaciones usurpadas, que duran; pero es probable que este escándalo acabe por desaparecer; desde que no tenemos bastantes nichos en nuestros altares para todos nuestros escritores de valía, el lujo de sostener el culto de las nulidades parecerá un capricho harto dispendioso; los antiguos ídolos seguirán en sus puestos, salvados por la indiferencia misma de los fieles; pero los nuevos dioses falsos tienen pocas probabilidades de conservarse mucho tiempo.

En cuanto á los olvidos injustos, es imposible tenerlos en cuenta, pues no pueden computarse olvidos que se ignoran. ¿No es cosa sabida que en los concursos hay siempre que desechar muchos pretendientes que valen tanto como los elegidos? Pues lo mismo pasa en literatura. Es ley fatal de las cosas, cuyo rigor aumenta en proporción geométrica, por el exceso de talentos que aparecen sin cesar. Cuando se dice que la fortuna es mujer y sólo sonríe á los jóvenes, se expresa un hecho constante en literatura: á todos los grandes escritores la fortuna les sonríe muy temprano ó no les sonríe nunca. Por regla general, casi absoluta, hay que conquistar joven la gloria literaria, y mantener celosamente esta conquista hasta la muerte, con actividad incesante, progreso sostenido, y continua renovación de las formas del talento. La gloria inmortal no está prometida á nadie, y sólo pueden esperarla los muy raros elegidos que han probado de vivos sus primicias.

Literariamente la muerte mata á todos los vivientes. ¿Cómo no ha de aniquilar á los que ya han muerto ó no han existido nunca? Suele contarse con la muerte para una resurrección;

pero si de vivos no habéis logrado atraer la atención, ¿por qué la muerte ha de producir tan extraordinario fenómeno? La posteridad es el público del porvenir, y el público no es justo, ni injusto; *no es*. Su iniciativa es nula, su conciencia nula, su responsabilidad nula; es formidable como número; pero su existencia, como ser libre y espiritual, es nula. Sigue á sus conductores, y á ellos es á quienes hay ante todo que ganar; apresuraos, porque la vida es corta. Cuando estéis muertos y no tengáis para secundaros, los amigos que os ayudan á cambio de vuestro apoyo, las compincherías de la prensa, los codos que se empujan, las rodillas que se abrazan, las importunidades, las lisonjas, las risitas, los regalitos, los salones y las intrigas de mujeres, cuando no tengais más que vuestras obras, de temer es que se pierda la partida.

* * *

La novela por el logro del dominio.—No hay ya ni uno solo entre los más celebrados novelistas—dice Morasso en la *Rassegna internazionale della letteratura*, de Florencia,—que escriba hoy una novela para satisfacer un espontáneo y prepotente impulso de su espíritu, por atender á un puro motivo de creación estética. El arte de la novela se ha convertido en una profesión lucrativa como otra cualquiera, en la que el individuo se consagra á una labor tenaz y diaria, y produce durante doce meses el número de novelas ó cuentos necesarios para ganarse la vida ó mejorar sus condiciones de existencia, como el sastre hace determinado número de trajes. Y entre los grandes novelistas en boga no hay ni una sola excepción, desde Ohnet á Barrili, desde Zola á Rovetta; unos son mejores que los otros, pero ninguno es artista, ninguno es sincero.

Fuera de este grupo de escritores considerados hoy como los verdaderos novelistas, hay algunos que podían llamarse artistas en cierto sentido, pero que no son ni novelistas ni artistas; porque, si bien es cierto que no tienen como objetivo

principal el lucro, son hombres de lucha y de pensamiento que se valen de su pluma como de un instrumento para difundir sus opiniones, hacer triunfar á su partido y formar su propio pedestal; son tratadistas, articulistas, polemistas, etc., pero no novelistas: Tolstoi, Barrés, Anatolio France y el mismo Annunzio pertenecen á esta categoría.

Entre los sinceros, entre los que en parte son todavía artistas, hay que poner á los principiantes; lo mismo Zola, que Bourget y Annunzio, ejecutaron en sus comienzos algo que era producto libre y espontáneo de su alma, algo artístico. De modo que, en resumen, podría enunciarse la siguiente aparente paradoja: hoy sólo son artistas novelistas los que todavía no han llegado á serlo y los que han dejado de serlo ya, los que quisieran llegarlo á ser y los que no quieren serlo.

Los gustos del público, por su parte, pueden dividirse en varias categorías, correspondientes en general á las diversas clases sociales. Las clases superiores, en el sentido de las más cultas é inteligentes, obligadas á una labor cada vez más áspera é intensa, además de no hallarse en las condiciones de quietud y serenidad necesarias para contemplar y gozar la belleza, han perdido en gran parte el concepto de lo bello, y no lo buscan ni lo gustan en las obras de arte, á las que piden satisfacciones morales, consuelos, auxilios y enseñanzas. Las clases burguesas, ricas y trabajadoras, faltas en parte de educación estética é incapaces de sentir la belleza, y en parte constreñidas asiduamente al trabajo para la producción de medios de existencia, envueltas en una atmósfera de materialidad, de vulgaridad, de perennes preocupaciones, no piden á la obra de arte sino la distracción para los ocios aburridos ó el fácil deleite para las cortas horas de descanso; los más ricos de esta clase quieren un poquito de psicología ó sociología, sin que la parte científica meditativa de la novela pase del oficio de salsa, pues en otro caso arrojarían el libro; los menos ricos no buscan más que el deleite; la hora consagrada al arte, lectura, drama, música ó pintura, es la de la digestión, y en

tales condiciones no se quiere más que el deleite pronto y fácil, sin rodeos ni cavilaciones. Las clases populares, ó no leen, especialmente en Italia, ó leen antiguas novelas de aventuras cuando no tienen las mismas preferencias que la burguesía trabajadora; del pueblo sólo las mujeres leen novelas, en su mayor parte de folletín; la juventud antes, especialmente en los campos, leía *Guerrino* y *Bertoldo*, y hoy folletos de propaganda clerical ó socialista.

Hay otras categorías de lectores, independientes de las divisiones sociales. Así, por ejemplo, entre los hombres más prácticos, como los ingleses y los norteamericanos, brota una violenta aspiración hacia lo fantástico, lo extraordinario y lo sentimental, que explica el éxito de obras como el *Ben-hur* ó el *Quo vadis,* el *Wonderfus Visit* ó el *Invisible Man* ó las obras maravillosas de Verne, todo lo que puede significar la realización de un sueño ó de una esperanza. Otra categoría la forman las señoras nórdicas y snobs, que gustan de ver representadas las cualidades que pretenden tener y afirmada la superioridad de la mujer sobre el hombre, de donde toda una serie de novelas de propaganda feminista.

La forma de novela más elevada y más típica, como índice de modernidad, es la que desenvuelve un principio político social. La lucha por el dominio individual ó colectivo se ha hecho hoy consciente y gallardísima, renovando todas las violencias antiguas y requiriendo todos los esfuerzos de cada cual para el logro de la victoria. El equilibrio del poder entre antagonistas inconciliables, como el superior y el inferior, el vencedor y el vencido, el fuerte y el débil, el hermoso y el feo, el rico y el pobre,—la mayor de las utopias democráticas—está para caer; en todas partes todo hombre lo quiere todo para sí, dominarlo todo para gozar de todo. El novelista no ha podido salvarse de esta pasión devoradora y universal.

Antes el escritor podía pertenecer á tal ó cual escuela filosófica é informar sus novelas en la escuela opuesta; después no es esto posible, y el escritor que hacía profesión de fe po-

sitivista ó idealista trata de sostener y propagar en sus novelas sus convicciones filosóficas; toda la serie de los *Rougon-Macquart* de Zola pertenece á este período del que es producto típico *El Discípulo,* de Bourget. Pero no basta esto: el escritor podía profesar tales principios filosóficos, y como elector estar afiliado en tal partido político, siendo independiente como artista; la lucha política, que es la verdadera lucha por la supremacía efectiva, ha llegado á tal grado de acritud, que hoy el novelista no puede prescindir de sus opiniones políticas, y se vale de la novela para ayudar al triunfo de su partido. En este punto, y es el del momento actual, el artista y el hombre forman un solo sér, y la evolución es completa: la fe filosófica, científica y política que el artista profesa y sigue como hombre, debe profesarla, seguirla y sostenerla como artista, haciendo de sus obras un medio para el triunfo de sus ideas.

De aquí el tipo definitivo de la novela de nuestro tiempo, la novela político social. Las novelas más recientes tienen tales caracteres, que se dirían más bien tratados de política ó escritos de propaganda que novelas: Zola pasa de *Lourdes*, donde se expresa una convicción científica, á *Roma*, donde se diseña un amplio concepto social y religioso, y á *París*, donde se exalta determinado programa político-social, para llegar hasta *Fecundidad*, donde cesa la novela propiamente dicha, quedando la discusión y la solución de una grave cuestión nacional. Tolstoi, desde la gigantesca concepción de *Guerra y Paz*, pasa en *Resurrección* á señalar determinada norma moral entre las relaciones de ambos sexos. Mauricio Barrés propone y desenvuelve en su trilogia *Bajo la mirada de los bárbaros*, *Un hombre libre* y *El jardín de Berenice*, y luego en *El enemigo de las leyes*, el amplio programa filosófico de la supremacía y la expansión del yo contra la constricción colectiva; formula en *Desarraigados* todo un programa político y administrativo, y especifica todavía más en la *Apelación al soldado* su aspiración política, encarnándola en un hombre real, en Boulanger.

En Anatolio France la evolución desde *El lirio rojo* hasta *El anillo de amatista* es más significativa; y lo mismo podría decirse de Marcelo Prevost, que pasa del erotismo sensual á propugnador del programa feminista en *Vírgenes fuertes*; de Octavio Mirbeau por su flagelante *Jardín de los suplicios* y su drama político-social *Los malos pastores*; y de Pablo Adam, que en su libro *Fuerza* traza todo un programa de dinamismo individualístico. Rudyard Kipling, después de su prodigiosa novela de la *Jungla*, ha dedicado su poderosa fantasía á la celebración del imperialismo; como Annunzio ha pasado desde *El placer*, donde predominaba la parte dramática, á *Las vírgenes de las rocas,* donde la concepción filosófico-política ocupa todo el libro.

*
* *

Escuelas poéticas contemporáneas. —Quizá en ninguna época—dice Adolfo Retté en *La Revue*—se han leído menos versos ni se han publicado más que en la actual. ¿Qué queda de toda esta producción y de las polémicas á que ha dado lugar? Unos papeles viejos y algunos restos de lógica flotando entre oleadas de divagaciones: los buenos poetas han seguido cantando bien, como antes, y los malos cantando mal, como antes también.

No todo, sin embargo, ha sido vano en este movimiento. Verdad es que la escuela decadente, patrocinada irónicamente por Verlaine, se ha hundido en el no sér con su barnum Anatolio Baju; el instrumento-evolucionismo de Renato Ghil, poeta robusto, estraviado desgraciadamente por un didactismo fuliginoso, no fija ya la atención; la escuela romana ha dejado de existir, sin que de todos sus fieles, batidos en retirada, quede más que Ernesto Reynaud; pero en cambio la escuela simbolista ha reclutado gran número de adeptos.

Es cosa difícil definir el simbolismo. Así como el romanticismo se caracterizó según unos por el empleo del color local,

según otros por la mezcla de lo serio y lo grotesco, y según Alfredo Musset por el abuso de los adjetivos, así el simbolismo ha suscitado no pocas teorías y explicaciones: unos han visto en él el triunfo del individualismo en el arte, otros una reacción idealista contra el naturalismo, y otros una tentativa para flexibilizar el verso, petrificado en manos de los parnasianos. De todo esto hay en el simbolismo, pero esta escuela pretende á la vez dar la síntesis de todas las emociones detalladas por los poetas anteriores y crear relaciones insólitas de ideas. Los simbolistas volvieron á utilizar los temas de sus predecesores, esforzándose á veces, sin lograrlo, por darles sentido más sutil, interponiendo entre ellos y el mundo un prisma de sueño y produciendo en ocasiones hermosos poemas.

A decir verdad, sólo ha existido un poeta simbolista: Esteban Mallarmé. El caso de este poeta es quizá el único en la historia literaria: es un hombre que ha conocido la gloria *por no haber escrito* la obra que durante quince años han anunciado sus admiradores como resumen del alma humana y del alma universal, y que ha empleado su existencia en reeditar diez sonetos, tres poemas en verso y quince en prosa, una escena de tragedia y algunos fragmentos teóricos. Todo esto no eran más que piedras de asiento de un edificio futuro cuyo plan y alcance explicaba á sus oyentes, pero que nunca quiso ó pudo edificar.

La razón de esta impotencia está en que Mallarmé se declaraba impotente «en todo lo que no fuera lo absoluto»; y lo absoluto no se realiza, se sueña. Intentó, sin embargo, distribuir algunas rajas de absoluto á los iniciados en su técnica, y sometió para ello la lengua á una serie de deformaciones que sólo dejaban subsistir miembros desparramados. Partiendo luego del principio de que «nombrar un objeto es suprimir los tres cuartos del goce del poema, que consiste en el gusto de adivinar poco á poco», sólo trataba por alusión los asuntos de sus poemas. En cuanto á las palabras, Mallarmé las acusa de no representar suficientemente los conceptos, y si por una par-

te las desprecia hasta el punto de preferir á un texto sublime páginas en blanco con puntos y comas, por otra quiere «que con varios vocablos se rehaga una palabra total, nueva, extraña á la lengua y como encantatoria, que nos cause la sorpresa de no haber oido jamás semejante fragmento de elocución al mismo tiempo que la reminiscencia del objeto nombrado se baña en una nueva atmósfera».

Se consagró á tan imposible tarea sin haber logrado dejar ni siquiera nn bosquejo de su sueño. Pero tuvo la extraña fortuna de ser admirado, elogiado, defendido apasionadamente por poetas, ni uno solo de los cuales se cuidaba de aplicar su doctrina. Se alababa con justicia lo ameno de su trato, el encanto de su conversación, y así reinó un cuarto de siglo sobre una pléyade entusiasta que proclamaba sin par sus preceptos y que se guardaba cuidadosamente de practicarlos, demostrando su inanidad.

POLITICA INTERNACIONAL

La conciencia social y la política. — Imaginad por un momento — dice Gaston Choisy en la *Revue Bleue* — que todas las naciones de Europa — con excepción naturalmente de Inglaterra y quizá del temible Portugal — fuesen consultadas á guisa de *referendum* sobre la guerra surafricana; ¿no es verdad que de todas partes saldría un mismo grito: cesación de las hostilidades ó guerra á Inglaterra?

Y, sin embargo, el desgraciado Krüger anda meses hace por Europa en busca de una intervención, y en el Africa sigue la cruenta lucha. Y aquí estamos ciento cincuenta ó doscientos millones de voluntades impotentes contra la augusta obstrucción de cuatro ó cinco cabezas coronadas, que bastan para que una vez más la fuerza venza al derecho, y la ambición y la violencia triunfen.

Ved la perfecta y sabrosa despreocupación con que sus «vasallos» han significado á Guillermo II su franca reprobación

por haberse negado á recibir al infortunado peregrino; de Colonia á Dresde, desde Munich á Hamburgo, ha sido un tolle general. Cuando Krüger hubo pasado la frontera, se reunieron en Leipzig delegados de todos los grandes centros, y desde allí marcharon á La Haya para expresarle — ya que no se le *podía* recibir en Berlín — la admiración y la respetuosa simpatía de Alemania entera.

La sincera expresión de los sentimientos del pueblo alemán se halla en los discursos pronunciados y en los acuerdos tomados por la Asamblea reunida en Munich, á la que asistieron más de 7.000 personas. Su presidente, el Dr. Günther, exdiputado bávaro y profesor de la Escuela de Altos Estudios técnicos, decía enmedio de una tempestad de aplausos: «Después de la recepción que en otro tiempo le fue dispensada por Guillermo I y Bismarck, ¿quién de nosotros se atrevería á criticar que Krüger hubiera puesto en el pueblo alemán su suprema esperanza, aun admitiendo que en esa esperanza hubiera algo de candidez? Nuestro deber de ciudadanos nos obliga á deplorar que haya encontrado cerrada una puerta que hubiera estado abierta de par en par para cualquiera otro.» «Esta guerra —decía por su parte Grueber, profesor de la Universidad de Oxford,—que ha removido en sus profundidades la conciencia del mundo civilizado, constituye, desde la declaración de las hostilidades hasta la anexión ilegal de ambas Repúblicas, un crimen monstruoso contra la humanidad y el derecho de gentes, siendo, como ha dicho Mommsem, una infamia brutal.»

Entre los acuerdos tomados, figuran los de «expresar á los boers su admiración sin límites y su simpatía más cordial en la lucha que sostienen con heroismo y abnegación sin ejemplo», manifestar «la firme esperanza de que las potencias europeas obrarán de modo que se termine cuanto antes la guerra y se mantenga la plena independencia de las dos Repúblicas», y declarar que «la conducta seguida con el presidente Krüger es *una vergüenza nacional.*»

Frente á protestas tan animosas, ¿qué contestan los Go-

biernos? He aquí las palabras del Canciller Bülow con motivo de la interpelación de Hasse sobre el famoso telegrama de Colonia: «Hemos hecho lo que nos convenía y facilitaba al mismo tiempo el sostenimiento de la paz en el mundo; al obrar así, no nos hemos cuidado ni de la aprobación de los unos ni de la irritación de los otros. Bebel ha pretendido que la actitud del Gobierno, á propósito del presidente Krüger y durante la guerra surafricana, se explicaba por las relaciones de parentesco del Emperador; por mi parte, ignoro cómo consideran el viaje de Krüger el Gobierno inglés y la corte de Inglaterra; pero declaro del modo más formal, que ni el Gobierno inglés ni la corte de Inglaterra han dirigido al Emperador ni á mí, como Canciller responsable del Imperio, deseo ni proposición ninguna relacionada con el viaje de Krüger ó con nuestra actitud durante la guerra surafricana.»

«Admitir que el Emperador haya podido dejarse influir por relaciones de parentesco, es mostrar que se comprende muy mal el carácter y el patriotismo del Emperador. Si consideraciones dinásticas de cualquier clase ejerciesen alguna influencia en nuestra política exterior, yo no sería Ministro ni veinticuatro horas más. *Cuando se produce un conflicto entre pueblos extranjeros, no se debe preguntar de qué lado está el derecho: el político no es un moralista;* no tiene que defender más que los intereses y los derechos de su país. El idealismo es una noble herencia del pueblo alemán y debemos conservarla; pero no debe venir á mezclarse en las combinaciones de la política exterior ó á comprometer el porvenir del país.»

Así tratan los Gobiernos á la opinión pública. Pero ¡no importa! Siempre es consolador, frente á tales egoismos, el espectáculo de esos miles de ciudadanos que se vengan del desprecio de los gobernantes á la causa del derecho y de la civilización; siempre es hermosa la frase del Dr. Lipps: «La negativa de recibir al presidente Krüger es una vergüenza para la nación.» Los pueblos no andan con cumplimientos, y la conciencia social se rebela contra los egoismos de los Gobiernos.

SOCIOLOGIA

Exageraciones sociológicas.—Tal es el título de un concienzudo artículo publicado por el profesor Fernando Puglia en la *Rivista politica e letteraria* de Roma.

Partiendo de los datos de la biología, insignes sociólogos han venido á la conclusión de que una sociedad humana es un organismo viviente, con su tejido óseo, sus órganos para la circulación, etc., estableciendo así entre el organismo animal y el social, no una mera relación de semejanza, sino de verdadera homología. A esta escuela, llamada *organológica,* pertenecen sociólogos que llegan hasta la exageración, como Lilienfeld, Bordier, Sergi, etc., y otros más templados, como Spencer, Schaeffle, Worms, etc.

Hay quienes pretenden que Comte debe contarse entre estos sociólogos templados; pero Comte lo que hizo fue aplicar el método de la biología al estudio de las ciencias sociales, sin asemejar por eso unos organismos á otros. Verdad es que distinguió la *estática social* como una especie de anatomía social, y la *dinámica* como una especie de fisiología; pero dió gran preponderancia á la dinámica, que es el objeto principal de la sociología y lo que la distingue de la biología.

Y no se crea que el abuso de la analogía no produzca graves consecuencias, no sólo en el terreno puramente científico, sino en el de la práctica; baste recordar la polémica entre Hæckel y Virchow, y que algunos han tratado de demostrar, partiendo de la premisa de ser la sociedad un organismo vivo, que es legítimo el colectivismo, mientras otros legitiman el individualismo, y otros podrían justificar hasta el despotismo. Debe eliminarse del lenguaje de la sociología el de la biología, y no volver á hablar de *células sociales, substancia intercelular social,* etc.; las metáforas perjudican á la claridad de las ideas y son causa de graves errores.

Llámese *organismo* á la sociedad, pero no se entienda que es un organismo *viviente,* sino que consiste en la unión de individuos que ejercitan *funciones* diversas convergentes al logro de fines individuales y sociales. Pero si no es un organismo vivo, ¿será un *superorganismo,* según los caracteres que le asigna Spencer? En ese caso se daría á entender que el hecho social es más *complejo* que el hecho biológico común, y que entre ambos existe una diferencia *cuantitativa,* no *cualitativa;* y esto, sin resolver nada, tiene los inconvenientes del equívoco antes indicados. También Morselli rechaza la expresión de *superorganismo* por estimarla contraria al principio unitario de las ciencias biológicas.

Es un hecho indiscutible que existen transiciones, imperceptibles si se quiere, entre todas las series de cuerpos orgánicos é inorgánicos; pero es preciso dar á estos seres intermedios, cuya existencia es la prueba más evidente de la ley de *continuidad* ó de *evolución,* valor científico preciso que no impida la clara determinación de las varias series de seres que presentan notables caracteres diferenciales. Ese complejo de cogniciones referentes á los seres intermedios debe constituir una *propedéutica* á la ciencia de los seres superiores. Si encontramos en las especies animales más inferiores fenómenos de sociabilidad, deben estudiarse éstos como parte introductiva de la ciencia sociológica, sin que esto se oponga al concepto de la evolución, pues se admite la distinción del hecho de la sociedad humana y no se niega la *continuidad* que pueda existir entre este hecho y otros hechos naturales. Las sociedades humanas no son organismos vivos ni superorganismos; son formaciones naturales consistentes en la asociación de individuos dotados de razón y de voluntad, que persiguen determinados fines, mejor dicho, la satisfacción de necesidades intrínsecas á su naturaleza.

Siendo esto así, claro es que estas sociedades están sujetas á leyes distintas de las *biológicas,* á leyes *sociales.* La cualidad específica del hombre es la *perfectibilidad,* y el fin último de

su existencia su *conservación* y *perfeccionamiento;* una y otro presuponen como condición necesaria de desarrollo la vida social, de donde se desprende que las sociedades son *formaciones naturales necesarias,* no artificiales ni arbitrarias; y como los individuos, al desarrollar su actividad, establecen relaciones entre sí que dan origen á los fenómenos de la vida común, el conjunto de estos fenómenos obra sobre cada individuo, estableciéndose así una continua y mutua acción entre el individuo y la colectividad.

Dada la diferencia entre la fenomenología *social* y la *individual,* las leyes de la una no pueden ser las de la otra. Los organismos individuales son organismos *evidentes*, y como tales, están sujetos á las leyes de la *adaptación,* de la *lucha por la adaptación*, de la *selección,* etc., gobernándose por las leyes *biológicas generales*. Considerando ahora la totalidad de las relaciones de los individuos asociados, se tiene como resultado una complejidad de fenómenos que presentan caracteres especiales: así tenemos los fenómenos de la delincuencia, de la prostitución, del desarrollo ó decadencia de las industrias, artes y oficios, instituciones de beneficencia, etc.; luego están los fenómenos de la lucha entre las clases sociales, de la reacción del poder social contra los delincuentes, etc.; los fenómenos *jurídicos* son fenómenos sociales que parecen no tener en general carácter alguno biológico. Quizá por esto ha enseñado Ardigó que la *Sociología* tiene por objeto la constitución de la sociedad civil, y por ende, la *justicia*, que es su función característica.

Entre todos estos fenómenos y los biológicos, hay gran diferencia; se relacionan con la vida, pero no son condiciones necesarias de la vida, en el sentido biológico. Hay, sin embargo, algunos fenómenos sociales que tienen inmediata relación con los biológicos, como los fenómenos económicos; pero son fenómenos de los que suelen llamarse intermediarios, marcando la transición de un orden inferior á otro superior de fenómenos. Por otra parte, el fin de la vida no es sólo la conser-

vación, sino el *perfeccionamiento,* y éste se relaciona principalmente con las funciones *psíquicas*. Hay quienes pretenden que también los fenómenos psíquicos son fenómenos biológicos; pero es por la confusión ordinaria entre cosas que tienen parecido; si los fenómenos psíquicos y sociales se redujeran á los biológicos, no tendrían razón de ser las ciencias especiales, y bastaría el conocimiento de las leyes biológicas para conocer los fenómenos psíquicos y sociales, lo cual rechaza el mayor número de pensadores. La necesidad de la unión sexual por ejemplo, que es un fenómeno biológico, sufre en la vida social modificaciones con las instituciones domésticas, castigándose á los que recurren á la violencia para satisfacer el instinto genésico.

Veamos otra exageración sociológica derivada de la confusion por analogía entre los fenómenos sociales y los psíquicos. De Greef, tratando de las leyes *progresivas* y *regresivas* de las sociedades humanas, sostiene que son leyes *orgánicas,* un grado más elevado que las *psíquicas* y dos más que las *biológicas,* diciendo que se puede aplicar á la vida de las instituciones sociales la ley importantísima de Ribot sobre la *memoria*. Según Ribot, el debilitamiento de la memoria se manifiesta por un principio de degeneración de las células nerviosas, que se extiende luego á los conocimientos científicos, artísticos y profesionales, y más tarde á las facultades afectivas, hasta no quedar intactos más que aquellos hechos de memoria casi enteramente orgánicos. La causa anatómica de este fenómeno de regresión psíquica, consiste en una atrofia que invade poco á poco la corteza cerebral y luego la substancia blanca, produciendo una degeneración de las células y capilares de la substancia nerviosa.

De Greef aplica esta ley al organismo social, y afirma que la organización *política* degenera sucesivamente en la *jurídica,* la *moral,* la *científica,* la *artística* y la *familiar* hasta disolverse en la *económica,* tras la cual las sociedades recaen en los modos simplemente automáticos é incoherentes de las for-

mas primitivas. Según esta doctrina, las formas menos complejas y más estables son las más lentas en modificarse, y son precisamente las formas más antiguas y primitivas. Desde luego, como se ve, la ley de Ribot no es puramente *psíquica,* sino *biológica*. En cuanto á las instituciones humanas, ruedan y desaparecen al compás de las necesidades; cuando no ofrecen ninguna ventaja, se modifican ó se suprimen, sean antiguas ó modernas. Para poderse afirmar que la ley de Ribot tiene exacta aplicación á los fenómenos sociales, habría que demostrar que la desaparición de un orden de instituciones sociales era efecto de la atrofia de los estratos de cerebros de los individuos en quienes se conservan los estados psíquicos relativos á aquella institución, y eso ni está demostrado, ni es posible demostrarlo.

IMPRESIONES Y NOTAS

La cuestión del feminismo.—Hay que entenderse—como dice Rhelin en la *Revue générale*—sobre lo que es el feminismo. Entre los campeones de la mujer, los hay que se limitan á quererla feliz y respetada, tal como la ha formado el cristianismo; la mujer, para ellos, es igual al hombre en naturaleza y dignidad, pero estimando que su papel y sus funciones no son iguales á los del varón, establecen para la mujer derechos y deberes diferentes de los del hombre. Muy distinto de este concepto es el que tienen los que se arrogan el título de feministas: para ellos el ideal de la mujer es el hombre mismo; nada de autoridad marital, ni de matrimonio indisoluble: hay que restaurar la igualdad absoluta en la vida familiar, civil y política.

Estas ideas, que entre nosotros pasan por nuevas, cuentan ya medio siglo de existencia en América, donde las mujeres han conquistado en varios Estados el derecho de votar en todos los asuntos de administración local y hasta en las elecciones

políticas, invadiendo no pocas carreras y empleos reservados en este antiguo continente á los hombres. Ghelin publica una estadística oficial de los progresos realizados en este punto por el feminismo, y en verdad que las cifras son alarmantes:

En 1870 había en los Estados Unidos:	En 1890 había:
995 actrices	3.919.
1 arquitecta	22.
412 pintoras y escultoras	10.810.
159 escritoras	2.725.
66 sacerdotisas	1.235.
21 dentistas	337.
0 ingenieras	127.
35 periodistas	888.
5 abogadas	208.
527 médicas y cirujanas	4.555.
414 empleadas	4.875.
9 tenedoras de libros	27.777.

La educación de la mujer, independiente, atrevida, desmoralizadora por la mezcla de los sexos en las mismas escuelas, está hecha para todo menos para el hogar y la familia; el infanticidio es el gran crimen de nuestra época, y según el Dr. Clarke, si las cosas siguen así cincuenta años, habrá que importar mujeres del viejo continente para que el nuevo no quede desierto. Ghelin recoge todos estos datos, y desea que sirvan de lección á Europa para que no vaya á dar en los mismos extravíos que América.

* * *

Los Mendigos.—Leggiardi, en la *Rivista de Filosofía, Pedagogía e Scienze affine*, estudia esa clase de personas en quienes la mendicidad es un hecho permanente, un medio normal de existencia, dependiente de condiciones patológicas especiales, tratando de fijar la diferencia orgánica entre estos seres y los demás hombres de quienes tanto difieren socialmente. Al efecto, analiza diversos tipos de mendigos, el criminal nato

epiléptico, el alcohólico, etc., y viene á parar á las conclusiones siguientes:

1.ª Existe un factor biológico de la mendicidad, como de la delincuencia, siempre que una grave lesión incurable del organismo hace á un individuo inepto para el trabajo continuado. 2.ª La mendicidad habitual es en la mayor parte de los casos la expresión de una degeneración regresiva, esto es, una fase de la selección natural, la que precede á la eliminación de los individuos ineptos. 3.ª La temibilidad varía según los individuos y no está en razón directa de la degeneración.

***

Los progresos del wagnerismo. — Las cifras publicadas por el *Literary Digest* sobre el número de representaciones alcanzado en el mundo por las obras de Wagner, demuestran los incesantes progresos que la música del maestro de Bayreuth hace entre los aficionados al divino arte.

En el año último se ha representado á Wagner 1.342 veces en los países de lengua alemana (en lugar de 1.232 representaciones del año anterior), 91 veces en francés, 54 en inglés, 8 en italiano, 5 en español y 2 en ruso. La ópera más frecuentemente representada es *Tannhäuser*, y la menos *Tristan;* por orden de preferencia del público, figuran entre ambos extremos *Lohengrin, Los Maestros cantores, La Walkiria, El Oro del Rhin, El Crepúsculo de los dioses, Siegfrido* y *Rienzi.*

***

La fiesta teosófica del loto blanco.—En la *Revue Théosophique française* encontramos la explicación de la fiesta del *loto blanco* que los teósofos celebran el 8 de Mayo.

Esa fecha es la del aniversario de la muerte de la señora Blavatsky, y en memoria de la misma se reunen los miembros de la Sociedad Teosófica, consagrándose á la lectura y medi-

tación de ciertos pasajes de las obras de dicha señora ó de sus amigos predilectos: un poema sobre el budhismo, *La luz del Asia*, y una traducción poética del *Bhagawad Gita* suelen ser las lecturas favoritas, y á esto suele reducirse la fiesta del *loto blanco*.

¿Quién era la señora Blavatsky? De creer á los teósofos, era una personalidad excepcional. Si la hubiérais conocido — dice el presidente de la Sociedad — hubiérais experimentado esa fuerza extraordinaria que presidía á todos sus actos, y hubiérais comprendido que teníais delante uno de los más grandes agentes morales del mundo, una fuerza comparada á la que, en otro orden de ideas, emanaba de un hombre como Napoleón I; podéis tener ahora muy grandes oradores, muy grandes instructores, pero ninguno de ellos se acerca á la señora Blavatsky; ella no era un orador ni jamás ha enseñado en público, y, sin embargo, aquella energía extraordinaria en que estaba envuelta, no puede compararse á nada de cuanto hemos visto. «Muchos fenómenos extraordinarios se producían á su lado, bajo la influencia, por decirlo así, de su cuerpo físico, y bastaba ponerse una sola vez en contacto con ella para sentir la gran fuerza que de ella se desprendía, á pesar del delicado estado de su salud.» «Todos le debemos todo lo que sabemos de la teosofía, y sin ella jamás quizá habría habido ocasión de que en Europa se hubiera oído hablar de estas cosas; quienquiera que sepa algo del ocultismo comprende lo mucho que debe á semejante instructor.»

«La señora Blavatsky no consideraba la teosofía como una simple recopilación de enseñanzas, sino como una grande y santa causa, por la que era preciso sufrir, combatir y morir si era necesario. Conocía á los maestros, habiéndolos visto cara á cara, y nunca los olvidó.»

***

Una novela de María Corelli.—Esta escritora inglesa, aunque de apellido italiano, que se había hecho ya notar, entre

otros trabajos, por la publicación de *Barrabás,* novela histórica que hizo bastante ruído y que llegó á ser traducida al francés para una casa editorial católica, acaba de publicar otra novela, *Master Christian,* que ha obtenido y sigue obteniendo en Inglaterra enorme éxito, y que formará época en la historia de las luchas religiosas de la Gran Bretaña entre el ritualismo y el puritanismo.

Baste decir que uno de los primeros personajes es el mismo Jesucristo en figura del niño Emmanuel, que discute con el Papa, ignorante de la calidad de su interlocutor, echándole en cara el haber olvidado los preceptos evangélicos y corrompido la religión. El Papa, irritado, le hace expulsar del Vaticano con el Cardenal que ha tenido valor para presentárselo. La obra está llena de crudezas y de exageraciones, siendo inexactas la mayor parte de las acusaciones lanzadas contra la Iglesia, como inspiradas en evidente espíritu sectario para lograr el efecto apetecido de excitar las pasiones contra los partidarios del ritualismo romano.

* * *

El «Moisès» de Perosi.—Esta ópera del insigne compositor italiano ha sufrido, según *La Nuova Antologia,* algunas variaciones, y tal como en definitiva ha quedado, constituye uno de los más preclaros títulos de gloria de su autor. El prólogo, que representaba á Moisés salvado de las aguas, ha sido suprimido para aligerar la obra, que tendrá en escena tres horas de duración. La primera parte es un idilio: Moisés, huyendo de Egipto para salvarse de la ira de Faraón, se detiene en la tierra de Madian, donde encuentra á la dulce y discreta Séfora; la nota dominante en esta parte es místicamente amorosa, y el cuadro se cierra con el episodio de la zarza ardiendo, á través de cuyas llamas manda Dios á Moisés que liberte á los hebreos.

En la segunda parte, Moisés y su hermano Aarón compa-

recen ante el Faraón y le amenazan en nombre de Dios si no atiende las súplicas del pueblo hebreo; las principales plagas que cayeron sobre Egipto en castigo de la resistencia de Faraón, se representan por medios sinfónicos y corales: entre ellos llama la atención el degüello de los inocentes por el contraste que ofrecen, de un lado el coro de los egipcios llorando sobre sus hijos muertos, y de otro el de los hebreos cantando alegremente al verse libres de tan terrible castigo.

La última parte representa el paso del mar Rojo. Es el alba, y Moisés, rodeado por los hebreos, ora y suplica delante del mar. Los hebreos, impacientes é incrédulos, temiendo ser alcanzados por el ejército egipcio, que los persigue, murmuran de miedo, y el profeta los reanima. Tras esto viene el coro de los egipcios, la descripción sinfónica del mar, que se abre, el paso del mar Rojo y el famoso himno de Moisés, compuesto sobre antiquísimos ritmos hebraicos, conservados de siglo en siglo por la tradición.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Tribunali umoristici, per Giovanni Saragat (Toga-rasa).—Torino, Roux e Viarengo, editori; 1900.—Un volumen de 222 páginas, 2,50 liras.

Ya se ha hablado en esta Revista de otro libro debido á la pluma del autor del presente. Trataba en él Saragat de la administración de justicia, calificándola—como la ha calificado también Tolstoy—de comedia. Titulábase aquel volumen, igualmente editado por la casa Roux, de Turín, *La comedia de la justicia en el momento presente*. Es probable que haya algunos lectores de La España Moderna que lo recuerden.

En *Tribunales humorísticos*—que parece ser el primero de una serie de volúmenes anuales—el autor va haciendo desfilar ante los ojos del espectador una multitud de escenas de la referida *Comedia judicial,* escenas que no dejan, en efecto, de ser cómicas y de hacer reir á veces, aunque con una risa envuelta en amargo escepticismo, porque, leyéndolas, no puede uno por menos de reforzar su convicción, ó de formarla si es que no la profesaba ya antes, de que la «augusta» función desempeñada por los «sacerdotes de Themis» es, hoy por hoy cuando menos, perfectamente inútil en la mayoría de los casos, ya que no precisamente perjudicial en muchos.

El libro de Saragat es una nueva embestida—en los últimos tiempos son ya bastantes las que ha sufrido—contra la ridícula seriedad de que se revisten por necesidad de su propia naturaleza (aunque sólo se revisten por de fuera) los encargados de *tribuere suum cuique*.

De desear es que la obra produzca los resultados que el autor busca al publicarla.

Está bien escrita y muy bien editada.

P. Dorado.

La evolución de la Historia, por Valentín Letelier; segunda edición completamente rehecha: tomo II, 540 páginas, sin indicación de precio.—Santiago de Chile, 1900.

Del primer volumen de este libro se dió cuenta á su tiempo en La España Moderna. Con la publicación del segundo, ocurrida hace ya algunos meses, pocos más tarde que la del primero, queda terminada la interesantísima é instructiva obra del docto profesor de la Universidad nacional de Chile, tan conocedor del progreso científico y literario de nuestro país, al que profesa gran cariño.

La evolución de la Historia es un trabajo hecho á conciencia, con mucho dominio del asunto y amplio conocimiento de las fuentes de información relativas á él, singularmente de las francesas y españolas y de las traducidas al francés.

El problema fundamental que el autor trata es éste: cómo debe escribirse la Historia; problema en el cual se incluyen varios otros subordinados, que se refieren: á las fuentes que el historiador ha de aprovechar para el desempeño de su misión; al valor que á cada una de ellas cabe atribuir; á las condiciones que deben reunir los que escriben la Historia; á los hechos que han de formar el contenido de ésta; á la diferencia entre

la Historia escrita por autores antiguos y la escrita por autores modernos; al horizonte que aquélla tuvo ante sí, y el en que puede moverse ésta, y á los medios de información y de crítica de que ambas pueden servirse; á la distinción y relaciones entre la Historia y la Sociología, etc.

Se trata, pues, de una verdadera *Introducción,* consagrada á dilucidar una multitud de cuestiones en las cuales necesita estar muy empapado aquel que quiera desempeñar las funciones, no muy fáciles, de historiador.

Entre los dos volúmenes que componen esta segunda edición (la primera fue un trabajo que llevaba por título *Por qué se rehace la Historia,* y que fue premiado en un concurso abierto hace años por el Consejo de Instrucción pública de Chile) la obra abraza tres libros, divididos en once capítulos. El tomo segundo, que es del que ahora hablamos, contiene los libros segundo y tercero, donde se trata, en otros tantos capítulos, del *testimonio presencial,* sus defectos y su valor, del *testimonio tradicional* (valor histórico de las tradiciones, de los mitos, de las leyendas en general y de las leyendas canónicas en particular), del *testimonio actual* (auxilios que á la Historia prestan la escritura, los documentos históricos, la diplomática, la epigrafía, la numismática, la paleografía, la egiptología y la asiriología), del *testimonio virtual* (aprovechamiento para hacer la Historia, de la arqueología y la etnografía, el folklore, la literatura no histórica, la lingüística, la prehistoria, la paleontología, la geología, etc.), de la *manera como hay que escribir la Historia* (preparación del material; si caben en la Historia los hechos contemporáneos ó sólo los pasados hace algún tiempo; si sólo los que alcancen cierto grado de importancia, ó todos; educación que necesita el historiador; la verosimilitud histórica; la Historia puesta al servicio de ideas preconcebidas; la ley de filiación histórica, y la acción social de los grandes hombres) y, finalmente, de la *Sociología* (naturaleza de los fenómenos sociales, su causalidad y regularidad, las leyes sociales, el método de la Sociología, la cuestión de si

la sociedad es ó no un organismo, y separación entre la Historia y la Sociología).

Con este libro de Letelier y *La enseñanza de la Historia*, de Altamira, tiene lo más fundamental, y casi lo bastante, el estudioso que, sin conocer otra lengua que el español, desee orientarse suficientemente en los problemas que actualmente se discuten por los historiógrafos.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Arniches (C.)—Sandías y melones; sainete. En 4.°, 53 págs.: 1 peseta.

Bello Sanjuán y Aranda.—El de la urna; humorada cómico-lírica. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Boét (A. de).—Estudio histórico-crítico del socialismo. En 4.°, 38 páginas y 2 estados: 1 peseta.

Caamaño (A.)—La osa mayor; sainete. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Canalejas (F.)—Poesías. En 8.°, 315 páginas.

Cañete del Pinar (C. de).—Algo más sobre observaciones de precisión con el Sextante. En 4.°, 71 páginas: 1,67 pesetas.

Castañón (F.)—Nuevo género; disparate revista cómico-lírica. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Cavestany (J. A.)—La Reina y la comedianta; comedia. En 4.°, 94 páginas: 2 pesetas.

Clemente de Diego (F.)—Introducción al estudio de las instituciones de derecho romano. En 4.°, VIII-446 págs.: 10 pesetas.

Criado y Domínguez (J. P.)—Bibliografía de la Cruz Roja Española. En 4.°, 123 páginas.

Chapado García (E. M.)—Historia general del derecho español. En 4.°, VIII-971 págs.: 15 pesetas.

Delgado (S.) y Abati (J.)—Lucha de clases; zarzuela en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Díaz Jiménez (D.)—¡¡Hijo mío!!; cuadro dramático. En 4.°, 15 páginas: 1 peseta.

Dicenta (J.)—Una mujer de mundo. En 8.°, 155 págs.: 50 céntimos.

Felis (J.)—El apóstol del Sagrado Corazón; zarzuela en un acto. En 4.°, 32 págs.: 50 céntimos.

Flores García (F.)—El sustituto; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

García (J. J.)—Quitolis; novela. En 8.° estrecho, 196 págs.: 3 pesetas.

García Ontiveros (J.) y Fuentes (J.)—Los dragones; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Gascón (T.)—Cuentos baturros. En 8.°, 221 págs.: 2 pesetas.

Gener (P.)—Inducciones. Ensayos de filosofía y de crítica, con fragmentos de «El evangelio de la vida». En 8.°, 370 págs.: 4 pesetas.

González Forte (J.)—Las víctimas de la usura. En 8.°, 2 tomos, 350 y 320 págs.: 2 pesetas.

Gorosábel (P. de).—Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. *Tomo IV.* En 4.°, 415 págs.: 5 pesetas.

Hazañas y La Rua (J.)—Maese Rodrigo Fernández de Santaella, fundador de la Universidad de Sevilla. En 4.°, 46 págs.: 1 peseta.

Larra (L. de), hijo.—Gimnasio modelo; pasillo cómico-lírico en un acto. En 4.°, 28 págs.: 1 peseta.

López Moreno (S.)—Principios fundamentales del procedimiento civil y criminal. En 8.° mayor, 2 tomos, 564 y 720 págs.: 16 pesetas.

López y Pascual (J. M.)—La clave del dibujo; tratado elemental práctico de dibujo lineal. *Primera parte. Primer año.* En 4.° mayor apaisado: 4 pesetas.

Llave y García (J. de la).—Balística de las armas portátiles. En 4.°, VIII-276 págs. con grabados: 8 pesetas.

Medina (J. T.)—Medallas coloniales hispanoamericanas, descritas por José Toribio Medina. Santiago de Chile. Impreso en casa del autor; 1900. En folio, 124 páginas con medallas: 16 pesetas.

Medina (V.)—Alma del pueblo; versos. En 12.°, 90 y IV págs.: 1 peseta.

Menéndez y Pelayo (E.)—A la sombra de un roble. 2.°, En 195 páginas: 75 céntimos.

Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos. *Tomo X.* Romances populares recogidos de la tradición oral. En 8.°, 379 págs.: 3 pesetas.

Morera (E.)—Tratado práctico de harmonía. En 4.° mayor, 172 páginas: 10 pesetas.

Muzar Penelé.—¿Reformas militares? Consideraciones. En 8.°, 52 páginas: 50 céntimos.

Negueruela (D. de).—Farsa llamada Ardamisa. En 8.°, VII-77 páginas: 4 pesetas.

Olmedilla y Puig (J.)—Estudio higiénico de las aguas potables de que se sirve Madrid. En 8.°, 38 páginas: 1 peseta.

Olóriz (H. de).—Ecos de mi patria; leyendas y poesías. En 4.°, 150 páginas: 2 pesetas.

Pardo (J.)—El Ermitaño, ensayo de leyenda en verso. En 8.°, 30 páginas: 75 céntimos.

Parellada (P.)—La güelta é Quirico, pasillo cómico en un acto. En 4.°, 28 págs.: 1 peseta.

Pérez Galdós (B.)—La novela en el tranvía. En 12.°, 88 págs.: 50 céntimos.

Pérez Ortiz (E.)—Guerra de partidas. En 8.°, 156 págs.: 2 pesetas.

Pérez Zúñiga (J.)—La Mallorquina, juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Sáenz de Urraca (A.)—La Bandera de Baler, monólogo. En 4.°, 15 páginas: 1 peseta.

Sanz Caballero (P.)—Manual del herrador y forjador. En 4.°, 388-XIV págs.: 6,50 pesetas.

Tiralaso y Moreno (F.)—El ángel de salvación, drama en tres actos. En 4.°, 76 págs.: 2 pesetas.

Toro Luna (F.)—¡Día feliz!, diálogo en prosa. En 4.°, 18 págs.: 1 peseta.

Valdenebro y Cisneros (J. M. de).—La imprenta en Córdoba, ensayo

bibliográfico. En 4.° mayor, XXXI-721 págs.

Valladares (P. B. F.)—Tratado elemental de Física. En 4.°, 1.037 páginas, con grabados: 16 pesetas.

Vergara (M.)—Conferencias de oficiales. Reflexiones sobre educación militar. En 8.°, VIII-78 páginas: 75 céntimos.

Vigier y Díaz Alvaro (F.)—Comentarios á los Salmos. *Tomo I.* En 4.°, CIII-410 págs.: 4 pesetas.

INDICE

	Págs.
En vano (novela), por Enrique Sienkiewicz	5
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	35
Fiestas nupciales de la Monarquía española, por Juan Pérez de Guzmán	62
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	93
Victoria, Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de las Indias, por Nicolás Pérez Merino	113
Poetas americanos: ¿Por qué? por R. Benavides Ponce	137
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	139
Revista Hispanoamericana, por Iob	149
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	167
Notas bibliográficas, por P. Dorado	201
Obras nuevas	205

España moderna

AÑO 13. NUM. 147.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MARZO, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EN VANO

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

X

Al volver á casa, Schwarz se encontró en el descansillo de la escalera con el anciano Conde y su hija. La joven dirigió una ojeada á Schwarz; bajó un par de tramos y se volvió á mirarle, y aquél, que había tenido tiempo de observar que la condesita era muy agraciada, oyó, con verdadera satisfacción, que la joven decía á su padre: «Ese es el joven doctor que vive en el piso de abajo.» En realidad no era mucho lo que faltaba á Schwarz para terminar sus estudios de medicina, pero de todos modos, el oirse llamar doctor antes de tiempo no podía menos de agradarle.

Ante la puerta de su habitación encontró Schwarz al portero que estaba limpiando la escalera, y se le ocurrió que por él podía saber algunos detalles acerca del Conde y de la Condesita. Pero evidentemente no gozaban de las simpatías del portero, pues éste tronó contra la avaricia de aquéllos, si bien hizo constar al mismo tiempo que no debían ser muy ricos, puesto que jamás pagaban puntualmente el alquiler.

—Ella se da aires de reina—decía el cancerbero;—no hace más que cantar y tocar todo el santo día..... Ya hubiera debido encontrar marido, pero tendrá pretensiones.—Y siguiendo en el mismo tono, el portero aconsejó á Schwarz que entrase

en relaciones con los condes.—¿Qué quiere usted? Vanidad tienen mucha, pero su bolsillo está tan vacío..... que da miedo.

—¿Y la Condesa madre?—preguntó Schwarz.

—Murió, murió hace tres años ó cosa así. Fueron ricos; pero el Conde empleó toda su fortuna en un negocio de granos comprados en sociedad con otros, para enviar á Odessa. Quería embrollar al prójimo, y él fue el que cayó en la trampa. La mejor era la Condesa. ¡Pobrecilla! Siempre penando hasta que murió. Hace ya cinco años que viven aquí.

—¿Y tienen muchas relaciones?

—A lo que parece no, porque no se ve venir á nadie á su casa.

Schwarz entró en su cuarto, bebió una taza de té y después, para esperar á Augustinovitch, se echó en la cama, y no tardó en dormirse. Cuando se despertó no se encontraba bien; era ya de noche, y aún no había vuelto Augustinovitch. Cuando llegó venía radiante por el triunfo y la alegría, y empezó á hablar de sus conocidas del día anterior. Su apellido era Vitzberg y la niña se llamaba Malinka; Augustinovitch había consultado á las dos, y como plan de curación había aconsejado á la madre la equitación, y á la hija el baile. Después, al despedirse de ellas, les había prometido volver pronto y llevar también á Schwarz.

—La vieja—siguió diciendo Augustinovitch—dice que ha mandado ya la citación al Conde, lo que, á decir verdad, me tiene sin cuidado. Figúrate que ya ha estado en la casa, pero no encontró más que á la muchacha, la cual, ¡pobrecilla!, se asustó mucho. Sin embargo, la vieja ha sacado buena impresión. Le pregunté qué importancia podía tener para ella el pago de una insignificancia, cuando á lo que parece, es la mujer de un creso. Me respondió que su marido no se llamaba Creso sino Cleofás, y que si se tratara sólo de él no hubiera molestado á aquella gente, pero que en conciencia no podía hacerlo, por cuanto todo pertenece á su niña. Entonces por debajo de la mesa estreché la mano de la hija con verdadera

efusión. Mi palabra de honor que me sentía conmovido y embargado por un sentimiento de ternura. Al despedirme besé también la mano de la vieja. La hija se llama Malinka..... bellísimo nombre en verdad, pero bonito ó feo el nombre en estos casos tiene una importancia secundaria..... ¿Y tú? ¿Por qué estás tan pálido?

—No me encuentro bien; sin embargo, no tengo ganas de dormir. He echado un sueño mientras te esperaba..... Dame un poco de té.

Augustinovitch dió el té á su compañero, encendió la pipa y se tumbó en la cama. Schwarz, por el contrario, arrimó una butaca á la mesa, cogió una pluma y comenzó á escribir apresuradamente. Pero al poco rato tiró la pluma. Sus pensamientos le turbaban el cerebro; apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca, y dió rienda suelta á sus ideas. Un temperamento que no fuese el suyo se hubiera dejado dominar por la fantasía; Schwarz, en cambio, evocaba el pasado, lo comparaba con el presente y deducía enseñanzas para el porvenir. Y sin embargo, este triunfo del raciocinio sobre el pensamiento, le costaba no poco trabajo. Involuntariamente tornaban á su memoria las palabras de poco antes: «Ese es el joven doctor.» ¡Ser doctor, sacerdote de la ciencia, reinar sobre todos, por la soberanía del talento, por la holgura de la posición, por la gloria,—porque Schwarz no era aún insensible á la gloria,—atraerse todas las miradas, provocar sonrisas, conquistarse afectos!... Y de repente se presentó en su fantasía la imagen de Elena. Debía reconocerlo: en el terreno afectivo no tenía ya la libertad de elegir; estaba vinculado..... Y sin embargo, experimentaba más que nunca la necesidad de atraerse las miradas de todas las jóvenes, de verlas sonreir á su paso alegremente, de oir las gratas palabras: «Mira, papá, el joven doctor.» Y por la primera vez no conseguía sustraerse á una idea que le asaltaba con insistencia: tal vez, en el porvenir, Elena podría ser un obstáculo.

Schwarz concentró su atención en tal idea. El obstáculo no

podía nacer de ella; Elena tenía veintiún años, él veinticuatro. ¿De dónde procedía, pues, el presentimiento de que la joven pudiera llegar á ser para él una carga andando el tiempo? La voz de su conciencia le respondía que su origen había que buscarlo en su ambición; Schwarz conocía poquísimas mujeres, y hubiera querido conocer, estudiar y dominar á todas. Pero había otros motivos, motivos nada accidentales, y á los cuales se obstinaba en no dar valor alguno. Schwarz amaba harto poco; una multitud de afectos bullía confusamente en su alma, y no en todos figuraba Elena. Y como él se daba exacta cuenta de cuanto sucedía en su corazón, tal percepción le quitaba la tranquilidad. Hubiera querido llegar al fondo de todas las cosas, lo que no era empresa difícil para un talento como el de Schwarz, poderoso, sólido, seguro de sí mismo. Poseer el amor de una mujer como Elena, hubiera sido apoderarse del fugitivo fantasma de la felicidad; pero Schwraz pensaba que había de privarle de todo triunfo para el porvenir. ¡Ah! ¡Si hubiese conocido entonces el mezquino valor de tales triunfos, y los desengaños que le esperaban en su camino, no hubiera vacilado ni un momento! Pero aún no se había apartado de sus ojos el velo de las ilusiones.

Absorto en sus borrascosas reflexiones, Schwarz había perdido la noción del tiempo. En la semiobscuridad de la habitación vacilaba la trémula llama de la lámpara, y él mismo cabeceaba soñoliento. Despejóle de pronto un rumor en el piso superior: alguien golpeaba fuertemente el suelo.—Tampoco los de arriba duermen—pensó, y su imaginación voló al lado de la condesita y de su dulce sonrisa.—¡Qué ligero y tranquilo debe ser el sueño de una niña semejante!—se dijo.—¡Bah! Las muchachas se parecen á los pájaros: el hombre se estanca en su trabajo y en sus ideas..... La mujer en cambio..... esa es verdaderamente un lindo pajarillo..... Debe ser muy agradable contemplarla mientras reposa; quisiera verla..... Estando de..... ya ha cesado el ruído, y yo..... ¿Pero qué sucede?

Schwarz se puso en pie y prestó atención. Resonó un fuerte campanillazo. Abrió la puerta más que deprisa, y alzó la lámpara próxima á extinguirse: la condesita estaba ante él. Pálida como una muerta, con una modesta cofia en la cabeza y cubierta con una chambra que dejaba entrever el cuello y el seno; tenía una vela en la mano, mientras con la otra la protegía del viento.

—¡Por caridad—exclamó—mi padre se muere!

Sin decir una palabra, Schwarz cogió su estuche, despertó bruscamente á Augustinovitch, y ordenándole que le siguiese lo más pronto posible, salió apresuradamente á la escalera detrás de la condesita. En la primera habitación había una cama en desorden, caliente aún, la de la joven; en el cuarto inmediato yacía en su lecho el anciano Conde, ya casi sin sentido, con el rostro lívido y echando baba sanguinolenta. Algunos minutos después acudió también Augustinovitch, vestido apenas, despeinado, y los dos se apresuraron á ocuparse del enfermo sin hablar á la condesita, que, de rodillas á los pies de la cama, desesperada y casi sin conocimiento, sollozaba desconsoladamente. Schwarz y Augustinovitch se miraron con desaliento: no había esperanzas de salvarle.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la muchacha deshecha en llanto—tal vez otros.....

. —¡Pronto, aprisa!—gritó entonces Schwarz á su compañero.—Vete á llamar á Skotnizky.

Augustinovitch se precipitó fuera de la habitación, aun cuando no esperaba hallar vivo á su regreso al conde. Mientras tanto, sin acobardarse, sin perder la energía ni un solo momento, sangró al enfermo, y al fin, consultando el reloj, pudo anunciar á la joven que la crísis estaba vencida.

—¡Oh, gracias, gracias!—exclamó aquélla.—¿De manera que puedo tener esperanzas?

Schwarz se limitó á repetir:

—La crisis está vencida.

Al poco rato volvió Augustinovitch con Skotnitzky. Este

manifestó que por aquella vez el enfermo estaba fuera de peligro; pero añadió rotundamente que si el ataque se repetía, el desenlace sería fatal; después dió órdenes para que se le vigilara constantemente. Nuestros dos conocidos pasaron toda la noche á la cabecera del enfermo. Al amanecer el Conde recobró el conocimiento, y rogó que le llevasen un sacerdote. Augustinovitch se encargó de la comisión, y al poco rato volvió con un sacerdote larguirucho y flaco, el cual rezó las oraciones y letanías del caso, confesó al enfermo y le dió el viático y la extremaunción.

El Conde pasó todo aquel día tranquilo. Habló con Schwarz, bendijo á su hija, hizo testamento, y tomó, en fin, cuantas disposiciones se acostumbran cuando se dispone uno para el viaje de la eternidad. Al anochecer Schwarz trató de convencer á la condesita para que descansase algo, porque, aun cuando fuerte y animosa, la pobre joven apenas podía tenerse en pie, rendida por la angustia y las emociones. Resistió al principio; pero se convenció ante las instancias de Schwarz, al que estrechó la mano con efusivo agradecimiento, mientras el joven la contemplaba atentamente por primera vez. La joven tendría unos veinte años, tal vez menos, aunque aparentaba más por su gran desarrollo. De estatura media; su boca era más bien grande, pero no exenta de gracia; sus ojos eran azules é inteligentísimos; sombreaba su frente abundante y obscura cabellera, y su fisonomía tenía en conjunto una dulzura extraordinaria; sus manos eran pequeñísimas, y en la expresión de su rostro y en todos sus movimientos, notábase el sello de la raza aristocrática.

Al cabo de una hora de que la joven estuviese descansando, cayó el Conde en un profundo sopor. Cansados y pensativos, Schwarz y Augustinovitch permanecieron unos momentos en silencio junto á la débil luz de la lamparilla. Después Augustinovitch comenzó á hablar á media voz.

—Estoy pensando lo que será de esa muchacha cuando...— y completando la frase con un gesto elocuente, indicó con la

cabeza al enfermo, mientras se pasaba un dedo por la garganta y cerraba los ojos.

—También yo estoy pensando lo mismo, — respondió Schwarz.—Tal vez exista algún pariente lejano.

—¿Y si no existe?

—Habrá que preguntárselo á ella. Es indudable que son pobres. Me ha asegurado el portero que todavía no han pagado el alquiler. Pero es imposible que no tengan algún pariente, algún conocido cuando menos...

—Dejémoslo ahora; ya hablaremos luego de este asunto,— dijo interrumpiendo Augustinovitch, el cual no gustaba de hablar mucho sobre el mismo asunto.

—En todo caso—añadió Schwarz—tengo una idea. Hasta ahora no ha venido nadie, y tú convendrás en que aquella desgraciada—y señaló con la mano el cuarto en que dormía la condesita—no puede ser abandonada á sí misma cuando muera su padre. Dime; tu nueva conocida, la señora de Vitzberg, ¿es una mujer religiosa? —y recalcó sus últimas palabras.

—¡Oh! es una santa.

—¿Buena, afectuosa, simpática?

—Mucho... ¿Pero qué tiene que ver todo esto con el porvenir de la condesita?

—Tiene que yo querría confiarla al cuidado de esa señora...

—¡Muy bien! ¿Y el pleito?

—Precisamente á causa del pleito.

El enfermo hizo un movimiento. Schwarz se inclinó sobre él, y después siguió diciendo en voz baja:

—Todavía quedará lo del alquiler; pero esto se arreglará como lo demás. Tal vez quedará algo á la muerte del conde.

—¡Sí, el alquiler, el alquiler!—exclamó Augustinovitch con un bostezo.—He de referirte una historieta si no me duermo. Jamás he tenido la costumbre de pagar el alquiler, y sin embargo, me daba mucha rabia cuando venían á pedírmelo. ¿Había de ser tan difícil acostumbrar á un casero á que

no cobre por el arriendo? Con uno logré llegar á un acuerdo. Era el tal un empleado, un hombrecillo viejo, con orejas de asno, como las de Midas. Sucedió que en una ocasión estaba yo sentado en el jardín de la casa, y como era verano y la noche espléndida, á falta de otras ocupaciones más importantes, comencé á contar las estrellas del cielo. Un cielo resplandeciente de estrellas predispone siempre á soñar, y yo me dejaba transportar al mundo de los sueños. De repente se me aproximó el citado asno, y comenzó á apremiarme para que le pagase el alquiler. Yo entonces me levanté del asiento, tracé majestuosamente con la mano un inmenso arco en el espacio, de Oriente á Occidente, y en tono de misterio le pregunté:

—¿Vé usted esa bóveda incomensurable, vé usted el resplandor de esos millones de celestes luminares?

—Lo veo,—respondió algo asustado ante mi entonación,—pero.....

—¡Silencio! —exclamé con gravedad. Después me encasqueté el sombrero, dirigí una severa mirada al cielo, otra al casero, cada vez más asustado, y añadí con voz de trueno:—¡Polvo y miseria! ¿Osará usted, pues, comparar tanta magnifencia con esos cinco miserables rublos?.....

Un gemido ahogado interrumpió la relación de Augustinovitch. El Conde estaba lívido, todo su cuerpo se contraía, sus manos se crispaban. Comenzaba el segundo ataque.

Schwarz acudió al instante y enderezó á viva fuerza el brazo del paciente.

—¡Pronto,—murmuró con voz sorda,—sángrale!

Siguió un momento de silencio, interrumpido de cuando en cuando por palabras sueltas.

—¿El pulso?

—¡Agua!

—Se ahoga,—murmuró Augustinovich.

Ambos contuvieron la respiración; oyóse después el ruido sordo de la lanceta que penetraba en la vena. Pero no salió ni una gota de sangre.

—¡Es el fin! ¡No lo salvaremos!—exclamó entonces Schwarz dando un gran suspiro. Y corrieron por su frente gruesas gotas de sudor.

—Todo es inútil..... se está muriendo,—dijo Augustinovitch con la mayor indiferencia.—Hemos cumplido con nuestro deber. Ya podemos irnos á dormir.

XI

El anciano Conde murió, en efecto, y fue enterrado con todas las ceremonias del rito cristiano.

Inmediatamente después Schwarz hizo una visita á la señora de Vitzberg. Ninguno de la familia dió señales de vida y, por lo tanto, era preciso buscar un apoyo para la Condesita. El conde dejó muy poca cosa y, además, aun cuando hubiese quedado algo de substancia, la joven no estaba en condiciones de administrarlo por sí sola. No costó gran trabajo á Schwarz lograr lo que se proponía. Como la señora de Vitzberg temía á Dios, y como además era accesible á los escrúpulos de conciencia, él, con oportuna exageración, la insinuó que ella sola, á consecuencia de su intento de pleito, había matado al Conde, y que por lo tanto era de justicia que amparase á la hija de la víctima. Esta consideración aterró á la señora de Vitzberg. Como en visión horrible, vió desfilar en su imaginación todos los tormentos del infierno; y por otra parte, pensó que la compañía de la Condesita, dotada de instrucción, según lo que afirmaba Schwarz, no podía menos de agradar á su Malinka.

La señora de Vitzberg era una persona respetabilísima bajo todos conceptos; mas, para decir verdad, tenía una inteligencia bastante limitada y un conocimiento del mundo más limitado todavía. Y la mejor prueba de esto es, que consideraba á Angustinovitch como un modelo de elegancia, de cortesía y de delicadeza. Verdad es que Schwarz la había asusta-

do algo, en su primer visita; pero fue un temor pasajero. En el fondo de su alma sentía verdadera satisfacción y verdadero orgullo, al ver que jóvenes tan distinguidos «honraban, como decía ella, su morada»; y además Malinka, que, desde ciertos puntos de vista se parecía en todo á su madre, se había entusiasmado con Augustinovitch. Así insistió ella con su madre para quedarse en Kieff, insistencia tal vez superflua, porque el establecerse en Kieff era también un deseo de la señora de Vitzberg. En diecinueve años, que eran precisamente los que tenía Malinka, la jóven no había estado más que una vez en Kieff y otra en Gitomir; fuera de estas dos ocasiones, no se había movido nunca de su país. Ahora que los medios de fortuna permitían que se viviese en la ciudad, era preciso que la jóven empezase á conocer el mundo.

El difunto señor de Vitzberg, empleado que fue en el Gobierno de Dogana, supo arreglárselas de tal manera, que además de las solemnes frases del discurso leído sobre su tumba: «¡Descansa en paz, oh Cleofás Vitzberg! Pasarán los siglos, pero Europa entera se inclinará siempre respetuosa ante tu honradez inmaculada y tus severas virtudes», dejó en herencia á la inconsolable viuda, sumida en profundo duelo, un capital de nuevecientos mil *gulden* polacos; y hubiera dejado más si la inflexible Parca no hubiese cortado bruscamente el hilo de su existencia. Así, rico y sintiendo la pérdida de su prebenda, pasó al reino de las sombras. Pero la fortuna realizada permaneció en buenas manos. Buenas y blandas de corazón, las dos damas socorrían á las viudas y á los huérfanos, atemperaban cuidadosamente los gastos con los ingresos, pagaban los diezmos á la Iglesia; en suma, cumplían con todos los deberes de buen cristiano, tanto en lo referente al alma como en lo que concierne al cuerpo.

Así, pues, ambas recibieron á la huérfana con los brazos abiertos, con aquella afectuosidad que hubieran podido demostrar á una persona consanguínea; Malinka, especialmente, sér bueno y afectuoso, aunque todavía tímido, concibió un

verdadero cariño por la Condesita desde la primera vez que la vió. Imposible sería relatar sus bondades y atenciones hacia la huérfana, sus esfuerzos para consolarla en su desgracia, sus fervientes deseos de unirse con ella en íntima amistad. Y eran tantos los cuidados de que la rodeaban, que la Condesita no los hubiera tenido mejores en su propia casa.

Conviene no obstante advertir, que la huérfana pertenecía á esa clase de personas que se conquistan desde luego las simpatías. A pesar del dolor mudo y profundo en que la sumió su profunda desgracia, no dejaba de manifestar su gratitud á su improvisado bienhechor. Con lágrimas en los ojos dió gracias á Schwarz, dándole su manecita blanca, que aquél, con emoción desacostumbrada, rozó con sus labios. En cuanto á Augustinovich, su juicio acerca de la Condesita se resumió en la siguiente exclamación:

—¡Y decir que yo hice pucheros cuando fijó sus ojos en mí! ¡Qué el diablo me lleve si no me aventaja cien veces en hermosura!

Una nueva figura de mujer, simpática á todos sin duda alguna, vino por lo tanto á mezclar su vida con la de nuestros héroes. Como era natural, la belleza y la desgracia de la joven debían producir en el ánimo de aquéllos una impresión vivísima. Pronto sabremos si en aquella joven se ocultaban las alas del ángel ó si, por el contrario, albergaba aquel cuerpo todo gracia y encanto un alma árida é hipócrita. ¡Si la vida fuese como un libro, en donde el poeta infunde el alma á las creaciones de su propia fantasía! ¡Si del mismo modo pudiéramos infundir el alma á los hombres, de manera que, sin dejar de ser iguales, fueran al mismo tiempo diversos!.... Pero la conclusión sería idéntica tal vez. El alma humana es como una corriente de agua; trae de lejos la linfa envenenada; pero ¿quién asegura que el gérmen del veneno no esté en el fondo del alma misma, quién afirma que no sea el alma misma la que crea las imágenes saturadas de veneno? El alma humana se parece á un libro en blanco; por un lado escribe la mano

de Dios, por el otro la de Satanás. Pero Dios y Satanás no son en este caso sino símbolos; la que realmente escribe es otra mano, que pertenece al mundo: escribe el torbellino vertiginoso de la vida, y la maldad y bondad de los hombres, y los fugitivos instantes de alegría y de felicidad, y los afanes sin fin, y los dolores agudos y obstinados. Pero existen almas elegidas en las cuales, como en las conchas, el dolor da origen á una perla. Y á este frecuente resultado concurren también la tristeza y la soledad.

Pero no siempre. En la mayor parte de los casos, la tristeza y la soledad no son nada más que un manto complaciente, bajo el que se ocultan el fastidio, la estulticia, la vaciedad, cualidades que, como hermanas cariñosas, con admirable acuerdo forman el nido bajo las soberbias arcadas de los palacios edificados por la tristeza y la soledad, y van buscando lo que jamás han perdido. Sin embargo, la soledad conserva siempre cierto encanto, pero la tristeza nunca, al menos para aquél que de ella está invadido. La soledad es para el alma lo que el sueño para el cuerpo, y más aún. En la soledad el átomo invisible é impalpable que constituye el espíritu humano se debilita, se disuelve, cesa casi de existir; entonces, en aquel reino silencioso de la paz, se confunden las palabras, vacilan los pensamientos, se aniquilan todas las potencias del alma. Y esto se llama tranquilidad. Pero la soledad nunca está sola, porque el silencio la acompaña siempre. ¡Lástima que las ansias del ideal no vayan acompañadas siempre por la inercia!

Afirman los poetas que á veces la soledad crea; el alma se encuentra entonces como extravíada, dirige una mirada temerosa en rededor, y se conmueve con las visiones que le llegan de fuera. Por esto gustan de la soledad los tontos, los huérfanos, los espíritus soñadores y los poetas. La Condesita amaba mucho la soledad.

De modo que era.....

¡Un poco de paciencia! Ya veremos lo que era. Hora es ya que salgamos de las tinieblas en que hemos estado envueltos;

la realidad de la vida nos llama. También la Condesita entraba en dicha realidad como..... como una niña. ¡Una niña! ¿Hay nada en la tierra que ofrezca mayor suma de gracias, de encantos, de atractivos? ¿Una armonía tan espléndida y fascinadora de dulzura, de savia, de perfumes embriagadores, de flores, de rayos de sol, y..... de sueños é ilusiones?.... ¡Vuela, pues, vuela por el tranquilo espacio, oh dorada mariposa!

XII

El pasado de la Condesita era muy triste. En vida de su padre pasaba días enteros sola en la pobreza de sus habitaciones descuarteladas y casi vacías: su única compañía era el gorgeo de los pájaros ó el murmullo sordo é incesante de los criados que charlaban en la cocina. Solamente á la noche regresaba el Conde, cansado, rendido, descorazonado por aquel eterno amontanar nada sobre nada, como él mismo decía al aludir á todos sus asuntos.

Nada le salía bien. Hubo un tiempo en que fue activo y enérgico, y solía ser citado en la aristocracia como un ejemplo de que los nobles deben dedicarse también á la industria y al trabajo. Pero el resultado final de todos sus afanes fue la ruina, la pérdida total de su patrimonio. Habíale quedado, es cierto, alguna experiencia de los negocios, mísera compensación que hubiera cedido por la absoluta ignorancia de los mismos: otra cosa había salvado también del naufragio de toda su fortuna: el recuerdo de lejanos tiempos y el orgullo de familia, y ésto no lo hubiera cedido á ninguna costa. Lo que formaba un lazo de unión entre la experiencia y el culto de los tiempos pasados era la infinita amargura, que llenaba su alma, y que se esforzaba en ocultar, una amargura de sí mismo, de la vida, de los hombres, de la sociedad entera. ¡Y así tenía que suceder! Los otros nobles, que un día fueron sus

amigos, ó no le recibían en sus casas, ó le recibían de manera que recordara su situación. ¡Oh, si hubiese tenido un hijo! Al crecer el joven, confiado en sus propias fuerzas no gastadas y en el porvenir, hubiera, sin duda alguna, alzado el vuelo para salir del nido paterno y remontarse por el espacio hacia la luz, hacia el sol..... ¿Pero y la hija?.... El Conde no se hacía ilusiones acerca de la suerte que estaba reservada á su hija: estaba destinada á vestir imágenes, ó muerto él, á casarse con el primer advenedizo.

Precisamente por esto no la amaba como hubiera debido amarla, y precisamente por esto, mejor dicho, á pesar de esto, la hija le rodeaba de un amor solícito y respetuoso. Le amaba porque sus cabellos eran blancos, porque era desgraciado, porque no tenía otro en quien fijar su necesidad de querer. Le amaba, en fin, porque tal amor era el último canto de un poema que formaba en su fantasía. A menudo, el Conde, con acento triste y doloroso, narraba á su hija los hechos de sus antepasados, resplandecientes de gloria y de virtud; narrábale la historia de aquellos condes, de aquellas condesas, de aquellos guerreros, cuya fama se perdía en la noche de los tiempos. Y como la joven estaba pendiente de los labios de su padre, sentía que su alma, vibrante de placer, transportábase al pasado. A veces en el dorado fondo de la leyenda se destacaba una figura alada, medio soldado y medio héroe, un ardoroso hijo de la Estepa, con la espada desenvainada en la mano, pronto á lanzarse en el fragor de la pelea; recorría la Estepa blandiendo la espada, sembrando en todas partes á su paso el estrago y el terror, librando de bárbaros á aldeas y ciudades, y allá lejos, en el fondo, aparecía la riente Crimea y el mar azul..... ¡Los consabidos sueños de una niña!.... Y los cantos que celebraban las empresas del héroe repercutían por todas partes, en toda la extensión inmensa de la Estepa. Después, el guerrero, joven y apuesto, inclinaba la cansada frente, tinta en sangre y enamorada ante alguna delicada imagen de mujer..... ¡Los consabidos sueños de la hija de un

magnate! Aquella delicada figura de mujer era ella; el héroe él, Herbut ó Korechi.

Tales sueños correspondían á su educación; eran tal vez más perjudiciales que útiles, pero siempre hermosos sin embargo. Y mientras tanto el Conde terminaba su relato y sus últimas palabras eran siempre una queja, una nota de amargura.—¡Por mi culpa, por mi culpa!—Entonces la niña le enlazaba amorosamente el cuello con los brazos.—¡No, no es cierto! ¡No es culpa tuya! ¡Todavía han de volver los buenos tiempos! Pero, ¡ay! no volvieron, ni se presentó héroe alguno á la muerte del Conde para proteger á la huérfana.

La persona que se presentó para protegerla no tenía nada de heroico. Aquel severo rostro, de ancha frente y fisonomía austera y fría de pensador, estaba muy lejos del héroe con dorado yelmo y plumas de avestruz en la cimera; y por otra parte Schwarz era para la Condesita un tipo sobrado nuevo, que la extrañaba y atraía su atención. Hablaba muy poco pero por él hablaban los hechos, que en breve le hicieron indispensable para la vida de la joven, la cual admiraba la energía, la constancia, la prontitud con que Schwarz pasaba del campo del pensamiento al de la acción; tal vez no comprendía aún que tal cualidad pertenecía, aunque bajo diferente aspecto, al varonil esfuerzo que había admirado en los relatos paternos. Pero no estaba en condiciones de observarlo. El Conde no había jamás logrado nada; Schwarz, en cambio, obtenía en un día mayores resultados que aquél en diez.

Asumiendo la misión de regularizar la posición económica de la joven, Schwarz había comprendido que la Condesita tenía necesidad de un patrimonio propio, aunque fuese modesto, para no verse obligada á recurrir á la cortesía de la señora Vitzberg hasta para los gastos menudos. Esta era una idea que estremecía á la joven, y Schwarz, que comprendía lo que pasaba por la mente de aquélla, supo salvar lo poco que había quedado de la fortuna del Conde. En este terreno procedió con la misma cautela y seguridad que procedía con su lanceta; y

sus gestiones fueron coronadas por el mejor éxito. Como es natural, Schwarz no se dejó guiar solamente por sí mismo, sino que se aconsejó de un amigo, competente en asuntos de Derecho, el cual, aunque jóven todavía, hubiera sabido afrontar al mismo diablo. ¿Pero por qué no se aconsejó también con alguien el difunto Conde? La joven personificaba, como su padre, el verdadero tipo de la aristocracia, y Schwarz al pueblo.—¿Qué clase de gente es esta—preguntábase ella casi con terror,—dotada de una energía sobrehumana, que sabe vencer todos los obstáculos, al revés de lo que nos sucede á nosotros?

El resto se lo decían los libros. La Condesita daba rienda suelta á sus pensamientos. En una ocasión que preguntó á Schwarz algo de su pasado, obtuvo una respuesta franca, pronunciada sin sombra de vacilación y sin avergonzarse:—Mi padre fue herrero.—La joven creyó estar soñando. ¿Cómo era posible hacer semejante confesión con tanta tranquilidad? Hubiera debido tenerlo oculto, así al menos pensaba ella; en cambio Schwarz no hacía de ello ningún misterio. Y aquellas francas palabras habían producido á la joven la impresión de otros tantos martillazos en pleno pecho; involuntariamente le miró con estupor, como si le viera con el delantal de la fragua, ó le brotasen chispas entre las manos.

Por lo demás, inútil es ocultarlo, á pesar de su gratitud inmensa á Schwarz y á las señoras de Vitzberg, creyó al principio que la corona nobiliaria que ornaba su frente y no otra cosa, era lo que hacía que todas aquellas gentes atendiesen á la hija del magnate. Más adelante pudo convencerse de que se había engañado por completo, por lo menos en lo concerniente á Schwarz. El joven pronunciaba la palabra *Conde* con el mismo tono y con la misma importancia con que hubiera dicho zíngaro, turco ó hebreo. ¿Sería quizá insensible á tales diferencias? Esto no podía ser según la Condesita, la cual se imaginaba que su protector lo hacía así de intento. Pero aún había más. La joven había observado que la actitud de Schwarz acusaba un tono de superioridad, casi de conmisera-

ción. En su conversación con ella era afable, no la escatimaba ningún miramiento; sin embargo, al través de la amabilidad del lenguaje y de la cortesía de su comportamiento, se reflejaba otro sentimiento como el de la indulgente condescendencia de un hombre hacia un pequeñuelo, de un sér robusto y enérgico hacia una débil criatura. Y sin embargo, precisamente á causa de esto, abandonábase ella confiada á su protección, y se sentía tan segura. Parecíale que para ella no debía haber ninguna dificultad insuperable; podía descansar con sueño tranquilo: Schwarz velaba por ella.

En una ocasión, sin embargo, trató de hacer gala de sus cualidades delante de su protector: quería brillar, quería ofuscarlo con el refinamiento de la educación, con la nobleza de la sangre. Pero Schwarz, que se percató de la intención, le respondió con dulzura, manifestándole, sin embargo, al mismo tiempo lo que en aquellas ideas había de verdad y de falso; dióle, en una palabra, una lección que dejó de mal humor á la Condesita. Intentó entonces deslumbrarlo con la ostentación de sus méritos, y, sentándose al piano, arrancó dulcísimas melodías que encantaron á Schwarz. ¿Pero y después?... Después se sentó al piano Augustinovitch—¡se atrevía á todo!—y tocó mucho y bien.... indudablemente mejor que ella. Confusa, nerviosa, con la cara larga, la Condesita fué á esconderse en su habitación. Pero el hecho de que comprendiese cuanto hemos expuesto, y se diera cuenta de ello, basta para demostrar que su cabecita no era de las vulgares. No nos extrañemos de que tuviese tiempo de entregarse á tales pensamientos estando aún reciente el duelo por la muerte de su padre: en la mujer, aunque educada y de nobles sentimientos, existe siempre, aun en los momentos de la desesperación, un fondo de coquetería, ingenuo, pero sabio.

De esta suerte comenzó una lucha continua entre el hijo del pueblo y la joven aristocrática, lucha que resultaba peligrosa para Schwarz, tanto más cuanto que éste no se precabía. La Condesita no le deslumbraba con su esplendor, pero

despertaba en él un sentimiento de simpatía, cada vez mayor; á sus ojos presentábase ella como una niña, una niña tierna y afectuosa, cuya suerte estaba en sus manos. De este modo, entretenido cada vez más por la Condesita, Schwarz descuidaba poco á poco á Elena, dilataba sus visitas, y cuidábase más de procurar una satisfacción á la joven que de evitar un disgusto á la viuda. Por su parte, la Condesita no era nada hostil á Schwarz; y el amor propio ofendido era un camino que podía conducir al amor mejor que al odio.

En el fondo, la Condesita Lula no deseaba otra cosa, sino que aquel enérgico y laborioso hijo del pueblo doblase enamorado la cabeza ante sus rodillas aristocráticas. Este deseo se formuló en ella de un modo claro y preciso cuando se dió cuenta de que Schwarz era un buen mozo. Recordemos que la Condesa Leocadia tenía veinte años, y que en su espíritu sucedíanse sin interrupción ansias, afanes, aspiraciones, que no acertaba á explicarse. Un poeta hubiérala llamado en su fantástico lenguaje el eco poderoso del deseo: amar y ser amado, ¡cuando tal vez en el espasmo de la felicidad deba marchitarse la juventud! Pero démosle el nombre que queramos á tal deseo, el pensamiento de Lula estaba siempre fijo en Schwarz, y la confianza, y el reconocimiento alimentaban en ella una viva simpatía. Cierto es que la difunta Condesa, madre de Lula, habíale repetido varias veces que una señorita bien educada no debe enamorarse; pero muy otras eran las palabras que murmuraba en su oído la madre Naturaleza, y es que rara vez están de acuerdo las enseñanzas de esas dos madres. Tal vez consiste en que en la mayor parte de las almas femeninas germinan y se desarrollan raramente las pasiones verdaderas y sublimes, y se ven agitadas por una infinidad de amoríos compuestos de nervios y de vanidades, que se remontan menos á las regiones del ideal, pero que en cambio ligan menos también....

Lula veía en Schwarz un joven apuesto, bueno, inteligente, generoso... No trataremos de indagar á cual de estas cua-

lidades concedía mayor importancia. La noche en que hizo tal descubrimiento, la Condesita, al irse á acostar, se dirigió una pregunta muy importante:—¿Y si él me amase?—Y en lugar de darse una respuesta, á medio vestir y descalza, corrió á ponerse delante del espejo. Solamente al autor le está permitido gozar de escena tan deliciosa. De debajo de la cofia, que cubría en parte su cabecita morena, los cabellos largos y rizosos caían sobre sus hombros de alabastro, y en la emoción apasionada que la agitaba el pecho, interrogaba al espejo con brillante mirada:—¿Y si me amase? ¿Y si cayese á mis pies pálido y palpitante?... ¿Aquí? ¿En este instante?...— Un vivo rubor encendió sus mejillas, toda su sangre afluyó á su cabeza; apagó la luz y se acostó.

Desde entonces comenzaron á manifestarse en Lula extraños cambios; unas veces, dominada por un invencible sentimiento de temor, se ponía triste y pensativa; otras vagaba por las habitaciones como una sonámbula; de pronto, sin motivo, besaba con efusión á Malinka, escondía su cabeza en el regazo de su amiga y permanecía así largo tiempo. Schwarz venía casi á diario. Transcurrieron de esta suerte muchos días... muchos meses... Y en el espíritu de Schwarz se iba operando un cambio cada vez más sensible y más profundo. A sus ojos la interesante niña se había transformado en una mujer hermosa, una flor espléndida en toda la plenitud de su desarrollo. Y cuando la miraba, no lo hacía ya con la imperturbable tranquilidad de antes; en otro tiempo hubiera podido alzarla en sus brazos con indiferencia y llevarla á su cunita, como se lleva un niño que se ha dormido; actualmente la sola idea de tal acto le hubiera conmovido en todo su sér. El idilio progresaba en ambos. Y tras tantos meses de alegría, un día, en casa de la señora de Vitzberg, y en la de Schwarz respectivamente, entabláronse los siguientes diálogos:

*
* *

—¿Y si tú llegases á amar, Malinka?

—Entonces, querida Lula, sería muy feliz. Entonces sería completamente fiel á mi amor, y créelo, Lula, con la ayuda de Dios me amaría él también.

—¿Y si no te amase?

Malinka se pasó una mano por la frente.

—No sé, no puedo imaginarlo; pero me parece que el amor es una correspondencia. Yo, sabes, amaré... como aman... En fin, amaría tanto, ¡tanto!—Y echando los brazos al cuello de su amiga, la colmó de besos y caricias.—¡Le amaría tanto, querida Lula, que él también habría de amarme!

Como dos tímidas palomas las dos jóvenes escondieron el rostro, la una en el seno de la otra, y reinó un momento de silencio.

—¡Malinka!—exclamó después Lula con la voz temblona por las lágrimas.

—¿Qué, Lula mía?

—Malinka, yo amo.

—Lo sé, querida.

* * *

—¡Hola, hola, compañero!—decía mientras tanto Augustinovitch á Schwarz.

—¿Qué hay de nuevo?

—Que el diablo me lleve si esto es nuevo. ¡Vaya, vaya, compañero!, he visto como besabas y volvías á besar el velo de la Condesita... ¿Te agrada tanto el besar? Allí, en aquel rincón, debe haber un paraguas. ¿Quieres besarlo? Ó prefieres besar, en cambio, mi gabán del año pasado?... Anda, farsante, dame la pipa. Ya sé yo lo que quiere decir todo esto. Quizá no lo sepa Malinka. ¡Pobrecilla! ¡Es tan inocente! Pero á mí no se me escapa.

Schwarz se cubrió el rostro con las manos. Augustinovitch le miró en silencio, hizo después algún ruído con los pies,

tosió, murmuró algunas frases, y exclamó por fin con voz de trémolo:

—¡Anda, hombre, anda!

Schwarz no respondió. Entonces Augustinovitch le dijo, dándole en el hombro unos golpecitos amistosos:

—Acerté, amigo mío..... pero no te aflijas, no tortures tu imaginación. Lo sientes por Elena, ¿no es verdad?.... ¡contesta algo!

Schwarz se encogió de hombros con un gesto vago.

—¡Ya lo comprendo! ¡Lo sientes por Elena! Eres honrado, amigo mío..... pero, ¿qué se ha de hacer? Cásate.....

Pero Augustinovitch no pudo terminar su consejo, pues Schwarz se levantó con ademán resuelto. En su rostro se retrataba la firmeza de una increible decisión, y la contracción dolorosa del entrecejo era el único signo exterior de la lucha que se entablaba en su alma.

Estrechó con fuerza la mano de Augustinovitch, y dijo:

—Me voy.

—¿A dónde?

—A casa de Elena.

—¿A casa de Elena?—exclamó silabeando Augustinovitch, estupefacto y sin querer dar crédito á lo que oía.

—Sí, á casa de Elena. Hora es ya de que terminen las debilidades y los subterfugios. Voy á casa de Elena, y para pedirla su mano.

Augustinovitch lo miró mientras salía, meneó la cabeza y murmuró entre dientes:

—Ahí tienes, oh estúpido Adán, con qué vigor saben hacer frente á las situaciones semejantes temperamentos.

Cargó la pipa, se tumbó en la cama, y comenzó á echar humo con redoblada energía.

XIII

Cuando Schwarz llegó á casa de Elena, ésta no había vuelto aún, y aquél se dispuso á esperarla paseándose nerviosamente por la sala. Estaba decidido á salir de la difícil situación en que le había colocado su interés hacia á la joven huérfana. Pero era una resolución que le angustiaba, que le costaba un enorme sacrificio, que le causaba un dolor agudísimo, y hasta casi un trastorno físico. Iba á pedir, formalmente, la mano de Elena; sin embargo, en aquel instante le parecía que no sentía por ella sino odio; en cambio su corazón, su pensamiento, todo su sér se dirigían con el anhelo del deseo apasionado hacia otra mujer, hacia Lula, á la que amaba como saben amar los temperamentos enérgicos, que ocultan el ardor de la pasión bajo una apariencia de frialdad.

Schwarz trató de prepararse para su primer encuentro con la viuda; pero preveía que no le iba á ser cosa fácil. Nada hay más repugnante que fingir amor con una mujer á la que no se ama; y el fingimiento ingrato es punto menos que imposible para un carácter viril. En otro tiempo Schwarz había amado sinceramente á Elena; mas ya antes de que llegase á comprender lo querida que le era Lula, su amor había ido desapareciendo poco á poco. Cuando por fin llegó el momento de que no le fuera imposible abrigar ninguna duda acerca del sentimiento que le inspiraba la joven, experimentó unos momentos de vacilación; sentía su nuevo amor, pero tenía miedo de pensar en él, de confesárselo á sí mismo. Después el corazón empezó á reclamar con voz imperiosa los derechos que le correspondían; y el joven que comprendió lo que significaba aquel violento palpitar, impúsole silencio, se tapó los oídos para no oirle: vacilaba en dar un paso hacia adelante, comprendía que estaba en contradicción consigo mismo, comprendía que se hallaba en una situación penosa, de la que era pre-

ciso salir á toda costa. Con el cinismo propio de su carácter, Augustinovich habíale obligado á sondar en su alma, á mirar de frente aquellos amores; Schwarz no había retrocedido ante la lucha íntima de sus afectos y de sus sentimientos..... acudió á casa de Elena..... él mismo se cortó la retirada.

Pero no pasó aquella lucha dolorosa sin dejar profundas huellas. Sentía que su sangre corría por las venas con febril ardor, experimentaba una excitación que le quitaba la tranquilidad de pensamiento; una multitud de imágenes, de visiones, de recuerdos fugitivos y deliciosos cruzaba por su imaginación en extraña algarabía; más que nunca le asaltaba el convencimiento de que Lula correspondía al amor que la profesaba; en su mente hacíase camino una duda ingenua, con el desaliento de las últimas descargas en una batalla perdida. ¿Tenía derecho á sepultar, con la propia, la felicidad de aquella tierna niña?.... Pero una reflexión sencilla bastó para que se disipasen todas las sombras: entre él y Elena había de por medio el deber; entre él y Lula nada..... De índole muy diferente eran las dificultades que hacían arduo su camino. Su propósito de casarse con Elena era sincero; mas para realizarlo necesitaba fingir amor, mentir en aquel momento, mentir después toda la vida.....—¡Señor, Señor!—se lamentaba Schwarz.—¡Y pensar que todos estos males son la consecuencia de un bien! ¡Oh, es para volverse loco! Y cada vez se presenta la vida más erizada de dificultades; todos nosotros caminamos en pos de la felicidad como el perro en pos de la sombra, y el resultado es siempre el mismo para todos.—En este análisis de su propia desdicha, Schwarz, que no gustaba poco ni mucho de retóricas declamaciones, sentía que se confundían sus ideas. Por lo demás, semejante filosofía tiene también su encanto: el hombre se enamora poco á poco de sus propias aflicciones, y las mece y las acaricia, como acarician otros el pensamiento de la felicidad.

Mientras tanto la noche había ya cerrado, y todavía no había vuelto Elena. Una voz interior manifestaba á Schwarz

que la viuda debía estar en el cementerio, lo que le producía un sentimiento de rabia, cuya causa no acertaba á explicarse. En la sala se condensaban lentamente las tinieblas; encendió una luz y continuó paseando por la estancia. De pronto su mirada se fijó involuntariamente en el retrato de Potkansky. Schwarz no le había conocido y no podía quererle; antes bien, en lo noble de la alcurnia del difunto, buscaba un pretexto para justificar su propia antipatía. Mas ahora, al contemplar aquel rostro viril, animado é inteligente, pasó por sus negros ojos un relámpago de odio.

—En último término—se dijo—yo no soy más para Elena que una imagen de ese otro.

Esto no era cierto. El carácter de Schwarz era completamente opuesto al de Potkansky, y si una extraña semejanza física fue la causa del primer impulso del amor de Elena, después le amó como Schwarz y porque era Schwarz. Pero esta idea llegaba muy confusa al pensamiento del joven. Schwarz hubiera dado la mitad de su vida porque Elena no pudiese llegar á ser su mujer, por no tener un hijo de ella.

—¡Un hijo!—pensó Schwarz;—si tengo un hijo querré educarlo yo, querré que crezca honrado, enérgico..... ¡Oh, si en vez de Elena fuese hijo de Lula!....

Corrióle por las venas un escalofrío; contrajo dolorosamente la boca, mientras gruesas gotas de sudor brotaban de su frente. Y en aquella aspiración había todo un mar de pasión y de deseo.

Al cabo de media hora volvió Elena. Llevaba un traje negro que hacía resaltar admirablemente el color mate del rostro y la belleza de los cabellos rubios; á la vista de Schwarz, sus labios se iluminaron con una dulce sonrisa, en la que se retrataba el temor unido á una infinita alegría. En efecto, en estos últimos tiempos las visitas de Schwarz constituían para ella un placer poco frecuente; mas, por fortuna suya, con esa exquisita delicadeza de tacto y con esa ternura de sentimientos propio en la mujer, no le había dirigido

jamás ninguna queja. Al verle, no se atrevió á entregarse demasiado pronto á la alegría; no d eplegó los labios, mas en la muda elocuencia de un tierno y fuerte apretón de manos puso la expresión de su temor, de su alegría, de su cariño. Así, con su triste sonrisa en los labios y con la mano palpitante de ansiedad, ofrecía la inefable fascinación de una mujer enamorada. Si hubiese brillado una estrella entre sus cabellos, se la hubiera tomado por un ángel. Tal vez ceñíanla la frente otros destellos, la aureola del amor; pero los ojos de Schwarz no podían ver en ella un ángel, y la aureola del amor no brillaba para él.

Se llevó á los labios la mano de la joven y le dijo:

—Siéntate á mi lado, Elena, y escúchame.—Hace ya mucho tiempo que no venía á verte, y quisiera que entre nosotros volviese á reinar la paz y el contento de otros tiempos.

Elena se quitó la talma y el sombrero, se arregló el cabello, y se sentó al lado de Schwarz. Por su rostro cruzó una sombra de inquietud y de temor.

—Habla, José mío.

—Va á hacer cuatro años que Gustavo, á punto de morir, te confió á mi cuidado; yo he procurado mantener constantemente, en los límites de mis fuerzas, la promesa que le hice; pero nuestras relaciones no son lo que debieran ser. Todo debe cambiar, Elena.....

En el momento de ir á pronunciar irrevocablemente su propia sentencia, se interrumpió como para tomar aliento. Siguió un momento de silencio en el que se hubieran podido contar los latidos del corazón de Elena. Pálida como una muerta, estaba pendiente de los labios de Schwarz, y su vivísima emoción la obligaba á parpadear, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué todo debe cambiar?—preguntó con un hilo de voz.

—¡Sé mi mujer!

—¡Ah, José!—Juntó las manos en apasionado ademán de ruego, y le miró con el mayor cariño.

—¡Sé mi mujer!—repitió Schwarz.—La ocasión de que te hablé una vez ha llegado.

Elena le echó los brazos al cuello y, con gesto infantil apoyó su cabeza en el hombro del joven.

—¡Oh, José! ¿No te burlas de mí? ¡Aún he de poder ser dichosa! ¡Te quiero tanto, tanto!

Y en el éxtasis de la felicidad sus labios se acercaron inconscientemente á los labios del amado.

—Yo me veía triste y sola,—murmuraba ella—pero siempre tenía confianza en tí. El corazón es confiado cuando ama. Ahora serás mío, mío todo, para siempre, yo vivo solamente para tí. ¿Y qué sería la vida sin el amor? ¡Reir y ser feliz, y experimentar al mismo tiempo una gran tristeza y un deseo de llorar, y pensar que se ama! Eso es la vida. También yo estoy alegre, tengo el alma inundada de gozo y pienso en tí, y por tí sólo lloro, y á tí sólo amo.... ¡Oh, si alguien hubiese intentado separarnos, me hubiera mesado los cabellos, me hubiera arrastrado á tus piés. Yo era como una débil llama; un soplo tuyo hubiese bastado para extinguirme. Ahora soy tuya.... tengo necesidad de llorar.... ¡Dime, pues, que me quieres!

—¡Te quiero!

—¡He pasado llorando muchos años! ¡Pero qué distintas son mis lágrimas ahora! ¡Tengo en el alma una luz esplendorosa.... déjame cerrar los ojos para que la contemple.... déjame soñar! ¡Cuánta alegría, cuánta felicidad en un solo momento!.... ¡Apenas puedo abrazarla, dueño mio!....

Ante la exuberancia de afectos que se revelaba en tales palabras, Schwarz experimentaba un sentimiento de compasión; veía en qué abismo de mentiras y de contradicciones le arrojaba el deber de compartir la vida con una mujer tan hermosa, tan llena de amor y tan poco amada. Y apresurándose á levantarse se despidió.

Cuando se quedó sola, Elena apoyó la frente en los cristales de la ventana y permaneció largo tiempo inmóvil; después

abrió la ventana, y apoyando sus mejillas en las manos, miró á lo lejos, en aquella noche de verano tachonada de estrellas. Las doradas trenzas le caían por el pecho, corríanla silenciosas lágrimas, y la luna aureolaba su frente con un nimbo esplendoroso, y le plateaba el traje.

XIV

Algunos días después, Augustinovitch, solo, en el cuarto de Schwarz, hallábase entregado al estudio. Faltaba ya poco tiempo para los exámenes.

Con su habitual afición á lo teatral, había bajado las cortinas de las ventanas, colocado una mesa enmedio de la habitación, y él mismo, con las mangas remangadas hasta cerca del codo, se ocupaba en cierto experimento de física. Una porción de filtros, tubos de cristal, frascos y recipientes con líquidos y polvos de toda especie, ostentábanse sobre la mesa, y enmedio de todo, ardía una lamparilla de espíritu, la cual con su azulada llama lamía la boca de una retorta que trepidaba bajo la acción del líquido en ebullición. Cuando Augustinovitch se ponía al trabajo, nadie podía rivalizar con él en agilidad y prontitud, y como suele decirse, las cosas brotaban bajo sus dedos. Y la verdad es que, en aquel instante, con la sonrisa en los labios, trabajaba de firme. De cuando en cuando interrumpía la seriedad del estudio con cuatro palabras dirigidas sin ton ni son al primer objeto que caía entre sus manos, ó con una reflexión contrita y llena de religioso temor acerca de la inconstancia de los acontecimientos humanos. En cambio, unas veces declamaba en tono trágico alguna estrofa, accionando majestuosamente y alzando los ojos al techo de la habitación:

«¡Curdyk, Curdyk, en tu mirada
está mi felicidad!
¡Ah! el oráculo fue obscuro.....»

Otras cantaba con modulaciones y trinos de lo más extraño:

«Silencio, pues, silencio y despacio.....»

O bien improvisaba con exaltada imaginación:

«El humo del tabaco es grata cosa;
Carga, pues, la pipa, ¡oh joven!,
Y descansa fumando tranquilamente».

—¡Por vida de!....—exclamó de repente.—Si Schwarz en vez de arreglar matrimonios estuviese aquí, andaríamos más aprisa..... Pero es natural..... Vale más hacer la corte á Elena..... También á mí me agradaría hincar el diente en esa fruta. ¡Es tan bella la inocencia! Querida Elena....., permíteme..... y después, ¿qué más?

Un fuerte campanillazo le hizo dar un salto. Augustinovitch se volvió hacia la puerta, declamando con los brazos abiertos:

«¡Oh caminante!, mi hogar te acoge:
Cansado de la vida, reposa aquí.»

Se abrió la puerta y entró un hombre joven y elegante. Augustinovitch le miró con mucha curiosidad; lo que llamaba más la atención en el recién llegado era una magnífica americana de terciopelo, unos pantalones flamantes, de color claro, y un minucioso cuidado de toda su persona, que se manifestaba especialmente en el peinado de los cabellos y en el afeitado rostro. En lo demás no ofrecía nada de particular: una cara ni estúpida ni inteligente; una expresión qne, á primera vista, no expresaba ni carácter tranquilo ni iracundo; una estatura ni alta ni baja; una boca, una barbilla, una frente como hay tantas otras, y por añadidura, la carencia absoluta de todo rasgo encaminado á establecer la individualidad de una persona.

—¿Vive aquí el señor Schwarz?

—En efecto, aquí vive.

—¿Se podría verle?

—A esta hora sin duda alguna; pero en una noche obscura presumo que sería muy difícil.

El visitante hizo un gesto de impaciencia; pero el rostro de Augustinovitch conservó la expresión de un imperturbable buen humor.

—He venido para saber dónde y cómo se encuentra actualmente la condesa Leocadia N., y el amo de esta casa me ha indicado que el señor Schwarz podría complacerme. ¿Tendría usted la bondad de decirme algo acerca de este asunto?

—Con mucho gusto. Es una joven muy agraciada.

—No se trata de esto.

—Perdóneme, mi respetabilísimo señor, de eso se trata precisamente. Si yo le hubiese respondido á usted que era fea como una noche de truenos, ¿seguiría usted teniendo curiosidad de conocerla?... Me parece que no, ¡por vida de todos los diablos del infierno!

—Yo me llamo Pelsky, y soy primo suyo.

—Yo me llamo Augustinovitch, y no soy por ningún lado primo suyo.

—Insiste usted... tiene usted ganas de broma...

—De ningún modo, aunque también la señora de Vitzberg afirma siempre lo mismo. Pero me olvidaba de que usted no conoce á la señora de Vitzberg. Es una gran señora, la cual, además, tiene una hija... ¡valiente mérito tener una hija!, me dirá usted... Tiene usted razón. La cosa no tiene nada de extraordinario. Pero cuando la hija es rica como Pluto...

—Pero en fin, señor...

—¡Silencio! Siento ruido de pasos en la escalera... tal vez Schwarz... ¿No?... ¿Qué apostamos á que es Schwarz?

En efecto, era Schwarz, el cual abrió la puerta. Su fisonomía seria é inteligente había madurado, por decirlo así, en estos últimos tiempos, y llevaba el sello de la increíble energía de un hombre que ha tomado para el porvenir una resolución: la de que no se apartará á ninguna costa.

Augustinovitch se apresuró á hacer la presentación á su manera.

—Este es el señor Pelsky, y este otro, en nombre de todos los diablos, el señor José Schwarz, ilustre doctor en Medicina.

Schwarz echó á su compañero una mirada escrutadora. Mientras tanto Pelsky expuso el objeto de su visita, escuchado en silencio por Schwarz; solo cuando conoció el parentesco que existía entre la condesita y el visitante, frunció ligeramente el ceño. Sin embargo, dió sin vacilar las señas que se le pedían.

—Tengo el honor de saludarle — dijo por fin. — Supongo que la condesita se alegrará mucho de haber encontrado á un primo. ¡Lástima que no se presentara ningún pariente hace dos meses!

Pelsky murmuró entre los dientes una frase ininteligible y salió. Evidentemente la presencia y la actitud de Schwarz le habían desconcertado.

—¿Por qué le has dado las señas de Lula? — preguntó de repente Augustinovitch, en cuanto salió el otro.

— Porque hubiera sido sencillamente ridículo el no dárselas.

—Bueno, pues yo no se las habría dado.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Una porción de cosas, excepto aquella que deseaba saber. No podía yo imaginar que le tratases con tanta cortesía, y menos que le dieses las señas de la condesita.

—La hubiera podido encontrar el solo.

—Sí, sí; ¡habrá que ver cómo recibe la señora de Vitzberg á ese hermoso tipo! ¿Y tú vas hoy?

—No.

—¿Y mañana?

—No.

—¿Cuándo, pues?

—Nunca.

—Compañero, quien huye el peligro no da pruebas de valor.

—No soy ningún caballero andante, y menos un Don Quijote, para buscar aventuras. Prefiero vencer el peligro con la fuga, que desafiarlo para sucumbir en él. Mi norma es la razón, no la monomanía de los matamoros medioevales...

Siguió un momento de silencio.

—¿Has estado ayer en casa de Elena? — volvió á preguntar Augustinovitch.

—Ciertamente.

—¿Y cuándo es la boda?

—Cuando me haya licenciado.

—Tal vez sea mejor para ti que todo concluya de esa manera.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—No quisiera disgustarte... pero ¡qué quieres! Lula no me inspira confianza, voto á mil diablos.

Los ojos de Schwarz relampaguearon, puso una mano en hombro de su compañero, y exclamó con vehemencia:

—¡Guárdate de hablar mal de ella!

Separada de él por la fuerza de las cosas, Schwarz quería que la condesita permaneciese pura, al menos en lo íntimo de sus recuerdos.

—¿Y qué le digo si me pregunta por tí?—preguntó Augustinovitch tras breve pausa.

—Dile la verdad. Le dices que me caso con otra mujer.

—¡Le diré otra cualquier cosa!

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Explícate de una vez.

—Porque Lula te quiere.

Schwarz se puso como la grana. Que Lula correspondía á su cariño no era nuevo para él; pero oírselo decir abiertamente por otra persona, era demasiado fuerte. Se conmovió profundamente, é invadió su corazón una gran alegría, unida á una desesperación infinita.

—¿Por quién lo sabes?

—Por Malinka; me lo confía todo...

—Entonces dirás á Lula que me caso con otra mujer por amor y por deber.

—¡Amén!—exclamó Augustinovitch á manera de conclusión.

***

Aquella misma noche, Augustinovitch fué á casa de la señora de Vitzberg. Malinka salió á abrirle la puerta:

—¿Es usted?—preguntó, poniéndose encarnada.

En lugar de responder, Augustinovitch la cogió una mano y depositó en ella repetidos besos.

—¡Ah! no, no, señor; eso no está bien, no se debe hacer—balbuceó la joven, defendiéndose y cada vez más encarnada.

—Sí se debe hacer, sí se debe hacer—replicó Augustinovitch con acento de profunda convicción.—Después, mientras colgaba el gabán y se quitaba los guantes (hacía algún tiempo que vestía con gran esmero), preguntó:

—¿Ha estado aquí un señor esta tarde?

—Sí, y ha quedado en venir también esta noche.

—Mejor.

Diciendo así Augustinovitch entró con Malinka en la sala, en donde se notaban ciertos preparativos desacostumbrados, como cuando se espera un huésped digno de miramientos. Sobre la mesa lucía un candelabro, y estaba abierto el piano.

—¿Por qué no ha venido con usted el señor Schwarz?

—Una pregunta semejante me espera sin duda alguna por parte de la condesita Lula... al menos así lo espero... por lo tanto, tenga usted un poco de paciencia, y permítame que le responda antes á ella.

En efecto; no se hizo esperar mucho la condesita Lula: vestía de negro y llevaba en los cabellos una diadema de perlas. En cuanto vió á Augustinovitch le preguntó por su amigo.

—¿Y el señor Schwarz?

—No viene.

—¿Por qué?

—Porque está muy ocupado. Figúrese que está edificando su porvenir.

—¿Y no le ayuda usted en esa tarea?—preguntó Lula.

—¡Dios me libre de ello!

—¿Es un trabajo muy complicado?

—Como todos los edificios cuyos cimientos están aún por poner.

—Tendría mucha curiosidad de conocerlo.

—¡Ah!... El deber antes que nada.

—Y supongo que el señor Schwarz lo pondrá como base de todos sus trabajos.

—Esta vez, sin embargo, le será algo más difícil que de costumbre... Pero viene alguien, si no me engaño... su primo de usted... su excelencia... No sé cómo llamarle, es un espléndido joven...

En efecto, Pelsky entró en la sala seguido por la señora de Vitzberg, é inmediatamente se entabló una de esas conversaciones corrientes, insípidas y llenas de lugares comunes. Augustinovitch tomaba en ella muy poca parte. Arrellenado cómodamente en una buena butaca, con la expresión más indiferente del mundo y con los ojos entornados—esta era su actitud favorita cuando quería observar á gusto—no se le escapaba una sílaba ni un movimiento. El Conde de Pelsky—se nos olvidó decir que también era Conde—estaba sentado al lado de Lula, y sobando y resobando entre sus dedos el cordón de su monóculo, hablaba con ella con bastante viveza.

—Te ruego creas que antes de mi llegada á Kieff—decía,—no tuve absolutamente noticia alguna de la desgracia que afligía á toda nuestra familia, y á tí particularmente, con la muerte de tu queridísimo padre.

—¿Conociste á mi padre?—preguntó Lula suspirando.

—No, primita. Sabía únicamente que una infinidad de plei-

tos y de procesos mantuvieron separadas á nuestras familias. Pero yo, como menor de edad y ausente casi siempre de casa, permanecí extraño á todo ello; ahora, sin embargo, quería yo arreglarlo: mi venida á Kieff tenía por objeto intentar una reconciliación.

—¿Y qué grado de parentesco tenías con mi padre?

—La verdad es que, habiendo sido educado en el extranjero, no tengo un conocimiento muy preciso de nuestras relaciones de familia. Así es que á una feliz casualidad debo únicamente el descubrimiento, no diré de nuestro parentesco, porque nunca lo he ignorado, sino de otro vínculo que une aún más estrechamente nuestras dos familias.

—¿Y puedo saber cuál ha sido esa feliz casualidad?

—Al momento voy á satisfacer tus deseos, primita. A la muerte de mi padre, debiendo encargarme de la administración de nuestros bienes y cuidar de nuestros derechos, hube de repasar los papeles de familia. Por estos papeles he venido en conocimiento, no solamente de que tu rama tiene estrecho parentesco con los Pelsky, sino que hasta llevamos las mismas armas.

—Es cosa de felicitarnos de la casualidad que ha revelado el hecho.

—Por mi parte, primita, la bendigo de todo corazón.

Lula bajó los ojos; sus manecitas blancas retorcían nerviosamente las cintas del delantal. Después de algunos minutos replicó:

—Igual satisfacción es la mía.

Una sonrisa irónica pasó por Augustinovitch, rápida como un relámpago.

—Me ha costado mucho trabajo encontrarte—añadió Pelsky.—El señor (y señaló á Augustinovitch) tiene un modo de explicarse sumamente particular. Por fortuna llegó á tiempo su amigo, quien me dió tus señas.

—Antes vivía yo en la misma casa en que habitan esos señores.

—¿Y cómo les conociste?

—El Sr. Schwarz fue el que asistió á papá en sus últimos momentos, y, cuando murió, el mismo señor me trajo á casa de esta señora..... Le estoy muy agradecida.

Augustinovitch abrió más los ojos, y en su rostro desapareció toda expresión irónica.

—¿Es un médico?—preguntó aún el Conde.

—Lo será dentro de poco.

Pelsky se calló algunos minutos; evidentemente se esforzaba en recordar algo.

—Durante mi estancia en el extranjero—dijo al fin—conocí en Heidelberg un profesor Schwarz, literato muy distinguido. ¿Es quizá de su familia?

La Condesita se encogió de hombros.

—No te lo sabré decir.

Ante esta respuesta, Augustinovitch abrió los ojos por completo, y se dibujó en su rostro una expresión indecible de desdén.

—Si no me engaño—dijo, interviniendo con acento sarcástico y resuelto,—usted, Condesa, debe conocer perfectamente dónde y de qué familia ha nacido Schwarz.

—No sé..... no recuerdo.....—balbuceó ella con voz apagada.

—¿Ah, no? Entonces trataré de ayudar á su memoria. Schwarz nació en Zvenigorod, en donde su padre era herrero.

Pelsky dirigió á la Condesita una mirada de conmiseración; después, comentando la mirada con las palabras, dijo:

—Cree, primita, que deploro vivamente que la fatalidad te haya obligado á vivir con personas de clase tan diferente de la nuestra.

Lula lanzó un hondo suspiro. Y no era un suspiro de contento. Y sin embargo, en los tristes momentos de la necesidad, solamente entre aquellas personas de otra clase encontró cuidados, socorro, protección, afectos. Y sin embargo, á esas personas debía infinitamente más que á aquel primo desconocido

ayer y salido de no se sabía dónde. Pero tuvo vergüenza en confesar todo esto, y, confusa y alterada, no respondió palabra.

Mientras tanto, la señora de Vitzberg había invitado al huésped á que pasase á otra sala para tomar el té, y Lula aprovechó la ocasión, y huyó á refugiarse en su cuarto, en donde se arrojó sobre la cama con el rostro oculto entre las manos. Sus pensamientos volaban lejos, al cuarto de Schwarz. Este estaba allí, solo, matándose á estudiar, y ella toleraba que en su presencia se hablase de él como de un extraño. ¡Y aquel Augustinovitch que no sabía callarse! ¿Era acaso necesario ir publicando por todas partes que Schwarz era hijo de un herrero?... Parecíale que alguien había cometido una grave injusticia en perjuicio de Schwarz; pero, allá en el fondo, experimentaba también algo de rabia contra él, contra Schwarz, que había cometido el delito de nacer en una herrería.

Vuelta á la sala, mientras los demás tomaban el té, se sentó al lado de su primo, triste y contrariada, dirigiendo de cuando en cuando inquietas ojeadas á Augustinovitch, al que desde su inoportuna intervención de poco antes miraba con angustia y casi con miedo.

—Tú no estás bien, Lula—le dijo de pronto la señora de Vitzberg, acariciando la ardorosa frente de la joven.

Malinka, la cual servía el té en aquellos momentos, se detuvo, y volviéndose con una sonrisa, dijo:

—Te han puesto de humor negro. ¿No es el color que te gusta?

La Condesita comprendió á lo que aludía su amiga, y respondió:

—El negro es el color de luto; por consiguiente, debe ser siempre el mío.

—Es un color tan bello como tus palabras—añadió Pelsky.

Una vez tomado el té, Lula se sentó al piano, y tocó una patética mazurka de Chopin; pero su rostro conservaba una expresión de inquietud medrosa, y Augustinovitch, que era

buen músico, comprendió en la manera como resonaban las notas el estado de ánimo de la joven. Y se dijo:

—Toca para rechazar el miedo y para hacerse admirar del primo.

Pero al volver á casa, pensaba en Schwarz y en Lula más de lo que correspondía á la inestabilidad de su pensamiento.

—¡Váyanse al diablo!—concluyó por murmurar.—Pero entre tanto, ¿qué será de la otra?.....¿Qué saldrá de tanto enredo?

Con estas reflexiones entró en su habitación. Schwarz no dormía aún, sino que con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa, tenía delante un libro abierto.

—¿Has estado en casa de las de Vitzberg?

—Sí.

Una sombra de ansiedad y de curiosidad pasó por el rostro de Schwarz; un deseo interno le impulsaba á preguntar á su compañero las particularidades de la velada; después de algunos momentos de vacilación, se apretó otra vez la cabeza entre las manos y siguió leyendo. Mas de repente dejó el libro á un lado, se levantó, y á grandes pasos comenzó á recorrer el cuarto.

—¿De manera que has estado en casa de las señoras de Vitzberg?

—Naturalmente que he estado.

—¡Ah!

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—¡Nada!

Y de nuevo se sentó ante el libro.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se concluirá.)

POETAS AMERICANOS

AL TERMINAR EL SIGLO XIX

A Javier Prado y Ugarteche.

No morirá, no, el siglo en que lozana
Más que en los otros floreció la ciencia,
Que vió su fuerza en la razón humana
Y engrandeció la humana inteligencia;
Siglo que con su industria soberana,
Ha labrado en el hombre la conciencia
De su inmenso poder, y cuya gloria
Cual áureo sol irradiará en la Historia.

No hay que temer por su inmortal renombre
De nuevos siglos la triunfal carrera,
Si el bien sin fin que ha prodigado al hombre
Proclama ya la humanidad entera;
Si su espíritu queda, si su nombre
Será, en el porvenir, cual la bandera
Que victoriosa tremoló su mano,
Símbolo augusto del progreso humano.

Coronó su obra de afanosa y seria
Científica labor la inesperada

Penetrabilidad de la materia
A los rayos de luz y á la mirada,
Y ¡oh triunfo! ve ya el hombre en la miseria
De su masa interior iluminada,
Cual el buzo al fulgor de su linterna,
En la profunda secular caverna.

Predijo en él la ciencia un astro errante
Que nunca el hombre conocido había
Y tras cálculo audaz fijó el instante
Y el punto mismo en que brillar debía;
El telescopio lo esperó anhelante
Y ¡oh gloriosa, profética osadía!
Colmando el gozo del terrestre anhelo
El nuevo astro apareció en el cielo.

Tiembla la tierra, el ruido sobrecoje,
Se infla el vapor, la biela se dilata,
La rueda gira, el émbolo se encoje,
La presión prepotente se aquilata,
El feroz bruto al matorral se acoge.
—¿Quién pasa allí?
—¿Quién es? La que arrebata
Al tren veloz, triunfal locomotora
Que al tiempo vence y la extensión devora.

Cruza el bello paisaje en lejanía
El tren vertiginoso sobre el puente,
Mientras abajo en pintoresca ría
Surca las ondas el vapor potente;
Ambos del siglo inventos, ¿quién diría
Lo que costó de esfuerzos á la mente
Dar á sus masas la impulsión interna,
Perpetuo asombro de la edad moderna?

En el virus mortal que al can enrabia
El microbio del mal halló la ciencia,
Y en el microbio descubrió la savia
Que en germen mata la fatal dolencia;
Antídoto á la rabia fue la rabia,
Inoculada en nuestro sér su esencia.
¡De sabia inspiración rasgo profundo
Que arrancó gritos de entusiasmo al mundo!

Dijo á la ciencia el siglo:—«Tengo en mente
Cambiar la faz del mundo.»—Y la atrevida
Ciencia le contestó:—«con la corriente
Eléctrica te basta. Es verbo y vida;»
Y cubrióse la esfera de repente
De red de alambres alredor tendida
Que, por aires y tierras y oceano,
Lleva y difunde el pensamiento humano.

Da la electricidad plena abundancia
De potencia al motor; dora y platea
El ruin metal; transporta á la distancia
El raudo impulso que el torrente crea;
Hasta en la hez de mineral sustancia
Logra oro hallar que segregado sea;
Y el parque y la ciudad baña y colora
Con la sonrisa de su luz de aurora.

El teléfono, osada maravilla,
Del taller y el hogar útil fecundo
Que cual prodigio entre prodigios brilla,
Universal admiración del mundo,
Lleva veloz á la apartada orilla
Ó remota ciudad su eco profundo,
Y reproduce, en vibración cercana,
Viva y sonora la palabra humana.

Y el fonógrafo, mágico portento
Que con la voz que lo enunció repite
El fugitivo hablado pensamiento,
Y frase y voz al porvenir transmite,
—No es ilusión—el timbre y el acento
Cual en rico joyel guardar permite
Del consejo leal del muerto padre,
Del canto y la oración de nuestra madre.

Si el siglo se mostró genio gigante
Para la ciencia, no será la gloria
De su hermosa misión menos brillante
Bajo el moral aspecto de su historia.
¿Cuál de los siglos persiguió, constante
Como él, del pensamiento la victoria
Que en hombre y pueblos arraigar ha hecho
La noción sacrosanta del derecho?

La carta primordial de Albión la adusta
Dió á los fieros Barones Juan-sin-Tierra;
Juraba el nuevo rey cual por ley justa
Los fueros de Aragón en paz y en guerra;
Reivindicó la Francia en noche augusta
Los derechos del hombre ante la tierra;
Y hoy pone todo pueblo, edad bendita,
Sobre el trono y el rey la ley escrita.

A par que de Colón la obra divina
Completando de Washington la mente,
Se hizo libre la América latina.
Desbordó, desde entonces, cual torrente
El comercio grandioso que domina
Al mundo actual, y en cuyo ardor se siente
Surgir, noble efusión de corazones,
El ósculo de amor de las naciones.

Mancha oprobiosa de la edad cristiana,
Que á la mitad del siglo subsistía,
De inicua y vil esclavitud humana
El mundo de Colón tráfico hacía.
Pero pudo después, del triunfo ufana,
Gritar, tras guerra de escisión impía,
De pie ante el orbe, entre ardorosos bravos:
«¡Nueva gloria á la Cruz! Ya no hay esclavos.»

Favorita del siglo, la grandiosa
Exposición Universal augura
Al orbe nueva vida venturosa.
Cada vez que en la tierra se inaugura
Parece oirse grave y majestuosa
Musical vibración, cual si la altura
Rasgara, á ritmos, sus azules velos
Y cantaran los astros en los cielos.

Affre implorando paz, en horizonte
De sangre, el crucifijo entre las manos;
Garibaldi gritando en Aspromonte:
«¡No hagais fuego, que son nuestros hermanos!»
Damián de Veuster, en aislado monte,
Víctima de la lepra y los gusanos,
Conjunto son que á nuestro siglo imprime
Sello de humana abnegación sublime.

De infortunio en sus horas inclementes
¿Cuál siglo mostró más, ante el quebranto
De gentes propias ó de extrañas gentes,
De caridad el sentimiento santo?
¿Cuál creó más asilos de indigentes,
Enjugó de más huérfanos el llanto,
Y de la guerra en la azarosa suerte
redimió más heridos de la muerte?

Fue artista su grande alma. Halló por guía
Noble y excelso amor á la belleza.
Su música, pintura y poesía,
Que imitan la inmortal Naturaleza;
Su escultura de olímpica osadía,
Su arquitectura de genial grandeza,
Son cual nuevo arte que á entusiasmo mueve....
¡Gloria sin fin al siglo diez y nueve!

Llevó los trenes por aérea altura
Sobre la faz de la ciudad extensa;
Abrió el túnel rasgando la espesura
Del corazón de la montaña inmensa;
Cambiando de la tierra la estructura
De los istmos rompió la valla densa
Que hasta ayer en sus muros seculares
«¡De aquí no pasaréis!» dijo á los mares.

Vió la oculta verdad doquier rendida
Del análisis sabio á los rigores,
Elevó el alma, prolongó la vida
Y suprimió los físicos dolores.
¿Que «fue siglo sin fe?» ¡Frase mentida!
Si el hombre en él, venciendo sus errores
Se sintió de los hombres más hermano,
¿Quién osará negar que fue cristiano?

No hay que temer por su inmortal renombre
De nuevos siglos la triunfal carrera
Que el sumo bien ha prodigado al hombre
Proclama ya la humanidad entera.
Perdurarán sus triunfos, y su nombre
Será en lo porvenir, cual la bandera
Que victoriosa tremoló su mano,
Símbolo augusto del progreso humano.

LUIS B. CISNEROS.

Lima, 31 de Diciembre de 1900.

CANTO AL SIGLO XX

A mi querido amigo Ricardo Palma.

Cuando el gérmen fecundo,
Primer principio universal del mundo,
Arrollando los átomos etéreos
Que rodaban en ríos colosales
De tenebrosos vaos,
Arrojó en raudos giros,
Cual bosques de topacios y zafiros,
Los inmensos sistemas siderales
Que hizo brotar del corazón del caos,
Y á cruzar comenzaron en los senos
De las inmensidades,
Vagas y aterradoras,
Los astros tras los astros
—Procesión melancólica y sublime
De noches y de auroras,—
Unos cual cuerpos que el incendio abrasa
Radiantes por sí mismos,
Otros cual negra masa
Proyectando su sombra en los abismos,
Formando todos la unidad eterna
De la cadencia musical y tierna
De la armoniosa lira
Que oía resonar, emocionada,
El alma de Pitágoras enmedio
De la noche callada;
El ángel vigilante,
Que en lo infinito cuida

De las perpetuas, inmutables leyes
Físicas y morales de la vida,
Vió desfilar ante él las vaporosas,
Blancas y gigantescas nebulosas,
Los opacos planetas,
Las miriadas de estrellas y los tristes
Flamígeros cometas.
Y entre las olas de astros que incesantes
A lo lejos pasaban,
Pasó también el globo de la Tierra
Que los rayos del sol iluminaban:
Pero pasó cual confundido grano
De polvareda densa,
Cual la arenilla leve que Oceano
Lleva á la playa inmensa;
Y aunque el ángel sabía
Que en la Tierra existía
Algo, como una larva pensadora,
Paciente hormiga, abeja emprendedora,
Contradictorio engendro avasallado
Por física miseria,
Confuso sér, dotado
De espíritu y materia,
Y aunque al ver á la Tierra con su cielo
De zafiros purísimos fulgores
Tachonado por nubes y celajes
De vívidos colores,
Y sus verdes campiñas dilatadas,
Son montañas turquíes,
Y sus mares de espumas plateadas,
De la mansión del hombre la hermosura
Quizá admirado hubiera;
No fijó en ella el ángel
La mirada siquiera.
Y pasaron los siglos: y corrieron

Con ellos las edades;
Y las miriadas de astros prosiguieron,
—De ley y masas majestuoso río,—
Cruzando las inmensas soledades
E iluminando á trechos
La obscuridad augusta del vacío.
Como á los blandos calurosos pechos
Y junto al tierno corazón amante
De madre cariñosa,
Bebe la vida alborozado infante
Volviendo á cada instante
Hacia nosotros la cabeza hermosa,
Y al través de la suelta cabellera,
De rubios rizos infantil tesoro,
Velo de rayos de oro,
Deja ver irradiando en su semblante
La sonrisa hechicera;
Así el terráqueo globo
Iba fugaz, suspenso, rutilante
Alrededor de la flotante hoguera
Del sol vivificante,
Sumergiendo incesante
La mitad de su esfera
En la noche sombría,
La otra mitad bañándose triunfante
En la gloriosa claridad del día.
Y el hombre, que contaba por centurias
El caudal de sudor que de su frente
Fatigado caía,
Y la lenta labor con que, en el fondo
De su triste morada,
Jornada por jornada,
La creación de Dios embellecía;
Unica huella de la vida efímera
Del polvo de la raza desgraciada

Que, animado un momento en sus fugaces
Breves generaciones,
La muerte disolvía,
Y en las familias, pueblos y naciones
Al seno de la Tierra devolvía,
—Lucha del cuerpo enano
Con la materia inculta,
Lucha del pensamiento soberano
Con la verdad oculta,—
Vió llegar, como llega la alborada
Por el rosado Oriente,
Rica en raudales de esplendor fecundo,
De la ERA CRISTIANA el SIGLO VEINTE,
Á cuya luz se alborozaba el mundo.
Los astros luminosos,
Cual si cambiaran signos misteriosos,
Avivando su luz, se estremecieron;
Luciérnagas de éter
Con más claros fulgores
En el abismo azul resplandecieron;
Y cual aéreo globo centellante
De artificiales luces,
Estalla en ramos de irisadas flores,
Granates y tapacios,
Meciéndose en sus órbitas, vertieron
En lluvia universal por los espacios
Otros astros fugaces de colores.
Lejano, agudo grito
Vibró, como en sonora
Bóveda de cristal, en lo infinito.
Y el mismo ángel, el ángel vigilante
De la fuerza callada y escondida
Que en su constante incubación encierra
El movimiento eterno de la vida,
Súbito, fugitivo, fulgurante,

Pasó, como otro sol áureo y radiante,
Entre el sol y la tierra.
—«¡Señor, gritó suspenso
Fijando la mirada
Con estupor profundo
En la humana mirada.
¡Alguien imita tu saber inmenso!
¡Alguien iguala tu poder fecundo!
Hay en el globo mísero
De un sistema solar quien ha logrado,
Al través de los siglos,
Escudriñar tus leyes, y ha soñado
Perfeccionar el mundo;
Y ¡oh gloria!, ¡oh genio osado!
¡Oh nobles triunfos!, ¡inmortal tarea!
¡A fuerza de pensar, concibe y crea
La que tú no has creado!»
Y otra voz inefable y majestuosa
Que de todos los puntos del abismo
Brotó á la vez, cual de arpa melodiosa,
Al ángel contestó:—«¡Gloria á Dios mismo!
Que en el alma del hombre
Puso la aspiración del *idealismo,*
Como creciente incendio en la maleza,
Y la sed insaciable
De la verdad, el bien y la belleza!»

Luis B. Cisneros.

Lima, 1.° de Enero de 1901.

EL AÑO SOCIOLÓGICO—1899

L'Année Sociologique, por E. Durkheim. Un vol. de 618 páginas, París, 1900. Félix Alcan, editor.—*Annales de l'Institut international de Sociologie*, por R. Worms. Un vol. de 321 páginas. París, 1900, Giard y Briere, editores.—*Studii Sociologici*, por F. Cosentini. Un vol. de 96 páginas. Palermo, 1900. A. Reber, editor.

I

La circunstancia de haberse celebrado en Génova, en Octubre de 1899, es decir, dentro del término á que se extienden las consideraciones crítico-expositivas de este artículo, el primer Congreso de Sociología italiano, al cual asistieron varios sociólogos franceses, rusos y españoles, nos permite aumentar esta vez el número de nuestras fuentes para hacer el resumen de los trabajos sociológicos, que, á partir de 1897, venimos publicando en esta Revista (1). Otras veces, nos circunscribíamos en nuestro estudio á recoger los datos reveladores del movimiento científico de la Sociología, en las dos publicaciones periódicas, bien conocidas de cuantos cultivan esta frondosa y exuberante (quizá demasiado) rama del saber: *Les Annales de l'Institut international de Sociologie*, de M. R. Worms,

(1) V. *El Año Sociológico 1897* en La España Moderna de Diciembre de 1898, y *El Año Sociológico 1898* en la misma Revista del mes de Enero de 1899.

y *L'Année sociologique*, de M. E. Durkheim. Hoy vamos á aprovecharnos, además, de otra publicación interesante, desgraciadamente incompleta cuando escribo estas líneas, y titulada *Studii sociologici, Raccòlti in occasione del I Congreso italiano di Genova,* por el Profesor Francisco Cosentini.

Considerando en una primera ojeada los elementos que ofrecen las tres publicaciones que tomamos como fuentes, es necesario establecer, como en los otros estudios análogos al presente hemos hecho, una distinción necesaria. De un lado, se han de colocar las monografías que sobre asuntos de Sociología, ó bien sobre materias de carácter sociológico, contienen dichas publicaciones: los *Anales* no comprenden este año, como ocurrió también en el anterior, más que monografías originales de los miembros del *Instituto internacional de Sociología*—pocas en número esta vez—á causa de que esta importante Asociación no ha celebrado tampoco en el año 1899 ningún Congreso, preparándose, sin duda, para el que había de tener lugar en 1900, con ocasión de la Exposición de París (1); los *Estudios*, del Sr. Consentini, tampoco comprenden más que monografías, más ó menos largas; algunos estudios no son en rigor, sino notas breves, en que el autor se limita á señalar tal ó cual problema importante sin profundizarlo, más con la idea de señalar su existencia, marcar una orientación, sugerir una polémica, que con la de investigarlo en toda su complejidad y proponer una solución. Por último, en el *Año* se comprenden tres monografías originales, una de ellas (la de M. Steimetz, *Clasificación de los tipos sociales*), un verdadero libro, ó, quizá mejor, un capítulo completísimo, de lo más completo que sobre la materia conozco, de un sistema de Sociología, ó acaso de una *Introducción* al sistema. De otro lado, es preciso colocar los análisis y resúmenes de libros y artículos de Revistas, así como las indicaciones bibliográficas en que se resume casi por entero la labor de los sociológos de todos

(1) Se celebró en Setiembre.

los países, y que llenan la mayor parte de las páginas del *Año sociológico* de M. Durkheim. Para que el lector pueda formarse una idea de la riqueza de información que el *Año sociológico* supone en este punto, bastará decirle que en el índice alfabético, en que se registran los nombres de los autores, á cuyos trabajos se refieren los resúmenes y notas bibliográficas del año, figuran más de quinientos.

Las monografías sobre materias sociológicas ó de carácter sociológico, son las siguientes: en los *Anales*: *La Sociología glotológica,* de A. Loria; *Nociones fundamentales de Sociología pura,* por F. Toennies; *El individuo y la colectividad,* de R. Worms; *Nietzche y el individualismo*, de R. Garofalo; *El Derecho comparado y la Sociología*, de Max. Kovalewsky; *La teocracia*, de R. de la Grasserie; *La Sociología americana contemporánea,* de A. Groppali; *Comercio en pequeño, grandes almacenes y sociedades cooperativas,* de A. Jaffé; *El movimiento de la humanidad,* de J. Puglia; *Los conocimientos*, de W. Ténicheff. En los *Estudios: El criterio del progreso,* de V. Guyot; *La historia natural de las sociedades y el método comparativo,* de Kovalewsky; *La evolución regresiva*, de J. Puglia; *El principio individualista y el principio social en las teorías sociológicas,* de Bernés; *Lo que debería ser la Sociología general,* de E. Durkheim; *La enseñanza de las ciencias sociales,* de H. Denis; *La Sociología en la segunda enseñanza*, de A. Bertrand; *La aplicación de las leyes de la evolución en Sociología*, de O. Goemoery; *Sociología y filosofía del Derecho,* de Vadalá-Papale; *La idea sociológica del Estado,* de A. Posada; *La función del Estado según las ideas modernas,* de L. Neppi Modona; *Las pérdidas cerebrales en la sociedad moderna,* de E. Troilo, y *Genio y delincuencia desde el punto de vista sociológico,* de F. Cosentini. Y en el *Año*: *El suelo, la Sociedad y el Estado,* por Ratzel; *Las crisis sociales y la criminalidad*, por G. Richard, y la ya citada más arriba, de Steinmetz.

II

Veamos ahora qué respuestas nos ofrecen estas monografías, y las obras examinadas y criticadas en el *Año sociológico*, á las cuestiones que en los artículos análogos á este nos hemos propuesto, como expresión más ó menos fiel de las dificultades con que tropieza la tan discutida ciencia, y del interés que su estudio despierta, así como del influjo que resulte de las indagaciones que responden á su espíritu y á la orientación por ellas provocada.

Conviene ver en primer término qué es lo que piensan los sociólogos acerca de la Sociología misma como disciplina intelectual, como rama científica sustantiva. Desde luego puede afirmarse que no se ha publicado en el período á que estas consideraciones se refieren, ningún trabajo magistral acerca del concepto, límites y objeto de la Sociologia. *Se ha hecho Sociología*, sin discutir acerca de lo que ella sea. ¿Es esto un progreso? ¿Implica esto que poco á poco se va formando un concepto común, ó que por lo menos y como consecuencias de investigaciones repetidas y de discusiones amplias mantenidas desde los más opuestos puntos de vista, se ha llegado á cierto acuerdo tácito, en virtud del cual cuando á la Sociología se alude, las gentes se entienden y estiman que á pesar de la diveridad de criterio filosófico y metodológico, todos saben á qué nos referimos? ¿O es, quizá, que los sociólogos están fatigados, que la cuestión del concepto, límites y objeto de la Sociología se ha agotado por el momento, y que lo que importa es trabajar en asuntos de carácter más positivo, ó si se quiere más objetivos, en espera de nuevas y ulteriores revisiones de los fundamentos filosóficos y lógicos de la ciencia, los cuales habrán de ser más fecundos precisamente porque han de contar con los resultados de las investigaciones parciales de las cuestiones y de los fenómenos sociológicos más concretos?

Sin que me sea dable ahondar en el examen de estas dudas, que me limito á someter al lector, como consecuencia de la primera impresión que produce la contemplación y lectura de los trabajos sociológicos arriba anotados, por mi parte me inclino á creer que más bien se trata de lo que pudiéramos llamar un *compás de espera*, y que la *construcción* de la Sociología, es decir, la determinación de su objeto, carácter y procedimientos, espera nuevas y más completas indagaciones, lo cual no se opone á que, en efecto, poco á poco se vaya produciendo cierta comunidad de ideas y cierto acuerdo tácito entre las gentes, acerca de la sustantividad y objetividad de la Sociología como ciencia.

Se trata, no obstante lo dicho, de lo que debe ser la Sociologia, de lo que es, de una manera más ó menos directa, en la monografía de M. Fernando Toennies, en la cual más que discutir el contenido de la Sociología, se describe ó explica la unidad de los hombres como un todo de cooperación bajo las dos formas de «comunidad» y de «sociedad», en la de A. Groppali, dedicada á exponer de una manera muy exacta, á mi ver, los sistemas sociológicos de los americanos L. J. Ward, Giddings, Patten y Sherwood, en la de O. Goemoery, nota de escasa importancia, y en la de Durkheim, así como en los libros de M. Costa, *Les principes d'une Sociologie objetive*; Crowell, *The logical proces of social Development*, y M. Hauriou, *Leçons sur le mouvement social*.

Quizá de todos estos trabajos, aquel en el cual se aborda de un modo más directo el problema de lo *que es ó debe ser* la Sociología, es en la monografía, corta en extensión, pero muy nutrida de doctrina, de M. Durkheim. Se examina una vez más en ella la cuestión de si la Sociología como Sociología *general* es una ciencia aparte, ó si la palabra inventada por Comte sólo expresa lo que hay de común entre varias ciencias sociales diferentes. M. Durkheim cree que la Sociología tiene un objeto propio; mas es, que en toda enciclopedia formada por la mera suma de las disciplinas sociales, ha lugar siempre

para una disciplina que explique lo que hay de común—lo social—entre ellas. «Si hay—dice—entre los hechos sociales un parentesco real—y este postulado basta para la concepción misma de una Sociología—es porque se derivan todos de una misma fuente... Es, en verdad, legítimo suponer que hay un hecho elemental, del cual todos los hechos sociales se originan... Investigar cuál es este hecho elemental, mostrar por cuáles procesos de composición se derivan las principales categorías de hechos sociales, tal creemos que es el objeto de la Sociología general. Y á partir de esta afirmación, razonada por analogía con las que suponen la Psicología y la Biología, M. Durkheim muestra el amplísimo campo que en el saber humano corresponde á la nueva ciencia.

La idea capital del libro de M. Costa, idea que basta enunciarla para comprender la significación del mismo, es la siguiente: «Reobrar contra la ola creciente de la psicología que amenaza con invadir el campo de la Sociología y confundirla con las ciencias morales y políticas»: no se trata, sin embargo, de una reacción puramente en el sentido de la concepción biológica de la Sociología, sino en pro de la sustantividad de la ciencia, cuyos hechos objetivos tienen su ley y su medida.

Es de un carácter muy diferente el libro de M. Crowell, no porque vaya en contra de la sustantividad de la Sociología' sino por lo que se refiere al modo de su construcción: se trata de un ensayo de Sociología pura, abstracta; se pretende en él constituir una *lógica pura* de la Sociología; para M. Crowell la idea fundamental en Sociología es la de *tipo*, es decir, la idea de una persona media ó ficticia, en la cual se objetivan las necesidades sociales. M. Crowell mantiene una tendencia en cierto modo psicológica en la Sociología, á la manera de Baldwin.

Por último, en el trabajo de M. Hauriou, más que determinar el concepto y objeto de la Sociología, se procura explicar ésta mediante un ensayo de composición de las tendencias que consideran de realidad social como producto mecánico ó como producto de la libertad.

III

Para ordenar de una manera adecuada las indicaciones relativas á los problemas sociológicos que aparecen estudiados en los trabajos á que aquí nos referimos, distinguiremos, según costumbre, los que pueden estimarse como *problemas de Sociología propiamente dicha*, de los que implican más bien *aspectos sociológicos* de la vida humana, ó bien investigaciones encaminadas á reunir materiales sobre los cuales podrá edificar cada vez con más sólido fundamento el sociólogo: en una *enciclopedia,* imposible acaso de formar hoy, de la Sociología, los estudios sobre *aspectos sociológicos* de la vida humana podrían á la vez constituir capítulos de una Sociología especial (económica, religiosa, jurídica, etc.), ó bien puntos de contacto ó de intersección, esferas comunes de otras ciencias con la Sociología.

De los problemas sociológicos propiamente dichos, aquel que parece estudiado con más detenimiento, y acerca del cual se pueden señalar más trabajos, es el de la *personalidad colectiva*, en el fondo, el de la naturaleza misma de las sociedades desde el punto de vista psicológico, porque también pueden señalarse trabajos en los cuales se considera la naturaleza de las sociedades desde el punto de vista de su estructura real ó sensible, como compuestos territoriales ó materiales (v. g., los trabajos de M. Ratzel y de Costa). Estudian la personalidad colectiva: Kistiakowski, en su libro *Gessellschaft und Einzelwesen (Sociedad é individualidad);* Giner, *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social;* Ellvood, *Prolegómeno to social Psychology;* Rossi, *L'anima de la folla;* Micedi, *La psicologia della folla;* Schurbert-Soldern, *Individuum und Gemeinschaft;* Worms, en la monografía citada, etc. De todos estos trabajos, los que parecen tener más importancia son, sin duda, los tres primeros. El libro de Kistiakowski, demostra-

ción del carácter psicológico de la Sociología, es una investigación muy detenida de la conciencia colectiva. En el trabajo del Sr. Giner se construye, sin proponérselo siempre directamente, sino á medida que se examinan las doctrinas de los juristas y sociólogos modernos, una teoría completa de la persona social. Por último, el estudio de Ellwood es una preparación, por la psicología, de la construcción científica de la sociología. La nota común de todos estos trabajos es la importancia que se da al aspecto psicológico de las relaciones y de los fenómenos sociales.

Aunque sea desde otro punto de vista, pueden estimarse como investigaciones encaminadas á determinar la naturaleza de las sociedades, la monografía, interesante por todos conceptos, en cuanto reseña brevemente toda una tendencia sociológica (la *sociogeográfica*, que podríamos decir) de Ratzel, y la de Toennis. Las ideas de M. Ratzel aparecen desarrolladas con mayor amplitud en su obra fundamental *Antropogeografía*, de cuya primera parte, *Principios de la aplicación de la geografía á la historia*, se da cuenta por M. Durkheim en el *Año*, págs. 550-558.

La cuestión del *método* en Sociología le ha tratado, aunque sólo desde un punto de vista particular, esto es, con relación á la importancia que tiene para explicar la historia *natural* de las sociedades el procedimiento comparativo, el Sr. Kovalewski. Este mismo escritor, autoridad muy respetada en los estudios históricos, ha tratado de las relaciones de la *Sociología con el derecho comparado*, insistiendo á la vez sobre la importancia del procedimiento comparativo aplicado al conocimiento de las instituciones humanas. De relaciones de la Sociología (con la filosofía del Derecho) habla en su monografía el Sr. Vadala-Papale.

Reflejo, pálido, sin duda, de la gran importancia que entre los sociológos tiene, como ha podido verse en algunos de los Congresos celebrados en París el verano último, el problema de la enseñanza de la Sociología, y en general de las ciencias

sociales, son las dos monografías, ó más bien *notas* de los señores. Denis, el diputado y profesor belga, bien conocido, y Bertrand, profesor de la Universidad de Lyon.

La clasificación de los tipos sociales, problema capital en toda construcción sociológica, y acerca del cual se ha trabajado tanto por los sociólogos y economistas, etnógrafos, historiadores y geógrafos (cuando estos últimos se han dado cuenta del carácter y alcance sociológico de la geografía y de la historia), no ha sido estudiada especialmente por muchos escritores este año; en rigor no podríamos registrar más que una sola monografía relativa á la indicada cuestión: tal es la del Sr. Steinmetz, profesor en la Universidad de Utrech. Pero no importa; esta monografía vale por sí sola lo suficiente para que podamos estimar que se *ha hecho algo positivo* en la investigación de un problema tan principal en Sociología. No diremos que el Sr. Steinmetz lo haya resuelto. ¡Quién puede *resolver* un problema sociológico! Pero lo que ha conseguido el sociólogo citado es, de un lado, demostrar la necesidad imprescindible de ordenar los materiales sociológicos, y en esta ordenación proceder á la conveniente clasificación de los *tipos sociales,* á fin de evitar esas generalizaciones precipitadas, á que tan dados son los evolucionistas, y que en nada favorecen la seriedad y el crédito de las investigaciones sociológicas. Y no sólo esto; el Sr. Steinmetz ha hecho una buena crítica de las clasificaciones de los tipos sociales de Spencer, Coste, Fouillée, Ward, Giddings, Ratzel, Liszt, Le Play, etc., etc., exponiendo, por último, su ensayo de clasificación, que conceptúo digno de ser tomado muy en cuenta por quienquiera que pretenda manejar los materiales sobre que es preciso trabajar en toda construcción sociológica.

IV

Pasando ya á considerar los aspectos sociológicos de la vida y de las instituciones humanas, que aparecen estudiados en los trabajos que resumimos, al efecto de proceder con cierto orden en este extracto, que las circunstancias piden sea brevísimo, señalaré primeramente las monografías en que se investiga alguno de aquéllos, y luego me limitaré, como en otras ocasiones, á seguir el plan del *Año sociológico,* refiriéndome á las diferentes secciones en que el Sr. Durkheim clasifica sus trabajos.

De las monografías, las hay en las cuales se trata de cuestiones de sociología política, y son las ya citadas de los señores Neppi y de la Grasserie; un estudio la de este último, muy detenido é interesante, acerca de la teocracia. De sociología política puede considerarse la nota que yo he enviado al Congreso sociológico de Génova acerca de la *Idea sociológica del Estado.* Otras monografías se refieren á sociología penal: son éstas las de los Sres. Cosentini y Richard, ambas, en verdad, muy dignas de estudio. La de este último se refiere á las crisis sociales y las condiciones sociales de la criminalidad, y puede estimarse este trabajo como un buen modelo de indagación sociológica; por de pronto, es sociológico el propósito: indagar las relaciones entre el medio social y los factores de la criminalidad, á partir del hecho, bien comprobado, del influjo sobre el aumento de criminalidad de los trastornos que adquieren el carácter de verdaderas crisis sociales (v. gr., guerras civiles é internacionales, transformaciones bruscas por virtud de revoluciones religiosas ó políticas, etc.); y es, además, sociológica la doctrina en cuanto se pretende explicar la criminalidad, en gran parte, al menos, por la acción de los factores sociales.

Hechas estas ligerísimas indicaciones acerca de las monografías relativas á los aspectos sociológicos de la vida huma-

na, podemos ya concretarnos á la bibliografía del *Año sociológico,* y en él á las secciones ó capítulos de la sociología especial. Antes, sin embargo, he de advertir que esta vez se examinan, en mayor número que otros *Años,* publicaciones sociológicas de españoles. Se da, en efecto, cuenta en este *Año* del libro, ya citado, del Sr. Giner, y, además, de los trabajos siguientes: Azcárate, *Plan de la Sociología;* Costa, *Colectivismo agrario en España;* Dorado, *Del Derecho penal represivo al preventivo;* Quirós, *Las nuevas teorías de la criminalidad;* Martínez Ruiz, *La sociología criminal;* Salillas, *Hampa,* y Posada, *Feminismo.*

Considerado en conjunto y como en una ojeada primera el movimiento sociológico, tal cual se refleja en la distribución de las secciones del *Año,* del Sr. Durkheim, puede afirmarse que, al igual que en el *Año sociológico* anterior, los asuntos que, sobre todo en el respecto histórico y crítico, más llaman la atención del mundo sabio son los religiosos. La ciencia y la historia de las religiones, y de cuanto con las religiones se relaciona (supersticiones, mitos, leyendas, ritual, etc., etc.), atrae con especial fuerza la atención de las gentes de estudio, y suscita de una manera verdaderamente particular la curiosidad de los grandes investigadores de todos los países. Sólo un género de estudios parece rivalizar en este punto con los religiosos: son éstos los que el Sr. Durkheim comprende en la sección que llama de *Sociología moral y jurídica* (cuestiones de filosofía del Derecho, de ética, de organización social y política, la familia, el matrimonio, etc., etc.). Ciento cuarenta y cuatro páginas del *Año sociológico* ocupa esta sección. En cambio, no parece aumentar el interés por los estudios de sociología criminal.

V

La parte de crítica, análisis y bibliografía del *Año sociológico* ha sido escrita, como otras veces, por el Sr. Durkheim y

otros varios sociólogos: son éstos los Sres. Richard, Bouglé, Parodi, Hubert, Mauss, Lapie, Stickney, Levy, Fauconnet, Simiand y Muffang. La clasificación de las materias examinadas se ha efectuado de una manera análoga á la del *Año* anterior: agrúpanse aquéllas en *siete secciones,* subdivididas éstas en capítulos más ó menos numerosos y nutridos. Las secciones se titulan como va á verse en las indicaciones siguientes:

Primera. Sociología general, á cargo toda ella de los señores Bouglé y Parodi. Compréndense en esta sección algunas de las obras á que nos hemos referido más arriba al señalar los trabajos relativos al concepto y objeto de la Sociología y á los problemas de ésta; pero además, bajo el epígrafe de *Civilización* y *de progreso,* se examinan algunos libros de cierto interés para poder fijar las corrientes imperantes en punto á la manera de concebir y de explicar la marcha de la humanidad: de todas las obras examinadas, la que quizá tiene más importancia es la de M. Lalande, *La dissolution opposée a l'evolution dans les sciences physiques et morales,* obra, dice Parodi, llena de ideas, qne entraña nada menos que una hipótesis general, cosmológica y metafísica, paralela y opuesta á la de Spencer; es, en suma, una crítica reconstructiva del evolucionismo: en efecto, la ley que M. Lalande formula es una ley exactamente contraria á la ley de diferenciación y de integración evolutiva, la ley del paso de lo heterogéneo á lo homogéneo, ó ley de disolución. No deja de tener su interés el trabajo de P. Barth sobre *La cuestión del progreso moral de la humanidad,* de que da cuenta C. Bouglé.

Segunda. Sociología religiosa, á cargo de los señores Hubert y Mauss. Los numerosísimos y variados trabajos examinados en esta sección, se hallan convenientemente clasificados bajo los epígrafes que iremos copiando á continuación: 1.° *Tratados generales, Método*: de tres obras se da cuenta aquí de una manera más especial: dos de ellas de sociología religiosa, ó por lo menos de asuntos que tienen que ver con la ciencia de las religiones, y otra, que, á juzgar por el extracto que de

ella nos da M. Mauss, no parece bien clasificada: es esta la de P. S. Krauss, sobre *Metodología general del folklore comparado,* es decir, del *Volkskunde*, que á veces se confunde con la Sociología misma, y que el propio autor, según advierte M. Mauss, identifica con la Etnología, tal cual lo comprendió Post. Las otras dos obras son: la una, la segunda parte del libro de C. P. Tiele, *Élements of the Science of Religion,* en la cual se trata de la *Ontología*, y la otra, el trabajo de A. Lang, *The Making of Religion*, en la cual se procura determinar cómo se han elaborado los datos iniciales de la evolución religiosa. Además se da en este capítulo noticia de obras de Hartland, Gomme, La Grasserie, Bender, etc. 2.° *Fenómenos religiosos elementales.* Bajo este epígrafe, se comprenden distribuídos numerosos trabajos relativos: *A*) A las religiones primitivas en general; *B*) A la Magia, y *C*) A las supersticiones populares. Sobre las religiones primitivas, merecen, sin duda, una mención muy especial, en primer término, la obra de B. Spencer y F. Gillen, *The Native tribes of Central Australian,* que M. Mauss presenta en estos términos: «He aquí—dice—uno de los libros más importantes de Etnografía y de Sociología que conocemos. Contiene una masa de hechos enorme. Esos hechos son importantísimos. En primer lugar, las tribus del centro de Australia se han extinguido á causa de la civilización. Hace falta apresurarse para recoger de ellas las observaciones sociológicas necesarias. El libro de los señores Spencer y Gillen, es, sin duda, el primer documento completo acerca de la materia, y acaso sea el último suficientemente auténtico. Por otro lado, esos hechos muy notables, si no inesperados, son tan nuevos que obligan á modificar un buen número de teorías admitidas.» Por la lectura sólo del largo extracto que del libro se hace en el *Año*, puede verse ya la importancia que tiene el trabajo á que nos referimos, para comprender cosa tan interesante como el *Totemismo*, y algo de mucha trascendencia para explicar la evolución social y doméstica de la humanidad. Se trata, en verdad, de una obra indispensable para

investigar la condición de las sociedades que los sociólogos llaman primitivas. Los otros trabajos que consideramos dignos de mención especial, son los de E. B. Tylor y J. G. Frazer, acerca del *Totemismo,* tema este sobre el cual tanto trabajan los sociólogos y cuantos se proponen el problema de las instituciones religiosas y sociales de la humanidad en sus orígenes. También se da cuenta de otros libros y artículos de H. A. Junod, *Les Ba-Ronga*; J. Abercromby, *The Pre-and Protohistoric Finns, Both Eastern and Western with the Magie Songs of the West Finns* («libro muy precioso—dice M. Mauss—por cuanto nos revela todo un mundo de hechos casi inaccesibles hasta ahora para la ciencia»); M. D'Arbois de Jubainville, *La civilisation des celtes et l'epopée homerique,* etc., etc. Sobre la *Magia*, importan, principalmente, dos trabajos: el uno de T. Witton Davis, *Magie, Divination, and Demonology, among the Hebrews and their Neighbours,* muy completo en cuanto se refiere á los textos bíblicos, y el otro, de L. Blau, acerca de *La Magia entre los antiguos judíos* (una verdadera enciclopedia de todos los ritos y creencias mágicas de los antíguos judíos). Por último, en el grupo de publicaciones relativas á *Supersticiones populares,* se da cuenta sucinta de unos veintidós, de los cuales parecen ser de mayor interés el libro sobre la *Vida mental y religiosa del pueblo japonés,* de C. Munzinger (alemán), y el de A. Strauss, *Die Bulgaren.* 3.° *Creencias y ritos relativos á los muertos.* Figuran bajo este título, entre otros, los trabajos muy interesantes de Nathan Söderblom, publicados en la *Rev. de l'hist. des Relig.* sobre *Les Fravashis*, en los cuales el autor investiga las huellas que en el Masdeismo existen de una concepción referente á la supervivencia de los muertos. Además se analiza la obra de J. Frey, sobre *La muerte, la creencia en las almas y el culto de las almas entre los antiguos israelitas,* y la de G. Pinza, acerca de *La conservazione delle teste umane e le idee ed i costumi coi quali si connette.* La tesis capital sobre que se basa esta monografía, es la siguiente: «los usos funerarios y las costumbres relativas á la

conservación de ciertas partes del muerto, dependen siempre de las ideas religiosas ó animistas de los pueblos que los practican.» 4.° *Cultos en general, y más especialmente los agrarios.* Muy pocas publicaciones anota el *Año* acerca de esta materia tan importante: no hay ningún trabajo que tenga el alcance, v. gr., del de Grant Allen (*La Evolución de la idea de Dios*). Sólo se analizan un artículo de M. Goblet d'Alviella, acerca del citado libro de Grant Allen, y una obra de A. Mommsen sobre *Las fiestas de la ciudad de Atenas en la antigüedad.* 5.° *Tradiciones y creencias.* Los estudios examinados en este capítulo de la sección religiosa, se refieren: *A*) á los *mitos*; *B*) á las *Leyendas y Cuentos*; C) á los *dogmas*; y acerca de todas estas materias, se registran en el *Año* obras de no escaso interés. Sobre los mitos, debe citarse en primer lugar el estudio muy sólido de H. Uzener, relativo á los *Mitos del Diluvio*, notable por los hechos que recoge, el método que aplica en la investigación, y las conclusiones generales que de ésta se desprenden. Contiene, y he aquí lo que más importa de este trabajo, los elementos necesarios para una teoría general acerca de los mitos. Aparte de este libro, también se analizan con algún detenimiento los de A. Hillebrandt (continuación de su enciclopedia de la *Mitologia de los vedas*); O. Gilbert, *Principios de Teología griega* (en alemán), y E. Stucken *Astralmythen der Hebraeer, Babylonier und Ægiptir.* Respecto de la obra de Gilbert, dice H. Hubert que «es difícil encontrar sistematizadas de una manera más notable que en este libro, las antiguas explicaciones simbólicas de la mitología.» Son varias las obras acerca de las leyendas que en el *Año* se examinan, pero sólo de dos se hace un análisis un tanto detenido y especial: son estas la obra de J. Teit, titulada *Traditions of the Thompson River of British Columbia,* y la de J. Curtin, sobre los *Mitos de la creación en la América primitiva* (en inglés). Acerca de los *dogmas*, se registran los trabajos de E. Huehn sobre las *Predicciones mesiánicas*; M. Fricdlaender, *El gnosticismo judío precristiano* (en ale-

mán), y otros varios. 6.° *El ritual*. Bajo este epígrafe analiza M. Mauss, especialmente la monografía de S. Levi acerca de *Le doctrine du sacrifice dans les Brâhmanas*. 7.° Por último, en el capítulo que da fin á la sección de *Sociología religiosa*, se comprenden, con el título de *Estudios diversos sobre las grandes religiones*, unos cuantos trabajos del mayor interés. M. Huber analiza especialmente el libro de M. Jastrow, acerca de *The religion of Babylonie and Assyria*, manual que viene muy á tiempo en la historia de las religiones, nutrido de hechos, y original en algunos puntos; el de D. G. Wildeboer, sobre el *Jahvedienst und Volksl religion*, y el de D. E. Schuererer, acerca de la *Historia de los judíos en los tiempos de Jesucristo*. Por su parte, M. Mauss nos da cuenta del importante estudio sobre *Zoroastro*, de W. Jackson, encaminado á rectificar la tendencia á ver en *Zoroastro* un ser mítico, y de los *Estudios asiáticos, religiosos* y *sociales*, de S. A. Lyall; y J. T. Stickney reseña ampliamente el tomo segundo de J. Burckhardt, acerca de la *Historia de la civilización griega* (en alemán).

VI

Tercera. Sociología moral y jurídica: es realmente rica é interesante esta sección: son tantos los aspectos de la vida humana que en ella se consideran, que nada tiene de particular que comprenda tan numerosas bibliografías. Se agrupan, en efecto, clasificados en diez capítulos, algunos de los cuales se subdividen en tres artículos, muy nutridos, los trabajos de libros y revistas relativos á los problemas generales de la filofía del Derecho, á la organización social y política, á la familia, al matrimonio, á la condición de la mujer y á la moralidad sexual; al derecho de propiedad, al contrato, al derecho penal, á la responsabilidad (civil y penal), al procedimiento, á la educación, etc., etc. Los análisis y notas bibliográficas los

firman el propio Sr. Durkheim y los Sres. Lapie, Levy, Fauconnet y Stickney.

Como obras de carácter general, ó mejor de filosofía del Derecho, se analizan, en primer término, las de E. R. Bierling *Juristische Principienlehre;* aun con un extracto tan amplio y detenido como el que de este libro nos da el Sr. Lapie, no es posible juzgar del valor y alcance de un trabajo de pura filosofía. Sin embargo, algo se descubre de todo esto con las citas que del libro hace el expositor del *Año sociológico*. El Derecho, para el Sr. Bierling, *en el sentido jurídico*, «es todo lo que los hombres que viven formando una comunidad reconocen como regla de esta vida común»; es decir, que para el autor citado el derecho implica una relación exterior social, porque, además, el rasgo distintivo de la norma jurídica es que sea reconocido como tal por los miembros de la sociedad que rige, hasta el punto de que lo que provoca la aparición ó la desaparición de una relación jurídica es el hecho de que varios individuos reconozcan ó dejen de reconocer una regla, para dirigir su actividad común.

El Sr. Durkheim analiza el trabajo, importante por más de un concepto, de E. Neucamp, acerca de la *coaccion en el Derecho*, considerada ésta en su desenvolvimiento histórico: la idea que parece ser capital en la disertación de Neucamp, es la de que la coacción jurídica, á medida que se organiza, se espiritualiza. A continuación se da cuenta, más ó menos circunstanciada, de los trabajos de E. de Roberty sobre *La moral considerada como Sociología elemental* (primer ensayo de *Los fundamentos de la Ética*); de A. Wensel *(Gemeinschaft und Persoenlickeit)*; de P. Lapie, *(La Justice dans l'État)*, etc., etc.

Los estudios relativos á la organización social y política aparecen agrupados bajo tres enunciados, á saber: A, *Organización en general*; B, *Algunos grupos secundarios* (clanes, etcétera); C, *Organización política*. Sobre organización social analiza el Sr. Durkheim la obra ya citada en la sección de Sociología religiosa, de B. Spencer y F. J. Gillén, que contie-

ne datos interesantísimos acerca de los grupos territoriales, de las clases matrimoniales y de los grupos totémicos; la obra, también importantísima de F. Boas, *The social organisation and the secret societes of the Kwakintl Indians*, y las de Parkinson *(Etnografía del Nordeste de las islas Salomón)*, Picard *(Les Pygmées)*, Burrow (*The Land of The Pygmées)*, etc., etcétera. Dos obras importantes se analizan acerca del *clan:* la de A. Conrady, sobre la constitución del clan en la Alta Escocia, y la de M. Wilbrandt, relativa á la significación política y social de los clanes áticos antes de Solon: en ambas hay datos muy apreciables para estudiar la compleja y difícil cuestión del clan, que tanto importa resolver para interpretar la vida *política* primitiva. *Les Transformations du pouvoir*, del insigne G. Tarde, es el libro de mayor interés que, en lo referente á la organización política, se cita y extracta; el alcance principal de este trabajo, muy original en ciertos capítulos, estriba en el carácter esencialmente sociológico, que, de una manera positiva, reviste en él, la investigación política.

En el capítulo en que se recogen las publicaciones acerca de *La Familia*, casi todas son de carácter histórico y etnográfico, v. gr.: los trabajos de Junod (ya citados); F. Grenard, acerca del *Turquestan y el Tibet;* Ritou (sobre los *Bascos franceses*), etc. Conviene, sin embargo, citar, como obra que no tiene este carácter, la de C. V. Starcke, *La famille dans les différentes societés,* de que yo mismo he dado cuenta cuando se publicó (1899) en las *Notas bibliográficas* de esta revista.

Veintidós trabajos se consignan en el capítulo del matrimonio y condición de la mujer: entre ellos son quizá los más interesantes los de J. Mazzarella sobre la *Condizione giuridica del maritto nella familia matriarcale*, y de E. Gürgens, titulado *La teoría de la comunidad de bienes entre esposos según el derecho de las ciudades de la Livonia.*

Acerca del derecho de propiedad, se examinan una porción de monografías, casi todas de carácter histórico. Lo propio puede decirse respecto del contrato.

En el capítulo del *Derecho penal* se recogen en dos grupos los trabajos examinados: el uno lo forman las publicaciones relativas al *Derecho penal en general*, y el otro los que se refieren á la *Pena en particular*. Los referentes al derecho penal tienen todos un carácter histórico, excepto el trabajo de G. Tarde, *¿Qu'est ce qui le crime?* Friese estudia el *Derecho penal en el Espejo de Sajonia*. S. Gronemann, expone el *Derecho penal talmúdico*, Ferrini el *Derecho penal romano*, Hollweck *Las leyes penales eclesiásticas*, Von Liozt, *El derecho penal alemán*, etc. Las publicaciones que tratan de la pena tienen un sentido más filosófico: hay algunas históricas, como la de Sichandi, acerca del *Dereoho penal mosaico rabínico*, y la de Stroobant sobre el *Sistema penal de las ciudades flamencas desde el siglo XV al XVII*, etc., pero la mayor parte estudian problemas generales de la pena, v. gr., R. de la Grasserie, que trata de la *Venganza desde el punto de vista sociológico;* Marcuse de *La pena infamante*, etc., etc.

Sólo un trabajo analiza el Sr. Fauconnet, acerca de la *Responsabilidad civil*, que es el artículo de E. Levy, *Responsabilité et contrat*. Sobre *Responsabilidad penal* se citan varios estudios, entre ellos la obra tan importante del notable criminólogo B. Alimena, *I limiti e i modificatori dell'imputabilita,* y la monografía (muy completa y digna de especial atención) de A. Mestre, acerca de *Les personnes morales et le probleme de leur responsabilité.*

En el capítulo 7.° del *Procedimiento*, el mismo Sr. Fauconnet, analiza especialmente el trabajo de De Marzo sobre *Procedimiento criminal romano*, y otros de índole histórica y filosófica.

Por último, bajo el epígrafe de *Cuestiones varias* se analizan, entre otros, el trabajo de M. Steinmetz *Relaciones entre los padres y los hijos en los pueblos primitivos;* relaciones consideradas, sobre todo desde el punto de vista educativo: el autor procura rectificar la opinión corriente que atribuye á los salvajes una indiferencia más ó menos completa en todo lo que se refiere á sus hijos.

VII

Cuarta: Sociología criminal, por el Sr. Richard, eminente sociólogo y criminólogo, que sigue con especial cuidado el modesto movimiento de las ideas filosóficas, sociológicas y jurídicas en España, del que á menudo da cuenta, con marcadísima simpatía hacia nuestro país, sobre todo en la *Revue philosophique* de M. Ribot. Aparece esta sección subdividida en los cinco capítulos siguientes:

I. *Generalidades y metodología.*—Las obras analizadas y señaladas, están agrupadas bajo estos dos epígrafes: A, *Métodos y teorías generales de sociología criminal*, y B, *Del Método estadístico en particular*. La obra que el Sr. Richard extracta y critica en primer lugar, es la de un modestísimo criminalista español, joven aún, y ya bien conocido en el mundo sabio: titúlase dicha obra *Las nuevas teorías de la criminalidad,* y es su autor el discípulo del Sr. Giner, Constancio Bernaldo de Quirós. He aquí lo que acerca de ella dice el Sr. Richard: «Una buena historia de las teorías sociológicas, antropológicas y jurídicas provocadas en la segunda mitad de este siglo, por el estudio científico de la criminalidad, es ya una obra útil, si el autor no prescinde de lo que haya hecho ningún pueblo ni ninguna escuela. La obra es más preciosa aún si investiga cómo las diferentes corrientes de ideas han influído unas en otras modificándose, y qué conclusión parece que debe prevalecer. En estos dos respectos el libro de Bernaldo de Quirós es una de las mejores lecturas que puede hacer un neófito de la criminología: además, pone un hilo conductor en manos de quienes hayan dado ya algunos pasos en los laberintos de la ciencia. Información amplia, imparcialidad en el análisis, vista sintética del asunto, tales son las grandes cualidades que recomiendan esta obra».

Después del libro de Bernaldo de Quirós, analiza el Sr. Richard, entre otros, el de Essipoff, *Bosquejo del Derecho penal ruso;* una disertación sobre *El crimen como fenómeno de patología social*—de Von Listz, y trabajos de Martínez Ruíz, Alimena, Mac Donald, etc., etc. Acerca del método estadístico, conviene citar la *Statistica* de Virgilii (resumen muy completo), y los estudios de A. Nicéforo, sobre la *Noción de la estadística en el desenvolvimiento actual de las ciencias sociales,* y de Sentemann, sobre *La estadística criminal en sentido estricto como estadística de las lesiones de los bienes jurídicos.* Las tesis que mantiene este último trabajo, un artículo del *Jahrbuch für Gesetzgebung,* merecen consignarse: sostiene el autor, 1.°, que la estadística criminal debe dar á conocer las lesiones que experimentan en cada estado social, durante un período dado, los diferentes bienes jurídicos, y 2.°, que si el estadístico quiere trabajar como sociólogo, no debe tomar en cuenta la reincidencia.

II. *Criminalidad general según los países.*—Los estudios analizados se refieren á las manifestaciones de la criminalidad en Rusia; Tarnowsky, *La criminalidad y la vida social en Rusia*; en Italia, A Nicéforo: *L'Italia barbara contemporanea*, y el mismo y S. Sighele: *La mala vita en Roma*, y en España, con ocasión del interesante libro de Salillas *Hampa.*

III. *Factores diversos de la criminalidad general.*—Cuatro trabajos se analizan aquí: dos de ellos de verdadera importancia, por el asunto y la manera de tratarlo, del alemán F. Prinzig, acerca del influjo del matrimonio y de la familia sobre lo criminal de uno y otro sexo; el tercero, de V. Manzini, acerca de *La reincidencia*, y el último, de E. Ferri. titulado *Il progetto di legge sui delinquenti recidivi.*

IV. *Formas especiales de la criminalidad.*—Es el capítulo más nutrido de esta sección: se analizan en él trabajos acerca de la *Delincuencia bancaria* (de R. Laschi), de los *Crímenes contra la religión en Rusia* (artículo de Tarnowski), sobre la *vagancia* (trabajos de A. Berard, H. du Puy, Rivière), el

suicidio (estudios de Zuercher, Lasch, Specht), el *aborto criminal* (folleto de A. V. Russo) etc., etc.

V. *Antropología criminal.*—El trabajo más importante que en este último capítulo se extracta es el de C. Lombroso; *Le crime; causes et remedes.*

VIII

Quinta. Sociología económica: los extractos y notas de esta sección aparecen redactados por P. Simiand: las obras y artículos examinados ó simplemente citados, están distribuídos en siete capítulos, de los cuales el primero, el cuarto, el quinto, el sexto y el séptimo se subdividen en artículos, alguno, como el cuarto, en seis. Pero tanta división y subdivisión no implica una riqueza excesiva de contenido. Hay capítulos como los señalados con los números dos (*Regímenes económicos*) y tres (*Economía general, producción*), en los cuales no hay trabajo alguno que el Sr. Simiand haya considerado digno de un análisis detallado y de una crítica detenida: debe, sin embargo, señalarse en el capítulo segundo un estudio interesante de Vierkandt, acerca de las *Condiciones económicas en los pueblos primitivos.*

Revisando ahora los otros capítulos, en los cuales se extractan con algún detenimiento algunos trabajos, podemos hacer las breves indicaciones que van á continuación. El primer capítulo titúlase *Estudios generales, Metodología*, y agrupa los estudios encaminados bajo estos dos epígrafes: A, *Concepción de la ciencia y método,* y B, *Estudios generales.* El trabajo más detenidamente extractado, y que reviste una importancia indudable bajo el primer epígrafe, es el de Thornstein Veblen, *The preconceptions of economie science* (artículo de *Quarterly journal of economies):* se trata en este estudio de exponer y comparar los *preconceptos* (los conceptos previos) de los economistas en diversos momentos, sus ideas admitidas,

sus postulados implícitos acerca del objeto y de la naturaleza de la ciencia, su aptitud intelectual ante los fenómenos considerados, etc. En concepto de *Estudios generales* examínase primeramente el libro de J. Lehr, *Nociones y fundamentos de la economía política,* que puede estimarse como una base excelente para verificar bien orientado un estudio superior de la ciencia económica: después se extracta un trabajo del mismo autor, escrito en colaboración con K. Frankenstein acerca de la *Producción y del consumo en la economía social,* trabajo escrito con el mismo espíritu y ejecutado según el mismo método que el volumen de J. Lehr antes citado. Los otros dos libros, sobre los cuales se hacen breves consideraciones, son el uno de E. Sacher, *La ciencia de la sociedad como ciencia natural*, y el otro de L. Waltas, *Theorie de la production de la richesse sociale.*

Bajo los epígrafes de *Interés, Salario, Condición de las clases obreras, Asociaciones profesionales, Lujo y ahorro, Pauperismo,* se reunen unos cuantos trabajos, siendo muy pocos aquellos acerca de los cuales se hacen indicacones críticas. De entre estos conviene citar el libro de J. Davidson acerca del *Salario contractual*, estudio detenido del desenvolmiento de la teoría histórica del salario, y en el cual se contiene una exposición concisa y suficiente del problema del salario en la historia de la economía y en la teoría de la ciencia actual. También se deben citar los trabajos de F. Eulenberg y P. Cahen, ambos acerca del problema del salario, y el de Hubert acerca de *La associations ouviers et les associations patronales.* Es más nutrido el capítulo relativo á las *Economías especiales:* sólo acerca del *Agrarismo* (cuestión agraria) se examinan los libros de W. Schiff. *Política agraria de Austria* (un volumen de una obra de grandes proporciones), de A. Buchenberger. *Principios de política agraria alemana,* Goltz. *Lecciones sobre política agraria* (estudio de carácter general, claro y muy bien documentado), de K. Kaustky. *La cuestión agraria*, que contiene una ojeada sobre la tendencia de la

economía agraria moderna y la política agraria de la democracia social, y de nuestro Costa, *Colectivismo agrario en España*. En el capítulo sexto se agrupan las publicaciones referentes á *Economías nacionales y locales:* sobre Alemania se analiza la obra de Juarna Sternegg, ó mejor dicho, el tercer volumen de su *Historia económica alemana en los últimos siglos de la Edad Media*, y, además, se da cuenta del libro de M. Kovalewsky sobre *Le regime economique de la Russia*. Por último, en el capítulo séptimo se analizan varios trabajos relativos á teorías sociales y más especialmente al socialismo. (Fischer, *Génesis del problema social* y acerca del socialismo; libros de Adler, d'Eichthal, Lichtenberger, Marx, Boehm-Bawek, Menger, Jaures, Labriola, etc., etc.)

IX

Sexta. Morfología social: Se comprenden en esta sección, una de las más cortas del *Año sociológico*, pero en la cual figura alguna obra de capital interés (como, v. gr., la ya citada de F. Ratzel, de que luego hablaré), libros y artículos relativos á emigraciones ó movimientos de la humanidad, á la masa y densidad sociales, consideradas en sus causas, á las agrupaciones rurales y urbanas y á la habitación del hombre.

La obra quizá más importante, por sus proporciones, el valor positivo de sus doctrinas y lo nutrido de sus datos, es, como indico, la *Antropogeografía* de F. Ratzel. El análisis del Sr. Durkheim se refiere á la segunda edición que se publicó en 1899, y sólo abarca la primera parte, que contiene, como ya he dicho, los principios de la aplicación de la geografía á la historia. La idea que sirve como de punto de partida para formular la doctrina que Ratzel expone, es la de que «la humanidad es un pedazo del globo»—*ein Stück der Erde*—y el concepto que de la evolución geográfica de la historia mantiene dicho autor, entraña el supuesto de que la geografía no

es una ciencia meramente *descriptiva,* sino *explicativa*; porque no basta decir cómo los hombres están distribuídos por la tierra, sino que es necesario *explicar* esta distribución. En parte alguna se han formado los pueblos de una sola vez y por completo en el suelo que actualmente ocupan; su distribución actual es el producto de movimientos de todas clases verificados á través de la historia. De ahí el problema relativo á la determinación de las leyes de esos movimientos.

Además de la obra de Ratzel, merecen citarse también los libros de A. Dumont, *Natalité et democratie*, y Goldstein, acerca de *Las causas presuntas y las causas reales del estado estacionario de la población en Francia;* ambos estudian el mismo problema de la población en la vecina República, tratando de explicar el primero el fenómeno del estacionamiento de ésta por causas morales, y el segundo por causas económicas, pero coincidiendo en rechazar la hipótesis de una degeneración orgánica. Por otra parte, es preciso consignar los estudios de Brandt y de Bellow, relativos á los grupos urbanos, y de Salvioni, acerca de la estadística de los hogares.

Séptima. Bajo el epígrafe *Varios* se comprenden en esta última sección, de un lado, trabajos de *Sociología estética,* el uno de A. Baratono, *Sociología estética*, y el otro de M. Hoernes, *Prehistoria del arte figurado en Europa,* y de otro, estudios muy interesantes acerca de *Antroposociología*, entre ellos uno de O. Ammon (el autor de *El orden social y sus bases naturales),* titulado *Zur Antropologie der Badener,* y otro de H. Muffang, *Ecoliers et étudiants de Liverpool*, etc., etc.

X

Muy breves tienen que ser las consideraciones que puedo hacer para señalar las tendencias que se advierten en el movimiento sociológico, tal cual resulta éste reflejado en las publicaciones que dirigen los señores Durkheim, Worms y Co-

sentini. Me he detenido, por creerlo útil, mucho más que otros años, en reseñar los datos de índole crítica y bibliográfica que en aquellas publicaciones se contienen, y sería preciso alargar demasiado este artículo si me propusiera razonar las indicaciones que una apreciación exacta del movimiento científico de la Sociología exige. Prescindiendo, pues, de toda explicación y limitándome á señalar de una manera concreta y en pocas palabras, las indicaciones que permite hacer el estudio de los libros que hemos tomado como base de esta información, creo que puede decirse lo siguiente:

1.° Se advierte, en primer término, cierta *pobreza* en la parte que pudiéramos llamar filosofía social ó sociología filosófica: son pocos en número, y no de capital importancia los trabajos que se proponen la investigación de la Sociología, desde el punto de vista de su construcción científica y doctrinal. Ya al principio de este artículo se ha hecho alguna indicación acerca de esto, y no creo necesario insistir.

2.° Las doctrinas que en años anteriores hemos señalado dentro de la ciencia sociológica: doctrina psicológica, doctrina biológica, etc., siguen manteniendo sus posiciones, si bien parece dibujarse, no tanto en los libros y estudios que se proponen el problema del concepto, del carácter y de la esfera de la Sociología, como en los trabajos que comprende la investigación de un problema sociológico (la personalidad, la sociedad) cierto *armonismo*, una tendencia á no prescindir de ninguno de los puntos de vista mantenidos por las distintas escuelas de la Sociología. (V. y comparar los trabajos de Costa, Kistiakowski, Ratzel, Giner, Crowell, etc.)

3.° Contrastando con las pocas publicaciones de carácter filosófico general, que acerca de la Sociología pueden citarse, se advierte una relativa riqueza de trabajos (libros y revistas) monográficos acerca de problemas y fenómenos sociológicos particulares: estudios sobre la personalidad, el desenvolvimiento social, las comunidades humanas, la organización social (religiosa, económica, política, territorial, etc.), las for-

mas sociales, etc. Con citar los estudios de Steinmentz, Toennis, Giner, Ratzel (monografía), Lalande, Tarde, etc., etc., se verá comprobada mi observación.

4.° Por último, debe notarse la importancia que alcanza en los estudios históricos el influjo de la Sociología: se procura buscar una explicación, por la Sociología, de los fenómenos históricos; se hace la historia bajo la acción de la *preocupación* sociológica, preocupación que además domina de una manera poderosa en las investigaciones todas del orden religioso, moral, jurídico, penal, económico, antropológico, geográfico y estético.

ADOLFO POSADA.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

LA AUDIENCIA PÚBLICA

Daz Muley Alí, 7 de Moharran, 1318 (7 Mayo 1900).

Al fin verificóse esta mañana la solemne presentación de la Embajada española con todo el alarde de bárbara grandeza y exótica magnificencia, con que acostumbra esta corte á recibir los representantes de las potencias extranjeras, resultando una ceremonia grandiosa é imponente, que, seguramente, jamás olvidará ninguno de los que pudimos presenciarla.

Conforme á las prescripciones de la etiqueta palatina, á las siete y media de la mañana vino á buscarnos en nombre de Su Majestad el *Kaid el-Meshuar,* alto funcionario que reune los cargos de Introductor de Embajadores y Mayordomo mayor de palacio, y, precedidos por él y por un piquete de *mejaznias* á caballo, salió de Daz Muley Alí todo el personal de la Embajada, vestido de riguroso uniforme, y se dirigió al palacio imperial entre dos filas de soldados de infantería, y escoltado por el Kaid-ez-Rha y los numerosos jinetes que constituyen la guardia de honor ordinaria que nos acompaña desde Mazagan.

Cuando desembocó nuestra comitiva en la extensa plaza del *Meshuar*, pudimos presenciar un golpe de vista realmente asombroso. Aquel inmenso espacio rebosaba de innumerable gentío, ansioso de contemplar al descendiente glorioso del

Profeta, al Príncipe de los creyentes. Las tropas formaban cuadro, dejando un amplio lugar desocupado en el centro; los *mejaznias*, manteniendo sus caballos del diestro; los *askaris* á pie, y los *tabjias* ó artilleros, junto á sus cañones de campaña, prevenidos para disparar los saludos de ordenanza en el momento en que se presentase su poderoso dueño y señor; dividiendo el espacio reservado en que nosotros penetramos una fila de kaides ó gobernadores sentados en el suelo, á la usanza moruna. Los trajes multicolores de la infantería, en que dominaba la nota rojiza; las sotanas verdes de los músicos del Sultán, aquellos músicos que tan gran impresión me causaron el día del ingreso solemne; los albornoces blancos de los altos funcionarios palatinos; los uniformes europeos con sus dorados relucientes, todo reunido, formaba un conjunto maravilloso, cuyos variados detalles hacía resaltar la luz espléndida que todo lo inundaba. Apenas llegamos al centro de la plaza, bajamos de nuestros caballos y nos colocamos conforme al orden preestablecido: primero, el Embajador, acompañado por su truchiman, Sr. Saavedra; luego, el Prefecto apostólico de Marruecos, como protegido de España; después, el Secretario y el agregado diplomático de la misión, y por último, en una línea, el demás personal oficial, intérpretes y agregados militares.

Como si el Emperador no hubiera estado esperando otra cosa, apenas nos hallamos dispuestos, tocaron las músicas un himno salvaje y desentonado, los soldados presentaron armas y por el hueco de la puerta de Palacio comenzó á salir el séquito del Soberano. Ante todo, los magnates de la corte; después, cinco ó seis hermosos caballos de respeto, enjaezados lujosamente y llevados del diestro por esclavos negros; luego, una desvencijada berlina de aparato, de forma anticuada y venerable, regalada por la Reina de Inglaterra al Sultán Muley Abdallah, que arrastraban otros esclavos, y por fin, rodeado de pompa y majestad, el Sultán de Marruecos, Fez, Sus, Draá y Tafilete; el Sheriff de los Sheriffes; el Emir de los creyentes;

el Miramamolin de nuestros mayores, montado en un magnífico caballo blanco, cubierto de albas vestiduras, conforme á la tradicional costumbre seguida por los herederos de Mahoma, y cobijado por un enorme quitasol de terciopelo verde y encarnado. Ante él marchaban dos funcionarios, sosteniendo larguísimas lanzas, y á su lado dos esclavos negros sacudían unos paños blancos, para que ningún insecto se atreviese á profanar con su contacto las desnudas piernas de la real persona. Rodeábanle los visires y altos funcionarios, caminando á pie con aire humilde y respetuoso, y toda la comitiva avanzaba hacia donde nos hallábamos con paso lento y pausado, como si desempeñara una función sagrada, un deber religioso.

La ceremonia era, en verdad, solemne y grandiosa. En el momento en que, bajo el dintel de la puerta, apareció la figura del Sultán, un murmullo de asombro y entusiasmo, pronto reprimido por el respeto, brotó de los labios de la muchedumbre, que inmediatamente quedó silenciosa, como atemorizada ante tanta majestad; los *kaides*, que estaban sentados, como movidos por un resorte se pusieron de pie y formaron una larguísima línea que saludó al unísono, inclinándose hasta el suelo, y se dispersó por toda la plaza, hasta colocarse detrás de nosotros, aparentando huir del esplendor, que suponen dimana de la figura del descendiente del Profeta, que, impávido ante tantas muestras de homenaje, prosiguió su marcha, deteniendo su caballo á unos cuantos metros del grupo que formábamos. El Ministro de España se adelantó cuatro ó cinco pasos, hizo un saludo de corte y se situó frente á frente de Su Majestad Abdul-Azis.

Declaro que presenciaba, impresionado, aquel acto imprevisto por su salvaje majestad. Un silencio abrumador reinaba en el ámbito de la inmensa plaza, y nadie hubiera sido bastante audaz para turbalo, porque para los musulmanes marroquíes el Sultán, más bien que un Soberano, es el representante de Dios, el lugarteniente de Allah, y su pueblo no osa acogerle con vivas ni aclamaciones entusiastas, sino poseído

de religioso terror. No se le rinde homenaje y pleitesía, se le venera y se le adora. El, por su parte, inmóvil, indiferente á todo, domina la muchedumbre desde lo alto de su caballo, el trono de los Emperadores del Magreb, é impávido recibe las pruebas de devoción y afecto de sus siervos. Magnates y plebeyos se inclinan igualmente, anonadándose ante la majestad soberana, que ni siquiera un instante se digna fijar su atención en aquella turba de viles esclavos, de quienes es señor y dueño absoluto.

Hizo el Embajador de España las cortesías de rúbrica y comenzó á leer un bien escrito discurso, que al efecto llevaba preparado, en el que saludaba á Su Majestad Abdul Azis en nombre de los monarcas españoles, encareciendo los lazos de amistad que siempre han existido entre las dos naciones vecinas. Achacó la tardanza en haber presentado sus cartas credenciales á inescrutables designios de la Providencia, que siempre tiende á consolidar la paz y fraternidad entre los pueblos que se acogen á su divino amparo, y que, como España y Marruecos, están íntimamente ligados por los estrechos vínculos de la proximidad y de la tradición; indicando que con semejante aplazamiento, el Altísimo se había propuesto, sin duda alguna, permitir que pudiera alegar, como sólida garantía de los sinceros propósitos que le animaban, la experiencia de su ya larga residencia en el Imperio, durante la que había podido hacer patente sus esfuerzos por mantener y estrechar más y más las relaciones que unen á ambos pueblos; terminando su discurso haciendo fervientes votos por la felicidad del monarca, y el florecimiento y prosperidad de su pueblo, no sin manifestar antes su confianza en que Su Majestad Sheriffiana se dignaría prestar, á la importante misión encomendada á la Embajada, su benévolo concurso, dando con esto á España una nueva muestra de que había sabido conservar siempre vivos las generosas tradiciones de amistad y mutuo aprecio que en todos tiempos mediaron entre el glorioso Muley Hassan, sus ilustres antecesores y la excelsa Monarquía española.

A nadie extrañará la forma un tanto mística del discurso que he extractado, si se tiene en cuenta que las alusiones á la intervención divina están muy arraigadas en el concepto psicológico del pueblo árabe, hieren sobremanera su imaginación y constituyen la más lógica é indisputable justificación de todos los hechos, pareciendo sumamente conveniante aprovecharla, como verdaderamente fausta y oportuna. Apenas concluyó la lectura, el truchiman, Sr. Saavedra, leyó la traducción árabe que llevaba prevenida. El Sultán le escuchó atento, pero sin que su figura revelara la más leve impresión ni el menor interés, y, cuando hubo terminado, entregó á Sidi-Abd-el Krim Ben Solimán, Secretario interino de Negocios extranjeros, que, conforme á lo que ya suponíamos, desempeñaba en aquel momento las funciones del Gran Visir enfermo, un pliego conteniendo el discurso de contestación.

Poca idea pudimos formar en el momento de lo que replicaba S. M. Abdul-Azis á las manifestaciones del enviado de España, pues nuestro traductor, sin duda impresionado por la majestad del acto, no logró vencer las grandes dificultades que ofrece una versión del árabe al castellano, y sólo nos manifestó cuatro lugares comunes; es decir, que S. M. Sheriffiana respondía á los saludos de los soberanos españoles y hacía votos á su vez por la prosperidad y grandeza de la ilustre nación amiga y vecina, con la que deseaba mantener las más cordiales relaciones. La respuesta resultaba un tanto incolora é insubstancial. Afortunadamente, al regresar á nuestra casa, hecha la conveniente traducción del documento sheriffiano, pudimos juzgar que era bastante más expresiva que lo que á primera vista parecía, por más que sus términos quedaran envueltos en cierta vaguedad, que revela la cautelosa prudencia con que el Gobierno marroquí acoge una Embajada, cuyo objeto se ha complacido en exagerar y desfigurar la prensa española y extranjera, provocando las más legítimas suspicacias.

No resisto á transcribir una traducción de la respuesta de

S. M. Abdul-Azis, hecha por uno de nuestros compañeros, que posee el árabe á las mil maravillas. Dice así:

«La alabanza á Dios único, sólo en sí mismo (1).

»Sea bien venida la carta de nuestro amigo, el excelso Rey de España; y la paz sea siempre con su madre la augusta Reina Regente.

»No ponemos en duda la sinceridad de los sentimientos amistosos de sus reales personas, y reconocemos los buenos deseos del Gobierno español. Los votos que formulan por nuestra felicidad y la de nuestro pueblo, nos llenan de júbilo y hacen que les seamos deudores de la más viva gratitud.

»Nunca hemos cesado de conservar las relaciones de buena amistad y leal afecto que siempre existieron entre nuestros antepasados y los monarcas españoles, y confiamos que, con ayuda de Dios, aumentarán, prosperarán y se acrecentarán.

»Bien venido seais, ¡oh, Embajador!, vos y todos los que os acompañan, huéspedes de nuestra Sheriffiana Majestad; asegurándoos que no veréis hacer por nuestra parte más que aquello que, con el favor de Allah, sea objeto de satisfacción para todos y tienda á conservar los derechos de los dos pueblos vecinos y á guardar las consideraciones que se deben ambas dinastías.»

Mientras se leyeron los discursos, no aparté mi mirada ni un solo momento del semblante de S. M. Abdul-Azis. Jamás he visto figura más enigmática y ambigua. Ni un gesto alteró la expresión parada de aquella fisonomía, ni una mirada brotó de aquellos ojos apagados y tristes. ¿Qué pensamientos se ocultarán detrás de aquella máscara impenetrable de aparente atonía? ¿Su indiferencia será producto de una lección bien aprendida, ó lógica consecuencia de la férrea sujeción en que

(1) Es de advertir que todos los documentos oficiales magrebinos comienzan con esta fórmula consagrada, según la costumbre que estableció el famoso Yacub Almanzur, quien la escribía con su propia mano al frente de todas sus cartas.

lo mantiene el astuto Ba-Ahmed Ben Musa, Gran Visir en apariencia, en realidad tutor y tirano, ó quizás resultado de una vida de placeres continuos, bastantes para embotar la más alta inteligencia? ¡Quién lo sabe! Acaso aguarde con impaciencia la muerte del valido, para revelar sus energías y manifestarse déspota sanguinario, tiránico señor de sus vasallos y fanático enemigo de todo progreso, como algunos de sus antecesores; y ciertamente, no sería el único de ellos que supo disimular admirablemente sus defectos y cualidades, hasta ver cimentado su trono sobre una base sólida y robusta, que le permitiera imponerse por la fuerza brutal. Sea lo que fuere, debemos prepararnos á extraños é inesperados acontecimientos, pues la muerte que amenaza á Ba-Ahmed ha de señalar la hora del despertar del Soberano, que, ya una vez libre de su tutor prepotente, podrá arrojar la máscara y mostrarse tal cnal es. Sin atreverme á predecir lo futuro, creo prejuzgar que la falta del Gran Visir, hombre de extraordinarias condiciones, se hará sentir, y que, desgraciadamente, no habrá en todo el Imperio quien sea capaz de reemplazarle.

Cuando la lectura y traducción de los discursos hubo terminado, el Ministro entregó al Sultán las cartas credenciales que le acreditan como representante de España en su corte, y el Soberano pidió que le fuese presentado el personal que compone la Embajada. Así se hizo, y el Secretario, el agregado diplomático, los religiosos, los intérpretes, la Comisión militar, y demás, desfilaron sucesivamente ante S. M. Sheriffiana, á quien comunicaba Abd-el Krim ben Solimán el cargo y cualidades de cada uno.

Después de verificada la presentación, el *Kaid el Meshuar* gritó por orden de su señor, repetidas veces (y en árabe, por supuesto), *Bien venida sea la Embajada española*, como para demostrar al pueblo el agrado con que nos recibía el Soberano, y se dió la ceremonia por terminada. El Emperador se retiró por el mismo camino que había traído, y acompañado por el mismo séquito. Sonaron las músicas de nuevo, y esta vez, sin

duda por cortesía y deferencia, tocaron la *Marcha Real* española, echada á perder; los soldados prorrumpieron en gritos de entusiasmo, y los cañones, dispuestos al efecto, dispararon las salvas de ordenanza.

Siguieron al Sultán las mulas que llevaban los regalos, consistentes, como anteriormente he dicho, en doce fusiles y doce carabinas Mausser, modelo español, dos alfanges con sus correspondientes gumías, espléndidamente trabajados en la fábrica de Toledo, un magnífico sable de oficial general, dos piezas de rico brocado de oro, y dos mil cartuchos para las armas de fuego. Y cuando toda la comitiva penetró en el palacio, el *Kaid el Meshuar* nos invitó á recorrer, como lo hicimos todos á caballo, y siguiendo una antigua costumbre, los extensos jardines del *Agudal*. Más de dos horas estuvimos recorriendo aquellos inmensos bosques de olivos y naranjos, que cubren muchas hectáreas, visitando al paso los lugares más interesantes, como la casa de verano de los Emperadores, llamada *Dar-el Baida* (la casa blanca), y los dos vastísimos estanques, en uno de los cuales pereció ahogado Muley Mohammed, abuelo del actual Sultán. Habíase embarcado en un bote con algunas de sus favoritas, y bromeaban alegremente, cuando un movimiento inoportuno hizo volcar la embarcación, y todos los que en ella se hallaban cayeron al agua. Desde la orilla muchos esclavos y eunucos contemplaban la catástrofe; pero como la persona del Sultán es sagrada, nadie se atrevió á prestarle auxilio, dejando tranquilamente que se ahogara. Este incidente dió el trono de Marruecos á Muley Hassan.

Pasamos también junto á las fábricas de cartuchos y pólvora, y entrevimos desde lejos el antiguo ingenio de azúcar, hoy completamente abandonado, tanto, que según dicen, sus máquinas mohosas sirven de distracción á las mujeres del harem. El *Agudal* tiene bien poco de jardín; más que nada es un extenso olivar y un bosque de naranjos. Flores pudimos ver muy pocas, y supongo que los verdaderos lugares de recreo serán reservados, y que en ellos no se dejará entrar á los cristianos.

Cuando hubimos paseado largamente, en virtud de una costumbre extravagante de la etiqueta marroquí, que prohibe que los personajes importantes regresen de un lugar cualquiera por el mismo camino que llevaron á la ida, nos abrieron una puerta de las murallas, y salimos al campo que rodea la ciudad, teniendo que recorrer en pleno sol y por un camino lleno de polvo y de basura, larguísimo trecho para tornar á nuestra casa. Es aquella precisamente la parte más fea de la campiña, donde no hay ni un árbol, ni una planta, y como ya era cerca de medio día, el sol africano descargaba sin piedad alguna sus rayos sobre nuestros obscuros uniformes, molestándonos mucho, á lo que hay que añadir el desagradable olor que exhalaban colosales pirámides de estiércol, amontonado desde hace siglos. Se necesita tener la dejadez, despreocupación é incuria de los mahometanos, para mostrar á sus huéspedes distinguidos, después de las galas y pompas de la corte, las inmundicias de la ciudad. Aunque el contraste era por demás rudo y desagradable, no fue bastante para distraernos del recuerdo de la espléndida ceremonia presenciada, que constituye el acto más interesante de nuestra visita á la corte Sheriffiana, acto majestuoso é imponente del que conservaré vivo recuerdo.

EN LA MEDINA (1)

Daz Muley-Alí, 8 de Mayo.

Mucho hemos hablado entre nosotros acerca de la ceremonia de ayer, cambiando las impresiones recibidas. Todas las opiniones están conformes en que el acto de la recepción fue sumamente grandioso é interesante, y en que aún nos hubiera causado mayor efecto si la figura principal se hubiera desta-

(1) Medina: la ciudad, en árabe.

cado con mayor relieve. Decididamente, el Sultán no responde á la majestad y arrogancia que esperábamos hallar en el descendiente del Profeta. Su aspecto ambiguo é indiferente, como si todo le cansara y nada lograse interesarle; su mirada triste y apagada, su expresión cohibida y timorata, nos causaron una impresión desagradable é inesperada en un joven Soberano en quien se encarna el ideal político y religioso de su pueblo. Pienso, no obstante, si toda esta apariencia extraña no será producto de una hábil comedia representada para despistar las suspicacias nunca dormidas de Ba-Ahmed, y si, llegado el caso de que por muerte del valido ó cualquier otra causa, pudiera librarse de la tutela que le ha impuesto el hombre á quien en realidad debe el Imperio, no se revelará un carácter soberbio y violento, tanto más arrogante cuanto ha tenido que disimularse durante largos años. Los árabes son maestros consumados en el arte de fingir, y, ciertamente, no sería este el primer caso en que algo análogo ocurriese en Marruecos, pues más de un antecesor de S. M. Abdul Azis supo disimular sus condiciones, hasta aprovechar un momento conveniente para poder entregarse sin riesgo alguno á la realización de sus caprichos.

También es objeto de nuestros comentarios el que, hasta pocas horas antes de la fijada, ignorásemos cuándo se verificaría nuestra audiencia, ni quién desempeñaría el puesto de Gran Visir y leería el discurso de contestación. Acostumbrados á la etiqueta de las cortes europeas, en las que todos los detalles de un acto de esta índole están fijados de antemano, no puede menos de sorprendernos la conducta del *Maghzen*, por más que sepamos que en todo le gusta proceder con el mayor sigilo y misterio. Nos ha sorprendido, igualmente, la falta de lujo de la corte magrebina y la sencillez de los vestidos, no sólo de los magnates y altos funcionarios, sino del mismo Emperador. Los relatos que nos han dejado los que antiguamente visitaron á los Sultanes de Marruecos, describen el fausto con que daban audiencia á los extranjeros en uno de

los salones de su palacio, alhajado con verdadera magnificencia, cubiertos con vestiduras de riquísimas telas y ciñendo armas de extraordinario valor. Según refiere el P. Fray Francisco de San Juan del Puerto, en su interesantísima *Misión historial* (1), la corte de los Sheriffes, en tiempos de Muley Ismael, era verdaderamente suntuosa, deslumbrando el lujo y riqueza de que hacía alarde. Entonces el *Emir al Mumenin* recibía en el salón del trono, rodeado de pompa y majestad, enmedio de una asamblea de príncipes que le rendían homenaje. Hoy todo ha cambiado. En vez de la lujosa estancia cerrada, un amplio patio abierto; en vez del trono establecido sobre fuertes fundamentos, el caballo que sirve para la huída, como si todo contribuyera á robustecer la idea de que aquello se acaba y desmorona. El empobrecimiento paulatino del país, su decadencia cada día más acentuada, ha contribuído, indudablemente, á que todo aquel fausto y esplendor desaparezca. A un Imperio arruinado, corresponde una corte pobre.

El acto de la audiencia solemne impresiona por su carácter extraño y el aparato de pompa salvaje que acompaña toda presentación en público del Soberano despótico de un pueblo de esclavos. Fuera de este aspecto general, al fijarnos en los detalles, resulta mezquino y hasta grotesco. Los dos servidores que á ambos lados del caballo, con hierático respeto, sacuden paños para apartar de la imperial majestad cualquier insecto que pudiera molestarla, no sacuden paños de brocado recamado ó de rica seda, sino pedazos de lienzo común de ínfimo precio, contrastando la devoción del acto que desempeñan con los toscos medios que emplean para realizarlo. Muchas observaciones como ésta pudieran hacerse, pero hay un detalle característico que no quiero dejar de transcribir. Cuando las acémilas de palacio vinieron á recoger las cajas que contenían los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, el jefe de la servidumbre que las acompañaba hizo ostentosa manifes-

(1) Sevilla, 1708.

tación de los cordones de seda fina que llevaba destinados para sujetar los bultos al lomo de las caballerías. Como la madrugada era húmeda, alguien hubo de manifestar la conveniencia de envolver los estuches de las armas en paños ó mantas que los resguardasen de la fuerte rociada. Comprendió el enviado palaciego la justicia de semejante observación, y al punto dispuso que las dichas cajas se cubriesen con andrajos de arpillera y otras telas viejas y desastradas, mandando después que se ataran las cargas con los consabidos cordones de fina seda. Contrastes y siempre contrastes.

Realizado ya el acto más importante de nuestro viaje, esperamos que se fije día para la audiencia privada, que ha de señalar el comienzo de las negociaciones diplomáticas. Para dicho señalamiento ha de tenerse en cuenta el estado del Gran Visir, y, desgraciadamente, las noticias que tenemos del curso de su enfermedad no son nada favorables. El Dr. Cerdeyra continúa visitando diariamente al enfermo, y por él estamos al corriente de cuanto ocurre, sabiendo que se ha enviado un mensajero al Cónsul de Inglaterra en Casablanca, para que éste flete un barco que vaya á Gibraltar á comprar balones de oxígeno, necesarios para el tratamiento á que debe someterse el ilustre enfermo. Mientras llega la hora de comenzar el trabajo, aprovecho el tiempo en continuar visitando la ciudad, que me propongo recorrer detenidamente.

He visitado parte de la *Medina,* la ciudad propiamente dicha, donde se hallan los bazares y tiendas, y donde radica todo el comercio de la capital, porque *Marrakesh*, lo mismo que *Londres,* tiene su *city* ó barrio de los comerciantes. Para llegar á él he atravesado el *Soko,* la plaza principal donde se verifican los mercados. Es un espacio irregular, rodeado de edificios mezquinos, dignos de una aldea de cuarto orden. Unicamente hay una casa de buena apariencia, que es donde habita el Kaid Mac-Lean.

Una vez que se entra en el barrio de los comerciantes, se encuentra uno en un verdadero laberinto de calles y callejue-

las que se cruzan en todos sentidos. Son tantas las tiendas, que se creería hallarse en una ciudad de trescientos ó cuatrocientos mil habitantes, si no se tuviera en cuenta que aquella abundancia de almacenes forman una especie de feria perpetua, á la que van á proveerse diariamente los habitantes de la ciudad y de las montañas. La mayor parte de los pobladores del Imperio viven en pequeños aduares aislados, donde se carece de tiendas y obradores, por cuya causa se ven precisados á ir á buscar á las ciudades cuanto necesitan. Conforme á las costumbres de la Edad Media, los diversos oficios y las tiendas de distinto género, se dividen en grupos, que se establecen en calles separadas; de manera que cuando se necesita un objeto cualquiera, se dirige uno desde luego á la calle donde se vende ó fabrica, en la seguridad de que en ninguna otra podrá encontrarlo. Los almacenes de sedas, lienzos, paños y demás productos similares del país ó ultramarinos, constituyen lo que se llama *El Kaiseria*, cuyas calles están cubiertas con un techo de madera que forman arabescos, dejando aberturas y ventanas de formas diferentes por donde penetra la luz y el aire.

Grande es la animación que reina en aquellas galerías cubiertas, que pudieran compararse á los pasajes existentes en las grandes capitales, pues por ellas circulan innumerables personas, no faltando algunas mujeres envueltas en sus misteriosas mantas, que dejan vislumbrar únicamente un ojo, negro y rasgado por lo general. La variedad de trajes y figuras es grandísima, pues por la tarde, que es cuando se verifican las transacciones, se congregan allí gentes de todas partes, no faltando mercaderes venidos del Sus y demás regiones de allende el Atlas, hasta de la famosa ciudad de Timbutu.

Las calles están muy sucias, llenas de polvo ó barro, según el tiempo que hace, y rebosando de inmundicia, pues todo lo sobrante de la alimentación y del trabajo se arroja al suelo, sin que nadie cuide de recogerlo. A cada paso se tropieza con restos de animales muertos, contribuyendo á aumentar el mal olor que por todas partes reina; las tiendas de comestibles con sus

grandes depósitos de manteca rancia y las numerosas casas de comida en que se guisa al aire libre, principalmente lo que llaman *kefta,* que viene á ser un picadillo de carne mezclado con especies y hierbas aromáticas, con que rodean unos palitos á fin de asarlo á un fuego vivo. A pesar de la repugnancia que en general me inspira la cocina marroquí, debo declarar que la *kefta* guisada con manteca fresca no resulta desagradable, y recuerda ciertos guisos populares de Andalucía. En algunos lugares, la atmósfera es verdaderamente irrespirable, contribuyendo á ello el que casi todas las calles están cubiertas con una especie de techumbre compuesta con hojas de palma y otras plantas ya secas. Por otra parte, son sumamente estrechas y tortuosas, y sus lados los forman las paredes de los edificios, arruinados por lo general. Muchas casas están apuntaladas y casi ninguna tiene ventanas, salvo ciertas aberturas estrechísimas; el aspecto de las puertas es igualmente mezquino y tosco, y á lo mejor, la que parece dar entrada á una vivienda, abre paso á un laberinto de estrechísimas callejuelas sin salida, en las que apenas penetra la luz del sol y en las que es imposible que circulen dos personas de frente. Como los tejados de las casas están cubiertos de tierra apisonada de más de metro y medio de espesor, formando azoteas, resulta que esta inmensa carga hunde las paredes sin defenderlas de las inclemencias del tiempo; y como están construídas con malos materiales, ceden muy pronto, no tardando en llenarse de grietas y presentar un aspecto de marcada degradación. Entre las construcciones de ambas aceras, y para servir de apoyo á las paredes que amenazan desplomarse, se construyen muros de contención, agujereados en forma de arcos, guarnecidos con sus correspondientes puertas, que se cierran de noche; de manera que la ciudad queda dividida en distintos cuarteles, absolutamente incomunicados unos con otros.

Llama la atención la gran cantidad de cigüeñas que en las torres de las mezquitas, en las murallas, en una palabra, en todo lugar elevado, hacen sus nidos, siendo muy respetadas

por los musulmanes. Una tradición popular entre los marroquíes, asegura que dichas aves son hombres que habitan en islas lejanas, á quienes por desconocer la verdadera ley, Allah castiga, obligándoles á tomar semejante forma y á visitar los países del Islam, pero que al cabo de cierto tiempo regresan á á su país natal, donde se convierten de nuevo en hombres, hasta el año inmediato, en el que verifican de nuevo su emigración. Sobre este tema, la ardiente fantasía de los árabes borda mil cuentos á cual más absurdo y caprichoso, llegando á considerar como criminal al que matase cualquiera de estas aves. Sin duda alguna, el utilísimo servicio que prestan las cigüeñas persiguiendo á los reptiles que tanto abundan en los países cálidos, les atrajo el respeto de las gentes, que desde luego velaron por su conservación. Lo cierto es, que tales aves limpian la ciudad de inmundicias y llenan las funciones del servicio de higiene. Es tal la consideración de que gozan en el Imperio del Magreb, que según nos han referido , en Fez han fundado y dotado con grandes rentas un hospital destinado para *asistir, cuidar y dar remedios á las grullas y cigüeñas enfermas y enterrar á las muertas.*

Todas las tiendas están situadas en alto, á manera de alacenas abiertas en la muralla, y tienen un curioso sistema de cierre, compuesto de dos hojas de madera que se abren en el centro, una hacia arriba y otra hacia abajo. La superior sirve de toldo ó tejado, y la de abajo se utiliza de mostrador, ó más bien para subirá la tienda, levantada más de un metro del suelo. Dentro de aquel nicho se instala el dueño del establecimiento y allí se pasa las horas, rodeado de sus mercancías, todas colocadas al alcance de su mano para ahorrarse movimientos inútiles. Allí recibe visitas, allí cumple sus deberes religiosos, allí permanece casi todo el día, inmóvil, sin atender á nada de lo que le rodea, fumando una pipa de Kiff que le proporciona ensueños voluptuosos, ó celebrando la grandeza de Allah y enumerando sus cualidades, pasando las gruesísimas cuentas de un enorme rosario. Si por casualidad acude un comprador,

el mercader no se altera lo más mínimo, y las ventas se verifican con la mayor tranquilidad y calma. No ocurre lo mismo en las galerías de la Kaiseria, donde todos los objetos se venden en pública subasta. Existe una destinada á la venta de objetos usados, donde suelen encontrarse armas, telas, joyas y demás prendas raras y curiosas, á veces de gran valor. El que quiere enajenar alguno de dichos objetos, lo confía á uno de los empleados que al efecto existen, quien comienza á dar paseos por la galería enseñando á los asistentes, colocados en dos filas, la prenda que debe vender, y proclamando á gritos el precio que por ella ofrecen. Los compradores pujan el objeto, y cuando se ha llegado al precio que el vendedor desea ó juzga prudente, se verifica la transacción, siempre por medio del corredor que interviene el dinero, cobra un tanto por sus oficios y entrega al *adul* (ó notario que preside el acto) un blanquillo por ducado, impuesto que cobra el Emperador. Hay varios lugares destinados á estas clases de operaciones, siendo los más notables la *Sutia* ó mercado de armas, donde se hallan á lo mejor alfanjes, gumías y espingardas de verdadero mérito y ricamente decoradas, por precios irrisorios; el *Ermata* ó mercado de las babuchas, y *El Bercá* ó mercado de esclavos, que ha de ser objeto de una detenida visita.

Bajo el punto de vista industrial, Marrakesh no tiene mucha importancia. Sin embargo, en esta ciudad se fabrican tapices y mantas, inferiores á los que se tejen en Rabat y Fez, y jaiques finísimos de lana, tan transparentes como gasa, que son esas largas piezas de tela de cuatro á seis metros de largo por uno y medio de ancho, en la que se envuelven los magnates marroquíes con tanta elegancia como distinción. En lo que no conoce rival la capital magrebina, es en el curtido de esas pieles que entre nosotros se designan erróneamente con el nombre de *Tafilete*. No en el lejano oasis del Sahara, sino en esta ciudad es donde se curten dichas suavísimas pieles, lindamente teñidas de rojo y amarillo ú otros colores delicados, ya con cochinilla, ya con corteza de granada, y cuya finura es impo-

sible imitar. Los obreros que se ocupan de esta industria son verdaderos artistas, que fabrican cinturones, bolsas, carteras, tapetes, cojines é infinidad de objetos caprichosos, decorados con originales dibujos, labrados en la misma piel. Lo más curioso, á mi modo de ver, son los tapetes y cojines que decoran, arrancando la primera capa de la piel, teñida de azul, verde ú otro color fino, en forma que la parte que dejan intacta forme dibujos variados, que se destacan brillantemente sobre el fondo blanco y mate de la piel. He visto tapetes circulares de más de una vara de diámetro, divididos en cascos de diversos colores y cubiertos de arabescos caprichosísimos, que revelan gran fantasía en el artífice que ejecutó la obra. También hacen otros lindos trabajos sobreponiendo una piel blanca recortada sobre otro tafilete de color, que sirve de fondo. En una palabra: que en el manejo de las pieles los obreros árabes no reconocen maestros.

Fabrícanse también en Marrakesh sedas y pólvora, y el comercio que se mantiene continuamente con los vecinos puertos de Mazagán, Saffi y Mogador, no deja de ser importante. Por medio de caravanas, en que los camellos llevan las cargas, se envían á los pueblos del litoral aceites, gomas, almendras—que tienen fama de ser las más dulces del Imperio,—comino, pieles de Tafilete, cueros de buey, dátiles y cereales, y á su mercado afluyen las expediciones que, atravesando el desierto, vienen de la misteriosa Timbuctu trayendo los productos del Africa Central, es decir, polvo de oro, marfil y esclavos. Los precios de transporte no pueden ser más económicos. Un camello, que recorre la distancia de Marrakesh á Mazagán en poco más de cuatro días y soporta una carga de 240 kilogramos, cuesta dos pesetas de nuestra moneda. No creo que exista tarifa de transporte que pueda competir con esta.

Una de las calles que más me ha llamado la atención es la de los perfumistas y drogueros. En las tiendas que en ella hay se venden innumerables afeites, que nos permiten penetrar un tanto en los secretos de tocador de las mujeres moras. Encuén-

trase allí: *kohl,* ó sea mineral de plomo y antimonio, con que las bellezas orientales agrandan sus ya hermosos ojos y logran darles cierto brillo misterioso que fascina; el *khena,* planta que sirve para teñirse de rojo las uñas de las manos y pies y los párpados, elegante costumbre que practican las moras distinguidas; colorete para la cara; hojas de azahar y de rosa; madera de áloe, exquisito perfume que se quema en toda reunión musulmana de gente de pro; y el *kiff,* planta narcótica que fuman los hombres para procurarse ensueños deliciosos. Según he podido averiguar, esta planta, que es un veneno violento, se recoge en primavera y se prepara del siguiente modo: mézclase en una vasija de tierra con gran cantidad de manteca, y así dispuesta, se la hace estar al fuego durante doce horas; fíltrase después, y el residuo de manteca que queda se utiliza para sazonar las viandas, mezclarla con los dulces y golosinas ó tomarla simplemente en forma de píldoras. En cuanto á las hojas de la planta, así cocidas, se fuman como el tabaco, en pipas de barro. Su virtud es tan grande, que de cualquier manera que se tome produce su efecto, que en los primeros tiempos sólo consiste en hacer desvariar la imaginación con ideas caprichosas y agradables, pero que poco á poco conduce fatalmente á la embriaguez y al embrutecimiento.

Entre las demás tiendas he observado la de los alfareros, que construyen gran cantidad de tazas, vasos y copas de frágil barro, modelados con relativo gusto y decorados con dibujos hechos con alquitrán, cuyo color negro, destacándose sobre el fondo rojizo del barro cocido, presenta agradable aspecto y recuerda los antiquísimos objetos de alfarería etrusca que se conservan en los principales Museos de Europa. Todo siempre tosco y burdo, pues los árabes actuales desconocen en absoluto los refinamientos artísticos. La pintura de alquitrán obedece á la satisfacción con que los moros beben el agua que sabe á dicha resina. He visto también objetos de loza, fabricados en Rabat y Fez (los de esta última ciudad son más finos), muy semejantes á los que se encuentran en los pueblos de Andalu-

cía, no sólo en la forma, sino en la decoración. Hay también torneros; tintoreros (todo un barrio), que dan á la seda y lana brillantísimos colores; curtidores, que después de preparar la piel convenientemente, la extienden sobre el suelo de la calle para que los transeuntes, al pisarla, le ayuden en su trabajo; sastres y bordadores, que adornan los trajes de los musulmanes con cordones y galones, cuya urdimbre sostienen entre los dedos de un pie, aguantando el extremo muchachos colocados enmedio de la calle, y formando con estos elementos una especie de telar primitivo; torneros, carpinteros, talabarteros, carniceros, etc., etc., sin contar gran cantidad de fabricantes de carteras y cordones de todas clases, objetos de primera necesidad en la indumentaria árabe, en la que todas las prendas carecen de bolsillos y todos los objetos se sujetan al cuerpo con cordones más ó menos lujosos.

Por todas estas calles reina siempre grandísima animación, circulando por ellas innumerables personas. Los individuos de cierta categoría van de compras montados en sus mulas; y como á lo mejor se detienen para ajustar algún trato, interceptan el paso. Por la tarde, que es cuando se verifican las subastas, la aglomeración de gentes es verdaderamente extraordinaria, formando un conjunto pintoresco imposible de describir. La generalidad viste el siguiente traje: camisa con mangas muy anchas, enormes calzones de paño de color, almilla ó chaquetilla de lana, abierta sobre dos chalecos superpuestos, y el bonete rojo y puntiagudo que nosotros llamamos fez, alrededor del cual llevan una pieza de muselina blanca que forma el turbante. Por encima de estas vestiduras suelen llevar una ó dos chilabas de vistosos colores. Algunos, en lugar de la chaquetilla, llevan un caftán ó levita larga, abrochada por delante, con mangas muy anchas; pero este es el traje reservado para la casa. Los tolvas ó estudiantes, imanes ó jefes de las mezquitas y alfaquíes ó doctores de la ley, llevan el albornoz blanco sobre el jaique. Todos usan cinturón de cuero ó seda, y la consabida bolsa, sujeta al costado por cordones. Calzan

las conocidas babuchas amarillas, y para que no se les escapen, pisan al contrario de nosotros, es decir, apoyando en el suelo primero la punta que el talón.

Suélense encontrar también mujeres, por lo general de la clase media y del pueblo bajo. Apenas si se las puede ver, pues caminan envueltas en una enorme manta, que las hace parecer un saco de patatas ambulante. Su calzado son también babuchas, pero encarnadas, diferenciándose en esto sólo de las que usan los hombres. Unas y otros llevan las pantorrillas desnudas. Cuando tienen que sostener á un niño pequeño ú otra cualquier carga, la llevan sobre las espaldas, sujeta con los pliegues del jaique, de manera, que también es imposible verles las manos. Dentro de la *Kaiseria,* he podido ver descubierta alguna mujer marroquí: á decir verdad, debían ser criadas y dueñas de damas, que iban á vender ó á comprar por encargo de sus señoras. Pareciéronme feas y envejecidas antes de tiempo. Al contemplar estos tipos y conocer algo de la vida y costumbres de las mujeres moras, tengo que imaginármelas como verdaderas muñecas: obesas por la falta de ejercicio, sin formas delicadas, cubiertas de pinturas y afeites que afean sus líneas y facciones, y sin expresión alguna; en una palabra, cuerpos sin almas, incapaces de llenar nuestros deseos. ¡Qué diferencia con lo que se sueña en Europa acerca de la mujer árabe!

Dar Muley-Alí, 10 de Mayo.

Cada día me asombra más el inmenso perímetro de la ciudad. A medida que recorro sus distintos barrios, voy haciéndome cargo de su colosal extensión, y puedo juzgar de la extraordinaria importancia que debió tener en tiempos pasados. Arruinada por una serie de desastrosas guerras, despoblada por la peste, hoy no es ni sombra de lo que fue. Debió tener de 500 á 700.000 habitantes. Según el cronista del Sultán Alí, en tiempos de este poderoso monarca de la familia de los Almoravides, había en Marrakesh más de 100.000 casas y pala-

cios, floreciendo tanto las artes y las ciencias, que llegó á ser el centro de reunión de los hombres más sabios del islamismo, de manera que los moros que habitaban los Reinos de España, Argel y Túnez, enviaban á sus hijos á instruirse en sus famosas Universidades, conviniendo todos los escritores árabes en que Marrakesh fue la mayor, más rica y más importante ciudad de Africa durante la época que rigieron el Imperio los almoravides y almohades.

Cuando los Reyes Católicos acabaron con el poderío de los mahometanos en España, y los árabes de Granada se refugiaron en Africa, comenzó á disminuir la riqueza de Marrakesh. Las guerras intestinas, las continuas sublevaciones, las terribles epidemias que la asolaron durante los siglos XVI y XVII, acabaron con su floreciente comercio. Poco á poco se fueron cerrando sus Universidades y colegios, y de más de cien bibliotecas que es fama existían en 1526, apenas si queda memoria en el nombre que lleva hoy la mezquita de la *Kotubia* (librería, biblioteca).

Lo que más ha resistido á los duros embates del tiempo y á la mano del hombre, son las murallas que, aun en el día, acreditan el esplendor de la célebre ciudad africana. En su inmenso recinto, abrazan una inmensa superficie cubierta en su mayor parte de ruinas y de escombros, pues aunque las paredes alineadas forman calles y plazas, enmedio de las manzanas suelen encontrarse grandes espacios desiertos, sin contar innumerables huertas y jardines. El conjunto presenta un aspecto tanto más triste y abrumador, cuanto que al presente apenas si existe algún comercio. Las artes y las letras tampoco prosperan lo más mínimo; Marrakesh tiene escasísimas escuelas, y sus habitantes son incultos y groseros. Sólo el cerco de las murallas, las inmensas ruinas con que á cada paso se tropieza, el gran número de conductos de agua inutilizados, los vastísimos cementerios que la rodean, testifican su grandeza pasada, y hacen creíble y patente tan rápida y asombrosa destrucción.

Cuando el famoso viajero español Ali Bey el Abbasi, visitó la capital magrebina, calculó el número de sus habitantes en 30.000. Hoy, más conocida y estudiada, se juzga que en ella podrán residir aproximadamente 50.000 almas, entre las que hay que contar cerca de 15.000 negros, esclavos del Sultán en su mayoría, y unos 6.000 judíos que residen en un barrio especial separado del resto de la ciudad, y llamado *Mellaj*. Residen también en Marrakesh algunos europeos, pues á más de los personajes oficiales como el Kaid Mac Lean y el Dr. Verdun, ingleses; los artilleros que componen la misión militar francesa y el Dr. Linares, de idéntica nacionalidad, se encuentran algunos españoles, entre los que se cuentan el comerciante Sr. Reina, que negocia en gran escala con los pueblos de la costa, y D. Mariano González, que hace más de veinte años que reside en el país practicando la Medicina empírica, y es popularísimo en la ciudad, donde se le conoce con el nombre de *Tebib Mariano*. Este señor me sirve de acompañante y guía en mis largos paseos por el intrincado laberinto de calles, callejas y plazas que forma la capital magrebina.

He continuado visitando la *Medina*, y he dirigido mis pasos, seguido siempre de un denodado *askar*, que no se aparta de mí un solo instante, al barrio donde se halla situada la *Endarza* ó Universidad. El edificio que ocupa debió ser espléndido, y aún conserva algunos restos de su antigua suntuosidad. Fue fundado á fines del siglo XII por el famosísimo Yacub Almanzur, tantas veces citado, quien gastó en su embellecimiento cuantiosas sumas, ocupando en su construcción multitud de cautivos cristianos, pero quien lo elevó á su mayor esplendor fue el Sultán Abu-el-Hassan Alí, el vencido en el Salado por Alfonso XI. Aún se encuentran en este edificio restos arquitectónicos de singular belleza, entre los que descuellan una especie de pórtico formado de arcos de ladrillos, esmaltados de negro, con inscripciones y dibujos elegantes, de marcado carácter africano. Consta el mencionado pórtico de cuatro arcos lobulados: uno que comunica con la mezquita que está situa-

da frente por frente á la Universidad; otro que da ingreso al edificio, y dos laterales, que son los adornados con mayor riqueza, revelando ser de remoto origen, pues tienen más acentuada la forma de ojiva que la de herradura. El friso de estos dos arcos contiene una inscripción en caracteres cúficos, según me indicó el P. Cervera, á quien fue imposible leerla por la altura en que se encuentra y la obscuridad del pórtico; y los tímpanos están primorosamente decorados con follajes y arabescos, trazados con esmalte negro. El conjunto es sobrio y elegante, recordando en cierta manera los arcos que componen la preciosa puerta llamada del Vino, en el Alcázar de Granada.

Desde este pórtico se ve el corredor por que se entra en la Universidad, que está adornado con artesonados y trabajos primorosos de estuco. Es imposible que allí pueda entrar ningún cristiano, pues los doctores musulmanes se oponen tenazmente á que los infieles penetren los secretos de su sabiduría. Inquiriendo y averiguando, he logrado saber qué ciencias son las que allí se enseñan, que se reducen á moral y legislación, identificando su estudio con el dogma y la liturgia, de manera que todo se concreta en el conocimiento del Alkoran y el análisisis de sus infinitos expositores y comentadores. Enséñanse también algunos rudimentos de Gramática, Retórica y Dialéctica, indispensables de todo punto para poder leer y entender con provecho el texto del libro divino. Sabido es que los eruditos musulmanes engolfan sus disertaciones en un arcano de sutilezas y pretendidos raciocinios metafísicos, embrollándose de tal manera, que no sabiendo como salir del paso invocan la predestinación ó la absoluta voluntad de Dios, *ultima ratio*, con la que todo lo concilian y componen. Respecto á ciencias, los inventores del Álgebra se contentan, en lo que concierne á las Matemáticas y Física, con algunos conocimientos sacados de Euclides y Aristóteles, autores que fueron traducidos al árabe en los mejores tiempos del esplendor musulmán, á lo que añaden escasas nociones de Medicina, y gran acopio de estudios de ciencias ocultas, practicando la Cábala, Teurgia,

Alquimia y Astrología judiciaria, que confunden con la Astronomía, y para cuyas interesantes experiencias emplean curiosos *astrolabios*, bastante bien construídos. Todo esto se estudia en la Universidad ó *Madriza* de Marrakesh, designada también con el pomposo nombre de *Dar el Ilm* (casa de la Sabiduría), aunque el verdadero centro del saber se encuentra hoy día en Fez, la Atenas de África, emporio durante la Edad Media de la cultura muslímica.

A esto se limitan los estudios superiores que realizan los sabios del Magreb. Para poder ingresar en la Universidad, es preciso haber cursado largos años en las escuelas llamadas *Mesid*, donde se enseñan las primeras letras. Al efecto, congréganse los niños en el local destinado al efecto, el maestro escribe en unas tablas barnizadas las letras del alfabeto árabe, y cuando el discípulo las conoce y sabe pintarlas, el mismo maestro comienza á escribir en la referida tabla uno ó más versículos de *Alkoran*, que es leído y repetido en voz alta hasta que queda la lección grabada indeleblemente en la memoria del estudiante. Los más inteligentes y aplicados, llegan al cabo de siete ú ocho años á poder recitar el *Alkoran* de corrido, con lo que son considerados como sabios. Entonces se dedican á completar sus conocimientos acerca del texto sagrado, habiendo, según me han asegurado, eruditos que pueden recitar los versículos, comenzando por el último hasta llegar correlativamente al primero, alterando su orden, saltando los que llevan números pares ó impares, ó verificando otros prodigios de mnemotecnia que para nada sirven, pero que les hacen ser considerados entre sus compatriotas como elegidos del Todopoderoso.

El aspecto de una escuela es interesante. Imagínese al maestro sentado en el suelo con las piernas cruzadas, armado de una larga vara destinada á llamar al orden al estudiante distraído, y dando gritos espantosos ó salmodiando en tono de lúgubre lamentación el texto que pretende enseñar; rodeado de veinte ó treinta muchachos, dispuestos en círculo á su alre-

dedor y sentados también en el suelo con sus tablitas, en que está escrita la lección, en las manos, y repitiendo casi simultáneamente en la más completa discordancia los agudos gritos ó lúgubre salmodia del maestro, acompañando el canto con un violento balanceo del cuerpo de atrás á delante. Más de una vez me he detenido en la puerta de alguna escuela para curiosear el interior, y he permanecido, confieso mi indiscreción, largo rato contemplando el curioso cuadro, hasta que percatado el maestro de mi presencia, se ha levantado indignado, y violentamente me ha cerrado la puerta en las narices, lanzando sobre mi persona toda suerte de improperios y maldiciones.

Y es que los pequeñuelos árabes son deliciosos. Tienen, por lo general, una mirada dulce y reflexiva, y proceden con tanta gravedad, que contrastan sus actos con su aspecto de muñecos. Envueltos en chilabas de todos colores, casi siempre holgadas para sus cuerpecitos delicados, y completamente rapada la cabeza, salvo un mechón de pelo que dejan crecer caprichosamente á un lado del cráneo y anudan en trenza, parecen verdaderas marionetas animadas. No son alegres y bullangueros como los arrapiezos de Andalucía; antes al contrario, son taciturnos y callados, pudiendo asegurarse que nunca se oye á ninguno alborotar. A nosotros los infieles nos miran con marcado recelo, y se conoce perfectamente que nos odian. No obstante, tengo entre ellos un amigo que cada vez que me encuentra en la calle, detiene mi mula ó mi caballo, y me saluda cariñosamente. Le conocí en las cercanías del santuario de Sidi-Bel-Abbes. Algunos de los que me acompañaban se habían detenido en una tienda, y yo aguardaba tranquilamente á que hubieran terminado sus compras, cuando me fijé en un rapaz, como de ocho ó nueve años, que adosado á un poste, permanecía tranquilo y silencioso, envuelto en no se qué meditaciones que no le permitían sin duda dirigir ni una mirada á nuestro grupo, que debía, á mi modo de ver, llamarle necesariamente la atención. Los soldados que nos escoltaban le saludaban con marcada simpatía y grandes pruebas de res-

peto, tanto, que despertaron mi curiosidad y hube de preguntar que quién era.—Un Scheriff, me contestaron.—Entonces me acerqué á él é intenté dirigirle algunas palabras; el chico se mostró inquieto, pero apenas le hube obsequiado con una moneda de dos reales, cambió de actitud, y cogiendo mi mano, la llevó á su corazón, haciéndome otras singulares pruebas de simpatía. Desde entonces, siempre que me encuentra se aproxima á hablarme y á demostrarme su aprecio con gestos expresivos, llamándome al mismo tiempo, *Sheriff Pañol*. Ignoro si tendrá familia; siempre le encuentro solo, meditando gravemente, y sin preocuparse de nada de lo que le rodea, y al verle aislado, paréceme como si estuviera falto y necesitado de cariño.

Vecinos á la *Endarza* se encuentran los principales *fondaks*, posadas ú hosterías de Marrakesh, siendo los principales los llamados de Fez y Rabat, donde se alojan los forasteros y mercaderes que desde aquellas ciudades vienen á visitar la occidental capital del Imperio. Por lo que he visto, hay *fondaks* dedicados al comercio exclusivamente ó á los viajeros, y constan de un gran patio, casi siempre cuadrado, rodeado de una multitud de pequeñas estancias, que sólo reciben luz por la puerta y se alquilan por módico precio. Tales son las habitaciones donde se alojan los huéspedes. Las acémilas se recogen en el patio central. Algunos de estos establecimientos, como el ya citado fondak de Fez, tienen dos pisos, y vienen á ser una especie de bazar donde se congregan los mercaderes de tal ó cual ciudad para hacer sus ventas y contratos.

También por allí cerca se halla la mezquita del Muasin, una de las más veneradas de Marrakesh, vastísimo edificio, mandado construir, así como la fuente cercana, hacia el año 970 de la Hegira por el Sultán de los Sheriffes Saadies, Abu Mohammed Abdalá el Galeb. Se dice que el interior del templo es magnífico. Por fuera nada ofrece de particular; todo está rodeado de inmundas casuchas y tiendas miserables, y su puerta principal se abre sobre una callejuela excusada; no obstante, tiene un gran interés para nosotros, pues los postigos

de madera chapados de cobre que la cierran, es fama que proceden de Granada, de donde fueron traídos, así como los que se encuentran en *Bab-el-Djemmis* (Puerta del Jueves), por el famoso Yacub Almanzur. Un instante me detuve en ella para dirigir una ojeada al interior. Nada me llamó la atención en las inmensas naves desiertas, á no ser el *Mimbu* ó púlpito, curioso mueble de madera labrada, desde donde el Iman lee al pueblo los versículos del *Alkoran*. Es el único que hasta ahora he podido entrever.

Como no es prudente acercarse á las mezquitas, me alejé rápidamente para ver la fuente vecina, que llaman vulgarmente de los Tintoreros, por estar situada enmedio del barrio de los que á este oficio se dedican y usarla principalmente los del gremio. Sorprende desde luego al recorrer la ciudad, la gran cantidad de fuentes y algibes que á cada paso se encuentran, pudiéndose asegurar que la de los Tintoreros es, sin duda alguna, la mayor y más hermosa. No haría ciertamente mal papel en una capital europea. Tiene sus pretensiones arquitectónicas, por más que pertenece á un estilo exótico ó, por decirlo así, africano, que aunque conserva las líneas generales del arte árabe, tiene no sé qué de salvaje y bárbaro. Se compone de dos departamentos: un gran depósito cubierto por un techo que sostiene elegantes arcos de herradura, y una nave estrecha, en cuyo fondo se hallan los caños que conducen el agua, cerrada por un artesonado ricamente alicatado, y otros infinitos adornos de estuco y madera llenos de arabescos é inscripciones, todo pintarrajado de infinitos y caprichosos colorines.

Para regresar á Dar Muley Alí, hemos tenido que pasar precisamente por delante de la Universidad. Era la hora en que los estudiantes, terminados los estudios del día, salían á la calle. Todos llevaban en sus manos una llave de tamaño poco usual. Llamóme la atención tal objeto, y pude averiguar que como los *tolvas* ó estudiantes tienen que habitar dentro de la misma *Madriza*, al salir de ella llevaban consigo la llave de la estancia que ocupan. Gente alegre y campechana, los tolvas

formaban grupos que discutían con animación, y al llegar cerca de ellos, algunos se encararon con el Dr. Cerdeyra, mi compañero en tal expedición, y conmigo, acabando por rodearnos y hacernos toda clase de preguntas. Más bien con gestos que con palabras pudimos mantener un pequeño diálogo, logrando decirles que si uno de nosotros era *tebib,* médico, el otro era *alfaquí,* abogado; lo que nos pareció les agradaba en extremo; pero pronto hubimos de desengañarnos, pues todos sus agasajos se encaminaban tan solo á pedirnos dinero. Trabajo nos costó librarnos de la turba estudiantil, que nos asediaba con sus peticiones, lo que nos sorprendía tanto más, cuanto entre ellos se encontraban personas de edad respetable y hasta venerables ancianos, pues entre los musulmanes siempre se está en edad conveniente para adquirir mayores conocimientos y asistir á las escuelas.

Nos alejamos de aquellos lugares, metiéndonos por una multitud de callejas irregulares é imposibles. A poco de andar por la ciudad, está uno confundido sin saber dónde se encuentra, ni hacia donde orientarse; todas las calles son iguales y las construcciones idénticas; á lo mejor se sigue por una vía que, después de dar mil revueltas, á cual más caprichosas, ó no tiene salida, ó viene á desembocar en el mismo sitio de donde se salió. La misma calle se estrecha y ensancha de singular manera, y las avenidas de las casas, todas de aspecto miserable, aunque sean habitadas por altos dignatarios, están formadas por callejones tan estrechos y tortuosos, que con dificultad puede pasar por ellos un caballo. En todo esto se conoce el miedo á las frecuentes revoluciones y levantamientos populares, pues con cuatro ó seis hombres basta para hacer inatacables ó defender cualquiera de aquellos callejones. Por la misma causa, sin duda, casi todas las casas están guarnecidas de aspilleras, y suelen asemejarse á fortalezas.

Tras innumerables rodeos, desembocamos en *Djemma el Fenaa,* la plaza principal, donde siempre parece haber una feria permanente. Allí se dan cita los saltimbanquis y cantores am-

bulantes, los fascinadores de serpientes, los *aissauas* y *handuchas,* los juglares del Sus y otra infinidad de gentes que se ganan la vida divirtiendo á los desocupados habitantes de Marrakesh. Todo ello merece fijar la atención, y he de dedicar algunas expediciones á estudiarlo. Antes de entrar en la plaza, pasamos junto á una pequeña mezquita que llaman de *Alkatá,* edificio bastante bonito, situado enmedio de inmundas callejas, que tiene un pórtico de buena traza, y una linda torrecita, enana si se la compara con los minaretes de otros santuarios, pero preciosa si se atiende á los hermosos esmaltes azules y primorosos alicatados que la revisten. Ofrece este alminar, restaurado en su parte superior, la particularidad de presentar, entre otros motivos de decoración, varias flores de lis, lo que me hace pensar si acaso tomarían parte en su reconstrucción algunos de aquellos artífices españoles que á ruegos del Sultán Sidi-Mohammed ben Abdalá, enviara á Marruecos nuestro ilustre Carlos III, después de la famosa Embajada de D. Jorge Juan.

En el preciso momento en que entrábamos en *Djemma-el-Fenáa,* la plaza principal, como antes dije, circulaba por ella una extraña procesión que desde luego logró atraer nuestras miradas. Rodeado de numerosas personas de todas edades, algunas de las cuales llevaban grandes banderas y pendones de todos colores desplegados al viento, cabalgaba un individuo lujosamente ataviado, envuelto en un amplio *surham* blanco, del que pendían innumerables cintas y pañuelos de varios colores, formando un conjunto tan extravagante como caprichoso. El tal personaje—que tal le supusimos—montaba una hermosa mula que caminaba pacíficamente y sostenía en sus manos un gran cartelón cubierto de caracteres arábigos, que parecía leer con marcado interés y sin distraerse con nada de lo que le rodeaba. Al principio creímos que sería el Sultán de los *tolvas*, es decir, el rey de los estudiantes, pues precisamente entre los últimos y los primeros días del año musulmán, los jóvenes de las Universidades del Imperio acostum-

bran á designar á uno de ellos para que desempeñe el cargo de soberano, y esta práctica está tan arraigada, que el mismo Emir al Mumenin visita al sultán improvisado, que manda y gobierna en la ciudad á su antojo y capricho durante los tres días que dura su efímero reinado. Establece su corte en un campamento vecino á las murallas de la ciudad, y allí sus súbditos se entregan al placer y á la alegría, hasta que, llegando las solemnidades de la *Pascua de Ashura*, todo vuelve á su primitivo estado. Según me aseguran, ningún buen musulmán pone en duda el omnímodo poder de que disfruta durante los tres días de su reinado el sultán de los tolvas, y más de un joven ha comprado los votos de sus compañeros que habían de elevarle á tal dignidad para poder libertar á su padre ó hermano, prisionero en alguna de las fortalezas del Imperio.

Pero no se trataba del rey de los estudiantes. Aunque estamos en vísperas de la *Pascua de Ashura*, una de las cuatro grandes fiestas de la religión mahometana, que debe celebrarse pasado mañana, y que corresponde á nuestra solemnidad de Año Nuevo y carnaval, el reinado del *Sultán de los tolvas* había terminado antes de llegar nosotros á Marrakesh, y la procesión que nos sorprendía se reducía únicamente al triunfo de un joven musulmán que, habiendo terminado sus estudios en la Universidad, inauguraba su título de *alfaquí* de tan lucida y elegante manera, acompañado por sus amigos, que le festejaban con músicas, pues en el cortejo no faltaban robustos morazos que, con sus carrillos hinchados, soplaban en sendas *chirimías*, arrancando del instrumento lamentables y desentonados sonidos, mientras que otros tantos jóvenes del séquito marcaban el ritmo en sus correspondientes *tamboriles*, armando un estrépito quizás muy grato á oídos musulmanes, pero altamente lastimoso para nosotros los europeos, incapaces de apreciar las delicadezas de la música árabe.

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará).

EPISTOLA

AL MARQUÉS DE JEREZ DE LOS CABALLEROS

CON MOTIVO DE HABÉRME REGALADO UNOS LIBROS ANTIGUOS EDITADOS POR ÉL.

Desde la verde y solitaria orilla
Que baña con sus aguas rumoroso
El pobre Cubia que al Nalón se humilla;
Desde la falda de este monte hojoso
Donde tranquilo paso mi existencia
Sin sentirme envidiado ni envidioso;
Ajeno á los olvidos de la ausencia,
La pluma tomo, y con nerviosa mano
A su epístola doy correspondencia.
Bien quisiera tener el soberano
Ingenio con que luce entre primores
De rico estilo su saber galano.
Mas negóme Minerva sus favores,
Y en el jardín de Apolo, mi torpeza,
Espinas suele hallar en vez de flores.
Por eso en prosa llana, á su largueza,
He de dar testimonio agradecido,
Celebrando á la par que su fineza,
Su buen gusto y su empeño decidido
En sacar á la luz de nuevo día
Lo que cayera en censurable olvido.
¡Bien haya esa labor! Con alegría

Por ella puedo solazarme ufano
Con tan rica y variada poesía,
Con tantas obras del saber hispano,
Que yacían por todos olvidadas
Menos por el ilustre sevillano.
Cada siglo es distinto. En las pasadas
Edades para demostrar el brío
Del corazón, brillaban las espadas
En cien combates con furor impío,
Desafiando el rigor de la faena,
Se luchaba con ímpetu bravío
Hasta morir en la candente arena,
O alcanzar el laurel de la victoria
Que á todos entusiasma y enajena.
De esos hechos heroicos, nuestra historia
Guarda un caudal, pero ninguno pudo
Herir mi corazón y mi memoria
Como aquel de Guzmán, el linajudo,
Que allá en Tarifa, al responder al moro,
Lealtad y valor fueron su escudo.
No envidio aquellos tiempos, ni deploro
Que consigne estos hechos animosa
La historia de mi patria en libros de oro;
¡Pero soy de otra edad! Hoy más hermosa
Se presenta la lucha por la vida,
Más humana también y más grandiosa.
Ya Marte á batallar no nos convida;
Otros dioses presiden la existencia
De nuestra pobre humanidad rendida,
Que empieza á despertar de su demencia.
Los grandes vuelos de la industria; el arte;
Los profundos arcanos de la ciencia;
La virtud que nos sirve de baluarte...
Esos los dioses son en quien creemos
¡Ya no adoramos al sañudo Marte!

El valor y la fe que demostremos
En la labor pacífica y honrada
Podrán darnos el bien que apetecemos.
No el duro peto y la brillante espada,
Ni la cota de acero damasquino,
Ni el reluciente casco con celada,
Ha menester el pobre peregrino
Que fía en el trabajo silencioso
El llegar al final de su camino.
Usted, amigo mío, que afanoso
Sigue el impulso de su tiempo, puede
Dar á todos ejemplo provechoso.
A muchos nobles en nobleza excede,
Pues la sangre que corre presurosa
Por sus arterias, de Guzmán procede;
Y á luchar nos invita, y nunca ociosa
Su vida en mil quehaceres se recrea
Del propio bien y del ajeno ansiosa.
¡Ya sus esfuerzos en la industria emplea;
Ya en las obras del arte soberano;
Ya en la región sublime de la idea!..
¡Por eso agora al solazarme ufano
Con tan rica y variada poesía,
Con tantas obras del saber hispano
Con que regala la pobreza mía,
Recuerdo con placer, agradecido,
El ingenio, el valor y la hidalguía
Del hijo de Sevilla esclarecido!

VEGA DE ANZO.

Santa Julita (Asturias), 1900.

UN ARTICULO INÉDITO DE CAMPOAMOR

Hace algún tiempo, á propósito del torneo literario sostenido en esta misma Revista entre Campoamor y Valera acerca de «La Metafísica y la poesía», hablábamos con el ilustre poeta de sus polémicas, primero con la democracia, después con los marinos,—á los que llamó *pescadores de ostras*, dando esta frase lugar á un duelo entre Topete y el autor de los *Pequeños poemas*, duelo en que el Almirante quedó mal herido,—y más tarde con los krausistas.

—Por cierto—nos dijo—que de tal modo se enfadaron los krausistas con mis burlas, que el director del periódico en que se publicaban creyó prudente concluir la polémica, y ahí está inédito el último artículo que escribí.

Sacó un legajo de un cajón y nos lo entregó, diciendo:

—Toma, Lazarito, y cuando yo me muera, que ya será pronto, lo publicas.

El legajo contenía: un artículo de D. Francisco de P. Canalejas, una carta inédita de D. Juan Sieiro, y la respuesta, también inédita, de Campoamor, escrita en cuarenta cuartillas de su puño y letra.

A continuación transcribimos estos preciosos documentos:

EL PANENTHEISMO

Sr. D. Ramón de Campoamor.

Mi muy querido amigo: Hace muchos años, allá por los de 1856 y 57, arremetió usted con brío y pujanza á la democracia, y en honra de mis convicciones me atreví á salir y á pelear. Hoy la acometida es no menos briosa á la filosofía racionalista, y por la misma razón, y (lo confieso) con el deseo de refrescar el espíritu recordando los juveniles empeños en que nos colocaban sus amistosas y benévolas réplicas, acudo

también. Me propongo convencer á usted de que va más allá de lo justo al escribir la elocuentísima invectiva que se lee en las lozanas y rientes páginas con que encabeza las *Dudas y tristezas* de nuestro amigo Revilla.

«Yo no he censurado con acrimonía, que toca ya en mofa, á las escuelas racionalistas; antes al contrario, con alabanza recuerdo á Fichte, á Schelling y á Hegel, y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios»—me replicará usted desde el primer punto.—Así es el hecho; pero es el caso que no caben aquella indulgencia y esta severidad, y una ú otra huelga en el juicio de usted.

Si Krause y sus sectarios merecen los duros calificativos que se escapan hirviendo de la acerada pluma de usted, con mayor razón deben caer sobre Schelling y Hegel, reos de mayores delitos, según el Código que da usted por vigente; y de otro lado, al aconsejar al joven poeta, de tal manera traza y sombrea usted el cuadro de la ciencia, y tan esplendente es el del arte que le opone, que resultan de uno y otro boceto cargos y censuras contra la ciencia, que permiten y aun reclaman rectificación y rectificaciones.

Yo, á mi vez, no intento sacar á salvo de esta vehementísima impugnación todos y cada uno de los principios, teorías, postulados y consecuencias de la escuela krausista. Por fortuna ó por desgracia, no tengo hace muchos años otro maestro que el pensamiento general humano, estudiado libérrimamente por mi razón, y no me avengo á la disciplina de ninguna escuela, confesión ó secta, ni apetezco tampoco que nadie siga ó se encariñe con mis pensamientos. Pensar es tarea individual, y sólo el propio pensamiento mata el hambre de la inteligencia.

Pero en la escuela krausista me eduqué, y tuve por dicha un maestro, cuya memoria venero, y no quiero que pase, sin desagraviar su respetable nombre, la airada página que usted escribe, y que cae sobre la noble figura del que trajo á España y difundió entre nosotros las doctrinas de Krause.

Recordemos también que entre los discípulos del ilustre D. Julián Sanz del Río se han declarado tendencias diversas y encontradas.—No hay ya escuela.—Van unos á un theismo racional y cristiano, propenden otros á un positivismo comedido y circunspecto; retroceden algunos, aguijoneados por la duda, á la crítica de la razón pura de Kant, tomando puerto y sagrado en ella, y esta diversidad de direcciones es muy propia del solícito afán con que el Dr. Sanz del Río procuraba despertar en toda inteligencia el sello característico, original é individualísimo que acompaña al hombre.

Yo entiendo que la dirección que mejor cuadra al krausismo es la que representa el Barón Leonhardi en Alemania; opino que esa dirección religiosa y racionalista es pura, verdadera é hija legítima de la edad presente, y miro las reacciones kantistas como miro todas las reacciones, y los embelesamientos positivistas, como rasgo fugaz, hijo de rápidos meteoros, que el griterío de las aulas, no una causa real, ha hecho brillar en nuestros horizontes.

Sanz del Río tuvo principalmente en cuenta este carácter theista y religioso de la doctrina krausista para propagarlo en España. Si la doctrina se hubiera limitado á una reproducción kantiana ó un ensayo hegeliano, muy seguro estoy de que no hubiera atraído á aquella vigorosa inteligencia; y si, por desgracia, Sanz del Rio hubiera sido crítico ó escéptico, no hubiera enseñado que, por ley lógica y moral, no se puede enseñar el escepticismo; y si no se puede, claro es que no debe enseñarse.—Queda el alardear de escépticos, para mozuelos que lloran las primeras dificultades de las aulas, ó los primeros desengaños de vanidades eróticas. El pensador serio y de conciencia no enseña negaciones.—Kant aplicaba su magisterio á difundir las verdades afirmadas y reconocidas en su crítica de la razón práctica.—El escéptico varonil, ó el que, sin llegar al abismo se ve macerado y afligido por dudas y tristezas, sale por momentos del campo de la ciencia, y, como Revilla, va al de la poesía á llorar ó á reir sus dolores y placeres, á pintar

con enérgico é íntimo *verbo* el estado de su alma, á reflejar su triste, audaz, calenturienta ó desesperada personalidad.

Sea usted justo. Reconozca y confiese en Sanz del Río al varón piadoso, recto, animado del afán de lo divino, de la amplitud y serenidad de criterios que resplandecen en su *Ideal de la humanidad*, en su discurso de apertura de 1857, y en las notas y ampliaciones de su traducción al compendio de Weber. Repase un sencillo prospecto que escribió en 1857 sobre el racionalismo armónico, que yo publiqué en mis estudios, y estoy muy seguro de que quedará usted prendado del cuadro y del pintor.

No llevo con paciencia la desatención y la injuria al ilustre profesor, y es á todas luces injusto lo que sobre su capacidad y merecimientos se ha escrito por sus detractores. Enamorado de la ciencia como nadie, indulgente y tolerante con las opiniones ajenas como no se ha visto ejemplar en España, en que corre por nuestras venas sangre muslímica oxigenada por la Inquisición; severo y metódico en el raciocinio, como el matemático más cumplido; vigoroso en el examen psicológico de manera que comparados con él, parecen discreteos mujeriegos las observaciones de las escuelas escocesa y parisiense; analítico, con una proligidad fecunda que no había visto antes ni he vuelto á ver después, abundante en intuiciones, original y conocedor por larga meditación de los afanes de la filosofía novísima, Sanz del Río es superior á todos los filósofos españoles y franceses de este siglo, y marcha á la par de Rosmini y Gioberti, los grandes pensadores de la Italia.

No peca el juicio por encomiástico. El paralelo, si lo formamos, agrandará aún más la noble figura de Sanz del Río, que no tiene hoy coronas literarias y monumentos, porque en España no cuidamos de semejantes cosas, preocupados todos con el afán de rebajar y ennegrecer á los demás.

—¡Es que escribía mal!—He aquí la acusación; la única, la mil veces repetida en verso y prosa, en discursos académicos y en gacetillas. ¡Escribía mal! ¡Oh! ¿Quién no escribe mal?

Pero en mano «El Ideal de la Humanidad» y la «Oración inaugural», se puede, sin cuidado ni temor, retar á que escriban mejor sobre aquellos temas los más ó todos los que censuraron á Sanz del Río.—Pero la *Analítica* es obscura... Sí lo es y nace esa obscuridad de que la *Analítica* no era un libro preparado para la estampa, era un programa de estudios para decorarlo y esclarecerlo con explicaciones orales. Era un mero resumen que guiaba la indagación. Los reiterados y enojosos ruegos de sus discípulos (y de ellos me acuso), instancias de amigos que hubieran sido impertinentes si el propósito no los disculpara, vencieron la natural repugnancia de Sanz del Río, que autorizó aquella publicación hecha en una Revista y coleccionada después. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber contribuído con mis quejas y mis clamores á la publicación de la *Analítica!* ¡Cuántas veces he recordado que conocía los tiempos y los gustos el ilustre maestro al resistir la impresión de un itinerario lógico, desnudo y árido, como una sucesión de problemas algebráicos, y que caía en el seno de una sociedad ávida de luz, de colores y de atrevimientos fraseológicos!

He ahí la base de la acusación. ¿Es bastante? Yo apelo á su conciencia de usted y me someto al fallo.

Es que ha formado escuela, se dice, en esto de escribir obscuro y enigmáticamente. No hay en esto escuela. El que escribe mal, es porque no es escritor; y el que escribe con obscuridad es porque no sabe escribir clara, correcta y gallardamente. No es justo que carguen sobre Krause ó Sanz del Río las culpas de los que no manejamos la hermosa lengua de Castilla con la tersura y propiedad que es de desear en todo escrito. ¿Qué responsabilidad cabe al maestro de la insuficiencia ó escasas dotes literarias de los discípulos y admiradores?—No soy de los que creen que la lengua castellana es deficiente para los estudios filosóficos; creo tan sólo que es muy difícil dominarla y poseerla, y el propósito exige largos y pacientes afanes literarios y filológicos. Tampoco creo que la ciencia exija un lenguaje obscuro y plagado de neologismos. La precisión y la pro-

piedad no andan reñidas con la claridad y las leyes gramaticales; creo tan sólo que el manejar el estilo didáctico requiere un profundo conocimiento del idioma.

Descartemos, como se descartan de toda discusión grave, estas trivialidades, y no discutamos si los krausistas escriben mejor ó peor y hablan culterana ó escolásticamente. — Si es cierto, lo que cumple es corregirlos, demostrando que lo que dicen en aljamiado puede decirse en romance castizo y correcto.

¿Qué capítulos comprende la enérgica y apasionada acusación de usted? Uno muy principal campea á vueltas de muchas ingeniosidades que lo abrillantan, pero no lo razonan. Dejo á un lado lo de la leguminosa, porque el chiste no tiene otra gracia que la irreverencia científica, y llego á lo del *panentheismo,* que es sin duda lo que rompió los diques de su abundancia, desatándola en torrentes de calificativos y epifonemas, que llenan la parte más doctoral del escrito que tengo á la vista.

Es comenzar por lo último y hacer cuestión de lo accidental, del nombre dado á la cosa. —¿No es feliz el nombre? ¿Es de mala formación? Sea; abandonemos el nombre y pensemos en la cosa que con él se designa ó pretende explicar, y se encuentra usted frente á frente del problema más pavoroso que entraña toda teología racional: aborda usted el problema de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre.

Concedo que Krause se inspira históricamente en Schelling, y, por tanto, usted me concederá que sigue la oleada del pensamiento moderno que levanta Fichte, y mira las cuestiones como aparecían planteadas en aquellos inolvidables decenios de nuestro siglo que no tienen semejante ni parecido, sino en los que ilustraron Sócrates, Platón y Aristóteles. La inspiración panteista, con estas ó aquellas atenuaciones, domina en las escuelas que se originan de Schelling; pero, en cambio, un deismo dualista, aristotélico, dominaba en todas las escuelas que seguían rumbos distintos y encontrados.

Usted lo sabe; la ciencia es unidad, y nada queda fuera del sistema ó del delicado y finísimo engranaje que relaciona la índole y la vida de todo lo que es y de cuanto existe. No va Dios fuera y lejos del mundo, en un eterno ensimismamiento en que lo inteligible y lo conocido se reproducen ó se iluminan en el punto en que se concentra lo posible de un futuro eterno. No rueda Dios tampoco en la palpitación dinámica que inflama la vesícula germinativa que inicia el ascendimiento de la materia. ¡Ni panteismo ni dualismo!—exclamaba en 1820 la conciencia humana—y ese grito resuena en la conciencia de usted, como lo escucho día y noche en el seno de mi conciencia.

Acometió Krause el problema, y el esfuerzo fue gigantesco, memorable, en tanto exista el pensamiento humano.

No lo resolvió—me replicará usted.—Entendámonos, mi querido amigo, y de paso rectifiquemos juicios y consejos que leo en su embelesador escrito.

La ciencia, de la cual procura alejar á nuestro querido Revilla, no es á los ojos de usted más que algo frío y escueto, semejante á una tabla de logaritmos. No quiero que nos disputemos el alma de Revilla, porque ha elegido usted ya el papel de Alice y no gusto del de Bertram; pero no es eso la ciencia. Todas las facultades, todas las propiedades del espíritu, todas las cualidades y modos del sér y las variedades de la existencia, están en la ciencia como en rico panorama, inagotable por su fecundidad, infinito por su asunto, y escruta el filósofo lo consciente y lo que pasa y es en el mundo en que no vive, ó apenas se vislumbra la conciencia, y teje relaciones maravillosas entre los dinamismos que concretan la cristalización mineral, ó las sedas, terciopelos y blondas de la flora, con las sacudidas eléctricas del Océano y de la atmósfera; de la misma manera que sigue el sordo crecimiento de la pasión, ó mira extenderse las últimas y tenues ramificaciones del razonamiento que arraigan allá en lo infinito.

No es la ciencia la *crítica de la razón pura,* ni un mero tratado de lógica subjetiva sujeta á la voluntariedad de un es-

píritu vagabundo. *Rerum humanorum et divinarumque cognitio*, decía hace siglos un sabio y santo filósofo español, definiendo la filosofía y el conocimiento de lo divino, es ardua é inacabable empresa.—¿Cree usted que, á manera de resolución de un problema geométrico ó algorítmico, opinan los krausistas que en su doctrina está el alfa y la omega, el último término y la declaración última é inalterable de la verdad?—¿Cree usted que nadie imagina entre los krausistas que Krause escribió la última palabra de la ciencia, y que sólo nos cumple leer y respetar la Biblia filosófica que cayó de sus manos? Ningún filósofo piensa así, y mucho menos un filósofo krausista, que sabe que el libro está en la realidad de Dios, del espíritu y del mundo, y que ese libro se hojea y se consigue volver una página al cabo de largas edades, y son infinitas las que la verdad de Dios escribió en él.

No sé si Krause acertó en absoluto, ni lo que en lo futuro se dirá del pensamiento de Krause. No importa por el momento el tema. Lo que importa es descubrir en la ciencia contemporánea algo más razonado y cierto que lo señalado por Krause, como fin y objeto de la ciencia, en la grave cuestión teológica de que tratamos.

El nervio de la cuestión estriba en resolver en un examen comparativo, de sistemas y doctrinas, si la tendencia y el rumbo señalado por Krause á la filosofía era seguro y racional, ó si, por el contrario, debíamos dejarnos ir por las corrientes del panteismo ó detenernos confusos y perplejos ante la dualidad. No por las palabras, no por enseñanzas concretas ó por rasgos parciales de psicología ó de lógica se juzgan los sistemas ó las escuelas, sino por los métodos generales, por la tendencia y finalidad que señalan á la vida y á la ciencia, por los derroteros que recomiendan y por las exploraciones que inician en el campo del saber. La armonía de todo, causada por la unidad que abarca todas las oposiciones, y el estudio y demostración del vínculo interno que enlaza y relaciona lo vario, impidiendo que traspase la resultante de las fuerzas de unidad y varie-

dad que actúan en todo lo que es, son cánones que no olvidará ya la ciencia, y á Krause se deben.

Es un caso de filosofía comparada, y crea usted que el procedimiento que imaginó Mr. de Gerando no es menos fecundo para la teología que para las lenguas y las literaturas.

El empeño de recordar verdades cristianas, enseñanzas de San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Anselmo, etc., etcétera, y las mejores y más puras doctrinas del *realismo* teológicas para esclarecer cómo *en Dios nos movemos, vivimos y somos,* y en su *esencia están todas las cosas*, no merecía los durísimos calificativos que usted estampa, mi querido amigo, en un momento de pasión política quizá, y, por tanto, en un momento desgraciado.

Krause... ó si usted quiere, dejemos á Krause para considerar esta verdad de que *en Dios somos* y en su esencia están todas las cosas, verdad admirable y profunda, debida, como cuantas abarca la teología racionalista, á la inspiración del cristianismo. Bien sabe Dios, y usted también, que no por habilidad retórica, ni para impresionar á usted, recuerdo esas armonías cristianas, sino porque son las intuiciones que iluminan la teología del racionalismo armónico. Siempre se ha reconocido así por los krausistas, y lo expusieron en cuantas ocasiones hubo empeño en tildarlos de panteistas. Recuerde usted una muy reñida controversia (hace ya doce años) sostenida por nuestro elocuentísimo y hábil polemista Moreno Nieto (cuya ciencia y cuya palabra crecen con los años con vigor admirable), y ya entonces se señalaba este tema al estudio y á la atención de los contradictores rectos y bien intencionados.

Resulta que no se tienen por panteistas; antes bien, rechazan el dictado; resulta que, huyendo del dualismo buscan en el *In Deo sumus* del cristianismo la luz y la inspiración para conocer el lazo, el vínculo, la relación que une á Dios, al hombre y al mundo, para poder mostrar á la razón, la Providencia y la personalidad del Sér Supremo.

Yo defiendo esta tendencia; mas, la creo felicísima, salva-

dora, en las crisis actuales de la razón religiosa, en los tristes días que corren para el sentimiento religioso; la creo superior á las tentativas teológicas de Schelling y de Hegel, aun comprendiendo los novísimos ensayos del ilustre Vera; la juzgo potentísima, contra escépticos y neo-kantistas, y por ella estoy muy dispuesto á discutir con usted, sin que me pare el bellísimo alarde de juventud, brillo y lozanía que circula por las ingeniosas frases de su aplaudido escrito.

Lleve usted entendido que no digo más ni menos que lo escrito.—«Yo defiendo esa tendencia.... sigo esa inspiración general.»—Ahora, como siempre, reivindico la libertad de mi razón para corregir y enmendar (quizá desluciendo y empeorando el pensamiento de la escuela) lo que no se ajuste á la misma tendencia y á la misma inspiración.

¿Le sorprende á usted la doctrina de que lo inteligible no es otra cosa que la verdad, y la verdad no es más que el sér? ¿Le extraña á usted que se diga que los universales, los géneros, las especies, son grados de perfección que están en Dios y son Dios mismo, mostrándose en su infinita verdad, y que al considerar lo universal, lo necesario é inmutable, consideramos inmediatamente al Sér Supremo? ¿Por qué esa excitación nerviosa contra la afirmación krausista, consistente en repetir: «Veo en Dios todas las cosas, y porque son en Dios las conozco?»

Dios es verdaderamente en sí todo lo que hay de real y positivo en los espíritus, todo lo que hay de real y positivo en los cuerpos, todo lo que hay de real y positivo en las esencias de todas las criaturas posibles, y de las cuales no tenemos idea precisa.—Es de tal manera el sér todo, que en él está el sér de cada una de sus criaturas separando el límite que las restringe.—Dios es el sér, no limitado por ninguna especie: ni es espíritu ni cuerpo, ni cuerpo ni espíritu....

No continúo; estas frases de pronunciado sabor krausista le molestan á usted sin duda, y no quiero causarle, ni hoy ni nunca, la menor molestia.—Pero sí advierto que no son de

Krause ni de ninguno de sus discípulos, sino de un sabio, elocuentísimo y venerado escritor católico, apostólico y romano. —¿Le parecen á usted ya mejor? ¿No saben ya á *panentheismo?* Pues dudo mucho, mi querido amigo, encuentre usted en los krausistas enseñanzas más claras y precisas, respecto á ser las cosas en Dios, que en esas atrevidas conclusiones del doctor católico, á quien copiaba.

Desechemos, mi buen amigo, preocupaciones, y venzamos antipatías á nombres y á cosas, que en estudios, ni lo uno, ni lo otro tienen entrada.—Libertad, simpática y respetuosa atención para las doctrinas, exige la ciencia; eterna juventud en el alma, es lo que pide el estudio de la filosofía; y la juventud es amor, benevolencia, entusiasmo, glorificación espontánea que sube ardiente y abrasadora del corazón, para todo lo bueno, lo verdadero y lo bello.—¿Cómo usted, que contra la edad, y á pesar de los años, ha conseguido perpetuar en su alma la frescura y lozanía de la juventud, por haber conservado vivo el sentimiento, y pronto el amor, incurre en el estravío hipocondriaco de pintar la ciencia de modo que espanta, y de retocar el cuadro del arte con colorines anacreónticos, para seducir á Revilla?—¡Religión, ciencia, arte, no son cosas opuestas y encontradas!... pero me canso y temo cansar á usted prosiguiendo mi carta.

Discutiremos, si lo cree usted oportuno. Dispuesto estoy á dar de mano á mis estudios platónicos para discurrir sobre la teología del krausismo. Usted decidirá. Lo indiscutible para usted y para mí es la cariñosa amistad que nos hermana hace años, y en testimonio de la que le besa la mano F. DE P. CANALEJAS.

*
* *

4 de Agosto de 1875.

Sr. D. Ramón de Campoamor.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Empiezo suplicándole dispense mi inoportunidad y salida de última hora.

Siento verdadera angustia el que hayan dejado sin contestarle el punto interesante de su polémica. No parece sino que la temen, ó la rehuyen; ó tal vez, y esto es lo más probable, no se dignen bajar á contender con usted sobre simples *argucias escolásticas*.

Dice usted: ¿La esencia es una ó varia? Si es es una, si hay una sola esencia, Panteísmo. Si hay varias, Dualismo. Es una y varia, entonces el sí y el no es posible; lo contradictorio es lo verdadero.

El dilema seduce por el momento; pero vamos á cuentas. Primeramente, y ante todo, esta no es cuestión que usted debía proponer á los krausistas, para probarles que son panteístas.—¿Y por qué, me dirá usted?—Pues es muy sencillo: porque la frase de usted es precisamente lo que aquí está en cuestión, no la cuestión que usted debía proponer.—No lo entiendo, me repetirá usted.—Pues es muy sencillo, repito yo.—Veamos. Quién duda que lo que aquí se cuestiona es lo siguente: «¿Cómo siendo la esencia una es también varia? ¿Cómo la resuelve Krause? ¿No la resuelve sin caer en el Panteísmo? Santo y bueno. ¿No la resuelve sin caer en el Dualismo? Conforme. ¿No la resuelve de ningún modo? También conforme. Pero asustar y levantar polvareda, porque se les hace una pregunta, amenazarles con un dilema, presentarse delante de ellos, cual la aterradora esfinge, diciéndoles: ¿Qué contestais? ¿Decís sí, ó no? Si decís sí, sois panteístas. Si decís no, sois dualistas. Si decís sí y no, decís el absurdo, estáis locos.» Pero vamos á cuentas, señor de Campoamor. ¿No advierte usted que con igual derecho podrían ellos hacerle á usted la misma pregunta? ¿Qué contestaría entonces usted? ¿No contestaría que se le quería sorprender con preguntas capciosas, á manera de oráculos sibilinos? ¿No ve usted, repito, que esa es la cuestión que aquí se debate, ese el problema que aquí se discute, ese el eterno enigma que viene atormentando y seguirá siempre atormentando la inteligencia humana? Krause, por lo visto, ha intentado resolverlo, y no lo ha conseguido..... ¿Y porque

haya tenido semejante pretensión ha incurrido en algún delito de lesa majestad? ¿No es más bien laudable su propósito? Pero no que no, es preciso que quieras ó no quieras sea panteísta, y el pobrecillo tiene que cargar con el San Benito.

Dice el P. Ceferino González, autoridad nada sospechosa en este punto, pág. 16, tomo II: «Cuando referimos este concepto (el corriente) á Dios, diciendo que es el sér puro y universal, queremos significar, no solamente que este sér no es una abstracción del entendimiento, sino principalmente que *encierra en sí toda la realidad,* y por consiguiente *todo el sér* real, positivo y *concreto*, que excluye por lo mismo *todo no sér.*» Sin pasión, amigo mío, ¿qué diría usted si estas palabras las viera en un krausista? Fíjese usted bien en las frases *toda la realidad*, *todo sér concreto*, *todo no sér*, y confiese francamente si es posible decir más en sentido panteísta. Si un krausista dijera otro tanto, entonces ya estaba convicto y confeso.

Balmes dice en su *Filosofía fundamental,* libro 8.°, página 47: «El sér infinito no tiene *ninguna negación de sér.*» Es una verdad incontestable.

¿Qué más? El Catecismo de la doctrina cristiana, por el P. Astete, dice: «Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia.» Por esencia, calcule usted. Tal vez me conteste..... y ¿qué me cuenta á mí con ese relato? Si esos señores son panteístas no por eso deja de serlo Krause. Falta ajena no excusa la propia. Convenido. Pero entonces, ¿á qué poner tanto el grito en el cielo con los filósofos krausistas?

Pero todavía quiero entrar más á fondo en la cuestión, poniendo, como suele decirse, el dedo en la llaga. Es que los krausistas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico. Pues se equivoca usted muy mucho, si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios; pero no la creación de la nada. ¿Duda usted? Pues consulte la obra de Teología del jesuíta Perrone, página 42, y se convencerá de lo que digo. Y esto es lo verdadero,

lo doctrinal, lo suficiente..... El mundo tiene su causa en Dios; pero de qué modo, ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo.

Después de todo, me dirá usted, y con razón: Nada me dice usted sobre la pregunta que con tanto afán deseaba ver contestada. Pues ahí va mi pobre parecer: Si se atiende á la intención que en sí envuelve su pregunta, entonces el problema es, y será siempre, insoluble. Pero si nos atenemos al rigor de las palabras que usted formula, entonces la contestación es muy sencilla, y me admira que nadie sobre el particular le haya dicho nada. Veamos: ¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿Lo duda usted? Imposible. Lo dicta así la razón, y así lo han confesado todas las metafísicas habidas y por haber. Es imposible que la esencia no sea una. ¿La esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Es, igualmente, un principio evidente, evidentísimo. ¿Duda usted de sí mismo? Creo que no. ¿Duda usted de que tiene una esencia propia suya, insustituíble por ninguna otra? Creo que no. Pues basta. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro. Tal vez le parezca á usted un juego de palabras. Tal vez sea así; pero, entonces, confiese conmigo que toda la metafísica es una pura logomaquia. Y volvamos otra vez á la *intención*..... Pero, señor, ¿y cómo se explica que una cosa sea y no sea? ¿Usted lo sabe? Pues yo tampoco, y quedamos iguales usted y yo, y creo que también Krause. Pues, entonces, ¿qué género de explicación es la que me ofrecía.....? ¡Ah, la explicación.....! La explicación es sencillísima. Fíjese usted bien en la palabra *símil* del principio de contradicción, y comprenderá fácilmente mi explicación.

Por lo demás, termino rogándole que, por ningún concepto dé publicidad á mi escrito, y sobre todo *á mi persona,* no tanto por temor á los tiempos que atravesamos, cuanto porque mi nombre es muy pequeño, y, sobre todo, muy pobre mi capacidad para poder continuar contestándole. No obstante, si tiene á bien dirigirme cuatro frases, las leerá con sumo

gusto el que aprovecha esta ocasión para ofrecerse á sus órdenes, atento y S. S. Q. L. B. L. M.—JUAN SIEIRO.

***

Sr. D. Juan Sieiro:

Muy señor mío y de mi mayor respeto:

I

He leído su carta de un solo aliento, creyendo que me contestaba usted satisfactoriamente á la pregunta de cómo la ciencia krausista es *una* y *varia* al mismo tiempo; ó, en otros términos, ¿«cómo la esencia une al espíritu y á la materia en ese espacio que en el schema del sér tiene la figura de una *lenteja*? ¿Están unidos por intu-suscepción? Panteismo. ¿Lo están por yusta-posición? Dualismo.

Pero ¡ay! á pesar de que usted es un escritor que no se digna usar jamás ninguno de esos barbarismos gramaticales que constituyen el fondo del caló krausista, tengo el sentimiento de decirle que, entendiendo perfectamente su lenguaje, que es sencillo, preciso y transparente, por regla general no entiendo sus ideas, que, como hijas de un sistema híbrido, son ó incoloras ó ladeadas ó contradictorias.

Y á propósito de otras obras y de otros autores, hace usted bien en empezar por contestarse á sí mismo—«que, falta ajena, no excusa la propia».—Las razones de *mas-es-ella* que el krausismo suele buscar, particularmente en los místicos, confundiendo el panteismo de sentimiento con el panteismo de idea, no son admisibles en una discusión leal.

Aquí de lo que se trata y lo que yo sostengo es que el krausismo está fundado principalmente en dos *imposibilidades metafísicas*, que son las siguientes:

1.ª ¿Cómo la materia eterna é increada es nada ante el Sér increado y eterno, que lo es todo?

2.ª ¿De qué manera la esencia *panentheista* es *una* y *varia* al mismo tiempo?

Con respecto á la primera cuestión dice usted:—«Es que los krausistas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico.» Pues se equivoca usted muy mucho si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios; pero no la creación de la nada..... Esto es lo verdadero, lo doctrinal, lo suficiente..... El mundo tiene su causa en Dios; pero de qué modo ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo.

No quiero discutir si es ó no ortodoxa esa doctrina; pero debo decirle que supuesta la Omnipotencia, no se opone á las leyes lógicas del pensamiento que Dios saque el mundo de la nada.

—«Pero es que, añade usted, el modo ni cómo ha sido creado nadie lo sabe ni es posible saberlo.»

Eso es claro. Nunca se sabrá el modo de creación, como nunca se llegará á saber qué clase de atracción bisexual se desarrolla con la presencia de un ácido y una base. Nosotros ignoramos é ignoraremos siempre el *quid incognitum* de las cosas; pero sabremos eternamente la verdad metafísica de que es imposible todo lo que es contradictorio y de que *una cosa no puede ser y dejar de ser á un tiempo mismo.*

Dada la omnipotencia de Dios, aunque ignoremos el modo, siempre podremos concebir que haya sacado el mundo de la nada. Pero lo que nunca podrá concebir ningún entendimiento humano, que no sea krausista, es como en el sistema armónico, en el cual Dios lo es todo, y fuera del cual nada puede ser ni nada se puede pensar, pueda existir una materia tan eterna como Dios y tan increada como Dios, y que, sin embargo, no sea *absoluta* como él, ni ejerza ninguna *limitación* en él. ¿Cómo ante este Dios, que lo es todo, existe una materia que no es nada, á pesar de ser tan eterna como él y tan increada como él?

Y aquí vuelvo á mi argumento:

Siendo la materia *coesencial*, ó lo que es lo mismo, *consustancial* con Dios, el krausismo no sólo es un *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Y, por el contrario, si la materia es increada y eterna como Dios, pero *diferente* de Dios, entonces el krausismo es un *dualismo materialista*. De cualquier modo que se considere la materia con relación á Dios, el sistema es *panteista* ó *dualista*, pero nunca *panentheista*.

Lo repito:

Esa materia increada como Dios y eterna como Dios, ¿es esencial, ó lo que es lo mismo, es consustancial con él? Pues entonces esto no sólo es *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Esa materia increada como Dios y coesencial con Dios, ¿es *diferente* de Dios? Pues entonces esto no sólo es dualismo, sino que es un dualismo *materialista*. El Dios que lo es todo, y fuera del cual nada puede ser, ni nada se puede pensar, ¿cómo es *ilimitado* teniendo por *límite* la materia increada?

Ese Dios absoluto, ¿cómo lo es todo, si á su lado existe la materia tan eterna, y, en esa parte, tan absoluta como él?

Ya lo he dicho en otra parte:

Absurdos de este tamaño no podrán ser concebibles, mientras Dios no se tome el trabajo de volver al revés las leyes lógicas, por las cuales se rige el entendimiento humano.

II

Y ahora vamos al segundo, y no menos enorme, absurdo de la esencia *panentheista*, una y varia al mismo tiempo.

Esta cuestión es tan importante, que creo que haría el mayor de los servicios la Academia de Ciencias que propusiese para premio de honor el siguiente tema: «Se dará una medalla de oro y la cantidad de..... (aquí se podría consignar la mayor cantidad que se quisiese, en la seguridad de que no se había de pagar nunca) al autor de una Memoria en que se explique, de una manera que el público lo entienda, cómo Dios y el mun-

do pueden estar relacionados por un medio ó vehículo cualquiera, llámese substancia, *esencia,* idea ó lo que se quiera llamar, y que los *una sin confundirlos y los distinga sin separarlos.*» La Memoria se estaría esperando eternamente y no llegaría á adjudicarse el premio jamás, como no me atrevo ahora yo á adjudicárselo á usted mismo, cuando me pretende explicar este *imposible metafísico* del modo siguiente: «¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿La esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro.»

Pues yo cada vez lo veo más turbio.

Lo que verdaderamente asombra á una inteligencia tan corta como la mía es encontrar un entendimiento tan agudo como el de usted, que comprende, ó cree comprender, que lo *uno* en sí puede ser *vario* en cada sér. Para mí, este misterio es una cosa *inconcebible.* Asegurar que hay una esencia en los cuerpos que es *común* á todos, y luego decir que esta misma esencia es *propia* de cada cuerpo, es uno de esos logogrifos que me dan dolor de cabeza y que yo, sin pensar en ellos, desde luego los declaro insolubles.

La fórmula de usted es la siguiente:—«Lo que es *común* en todos los cuerpos, es igual á lo que es *propio* en cada cuerpo.»

O en otros términos:—«Lo que es *lo mismo,* es igual á lo que es *diferente.*»

¿Es esto hablar con formalidad? ¿O es que el krausismo sólo puede vivir metiendo á las gentes en los laberintos de la lógica de lo absurdo?

Esta esencia *panentheista,* una *en sí* y varia *fuera de sí,* me recuerda que, pasando yo por cierta capital de provincia, leí en un cartel de teatros que un actor muy truchimán iba á cantar aquella noche un *dúo* él *solo.* Fuí á presenciar esta imagen viva de la esencia *panentheista,* y el milagro se redujo á que el charlatán cantaba *solo* el *dúo,* mezclando alternativamente la voz natural con la voz de falsete, y efectivamente, de aque-

llas dos voces resultaba un *dúo* para el que no miraba, pero para el que veía, aquel *dúo* no era más que un *solo*. Lo mismo que la esencia panentheista, que es una en sí y varia fuera de sí, aquello era un *solo* en sí y un *dúo* fuera de sí. Pero el *solo* era lo verdadero; el *dúo* era lo aparente; como sucede en la esencia panentheista, que lo uno es lo *real* y lo vario es lo *fantasmagórico*. ¿Por qué? Porque es contradictorio que una esencia pueda ser una y varia al mismo tiempo; porque lo *uniesencial* puede ser *multiforme*, pero jamás podrá ser concebido como *multiesencial*.

¿Está usted convencido? ¿No? Pues continuemos poniendo ejemplos.

La manera más leal de explicar las ideas metafísicas, es hacerlas perceptibles por medio de imágenes.

El papel sobre que estoy escribiendo se compone principalmente de una substancia que se llama *celulosa*, lo mismo que aquella de que se compone un hueso de dátil, que no es más que celulosa *condensada*. Esta celulosa de que se componen el papel y el hueso de dátil, ¿es una y varia? No. Es una en *realidad*, pero varia en la *apariencia*. Si el papel y el hueso pensasen, se creerían *distintos*, pero ambos son la misma cosa, celulosa más ó menos condensada. Variedad de *determinaciones* de una *misma* esencia.

Krause dice «que la vida es la manifestación de la esencia divina, de que forman parte todas las cosas finitas, dependientes entre sí como *miembros* de órganos de *un* mismo sér.» Esto quiere decir que, efectivamente, la esencia es una y varia, pero una en *realidad* y varia en la *apariencia*, que todas las cosas son *miembros* de órganos de un *mismo sér*. La esencia divina es la faz *permanente* de las cosas: la vida no representa más que la faz *mudable*.

Por eso este *panentheismo* de ustedes no es más que el nexopanteismo, renovado elocuentemente por Espinosa, cuya substancia *única* es *varia* al hacerse atributiva, y muchísimo más varia al modificarse infinitamente. Pero estas infinitas

variedades se unifican en la substancia *única:* lo vario es siempre *aparente;* lo *real* es invariablemente siempre lo uno.

Esa esencia de usted, una *en sí* y varia *en cada sér*, no es más que la substancia de Espinosa, una *en sí* y *modificada* en cada sér. El *duo* que cantaba *solo* el truchimán del teatro. La celulosa simple del papel, que en el hueso de dátil es celulosa condensada. La unidad *real* y la variedad *aparente*. Panteísmo, y panteísmo materialista puro.

No me cansaré de rogarle que considere que hace veinte años que el krausismo se está exhibiendo en España, como la ciencia por antonomasia; siendo así que, por mi parte, creo qze es el sistema filosófico que, aspirando á perfeccionar las demás filosofías de lo absoluto, ha formado de todas ellas un conjunto monstruoso por lo arbitrario, y que dos de sus mayores monstruosidades son las siguientes:

1.ª La materia eterna no *limita* al sér *ilimitado* y eterno.

2.ª La esencia que une al sér y los séres, es *una* y *varia* al mismo tiempo.

Un hombre como yo, que á mi edad sólo pido hidalguía á los hombres, pudor á las mujeres, y un poco de claridad á los escritores, no extrañará usted que pida, además, críticas con criterio y filosofías con sentido.

Aunque yo no aspiro á abrir ninguna tienda de crítica ni de filosofía en la acera de enfrente de las boticas en que se expenden esos artículos, tengo el derecho de que los que los anuncian á gritos, no me rompan la cabeza pregonando las excelencias de un sánalo todo que no cura absolutamente nada. Y así, pues, mientras ustedes no me expliquen esas dos contradicciones, que yo creo inexplicables, seguiré creyendo que ese cetro de la razón que ustedes levantan tan alto para probar que les pertenece de derecho el imperio de la ciencia, no es el cetro de la razón, sino que es el cetro de cascabeles de la locura.

III

Cuando me proponía terminar aquí mi carta, diciéndole que me es indispensable publicar su apreciable del 4 del actual, aunque suprima, con pesar mío, su respetable nombre, porque así lo exigen el amor á la verdad y las naturales exigencias de una polémica sostenida con toda libertad, á pesar de su afectado temor á los *tiempos que atravesamos,* recibo el núm. 77 de la *Revista Europea,* y en él leo un artículo sobre el *Panentheismo,* escrito por el señor D. Rafael Montoro, para hacer algunos elogios del Sr. Canalejas, que yo, como no soy envidioso, reconozco que son muy merecidos, y lanzarme á mí, de paso, varias acusaciones que no merezco. El Sr. Montoro, olvidándose que hemos dejado aplazada, por razones de delicadeza personal, la discusión sobre la moral del krausismo y lo que se entiende por *cuestión universitaria,* me dice que Krause ha sido modesto, sincero, laborioso, honrado, pobre y perseguido; añadiendo: «¿habrá quien no sienta que se le oprime el corazón cuando le hablan en términos destemplados é injustos de esa severa y pura moral, noblemente enseñada con la palabra y el ejemplo?»

Confieso que, al leer esta sucinta biografía de Krause, he sentido ganas de llorar; pero las lágrimas se han vuelto á secar en mis ojos al ver que el señor Montoro asegura:—«Por lo demás, nuestro gran poeta (gracias por la galantería, pero más quisiera que me llamase *bueno,* como á Krause) sabe perfectamente que las acusaciones apasionadas se convierten casi siempre en pedestales». — Sea en buen hora. Y puesto que Krause ha sido bueno, me consuelo de mis acusaciones si han de servir para afianzar más el pedestal que sostenga su estatua. Pero confieso también que, si alguna vez he sido algo apasionado contra él, lo ha sido por el pueril despecho de no

poder comprender sus ideas, así como el señor Montoro asegura: —«Que el ilustre historiador de la filosofía, el profesor alemán Zeller, ha declarado que le cuesta tanto entender este puro lenguaje de Krause como si sus obras estuvieran escritas en *árabe* ó *sanscrito*».

Este párrafo acaba de consolarme, porque nunca he sido yo tan destemplado al juzgar el lenguaje de Krause.

Por lo demás, como dice el Sr. Montoro, cuando venga la ocasión en que ustedes crean que se puede tratar la cuestión universitaria, entonces le probaré yo al señor Montoro que pedir moral pura al krausismo—y aquí hablo de la doctrina y no de los krausistas—sería lo mismo que pedir movimientos de traslación á los árboles. El krausismo es una vegetación, y cada cosa viene en su tiempo y con su medida, con una regularidad involuntaria y fatal. Sólo existe verdadera moral en los sistemas en que se reconoce el libre albedrío, y cuando hay un tipo de perfección independiente y supremo á que referir nuestras acciones, tipo que vislumbramos, aunque nuestros ojos no lo ven, y al cual llama Schiller «el polo *inmutable* enmedio de la incesante *fluctuación* de las cosas creadas».

Entonces será también ocasión de que yo defienda lo que usted llama *los tiempos que atravesamos*, probando que el krausismo es el que menos derecho tiene para colocarse en una acción hostil á la autoridad, invocando los fueros de la razón.

En filosofía, lo primero que hay que hacer es ser lógicos.

Sería lógico que apelásemos á los fueros de la razón individual contra lo que creyésemos desafueros de la razón común, representada por el poder público, los que no estamos encerrados en la *camisa de fuerza* de la esencia y que, usando de nuestra libertad moral, podemos escaparnos al campo á hacer algunas giras con el diablo. Pero es ilógico que apelen á la razón personal contra la razón colectiva los que sólo encuentran la razón por casualidad, guiados por las reverberaciones de no sé qué anticipaciones racionales al principio de la Analítica, lo mismo que se halla una perla en el fango, para que luego,

en la Sintética, esa misma razón, impersonalizada, se vuelva á sedimentar en el piélago del Sér, como se deposita el fango en el fondo de un estanque.

Lógica sobre todo.

En el krausismo no debe haber razón ni acción posibles. La razón de las cosas va contenida en ellas mismas, y el precipitar su realización con la acción es hacer abortar los gérmenes de la divina esencia. Casi todas las filosofías pueden alzar lógicamente una bandera revolucionaria y concitar las iras de todos los protestantes, de todas las autoridades religiosas, políticas y sociales, lanzando de sus altares respectivos á los sacerdotes, los padres y los reyes. Pero los partidarios del krausismo, si fuesen fieles á su sistema, que no lo son, no debían tener más misión que la de embelesarse en la contemplación de las categorías del gran Sér y esperar, tendidos boca arriba ó boca abajo, que se *realice la esencia* en su lugar, su tiempo y su medida, y viviendo, dormidos por dentro de puro extáticos, dejar que pasen las horas, en la seguridad de que después de la yema saldrá la flor, y después de la flor vendrá el fruto.

Nada hay que me parezca tan extraño como la pretensión del señor Montoro de hablar de moral pura en el krausismo. Y hasta me han dicho que hay escritores que, dentro del sistema armónico, son capaces de ocuparse en escribir Historias, Derechos y Estéticas. Y todo esto, ¿para qué? ¿No es completamente inútil el querer explanar y mejorar un sistema filosófico, tan perfecto en su imperfección, que no admite mejora?

¡Fuera de aquí, perturbadores del divino germen!

Dios es la esencia una y entera que contiene también en su esencia la infinidad de las determinaciones infinitamente finitas que *afectan* los seres finitos y que forman en cada instante el estado del mundo.

¿Lo entendéis esto bien, razonógrafos hortícolas del divino germen?

Esto quiere decir que la vida está organizada como la esen-

cia, y que nuestra Moral, nuestra Historia, nuestro Derecho y nuestra Estética, son completamente inútiles; pues el texto del sistema se sabe mejor y más pronto que los comentarios, cuál es el principio, el medio y el fin de todas las cosas. La Moral, la Historia, el Derecho y la Estética del krausismo se reducen á lo siguiente: «el fin ó destino de un sér es realizar sucesivamente todo lo que está contenido en su naturaleza».

Por consiguiente, ¡silencio! y no interrumpais la evolución cósmica de ese principio esencial que, empezando en yema, será después flor, y, por último, fruto, y contentaos con cruzaros de brazos y exclamar como la escuela economista: «¡Dejad pasar, dejad hacer!»

IV

Pero ya discutiremos todas estas cosas en ocasión oportuna, y, entre tanto, perdón mil veces por lo interminable de mi carta; y no se ofenda usted conmigo si en el ardor de la polémica se me ha escapado alguna palabra ó frase no del todo circunspecta; en la inteligencia que, cuando disputo, suelo ser yo solo el que recibo lesiones de remordimientos con los dardos que disparo desde mi cabeza, porque á mis contrincantes acostumbro á tenerlos resguardados de toda herida bajo las alas de mi corazón.

Le repite las expresiones de su profundo respeto, RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 17 de Agosto de 1875.

Pocos días han transcurrido desde la muerte de Campoamor. Queda cumplida la voluntad del altísimo poeta.

JOSÉ DE LÁZARO.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO.—Carácter de estas crónicas.—Cuestiones que más preocupan á los americanos. — Las Revistas. — *Revista nacional* (Buenos Aires): El castellano en América. — Cataluña y la Argentina. — Las lenguas kechua y aimará. — *Revista de Derecho, Historia y Letras:* El pauperismo. — Hispania. — El patriotismo y la juventud argentina. — *Bosquejos.* — El unitarismo argentino. — *La Alborada.* — *Vida moderna:* Política internacional. — *Revista del Instituto paraguayo.* — *La Revista de Chile:* Chile como país colonizador. — Los viajes de Fr. F. Menéndez. — El Ave María del Arcipreste de Hita.—Eduardo de la Barra. La guerra.—Chilenización de Tacna y Arica.—Cuestiones de enseñanza. — *Libros:* Cuentos, novelas y poesías.—El Archivo histórico americano. — El Código civil argentino.

El público español se va enterando ya de lo que hasta ahora era conocimiento de unos pocos, á saber: que en América se imprimen algo más que tomos de «ripios ultramarinos» y que en la literatura seria americana hay no pocas cosas que nos importa mucho tener en cuenta, y aun estudiar á fondo, no sólo para orientar bien nuestras relaciones de todo orden con aquellos países, sino para tomar ejemplo de iniciativas que nos hacen gran falta, ó mirarnos en sus propios defectos.

Con el fin de ayudar á los que quieran traducir ese conocimiento en trabajo útil de averiguación, emprendemos estas crónicas de carácter informativo, sin pretensiones críticas que tienen lugar adecuado en otras secciones de La España Moderna. Serán estas *Lecturas* á modo de apuntes, que indiquen

la existencia y sentido de publicaciones cuyo examen íntegro puede importar á mucha gente, y á veces se limitarán á una brevísima nota, suficiente para servir de guía en la masa de revistas y libros que la América latina produce y que suele pasar inadvertida para los lectores europeos por falta de un órgano de información adecuado.

*
* *

Tres cuestiones capitales parecen preocupar hoy á los publicistas hispanoamericanos: las relaciones políticas entre las diferentes Repúblicas, particularmente las de Sudamérica; la reforma y difusión de la enseñanza, y la lucha entre las influencias sajonas y las latinas, íntimamente ligada con las nuevas corrientes hispanófilas que todos conocemos. De todas tres veremos ejemplos repetidos en los resúmenes que siguen, juntamente con otros asuntos de no menor importancia.

La Argentina cuenta con muchas revistas científicas y literarias de gran interés. Entre ellas figura la *Revista Nacional*, que acaba de entrar en su año XVI y dirige D. Rodolfo W. Carranza. Da gran entrada á los temas históricos, con publicación de documentos inéditos, principalmente de la época moderna, y puede ser de mucha utilidad para nosotros por sus «Crónicas de la América latina» (excelente resumen de hechos que comprende todas las Repúblicas), y por el traslado íntegro que hace de las leyes votadas por el Congreso Nacional.

Además, ha inaugurado recientemente una sección especial de *Letras españolas*, redactada por el compatriota Sr. Monner y Sans, prueba elocuente de estar al tanto de nuestras publicaciones. En otras cosas ha dado también muestra la *Revista Nacional* de sus simpatías á España. Citaremos el notable estudio de D. Ernesto Quesada sobre *El problema de la lengua en la América española* y un discurso del Sr. Monner, leído en la fiesta que el «Centre Catalá», de Buenos Aires, dió á los

marinos de la «Sarmiento». El autor es contrario á la tesis sostenida por el Sr. Abeille en un libro reciente, *El idioma nacional de los argentinos*, que pretende probar la existencia de un habla argentina diferente de la castellana y que debe reemplazar á ésta en la enseñanza primaria. La cuestión tiene innegable gravedad para nosotros, y el Sr. Quesada la estudia con profundidad y abundancia de datos, exponiendo su estado actual á la vez que la solución que él cree más acertada. El discurso del Sr. Monner no sólo es como un eco y continuación de la fraternal acogida que España hizo á los marinos de la «Sarmiento», sino que tiene el interés especialísimo de mostrar los lazos étnicos que unen al país del Plata con el pueblo catalán. Catalanes fueron Larrea, fundador de la Marina argentina; Toll, ayudante de órdenes y secretario privado del Almirante Brown; Parera, autor del himno patrio; Argerich, fundador de la primera escuela médica; Carulla, del primer asilo de menores; el Comodoro Py y otros varios personajes de la gran República Sudamericana.

En el número de Enero de 1901, de la misma Revista, figura una nota de D. Pablo Patrón sobre el *Origen de las lenguas kechua y aimará*. Las conclusiones de este trabajo son como sigue: 1.ª La lengua kechua no es lengua primitiva, sino mestiza. Su vocabulario es de origen súmero y asirio. 2.ª La lengua aimará reune iguales condiciones. 3.ª Como los idiomas súmero y asirio, troncos del kechua y aimará, no se han hablado sino en la Mesopotamia, es claro que allí se han formado las dos lenguas andinas mencionadas. 4.ª Las dos razas poseedoras de ellas han debido, por consecuencia, habitar la Mesopotamia, y de allí haberse trasladado á América. Para quienes conozcan los trabajos de Costa, Fernández y González y otros autores españoles sobre el entronque étnico de los iberos, y los de algunos eruditos ingleses sobre el origen de los mayas del Yucatán, las conclusiones del Sr. Patrón tienen verdadera importancia, porque, de ser legítimas, añadirían un funda-

mento más al supuesto de las relaciones primitivas entre el Asia, la Europa occidental y América.

La *Revista de Derecho, Historia y Letras* se publica también en Buenos Aires. En uno de sus últimos números que han llegado á nosotros (Junio, 1900) hallamos dos trabajos dignos de especial mención. Titúlase uno *El pauperismo y la caridad en Buenos Aires,* y lo firma el Dr. Samuel Gache. He aquí sus párrafos principales:

«Se ha dicho que contra el pauperismo debe levantarse la caridad y extender su mano salvadora; pero no la caridad indecisa é irreflexiva, sino la que medita, estudia y escudriña, profundizando las causas del mal. La caridad se hace sentir oportuna y eficazmente en el hogar abatido por una desgracia momentánea; ella puede y debe hacerse presente en los asilos de ciegos, mudos, viejos, crónicos, incurables, en los hospitales, etc., donde residen personas que no pueden trabajar, tomando á su cargo la provisión de ellos ó ayudando á la administración pública en su tarea de suministrar lo necesario; pero jamás podrá llegar á ser un remedio eficaz para la miseria cuando ésta procede de la falta de trabajo, si no se ponen á contribución todos los medios indispensables para conocer sus verdaderas causas y atacarlas en su foco.

»Concebimos la caridad como medio de salvar una desgracia pasajera, en tanto que se busca la solución definitiva del mal, y más ampliamente aún, como institución destinada á coadyuvar á la administración pública en su tarea de beneficiar á los realmente necesitados, á los enfermos, á los inválidos, á los que por incapacidad física no pueden obtener por su trabajo los recursos que necesitan.

»En la República Argentina no se producen esos actos de gran generosidad que tienen por resultado allegar recursos eficaces á los pobres.....

»A ninguno de nuestros millonarios se le ha ocurrido la idea de construir un asilo marítimo en Mar del Plata para alojar á los niños escrofulosos, tuberculosos, débiles, etc.,

cuya salud les exige en vano la permanencia en esos parajes.

»A ninguno de nuestros ricos se le ocurre dar á la Asistencia Pública ó al Departamento Nacional de Higiene la cuarta ó la quinta parte de sus rentas de un año, para con ese dinero construir un sanatorio en las sierras de Córdoba para los millares de tísicos, neurasténicos, etc., que pululan en las ciudades sin esperanza de alivio.

»El ejemplo del Sr. León Gallardo, que fundó el *Asilo San José* en Capitán Sarmiento, y donde se alojan 300 niños que reciben allí provechosa instrucción y dirección para un trabajo fecundo, es un noble título que la gratitud de Buenos Aires se complace en reconocer á la simpática memoria de ese filántropo argentino.

»Merece igualmente citarse aquí el pequeño hospital construído en la Exaltación de la Cruz por una dama inglesa, en recuerdo de su hija, fallecida.

»La caridad en Buenos Aires está mal dirigida; y creemos que, teniendo en cuenta que nuestro público es más bien generoso que retraído, se le podría aprovechar mucho más si los esfuerzos en este sentido fueran encaminados en forma conveniente.

»Es necesario hacer comprender á las damas argentinas que disponen de fortuna, que no es practicar la caridad regalar el dinero á los conventos ó á los frailes, y sin embargo, es esta la forma más frecuentemente usada por ellas.»

El otro artículo es de D. E. S. Zeballos, exministro de Relaciones Exteriores, y se titula *Hispania*. Después de consignar los sentimientos de simpatía y los intereses solidarios que unen al pueblo argentino con el español, expone las siguientes importantes consideraciones acerca de la forma que deben revestir en lo futuro las relaciones entre ambos países:

«Si los repúblicos españoles robustecieran, en su generosa índole nacional, el gobernalle del buen sentido, y más de lo que lo tenemos lo tuviéramos nosotros, podría surgir de las fiestas efímeras política reconstructora y fecundante, cual de

las congregaciones olímpicas de los griegos, días de luz y de promesas para la hegemonía helénica. *Verba volant!* Las frases han hecho su época, y no debe olvidarse que el corazón siente intensamente á condición de estar siempre bien nutrido. En los escritos madrileños, más que en las improvisaciones festivales, ha sido reconocida aquella verdad, y ella alienta la esperanza de que fructifiquen las palabras sesudas y los hechos reparadores: *littera et facta.*

»¡No soñéis! Dejad á ciertos periódicos franceses é italianos, empeñados en descubrir imaginadas juras de reivindicaciones políticas, en las fiestas hispanoargentinas. Los sueños, sueños son; la frase es vuestra, hispanos, y es clásica. No discutais tampoco estérilmente la cuestión de las razas, que no existe. Es problema de mercados que los fuertes codicien y rindan á su manopla acerada los débiles, hasta que los germanos—á cuyo segundo advenimiento al imperio del mundo asistimos — se destruyan entre sí por la división de los despojos.

»El comercio pacífico y honrado brinda por fortuna y á porfía los medios, y mi fórmula política sería ésta: *que las naciones de Hispanoamérica y de la América Lusitana—de destinos similares en los peligros y en la defensa—contribuyan á rehacer el organismo económico y financiero de España y el prestigio decadente del comercio latino.....*

»Pero un trato puede y debe ser acometido desde luego en mayores proporciones, porque como ensayo se hizo y vive. Hablo de la librería. Acercar el pensamiento limpio de las dos naciones, crear entre ellas la comunidad de la inteligencia, me parece el homenaje más alto que pagar se pudiera á la lengua madre. ¡Y cuán oneroso ó difícil es en Buenos Aires procurarse los buenos libros, las joyas de la imprenta ibérica, desalojadas de nuestro comercio por la pacotilla copiosa de brocha gorda y de vulgaridad indigesta! ¡No anhelamos conocer más á fondo la España del fandango, de la vihuela y de los toros; basta con lo nuestro! Hay una España clásica cuyos reflejos tardan en llegarnos; vengan de una vez en hora buena y

abroquélese en sus obras selectas nuestro aticismo, ofendido por la irreverencia de la jerga inmigratoria, mecánicamente formada, que invade y nadie resiste, desde la recova á la imprenta, desde la bohardilla al palacio (1).»

También merece notarse el discurso del P. Rector del Colegio Lacordaire, sobre *El patriotismo y la juventud argentina*, una de cuyas sensatas reflexiones es que «al joven argentino que quiera ser buen patriota le cabrá merecer por su aplicación que se borre la fama que persigue al hijo del país, pintándole como un joven frívolo, descuidado, que todo lo deja para mañana, é incapaz de dedicarse tiempo seguido á una labor que exija contracción y perseverancia. Para hacerse útil, aspirará á la ganancia legítima; es decir, adquirida por su trabajo é industria de buena ley, y no codiciará los logros sospechosos de la mala habilidad ó de la injusticia, y no procurará encontrar en la suerte de los juegos y las carreras el bienestar que no quiere sacar de su propia actividad.»

El profesor Dr. Rivarola muestra, en su lección sobre *La Instrucción superior y el problema nacional de la juventud*, que la enseñanza padece allí el mismo mal profundo que entre nosotros: la falta de preparación especial en el profesorado, que se improvisa las más de las veces.

La nueva revista *Bosquejos*, cuyo primer número (único que hemos visto) es de Julio, 1900, trae un importantísimo artículo de D. Uladislao F. Padilla, sobre *El Unitarismo argentino*. Opina el autor que, en la práctica, el régimen federal es pura ficción en la Argentina, tanto en el orden político

(1) Anda por ahí un proyecto de un amigo mío, hombre de bien y de buen gusto, empeñado en difundir el clasicismo español en nuevos mundos. Callo su nombre por razones de discreción comercial. El proyecto es juicioso y necesario. Bastaría un capital reducido y la unión de media docena de argentinos y de españoles de buena voluntad para realizarlo. Honra, y nobilísima para España, sería ésta, porque habríamos interesado hondamente á nuestro país en lo más alto y fulgurante de una civilización: en su genio.

como en el financiero y económico, y cree ser «acto de virtud y de franqueza» reemplazar «la federación *pro* forma de nuestro Código político con el sistema unitario que abonan nuestros antecedentes, que exige nuestra educación deficiente, que requiere nuestro progreso y que impone, por último, nuestra práctica constantemente centralista.

«En el terreno doctrinario, el federalismo es preferible, porque se aproxima más al desgobierno, que será el *desideratum* de la humanidad cuando lleguemos á convencernos de que es posible ejercer por la educación el control que nos obliga á respetar los preceptos fundamentales del derecho y la convivencia social.

»Tampoco hemos querido, al hacerlos, investigar las simpatías más ó menos numerosas con que cuenta en la opinión de la República el sistema unitario de gobierno, porque habría sido traer, á la atmósfera serena del debate académico, las vibraciones de otro ambiente, donde quizás comienzan ya á sentirse las primeras ráfagas de una reacción que se aproxima.

»Alguien ha dicho, y muchos piensan, que ya tenemos resueltas todas nuestras cuestiones fundamentales, y que la acción de las generaciones jóvenes debe limitarse al trabajo reposado que exige el progreso gradual de la nación, y á aquellas manifestaciones intermitentes de actividad que requiere el cumplimiento de la vida democrática.

»Hoy podemos, sin temor de provocar insensateces, afrontar de nuevo el problema de la forma de Gobierno, resuelto el 53 bajo el imperio de circunstancias que no pueden continuar pasando de manera decisiva en los destinos de la patria.»

Montevideo es uno de los más intensos centros intelectuales de la América meridional. Cuenta hoy, entre otras, con dos Revistas importantes: *Vida Moderna* (cuyo primer número es de Noviembre, 1900) y *La Alborada*, que al entrar (Enero 1901) en su año V, puede considerarse como una publicación verdaderamente internacional en el mundo hispanoame-

cano. En sus páginas se codean los nombres de literatos de todos aquellos países, juntos con los de no pocos españoles. En *Vida Moderna* señalaremos un significativo estudio de A. de Vedia sobre *Política internacional*, en que examina el alcance y significación de la reciente alianza argentino-brasileña frente á la política de Chile. Después de recordar que la única cuestión pendiente ahora entre los Gobiernos de la Argentina y de Chile—la de límites—se halla sometida, por acta de 22 de Septiembre de 1898, al arbitraje de Inglaterra, reconoce que, «no obstante, ni los argentinos ni los chilenos parece abrigan una confianza absoluta en la estabilidad de sus relaciones. La explicación de esta desconfianza se hallaría únicamente en los antecedentes á que está ligada la política internacional de Chile. En este país están por resolver todavía los problemas que le dejó la guerra contra el Perú y Bolivia», y entre ellos la nacionalidad de Tacna y Arica y la situación de Bolivia en el Pacífico. El articulista hace constar que en el Congreso internacional reunido en Washington en 1890, todos los delegados americanos, excepto los de Chile, rechazaron el principio de conquista tocante á la anexión de territorios, y la misma política parecen dispuestos á seguir en el panamericano que en breve se celebrará. No hace mucho, Chile intentó aliarse con el Brasil. Este peligro queda ya eliminado. «La República Argentina no busca en el Brasil el apoyo de una fuerza ó de una influencia para contener el crecimiento de su rival en el Pacífico. No hay, ni puede existir, semejante antagonismo para los argentinos, y el más ligero estudio de su situación geográfica y de sus condiciones respectivas, territoriales, demográficas, etc., lo demostraría hasta la evidencia. No hay rivalidad posible entre el Pacífico y el Atlántico; entre un país de 500.000 kilómetros de extensión y otro de tres millones de kilómetros; entre una nación que cuenta sólo con el crecimiento vegetativo, y otra que tiene á su favor el poderoso factor de la inmigración; entre un país esencialmente minero y otro esencialmente agrícola y ganadero.» Y añade en nota

el curioso dato de que, en 1895, había en Chile 65.000 extranjeros, contados los peruanos y bolivianos de las provincias anexionadas ó retenidas, y en la misma fecha vivían en la Argentina un millón de aquéllos.

En el Paraguay se trabaja también mucho, sobre todo en el orden histórico. Así lo revela la *Revista del Instituto Paraguayo*, cuyos últimos números continúan dando, en foliatura aparte, la «Colección de documentos relativos á la historia de América y particularmente á la historia del Paraguay», á la vez que una monografía de Enrique Peña sobre *Monedas y medallas paraguayas*, un *Compendio de Etnografía paraguaya moderna*, de Manuel Ávila, y otros estudios.

Chile cuenta con muy buenas Revistas científicas y literarias. Dejando para otra crónica el ocuparnos en los interesantes *Anales de la Universidad*, registraremos hoy en primer término la colección de *La Revista de Chile*, desde Diciembre de 1899 á Diciembre de 1900. He aquí los principales artículos:

Chile como país colonizador, por Belisario García. Demuestra la mala calidad de los terrenos elegidos en Chile (dep. de Ancud) para el establecimiento de colonias extranjeras; el poco tacto que ha habido para escoger los emigrantes, alemanes en su mayoría (sólo figuran 125 españoles en una cifra total de 1.426 inmigrantes) y poco aptos por su oficio ó profesión para lo que se buscaba, y la necesidad de construir cuanto antes el ferrocarril trasandino por Antuco para acercarse á Europa, uniendo á Chile con Buenos Aires. Sobre las mismas colonias de Chile publica el Dr. Witheside un artículo en que revela las pésimas condiciones en que están aquéllas, por deficiencia de alimentación, de higiene, etc.

Historia de Nahuelhuapi, por E. L. G.—Es un artículo bibliográfico sobre la importante obra de D. Francisco Fonck, titulada de igual modo, cuya primera parte salió á luz en 1890, dándonos ahora la segunda (Valparaíso, 1900: 528 páginas, un mapa y una lámina), que comprende el diario de los viajes

hechos por Fr. Francisco Menéndez en 1791, 92, 93, 94 y 95, los dos primeros para descubrir la laguna de Nahuelhuapi, y los dos últimos por encargo del virrey del Perú D. Francisco Gil y Lemus, para descubrir la nación de los ancahuincas, que habitaban á orillas del río Lemec, y las demás naciones circunvecinas.

El Ave María, cantiga de Juan Ruiz, por E. de la Barra.—Es una de tantas restauraciones de textos castellanos antiguos como hizo, y no siempre con fortuna, el erudito chileno recientemente fallecido. El Sr. Barra censura la restauración propuesta por el profesor Hanssen, y la sustituye por una suya.

En el número de 15 de Abril de 1900, el señor Lamas publica una necrología del autor que acabamos de citar, en la que, aparte los grandes méritos que Eduardo de la Barra tuvo, se refleja bien el natural atrabiliario é impetuoso que le caracterizó, y que tanto parecido le hubo de dar con nuestro bibliófilo Gallardo. Aparte las obras literarias de Barra, son de notar sus furibundos artículos *Saludables advertencias á los verdaderos católicos y al clero político* (1871), y su libro *Francisco Bilbao ante la sacristía.* En aquéllos y en éste, combatió con rudeza y valentía al jesuitismo.

La guerra, como prueba suprema del valimiento nacional, por H. F. Wyat.—Artículo copiado de la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, y muy significativo por su tendencia, dirigida á sostener la necesidad y la legitimidad de la guerra. Cree el autor que la raza humana ha avanzado siempre «mediante la intervención y por el camino de la guerra... y la manera cómo ha de continuar el movimiento, si cesa la guerra, es la cuestión real que los defensores del desarme tienen que encauzar.»—«¿Hubieran tenido á América siempre en poder de indios medio salvajes, como en Méjico y Perú, ó completamente salvajes, como en el Norte?» Pero la civilización de estos paises—se arguye—pudo haberse conseguido por otros medios. El autor contesta que «desgraciadamente no hay otros medios.»

«¿La persuasión—añade—hubiera inducido á los romanos á saludar la aparición entre ellos de los bárbaros que con su venida crearon un mundo nuevo? ¿La persuasión hubiera decidido á los españoles á abrir de par en par las puertas de América á los pueblos competidores?..... La persuasión, es claro que hubiese valido, si la naturaleza del hombre hubiera sido radicalmente diferente de lo que es.» El señor Wyatt reconoce, sin embargo, que «no todas las guerras han servido para el progreso de la civilización.» Sostiene luego la tesis de que las guerras son el reflejo del valor mental y moral de los pueblos, «expresión de vastas fuerzas naturales, profundamente arraigadas en el carácter nacional», y que no dependen de la voluntad de los políticos. Su conclusión capital, es que la nación ó raza vigorosa debe continuar expandiéndose «á expensas de la nación ó raza en decadencia.»

Chilenización de Tacna y Arica.—Trata este artículo de las medidas tomadas por el Gobierno chileno para lograr este fin, trasladando á Tacna la corte ó Tribunal de Iquique y conversión de aquella ciudad en cabeza de una zona militar. Búscase con esto la manera de convencer á los habitantes de aquellos territorios, de que «su prosperidad y bienestar están más bien vinculados á la soberanía de Chile sobre estas provincias, que á la del Perú», para que se decidan por aquélla.

La cuestión de enseñanza, por Tomás A. Ramírez F. — *La educación inglesa y la educación chilena,* por José A. Alfonso. —*Educación de latinos y anglosajones*, por Felipe Senillosa.— Responden estos tres artículos á la preocupación pedagógica hondamente sentida por los pueblos americanos. El primero censura el carácter demasiado teórico que, á juicio del autor (la *Revista* salva su opinión), tienen los programas de la segunda enseñanza chilena; el segundo, escrito con motivo de una seria discusión habida últimamente en el Ateneo de Santiago, aboga por la educación física, demasiado olvidada en la enseñanza pública de aquel país; el tercero clama contra el *surmenage* escolar (que á su parecer no existe en Inglaterra

ni en los Estados Unidos), y señala como cualidades que es preciso crear en los pueblos hispanoamericanos, las siguientes: el respeto á la ley, partiendo el ejemplo de las alturas del Poder; el conocimiento de los derechos del ciudadano; la constancia y la previsión; la constitución y el amor del hogar, á que contribuye la agricultura y el conocimiento del Evangelio y, sobre todo, de *la libertad de testar;* la honradez que exige la justicia fácil y barata; los hábitos de trabajo; la paz y el aumento de población.

Terminamos por hoy esta Revista de Revistas, anunciando la aparición de un nuevo periódico «internacional latino-americano-europeo», titulado *El Pensamiento Latino,* que dirige en Santiago de Chile D. Enrico Piccione. De él, así como de otras publicaciones mejicanas, peruanas, etc., trataremos en crónicas sucesivas.

***

La mayoría de los libros americanos recibidos últimamente, son de literatura: novelas y colecciones de cuentos y poesías. Sin entrar en su examen crítico, los iremos mencionando con alguna indicación que sirva de guía á los lectores.

Prosa.—*Oro de alquimia,* cuentos y poemas en prosa, de Alejandro Fernández García (Caracas). Demasiado sentimentales, pero con verdaderos rasgos poéticos á veces. El estilo adolece de los neologismos y fraseologías modernistas, muy comunes en libros americanos. El prólogo, de Pedro Emilio Coll, está muy bien escrito.

Neurosis sentimental, novela, por E. García Velloso (Buenos Aires).—El autor es muy joven y no ha podido adquirir aún la propia originalidad que salva en el arte. Su libro es reflejo de lecturas cuyo tiempo ha pasado ya en Europa.

Gesta (cuentos), por D. Alberto Ghiraldo (Buenos Aires).—Con ilustraciones de José León Pagano. A notar el titulado

Del suburbio, que tiene cierta frescura de observación y un dejo popular agradable.

Cuentos de poeta, por Rufino Blanco Fombona (Maracaibo).—A Blanco lo abonan, por lo que se refiere á su primer libro, *Trovadores y trovas*, críticos y literatos de tanto nombre como Rodó, Reyles, Zumeta y otros.

Ensayo de crítica literaria, por Remigio Romero León. (Cuenca.—Ecuador).—Se refiere al volumen de artículos de costumbres del ecuatoriano Dr. D. José Modesto Espinosa. Interesan á España los párrafos del proemio, en que aludiendo el autor á la proposición presentada por el delegado colombiano D. Carlos Martínez Silva, en la Conferencia internacional americana reunida en Washington, pidiendo se estableciese en esta capital una Biblioteca formada «por contribuciones de los Gobiernos representados en la Conferencia, con todas las obras históricas, geográficas y literarias, mapas y manuscritos, leyes y documentos oficiales relativos á la historia y civilización de América», protesta de que así se haga, «porque no es el presuntuoso Gobierno de la Casa Blanca el llamado á custodiar los intereses más sagrados de los que vivimos en el Continente americano del Sur, mucho más si se observa que las pretensiones de la raza anglosajona en América son descomunales y tienden á absorber á los pueblos de origen latino.»

El autor propone á las Academias correspondientes de la Española, que lleven á cabo la grandiosa idea del señor Martínez Silva, «haciendo de la Academia madre la guardadora de lo que pudiéramos llamar la heráldica de sus hijos de América.»

Corsarios, contrabandistas y filibusteros. Monografía histórica por el Dr. E. Blanchet (Matanzas).—Folleto de vulgarización de estudios ya conocidos. Apasionado en las conclusiones.

Estudios médico-legales sobre el Código civil argentino, por Francisco de Veyga (Buenos Aires).—El señor Veyga, Pro-

fesor de Medicina legal en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, nos presenta en esta obra un detenido é interesantísimo comentario, que será de gran utilidad no sólo para los jurisperitos argentinos, mas también para los españoles. Su doctrina merece más detenido examen.

VERSO.—Entre los muchos libros de este género que se amontonan sobre nuestra mesa, descuella, á juicio nuestro, *La epopeya del Morro*, poema americano de José Santos Chocano, uno de los buenos literatos peruanos, de lira patriótica, grandilocuente, premiado en Certamen de que fueron jueces Numa Pompilio Llona, Manuel González Prada y Domingo de Vivero. El dictamen del Jurado es imparcial, y al lado de los méritos, creemos señala con gran exactitud los defectos de que adolece el poeta, y que, es seguro, desaparecerán con el tiempo y la perseverante lima del lenguaje poético. De notar son también las *Poesías selectas* de Manuel A. Hurtado, (Santiago de Chile), alguna muestra de las cuales ha dado ya LA ESPAÑA MODERNA; las de Samuel A. Lillo, también chileno, que en los trozos descriptivos tienen muy hermosas imágenes, á pesar de la incorrección general del verso; y el tomo II de las obras poéticas de Enrique W. Fernández, colombiano, que refleja las mismas cualidades advertidas por varios críticos españoles en el tomo I. De otros libros menos importantes, ó de otro género, se hará mención en la crónica inmediata.

HISPANUS.

CRÓNICA LITERARIA

Electra, drama en cinco actos, por D. Benito Pérez Galdós.—Recuerdo á Campoamor.

Cuando una obra literaria reviste de suyo, ó adquiere por circunstancias accidentales alguna significación especial política ó religiosa, es difícil que sea juzgada con imparcialidad. Esa significación se sobrepone á todo lo demás que la obra sea y represente. En cierto sentido, la arranca de la esfera tranquila de la contemplación estética, para llevarla al campo de las apasionadas disputas políticas ó religiosas. La razón es sencilla: las creencias religiosas, las convicciones ó preferencias políticas, importan mucho más á la inmensa mayoría de los hombres, que el mero sentimiento artístico, regalo de unos pocos, cosa superflua, lujo y elegancia de la vida.

Esto ha ocurrido con el drama *Electra,* del Sr. Pérez Galdós. Se ha visto en él un drama *progresista,* anticlerical ó antimonástico, ó bien una impugnación del fanatismo religioso, una nueva edición de *Doña Perfecta,* en que el personaje principal ha cambiado de sexo. Así ha sido juzgada esta obra por amigos y enemigos, por apologistas y detractores, conformes todos en ver en el drama cierta tesis político-religiosa, y en juzgarle con arreglo á ella. Aunque el autor no hubiera tenido el propósito de enunciar tesis alguna, difícil sería (por el mo-

mento al menos) levantar á *Electra* esta nota. *Habent sua fata libelli*. El destino del último drama de Galdós fue caer en manos de Mr. Homais, que hoy no es ya boticario, sino periodista, y provocar asonadas y actos de violencia que de seguro reprobará el autor, que forzosamente han debido disgustar su alma de artista.

La tendencia á descubrir en las obras literarias algún símbolo ó alegoría, una *tesis* escondida dentro de las formas de la fábula, es muy general y muy comprensible. Por una parte, este género de explicación es el más fácil y sencillo; da al juicio una fórmula concreta, y cuanto más sencilla y clara es una explicación, más probabilidades tiene de prevalecer, aunque acaso las interpretaciones más simples de las cosas, las que parecen explicarlo todo más llanamente, son las menos exactas, las que no pasan de la superficie. Por otra parte, hay cierta resistencia instintiva á admitir lo superfluo del arte, su falta de finalidad exterior y de utilidad para otras esferas de la vida. En la literatura, en que la expresión de la belleza no afecta directamente á los sentidos, sino á la fantasía, la tendencia á buscar un fin en las obras, una enseñanza, un pensamiento que el autor haya querido expresar en ellas, es todavía más frecuente y más natural que en las otras artes. Una hermosa estatua, una bella pieza musical, tienen su explicación en el deleite que proporcionan á los ojos ó al oído. Pero en las obras literarias nos domina casi siempre la obsesión de la moraleja ó del símbolo, y es que comprendemos que la palabra es un medio de comunicación del pensamiento, un instrumento de fines útiles, antes que un medio de expresión de la belleza; que la literatura ha sido en sus orígenes eso mismo, y que todavía no ha dejado de serlo por completo.

La significación que se ha dado á *Electra*, y que, á nuestro entender, es dudoso que coincida con la manera de concebir la obra que tuvo el autor, es la de una versión poética de la conocida frase de Gambetta: *Le clericalisme voilá l'ennemi*, frase que hoy vuelve á resucitar en Francia y en España por cir-

cunstancias que no hacen al caso. Pero si *Electra* fuese una sátira del fanatismo religioso, personificado en Pantoja, ó si la tesis del drama consistiera en la superioridad de la vida del siglo sobre la del claustro, ó si, apurando más el símbolo y llevándole mucho más lejos, hubiéramos de ver en *Electra* la representación de la España del porvenir, que abandona su tradición por las nuevas vías del progreso material, simbolizado en Máximo, el inventor, siempre resultaría extraño en alto grado que en un drama concebido así, lo sobrenatural desempeñara papel tan importante como el que desempeña, hasta el punto de determinar el desenlace.

La oposición al fanatismo religioso ó á la vida del claustro no es incompatible en absoluto con el criterio espiritualista; pero tales opiniones suelen tener una base naturalista y combatir con armas naturales, sin esperar el triunfo de apariciones ni portentos, que la mayor parte de los que así piensan considerarán vanas supersticiones. El hecho de que en la obra de Galdós lo sobrenatural (las apariciones de la madre de *Electra)* tenga tanta importancia, induce ya á desconfiar de aquellas explicaciones, pues sería un contrasentido extraño en un autor de juicio tan equilibrado y de entendimiento tan claro como Galdós el apelar á un recurso innecesario y que contribuiría á debilitar la tesis, pues este género de tesis ha de demostrarse por medios naturales, no con ayuda de lo maravilloso, que, en obras concebidas como la opinión general quiere que lo haya sido *Electra,* resulta un arcaísmo inútil, un recurso anticuado é inferior de comedia de magia. En la lucha entre las pasiones puramente humanas y los motivos de orden religioso, llamar en auxilio de las primeras á algún factor del orden sobrenatural, equivale á confesar su inferioridad. De ahí, que en una obra literaria entendida de este modo, el triunfo de la pasión debe realizarse por las vías naturales para que produzca todo su efecto en el lector ó en el espectador. Admitiendo la igualdad ó semejanza de tesis, resultaría *Electra* inferior á *Doña Perfecta* ó á *La familia de León Roch.*

Mas todo lo que vengo diciendo acerca de lo sobrenatural en *Electra,* sólo lo digo condicionalmente, es decir, en relación con el sentido político-religioso que se ha supuesto ser el pensamiento fundamental de la obra. Descartada esta hipótesis, lo sobrenatural tiene plena justificación en dicho drama, representa un recurso poético de gran efecto y es uno de los elementos de mayor belleza que entran en la composición de la obra.

Tampoco el lenguaje en que se expresan los personajes autoriza para afirmar que sea *Electra* el drama librepensador y anticlerical de que se ha hablado. Máximo, el hombre nuevo, el que representaría en esa hipótesis la vida moderna, no es un incrédulo, no declama contra la religión ni contra la Iglesia: espera en Dios; y cuando el temor de que le arrebaten definitivamente la mujer amada le sugiere ideas de violencia y quiere matar al *monstruo,* á Pantoja, y asaltar el convento, la fuerza no se le representa como una solución progresiva, como una fórmula de futuros tiempos de libertad, sino como regresión á tiempos de dureza y de barbarie. «¡Renacen en mí—dice—los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo!»

***

Pero si *Electra* no significa eso, preguntarán algunos, encariñados con la interpretación que se ha dado al drama de Galdós, ¿qué significa entonces? ¿Cuál es su *símbolo?* Podría muy bien no tenerlo. No hay necesidad alguna de que las obras literarias encierren alguna significación esotérica ó algún sentido alegórico. Casi siempre, la significación abstracta ó el simbolismo que se atribuye á una creación literaria es cosa adventicia y que surge *à posteriori.* Es raro que el escritor (cuando no persigue algún fin de propaganda ó proselitismo) conciba la obra en vista de una tesis determinada y amolde á ésta el caso concreto representado en la obra, la acción, si se

trata de un drama ó de una novela. Lo general es que en la inspiración del artista surja el caso concreto, sin tendencia alguna demostrativa, como una situación dramática, como un carácter digno de atención, como un conflicto humano interesante. Y ocurre muchas veces que la significación alegórica atribuída á las creaciones literarias, la enseñanza ó *moraleja* que contienen ó que se descubre en ellas, no es obra deliberada del autor, sino resultado de un trabajo posterior y ajeno, de interpretación y crítica.

Pero prescindiendo de esto, todavía pueden hallarse otras interpretaciones de *Electra*. El problema planteado en la obra, desde el principio hasta el desenlace, es un problema de herencia. Esta es la constante preocupación de todos los personajes. Electra es hija de una mujer liviana. ¿Saldrá como su madre? Tal es la duda que asalta á todos; la duda que impulsa á Máximo, enamorado de Electra, á pedir al Marqués de Ronda (que en calidad de Tenorio de otra generación, como le llama Pantoja, debe de ser especialista en la materia) que estudie el carácter de la joven; la duda que inquieta á los tíos de Electra; el temor que impulsa á Pantoja, el presunto padre de la protagonista, á procurar que ésta viva retirada del mundo, en un convento, á salvo de los peligros á que la expondría la herencia materna, convirtiendo su vida, fruto del pecado, en mística expiación y redención del pecado y de quienes le cometieron. Entre los antiguos amigos ó adoradores de la madre de Electra (Eleuteria ó Electra I) que aparecen en escena (el Marqués de Ronda, D. Leonardo Cuesta), todos los cuales sienten hacia Electra II un vago sentimiento de paternidad, domina esa misma inquietud, esa misma duda.

La intervención de lo sobrenatural resulta completamente lógica dentro de esta hipótesis. La herencia es un misterio fisiológico y psicológico que sólo puede descifrarse *à posteriori,* por los actos mismos del individuo en quien se ha de ver si heredó de sus padres tales virtudes ó tales vicios. Pero como en el drama, el problema de la herencia tiene que resolverse *à prio-*

ri, es un recurso poético feliz hacer que la aparición de la madre de la heroína desate el nudo. Al decir á Electra que puede casarse con el hombre á quien ama, le dice implícitamente la sombra de Eleuteria que puede ser buena esposa, que no necesita expiar en el claustro su pecado original; que no pesa sobre ella la herencia de los extravíos maternos. La aparición no era indispensable para el solo efecto de desvanecer la impostura de Pantoja, que con el fin de apartar á Electra de Máximo, le dice que ella y el hombre á quien ama son hermanos. Esta impostura puede refutarse por medios naturales y humanos, y en el mismo drama vemos que el Marqués de Ronda ha conseguido reunir datos fidedignos con los cuales se demuestra que no existe entre Máximo y Electra el imaginario parentesco inventado por Pantoja.

***

A propósito de otras obras de Galdós he hablado en estas crónicas, de la intervención de lo sobrenatural en varias de sus producciones y de la inclinación que muestra á pintar en algunos de sus personajes estados psíquicos anormales. En el drama de que ahora estamos hablando, esa intervención de lo sobrenatural da origen á algunas de las más dramáticas y hermosas escenas. Desde niña, Electra ve aparecérsele á su madre, que la consuela en los momentos de aflicción, y la aconseja en los de duda. De estas apariciones acaece una en escena, y determina el desenlace de la obra, declarando á Electra que Máximo no es su hermano, y haciendo que triunfe la primera de las dos fuerzas que se la disputan: la de Máximo, que al querer hacerla su mujer, proclama la doctrina de que los hijos no son responsables de las faltas de los padres, enfrente de la otra fuerza, la de Pantoja, que al pretender encerrarla en el claustro, es el representante de la fatalidad de la herencia, del pecado original que reclama una expiacion.

Por una preocupación de nuestro tiempo, la intervención

de lo sobrenatural en un drama moderno parece un anacronismo. Así como en otras épocas dominaba la superstición á los hombres, hoy, entre las gentes semicultas que suelen formar la mayoría del público de los teatros, domina un naturalismo estrecho, que no ve nada más allá del círculo de los fenómenos de que nos dan más frecuente é inmediato testimonio los sentidos: una aversión marcada á lo maravilloso, considerado como cuento impropio de nuestra edad de las luces, un como miedo de caer en ridículo tomando en serio tales cosas. Sin embargo, la inquietud por lo sobrenatural, y las mismas supersticiones continúan subsistiendo entre los hombres, hasta en los mayores centros de cultura. El espiritismo, la telepatía, la teosofía, el satanismo, la magia, etc., nos ofrecen abundantes testimonios contemporáneos; pero como el ambiente social es hostil á este género de fenómenos y de tendencias del espíritu, su representación dentro de las artes es relativamente reducida, especialmente en aquellas formas artísticas como el teatro, en que el artista necesita ponerse más en contacto con el público, y en que éste ha de manifestar más al desnudo sus sentimientos.

Además, hay dificultades de orden material en el teatro para representar los fenómenos sobrenaturales, ya se tomen como proyección exterior de un estado psíquico, ó como representación objetiva de algo que escapa á nuestros medios actuales de investigación, y que no puede explicarse por causas y razones puramente naturales y humanas, alternativa que para el caso es indiferente. Aunque los conocimientos físicos modernos, aplicados en este caso al perfeccionamiento de la tramoya ó maquinaria de los teatros, permitirían obtener efectos sorprendentes y que produjesen la ilusión de lo maravilloso, no suelen curarse demasiado de estas cosas los directores de escena, ni los mismos autores, y casi siempre se corre el riesgo de que la representación de lo sobrenatural resulte ridícula y destruya con su imperfección todo el efecto que podría causar bien presentada. La escena de la aparición en

Electra, sin ser de las más descuidadas, deja mucho que desear. Se ve demasiado que aquello no es una aparición, sino una persona de carne y hueso que recita su papel. Alguna culpa cabe en ello al autor, que hace hablar demasiado á la aparecida; mas, aparte de esto, el efecto físico, visual, no convence. Aunque la mayoría de los espectadores no hayan visto en su vida aparición alguna, deben caer en la cuenta de que la sombra de Eleuteria es una aparición muy deficiente.

La representación de lo sobrenatural en el teatro, cae, como todo, dentro de las reglas de la propiedad escénica. Así como al sacar á las tablas personajes de otros tiempos se procura reproducir cuidadosamente los trajes, el mueblaje, las armas, etc., de la época en que se supone que acontece la acción, al representar un fenómeno sobrenatural hay que figurarlo con arreglo á los datos de la pneumatología, inspirándose en los libros de ocultismo y espiritismo, en las reseñas de fenómenos telepáticos, etc. Aunque el autor entienda, por ejemplo, que la aparición de una persona muerta no puede ser más que una alucinación de los sentidos del que la ve y conversa con ella, esa alucinación tiene que verificarse con sujeción á las condiciones en que se han verificado estos fenómenos en los casos que registra la experiencia. Igualmente, si cree que el fenómeno es efectivamente producto de alguna inteligencia sobrenatural ó de algún espíritu desencarnado, tiene que representarlo en la forma en que tales hechos han acaecido en el mundo real ó se cuenta que han acaecido, según el grado de fe que les otorguemos. Entra esto en la esfera de la documentación general de la obra dramática, y como abundan los datos y antecedentes en la materia, es tan temerario inventar en ella como diseñar á capricho el vestuario de un drama histórico.

En la obra de Galdós está bien entendida, por lo general, la intervención de lo sobrenatural. Entre las situaciones en que interviene este factor, no es la de mayor efecto la escena en que se verifica la aparición de la sombra de Eleuteria, sino aquellas otras en que Electra, dominada por una especie de

delirio, cree oir la voz de su madre, llamándola, y ella á su vez la llama. El constraste que produce en estos momentos de honda emoción dramática, el rumor lejano del canto monótono de los niños que juegan al corro, es muy poético y conmueve profundamente. No se trata de un efectismo superficial. Se ve allí la alegría de vivir, inconsciente, que canta descuidada, junto á los problemas y los dolores de la existencia, que todavía no la han puesto á prueba.

***

En conjunto: *Electra* es la obra dramática de mayores vuelos del teatro de Galdós y la consagración definitiva de éste como autor dramático. La exposición es algo lenta, y se haría pesada si no fuese por el encanto y gracia del acto tercero, pues ocupa aquélla tres actos de los cinco que componen el drama. Probablemente se deberá el ser tan dilatada á la índole del drama, que exige detenida presentación de los caracteres de los personajes principales.

Dos caracteres hay en realidad en la obra: Electra y Pantoja; los demás son figuras secundarias, pertenecen al coro, sin excluir á Máximo, de quien sólo se ven en el drama las pretensiones de *mágico prodigioso*, no los prodigios, resultando, en suma, un personaje vulgar. Electra es una figura llena de ingenuidad y candor, de fresco encanto juvenil en los primeros actos, y que en los dos últimos se eleva á la región de lo trágico. Es lo mejor del drama, y puede decirse que el drama es ella.

Pantoja no es el malvado de melodrama que se ha querido ver en él. Se explica su carácter por la exaltación de dos sentimientos: el sentimiento del amor paternal, el sentimiento religioso en su forma de desprecio del mundo y de despego de las cosas terrenas. No pretende que Electra se sacrifique para redimirle á él, como se ha dicho, idea anticristiana que reproduciría en las formas suaves de la civilización presente el error

pagano de la inmolación de víctimas humanas para apartar del que ofrece el sacrificio la cólera de deidades irritadas. Busca, ante todo, la redención de Electra, quiere librarla del peso de una temible herencia, de un segundo pecado original. «Mis fines son muy altos — dice. — Hacia ellos voy por los caminos posibles.» Esta justificación de los medios por el fin, quita decoro y austeridad á la figura de Pantoja, carece de belleza moral, pero no nos escandalicemos demasiado de la teoría. En los fines humanos que nos muestra realizados la historia, ¡cuán pocos hay que no aparezcan manchados por el empleo de medios impuros!

El tercero y cuarto actos del drama son los mejores, para mi gusto. Los dos primeros despiertan poco interés; pues el conflicto dramático apenas empieza apuntar en ellos, y en realidad, no se formula con precisión hasta el acto tercero. Sin embargo, en el acto segundo hay algunas escenas muy bellas, como la V, en que Electra refiere á Evarista las apariciones de su madre, y la última de dicho acto. Al acto tercero le afea un poco el recurso sainetesco representado por el ayudante del laboratorio, que en las escenas en que Electra y Máximo van manifestándose su amor, entra á anunciar la temperatura del horno de fusión de los metales. Las dos primeras escenas del acto cuarto, la final de este mismo acto y la VIII del quinto, me parecen también de las mejores de la obra.

***

No terminaré esta crónica sin consagrar breves palabras de recuerdo al poeta Campoamor. A pocos de los que llamamos poetas pudo darse con igual justicia este título egregio. Cantó y *vivió* también, la poesía. La fortuna, propicia con él, le dejó disfrutar, en largos años de honrada vejez, el dulce calor de la gloria. Pudo realizar el ideal verdadero del artista, de cultivar el arte por amor á la belleza, *ex abundantia cordis,* sin mira de premio material ni adulación y estudio para agradar

al gusto ajeno, sino dejando oir libremente la voz interior. Fue rasgo propio de poeta, y, como rasgo de poeta, rasgo aristocrático, el suyo de permitir á todos la publicación de sus obras sin exigir derecho alguno. Cierto es que las necesidades materiales de la vida permiten á pocos este desprendimiento; pero son menos todavía los que le tienen entre aquéllos para quienes es posible, y al tenerle completan con él el decoro del arte. Tuvo la originalidad de los grandes poetas, á quienes la poesía les sale de dentro, y no es trabajoso resultado del estudio y la lectura. Inventó formas de composiciones nuevas, y hasta se impuso al idioma al bautizarlas. Y estas nuevas formas poéticas por él ideadas—sus *Doloras*, sus *Pequeños poemas*, sus *Humoradas*—puramente personales, fueron lo más suyo, lo mejor de su obra, lo que mejor reflejó y expresó su personalidad de poeta. Como todos los genios, tuvo imitadores abundantes é infelices; pero no formó escuela, pues lo que da valor á su obra es lo que hay en ella de inimitable.

Poeta de la mujer y del amor, pocos supieron expresar como él los secretos del corazón femenino, las penas y los delirios amorosos. Hasta cuando parece más epicúreo, más entregado á la alegría de vivir, no es Campoamor, como Anacreonte, el poeta del presente fugaz, de la dicha del momento, que canta como la cigarra, venerada de los griegos, la fuerza y la belleza del sol, sin pensar en el mañana. Leed algunos versos más y hallaréis en seguida el reconocimiento de la vanidad de la vida, de la inanidad de los deseos humanos.

Se ha dicho repetidamente, y sin duda se ha repetido tanto por ser verdad, que Campoamor era un poeta que *hacía pensar*. Esto es lo que le caracteriza. Su poesía penetraba hasta el fondo de las cosas; era, en cierto sentido, filosófica. Se explica que el autor de los *Pequeños poemas* tuviese la obsesión de la metafísica. Su espíritu adivinador de vate comprendía que la metafísica y la poesía son hermanas, aunque criadas en regiones diferentes, y hablando lenguas distintas no se entienden á veces. La poesía es también una interpretación del

Cosmos. En la canción del mundo, la poesía es la música si la metafísca la letra.

En un buen artículo sobre Campoamor, publicado en el *Diario de Barcelona,* dice el notable escritor catalán D. Juan Maragall que el *Tren expreso* es la obra tipo de Campoamor. Aunque el poeta no hubiera escrito más que aquella célebre carta

Mi carta que es feliz, pues va á buscaros,

tendría derecho á figurar entre los mejores líricos castellanos.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Teosofía: La desigualdad de condiciones en la humanidad.=Cuestiones sociales: El mili y el antimilitarismo en Alemania.—El antiitalianismo de los italianos.=Biografía: Enrique Sienkiewicz.=Psicofísica: Psicología del bueno y del mal humor.=Sociología: Clasificación de los fenómenos sociales.=Enseñanza y educación: Instituciones escolares de los Estados Unidos.=Bellas artes: Escultura románica en España.=Psicología infantil: El *child study movement* en los Estados Unidos.=Impresiones y notas: Molière y Shakspeare.—El préstamo popular.—El problema de los Evangelios.—La lengua española en los Estados Unidos.—El reloj de movimiento continuo.—El parasitismo político.

TEOSOFIA

La desigualdad de condiciones en la humanidad.—El sufrimiento en general—dice en la *Revue théosophique française* el Dr. Pascal—parece que debería herir con uniformidad, regularmente y sin parcialidad á todos los seres sin distinción. Lejos de ser así, respeta á los grandes culpables y hiere sin razón visible, como un loco, á los más inocentes: nacen almas nobles en familias de criminales y hay criminales cuyos padres son respetabilísimos; los millonarios mueren hartos al lado de quienes mueren de hambre; los Apolos hacen contraste con los Cuasimodos; los genios brillan frente á los idiotas, y hay muertos, ciegos y mudos de nacimiento; por otra parte, se ven razas atrozmente diferentes poblando la tierra, y junto al negro horroroso, estúpido y caníbal, se levanta la orgullosa, bella y culta, aunque cruel y egoísta raza blanca. Y desde el punto de vista moral, ¿quién puede expli-

car las tendencias congénitas al crimen, los viciosos de nacimiento, los malos por naturaleza, las pasiones indomables? Pero, ¿á qué insistir? Basta mirar en torno nuestro para ver el dolor y la injusticia enseñoreados de asilos, hospitales y prisiones, alcázares y buhardillas. ¿No hay respuesta á esa espantosa acusación contra la divinidad?

Según la Iglesia, todo es obra del alma que Dios da á los hombres al nacer, que se condena ó se salva según que pueda ó no dominar sus pasiones, según que la gracia ó la desgracia la predestinen al cielo ó al infierno. Pero, ¿no es una profanación imaginarse á Dios acechando las concepciones para crear almas tan injustamente dotadas, la mayor parte de las cuales no han de oir jamás la palabra evangélica, y por consiguiente no podrán salvarse, y otras, en gran número, están destinadas á animar cuerpos de caníbales ó de salvajes faltos de sentido moral? ¿No es un sacrilegio hacer así de Dios, que es Sabiduría y Amor, una especie de cómplice de los adúlteros, violadores é impúdicos, ó juguete de las afrentas de los maltusianos?

Otra teoría atribuye las desigualdades del dolor á la diferencia de las condiciones sociales: los hombres nacen iguales, y se hacen desiguales por la influencia del medio ambiente; cuidad de todos lo mismo y seguirán siendo iguales. Esto es falso. La enfermedad lo mismo ataca á los ricos que á los pobres, y el dolor moral es patrimonio especial de las clases superiores; la desigualdad de condiciones, por otra parte, es uno de los factores fundamentales del orden social; sin ella quedarían sin satisfacer numerosas necesidades, y cada hombre tendría que atender por sí mismo á todo. Los partidarios de esta teoría cuentan con la diversidad de los gustos para atender á la diversidad de funciones de la vida social; pero es una ilusión: las funciones inferiores, penosas ó dificultosas, carecerían siempre de brazos, que sobrarían para las fáciles y honoríficas. Creer lo contrario, es negarse á ver la imperfección actual de los hombres, tomando la humanidad actual por la humanidad futura.

Ni es tampoco exacto que los hombres nazcan iguales: una simple ojeada sobre las diferencias intelectuales y morales de las razas y de los individuos, basta para probar lo contrario. Darwin cuenta que un misionero inglés censuraba á un tasmaniense por haber matado á su mujer para comérsela; el antropófago, sin comprender la causa de la censura, y creyendo que era otro su motivo, le replicó: «¡Pero si estaba muy buena!» Las madres saben perfectamente que dos seres criados en el mismo medio, dos gemelos, presentan desde la cuna cualidades y tendencias diametralmente opuestas, y entre los pedagogos, el hecho de la diversidad de aptitudes de los niños está perfectamente comprobado. Por otra parte, ¿no están ahí los niños prodigio para probar que los hombres no nacen iguales? No; los hombres no nacen iguales ni el medio en que viven explica sus desigualdades; favorece ó dificulta su desarrollo, pero no las crea.

La desigualdad de las condiciones humanas proviene, ante todo, de la continuidad de lo que podría llamarse la *creación.* Incesantemente se forman átomos en el seno de la Virgen Madre (la materia primordial que no ha estado en contacto con ningún elemento compuesto ni entrado todavía en ninguna combinación) por la fuerza del torbellino divino, percibido por los videntes en sus éxtasis, y que la Teosofía llama el *Gran Soplo;* estos átomos entran incesantemente en combinaciones cada vez más complejas, en múltiples organismos, y así se realiza incesantemente el plan de la *Evolución,* acabando unos séres y empezando otros la gran *Peregrinación.* La existencia de ese circuito es la que crea y mantiene completa la jerarquía de los séres, la que hace y perpetúa los reinos conocidos y desconocidos de la naturaleza: las almas suben lentamente de un reino á otro, y los puestos que dejan se cubren con recién llegados, con almas menores.

La segunda causa de las desigualdades humanas, es la diferencia de los esfuerzos y actos voluntarios de los séres llegados á cierto grado. Guiada por la inteligencia y el sentido

moral, esa voluntad apresura ó retarda la evolución individual, facilitándola cuando, de acuerdo con la ley divina, ejecuta el bien, y turbándola cuando, oponiéndose á ella, realiza el mal. Al modificar las corrientes de la ley, el alma engendra fuerzas benéficas ó satánicas que, tras varias ondulaciones, vuelven á su punto de partida, el hombre; estos resultados de la voluntad influyen notablemente en la vida durante la cual han nacido, se conservan latentes después de la muerte y reaparecen en las futuras vueltas del alma á la tierra.

Así nacen los hombres cargados con las resultas de su pasado y poseyendo las facultades que han desarrollado en su evolución. Los que se han vigorizado por las dificultades de la vida vuelven á la existencia terrestre con esa fuerza que el mundo admira, mientras otros nacen sin fuerza, porque su vida precedente ha sido demasiado fácil; hay hombres que nacen filósofos, matemáticos, artistas ó sabios, como hay santos y criminales desde la cuna.

Se hacen á esta doctrina de los renacimientos varias objeciones, especialmente la de que el efecto no sigue siempre á la causa. Toda fuerza que brota de un «centro de voluntad» describe como una elipse que camina por una red de otras elipses generadas por millares de otros centros de energía, y sufre en su carrera una aceleración ó un retraso, según la naturaleza y dirección de las fuerzas con que se pone en contacto; por eso ciertos actos reciben inmediatamente su castigo ó su recompensa, y la multitud dice entonces: «Es el dedo de Dios.» En otros casos, por el contrario, los más numerosos, la reacción queda diferida y el ignorante dice entonces: «No hay Dios, porque no hay justicia.» ¡Error! La justicia es ineluctable; nada se pierde; las causas que no han fructificado se conservan en estado potencial, y germinan y se desarrollan cuando el medio ambiente las favorece; las deudas no pagadas quedan inscritas, y los pagarés se renuevan, por lo que ha podido decirse que los pecados de los padres son castigados en los hijos hasta la séptima generación.

Las almas, iguales en potencia, mientras dormitan como gérmenes en el seno del Sér, se hacen desiguales en cuanto nacen á la existencia en el universo manifiesto, porque encuentran ante sí primogénitos, antepasados; la desigualdad se intensifica al llegar al estadio humano, cuando la inteligencia y la voluntad empiezan, pues desde entonces, la desigualdad de los actos individuales introduce un segundo factor en la desigualdad de condiciones. La evolución conserva las causas que no han podido germinar en una existencia, y, por medio de sucesivas apariciones en la tierra realiza los fines de la justicia y los designios del Amor.

CUESTIONES SOCIALES

El mili y el antimilitarismo en Alemania.—En Alemania, la nación militar por excelencia, abundan las protestas contra el militarismo por lo mismo que el militarismo, como abuso del espíritu militar, es allí más exagerado que en ninguna parte, el antimilitarismo no perdona medio de evidenciar los excesos en que incurre el militarismo, que dejan muy atrás todos los que se conocen en Francia, la nación rival. Luis Forest recoge en un artículo de *La Revue* interesantísimos datos sobre esta materia, que muestran hasta qué punto llega el empeño, por un lado, y la impotencia, por otro, de las autoridades para militarizar el país.

Cuando un francés—dice—entra en un teatro subvencionado de Alemania, lo primero que le choca es ver que las mejores butacas están reservadas á los militares, con exclusión del elemento civil; allí tiene el símbolo de la preponderancia militar. La intrusión sistemática de los militares en la vida civil del pueblo, es lo que más duro se hace á los hombres cultos. Así, cuando el Presidente del Parlamento, Levetzow, para asistir á la fiesta de la colocación de la primera piedra del Reichstag, tuvo que presentarse «con uniforme de oficial del ejérci-

to», los espíritus pensadores estimaron aquella exigencia como una humillación para el Parlamento y una provocación mortificante para toda la sociedad civil.

Los nombramientos de militares para los altos puestos civiles son típicos de Alemania: allí se ha visto á un oficial, que ni siquiera había terminado sus estudios de segunda enseñanza, nombrado «jefe de instrucción pública». A tal punto llega esta idolatría del uniforme, que cuando un ministro civil se distingue, se le confiere un grado militar para darle un prestigio que se estima indispensable: así el Príncipe de Bismarck, que no tenía más que un año efectivo de servicio como soldado, fue nombrado General de división siendo Canciller del Imperio; el antiguo Presidente del Reichstag, Wedell-Piesdorf, fue nombrado Capitán de caballería, y el Ministro Scholz, de cincuenta y seis años, fue nombrado Teniente. «Cuando se leyó la noticia—dice el profesor Quidde—se esperó ver perseguir á los periódicos por propagar noticias falsas para ridiculizar las instituciones del Estado; pero no, la noticia era exacta; aquel nombramiento debía tener para el Ministro de la Guerra otro alcance que para nuestra pobre inteligencia de civiles.»

El Emperador Guillermo está impregnado hasta la médula de este espíritu militarista: el mismo día que subió al trono dirigió una proclama á las tropas, y hasta tres días después no se acordó de que había una Alemania fuera del ejército. Al bendecir en 1895 las banderas, exclamaba: «El soldado, el ejército, y no las mayorías parlamentarias ni los escrutinios, son los que han forjado el Imperio de Alemania.» Al recibir á los nuevos reclutas, les decía en 1894: «Llevais *el traje del Emperador*, y sois desde ahora superiores á los demás hombres.» ¿Puede uno asombrarse después de esto de que los oficiales, los sargentos y hasta los simples soldados vivan con la fatuidad de creerse superiores al hombre civil, y se permitan por semejante delirio las más groseras extravagancias?

El socialismo alemán tiende poco á poco hacia el antimili-

tarismo más atrevido; el oficial en Alemania es temido y admirado, pero es impopular. El odio del proletariado al cuartel no nace de la idea de la justicia universal ni de la aversión al oficio de las armas, sino de que el ejército es utilizado como instrumento directo de opresión contra el socialismo. En Francia el soldado no es considerado por el proletario como enemigo sino cuando, transformado en gendarme, protege una fábrica contra un asalto de huelguistas. Pero en Alemania el cuartel está organizado tanto ó más contra «el enemigo interior» que contra el exterior. El regimiento, según la *Militärwochenblatt*, debe ser una escuela político-social. Un oficial, liberal por más señas, dice en un folleto: «Nuestros descendientes preguntarán asombrados algún día: ¡Cómo! ¿Habéis tenido bajo vuestras órdenes, durante dos ó tres años, la juventud de vuestro país y sin embargo ¡ha habido socialistas! Somos dueños de los cuerpos, pero ¡ay de nosotros si no sabemos guiar las almas!» Como medios propone la creación de buenas bibliotecas militares, lecturas históricas, económicas y sociales, y explicaciones razonadas del Código militar.

En 1889 el Emperador ha declarado oficialmente que la guerra al socialismo debe empezar desde la escuela primaria. En cuanto al cuartel, unos quieren convertirlo en escuela de moral y de oportunismo y otros prefieren obrar por la fuerza. Los partidarios de la represión activa y brutal son más numerosos, y la opinión oficial está con ellos. Bebel ha denunciado al Parlamento muchos abusos, dando á conocer curiosísimas circulares confidenciales del Gobierno. Los reclutas socialistas figuran en listas *negras* al entrar en el regimiento, y son objeto de la mayor vigilancia, obligándoles á entregar la correspondencia que reciben y siendo objeto de severos castigos por la menor falta; porque un sargento oyó hablar á tres soldados y sorprendió las palabras «huelga» y «plumas rojas en el sombrero», los denunció, y uno de ellos fue condenado á seis años y otro á seis meses de cárcel; un soldado á quien se cogió un periódico socialista, fue castigado con diez días de reclusión.

El soldado socialista goza entre sus compañeros de merecido prestigio, pues todos admiran á quien tiene el valor de protestar contra el duro régimen imperante; como gozan de la reputación de no dejarse insultar ni abofetear por los jefes, éstos no se atreven, por temor al Parlamento, á maltratarlos, y aunque les imponen todos los castigos reglamentarios, lo hacen guardándoles todo género de consideraciones; en cuanto un recluta parece dispuesto á no dejarse pegar impunemente, todo el mundo se dice al oído que es un *soci,* y el capitán recomienda que no se le injurie, ni menos se le toque. De todo esto resulta que los cuarteles vienen á ser, por unas y otras causas, eficacísimos instrumentos para el fomento del socialismo.

Y no se limita la lucha contra el socialismo en el cuartel á estas persecuciones especiales, sino que se llega al extremo de hacer listas de comerciantes y tenderos socialistas, de cuyas casas está formalmente prohibido surtirse al soldado, que tampoco puede entrar en establecimientos frecuentados por los socialistas ni comprar tabaco en un despacho que pertenezca á un socialista: á un pobre soldado ignorante, denunciado por haber comprado una pipa en casa de Böhle, le costó tal pecado tres días de arresto. Estas listas de proscripción son muchas veces arbitrarias; pero el boicotaje militar no admite apelación. La exasperación que de estas arbitrariedades resulta, lejos de contener al socialismo, le da nuevas alas.

Otro ejemplo del modo con que es tratado el socialismo nos lo da la orden del día del General Stuelpnagel, prohibiendo el año pasado á los suboficiales de la guarnición de Posen: 1.°, casarse con polacas; 2.°, enviar sus hijos á las escuelas superiores, debiéndoles bastar con las elementales; 3.°, casarse con hijas de socialistas. Podían citarse muchos casos en que las tropas han hecho uso de sus armas contra el enemigo interior, y Guillermo II ha llegado á decir en Potsdam: «El soldado debe obedecer sin restricción, aunque se le mande tirar sobre sus padres y hermanos.» Si la nota militarista no se exagerase tanto, es posible que ni el partido socialista fuera tan temible,

ni su antimilitarismo tan decidido. Las exageraciones son en todo contraproducentes y peligrosas. Aunque hay algunos disidentes, la mayoría del partido socialista, guiada por Augusto Bebel, es hostil al sistema de los ejércitos. Bebel ha resumido las pretensiones del partido en este punto en un libro, cuyo título es por sí solo un programa: «¡Nada de ejército permanente! ¡Milicia nacional!»

¿Cuáles son los abusos de que más se quejan los antimilitaristas? El del mal trato que sufre el soldado es el principal. Las cocinas militares no pueden gastar más que 35 céntimos diarios por cada hombre, y el soldado alemán no tiene derecho más que á una sola comida. *Lunes:* carne y macarrones. *Martes:* guisantes y patatas con tocino. *Miércoles:* lentejas, patatas y carne. *Jueves:* patatas, choucroute y carne de cerdo. *Viernes:* sopa de arroz, carne y ciruelas. *Sabado:* patatas, carne y ciruelas. *Domingo:* guisantes, jamón y choucroute. Estos soldados tan mal alimentados pueden beber, en cambio, café por mañana y tarde; pero ¡qué café! Cada uno tiene derecho á 15 gramos de granos de café y 5 de achicorias, con los que hay que hacer *dos litros* de líquido. Para acallar el hambre, sobrexcitada por la violencia de los ejercicios, les dan además, cada cuatro días, un pan de seis libras, verdadero pan de munición, rudo y negro. Tal es el régimen alimenticio del soldado alemán en una nación cuyo presupuesto de guerra asciende á más de 500 millones de marcos anuales.

Pero si come poco, en cambio se le exige un trabajo á veces insoportable: se pretende que llegue á tal grado de precisión mecánica en los menores movimientos, que los ejercicios tienen excesiva duración, siendo causa todos los años de graves accidentes, especialmente en las épocas de grandes fríos ó calores. Pero lo más irritante son los malos tratamientos á que se le somete, y que han obligado varias veces á intervenir sin resultado al mismo Emperador. «Pueden considerarse estos actos de brutalidad—dice el Príncipe de Sajonia—como tormentos refinados, excesos bárbaros y salvajes, que parecen

casi imposibles, dado el origen del personal instructor y de las precauciones é intervenciones con que se hace el servicio.» De los casos referidos por el Príncipe y de los contados por Curt, Abel y otros, se desprende que los soldados son injuriados, abofeteados, pellizcados, apaleados y hasta escupidos por sus Oficiales, especialmente por los Capitanes, y según la declaración de Schöler, no había ni un solo hombre en las diferentes compañías que no hubiera sido abofeteado durante su período de instrucción.

* * *

El anti-italianismo de los italianos.—Tal es el título de un artículo que Lombroso publica en la *Nuova Antologia* y que, cambiando las palabras, es de todo en todo tan aplicable á España, que podría titularse *El anti-españolismo de los españoles.*

Entre nosotros — dice el profundo escritor — se declama mucho de patriotismo italiano y de gloria italiana, y se gasta y se derraman miles y millones de oro y de vidas para mantener enhiesta la bandera italiana; pero todo esto es un triste juego que encubre, ó una supina ignorancia, ó malsanos y viles intereses.

Si tenéis confianza con algún gran industrial, le oiréis con dolor quejarse de que sus productos tienen que viajar con marca extranjera para obtener en su propio país y en el extranjero la estimación que se negaría á la marca indígena. Yo soy el primero en admitir—dice Lombroso—que, en igualdad de mérito, el comprador deba preferir lo más económico, sea cualquiera su procedencia; pero cuando la ventaja es igual ó mayor, es vergonzoso preferir la bandera extranjera, y peor todavía si esa preferencia es causada ó favorecida por las disposiciones del Gobierno.

El desprecio que tenemos á lo nuestro se extiende al mundo de las letras y las artes, y hasta á las producciones científicas. ¿Quién no sabe que todos los días hacemos venir de Francia *pochades* que cualquier estudiante de nuestros liceos po-

dría improvisar? El público no acude á los teatros si la marca de fábrica de las nuevas producciones no viene de *Varietés*. Nuestros novelistas, Fogazzaro, Verga, Roveta, Capuana, etcétera, aun siendo tan superiores, no tienen la popularidad que los novelistas de Francia é Inglaterra; por eso nuestros literatos, como nuestros industriales, tienen que buscar la marca de fábrica extranjera para defenderse mejor en su país.

Y peor es todavía lo que se ve en la ciencia. ¿Quién no sabe que el descubrimiento del cañón Cavalli fue juzgado por el Estado Mayor como idea de loco, hasta que fue adoptado en Francia? ¿No hemos oído todos decir de grandes hombres nuestros, de Sergi por ejemplo, que eran unas nulidades hasta que su mérito fue reconocido por el extranjero? Galileo Ferraris, que había hecho los más grandes descubrimientos en electricidad, no fue apreciado por el Gobierno sino cuando alemanes y americanos reclamaron su presencia en los Congresos electrotécnicos de Nueva York y Francfort.

¿Se quiere una prueba de esto hasta en filosofía? Leed el hermoso libro de Guido Villa *La Psicología Contemporánea,* y veréis que Italia, que ha descubierto dos nuevas ciencias psicológicas, no ocupa en él el menor puesto, cual si hubiese desaparecido del mundo científico contemporáneo; el buen Villa llega hasta negar que los italianos hayan tenido parte en la creación de la psicología patológica, de la que fueron inventores.

Y lo mismo ocurre en otras ciencias. Pareto mismo, célebre en el extranjero por la introducción del elemento matemático en los estudios económicos, habla de la teoría completamente nueva, según la cual las minorías son las que verdaderamente influyen en la marcha de los Estados parlamentarios, y cita una buena lista de extranjeros que han hecho bien poco en el desarrollo de esa doctrina, olvidándose de Mosca, que fue su descubridor. Un jurista de gran valor, Anfosso, ha encontrado recientemente un método y un instrumento de identificación criminal, que hacían tan fáciles estas operaciones, que casi parecían automáticas; pero el Gobierno ha juzgado

preferible el complicadísimo sistema de Bertillon, porque era francés. Al gran descubrimiento de Sanarelli, sobre la fiebre amarilla, los italianos se han atrevido á preferir la opinión de un solo médico desconocido, pero extranjero por supuesto.

Todos lamentamos el fracaso de Italia, no merecido ciertamente, en la Exposición de París, hasta en el arte; pero la primera culpa es de los italianos mismos, que fingían no conocer el mérito de nuestros grandes artistas Bistolfi, Calderini, etc., contentándose con exhumar á los difuntos y á los medio vivos; como en poesía exaltan á Verlaine y Mallarmé mientras fingen no acordarse de Rapisardi, de Pascoli, de Graf y de Cena, que á la desgracia de ser verdaderamente grandes, juntan la de haber nacido en Italia. ¿Quién no recuerda que Ferri obtuvo una cátedra casi por sorpresa, sorpresa de que pronto libraron á Italia sus colegas, dolidos de tenerlo de compañero en la Universidad? Y se trataba de aquel Enrique Ferri de quien los franceses, el pueblo más *chauvin* de la tierra, tuvo que decir después de haber oído sus lecciones: «¿Cómo es que Italia manda penalistas á perfeccionarse entre nosotros, teniendo tales profesores de Derecho?»

Quien quiera explicarse todo esto, recuerde los pobres pollos de Manzoni, que se vengaban de los lazos que los tenían sujetos uno á otro picoteándose mutuamente. Si ya no somos esclavos, sentimos todavía en las carnes la impresión de la cadena que durante tantos siglos hemos arrastrado. Lejos de nosotros ese exagerado nacionalismo que aisla á Francia del mundo; pero no lleguemos á ser tan antinacionalistas que desconozcamos los más grandes y más seguros valores de nuestro propio país. Si no tenemos conciencia de nuestros verdaderos méritos, menos podremos hacerlos valer ante el extranjero.

BIOGRAFIA

Enrique Sienkiewicz.—Enrique Sienkiewicz—dice en la *Revue Universelle,* de Larousse, Casimiro Stryenski—nació el 4

de Mayo de 1846 en Wola Okrzejska, provincia de Radom, en el antiguo reino de Polonia, é hizo su aparición en la república literaria en 1869, con algunos artículos de crítica, publicando al año siguiente su primera novela, *En vano,* que posteriormente no ha querido incluir en la edición de sus obras completas. Entre sus demás ensayos juveniles pueden citarse *Ninguno es profeta en su patria, Las dos vidas, El viejo servidor, Harisia* y *Selim Mirza.*

En el bienio de 1876 á 1878, Sienkiewicz recorrió Alemania, Francia é Inglaterra, pasó el Océano y visitó la América del Norte, trayendo de estos viajes impresiones frescas y personales y mayores alientos. Entonces publicó sus *Cartas de viaje* y algunas novelitas, entre las que merecen citarse *Yanko*, que tiene toda la gracia de un relato de Daudet; *Orso* y *Bartek el vencedor,* que es un episodio de la guerra franco-prusiana, en la que se ve á un aldeano polaco del ducado de Posen, incorporado á su pesar en las filas germánicas para encontrarse á su regreso, como recompensa de su valor, con las injurias y los malos tratos de los prusianos fanáticos, embriagados con la victoria. En otra de sus producciones de aquella época, *El torrero*, hallamos la emoción, la poesía y el ardiente patriotismo que animan casi todos los libros de Sienkiewicz, autor verdaderamente excepcional, representante de aquel pueblo polaco que ha perdido su personalidad política, pero cuya alma vive siempre en las obras literarias y artísticas.

En 1884, Sienkiewicz publicó *Con el hierro y con el fuego,* epopeya más que novela, que es toda una evocación de la Polonia del siglo XVII, y que forma, con *El Diluvio* y *Pan Miguel Wolodjowski,* publicados en 1886 y 1888, una hermosísima trilogia, en la que se reconstituyen con notoria imparcialidad las victorias y los fracasos de los desgraciados polacos.

Tras esta trilogia heroica, Sienkiewicz escribió en 1890 *Sin dogma,* novela modernísima en forma autobiográfica. Ploszowski, el protagonista, se imagina creer en algo y se ilusiona tender á un fin que ignora; sin dogma y sin principios,

es el representante de esos neurasténicos que sufren un nuevo universidolor (*Weltschmertz*), seres inútiles que activan la decadencia de la sociedad. Sienkiewicz ofrece un remedio á esta plaga en *La Familia Polawieski*, publicada en 1894, y que es un retorno á la vida activa y á la religión. En todas sus obras encuentran los polacos su credo patriótico, y ven señalados los puntos por donde puede venir la salvación.

El famoso *Quo vadis?* apareció en 1895 y está reputado como la obra maestra de Sienkiewicz y de la literatura polaca contemporánea; traducido á todas las lenguas cultas, esta magnífica novela ha despertado en todas partes tal entusiasmo, que una fanática americana ha llegado á decir: «La vida no es ya digna de aprecio, ahora que he terminado de leer *Quo vadis?*» Ni aun en esta obra, con su argumento romano, ha perdido de vista el autor á Polonia, y los polacos, como Stryenski, ven en Licia á la misma Polonia, y en los cristianos atormentados á los polacos castigados por su amor á su patria. Tal vez haya en este pretendido simbolismo algo de fantástico, pero el público cosmopolita, poco accesible á tales esoterismos, admira en *Quo vadis?* un cuadro grandioso y terrible, lleno de vida y de animación.

Antes de esta obra, en 1890, publicó *Los crucíferos*, cuyo argumento hemos reseñado en una de nuestras anteriores Revistas (1), y en la que se narran las luchas homéricas de los polacos contra la Orden Teutónica en la segunda mitad del siglo XIV; esta obra viene á ser como una especie de prólogo de la gran trilogia de que antes hemos hecho mención — *Con el hierro y con el fuego*, *El diluvio* y *Pan Miguel Wolodjowski* —siendo el epílogo de la misma la obra más reciente del gran escritor.

Sienkiewicz, gran aficionado á los viajes, ha recorrido, después de su gran expedición de 1876-78, el Africa, recogiendo impresiones de viaje que le han inspirado algunas hermosas

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, Enero, 1901.

páginas sobre Egipto y Zanzíbar. Con frecuencia se detiene en Francia y en Italia, complaciéndose sobre todo en Venecia y en Roma. Pero en todas partes, en París como en Varsovia, y en Venecia como en los Cárpatos, huye de los importunos, contentándose con la compañía de algunos íntimos y de sus dos hijos, que han llegado á ser el consuelo de su temprana viudez. Trabaja siempre, y todos esperan que su maravillosa labor sea todavía larga y fecunda. Los italianos, sobre todo, le están muy agradecidos por la simpatía que les tiene y el cariño que les profesa, y se preparan, según han manifestado Ciampoli y Nemi en la *Nuova Antología,* á honrarle durante las fiestas de su jubileo con el nombramiento de ciudadano romano, que tiene bien merecido.

PSICOFISICA

Psicología del bueno y del mal humor.—Una mañana—dice Camilo Melinand en la *Revue des Revues*—se levanta uno contento de vivir, confiando en sí y en el porvenir, ligero, con el espíritu claro y lleno de ideas risueñas: ese es el *buen humor*. Otro día se despierta uno con despertar amargo, llena la cabeza de ideas negras, descontento, gruñón, pendenciero, misántropo, recogido en sí mismo, rumiando recuerdos desagradables: ese es el *mal humor*.

El buen humor *trae la dicha,* eso es evidente: son días los de buen humor en que todo nos sale bien, días *de vena:* los negocios más embrollados se desenredan como por magia, las gentes que encontramos sólo tienen cosas agradables que decirnos, las cartas que esperamos llegan con todo lo que deseamos; en esos días es cuando se debe pedir, porque se está seguro de obtener; buscar, porque se está seguro de encontrar; presentarse, porque se está seguro de ser recibido.

Otro beneficio del buen humor es que nada *inspira* como él: no hay café ni elixir alguno que valga lo que el buen hu-

mor para aclarar las ideas. Cuando se está de mal humor, todo se hace mal; se dice desde luego una tontería; para rescatarla se dicen otras dos, se revuelve uno frenéticamente y al fin se deja el puesto descontento de sí y furioso con los demás; el buen humor, por el contrario, es la gracia, la armonía, el tacto.

Otro beneficio del buen humor es que nos hace mejores, disponiéndonos á la benevolencia y á la indulgencia; el buen humor es una expansión de sí mismo, como el malo es una contracción, que nos hace malévolos y misántropos. Al que es de ordinario dulce, el mal humor le hace agrio, por despecho. El despecho es una forma extravagante del mal humor; es una extraña necesidad de decir y hacer lo contrario de lo que se quiere; se muere uno de gana de salir de paseo y se queda en casa; se quieren decir palabras tiernas, y se dicen ásperas y feroces, y se exaspera uno más y más.

Y no paran en esto las ventajas del buen humor. El buen humor es contagioso, é irradia, como el calor, sobre todos cuantos nos rodean. Este efecto es sobre todo visible en la intimidad de la familia. Allí, cuando el padre ó la madre se ponen sombríos, todas las frentes se obscurecen; las palabras son pocas y entrecortadas, cada cual pone en ellas una sordina, y hasta los niños parecen inquietos, sintiendo el peso de una atmósfera pesada y sofocante. Con el buen humor ocurre todo lo contrario. Si tenéis que decir á alguien una verdad algo dura, aguardad á estar de buen humor: la diréis mejor y pasará sin tropiezo.

El ideal sería estar siempre de buen humor; pero mientras se descubre el medio de estarlo, bueno es indicar algunas recetas para conseguirlo. La primera es la de tener buena salud, y es lástima que esta receta sea poco práctica, porque es casi soberana. Los días en que está uno bien, el alma se siente radiante; se puede estar triste, pero no agrio. Pensad también en la influencia de una buena comida, del reposo higiénico del cuerpo, de la dosis de sueño que hayamos disfrutado.

Es humillante quizá, pero es cierto: la higiene es la base del buen humor, y la higiene es sencillamente la templanza, la sobriedad.

La segunda causa de nuestro buen ó mal humor, es el estado de nuestro amor propio: basta una alabanza para embellecernos la existencia; basta un éxito para que queramos bien á toda la creación. Por eso las críticas nos irritan; cuando sufrimos un fracaso, volvemos dolorosamente sobre nosotros mismos y no encontramos sino recuerdos de otros fracasos y humillaciones; nos ponemos á sumar esos recuerdos y nuestro humor se hace insufrible hasta que una buena alma nos echa al paso una alabanza que roer. Tengamos, pues, nuestro amor propio en buen estado y para ello hagamos bien todo cuanto hagamos, consagrando nuestro celo á nuestra labor; así se evitará casi siempre el fracaso, y si viene, se sufre menos, porque tiene uno la conciencia á su favor.

La tercera causa que influye poderosamente en nuestro humor es la simpatía ó antipatía que inspiramos. Cuando uno se siente amado, está á gusto y de buen humor; donde uno se siente aborrecido, se está á disgusto y molesto. Tenemos un amigo: se suscita entre ambos una desazón, y basta para estar descontento y nervioso, sin que el equilibrio se restablezca hasta que reaparece la cordialidad. El buen humor no es muchas veces sino la conciencia de ser amado.

La cuarta causa es el orden ó desorden de nuestra vida é ideas: el orden da el buen humor, el desorden agría, lo mismo tratándose del ama de casa que arregla sus armarios que del sabio que ordena sus notas. El orden consiste en *clasificar,* en poner lo semejante junto á lo semejante. La mujer más áspera se vuelve expansiva cuando ha arreglado á su gusto un armario ó artísticamente organizado su salón. Todos nosotros, cuando teníamos un rincón de nuestro despacho ó de nuestra biblioteca desordenado, ¿no estamos encantados el día en que, aprovechando un ocio imprevisto, hemos arreglado los libros ó los juguetes, encontrando para cada uno el puesto definiti-

vo? En cambio, cuando uno ve que pasan días y semanas sin poder arreglar papeles acumulados ó libros amontonados, se pone uno de un humor inabordable.

En las *acciones* el orden es todavía más importante que en los objetos; hay que hacer cada día lo que se debe hacer, sin aplazamientos. Recibís una carta, y por pereza no la contestais; al día siguiente llegan otras y otras, y cuantas más hay más cuesta arriba se hace la tarea; el montón crece y una especie de remordimiento se instala en vuestra alma, una obscura ansiedad turba vuestras alegrías, hasta que llega un día y os poneis desde el amanecer á escribir con frenesí, con rabia, hasta que os acostais extenuado, pero radiante. Y lo mismo ocurre con las *ideas*: el que tiene ideas confusas rara vez está de buen humor.

Hay todavía otra receta que por ser casi infalible hemos dejado para el fin: «para estar de buen humor basta haber cumplido su deber.» Tales son los medios más seguros para gozar de buen humor, y los mismos pueden aplicarse para remediar los accesos de mal humor.

¿Podrían reducirse todas estas causas á una sola? ¿Dependería el mal humor, por ejemplo, de alguna circunstancia esencial y constante? Veamos si se trata de una causa física, y si no trataremos de ver si es psíquica. Concederemos á los fisiólogos que las variaciones del humor están *siempre ligadas* á alguna variación del estado del cuerpo, sobre todo del cerebro, y que el mal humor es un «hecho mixto, físico y moral á la vez». ¿Cuál es la causa de ese fenómeno? No puede negarse que *frecuentemente* la causa es corporal, pero también es innegable que á veces es puramente moral: muchas veces se siente uno malhumorado, y por más que busca no encuentra el motivo; en tales casos fuerza es convenir en que, no habiendo causa ninguna moral, la causa del mal humor es puramente física; pero hay, en cambio, otros casos en que se halla uno en excelente estado de salud, contento y bien dispuesto, y de pronto una palabra mortificante, que hiere nuestro amor pro-

pio, nos pone malhumorados; aquí la causa es evidentemente moral, y la sucesión de los hechos es esta: 1.° Una frase molesta. 2.° Turbación del estado de equilibrio físico y moral. La molestia moral es, pues, causa del mal humor lo mismo que la física.

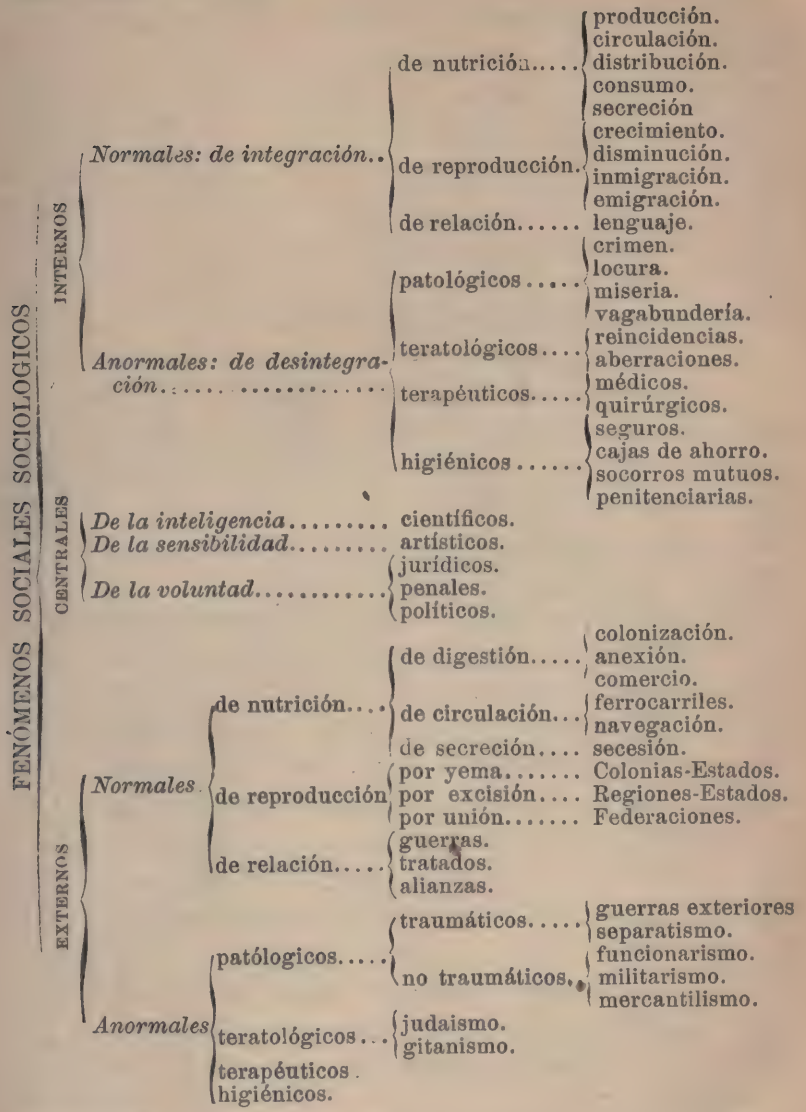
¿Por qué una crítica, un fracaso, nos ponen sombríos? Porque crean en nosotros un «conflicto de deseos y tendencias», fluctuando entre nuestra tendencia natural á admirarnos á nosotros mismos y la tendencia opuesta revelada por la crítica ó el fracaso. ¿Por qué nos disgusta el saber que una persona, cuya amistad deseábamos, siente antipatía hacia nosotros? Porque entonces sentimos vacilar nuestra fe en nuestro propio valer, nueva *fluctuación* de nuestra alma. ¿Por qué el desorden es irritante? Porque no sabemos «por donde empezar» para restablecerlo. Siempre tropezamos con la misma, causa «conflicto de tendencias», *fluctuación*.

En resumen: nuestro humor depende del acuerdo ó del conflicto de nuestras tendencias, de nuestra unidad ó de nuestra dualidad mental, de la fluctuación ó de la decisión de nuestro pensamiento; en otros términos: del sentimiento de nuestro poder ó de nuestra impotencia, lo cual reduce el bueno y el mal humor á las leyes más generales de la alegría y de la tristeza, pues toda alegría tiene por causa el sentimiento ó la conciencia de nuestro poder, y toda tristeza la idea ó el sentimiento de nuestra impotencia.

SOCIOLOGIA

Clasificación de los fenómenos sociales. — Los fenómenos sociales—dice en *L'Humanité nouvelle* Raul de la Grasserie — son los hechos, considerados aislada ó colectivamente, que resultan de la existencia ó del funcionamiento de la sociedad. Su clasificación es más difícil de lo que á primera vista parece, é importa hacerla porque ilumina con clara luz todos los hechos, mostrando su encadenamiento y sus relaciones, y presentando así un cuadro fijo en el que los hechos, los prin-

cipios y las ideas se colocan cada cual en su puesto. He aquí esta clasificación (1).



(1) El autor no la presenta en sinopsis; pero nosotros nos hemos tomado el trabajo, en obsequio á nuestros lectores, de hacer el cuadro sinóptico del texto, que presenta el resumen de la clasificación de Grasserie.

ENSEÑANZA Y EDUCACION

INSTITUCIONES ESCOLARES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—Las instituciones escolares de los Estados Unidos — dice en la *Revue Bleue* Gustavo Lanson — producen, de primera impresión, el efecto de un caos: diversidad infinita, independencia incoherente, nombres distintos para las mismas cosas, cosas distintas con los mismos nombres, coexistencia de todos los tipos y todos los sistemas, sin unidad, coordinación ni autoridad; hay para desconcertar á nuestro espíritu reglamentista, acostumbrado á las claras construcciones geométricas de nuestra Administración centralizada. La enseñanza en los Estados Unidos ofrece todas las irregularidades de las formaciones naturales; y es que allí todo se ha hecho sin plan, ya por el individuo, ya por el espíritu de asociación, tan pronto por la ciudad, como por la provincia ó el Estado.

El despertar pedagógico de los Estados Unidos data de 1837, cuando Horacio Mann fue Secretario de la educación en Massachussets, y sobre todo, de los últimos treinta y cinco años, después de la guerra de secesión. Al principio, la escuela era cosa de los padres de familia; los que no tenían hijos no tenían que sostenerla; pero reconocido el derecho del niño á ser instruído, la comunidad tuvo que preocuparse de hacerlo efectivo, y se fundaron escuelas públicas de todas clases, y se subvencionaron multitud de instituciones privadas de enseñanza primaria, reemplazándose las antiguas escuelas de gramática por las actuales *public high schools* (altas escuelas públicas), especie de escuelas de adultos sostenidas por los Municipios ó las provincias, que sirven de regulador á la enseñanza secundaria.

El *colegio* (el tipo de institución más parecido á los Institutos ó liceos de Europa) era y ha seguido siendo el órgano central preponderante de toda enseñanza que no sea puramen-

te elemental; se entra en él al salir de las *high schools* y de allí se pasa á las Universidades, siendo para muchos el término de los estudios generales. Se entra en el *colegio* niño, y se sale hombre, viviendo allí en sociedad y en libertad, enmedio de una tribu juvenil y laboriosa. La mayor parte de los hombres que han fundado la República americana ó han contribuído á su engrandecimiento, se han formado en el *colegio,* y no han recibido otro grado de cultura.

Los colegios pululan, y cada uno tiene su fisonomía particular, su organización, por algún concepto única, siendo lo característico de aquella nación que, durante mucho tiempo, no ha existido allí ninguna otra enseñanza superior, saliéndose del colegio á los veinte años con el grado de bachiller en artes sin que se diera ningún otro título. Sólo en 1861 es cuando una Universidad, la de Yale, confirió el diploma de Doctor en Filosofía, y sólo entonces puede decirse que nació la Universidad americana, que tan maravillosamente se ha desarrollado en cuarenta años. Nacida del *colegio*, es su prolongación, apareciendo tan inseparables ambas instituciones, que las nuevas Universidades, fundadas de un solo golpe, como las de Juan Hopkin, Cornell y Chicago, llevan siempre como base un *colegio* que les prepare estudiantes (1). Sólo dos Universidades, de formación reciente, carecen de este plantel.

La última Exposición nos ha mostrado esas Universidades americanas con sus vastos parques; sus Facultades, instaladas cómodamente; sus galerías; sus laboratorios; sus bibliotecas; sus museos; su numeroso personal, con todo el material exigido por la ciencia moderna, todo concebido y ejecutado con grandiosidad y con espíritu práctico, de tal modo, que cuando

(1) Bueno es que se enteren de todos estos hechos los que han imbuído á nuestro Ministro de Instrucción pública el concepto equivocado de la Universidad como mero conjunto de Facultades, concepto reñido con la tradición y con la Historia, que empequeñece la misión de la Universidad, que la aisla y debilita socialmente, y que pugna hasta con el nombre mismo que la Universidad lleva.

se vuelve la vista á nuestras Universidades europeas, se siente uno humillado, haciendo el efecto de parientes pobres. Muchas de estas Universidades lo son de Estado, pero ni aun en éstas hay planes generales ni unidad. Cada establecimiento nace de un acto particular, tiene su fuero especial y su independencia completa, salvo en sus relaciones con el Estado. Sólo el Estado de Nueva York ha concebido una Universidad por el modelo de las de Francia, realizando desde fines del siglo XVIII un proyecto de Diderot, abarcando toda la instrucción secundaria y superior del Estado.

La intervención de la nación federal en materia educativa se reduce á sostener una «oficina de educación», que hace estadísticas anuales, y expone todo lo que se hace en el país y en el extranjero en materia de educación, suministrando á cada establecimiento los medios de conocerse por comparación y de perfeccionarse, para no quedarse rezagado. Simple agencia de información, el negociado de educación de Washington es un poderoso agente de progreso y de unificación.

Los resultados de toda esta organización escolar son los siguientes: 16.500.000 niños alistados en 1898 en las diferentes clases de escuelas primarias; encima de éstas más de 7.000 escuelas de adultos (*high schools* y Academias), y encima, todavía, 677 *colegios* ó Institutos y Universidades. Desde los cinco hasta los veinticinco años, el individuo puede atender á la cultura de sus facultades intelectuales: ocho años en las escuelas de párvulos y primarias, cuatro años en las *high schools*, cuatro (á partir de los diez y siete á diez y ocho) en el *colegio* y otros cuatro, finalmente, en la Universidad. De este tronco general arrancan á diferentes alturas numerosas escuelas profesionales, que reciben al alumno, ya al salir de la *high school*, ya del *colegio*, ya de la Universidad.

En cuanto al espíritu, á las tendencias dominantes en la educación norteamericana, los dos rasgos que la caracterizan son la tendencia democrática y el espíritu científico. En la enseñanza secundaria se encuentran los tres sistemas: clásico con

latín, moderno con inglés y científico, gozando el clásico de mayor boga que los otros dos. Para vencer las dificultades del amontonamiento de materias existe un sistema de equivalencias que permite elegir á cada alumno las asignaturas que más le convengan, prefiriéndose siempre pocos estudios hechos á fondo, á ese defloramiento de todas las ciencias, que no permite penetrar en ninguna. En ninguna parte, ni en contabilidad, ni en lenguas vivas, se olvida el fin principal: formar el espíritu científico, sin sacrificar por eso el saber positivo ó la cultura formal; se quiere que todo se enseñe de modo que el alumno esté adiestrado en el manejo de los métodos, para que vea por sí mismo cómo se elabora la verdad y en qué señales se la reconoce.

Las Universidades son laboratorios de investigación; el individuo no trabaja en ellas para sí, sino para la ciencia; no va en busca de ventajas de carrera, sino de saber. La lucha, sin embargo, es grande contra los alumnos que quieren precipitar los cursos alimenticios, los que aseguran «el pan y la manteca», *bread and butter courses;* la tendencia utilitaria se tiene á raya, y el gusto desinteresado de la ciencia se desarrolla con vigor. Uno de los caracteres de estas Universidades, que prueba el valor que se da en ellas á la alta cultura, es la proporción del número de estudiantes con el de maestros. Chicago tiene 850 estudiantes para 130 profesores; Hopkins, 210 para 64; Yale, 283 para 112; Bryn Maur, 61 para 25; el colegio Radcliffe, 57 profesores para 58 estudiantes, y el de Welesley, 27 estudiantes para 47 profesores.

Como último rasgo digno de mención, puede citarse la autoridad de que gozan los inspectores, administradores y directores. Un solo hombre, con extensos poderes y fuerte responsabilidad: tal es para los americanos el medio de conseguir que se trabaje, y que se trabaje bien. «Cada uno de los dos grandes departamentos, administración é instrucción, será dirigido por un solo oficial, investido de amplia autoridad y cargado con plena responsabilidad; si algo marcha mal, él respon-

derá; él debe perfeccionar la organización de su departamento y planear y ejecutar las reformas procedentes; si no puede hacerlo en tiempo razonable, le reemplazará quien pueda hacerlo.» Ese es el secreto del vigoroso impulso de la enseñanza americana.

BELLAS ARTES

Escultura románica en España.—En el órgano oficial de la Sociedad Española de Excursiones ha publicado su infatigable y erudito Presidente, D. Enrique Serrano Fatigati, un hermoso trabajo sobre la «Escultura románica en España».

La tesis que parece servir de punto de partida y de línea de trabazón á la gran riqueza de datos acumulados en esta interesante monografía, es la de que ni la época de florecimiento del arte románico en la Península puede fijarse con precisión, por variar de unas á otras comarcas, ni sus caracteres típicos pueden tampoco señalarse á la manera de una recta que sirva de divisoria á este estilo del precedente y del siguiente, sino más bien á modo de quebrada línea cuyos ángulos salientes penetran á veces profundamente en los dominios del arte gótico, mientras los entrantes se pierden en ocasiones en los dominios de la degeneración clásico-visigótica. Si á esto se agrega la demostración cumplida de que el románico español, sin renegar de su filiación oriental y septentrional, tiene sello propio y originalidad innegable, se tendrá completo el cañamazo en que Serrano Fatigati ha bordado los mil primores de su nueva producción, fruto concienzudo de sus numerosas excursiones.

El procedimiento declarado por Choisy, como general en el período románico y como absoluto en el gótico, de colocar las piedras completamente talladas, no se siguió siempre en España, donde se pusieron á veces bloques de piedra en lugar de los capiteles, esculpiéndolos después. «En este flujo y reflujo de

perfiles, que parecen borrarse en una centuria para reaparecer en la siguiente, se transmiten de unas comarcas á otras las tradiciones, obscurecidas durante cierto período en las segundas por energías transitorias más intensas y devotamente cultivadas en las primeras; sólo así puede explicarse que elementos ornamentales que parecen en una época definitivamente sustituídos por nuevos motivos de decoración, vuelvan á aparecer en la siguiente, cual ocurre con grecas, meandros, funículos, ajedrezados, hojas de acanto, palmetas, fíbulas, que aglomeran en abigarrado conjunto los alfabetos clásico, bizantino, asiático y bárbaro.» El primoroso busto greco-fenicio de Elche, hoy en el Louvre, y las esculturas del Cerro de los Santos, en el Museo Arqueológico de Madrid, indican la misión reservada en el arte á la Península, como asiento de grandes sincretismos.

Del paralelo establecido entre las esculturas de las fábricas y los dibujos de los Códices, puede sacarse la consecuencia de que no hay dato ninguuo gráfico que permita llevar hasta el siglo x las únicas construcciones clasificadas como de tan remota época, y que si han de traerse al siglo xi, ya se tiene en ellas y en San Miguel de Escalada los términos de enlace para pasar sin violencia de unos á otros estilos medioevales. Todo el siglo xi fue como la infancia del románico español, siendo preciso llevar hasta el xii las ya ricas esculturas de nuestros claustros y fachadas.

Tres fábricas de diversas comarcas, la iglesia del Salvador de Sepúlveda, la de San Pedro de la Nave, de la provincia de Zamora, y San Benito de Bagés, en Cataluña, pueden citarse como tipos de las muchas que debieron existir en el siglo xi, marcando los últimos trabajos que habían de preparar el brillante florecimiento de las escuelas románicas. Los capiteles de Sepúlveda con sus bajorrelieves, sus estrellas de seis radios, sus cabezas de perro invertidas, sus serpientes, sus cuerdas. sus copias de fábulas bárbaras y sus mascarones, representan los albores del románico junto á los últimos destellos del bi-

zantino, confirmando esta impresión la forma tosquísima de resolver el obrero el problema arquitectónico de la época, consistente en la relación del abaco cuadrilátero con el fuste cilíndrico. Las representaciones bíblicas de San Pedro de la Nave, con todos sus indicios de arcaismo en actitudes y ropajes, se hallan distantes de los manuscritos del siglo x, y en San Benito de Bagés el tipo es ya románico, pero siempre primitivo. La iglesia de San Isidoro de León, más interesante todavía, presenta una serie de capiteles decorados, que nos llevan desde las formas atribuibles al siglo xi hasta las que caracterizan francamente el xii. De la interpretación decadente de lo clásico en San Miguel de Escalada, se pasó así al empleo de nuevos elementos decorativos importados del Oriente y del Norte y á los pristinos indicios de figura humana en el Salvador de Sepúlveda, y á la interpretación de escenas bíblicas en San Pedro de la Nave y en San Benet de Bagés.

Si Giusti hubiera estudiado los doscientos monumentos románicos que poseemos en España tan concienzudamente como los sepulcros de Coca, no hubiera estampado juicio tan equivocado como el que formula en su desdichada introducción á la *Guía*, de Bædecker, sobre los imagineros españoles, diciendo que no sabían hacer más que muñecos, y que todas nuestras buenas esculturas de los siglos xii y xiii son de manos extranjeras. La rica imaginería que luce en las fábricas de Santillana del Mar, Cervatos, Santo Domingo de Silos, Salamanca, Zamora, Ávila, Segovia, Santiago, Estella, Puente la Reina, San Juan de la Peña, San Pedro el Viejo, Soria, Ripoll, San Cucufate del Vallés, Gerona, Tarragona, y cien otros monumentos, prueban cumpidamente el error del sabio alemán, demostrando por los asuntos y la ejecución la mezcla de influencias exóticas y el vigor del arte indígena.

Los asuntos cambian de las naves á las portadas y de éstas á los claustros: dominan en las primeras los pasajes del Evangelio, los follajes, animales reales y fantásticos, con la gran variedad que llega desde las caprichosas figuras de la catedral

vieja de Salamanca hasta las escenas bíblicas de San Millán de Segovia; en las portadas, en cambio, abundan las representaciones de la Historia Sagrada, y en los claustros se despliega el cuadro de los conocimientos de los monjes que dirigían las obras y de los obreros que las ejecutaban, reflejo vivo de la sociedad contemporánea. Esta variedad de motivos de ornamentación, especialmente en la representación de tipos locales, tenía que romper la monotonía hierática de las figuras consagradas, dejando á los artistas amplio campo de inventiva y de perfeccionamiento, que explica la coexistencia del influjo francés y oriental con los arranques de independencia del castellano, aragonés, catalán y gallego, y con la evolución misma que, por efecto del clima y del ambiente, sufrían en la Península los mismos artistas extranjeros.

PSICOLOGIA INFANTIL

El «child study-movement» en los Estados Unidos.— Aunque la iniciativa haya partido de Europa, los Estados Unidos han consagrado al estudio de los niños tantos y tan meritorios trabajos, según resulta del artículo que á los mismos dedica Amy A. Bernardi en la *Rivista Moderna,* que los progresos hechos por la psicología de la infancia son, en gran parte, debidos en estos últimos años á la labor norteamericana, y especialmente al Dr. Stanley-Hall, paladín y apóstol de este gran movimiento, que dispone ya de instituciones especiales, periódicos y revistas, y que aspira á hacer del «child-study», ó estudio de los niños, una nueva ciencia que ocupe el mismo puesto que la embriología respecto á la Anatomía.

Bajo la dirección de Stanley Hall se han practicado exploraciones sistemáticas, por medio de preguntas propias de la enciclopedia infantil, para averiguar el estado intelectual de los niños á su ingreso en la escuela. De cada cien respuestas la mayoría eran negativas; entre los colores, el más conocido

era el rojo; entre los números, el tres; entre las partes del cuerpo, la rodilla y la garganta; entre los animales, los gusanos, las mariposas y las gallinas; entre los frutos, la miel; el 14 por 100 de los interrogados ignoraban la edad que tenían; el 6 por 100 tenía cuatro años, el 37 por 100 cinco, el 25 seis, el 12 siete y el 2 ocho. De cuarenta y nueve preguntas respondieron á treinta y cuatro mejor los varones que las hembras; éstas dan respuestas más exactas sobre las partes del cuerpo, la vida familiar, el trueno y el relámpago, el cuadrilátero, el círculo y el triángulo; pero no comprenden tan bien el cubo, la esfera y la pirámide.

En conjunto resulta que se puede fiar muy poco del valor pedagógico de los conocimientos poseídos por los niños al iniciarse su vida escolar, y que la mejor preparación para la escuela es el conocimiento de la naturaleza, y sobre todo del campo. El niño educado en la ciudad tiene menos conocimiento de hechos, pero más difuso, y por consiguiente más superficial, aunque conoce mejor la naturaleza humana. Tres cuartas partes de los niños preguntados creen que la tierra es plana y á muchos les parece como un gran *dollar*. Los niños consiguen comprender mejor lo que es malo que lo que es bueno; pero el sexo establece en seguida diferencias: los varones dicen que es malo robar, luchar, tirar piedras, romper cristales, embriagarse; mientras que para las niñas es malo no peinarse, trepar á los árboles, mancharse los vestidos, tener las manos sucias, etc.

Otro experimento se refiere á los dibujos de los niños y se hizo con 6.393 niños, á cada uno de los cuales se le dió papel y lápiz para que dibujara la escena que más le hubiera impresionado de un cuento que se les acababa de leer. Del examen de los 15.218 dibujos presentados, deduce el profesor Barnes que el dibujo es para los niños un medio de expresión; que los niños adoptan, naturalmente, símbolos y formas convencionales para expresar lo que quieren decir; que piensan poco y su proceso intelectual es fragmentario; que tienen tendencia

á dibujar figuras grandes con pocas líneas, con negro y blanco, reservando los colores para los efectos decorativos; y que hasta los nueve años dibujan con preferencia caras enteras, y sólo después prefieren el perfil; que todos descuidan el resto del cuerpo para dar importancia á la cabeza; que saben escoger el momento dramático de la acción, esto es, no la catástrofe, sino el episodio que la precede; y que hay poca diferencia entre niños y niñas en el dibujo.

También es curiosa la indagación de Margarita Schallenberger sobre el sentido infantil del derecho y el deber. Se suplicaba á los maestros que contaran, leyeran ó dictaran á sus alumnos la historia de una niña que, teniendo una caja de colores, había manchado con ellos los sillones de la sala de su casa, y que había sido castigada por su madre quitándole la caja y enviándola á la cama; tras este relato se había de preguntar á cada alumno su opinión sobre el castigo impuesto á aquella niña sucia. Los pequeños jueces se mostraron feroces é inexorables; las amenazas que una insignificante minoría sugería como castigo, parecieron á la mayoría una debilidad; así de 2.000 niños de seis años no hubo uno que fuese indulgente; de los de doce años apenas veintinueve entre 2000 se prestaban á tan débiles remedios, y de los de quince no pasaban de 85 los que se contentaban con el castigo impuesto; 512 niñas y 590 niños entre 1.000 de seis años reclamaban que se azotara á la culpable; á los diez y seis años la desproporción entre ambos sexos es mayor, siendo 59 muchachas y 133 muchachos los que están por las correcciones contundentes, observándose en general que los más pequeños piensan en las consecuencias de la acción y los más grandes en los motivos, por cuya razón se explica que 400 niños de diez y seis años entre mil tiendan á excusar á la niña culpable, que quizá no sabía el daño que hacía al pintar los famosos sillones.

Yoder, entretanto, estudiaba la infancia de los grandes hombres y de sus progenitores y antepasados, á fin de obtener datos suficientes para indicar á los maestros los niños mejor

dispuestos para tales ó cuales enseñanzas. Según sus observaciones, el promedio de los hijos en las familias en que nace un *great man* (un gran hombre), es de seis; el tiempo que media entre el hermano inmediatamente mayor y el *great man child*, es en 26 casos de 22,89 meses, mientras que el promedio de los intervalos es de 35,36 meses en 33 casos; que de 50 grandes hombres (todos del siglo XIX), 11 son hijos únicos, y 16 los últimos de la familia; que la debilidad ó anormalidad física no es condición de grandeza; que muchos grandes hombres han tenido de niños gran imaginación, y que es errónea la idea de que deban su éxito á la educación materna, pues muchos se han visto privados de ella.

La «Sociedad ilinesa para el estudio de los niños» se ocupa de los motivos por que los niños prefieren una cosa ó se conducen de un modo mejor que de otro, y de las causas directas é indirectas, manifiestas ú ocultas que les inclinan á obrar y á pensar de tal ó cual modo. Barnes y Eduardo Shaw han investigado por su parte las cosas que interesan á los niños, imponiéndose á su fantasía y fijándose en su memoria estudiando la asociación de sus ideas: según Shaw, el interés del niño es egoístico en razón inversa de la edad. El Dr. Hall escribió un cuento de 324 palabras, del cual debían escribir los niños todo lo que recordaban; los datos recogidos prueban que el máximum de la memoria es alcanzado pronto, regularmente en los hombres é irregularmente en las hembras; los períodos vienen recordados en razón inversa de su longitud y de los accesorios superfluos; el aumento de la memoria es mayor en las hembras, más precoces naturalmente que los varones.

Mauricio Small, de la Universidad de Clark, estudia la sugestibilidad en niños normales. Según él, es necesario separar de éstos á los anormales y tener maestros vigorosos, prontos, capaces de dominar á los niños, no sólo con la inteligencia, sino con la simpatía, la influencia personal, la familiaridad y la confianza; la soledad es peligrosa, lo mismo que ciertos juegos. Luisa Maitland ha recogido 795 testimonios relativos

á las creencias sobrenaturales de los niños; la mayor parte ha creído en fantasmas y espectros, y de la minoría, unos han tenido miedo, aunque no han creído, y otros han dudado; de 110 interrogados, 77 habían adquirido esas ideas en sus coloquios con otros niños, con sus criados ó sus parientes, y 33 en sus lecturas ó por habérselo imaginado; la concepción más frecuente del fantasma es la de un sér vestido de blanco que aparece en la obscuridad ó en el cementerio; de 95 niños, 42 tuvieron miedo, 17 quedaron fascinados por la aparición, 13 temblaron por las consecuencias, cinco no temieron, tres se avergonzaron de contarla, y dos sintieron deseo de huir.

El Dr. Bohannon ha estudiado la herencia de las cualidades que hacen á los niños excepcionales por lo buenos ó por lo malos: los resultados prueban que las cualidades buenas son más fácilmente trasmisibles (629) que las malas (281). El doctor Dawson, estudiando estas malas cualidades características de degeneración, las encuentra no sólo en lo moral, sino en lo intelectual y lo físico: pequeña estatura, peso menor, poca fuerza, mayor sensibilidad al dolor, cabeza más pequeña ó más larga que la normal, cara asimétrica, paladar deformado, vista, oído ó tacto y memoria deficientes.

En cuanto á los castigos, la mayoría atestigua su justicia y confiesa su utilidad; antes de los nueve años en general no se siente la conciencia de ellos, y antes de los trece se habla poco de ella; sólo en un niño de tres años se ha encontrado una conciencia extraordinariamente desarrollada. De todas las investigaciones sobre la influencia del ambiente se deduce la confirmación de los resultados sobre la impresionabilidad de los niños y el hecho de la eficacia del ejemplo, mayor que cualquier razonamiento y más fuerte cuanto más simpática es la persona que lo da.

La elección de los juegos se inspira en el mayor placer que proporcionan: Ellis, Stanley, Hall y la señorita Wiltse han recogido unos dos mil testimonios sobre la importancia que tiene la muñeca en la vida de los niños de tres á doce años; la

mayoría está convencida de la bondad de las muñecas, y las atribuyen afectos, celos, frío, calor, etc.; siendo curiosísimos los datos referentes al supuesto nacimiento, vida, muerte, funerales, carácter, instrucción, etc., de las muñecas. Bohannon, estudiando los hijos únicos, les encuentra graves defectos físicos y mentales; no les gusta jugar con otros niños, y prefieren la compañía de las personas mayores; no saben dominarse, suelen ser precoces, y entre sus buenas cualidades prevalece el cariño, y entre las malas el egoísmo, debido frecuentemente á la educación solitaria y á la indulgencia doméstica.

IMPRESIONES Y NOTAS

Molière y Shakspeare. — En un paralelo entre estos dos insignes creadores, que el gran actor Coquelin hace en la *Grande Revue,* de París, establece el autor en la labor de ambos dramaturgos cuatro períodos distintos: el de tanteo ó imitación, el de improvisación, el de observación y el del perfecto dominio del arte. Fuera de estas semejanzas, todo lo demás son diferencias: las comedias de Shakspeare son obras de soñador, y las de Molière tienen masa de realidad; Shakspeare tiene el corazón, y Molière la cabeza; los personajes de Shakspeare son formas del hombre ondeante y diverso, y los de Molière son hombres de una pieza; Shakspeare ve la vida móvil, turbia, sujeta á los vientos y á la lluvia, y Molière la ve en lo que tiene de permanentemente humana; Shakspeare nos enseña á meditar, y Molière á vivir; mejor actor Shakspeare, Molière es más seguro y completo observador; Shakspeare no se ha preocupado de reformar la sociedad por el teatro, mientras que Molière ha estimado la escena como una fuerza social; Shakspeare fue en su patria el fruto supremo de la Edad Media, y Molière es la más armónica fusión del genio latino con el genio galo.

***

El préstamo popular.—En un interesante estudio dedicado por el Vizconde de Avenel en la *Revue des Deux Mondes* al «mecanismo de la vida moderna», hallamos algunos curiosos datos sobre el préstamo popular en Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los prestamistas de Londres, cuya profesión es libre mediante el pago de una patente, hacen anualmente 243 millones de francos de préstamos, sobre unos 39 millones de prendas, siendo el promedio de las cantidades prestadas 2,50 francos ó dos chelines, y percibiendo de un 20 á un 25 por 100 de interés. Los Gobseck, en América, perciben de un 24 á un 36 por 100; pero se ha fundado en Nueva York un Banco que sólo percibe un 12 por 100. En París, el número de empeños es de 190.000, y el promedio de los préstamos de 30 francos, representando los obreros el 60 por 100 de los prestatarios, y el 10 por 100 los pequeños fabricantes y negociantes. El interés es de 6,35 por 100, y apenas permite cubrir los gastos muchas veces. Además existen en París 450 casas que prestan sobre reconocimientos, al tipo de 60 á 120 por 100 al año.

Es curiosa la historia de algunos empeños: en 1895 se vendió una docena de servilletas empeñadas en 1853, ó sea cuarenta y dos años antes, en 8 francos; actualmente existe en los almacenes del depósito principal del Monte de Piedad un paraguas perteneciente á la nieta de un Ministro de Luis Felipe, que hace veinticinco años que viene pagando el interés del pequeño préstamo obtenido mediante aquel empeño.

* * *

El problema de los Evangelios y su solución.—Tal es el título de una obra de José Palmer, analizada por Elías Reclus en *L'Humanité Nouvelle*. Los Evangelios sipnóticos — los de San Mateo, San Marcos y San Lucas—tienen la misma inspiración, y parecen calcados sobre el mismo modelo, mientras el de San Juan revela otras preocupaciones y otro modo de pen-

sar. El problema de los orígenes de los Evangelios lo resuelve Palmer, á quien no parecen suficientemente ortodoxas las conclusiones á que ha llegado la crítica moderna, del modo siguiente:

1.° Los relatos evangélicos fueron redactados á medida que se desarrollaban los sucesos á que se referían, y los discursos de Jesús anotados según los pronunciaba. 2.° Jesús hablaba corrientemente el patuá y la lengua vulgar; los sinópticos refieren los discursos que pronunciaba en arameo, y San Juan los que pronunciaba en griego. 3.° El texto de los sinópticos fue revisado por los Apóstoles, que le dieron la redacción definitiva. 4.° Las notas de que hicieron uso San Lucas y San Mateo, habían sido escritas en pedacitos de papel, en cuyo arreglo hubo luego algún desorden, de donde proceden algunas inexactitudes en la cronología de San Lucas.

El primer texto que se puso en circulación fue el de San Mateo, redactado con el concurso de la familia de Jesús, y con los papeles, documentos y árbol genealógico de San José, suministrados por la misma: San Lucas tuvo á la vista la lista de los antepasados de María.

***

La lengua española en los Estados Unidos.—La llegada de 1.400 maestros y maestras de la isla de Cuba para estudiar en la Universidad de Harvard y para penetrarse de las ideas americanas, ha despertado—dice Geddes en *Le Maître phonétique*—extraordinario interés por todo lo que se refiere á la vida, la lengua y la literatura española.

En los periódicos se han publicado de tiempo en tiempo artículos y cuentos en español, y los nombres de Galdós, Alarcón, Valera y Valdés, cuyas obras están de venta en todas las librerías, son tan bién conocidos por los aficionados como los de Gautier, Maupassant, Daudet y Zola. La casa Heat y Compañía, de Boston, anuncia catorce libros escolares en español,

la mayor parte de los cuales son novelas ó trozos escogidos con vocabularios ó notas de profesores. La casa Ginn y Compañía, Holt y Compañía, Appleton y Compañía, y la American Book y Compañía, han añadido muchas obras á su lista de libros españoles. Pasando así revista á la actividad lingüística del año último, es fácil comprobar que jamás se ha mostrado tanto empeño por el estudio del español. Las clases de los colegios ó escuelas donde se enseña este idioma, han doblado el número de sus concurrentes, y esta actividad se ha desplegado en cierta medida, á expensas, principalmente, del italiano, cuyo interés más bien ha disminuído, en lugar del aumento normal que se venía observando.

* * *

El reloj de movimiento continuo.—Según *La Vie Scientifique*, León Palis ha presentado en la última Exposición Universal un reloj de su invención, que resuelve el problema del movimiento continuo, habiendo, en efecto, funcionado durante dos meses sin interrupción, y no habiendo razón para que detenga su marcha, mientras no se inutilice por el uso su mecanismo. Aunque, como dice el autor, el aparato se halla todavía en estado embrionario, constituye realmente un género de motor que está llamado á producir una verdadera revolución en mecánica.

El principio de la invención se reduce á la aplicación del magnetismo. El soporte del aparato es de acero imantado, y cuando la rueda, que lleva dos coronas de 26 palancas movibles, coloca el brazo menor de éstas frente al rodillo, la palanca, por efecto de la repulsión, se levanta hasta ponerse vertical, de modo que el movimiento de la rueda la inclina de nuevo y la hace caer en sentido opuesto, transformando su peso en fuerza viva que hace marchar el aparato. La cosa no puede ser más sencilla, y no es esta sencillez el menor mérito de la invención.

* * *

El parasitismo político.—El antiguo corresponsal del *Times*, Blowitz, entiende, según manifiesta en la *North American Review*, que una de las causas más eficaces del malestar social y político contemporáneos, es la ingerencia en los negocios públicos de una turba de *parásitos*, es decir, de políticos sin preparación técnica sociológica, con ideas vagas y superficiales sobre todas las cuestiones, siempre dispuestos á satisfacer toda clase de apetitos y aspiraciones, declarándose capaces de resolverlo todo y de arreglarlo todo, y arrogándose el derecho de ocupar todos los puestos y de representar todos los papeles.

La supresión de esta plaga de parásitos es, según Blowitz, la única que puede asegurar la salvación de la sociedad en el siglo xx, siglo que ha de ver muchas grandes y terribles guerras, la primera de las cuales ha de estallar á consecuencia de la muerte del Emperador Francisco José, único lazo que todavía sujeta bajo una común dominación grupos étnicos tan diferentes como los que hoy componen el Estado de Austria-Hungría: el resultado de esta primera guerra será, seguramente, la incorporación de unos seis millones de austriacos alemanes al Imperio de Alemania, que se convertirá de este modo en el Imperio más formidable de Europa, por su vigorosa organización militar.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La marche de l'humanité et les grands hommes d'apres la doctrine positive, por E. Bombard.—Un vol. de 313 págs.—París, 1900, Giard y Brière, editores. Su precio, 8 francos.

Este libro es el volumen XXII de la *Biblioteca sociológica internacional* que en París dirige el Sr. Worms: como su mismo título indica, es el libro de un positivista; comprende en rigor dos partes diferentes por su contenido y alcance. En la primera, la más larga é importante, se hace la historia del desenvolvimiento de la humanidad, representada aquélla en los grandes hombres. «La humanidad, á partir de una organización social, dice el Sr. Bombard, que descansaba en *el teologismo y en la guerra,* ha avanzado poco á poco hacia una organización nueva, á la cual parece acercarse y que estará fundada en la ciencia y en la industria.» «La civilización, añade, en un momento cualquiera, está representada por el conjunto de los productos de la inteligencia, de la actividad y de la sociabilidad humana, conjunto que es la consecuencia lógica de una especie de filosofía, creencia, religión, comunmente aceptada.... Hacer la historia de la civilización es, pues, hacer la historia de las doctrinas, religiosas ó no, que han servido de guía á la humanidad». Ahora bien, en la producción de esas doctrinas desempeñan gran papel los *grandes hombres*, «en cuanto ellos son los que han iluminado el camino ó ayudado la marcha espontánea de la humanidad». De ahí la im-

portancia que tiene el conocimiento de la representación particular de los grandes hombres. El Sr. Bombard se propone, en efecto, «procurar una ojeada de conjunto de la marcha de la humanidad en la raza blanca, refiriéndose á *todos los grandes hombres* inscritos en el calendario positivista».

En la segunda parte, el Sr. Bombard estudia y expone la evolución especial de la inteligencia humana, resumiendo en un apéndice las principales teorías del positivismo.

A. Posada.

Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura, per Giacomo Leopardi.—Volumen VI, 457 páginas, y volumen VII, 485 páginas, á 3,50 liras cada uno.—Florencia, s uccessori Le Monnier, editores, 1900.

Con estos dos volúmenes queda terminada la publicación del *Zibaldone* ó *Centón* de pensamientos que el gran Leopardi dejó manuscrito y que ha permanecido inédito hasta ahora, en que, merced á las favorables cir cunstancias de que se habló en su día en estas mismas columnas, ha sido dado á luz, en siete elegantes tomos, por la casa editorial de Florencia, *Successori Le Monnier*, y por cuenta del Ministerio de Instrucción pública italiano. El lector asiduo de La España Moderna recordará acaso que á medida que los varios tomos han ido saliendo á la publicidad, se ha ido dando cuenta de ellos.

Concluída la obra, puédese ya apreciar todo el valor que tiene. Es por de pronto verdaderamente admirable la cantidad enorme de fuerzas que en ella puso, quien de naturaleza disponía de pocas. Sin un trabajo ininterrumpido, no se concibe que pudiera una persona, en menos de cuarenta años de vida, y por consiguiente, en unos veinte á lo más de labor, reflexionar, leer y cotejar tanto como demuestra haber reflexionado, leído y co tejado Leopardi, y por añadidura, escribir tan ordenada y correctamente como él lo hizo, con todas las acotaciones completas, con referencias abundantísimas de unas partes,

ó pensamientos del *Zibaldone* en otras, y hasta con índices completísimos y muy detallados, por materias y por autores. Y todo este esfuerzo, empleado en una obra para el uso privativo del autor, no destinada al público, y sin perjuicio de dar á la estampa, para éste, otras varias, en verso y prosa.

Por otro lado, aun no siendo el *Zibaldone*—ni podía serlo, por su misma índole de Diario íntimo—un tratado sistemático y perfectamente organizado de filosofía, ni de estética, ni de filología, ni de literatura, con sus divisiones en partes, capítulos y demás, contiene mucha más doctrina, y más original, y más profunda, sobre todas estas cosas que la que ofrecen largos libros escritos bajo títulos ambiciosos y tentadores. Hay en el *Zibaldone* un arsenal abundantísimo de pensamiento, variado, interesantísimo, ameno; ideas y teorías melancólicas, tristes, de desaliento y disgusto, al lado de otras (en gran número), de las que decimos hoy revolucionarias, hasta disolventes, como la disertación contra la sociedad humana (tomo VI, págs. 164-196); unas y otras, y todas, expuestas siempre con el encanto y la manera tan atractiva con que aquel gran artista y literato escribía de continuo.

Júzguese por estos ejemplos, que tomo al azar del último volumen: como ellos, podría citarlos á centenares, pues toda la obra es así, desde que comienza hasta que termina: «Es cosa rarísima en la sociedad, un hombre verdaderamente soportable.» «Grande estudio (ambición) de los hombres mientras no han adquirido la madurez, es parecer hombres hechos, y cuando son ya hombres hechos, quieren parecer jóvenes.» «Hablamos diariamente de las leyes de la Naturaleza (aun para rechazar por imposible tal ó cual hecho) como si de la Naturaleza conociésemos algo más que hechos, y pocos. Las pretendidas leyes de la Naturaleza no son otra cosa que los hechos que conocemos. Hoy, con mucha razón, los verdaderos filósofos, al oir hablar de hechos increíbles, suspenden su juicio, sin atreverse á pronunciarse en pro de su imposibilidad. Sábese hoy, con bastante generalidad, que desconocemos las

leyes de la Naturaleza. Y por eso es verdad que el progreso del espíritu humano consiste, ó ha consistido, cuando menos hasta ahora, no en aprender, sino principalmente en desaprender, en saber cada vez mejor que no sabemos, en percatarse de saber cada día menos, en disminuir el número de los conocimientos, restringiendo la amplitud de la ciencia humana.»

A mi juicio, los *Pensieri* del recanatense ahora publicados, y que parece que se acaban de escribir, aunque ya llevan sesenta y tantos años de fecha, es una de las obras modernas que más derecho tienen á ser leídas y meditadas con gran detenimiento.

P. DORADO.

Compendio de Sociología, por Luis Gumplowicz, trad. esp. de Manuel Alonso Paniagua. —Un vol. de LA ESPAÑA MODERNA. Madrid, 460 páginas.—Su precio 9 pesetas.

El profesor de Gratz, Sr. Gumplowicz, es bien conocido seguramente de cuantos en España siguen con algún cuidado el movimiento de la ciencia sociológica: escritor fecundo y á veces original, sus trabajos científicos son muy leídos y estimados entre las gentes de todos los países, que estudian los problemas de la ciencia social. En España, antes que la obra, de que hoy vamos á dar breve noticia, se han publicado otros dos interesantes libros del Sr. Gumplowicz: *La lucha de razas* y el *Derecho político filosófico*, traducido este último y enriquecido con numerosísimas notas, que en nada desmerecen del texto, por el Sr. Dorado. Ahora bien, el *Compendio de Sociología* que hoy ve la luz en nuestra lengua, completa, de una manera muy adecuada, esos otros dos libros, porque en rigor, en él es en donde se puede ver resumida, no sólo la labor propia y personal del sociólogo, sino el puesto que le corresponde en la evolución general del pensamiento sociológico moderno.

Dos partes distintas cabe señalar en el *Compendio* del señor Gumplowicz. La primera, muy interesante y de gran uti-

lidad, por lo completo de la información, es una breve historia de la Sociología, en la cual el autor expone los diversos sistemas sociológicos, á partir de Vico, hasta los autores más recientes. La persona que sin tiempo para más, quiera tener una noticia de lo que es y supone el movimiente sociológico, puede leer esta parte del libro del prof. Gumplowicz. La segunda parte, mucho más extensa, contiene la exposición del pensamiento del autor, pensamiento de cierta originalidad, pero muy discutible sin duda. He aquí el plan que sigue el señor Gumplowicz en su desarrollo: comprende cuatro libros de los cinco de que la obra consta: en uno expone las bases y nociones fundamentales; en el siguiente, habla de los elementos sociales y sus combinaciones; en el cuarto, del individuo y de los fenómenos psíquicos sociales, y en el último de la historia de la humanidad y de la vida del género humano.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Abreu y Madariaga (J. de). — Los asfaltos naturales en España. En 4.°, 258 págs., 10 láminas é índice: 5 pesetas.

Aguirre (A.)—Poesías selectas. En 8.°, 206 págs.: 3 pesetas.

Albión Corcuera.—La tierruca; zarzuela en un acto y cinco cuadros. En 4.°, 31 págs.: 1 peseta.

Alvarez Quintero (S. y J.)—Los galeotes; comedia en cuatro actos. En 4.° 101 págs.: 2 pesetas.

Antich é Izaguirre (F.)— Resurrección; poema. En 8.°, 26 págs.: 50 céntimos.

Báguena (J.) — Aledo; su descripción é historia. En 8.°, 358 págs.: 3 pesetas.

Barreras (J. de las). — Gimnástica práctica. En 4.°, 308 págs.: 5 pesetas.

Blasco (E.)—Dulces memorias; comedia en un acto. En 4.°, 23 páginas: 1 peseta.

Bustillo (E.) — Campañas teatrales (crítica dramática). En 8.°, 306 páginas: 3 pesetas.

Cáceres Plá (F.) — Tradiciones lorquinas. En 8.°, 287 págs.: 2 pesetas.

Cadenas (J. J.) y Varela (A.)— Las violetas; boceto de comedia en un acto. En 4.°, 25 págs.: 1 pta.

Canta-Claro. — La neurosis anárquica. En 8.°, 95 págs.: 1 peseta.

Castrorrojo (J.)—La corte de Napoleón. En 8.°, 150 págs.: 50 céntimos.

Cerezo y Garrido (M.) — El Nacimiento, ó los Reyes de Oriente; drama bíblico-lírico, en cuatro actos. En 4.°, 80 págs.: 2 pesetas.

Cocat (L.) y Criado (H.) — Mis dos maridos; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 34 págs.: 1 peseta.

Delgado (S.)—Mangas verdes; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 39 págs.: 1 peseta.

Dugast (F.)—Las leyes sociales ante el derecho natural. En 8.°, 59 páginas: 50 céntimos.

Fernández de la Fuente (M.) y Frutos (L. P.) — El guitarrico; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 47 págs.: 1 peseta.

Fernández Prida (J.)— Estudios de Derecho internacional público y privado. En 8.°, 314 págs.: 3 pesetas.

García Alvarez (E.) y Paso (A.)— Las figuras de cera; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 28 páginas: 1 peseta.

García de Galdeano (Z.) — Estudios de crítica y pedagogía matemáticas. En 4.°, 152 págs.: 4 pesetas.

Gestoso y Pérez (J.)—Ensayo de un diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive. *Tomo II. Contiene de la P á la Y.* En 4.°, 408 págs.: 10,50 pesetas.

Grande Bandessón (L.)—En la reja; versos. En 12.°, 56 págs.: 50 céntimos.

Guerra y Mota (D.)—La Clément; monólogo en prosa. En 4.°, 14 páginas: 1 peseta.

Hernández del Río (E.)—Castillos en el aire (poesías). En 8.°, 62 páginas: 75 céntimos.

Ibáñez de la Vega (N.)—A través de los cielos. (La astronomía al alcance de todos.) En 8.°, 191 páginas con grabados: 1,50 pesetas.

Jiménez Aquino (M.)—La responsabilidad ante el Parlamento. En 8.°, XXVI-594 págs.: 6 pesetas.

Lafuente (F.)—Margarita; monólogo. En 4.°, 15 págs.: 50 céntimos.

Maraver (M.)—Antropológicas. En 8.° mayor, 31 págs.: 50 céntimos.

Mario (hijo) (E.) y Abati (J.)—El tesoro del estómago; caricatura en un acto. En 4.°, 47 págs.: 1 peseta.

Mateos Ramos (J.)—Escenas de casa (poesías). En 12.°, 31 págs.: 50 céntimos.

Menéndez y Pelayo (M.)—Estudios de crítica literaria. *Tercera serie.* En 8.°, 388 págs.: 4 pesetas.

Nietzsche (F.)—La genealogía de la moral. En 4.°, 137 págs.: 3 pesetas.

Idem.—Más allá del bien y del mal. En 4.°, 212 págs.: 5 pesetas.

Núñez de Arce (G.)—*¡Sursum corda!*, poema. En 8.° mayor, 30 páginas: 1 peseta.

Palau (B.)—La farsa llamada Salamantina. En 4.°, 72 págs. y un facsímile.

Parrés Sobrino (J. de).—Italia política. En 8.°, 97 págs,: 1 peseta.

Pérez Capo (F.)—¡El papel vale más! En 12.°, 61 págs.: 50 céntimos.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—D. Gonzalo de Ulloa; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 42 páginas: 1 peseta.

Idem.—El guante blanco; juguete cómico en dos actos. En 4.°, 61 páginas: 1 peseta.

Pinto y Onrubia (F.)—La unidad católica ante el tribunal de la razón. *Tomo primero.* En 4.°, XXII-303 págs.: 5 pesetas.

Reymóndez García (M.)—Guía comercial de Vigo para 1900. En 8.°, XLVIII-241 págs., un plano de Vigo: 1,25 pesetas.

Río Joan (F.)—Pila militar española. En 4.° mayor, 26 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Robles (R.)—Ensayo de fonética general.—En 8.°, 270 páginas: 4,50 pesetas.

Roch (L.)—La tristeza de vivir. Crónicas-cuentos. En 8.°, 184 páginas: 2 pesetas.

Sánchez Bort (P.)—Walkyria; juguete cómico en un acto. En 4.°, 26 págs.: 1 peseta.

Septien (E. de).—Manual vinario. La vid y sus aprovechamientos. En 4.°, 335 págs.: 4 pesetas.

Suárez Inclán (J.)—Discurso leído ante la Real Academia de la Historia. Contestación del académico D. José Gómez Arteche. En 4.° mayor, 64 págs.

Torres Moles (A.)—Los maletas. juguete cómico lírico en un acto. En 4.°, 40 págs.: 1 peseta.

Varela (A.)—Detrás del telón; revista cómico-lírica en un acto. En 4.°, 40 págs.: 1 peseta.

Vega (V. de la).—Toñuela «La golfa»; zarzuela en un acto. En 4.° 38 págs.: 1 peseta.

Zamacois (E.)—Horas crueles. En 8.°, 155 págs.: 50 céntimos.

INDICE

	Págs.
En vano (novela), por Enrique Sienkiewicz	5
Poetas americanos: Al terminar el siglo; Canto del siglo XX, por Luis B. Cisneros	42
El año Sociológico, 1899, por Adolfo Posada	53
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	80
Epístola al Marqués de Jerez de los Caballeros, por Vega de Anzo	110
Un artículo inédito de Campoamor, por José de Lázaro	113
Lecturas americanas, por Hispanus	137
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	152
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	164
Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado	201
Obras nuevas	206

AP
60
E8
año 13
no.145-47

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY